Cristina Bajo



El jardín de los venenos

ePUB

Rio de la Plata. Siglo XVIII. Clero dominante hasta el paroxismo. Libros secretos y la maravillosa ciencia del veneno. Magistral venganza de una mujer humillada.

Tensa, sutil y brillante, **El jardín de los venenos** no es sólo recreación de un universo y una época poco conocidos; es también una mirada sobre las más sombrías motivaciones del ser humano y algunos de los instrumentos secretos para llevarlas a cabo. Y sobre todo, una novela excepcional con el encanto de una verdadera revelación. El drama de una joven que, víctima de las exigencias de una sociedad marcada por apetitos ocultos y una religiosidad asfixiante, decide hacer justicia por su propia mano.

La llegada del oficial andaluz Lope de Soto a la cerrada ciudad colonial de Córdoba tiene especial significado para la familia de don Gualterio, su esposa Alda y su hija Sebastiana. Don Lope no tarda en convertirse en amante de la ambiciosa Alda, una mujer que domina con mano férrea el destino de Sebastiana. Tanto es así que no duda en disponer la clausura de la joven en un convento, como castigo a unos amores tempranos, y más tarde la obliga a casarse con un hombre despreciable.

Pero será precisamente en este convento donde Sebastiana aprenderá el complejo arte de las plantas medicinales y venenosas de mano de una monja experta. Arte peligroso que le dará, con la única complicidad de su fiel aya, la posibilidad de vengarse de sus enemigos. Historia de una venganza en la asfixiante sociedad colonial de principios del siglo XVIII.

Cristina Bajo es una autora referente en el género de novela histórica en Argentina. Retrato tan verídico que impresiona, con temas costumbristas y sociales, diferencias en las clases sociales, sumisión de la mujer, luchas y conflictos en la estructura religiosa y el enfrentamiento del clero con los jesuitas. Tono marcadamente feminista que convierte a la carismática heroína en una justiciera.

OceanofPDF.com

eBooks con estilo

Cristina Bajo

El jardín de los venenos

Sierva de Dios, ama de la muerte

ePUB v1.0
DULCEMIRADA 01.09.12

más libros en epubgratis.me

OceanofPDF.com

Título original: *El jardín de los venenos*
Cristina Bajo, 2001 / 2011.
Portada: Editorial Sudamericana
Retoque portada: DULCEMIRADA sobre oleo de John William Waterhouse

Editor original: DULCEMIRADA (v1.0).
ePub base v2.0

OceanofPDF.com

«Hay dos cosas capaces de matar a través del tiempo y el espacio, y
éstas son el tósigo y la palabra.
No alcanzo a distinguir cuál de las dos es más venenosa».

OceanofPDF.com

De las confesiones

OceanofPDF.com

Esta noche, cuando se disponga a dormir, le llevaré una tisana preparada. Si desconfía y no acepta beberla, me veré obligada a ponerme la bata y descansar mi cabeza junto a la suya sobre la blonda que cubre las almohadas hechas de plumón, de magnolias maceradas y de hebras de helecho.

Él fingirá dormir, o yo fingiré dormir, pero es probable que el amanecer encuentre con vida sólo a uno de nosotros.

Tal vez él consiga hacerme el amor, lo que no significa que desista de matarme, quizá con mi propia cabellera, mientras me posee. O durante el sueño, ahogándome con un almohadón para por fin aspirar mi último aliento con su boca.

Sin embargo, estoy decidida a vivir. Este instinto que tengo, que viene, dice mi nodriza, de aquellos mis antepasados que acostumbraban hacer un banquete con el cuerpo del enemigo, es el que me ha permitido burlar tantas acechanzas.

Siendo que prefiero la vida, no le temo a la muerte. Y si llega sin que pueda evitarla, me iré con una sonrisa, sabiendo que si no alcanzo a matarlo por mi mano, mi asesino morirá, de todos modos, por las disposiciones que he urdido.

Hay dos cosas capaces de matar a través del tiempo y el espacio, y éstas son el tósigo y la palabra. No alcanzo a distinguir cuál de ellas es más venenosa, y aunque se piense que el primero es definitivamente mortal (así duerma por largo tiempo en el fondo de un dulce, de una bebida, de un remedio), piénsese en lo que es capaz de lograr una mentira susurrada, un temor fingido, un anónimo que denuncia, una carta extraviada que alguien

encontrará no demasiado tarde y que será la perdición del acusado. Porque la víctima no siempre es inocente y rara vez lo es del todo.

A veces juego con la idea de envenenarme y hacer creer que él lo hizo. Su ascendencia no amerita el degüello por garganta, como reza la ley de los hidalgos. Le darían muerte vil, con el garrote.

Éste, mi esposo, me deja ausente de piedad porque, con las palabras de San Agustín, «era yo no sé qué profundidad de abismo sobre la que no había luz».

OceanofPDF.com

1. De la pastora de la Virgen

«Por lo demás, si el Obispo defendía con ahínco, y hasta empecinamiento, lo que consideraba derecho suyo, también es cierto que los regulares hacían exactamente lo mismo, aunque las actitudes personales no hayan sido siempre idénticas».

José M. Arancibia / Nelson C. Dellaferrera.

El sínodo del obispo Mercadillo, Córdoba, 1700

OceanofPDF.com

Córdoba del Tucumán
Festividad del Dulcísimo Nombre de María
Primavera de 1700

En la trastienda de la botica de los jesuitas, el padre Thomas Temple, médico de la Compañía, apartó las cuadernas de hierbas medicinales, dejó la pluma sobre el tablero y se frotó los ojos con fuerza.

Desde el depósito superior le llegaba el olor a hierbajos y compuestos químicos, de fardos, canastos con raíces, potes de ungüentos balsámicos, alambiques, frascos y redomas.

Cansado del encierro, levantó la cortina y pasó a la botica, donde el hermano Peschke explicaba a un indio, con mucha paciencia, cómo tratarse las pústulas.

—Voy hasta el Convictorio —le advirtió; el otro asintió con un cabeceo descuidado.

Al pisar la calle, respiró profundamente. La Córdoba del Tucumán revivía bajo la luz de septiembre; muchas plantas habían florecido y una emoción mística parecía confundirse entre la luz y los colores.

Estaban a un día de la fiesta del Dulcísimo Nombre de María y se descontaba en la ciudad que la Sociedad de Jesús la festejaría con espléndida ostentación.

Los preparativos habían comenzado meses antes, y desde entonces, novicios y hermanos, estudiantes y cofrades se disputaron el desempolvar cortinados, lavar estandartes, airear ropas de altar y pulir el tesoro en oro y

plata —proveniente del fabuloso Perú o de las misteriosas reducciones del Paraguay— destinado al culto. Se decía que sólo el hermano mayordomo, casi centenario, casi ciego, apenas oyente pero «de fidelísima memoria», podía enumerar cada una de estas piezas y señalar su procedencia.

Aunque desde el púlpito se había predicado la moderación en el vestir, se sabía que aquel día saldrían a relucir trajes de pasamanería bordados en perlas, mantillas de los más finos encajes del mundo y chapines con punteras de plata. Los hombres lucirían aceros de Toledo y dagas venecianas; el terciopelo y el brocado estarían al día, algo apolillados y con un aire de grandeza ya ida.

Lo que más atraía al sacerdote de aquel festejo era el concierto que se daría en la torre del templo esa tarde, «cuando las vísperas», que duraría hasta el anochecer. La gente ocuparía los estrados al aire libre, sacaría sillas y esteras a la vereda o se instalaría en los techos, tomando mate o chocolate mientras la música se derramaba por los aires… ¡aquel órgano que parecía el resuello de los mares o el suspiro de las esferas celestes! En sus momentos de descanso, el padre Temple solía entretenerse con las partituras —frágiles como lirios avejentados que se conservaban en el convento, traídas por los primeros religiosos desde sus países de origen.

El más anciano de los padres confesores, un francés recién retirado de las Misiones, le había murmurado mientras iban a maitines: «¡Ah, Thomas, Thomas; si tuviéramos aquí al bueno de Antonio, seguramente algo especial habría compuesto para la Nuestra Señora!». El padre Antonio Sepp, de la Corte Imperial de Viena, donde daba conciertos para el emperador, se dedicaba ahora, en el Paraguay, a escribir música coral en el idioma de los nativos.

Mientras se dirigía al Colegio de Monserrat, el médico disfrutó anticipadamente del programa de aquel día: el coro de negros honraría los Nombres de María Santísima, y el de indios respondería con los salmos de Lucas Evangelista.

Pero todo podía salir mal si el obispo Mercadillo decidía entorpecer los festejos. El prelado aborrecía a los jesuitas y había prometido al llegar: «Voy a meter a esos teatinos en un saco y los voy a apalear con el garrote de

Trento». Por el momento estaba tranquilo, pues mantenía la ilusión de cobrar los diezmos de la Compañía. Muy pronto —si no era esa misma tarde— comprendería que ésta iba a presentar batalla y entonces… «Dios permita que pasemos la fiesta en paz», rogó para sus adentros.

Un grupo de mujeres dobló la esquina, dirigiéndose al templo: era doña Alda Becerra, esposa de don Gualterio Bernal de Zúñiga.

Delgada y soberbia, la señora vestía de oscuro, aunque exornada de encajes. La seguía su hija, Sebastiana, una jovencita núbil y graciosa. Detrás de ellas, un grupo de esclavas transportaba flores, varas de palma y hojas de acanto para el arreglo del templo. Doña Alda reservaba para el otro día las codiciadas flores de peonía que cultivaba con obsesiva atención; únicas en la ciudad, sólo se cortaban para la Virgen.

A la mañana siguiente, cuando sacaran en andas la imagen para que bendijera la ciudad, Sebastiana, en compañía de otras niñas vestidas de celeste y blanco, precedería el paso de la Madre de Dios alfombrando, en un martirio de pétalos, los primeros tramos de la procesión.

Observó cómo la jovencita, a espaldas de la sombría figura de la madre, aprovechaba para saludar —a salvo de su mirada de neblí— a uno que otro mozo.

Había salido la niña más al padre que a la madre, pues era de ojos claros y cabellos cobrizos, de piel luminosa y buen color. Muy lejos, sopesó el sacerdote, de la belleza meridional de doña Alda, de pelo negrísimo, cejas espesas y palidez de oliva.

El padre Thomas sonrió ante la vista de la chiquilla; pensó ver a la Virgen Niña antes que el Arcángel la visitara, alegre y aún feliz, ignorante de los tormentos que se le deparaban…

—Padre Temple.

Una voz de hombre, clara y educada, lo detuvo casi en la puerta del templo: era don Esteban Becerra y Celis de Burgos, terrateniente por derecho de descendencia, persona de importancia y alcalde de primer voto.

Don Esteban era un hombre apuesto y, aunque lo disimulara, algo pagado de su atractivo. Andaba cerca de los treinta, tenía ojos y cabellos castaños, la piel más quemada que morena y una expresión inteligente, aunque reservada. Había en sus maneras una pizca de campechanía que le sentaba.

Con el sombrero en la mano, se acomodaba el pelo con los dedos; odiaba el peluquín y, salvo cuando sus hermanas se empeñaban en ello —para alguna celebración—, prefería llevar el cabello suelto o, a lo más, atado con una cinta.

Se saludaron y don Esteban dijo, incómodo:

—Nuevamente tengo que pedirle que vaya a casa: tía Saturnina porfía en que está al morir… —y disculpándose con un ademán, terminó—: Ya sabe usted que la señora no acepta a otro médico que no sea vuestra merced.

—No se preocupe, me llegaré a atenderla. ¿Otra vez se ha excedido en la comida? —preguntó el sacerdote, pues la anciana era, además de glotona, asustadiza y tiránica ante el primer malestar.

Don Esteban se mostraba inmune a sus caprichos, pero sus hermanas solían molestarlo a tal punto que terminaba por salir a la calle e ir por el médico.

En la plazuela, frente al templo, varios negros de la Compañía, dirigidos por el hermano escolar, armaban las tarimas para asistentes y autoridades, mientras otros, a cargo de las alfombras que las cubrirían, esperaban acuclillados.

Mientras tanto, las sobrinas de don Esteban se entretenían, en el pretil de la iglesia, con Sebastiana de Zúñiga mientras sus madres y tías hablaban con doña Alda. Con picardía, una de las jóvenes arrojó una flor hacia los estudiantes del Monserrat, que ayudaban en los preparativos; un muchacho la recogió, y comprendiendo de dónde venía, la besó teatralmente ante las risas contenidas de las chicas.

—¡Belita, Eudora! —las amonestó don Esteban a través de la calle y las jovencitas, sobresaltadas, se volvieron a mirarlo.

—¡Rosario, cuida a tus hijas! —le advirtió él a su hermana.

—¡Jesús, Esteban, qué pasa! —respondió la madre, que no se había enterado de nada.

—Que se comporten las niñas.

Sebastiana, que no había intervenido en la travesura salvo por reírse de la temeridad, los saludó sosteniéndose la falda con la punta de los dedos, en una reverencia burlona.

El jesuita respondió con una inclinación de cabeza y Becerra con la mano, a tiempo que protestaba:

—Buenas pícaras se han de volver si uno las deja a su antojo —y con los ojos demorados en Sebastiana dijo, sorprendido—: Ha crecido mucho desde la última vez que la vi… —pues luego de meses de ausencia, acababa de regresar de los campos de Anisacate.

El padre Thomas lo observó de reojo; recordó que era soltero y se preguntó si no estaría buscando estado. Tornó a mirar a la joven. A pesar de ser un hecho común, no estaba de acuerdo en casarlas tan inmaduras: muchas veces los padres las lanzaban harto temprano al matrimonio, y demasiadas morían antes de los veintiún años, agotadas por males derivados de la maternidad. Además, pensó, las jóvenes debían casarse con jóvenes, porque eso evitaba tentaciones futuras, y si bien quince años de diferencia no hacían dificultad si la mujer ya había cumplido los veinte, eran demasiados a los catorce.

—Vayamos por el hermano Hansen y mi estuche. —Volvieron sobre sus pasos para dirigirse nuevamente a la farmacia. Antes de andar veinte metros, volvieron a escuchar la risa de las jovencitas.

A la mañana siguiente, don Gualterio Bernal de Zúñiga se dejaba vestir en su dormitorio. Como no tenían criados varones, los mercedarios, de quienes era devoto y favorecedor, le habían mandado dos de sus negros para que lo atendieran.

Don Gualterio, de origen navarro, había llegado a Córdoba con familia y sirvientes no hacía tantos años, adelantándose a la corriente inmigratoria de la España Cantábrica que arribó al filo del siglo XVIII. Era el caballero, más que viejo, menoscabado por los martirios que se imponía, pelirrojo con pecas hasta en las manos y cejas encrespadas sobre unos ojos aguachentos.

De por sí tranquilo y silencioso, indiferente con los criados, se mostraba temeroso de su mujer y afectuoso con su hija.

Sosteniéndose de la columna de la cama, aceptó en silencio las medias de seda rematadas en calzas de tafetán, el calzón de raso, la chupa de damasco con faldilla, los puños y las solapas bordadas, los zapatos de tacón y alguna joya de mérito, pero rechazó la peluca como hidalgo que se precia de campesino y no de cortesano. La capa esperaba, suntuosa en el terciopelo color uva, sobre un sillón, junto al sombrero de Castilla y unos guantes de piel de ante.

En la pieza, yendo y viniendo, don Esteban Becerra conversaba sin recibir más que monosílabos en respuesta, contemplado en su ir y venir por el mastín del caballero, que rara vez se encontraba lejos de su dueño.

—El obispo Mercadillo tiene echado bando de guerra contra los jesuitas —le informó—, y el asunto de los diezmos le vendrá de perillas.

Captado su interés, don Gualterio murmuró:

—Los mejores médicos de la ciudad pertenecen a la Compañía. Espero que no los excomulgue, pues dicen que gusta usar de ese recurso. De no, sólo quedarán albéitares y barberos para atender nuestras dolencias.

Sebastiana entró cuando el mayor de los esclavos cepillaba la melena del anciano. La jovencita vestía de brocado celeste, y una vaporosa manteleta blanca, anudada sobre el escote, pretendía darle el aire de pastora de la Virgen que requería su función. Un collar de perlas pequeñas le rodeaba el cuello y caía sujeto al corselete mediante un cisne de oro.

Pelirroja casi rubia, y crespa como el padre, no tenía pecas. Sus ojos eran de un gris más amarillento que azul, y la boca, bien delineada, de un rosa subido. Tenía las maneras desenfadadas de las hijas que saben que han ganado la voluntad del padre, llenas de seducción y con bastante del ufanamiento de las niñas nobles que no han sido moderadas por la educación.

—Deja —dijo al negro y ella misma marcó la raleada melena del señor, que la había recibido con un beso en la frente.

—¡Ah! —sonrió Becerra, sentándose frente al amigo—. Si alguna vez me arrepiento de no haberme casado, es cuando veo los miramientos de esta

niña con vos.

—Consuélese pensando que podría haber tenido sólo hijos varones —se burló ella.

—Bien sé que el Señor es caprichoso cuando de recompensarnos se trata —y don Esteban consultó el reloj—. Si no te apuras, habrá una pastora de menos en la procesión —le advirtió.

Pero don Gualterio, sacando de bajo la almohada un cofrecito de plata, lo ofreció a su hija.

—Ábrelo, anda.

Sebastiana se lo quitó de las manos, levantó la tapa y sacó un rosario muy delicado, de oro y aguamarinas.

—¡Ay, señor! —exclamó, echándole los brazos al cuello a tiempo que el padre, emocionado, le palmeaba suavemente la espalda—. ¡Es bellísimo! ¡Y justo hoy, que visto de celeste! —y mientras se lo acomodaba en la muñeca, enredándolo entre los dedos, le pidió—: Después de la procesión, ¿puedo sentarme en el estrado con mis primas?

Salían al corredor cuando se les acercó doña Alda. Su mirada se detuvo unos segundos en la jovencita y ella, cohibida, retiró el brazo del de su padre, conteniendo la risa. Y como contrapunto al silencio que se hizo, se abrió la puerta de calle y entraron las Becerra con sus hijas y sobrinas: las Celis de Burgos, las Núñez del Prado, las Bustamante, las Osorio y en medio de exclamaciones, las mayores, inadvertidas del gesto frío de la señora y del retraimiento de la hija, alabaron las telas, los peinados, las alhajas.

Doña Alda permanecía en silencio y fue, observó don Esteban, como si algo cruzara por su frente, tensándole el rostro de inquietante hermosura.

—La manteleta a la cintura, Sebastiana, que ahí has de llevar las flores: hoy eres la sierva de Nuestra Señora. —Estirando la mano, tocó con la punta de los dedos las perlas, para después sujetarle la muñeca—. El collar es excesivo para tu edad, y ni qué decir del rosario. Me lo quedaré hasta que crezcas —y ante el estupor de todos, se volvió hacia la negra que la seguía —: Que te lo entregue, y lo dejas en mi arquilla. Tráele el rosario de todos los días.

Y mientras el desencanto y la frustración dejaban muda a la despojada, encabezó la procesión hacia el templo, advirtiéndole con una sonrisa:

—Un poco de modestia no te vendrá mal. La ostentación es de mal gusto, especialmente en las niñas.

Sebastiana, conteniendo el llanto, bajó la cabeza y siguió a las señoras. No quiso mirar a su padre; era inútil —lo sabía desde la infancia— esperar de aquel anciano apocado y enfermizo que hiciera frente a su esposa, mucho más joven y determinada a hacer su impredecible voluntad. Sus primas, también pastoras, la rodearon y enlazaron solidariamente sus dedos con los de ella.

Don Gualterio se demoró indicando a los criados la inclinación correcta del sombrero y cómo debían marcarse los pliegues de la capa. Sus manos temblaban cuando distribuyó unas monedas al recibir el bastón y el estoque.

Don Esteban, disgustado por la actitud de la señora, ofreció el brazo a Zúñiga para guiarlo por la irregular calzada. Aunque el parentesco les venía por doña Alda, no sentía simpatía por ésta y pensaba que el carácter de su prima era impropio de una mujer. Deberían haberla casado con alguien que la domeñara en dos sacudidas, y no con un caballero como don Gualterio.

Ella, como si le hubiera oído decir esto, se volvió con una sonrisa que lo estremeció: varias veces le había hecho eso, y él no estaba seguro si era sólo su malignidad o el reclamo de una buscona, y prefirió esquivar aquella mirada que le recordaba a la hembra del mamboretá.

Después, cuando la Virgen —conducida por algunos caballeros de hábito— salió del templo precedida por las pastoras que derramaban aquellas flores tan exóticas como su dueña, pudo observar que Sebastiana lucía los ojos rojos y el gesto mortificado. Ese día debió haber sido de alegría para ella, pues era la primera vez que le permitían integrar el cortejo, y así lo había dispuesto su padre y quizá sus maestras y el confesor. Detestó a su prima por habérselo arruinado, y rechazando una inquietud súbita por su sobrina, se acomodó sobre el tapiz del estrado y se dejó tranquilizar por la interpretación del padre López de Melo —organista—, que volvía a poner música a los grupos corales.

Pasó la fiesta, con sus devociones, con su música, con la función de teatro que habían preparado los estudiantes del Monserrat, con el certamen de obras y poemas dedicados a María Santísima y a San Ignacio, con la lectura de los que habían obtenido las distinciones y el contento general de familias y ciudadanos.

Fray Manuel Mercadillo, a pesar de los pronósticos, los temores y la expectativa, se portó aquel día con discreta mordacidad.

Empeñado en celebrar un sínodo diocesano, estudiaba la memoria que los vicarios debían llevarle, una memoria de todos los eclesiásticos de su sede. El gobernador Zamudio y el alcalde Francisco López de Fuenteseca tenían algunas cosas atragantadas. Como el sitial que se había adjudicado en Santo Domingo y en otras iglesias, o que había antepuesto su nombre al del rey en algunos casos, y mandado suprimir el nombre del gobernador…

Pocas semanas después llegaron a casa de don Gualterio unos parientes de España. Alertados sobre la calidad de los vinos de Mendoza, esperaban abrir vías de comercio y aun establecerse si vislumbraban el enriquecimiento seguro.

Fue así que comenzó octubre lleno de fiestas, con nuevos conocidos, algunas comilonas y mucha vida social.

Don Esteban observaba a Sebastiana; a veces le notaba una especie de malicia ingenua, como de muchachita cuyo cuerpo va cambiando y aún no sabe si es niña o mujer. Pensó que al menos tenía nodriza, una vascona de hablar enrevesado que la cuidaba bien. Pero, por algún capricho de Alda, no le permitían acompañarla por la calle, ni estar presente en las reuniones de la casa.

Tan áspera que solía ser doña Alda con Sebastiana, tenía descuidos imperdonables: en tertulias donde se presentaban parientes y amigos con sus hijos, solía ignorarla mientras la chica, sofocada, despeinada y alterada

la respiración, reía y jugaba yéndose a las manos con los varones como si aún estuviera en la edad de la inocencia.

El día que despedían a los peninsulares —se disponían a seguir hacia Cuyo—, la vio correr por las galerías perseguida por uno de los primos de Guipúzcoa, que habiéndole tomado un extremo de la manteleta, con un movimiento casi de baile, acabó por envolverla en ella, dejándola inmovilizada. Irritado, Becerra iba a intervenir cuando el padre del muchachito le propinó a éste un coscorrón y un duro ademán de advertencia.

Tranquilizado, aunque todavía molesto, Becerra volvió a tomar asiento y reclamó a doña Alda, con quien, por edad y parentesco, tenía más confianza:

—Por lo que veo, no te interesas mucho por el comportamiento de tu hija.

Ella lo miró con esa mirada tan suya, con su media sonrisa, y, llevándose la copa a los labios —estaban sentados a la mesa del festín, tendida en el patio—, le dijo después de alzarse de hombros:

—¿Importa, acaso? Está destinada al convento. Antes de que se dé cuenta, la internaré en las Teresas.

—Pero ¿tiene vocación? ¿Sabe lo que le espera, al menos? —se exasperó él.

Ella rió y le tocó el dorso de la mano con la copa.

—Deja de preocuparte, primo. No eres tú quien está a cargo de ella, ni quien habrá de desposarla. O será… —e inclinándose hacia su oído, le rozó la oreja con el aliento—. ¿Será que has empezado a mirarle los cervatillos que le despuntan en el pecho?

—Extraño humor, para ser el de una dama —se vengó Esteban, apartándose.

Ella rió entre dientes.

—Las mujeres, en nuestra familia, han sido por siglos queridas de reyes y han parido bastardos reales; tenemos, en verdad, sangre de soberanos, pero de damas, sólo la alcurnia… —y echándose hacia atrás, arrimó la rodilla a la de él—. ¿Te sientes rey, Esteban?

—Si me disculpas —replicó Becerra poniéndose de pie y disimulando por no ofender la honra del dueño de casa—, prefiero jugar con las rameras del bajo. Traen menos problemas.

Y mientras ella saboreaba un trago y susurraba: «Así te cojas una sucia peste», se retiró con aparente calma, pero furioso y luchando con una excitación perversa.

OceanofPDF.com

2. Del Obispo y del Maestre de Campo

«Predicó el Obispo, y como el sermón era de Pedro, todo él fue tirarnos pedradas. Traxo, entre otras cosas, no sé qué lugar de vnos cuernos (cuernos nos llama), y nos lo aplicó Sahiriéndonos con el de Soberuios».

Breve relación anónima, citada por el padre Joaquín Gracia S. J.

Los jesuitas en Córdoba

OceanofPDF.com

Córdoba del Tucumán
Festividades de San Pedro
Invierno de 1701

Poco antes de la fiesta de San Pedro, regresaron de Cuyo los pontevedreses parientes de don Gualterio. Venían con una tropa duplicada, cargados de mercancías y muy satisfechos. Habían viajado en compañía de un maestre de campo que nombró el gobernador de Córdoba: la multiplicación de hacienda cimarrona había dado alimento y cabalgadura a miles de indios pampas, que se enseñorearon por la campaña de Buenos Aires, Cuyo y el sur de Córdoba. El enfrentamiento con los españoles los volvió más audaces y aguerridos, y también más sanguinarios. En aquella matanza indiscriminada entre ambos bandos, donde por el momento el español perdía más batallas que las que ganaba, los gobernadores tuvieron que reforzar las fronteras. Muerto en uno de estos enfrentamientos el anterior maestre de campo, Lope de Soto fue ascendido y destinado a Córdoba.

Lope de Soto era andaluz; mandaba una treintena de soldados, varios oficiales y un bachiller, mozo avispado que le hacía de asistente para todo servicio. Se apellidaba Maderos; nadie se interesó por su nombre.

Después de dejar a los comerciantes en la plaza de carretas, ellos, guiados por un chiquillo, se dirigieron hacia los predios del Cabildo.

Y al pasar frente a una de las casas principales, Soto vio a una mujer que se asomaba a la ventana atraída por las carcajadas de sus hombres y el escándalo de las herraduras cuando algún caballo, nervioso, se trepaba a la vereda. Algo como un efluvio indiscreto lo tocó y volvió el rostro atezado

hacia ella, sintiendo que el corazón se le apuraba en el pecho. La mujer le sostuvo la mirada y le dedicó la insinuación de una sonrisa de dientes blancos, muy sanos.

Soto tragó saliva ante los labios húmedos y oscuros, ante los ojos que se demoraban en su cintura, como evaluando el poder de su sexo. La saludó con una cortesía de cabeza y ella contestó con otra y al inclinarse, la bata de casa, escotada y con las cintas sueltas, mostró la hendidura entre los senos. Luego arrimó los postigos y él imaginó la mirada sobre su hombro, imaginó la mirada hipnótica, negra, brillante, clavada en su nuca.

Un súbito deseo por aquella mujer lo trastornó, pero Maderos, sabiendo los calibres que calzaba su amo, adelantó el caballo y murmuró:

—Discreción, señor, que aún no sentamos plaza. Ya averiguaré yo lo necesario.

—Que sea hoy —exigió, la garganta apretada y la boca seca como si viniera de atravesar un salitral.

Acomodado en el Cabildo hasta que le entregaran la casa del cargo, comió con desgano y fue a un burdel de las afueras. De vuelta al catre de campaña, pensó por horas en la mujer, pero cuando Maderos regresó, apenas si sabía el nombre del dueño de la casa.

—Aguante, señor, unos días y no hará falta que pregunte, porque pronto estarán contándome todo —lo aplacó el estudiante, entregándole una misiva lacrada—. Os la manda el secretario del gobernador. Hay una celebración y debéis participar en ella.

—Léela —se la devolvió él.

—La festividad será solemne, pues se festeja el nombramiento de Córdoba como ciudad catedralicia, la presencia del primer prelado de esa dignidad —a quien tendrá que presentar sus respetos— y el día de San Pedro, de los mayores de la Iglesia Romana. Por supuesto, antes habrá que cumplir con ciertos trámites… ¿Sabe, señor, que los jesuitas tienen un pleito muy movido con el obispo? Dicen que quiere arrancarles el diezmo, del que al parecer están exentos, y la Sociedad de Jesús se muestra como una piedra a la que es imposible sangrar…

La llegada del obispo Mercadillo en las postrimerías del año anterior —precedida por agentes de su confianza que venían a escrutar el movimiento cambiario de Córdoba y sentar tienda de mercancías para el prelado— provocó un pequeño sismo en la ciudad. De carácter irascible, mejor comerciante que diplomático, fray Manuel Mercadillo no se guardó de ocultar que «no podía tragar» a los jesuitas, y abrió de inmediato las hostilidades contra ellos, sin meditar en que ya venían de otros pleitos con obispos y pocas veces habían podido ser avasallados. Tenían más doctores expertos en leyes, en bulas, en autos, en cédulas reales, que la misma Audiencia de Charcas.

Aprovechando que el clero secular se encontraba empobrecido, tomó el asunto de las contribuciones como excusa para arremeter contra la orden.

Para esa época, las propiedades rurales de la Compañía formaban un territorio de más de cincuenta leguas en las más hermosas tierras de las sierras de Córdoba, entre estancias, estanzuelas, puestos y potreros. Si a eso se le sumaban las otras comunidades, el producto del diezmo hubiera sido muy alto, pero había un convenio firmado por el cual dominicos, mercedarios y jesuitas sólo pagaban una veintena —es decir, de 20, uno— sobre posesiones y frutos. Molesto ante la noticia, el doctor Mercadillo envió de inmediato una comisión al rey rogándole que deshiciera el acuerdo; también solicitaba permiso para echar una mirada al hospital de Santa Olalla, y como no era de sentarse a esperar respuestas, inspeccionó personalmente sus cuentas y recursos. Para esto pidió la presencia del gobernador que, por no malquistarse, lo secundó, aunque mostrando su disconformidad.

—Ea, vamos —se explayó Zamudio con Becerra—, que tamaña tarea es propia de subalternos idóneos y no de encumbrados funcionarios —y se palmeaba el pecho.

Luego, don Esteban se enteró de que, tras aquella inspección, el obispo mandó clausurar el hospital por falta de medios, «hasta que se encontrase remedio a la pobreza».

Como un huracán, pasó luego a hacer un relevamiento de campos, ganados, sementeras, peones y esclavos diezmables de los conventos.

—Ahora sabremos —se le oyó decir a su sobrino, y a don Dalmacio de Baracaldo, hombre de su confianza— cómo se manejan estos teatinos —por los jesuitas.

Pronto olvidó pedir a dominicos y mercedarios razones de sus rentas y —como dijo después don Esteban Becerra— con el asunto de los diezmos empezó el incendio. Y auto va, descargo viene, en unos meses estaban en juego no únicamente las rentas de la Compañía, sino también el Noviciado, la Universidad, el Convictorio del Monserrat y el derecho de los ignacianos a atender las solicitudes y necesidades espirituales —y muchas veces corporales— de sus fámulos y seguidores.

Becerra apoyó al gobernador cuando intervino para atenuar la furia del señor diocesano mientras la ciudad tomaba partido y no se hablaba más que de las razones y las sinrazones del litigio.

Hubo quien pensó que aquel santo hombre a quien se adeudaban los medios con que se había levantado el nuevo —y ya prestigioso— Colegio Convictorio, el doctor Duarte y Quirós, se había recluido en su quinta de Caroya debido al desagradable conflicto.

Sucedió lo que tanto se temía: los padres rectores de la Compañía fueron excomulgados, y seguían excomulgados cuando llegó la tan esperada fiesta de San Pedro.

Aquel día, en casa de los Becerra, esperando por las mujeres para presentarse en la plaza, don Gualterio discutía con don Esteban sobre el embrollo. Su mayor preocupación era que les cerraran la botica, que estaba muy bien surtida, dejándolo además sin la asistencia del padre Thomas Temple.

—¿Entonces, la Compañía no se presentará al oficio?

—El gobernador no los ha invitado… por aquello de que tienen colgada la excomunión; el protocolo es el protocolo, y nadie más apegado a él que los loyolistas.

—Sin ellos, la ceremonia será deslucida —musitó don Gualterio, acariciándose los dedos enguantados—; sin contar que le restarán presencia

muchos de sus fieles, pues seguramente se quedarán en casa, viendo pasar la procesión desde las ventanas… ¿Quién llevará el Estandarte Real si está ausente don Enrique?

Se refería al teniente general de la gobernación, alférez real propietario y Caballero de la Orden de Santiago, don Enrique de Ceballos Neto y Estrada.

—Llegó del Cuzco este amanecer y ya se está preparando. Ha venido fustigando caballos para la celebración —contestó Becerra que, como alcalde de primer voto, hubiera podido ser uno de los elegidos con aquella distinción.

Pensando en el maestre de campo, que integraría con sus oficiales la cohorte de Ceballos Neto y Estrada, don Esteban sintió un escozor de celos. Siendo uno de los solteros más codiciados de la ciudad, perseguido y consentido por las mujeres en edad o no de merecer, a una semana de llegado, Lope de Soto dominaba las tertulias y las ilusiones de muchas damas. Se sabía que no tenía mujer, y aunque algo mayor que Becerra, era fuerte y de buen ver. Viudas y solteras andaban inquietas por él. Ya se le adjudicaban amoríos.

A esa hora, en la casa que se había dispuesto para él, Lope de Soto salió de la tina, pues su ayudante lo había convencido de que tomase un baño antes de acicalarse. Con casi cuarenta años y aspecto de haber reñido muchas guerras, tenía el cuerpo duro y recio cruzado por fieras cicatrices, con algún hueso mal soldado y viejas heridas que comenzaban a agriarle el carácter, que nunca había sido bueno: todo ello contaba una dura historia de batallas y malandanzas por aquel continente incomprensible.

—¿Averiguaste quién es la hermosa? —preguntó al estudiante, que le refregaba los hombros con un manojo de hierbas aromáticas.

—Con diligencia, como cumple a vuestra señoría —se burló el muchacho, aunque sin sorna—. Es la esposa de un español, gente de caudales, de abolengos y de tierras cuantiosas, en España y aquí. Es famosa por sus desplantes y su soberbia. El marido… —echó agua sobre la cabeza

de su señor y continuó mientras buscaba el lienzo para secarlo—: El marido es bastante mayor que ella.

—¿Aguerrido?

—Diría más bien que apocado. Vive entre libros y pergaminos.

Maderos observó el perfil de líneas firmes, encasquetado por el pelo negro, encabritado en las puntas pero corto, como cuadra a un soldado. Sobre el cutis moreno, la barba recortada, apenas canosa, las cejas angulares, la nariz romana, le daban un aspecto atractivo y turbador. No era varón que una mujer de genio desdeñara, aunque no convenía a las pacatas. Y él sospechaba que la mujer que desvelaba a su amo era de las primeras.

Tarareando, el joven fue hasta el arcón de viaje y sacó una muda de ropa —el maestre había consentido en emplearlo más como criado que como escribiente— después de elegir cuidadosamente las prendas. Lo ayudó a vestirse, tocándolo apenas, dándole la palmada final que corregía algún detalle que la indiferencia del militar pasaba por alto. Notó que se comportaba con inusual paciencia: no había duda de que tenía el pensamiento clavado en la dama, y esperaba impresionarla.

No lucía mal su amo, se dijo Maderos, con el traje de gala: el verde y el amarillo siempre le habían sentado. Pero desnudo era imponente, suspiró con envidia de muchacho inteligente pero desmañado y sin robustez.

—Las sortijas —dijo Soto con voz profunda y seca a tiempo que chasqueaba los dedos.

No que tuviera mucho más en riqueza, salvo lo que traía escondido, recapacitó Maderos, pero de inmediato se dijo que mejor sería no pensar en ello, pues sabía que el maestre de campo no dudaría en matarlo si desconfiaba de su discreción.

—Una esmeralda de Nueva Granada, que son las mejores —dijo, probándosela; por supuesto, bailaba en sus dedos flacos, de tinterillo—. Y el verde combina con vuestra casaca. Veamos qué más: el topacio, para que dé luz a vuestras pupilas y, por supuesto, el oro…

Quiso ponerle un arete, pero Soto lo rechazó.

—No en esta ciudad de timoratos. Serían capaces de ponerme un mal mote.

Luego mientras Maderos sacudía el gorro abultado, le quitaba una mota con el brazo y soplaba las plumas para enhestarlas, pasaron a la otra sala. Allí, sobre el bufete, estaban las armas que luciría.

El joven oyó que traían los caballos y aparecieron los oficiales y los soldados para escoltar la salida del maestre de campo. Por más que se decía, Maderos no creía eso de que españoles y criollos eran iguales. Había captado ciertas ínfulas, especialmente en los funcionarios peninsulares, y algo de resentimiento en los criollos: cuando Lope de Soto se presentó a hacer el homenaje conforme a los fueros de Castilla, no percibió entusiasmo entre los cabildantes; todo era ceño y silenciosa hostilidad.

En el enrejado de ventanas y balcones por donde pasaría la procesión se enlazaban el olivo con los narcisos de otoño, las rosas color ámbar y los últimos lirios. En las esquinas se habían levantado altares muy adornados, y hojas de palma —en algunos casos pintadas de bermellón— formaban arcos que atravesarían las comitivas de las parroquias y de las imágenes conventuales.

Córdoba era por fin sede de obispo. En el Acta Consistorial del 28 de noviembre de 1697, se había defendido la conveniencia de trasladar la Catedral de Santiago del Estero a ella «… por el número de habitantes, la Universidad, los cuatro monasterios de varones, los dos de monjas y por el único Colegio de seglares en que se educa la juventud…», pero frente a la plaza el edificio que aspiraba a ser algún día soberbia Catedral, cuyos cimientos habían sido cavados un siglo atrás, lucía como una ruina sin haber llegado a ser monumento.

Don Esteban lo miró con pesadumbre: tendría que dar más dinero en cuanto acabara la seca y se recuperara el comercio con el Alto Perú, y convencer además a sus tías de que dedicaran algunas donaciones, pues ahora era cuestión de honor que la ciudad contara con el templo.

En sitio de privilegio, empeñosamente disputado, reinaba, en un sillón que habían llevado sus criadas, la famosa doña Saturnina Celis de Burgos. Obesa hasta la deformidad, la habían transportado en una silla de manos

especialmente construida para ella. Sus sirvientes eran cuatro negros fornidos —consentidos en ropa y comida por su ama— que le daban mucho tono cuando se le antojaba atravesar el centro. Señora entre las principales, tenía a su familia bailando en la punta de un alfiler con las promesas de unos dineros y muchos campos, pues moriría soltera después de haber acumulado sucesivas herencias. Cuando vio llegar a don Gualterio y a don Esteban, los llamó con muchos aspavientos y sacudidas de pañuelo, indicándoles que se acomodaran cerca de ella: ya había convencido a los parientes de don Gualterio, los de Guipúzcoa, de que la acompañaran. Con voz ronca y asmática, preguntó: «¿Y Tianita? ¡Ven conmigo, querida, que he traído pastelitos para ti!». La joven lo intentó, pero la mano de su madre la detuvo del cuello.

—Lo siento, Saturnina, pero mi hija tiene que atender a su padre —y con un leve empujón, llevó a Sebastiana hacia los estrados y se sentó a su lado.

Los estrados de la Alcaldía eran bajos, incómodos y movedizos, pues nadie había osado solicitar a los jesuitas los suyos. Allí se acomodaba la clase patricia, ostentando su riqueza en cruces y rosarios: de ámbar guarnecidos en oro, de oro macizo con guarniciones de perlas, de negras perlas de Molucas rematados en una cruz de plata avivada por un granate.

Don Esteban sabía que el gentío reunido no respondía sólo a la fe. Como todas las ciudades del interior de aquel virreinato, Córdoba estaba aislada en un territorio que carecía de puentes y apenas si contaba con carreteras; era improbable que pasaran caravanas de cíngaros, mucho más que llegaran cómicos de la legua: sólo contaban para entretenerse con las celebraciones religiosas, universitarias, y una que otra fiesta cívica… condimentadas con escándalos y habladurías. Y algo de eso se esperaba aquel día, pues fray Manuel Mercadillo, primer obispo de Córdoba, tenía preparada una homilía contra lo que consideraba la incurable contumacia de los jesuitas y el tufo a sedición que flotaba en las aulas de su Universidad. Con la excusa de las contribuciones, protestaría en nombre de la inconclusa Catedral por los escatimados beneficios de sus prósperas estancias, a las que no había forma de exprimir. ¡Ni siquiera había conseguido cobrarles el

impuesto a la cruz, porque los jesuitas no acostumbraban llevar la cruz procesional, cosa que al parecer Su Ilustrísima no había tenido en cuenta!

También se esperaba que lanzara anatemas contra los amancebados; Zamudio entre ellos, tan observante que tenía a su mujer del lado del Evangelio y a su querida en la otra punta de la nave, del lado de la Epístola. Todo para que no pecase en domingo.

Apenas asentado en la silla, ya había escrito Su Ilustrísima dos cartas al rey para denunciar la cantidad de literatura profana que circulaba por la ciudad.

Don Esteban se inclinó hacia Zúñiga, que quería decirle algo.

—Ya ves, lo que suponía —señaló el vacío donde solía acomodarse la dignidad de la Compañía: no sólo los religiosos faltaban, sino que a ellos se sumaban maestros, bedeles y alumnos del Real Convictorio; estudiantes, doctores y profesores de la Universidad; muchas familias de importancia que eran sus adeptos, amén de sus coros, sus cofradías de negros e indios y sus artesanos libres. Se extrañaban sus gallardetes y pabellones, las hermosísimas imágenes de la Virgen y de sus santos. Se sumaba que tampoco las Catalinas habían participado con sus divisas y sus arreglos de pilares y de flores en la vía pública, pues también ellas estaban en litigio con el doctor Mercadillo.

Don Esteban señaló:

—Allí está Zamudio, ¡y con qué cara!

El gobernador, en un sitial de privilegio más movedizo que el resto de los andamios, pues era más alto, aparecía rodeado por los componentes del Cabildo. No disimulaba su disgusto: tampoco él se había privado de escribir al rey, pidiendo que moderara a su obispo, que no se allanaba a jueces ni preces.

De pronto se oyó un clamor y aparecieron por las cuatro esquinas de la plaza los guardias con uniforme de gala, las cofradías de españoles, de indios y de negros y las columnas de los distintos conventos.

Por fin, el obispo salió de su residencia y avanzó entre el séquito de frailes y eclesiásticos.

Don Esteban, divertido —no podía evitarlo—, le notó la intención de condenar a los grandes ausentes y a sus seguidores; a los libertinos capaces de toda falta imaginable; a los desaprensivos que gustaban entretenerse en comedias y romances impresos. Asustaría con la excomunión y amenazaría con el Santo Oficio y allí sería de verse la convicción de los pecadores en su derecho a pecar.

Sebastiana y sus primas estaban sentadas en la tercera fila del estrado, separadas del resto de la concurrencia por los varones y las damas de la familia, que las rodeaban por los cuatro costados. Inquietas y alegres, apenas contenidas por los pellizcos de las madres o algún golpe de abanico, reían y murmuraban, haciendo pantalla con la mano, mirando de reojo a los muchachitos y lamentando que no se hubiera presentado la estudiantina monserratense. No era a ellas a quienes iba a desvelar el sermón del doctor Mercadillo.

Don Esteban observó que Sebastiana había conseguido separarse de la madre, cambiando de lugar con una prima, acercándose un poco más a doña Saturnina. Desde donde estaba, pudo ver la delicadeza de los hombros de la jovencita, la bonita línea de las orejas, sobre las que se le ensortijaba el pelo del color de la herrumbre. Tenía cuello grácil y, en el bello rostro, un aire a cervato que atraía por su suave femineidad. Pronto iba a ser una joven muy deseable. «No estaría mal para mujer si uno supiera cómo contenerle el carácter», especuló.

Un murmullo lo volvió a la realidad: había llegado a la plaza don Enrique de Ceballos Neto y Estrada con el estandarte y vestido con el mayor lujo de la ciudad. Se lo veía cansado, pero satisfecho.

Cuando le tocó pasar al maestre de campo, se oyeron tibias exclamaciones y un silencio de curiosidad entre los asistentes.

Era un hombre apuesto, reconoció Becerra con desgano. Más alto que él, de espaldas más anchas, de brazos más fuertes, de ojos… La mirada del maestre de campo se volvió de pronto vigilante, como si buscara a alguien en las gradas, como si fuera un gran carnicero que hubiera olfateado la caza. Fijó por fin su atención y con un estremecimiento, Becerra creyó que la mirada oscura del hombre, con un velo azulado en ella, como tienen

algunos pájaros de presa, se había posado en Sebastiana. Pero cuando, alarmado, clavó los ojos en la jovencita, vio que ella, tensa y desconcertada, había vuelto el rostro hacia su madre. Entonces comprendió: era a doña Alda a quien buscaba el maestre de campo, y ésta tenía las pupilas puestas en él con un tan desembozado deseo que hizo que Becerra se avergonzara. Miró a Sebastiana que, captando el distante entendimiento, aunque arrebolada por el sol del veranillo de mitad de año, había palidecido.

Cuando pasaron las procesiones, admiraron los denuestos a los ignacianos, se padecieron las amonestaciones y terminaron los oficios, la gente comenzó a formar corrillos. Era costumbre que se juntaran los parientes y rompieran el ayuno con un piscolabis o una comida más formal, y así lo propuso don Gualterio. Doña Alda, que volvía de saludar a la esposa del gobernador, les anunció:

—El maestre de campo y sus oficiales nos acompañarán —y recogiéndose las faldas con una mano, abrió la marcha hacia la casa. Don Gualterio quedó atrás y cuando Becerra, advertido, se volvió para esperarlo, vio que Sebastiana se había acercado a su padre y lo había tomado del brazo. De pie en un claro de la multitud, el anciano y la niña, con sus cabellos brillando como fuegos, cada cual con su ignorada confusión, le sacudieron los sentimientos.

—¡Ea!, animó a Zúñiga, que no sea que entren las visitas antes que el dueño de casa —y lo tomó del otro brazo, no antes de percibir en la chiquilla, cuando se volvió a mirarlo, una expresión inquisitiva, como si se preguntara cuánto sabía él y si estaba libre de pecado. Y él, sacudido, se avergonzó por las faltas que no había cometido, pero que había deseado cometer.

OceanofPDF.com

3. De las sospechas

«Los médicos, entre los que se distinguieron los jesuitas, preocupábanse por adquirir conocimiento y experiencia de la flora regional para incrementar la materia médica europea».

Félix Garzón Maceda.

La medicina en Córdoba

OceanofPDF.com

Córdoba del Tucumán
Exaltación de la Santa Cruz
Invierno de 1701

En sus momentos de ocio, cuando no se dedicaba a compaginar los resultados del estudio de las hierbas regionales, el padre Thomas Temple solía quedarse hasta la última hora permitida en la torre del antiguo Colegio Máximo, abandonada en espera de que se la rescatara después de haber sido semidestruida por un fuerte temblor.

Le gustaba al religioso escuchar los sonidos amodorrados de la ciudad, el lejano murmullo de los estudiantes en su hora de solaz y las voces que le llegaban inesperadamente de algún grupo de mujeres que se dirigían, en oración, a un convento vecino.

En el cuadrado ruinoso de la coronación de la torre, el padre Thomas se sentía liberado de la disciplina de los claustros; allí, el aire corría libremente por los agujeros de los muros, llevando como obsequio el olor de las fogatas si era otoño, el perfume de las huertas si era primavera; allí, oía un tranquilizador murmullo de máquinas e ingenios trabajando para el hombre: la roldana de un aljibe, el sordo gruñir del molino, el majar del trapiche, el chirrido de las compuertas que soltaban el agua de regadío…

¡Qué serenidad prestaba aquel alejarse de los otros, dejando correr la vista sobre el espinazo vencido de los tejados más antiguos, de los patios que desbordaban plantas, con su fuente o su aljibe, donde algún muchacho se apoyaba desgarbadamente con un libro, seguramente de poesía, en la mano!

Al noroeste, contempló la serranía hacia donde el burgo, contenido por el río, pretendía expandirse. Desde arriba, los campanarios, muertos hasta el próximo son, parecían al alcance de su mano. Podía ver, iluminada por la gloria del último sol, la bonita espadaña de ángulo de la capilla del Nuevo Convictorio, con sus seis nichos y sus cinco esquilones que, según prometía el hermano campanero, pronto no sólo advertirían los horarios de plegarias y recogimiento, sino que producirían conciertos en las festividades.

Por el este, el camino al Río de la Plata cruzaba una planicie que conducía hasta el muy lejano océano.

El sol se hundió y un aliento de sombras, arrullos de palomas y alas de murciélagos se insinuó sobre la ciudad. Se inclinó hacia la calle y contempló, tras los cristales de algunas ventanas, las lámparas encendidas después de un titubeo de luz; en la casa de don Gualterio de Zúñiga vislumbró la silueta del hidalgo que iba y venía tras la reja, con un ritmo que le sugirió que rezaba sus Horas.

No era tristeza lo que flotaba sobre la ciudad, sino sosiego. Y en el momento en que su alumno, el hermano Joseph Hansen, se atrevía a subir por los carcomidos escalones murmurando: «Padre Thomas…, ¿está usted ahí?», se oyó el coro de las teresas viniendo como de un mundo subterráneo. La voz del joven belga había roto el encanto, así que con un suspiro cerró el breviario y contestó:

—Ya voy, hermano Joseph.

El aprendiz se apresuró a descender y cuando el padre Thomas pisó el último escalón, el muchacho le anunció con fuerte acento:

—Perdone que lo distraiga de su meditación, pero el padre rector me encomendó buscarlo.

El despacho del rector era de una austeridad medieval, austeridad que se rompía, a los ojos del padre Thomas, en la riqueza de las bibliotecas ocupadas con textos de los cronistas de la orden y todo tipo de volúmenes de reputados autores europeos, algunos preciosamente encuadernados en el mismo convento. Había allí varios que, de ser vistos por el señor obispo,

hubieran ido a parar a los hornos inquisitoriales. El médico paseó los ojos sobre los lomos donde se opacaba el oro viejo de los títulos estampados a mano; encima de ellos, se apilaban rollos en los que se distinguía a trasluz algún borrón oscuro o el colorido de una pincelada en las letras iniciales.

En la ventana, un tiesto de romero, preciado por sus dotes preventivas, mandaba su aliento perfumado cada vez que lo tocaba la brisa.

—Los Zúñiga han pedido un médico con urgencia —dijo el padre rector levantando la pluma del texto que escribía. Después de una brevísima pausa, tan breve que sólo quien lo conociera mucho comprendería que había algo de crítica en su tono, aclaró—: Temo que al caballero se le haya ido la mano con el cilicio o el ayuno. Debería usted hablarle, a ver si conseguimos moderar en él la vocación de penitente. Es de edad don Gualterio, y no creo que esos rigores le agreguen salud… ni al cuerpo ni al alma. Lleve de asistente al hermano Hansen…

Una vez en el corredor, el joven belga se apresuró a buscar la caja de cirujano mientras el padre Thomas, preocupado por su paciente, se le adelantaba. Médico de renombre, la Corte de España recordaba su breve paso por ella, y México lo reclamaba con insistencia de virreinato mimado, pero él continuaba en Córdoba por designios de Dios o del padre provincial: a veces era difícil distinguir quién era la voz y quién la voluntad.

Atravesando las calles recién humedecidas por los esclavos, pensó en Joseph y rogó: «Que San Roque se apiade de mí y proteja mis frascos y ventosas de sus manos —porque su discípulo pintaba como capaz, pero era todavía torpe—; y que San Sebastián se digne salvar sus dedos de mis lancetas». Había llegado a la casa de los Zúñiga y dejó caer la aldaba sobre la puerta de herrajes.

La casa, una propiedad muy antigua, había sido, años atrás, vivienda de un funcionario real, arrendada después a un judío que a su tiempo partió para Portugal y finalmente, recién llegado de España don Gualterio, comprada a sus dueños por éste y mejorada.

En cuanto traspuso el umbral y entró en el corredor, el sacerdote distinguió en la penumbra del oratorio familiar una preciosa Virgen Niña iluminada por un farolito. Un mastín enorme, el cuello marcado por

profundas cicatrices, se adelantó a saludarlo con la lengua afuera: era Brutus, un animal que había salvado don Gualterio de una pelea con un puma, en Anisacate, y al que le tenía mucho afecto. El padre Thomas le tocó la cabeza y el perro lo siguió más allá de la cancela, donde el patio era un cuadrado espacioso, de piso de piedra, al que daban varias puertas: casi todas salas, pues los cuartos familiares se encontraban en el patio siguiente.

Mientras seguía a la esclava, el raro silencio que envolvía la casona lo alertó. Notó que la chica, una negrita muy joven, suspiraba con ahogo mientras se dirigían por los corredores hacia el segundo patio.

En uno de los cuartos —aquel cuya ventana había vislumbrado desde la torre—, en la penumbra que moderaba un candelabro, el señor de la casa continuaba con el ir y venir de la oración. El perro se introdujo pegado a las piernas del sacerdote y fue a echarse en un rincón después de haber olisqueado las calzas del amo. Don Gualterio cerró su Libro de Horas y luego de esbozar la señal de la cruz atravesó la pieza casi conventual que sólo usaba para recogimiento.

El jesuita quedó impresionado por la angustia que reflejaba el rostro del anciano: los ojos parecían sangrar y el pelo, de un rojo tirando a pimienta, se pegoteaba sobre el cráneo de huesos delicados. Balbuceaba frases ininteligibles y le temblaban las manos.

«Este hombre no debería estar de pie», fue lo primero que pensó, y tomándolo del codo, lo guió hasta un sillón y lo obligó a sentarse. El hidalgo lo hizo, a tiempo que se cubría los ojos para esconder el llanto que no podía contener.

Después de un largo silencio en que infructuosamente, entre sacudidas y sollozos, el hombre intentó hablar, el padre Thomas tomó el breviario —nunca se sabía en qué terminaban las consultas de urgencia— y, poniéndole la mano sobre el hombro, lo instó:

—Ore conmigo, don Gualterio, aunque sea en silencio —y leyó con voz calma, que conservaba el dejo extranjero, las promesas del Divino Salvador: «Yo les daré todas las gracias necesarias a su estado; pondré paz en sus familias; les consolaré en todas sus aflicciones; seré su amparo y refugio seguro durante la vida y principalmente en la hora de la muerte…».

Después de un rato, entre ahogos y vasos de agua, el hidalgo recuperó la voz.

—Quiero que usted, de quien puedo esperar discreción, vea a mi hija… No sé qué tiene. Mi mujer la ha castigado grandemente y Sebastiana, mi niña… ¡parece tomada por los demonios!

¿Endemoniada aquella criatura de polvo de oro, fragante como la mirra, dulce como la miel? El sacerdote sonrió, sospechando un berrinche de unigénita mimada en exceso por el padre y rigoreada a su vez por la madre. Se puso de pie y dijo al anciano:

—Veamos a su hija.

Afuera los esperaba el hermano Hansen con el cofre de instrumentos y, seguidos por él, atravesaron en diagonal el patio y se dirigieron al otro corredor. Una esclava que guardaba la puerta los hizo pasar a la habitación donde persistía el frío de la oscuridad, pues sólo un candelabro con una vela escuálida iluminaba la penumbra. El aroma acre de pétalos secos se mezclaba con un olor insidioso: el del miedo que traspasa la barrera de la carne, bien lo había olido en galeras, cuando fue capturado por piratas, cuando todavía era protestante.

Molesto por el recuerdo, frunció el entrecejo ante los postigos que daban a la galería, cerrados a macha martillo. La cama, con los cortinados a medio correr, estaba armada sobre un estrado y en ella entrevió a la joven; la tenían atada de pies y manos a las cuatro columnas y jadeaba, empapada y desgreñada, entre las sábanas que olían a orina. Se revolvía con sonidos animales —estaba amordazada—, expulsando por la nariz un líquido sanguinolento que nadie había limpiado, y hacía movimientos involuntariamente obscenos al tratar de desasirse; las muñecas y los tobillos mostraban las primeras llagas. Al ver a los religiosos, la expresión de la jovencita adquirió inteligencia y en sus ojos desorbitados hubo un parpadeo de esperanza. Luego, avergonzada de su condición, se volvió de perfil y cerró los ojos.

Derrumbada al pie de la cabecera, la negra Belarmina, que era su guardiana, sollozaba apagadamente y el hermano Joseph, anonadado, dio la espalda a la escena y buscó un mueble donde abrir la caja de instrumentos.

Lo primero que pensó el médico fue que debían airear la habitación y que alguien con menos prejuicios y más caridad debía asearla. Por último, estimó que el estado de frenesí correspondía al miedo (¿a su madre, a la situación en que se veía?), sumado a la desesperación de verse amarrada y amordazada tan ceñidamente que apenas podía respirar.

Del fondo de la habitación surgió el padre Cándido, mercedario y confesor de la familia, y el jesuita respiró aliviado, ya que un hombre de hábito, y de otra orden, atestiguaría sus procederes.

Don Gualterio se dejó caer sobre un sillón, el puño sosteniendo la fláccida mejilla donde una barba mezquina, de viejo, le daba un aire faunesco.

—¿Qué ha sucedido, padre? —inquirió el médico, y el mercedario susurró:

—Está encinta; la madre lo descubrió y milagro es que no la haya matado. Pero nadie se ha atrevido a decírselo al padre. Sospecho que lo barrunta, pero no soy capaz de…

—¿Tiene prometido doña Sebastiana?

El padre Cándido no alcanzó a contestar, pues fueron interrumpidos por la entrada de doña Alda. Deteniéndose un instante en la puerta, la señora derramó en una mirada el veneno casi palpable de su furia. Se hizo el silencio —hasta la joven intentó apagar el jadeo con que respiraba— ante aquella mujer hermosa, de porte soberbio y sospechada de cruel, que avanzó haciendo sonar el llavero que cerraba puertas, alacenas, aparadores, bocas y miradas, y que sólo dejaba en paz cuando salía de conventos.

Iba de azul de Prusia, esta vez con un peto de Alençon que se elevaba sobre sus senos puntiagudos como colinas. Una redecilla plateada recogía la cabellera negrísima y sus ojos encendidos, bajo cejas tupidas, morigeraron la expresión al descansar sobre el médico de la Compañía, único al que su presencia no había intimidado. Altanera, parecía una flor forjada en hierro, espigada como una lanza, tensa como la cuerda de un arco, segura en su malevolencia como un puñal en su funda. Después de saludar a desgano al padre Thomas, dijo con voz fría y clara:

—¡Que tengamos que soportar semejante mácula por una criatura que ha preferido abandonarse a la lujuria en vez de refugiarse en la virtud! —y con brusquedad, tomó a la esclava de la mota, sacudiéndola con violencia —. Nada hubiera sucedido si esta hija de Satanás hubiese cumplido con su deber de guardiana —y ante el azoro de los hombres, los llantos lastimeros de la negra y la aflicción de la jovencita, doña Alda se volvió a espetar a su esposo—: ¿Qué entraña es la suya, señor, que no le ordena acudir a limpiar la honra de nuestra casa? ¿Es que vale así de poco su linaje? Pues sepa que el mío vale tanto, que si no reacciona, yo misma cogeré un arma y mataré al tonto que osó fornicar con esta descarriada. ¿Es que no comprende, señor don Gualterio, que esta desvergonzada está encinta, y sin saberse de quién?

Ultrajado, el hidalgo se atiesó en el sillón.

—¿Ella, encinta? —exclamó con acento aflautado—. ¿Mi Sebastiana encinta? ¡Miente o se equivoca, señora! —pero en el sollozo que le quebró la voz, se advirtió la desesperada aceptación del hecho. Al fin, don Gualterio gimió—: ¿Qué he de hacer, pues? ¡Ni siquiera tiene prometido, enamorado o aspirante! ¿Debo poner bando para enterarme? ¿O usted, señora, sabe algo que yo ignoro? ¡Señale su dedo a alguien, doña Alda, que yo he de matarlo por mi mano para entregarme luego al verdugo!

Su esposa contestó con un gesto desdeñoso; alzó la mano que surgió entre encajes y, señalando a la negra echada a sus pies, dictaminó:

—Ésta sabe algo y yo he de arrancárselo a azotes, o la tendré en el cepo hasta que se le pudran las rodillas —y aferrándola del cuello del vestido, la arrastró fuera de la pieza, obligándola a avanzar en cuatro patas. Tras el estruendo del portazo, la oyeron clamar por un látigo mientras los lamentos de Belarmina se intensificaban.

Durante unos segundos, los hombres parecieron haber perdido la voz, y el hermano enfermero, con el rostro brillando en la penumbra, miró furtivamente hacia la cama.

—Tome las disposiciones que crea usted necesarias, padre Thomas, ya que el facultativo es usted —dijo el mercedario al ver que el hidalgo se volvía al rincón, tanteándose el pecho en busca del rosario.

La joven se había tranquilizado al alejarse su madre y el médico, quitándole la mordaza, ordenó con autoridad:

—Que aireen la pieza, que desamarren a la enferma, la aseen, le cambien las ropas y así mismo el jergón. Estoy seguro de que doña Sebastiana no dará trabajos —y cruzó una mirada extrañamente comprensiva con ella, que asintió con la cabeza. Las esclavas se avinieron a cumplir las disposiciones del médico con renuencia, haciendo constar que la señora se los había prohibido.

Cuando una correntada de aire fresco barrió con la pesadez de la atmósfera, el padre Thomas reclamó una silla y comenzó a hacer preguntas a la jovencita mientras el hermano Hansen, detrás de él, anotaba las respuestas. En aquellas circunstancias, al médico el interrogatorio y los consejos le sonaron a sarcasmo: ¿dormía bien? ¿Caminaba lo suficiente? ¿Evacuaba en abundancia las aguas menores y mayores? ¿Tenía dolores a cuatro dedos bajo el ombligo, a la izquierda, a la derecha, hacia el centro…? Le aconsejó comer hígado, morcilla, verduras de hoja ancha, cítricos, manzanas, mucha leche, moderar la sal. Luego, apartándose de la cama, preguntó en voz baja al padre Cándido:

—¿Se ha confesado?

—Sí, pero se niega a dar a sus padres el nombre del cómplice.

El médico se volvió hacia el lecho:

—¿No desea santificar su estado? Sabe que entre ambas órdenes podríamos persuadir al imprudente para que acceda a casarse…

La mirada de ella se volvió inexpresiva y, por un instante, los frailes temieron que fuera a denunciar a un hombre casado o de hábito. Sin mirarse, respiraron cuando ella dijo en un murmullo:

—No está en Córdoba.

—¿Dices verdad?

—¿…no será él casado?

—¿…o tendrá otros impedimentos?

Ella negó con la cabeza: fue cuanto pudieron arrancarle, pero el jesuita, con la suspicacia de la experiencia, esperó que no se diera la tercera posibilidad, la más espantable para la clase social de los hidalgos: que el

niño descendiera de alguna raza oscura. No era caso común, pero alguno se había dado. Indudablemente, el padre Cándido hacía honor a su nombre, pues aquello no se le había ocurrido.

Mientras las criadas se preparaban para higienizarla, ellos le hablaron con suavidad, deseando el jesuita —y pareciéndole inconveniente hacerlo— limpiar el rostro pegajoso de sudor, lágrimas y polvo, ya que al parecer la madre, además de haberle provocado la hemorragia de nariz y la cortadura del labio, la había arrastrado por los suelos.

—Debe guardar moderación en su comportamiento —le aconsejó.

—Por Santa Magdalena arrepentida, que así lo haré, padre —musitó ella con ronquera—. Pero, por favor, ¡que no vuelvan a atarme!

—No tema, lo prohibiré —la tranquilizó.

—Veremos de socorrerte —agregó el mercedario con tono afectuoso.

—Hermano Hansen, la ceniza para dormir…

El joven preparó con manos torpes un tazón donde machacó varios granos, vertió unas gotas de olor químico y luego disolvió todo con un poco de agua. Entregó el líquido a su maestro y mientras una de las negras, después de haber lavado el rostro de la joven, la sostenía de la espalda, el médico lo acercó a su boca. Por la forma desesperada en que se atragantó con la bebida, comprendió que la habían tenido sin agua por muchas horas.

—Que se le administre un baño tibio, con hojas de salvia, por media hora, pero antes que beba cuanto líquido quiera, y en principio, un caldo fuerte, si es de pollo mejor, caliente y con orégano. Hermano, el bálsamo para las llagas…

Mientras indicaba la frecuencia con que debían limpiarle las lastimaduras y cubrirlas con él, entró una procesión de criadas con jergones, almohadas, sábanas, aguamaniles y jofainas, así que los hombres se apresuraron a dejar la habitación, siguiendo a don Gualterio.

En la puerta, el padre Thomas fue detenido por la criada de mayor importancia en la casa, una mujer robusta y hermosota, que le preguntó con acento angustiado:

—Perdone, usarcé… ¿y mi niña?

Había llorado, y cuando se llevaba la punta de la manteleta a la boca, las manos le temblaban. El padre Temple recordó que era la nodriza de la niña, y después de tranquilizarla, siguió a los otros al cuarto de recogimiento de don Gualterio mientras el hermano enfermero se sentaba a esperarlo en un poyo del corredor.

No bien se cerró la puerta, el jesuita aclaró para Zúñiga:

—Sólo podré atender a su hija si mi superior lo permite. —E indicó—: Si se la trata con bondad, doña Sebastiana reaccionará favorablemente.

Declaró que el bebedizo administrado le concedería un sueño plácido, y después de controlar la respiración de don Gualterio, salió al corredor y pidió a su discípulo que preparara otro para el anciano.

Se retiró prohibiendo que se maltratara a la joven, no únicamente de hecho, sino también de palabra, e insistió a Zúñiga que mantuviera separada a la madre de la hija por el bien espiritual de ambas.

Cuando salían, vieron llegar a don Esteban Becerra, en cabeza y sin mucho arreglo, como persona familiar a la casa.

—¿Pasa algo? ¿Está enfermo mi primo?

—No de gravedad —contestó el padre Thomas y, saludando como quien tiene apuro, se despidió de él dejando a otro las explicaciones.

Entraron al convento al llamado del ángelus. Un recuerdo oscuro e inquietante aleteó en la mente del sacerdote para desaparecer, antes de que pudiera asirlo, como una de esas grandes mariposas de la noche.

OceanofPDF.com

4. Del amor de madre

Hidalgo:

//de bragueta. Padre que por haber tenido siete hijos varones consecutivos en legítimo matrimonio, adquiría el derecho de hidalguía.

//de cuatro costados. Aquel cuyos abuelos paternos y maternos son hidalgos.

Real Academia Española

Diccionario de la lengua española

OceanofPDF.com

Córdoba del Tucumán
Víspera de Los Siete Dolores
Finales del invierno de 1701

Después de encontrarse con el padre Thomas y su acólito, don Esteban pasó al zaguán y, siguiendo la luz, se dirigió apresuradamente a la pieza de meditación de su amigo; allí dio con Zúñiga, más que sentado, derrumbado en un sillón.

—Gualterio —se preocupó, y se le acercó en dos trancos, poniéndole la mano sobre el hombro. El anciano levantó el rostro descompuesto; quiso hablar y tuvo que tragar aire para respirar.

—Hombre, ¿qué pasa? —se alarmó don Esteban, acercando una silla para sentarse a su lado.

—Sebastiana… —balbuceó y él quedó esperando que continuara.

—¿Ha tenido un disgusto con su madre? —inquirió, pensando que esta vez las cosas habrían llegado más lejos que de costumbre.

El anciano hizo un gesto ambiguo, entre «sí» y «no», pero ante el suave apretón con que Becerra lo instó a seguir dijo, resignado:

—Está grávida.

La palabra no trajo el inmediato entendimiento a Becerra, pero al unir el término a la angustia de su pariente, comprendió y dejó resbalar la mano de su hombro. Guardaron silencio, mirándose sin verse, y después de unos momentos de reflexión, sintiendo que el malestar y la ira le subían a la garganta como un mal bocado, Becerra preguntó:

—¿De quién? —pensando, no supo por qué, en aquel Lope de Soto, que últimamente parecía entrar en lo de Zúñiga como Juan por sus campos.

¿Podían haber sido tan descuidados los padres, el aya? ¿Habría sido seducida o forzada, y por esas vergüenzas de las jóvenes, se había callado la ofensa?

—No sabemos.

—Pero le han preguntado…

—No quiere decirlo —y comprendiendo el dilema del otro, que no sabía cómo expresarlo, don Gualterio aventó la conjetura con un gesto—. Ya sé en quién piensas, pero no. A ése no le gustan las palomas; prefiere la hembra halcón.

Becerra no quiso indagar sobre esas palabras, pero insistió:

—¿Quién, entonces?

Don Gualterio se encogió de hombros.

—Las mujeres han burlado por siglos el cuidado y las prisiones que los hombres hemos ideado para ellas. Cualquiera pudo ser. Sólo hace falta un rincón oscuro, la desatención de los mayores durante unos minutos, una noche donde el viento acalla cualquier ruido, la hora en que la casa sólo respira sueño…

Tantas disquisiciones parecieron volverlo en sí; tomó del pecho un pañuelo y se secó los ojos con manos temblorosas.

—Mi mujer me acusó con razón: poco me afecta la deshonra que nos traerá esto; sólo me importa mi niñita, mi Sebastiana, la hija de mi sangre. Haría cualquier cosa por ella, le concedería lo que me pidiere para hacerla feliz…

—¿No puedes casarla? —lo interrumpió don Esteban, pragmático.

—¿Con quién? —preguntó Zúñiga serenamente, y azorado, Becerra bajó la vista, porque en la cara bondadosa del anciano casi pudo leer la pregunta: «¿Estarías tú dispuesto a casarte en esas condiciones?».

—Iré a hablar con mi prima —dijo, y abandonó el cuarto con la intención de interrogar a doña Alda.

Le dijeron que estaba en su dormitorio, y sin pararse a sopesar inconveniencias, se dirigió a él y después de dar su nombre, se le permitió entrar.

Doña Alda se había recostado sin desvestirse. La cabeza sobre varias almohadas, el peinado desarreglado, apretaba un pañuelo en la mano, que descansaba sobre su frente. Extenuada, con el rostro descompuesto, parecía un país devastado por la tempestad. Despidió a la criada ordenándole que trajera bebida para los dos.

—Supongo que ya lo sabes, pues de otra manera no te hubieras presentado en mi dormitorio —dijo con la voz áspera de enojo.

—Sí, hablé con Gualterio. Pero ¿quién pudo…?

—¡Mataré al bastardo en cuanto sepa quién es! —gritó ella, mordiendo el pañuelo que tenía entre los dedos.

Esteban la observó; hacía rato que tenía la impresión de que su prima andaba en amoríos con el maestre de campo, y ahora se preguntó si aquel arrebato se debía a que sospechaba que su amante había seducido también a Sebastiana. Furioso, dijo fríamente:

—Quizás el causante del mal no esté tan lejos ni te sea tan desconocido.

Ella se volvió a mirarlo con tal rencor que Esteban comprendió que aquel pensamiento ya se le había ocurrido.

—¿Sabes quién es mi amante? —preguntó.

—Lo supongo; y créeme, mientras guardes discreción, poco me importa lo que hagas con tu real persona. Pero me pregunto si has sido tan tonta y tan venal como para olvidar el cuidado de tu hija.

Ella se arqueó en la cama con un quejido y luego, como si recuperara la cordura, dijo con la poca serenidad de que era capaz:

—En esta última hora, he repasado todos los movimientos, todas las salidas, todas las circunstancias que podían envolvernos a los tres. Es verdad que Lope nos visita seguido, pero nunca pasó de las primeras salas y mucho menos anduvo deambulando por la casa: soy yo quien va de tapada a la suya. No, Esteban; no soy mujer de contentarme con ingenuas explicaciones: no puedo recordar una ocasión, una sola ocasión en que pudiera haber sucedido. Pensé que Belarmina, que es quien la acompaña afuera, sabría algo… —Abrió la mano derecha, lívida e hinchada, y se la mostró—: Así me ha quedado de azotarla. Hubiera confesado cualquier

sospecha con tal de que cesara el castigo. Todo ha sido inútil; esa infeliz sabe tanto como yo, es decir, nada.

Suspiró con fuerza e incorporándose le pidió que le sirviera agua. Él se puso de pie y mientras llenaba el vaso, la observó a través del espejo. No, no era mujer de engañarse; o el maestre de campo había sido muy astuto, o no se debía a él la situación de su sobrina.

—¿Se lo has preguntado?

—No; si él no es el culpable, no quiero que se entere. Además, está en campaña.

—¿Y Sebastiana? —preguntó al alcanzarle el agua.

—Encerrada en su pieza. Ese jesuita presumido ha ordenado que la desaten y la atiendan bien. Creo que hasta se conduele de ella… ¡Taimada y ladina como gata mal parida tenía que ser!

—Basta, Alda —la frenó él—. Estás hablando de tu hija.

—¡Ojalá no hubiera nacido!

Pero comprendiendo que se había sobrepasado, le volvió la espalda, dejándose caer pesadamente sobre las almohadas.

Se oyó un llamado discreto. Era la criada con el vino quien, después de dejar la bandeja sobre la mesa de noche, se retiró en puntas de pie. Él sirvió las copas y alcanzó una a su prima.

—Toma.

Doña Alda volvió a incorporarse, y después de un buen trago, con los ojos vidriosos y el cabello adherido a sus mejillas, dijo como para sí misma: «Pero ¿quién, quién?», y luego en voz alta:

—Ni siquiera tenemos criados varones, Esteban.

Él se entretuvo en acunar el vino, recordando la comida en que había visto a Sebastiana correr, excitada y encendida, jugando con chicos de su edad; el día que había llamado la atención a Alda sobre el cuidado de su hija. Se llevaba nuevamente la copa a los labios cuando, por un raro enlace de recuerdos, comprendió en qué momento había sucedido el hecho y quién era el autor del estropicio. Bebió el trago, disimuló su inquietud y, dejando cuidadosamente la copa sobre la bandeja, se puso de pie.

—En fin, ya se verá cómo salir del problema —e, inconsciente, hizo un ademán con las manos, como si se quitara arena de los dedos.

—Tengo que casarla —murmuró ella, terminando su bebida con un movimiento decidido del brazo—. Hablaré con el padre Cándido.

Él se dirigió a la puerta y, sin despedirse de nadie, abandonó la casa.

El padre Thomas, desvelado, quedó pensando en el destino de aquella criatura que un año atrás había visto vestida de pastora, derramando flores al paso de la Virgen. Pensó en las codiciadas plantas de peonías que se criaban en el jardín privado de doña Alda, al que pocos entraban. Él lo había atisbado, como un lugar edénico y prohibido, desde la torre del templo. Aquellas plantas eran originarias de la China. ¿Cómo habían llegado a manos de la señora?

Todo en los Zúñiga tenía un viso de singularidad, como esos raros muebles con cajones ocultos y compartimientos sellados, que se pueden poseer por siempre sin llegar a descubrirlos nunca.

Sabía que don Gualterio había desembarcado en 1687 en Buenos Aires. Era de origen vasco, pero por herencia de madre tenía muchas posesiones en Navarra. Decían que habían elegido la Córdoba del Tucumán por los parentescos que tenían: por parte de don Gualterio, con los Cabrera y Zúñiga, por la de ella, con los Becerra y los Celis de Burgos.

Cuando llegaron a la ciudad, la gente se sorprendió de la mudanza: ¿quién, de estar ejerciendo el mayorazgo, de ser «hidalgo de cuatro costados» y no de «bragueta», dejaría España para venir a esta parte de América, donde ya se había visto que no sudaban las piedras ni el oro ni la plata en cantidad razonable?

Por ser españoles y de probados linajes —además de contar con familiares en la ciudad—, fueron bien recibidos, pero pronto se vio que doña Alda no quería tratos con nadie, salvo con sus parientes o los dignatarios de turno.

Fue doña Saturnina quien encontró respuesta razonable a tanto interrogante: doña Alda, cuyo mal carácter no se recataba, se había

malquistado con la mujer de un grande de España. El resto de la ciudad los suponía arruinados y especulaba con que venían a las Indias a llenar cofres y volver por lo suyo; las mulas, en Córdoba, eran casi tan valiosas como los metales del Potosí, pues no se agotaban sino que se incrementaban, y bien aconsejado por don Esteban Becerra, en mulas de invernada había invertido el caballero, dejando la crianza en manos de su primo político.

La única criada que llegó con ellos era Rafaela; su hija, todavía mamona, había muerto de fiebres en alta mar. La abundancia de sus pechos la convirtió en nodriza de Sebastiana, nacida en el barco, y eso le deparó un lugar de privilegio —harto ambiguo— en la familia. Decían que los servidores que sobrevivieron a la travesía se dieron por independizados en Buenos Aires, con la esperanza de devenir artesanos o comerciantes, así que los Zúñiga tuvieron que comprar en Córdoba, a precio de plata, varias esclavas, luego de adquirir a doña Saturnina la quinta de Santa Olalla, cercana a la estancia de Alta Gracia.

Doña Alda no permitió otro varón que su esposo en la casa, pero tenían lacayos, contratados a los conventos, encargados de transportar las sillas de mano o atender la caballería y los carruajes.

Tomaron consejero en la Merced, de la cual don Gualterio era devoto, y salían a misa, esposo y esposa, muy de mañana, en sillas cubiertas, para asistir, cada cual por su lado, a los oficios religiosos; doña Alda prefería las teresas donde, hizo saber, profesaría su hija cuando tuviera edad.

El padre Thomas sospechaba cosas desagradables de la señora —como que era colérica, infiel y descreída—, pero, al contrario del resto de la gente, su presencia no lo azoraba. Recordando el cínico «piensa mal y acertarás», sopló la vela, preocupado por solucionar la situación de Sebastiana. Con catorce años apenas cumplidos, se podía decir que tenía la vida enajenada.

Caía en el sueño cuando aquel recuerdo que, como una mariposa negra, lo había inquietado horas antes —al llamado del ángelus— resucitó en la evocación de una jovencita de Londres, pupila de uno de sus profesores, cuya memoria perduró por más años de los que la había conocido. Jamás cruzaron palabra, pero él la amó a distancia, cuando estudiaba para médico

y sin imaginar que alguna vez sería sacerdote. Una tarde, desde la altura de su cuarto, vio correr hacia el río a varios de sus compañeros, seguidos por el médico del campus, al trote pesado de su bridón. Después de buscar un gabán y lleno de presentimientos absurdos —pues no sabía qué temía—, los siguió. Cuando llegó al puente del canal, se inclinó igual que todos por sobre la balaustrada y vio, yaciendo sobre el camino enlodado, con la cara vuelta hacia ellos, a una chica. Tenía los pies desnudos, azulados de frío, pudorosamente entrecruzados sobre los tobillos, y el pelo, de un rubio casi albino, formando regueros sobre el suelo, dejando al descubierto el rostro bajo la cruel luz invernal. Su vestido era claro, pero le daba un fantasmal aire de celebración cierto brillo que chispeaba en él, en sus cabellos y hasta en la piel que el escote descubría. Demoró en reconocer a la jovencita, en comprender que los destellos eran partículas de escarcha que se habían condensado por el frío, rotas cuando la sacaron del agua. ¡Qué terrible desamparo el de aquel joven cuerpo expuesto a la vista de mendigos, estudiantes, comerciantes callejeros, teniendo que soportar que manos extrañas lo tocaran, lo volvieran, lo alzaran! Sintiéndose en agonía, oyó que sus compañeros murmuraban que se había suicidado porque esperaba un hijo, nadie sabía de quién.

Una vez en su casa, don Esteban, negándose a sentarse a la mesa, se encerró en su despacho. Fue hasta un arcón montado sobre caballete, que mantenía con llave, y sacó una botella de ginebra de Holanda y un vaso. ¡Idiota de él, cómo no lo había pensado de entrada! Y al sentir el amargor de la bebida en el paladar, supo que la inmediata solución —la de casarla con el responsable antes que fuera evidente su estado— era imposible.

Unos minutos después lamentó no tener una querida donde refugiarse, a salvo de las mujeres de su familia que por turno o delegación vinieron a tocar la puerta instándolo a compartir su malhumor, la comida o los rezos, preguntándole de qué adolecía. «Mañana me voy a Anisacate», resolvió al servirse por tercera vez. Sentía como un desgarro sobre la cintura, una

especie de ansiedad, un dolor incomprensible, una furia innatural. Se dejó caer en el sillón frente a su mesa escritorio y se cubrió los ojos con la mano.

Cuando la casa quedó en absoluto silencio, se escabulló a su dormitorio. Y mientras se desvestía, arrojando con rabia la casaca, las botas, las medias, se desprendió la camisa y pensó con resentimiento: «Después de todo, no había pensado seriamente en casarme con ella. Fue una idea nacida en un momento de debilidad». También reflexionó por qué capricho decidió construir la casa de Anisacate. Hasta entonces, había vivido en las centenarias construcciones de adobe y paja para impedir que sus hermanas y tías lo siguieran con la excusa de tomar los aires de la sierra. Ahora que el casco estaba adelantado, ¿cómo haría para defenderse de la invasión? Al cubrirse hasta la barbilla, recordó que no había comentado el proyecto, temiendo las pullas de los amigos y las demandas de la familia. Era escasa la gente de Anisacate que venía a la ciudad; con suerte, podría guardar el secreto por un tiempo más.

OceanofPDF.com

5. Del jardín de los venenos

«El veneno en griego se llama pharmaco, y éste es nombre común a las medicinas santas y salutíferas y a las malignas y perniciosas, pues no hay veneno tan pestilente que no pueda servir en algo a la sanidad».

Antonio Gamoneda

Libro de los venenos

OceanofPDF.com

Córdoba del Tucumán
Tiempo después de Pentecostés
Primavera de 1701

No tuvo que cavilar mucho el padre Thomas para comprender que por algún medio debía separarse a la joven de su madre, y lo pensaba así tanto el terapeuta como el sacerdote que había en él.

Consultó al padre rector, quien le sugirió que hablara con las religiosas de Santa Catalina, a quienes el médico dictaba cátedra de medicina por la química y la herbolaria. Varios días después, la madre superiora, primero renuente, terminó por aceptar que la niña ingresara en una especie de retiro espiritual y, tranquilizado, el médico no perdió tiempo en dirigirse al solar de los Zúñiga.

Encontró a don Gualterio en su despacho, una habitación alta desde cuyas paredes dos tapices de Gobelin recreaban alegorías de Poussin y se enfrentaban a retratos de oscuros antepasados. Pocos pero notables muebles, hallados algunos en la casa, traídos otros del señorío de Navarra, se veían grises de polvo. El pebetero de plata, aunque apagado, olía a madera de sándalo recién sahumada.

El padre Thomas quedó sorprendido; todo lo que era austeridad en el aposento de don Gualterio se rompía en opulencia —aunque sombría— en la habitación que el hidalgo llamaba su librería. Allí pasaba el anciano las horas, desde la prima hasta la nona, leyendo y escribiendo, casi siempre en la muda compañía de Brutus, el mastín, que gustaba de acomodarse bajo la enorme mesa escritorio, pegado a sus pies.

La biblioteca estaba compuesta de crónicas antiguas, libros de caballería, de picardía y de devoción que había traído de su tierra, más otros que compró en Buenos Aires y muchos que halló en la casa de Córdoba. Este caudal fue condimentado, finalmente, con innumerables manuscritos de estudiosos de los distintos conventos de la ciudad. No le extrañó al médico, entonces, que aquel hombre hubiera hecho que su hija aprendiera latín desde muy niña.

En algún momento debió reinar allí el orden; para cuando el padre Thomas entró, librotes de tapas raídas se apilaban en los rincones, se amontonaban alrededor del sillón del anciano, boca abajo o abiertos, escondidos bajo manuscritos donde, se rumoreaba, el caballero esperaba encontrar la certeza de que descendía de un rey visigodo.

El sacerdote, impaciente —más por la pérdida de tiempo que por cuestión de dignidades—, tuvo que aguardar que la mano delicada, pequeña, casi femenil, cargada de pesados anillos, terminara de cumplir el floreo de una firma.

El alivio de don Gualterio, que ya no tenía salud ni entendederas para afrontar pasiones, al escuchar el resultado de los trámites del facultativo, fue evidente. Y después de titubeos, barbas mesadas, orejas tironeadas y ciertos carraspeos, el anciano le confesó lo urdido entre su esposa y el padre Cándido: iban a casar a la jovencita con don Julián Ordóñez, hacendado maduro y sin recursos, dotando para ello a la hija con las excelentes tierras y la preciosa quinta de Santa Olalla, vecina a la menguada merced que conservaban los Ordóñez de Arce, en las cercanías de Alta Gracia. Agregarían, a modo de carnada, varias propiedades menores que pondrían a nombre de él antes del matrimonio.

Este don Julián era más bruto que listo, grosero y desaseado. Bien lo recordaba el padre Thomas de aquellos lares, cuando bajaba a las estancias de Calamuchita. Y seguramente escondería manceba india o barragana cristiana por las inmediaciones, pues siendo adulto, fuerte y soltero, apenas si salía del caserío. «Eso… o el amor griego», discurrió el sacerdote, que desconfiaba de la naturaleza humana.

—Don Gualterio —interrumpió a Zúñiga cuando logró digerir la noticia —, no aconsejo esa unión; es desventajosa para su hija, ya sea por la edad, por la decadencia social o por el temperamento del prometido. Doña Sebastiana es demasiado joven, suave de carácter; él es un hombre torpe. No confío en su moral. Además, como no tiene ni un cobre, más que la caridad lo guiará la codicia y…

Don Gualterio se agarró la cabeza mientras tartamudeaba que toda oposición era inútil, que doña Alda tenía el asunto por los cuernos. El médico comprendió que era temor a aquella mujer, y no dejadez paterna o animosidad contra la hija, lo que paralizaba al hombre, y tuvo que hacer un esfuerzo para que prevaleciera la tolerancia sobre su indignación.

De todos modos, Zúñiga consintió en que se internara a Sebastiana en el convento y aunque doña Alda se encrespó al enterarse, no hubo forma de que su marido revocara el permiso.

Un día después, la puerta del monasterio se cerró detrás de Sebastiana con lo que le pareció la voz de una sentencia y ella, pálida, ojerosa y atemorizada, se encontró sola en un reducto pequeño, aunque no sombrío: una ventana mediana, abierta a cierta altura, daba entrada a un buen caudal de luz. Como no venía el más leve sonido por el corredor, apoyó sobre la mesa el atado de ropa —su madre la había mandado como indigente, sin siquiera una criada—, buscó la banqueta con escalones que se usaba para encender el candil de pared y, subida a ella, se prendió a la reja y miró hacia afuera. Aunque no tenía un panorama amplio, ni su vista llegaba al terreno que comenzaba en el exterior de la habitación, alcanzó a ver frutales florecidos, matas de manzanilla, angostos senderos muy caminados, un banco de piedra frente a la imagen de mármol de Santa Catalina y, poco más lejos, otro muro que mediante portón de arco y reja se abría hacia un espacio selvático. Alguna novicia —y aquello resultó tranquilizador— había colgado de los árboles pequeñas vasijas de barro con agua o granos para los pájaros, y el motivo de tal precaución estaba a la vista: sobre el pasto, un gato se lamía interminablemente las zarpas.

Como oyó sonido de pasos, saltó al suelo, acomodó el banco y esperó junto a la mesa. La boca se le había secado de miedo, pues su madre le

había anunciado castigos corporales y confinamiento en los fosos del convento, pero cuando se abrió la puerta y dio paso a dos religiosas, respiró: no se veían en sus expresiones ni talantes intenciones de aquel tipo.

—La hermana Feliciana la guiará a su celda y la instruirá en nuestras prácticas. La acomodaremos cerca de las otras señoras, pero debe, en lo posible, guardar la regla de silencio con ellas.

Sebastiana asintió y se apresuró a seguir a la más joven, pero la madre superiora la detuvo con un: «Su atado, Sebastiana» y ella, colorada pues había dado por sentado que algún sirviente se ocuparía de eso, se volvió y lo alzó con presteza.

No cruzó palabra con sor Feliciana, que la guió por silenciosos corredores, atravesando cuartos enhebrados como cuentas, hasta llegar a un lugar recogido, separado del resto, bajo una galería a la que daban varias habitaciones. La monja abrió una, quitó la llave de la cerradura y se la guardó en el bolsillo. Sebastiana entró con lentitud: la pieza estaba desprovista de cualquier comodidad, salvo la esencial: una cama sin dosel, una silla tosca, con asiento de cuero; un arcón a su lado y sobre él, la palmatoria; a su pie, una esterilla gastada. La puerta carecía de trabas y la ventana de barrotes estaba lo bastante alta para que ella no pudiera alcanzarla. Había tres figuras religiosas: un crucifijo de cabecera, una repisa con una Dolorosa en bulto, un cuadro del Sagrado Corazón de Jesús…

—Puede pedir a los suyos que le traigan la imagen de su devoción —dijo la monja, y pasó a explicarle las reglas, los horarios y las actividades que se desarrollaban en el convento, en algunas de las cuales debía, y en otras podía o no participar—.…dice la madre superiora que por hoy puede usted descansar. Y si ha usted necesidad de algo que podamos proveerla, dígalo.

—Desearía tener papel, pluma y tinta —pidió ella, y tartamudeó—: Quiero anotar los horarios; temo faltar a alguna regla.

—Lo consultaré —dijo la hermana Feliciana y salió cerrando la puerta con cuidado.

Sebastiana esperó unos segundos, luego tiró el bulto de ropa y se dejó caer de bruces sobre la estera; extendió los brazos sobre la angosta cama,

enterró la cabeza en el colchón y se largó a llorar en largos y secos sollozos.

Esa noche cumplió ayuno, y a la mañana siguiente, con las primeras campanadas —siendo aún de noche—, se levantó a tientas, sin saber qué hacer: nunca había tenido que lavarse sola, ni cambiarse de ropa, ni ordenar sus cosas, ni encender su vela. Todo le era trabajoso, y aunque debía ser simplísimo, descubrió que no sabía doblar sus vestidos para guardarlos, que no tenía idea de dónde acomodar los zapatos, que no se daba maña con el aguamanil y la jofaina de agua de aljibe, todavía helada, que había olvidado poner a mano la toalla con la cual secarse…

Compartió el desayuno en una habitación pequeña, separada del locutorio de las monjas, con tres mujeres: dos ancianas y una joven que quería profesar.

En los días siguientes, cuando había un hiato entre devociones y estudios, y una necesidad en las caridades del monasterio, Sebastiana, vestida modestamente, ayudaba en ellas. Solía coincidir en aquella tarea con una mujer honesta que cumplía trabajos por orden del juez. Hermosa, joven y de mirada provocativa, le decían «la Portuguesa» porque estaba casada con un prestamista portugués. Parecía muy dispuesta a aguantar el castigo y aun el encierro «en casa decente», continuando en la negativa de entregarse al débito conyugal, segura de estar poniendo en ridículo a su marido —mayor que ella— y satisfecha con tal situación.

Sebastiana prefería eludirla, pero la mujer, curiosa del motivo de su internación, llegó a seguirla cuando limpiaba la pequeña sacristía, y tuvo que ser amonestada por una de las beatas que vigilaba la tarea. Advertida la madre superiora, creyó prudente no volver a encargar a Sebastiana aquellos menesteres, y como había llegado una viuda con la intención de pasar allí sus últimos años, trasladaron a la joven a otra parte del monasterio. La nueva habitación, oscura pues daba a un pequeñísimo patio de altas paredes, era más humilde que la anterior, pero la joven se sintió conforme: le repugnaba tratar con las otras internadas, y allí podía disfrutar de intimidad. Trabó amistad con el gato; solía llevarle algún bocado, y a veces, de noche, le permitía dormir dentro de la pieza, sobre el arcón que guardaba la poca ropa que había llevado. Con el paso de los días, el aislamiento, el sosiego,

el transcurrir de las horas, cada cual con su quehacer inconmovible, descansaron su ánimo.

Cuando, entre una meditación y una confesión, decidió salir a caminar al sol, descubrió que estaba muy cerca del plantío que había visto, a través de la ventana, el día de su llegada. Cruzó el portón que lo separaba del huerto y se adentró en la parcela de aspecto silvestre: estaba en el jardín de plantas medicinales del monasterio. Un aroma a veces perfumado, a veces áspero, según las matas que rozara, envolvía el lugar. Inconscientemente se agachó a frotar y oler las hojas, a arrancar algún tallo para probarlo con la punta de la lengua, haciendo crujir otro en el oído.

De pie en medio de romeros y oréganos, de plantas de azafrán, de mostaza y otras desconocidas, se sintió de pronto en paz. Aspiró profundamente la fragancia del lugar, guardándola como un elixir en sus pulmones, y después de permanecer inmóvil varios segundos, exhaló con largueza para desarmar esos manojos de espinas que se le enredaban en el pecho. Iba a tomar una flor muy bonita, una campanita morada y prieta, cuando oyó que decían detrás de ella:

—Mejor sería que no toque esa planta. Es acónito.

Al volverse, se encontró con una monja, una mujer mayor, delgada y de pecho hundido; era de una plácida fealdad, de ojos grandes, inteligentes e inquisitivos. La reconoció de inmediato: en su niñez, estuvo entre las monjas que a ella y a sus primas les enseñaban catecismo y había sido su profesora, un año antes, de latín. La religiosa, no obstante, se presentó:

—Soy la hermana Sofronia, la encargada de las discípulas del padre Thomas. Estudiamos el poder que posee cada una de ellas —señaló el predio con la mano.

—¿Son todas plantas para remediar? —preguntó Sebastiana, y la religiosa, después de un titubeo, dijo con brusquedad:

—No todas. Esa que ibais a tocar es grandemente venenosa. Pero no las hojas, que sólo llegan a ser tóxicas. Es su raíz la que mata.

—¿Mata? —se estremeció Sebastiana, llevándose las manos a la espalda y restregándose los dedos en la tela del vestido.

—No se preocupe, aquí no tenemos plantas que maten al solo contacto. Es necesario hacer infusiones con ellas, o secar sus rizomas y machacarlos después, o mezclarlas con materias químicas.

Con las manos dentro de las mangas del hábito, caminó adentrándose hacia el fondo. Sebastiana la siguió por la senda estrecha.

—¿Y por qué tienen ustedes plantas que matan?

—Toda planta y materia venenosa tiene también, según la dosis y aplicación, propiedades salutíferas —y como si hubiera dejado en el aire unos puntos suspensivos, le preguntó sin mirarla—: ¿Entiende usted algo sobre el estudio de la herbolaria?

—No; jamás he sabido de…

—… porque me lo pareció al observar la forma en que palpaba las yerbas.

Sebastiana iba a reconocer que lo había aprendido de Rafaela, su nodriza, pero un reflejo nacido de escuchar frases susurradas entre las criadas, de alguna interrogación del padre Cándido a su madre, de aquella vez que llegó un ujier a interrogar a su aya, le indicó callar.

Conversaron durante unos minutos, cómodas en mutua compañía, y al sonar la campana que llamaba a las oraciones del mediodía, la religiosa agregó como si hubieran hablado de ello durante días:

—El padre Thomas es un gran profesor, claro y ameno en sus exposiciones. Nos enseña farmacia. Y como he creído notar en vos cierta predisposición, pensé que podría venir a nuestras clases. Me doy cuenta de que tiene usted buen ojo, buen oído y apuesto que excelente olfato para discernir los olores. El olfato es sumamente necesario en este oficio.

—¿Lo aprobaría la madre superiora?

—Lo consultaré con ella.

Cada cual por su lado, y en silencio, llegaron a tiempo para la oración en el coro.

OceanofPDF.com

6. Del herbolario inconcluso

«Para poder efectuar el matrimonio la Iglesia necesitaba constatar la libertad de los cónyuges, no sólo de todo vínculo anterior sino también como expresión de su intrínseca independencia y voluntad de asumir el compromiso, condición fundamental para la validez del sacramento».

María del Carmen Ferreyra

El matrimonio en Córdoba durante el siglo XVII - Período: 1642-1699

OceanofPDF.com

Córdoba del Tucumán
Tiempo después de Pentecostés
Primavera de 1701

Siendo joven, sor Sofronia, harta de sufrir las pullas de hermanos y primos por su fealdad y su interés en las ciencias, decidió que mejor estaría de hábito. La impulsaban, además, una inclinación religiosa que había sido siempre su sostén y ya que no en el mundo, quizás en los claustros podría instruirse como facultativa para ayudar al bienestar de la comunidad. Tenía un instinto certero para diagnosticar y su misericordia hacia el enfermo no estaba hecha de desgarrada piedad; sin dejarse aturdir por ayes y quejidos, palpaba sin clemencia los forúnculos, aspiraba contenidamente el olor de las heces, probaba el orín en la punta de un dedo, revolvía secreciones con un palillo de mirto, todo para determinar el probable origen del mal y buscarle remedio. Los pacientes eran generalmente sus hermanas en Cristo o señoras que preferían la presencia de una mujer a la de un hombre, a la hora de padecer.

Había sido maestra de primeras letras y catecismo de Sebastiana; la había visto crecer, la observó en misa, a través del tablero cribado, fascinada por la belleza, los colores, la salud, la libertad y la alegría de vivir que trasuntaba su persona. Se parecía a la niña que hubiera deseado ser, y por eso propuso a su padre que se le enseñara también latín.

Enterada confidencialmente por la priora del hecho que la llevaba a la congregación, buscó su compañía en cuanto la vio penetrar en el huerto. Le supo a milagro que la joven demostrara interés de inmediato en lo que era su pasión, y creyó descubrir en ella dotes inimaginadas. Fue como un

premio de su sino, no demasiado feliz, que lograra despertar en la jovencita interés en remedios y bálsamos, consiguiendo que olvidara su desesperada situación a través del trabajo en conjunto. Obtuvo el permiso de la superiora y pronto Sebastiana integraba el reducido grupo de estudiosas a cargo del padre Thomas.

Unas semanas después, la priora informó por escrito al rector de la Compañía: «… la niña es gentil y dada a penitencias; los viernes guarda ayuno y se humilla en los más rudos trabajos. Trata con dulzura a siervas y hermanas en Cristo y encuentra solaz en ayudar a sor Sofronia, encargándose del plantío de drogas, y con tan buena mano que hierbas debiluchas o azafranes desmedrados toman fuerza a su trato. Dice nuestra hermana que habla bien el latín y que es dada a la lectura, tanto que tratamos de guiar este apego a la esencial devoción. Y si su familia ha dejado muchas cosas que desear en la formación de esta alma buena, que mejor guiada no habría dado tropiezo, al menos la han iniciado en el leer y escribir, facultad que ella desea aplicar al estudio en beneficio de los demás. Si no fuera por el impedimento, feliz seríamos de tenerla entre nos para siempre…» y se tomaba dos páginas para explicar que el impedimento desaparecería si la madrecita aceptaba dar en adopción al niño y quedar de lega entre ellas.

El médico fue comisionado para sondear a la joven frente a la superiora y fue evidente para ambos que respiraba de alivio, aunque aclaró:

—… siempre que se entregue el inocente a gente de probada bondad. No deseo de ningún modo criar a mi hijo con don Julián como padre —y murmuró, llevándose las manos a los ojos—: Sólo aspiro a pagar mis culpas y a quedar aquí, protegida por la santidad del lugar. No quiero volver al mundo. Mas temo no poder proteger a mi hijo…

La superiora, emocionada, prometió que velarían por sus deseos; ya sabían de una pareja de hortelanos, algo mayores, que penaban por un hijo.

—Son de Saldán y muy piadosos; muertos sus esfuerzos por tener un hijo propio, han pedido varios en crianza. Es gente honrada.

—Si por mí fuera, conservaría al niño y permanecería soltera, reconoció la jovencita; pero tendré que resignarme a darlo o me casarán con don

Julián, —y llena de dudas, los interrogó—: ¿Creéis posible que mi madre consienta? Sé que han firmado ante el letrado la cesión de algunos bienes y que se está discutiendo la dote…

—Nosotras convenceremos a doña Alda —hizo un gesto la directora y el médico aseguró que hablaría con don Gualterio. Era una buena y sensata solución para todos.

Esa misma tarde, el padre Thomas se llegó a lo de Zúñiga para tratar el tema, lamentando que don Esteban, que tanto crédito tenía sobre el caballero, y único que podía disuadir a la señora de lo que se había propuesto, estuviera ausente de la ciudad.

Para mayores males, en cuanto entró en la sala encontró al prometido rodeado de un tufo agrio y acomodado en el mejor sillón.

De malhumor y en la certeza de que no conseguiría nada sin discutirlo a solas con Zúñiga, hizo el esfuerzo de llevar a don Gualterio a su despacho, pero el viejo, más obnubilado que de costumbre, no entendió sus demandas. Por lo que pudo escuchar, Ordóñez estaba negociando una cesión en metálico, y comprendió que tendría que exponer el proyecto antes de que avanzase la entrega. Si el compromiso se deshacía, no le parecía probable que el novio devolviera lo que estuviese en su poder.

Dio dos toses, lo suficientemente perentorias como para hacerlos callar y que volvieran la vista hacia él.

—Doña Sebastiana pide permiso para permanecer en el convento… definitivamente —y el sacerdote se apresuró a aclarar—: Lo hemos hablado con la madre superiora, que lo propuso al padre rector, y desearían exponer el caso ante ustedes, pues ambos creen que sería lo más beneficioso para ella.

—¿Y qué harían con el incordio? —dijo ásperamente Ordóñez. A su voz, en la pieza contigua se oyó el gruñido profundo, agónico de rabia, del perro, a quien habían tenido que encerrar: don Julián había sido quien organizó la pelea con el puma de la que Brutus salió moribundo.

Disgustado por el recuerdo de la pasada atrocidad y por la actual torpeza del hombre, el padre Thomas contestó después de apoyar los codos en los brazos del sillón y de entrelazar los dedos:

—Se lo daría en adopción. Doña Sebastiana está de acuerdo, y las religiosas ya tienen en vista a los padres sustitutos.

Un silencio sorprendido le respondió y el tictac del reloj de fanal adquirió el peso de una alegoría. Don Gualterio fue el primero en reaccionar. Feliz ante la alternativa, intentó que doña Alda y don Julián la aceptaran.

—Por mí —aseguró Ordóñez, empinando el codo para beber hasta el fondo de la copa—, hagan lo que quieran con su hija y el crío, pero no cederé un jeme de las tierras, los doblones y la hacienda pactados.

—Me importan un bledo las supuestas pérdidas, que las doy por ganancias si conseguimos librarnos de usted. Harto va a heredar mi hija en Navarra y acá para que me preocupe por una poca de tierras y un puñado de monedas —dijo don Gualterio con altivo desdén.

Mientras el padre Thomas se preguntaba por qué, por el bien de la joven, no mantenía siempre esa actitud, doña Alda, que había permanecido muda, reaccionó con un rotundo «No», asegurando que si era eso lo que la descarriada quería, no lo obtendría, mientras estuviera en ella impedirlo.

—No la caso —reconoció— tanto por tapar el entripado como por castigarla, y su castigo recibirá. Vería yo de aligerar las cosas si ella me dijera con quién pecó, pero mientras se niegue a ello, yo continuaré haciendo lo que es deber de toda madre: cuidar de que salga de esto con la menor deshonra posible, y eso no es concebible si no se encuentra casada en unos días.

Y de pie, fría como la venganza, señaló al pretendiente.

—Mirad esta bestia llena de vicios, a quien tengo cogido por la codicia de lo que le entregaré. Sus pecados son los que mi hija eligió al entregarse… ¡sabe Dios a quién!, y con ellos tendrá que convivir por descuidada.

El discurso regocijó a don Julián, que se sacudió de risa, manchándose la ropa con el vino que, sin esperar a la criada, había vuelto a servirse.

Estremecido de repugnancia, el padre Thomas, buscando apoyo en don Gualterio, intentó que aquellos dos desistieran de sus propósitos.

Lo único que obtuvo fue el retiro del apesadumbrado viejo, a quien, de gallardo y decidido, vio encogerse ante una larga mirada de su esposa.

Disgustado, optó por dirigirse a la Merced, donde buscó al padre Cándido de aliado.

—Estoy convencido, y lo estará vuestra merced en cuanto lo piense, que la reclusión de doña Sebastiana es más agradable a los ojos de Dios que el matrimonio que quieren imponerle. Porque, entre nos, bien sabemos que don Julián es hombre de costumbres corrompidas —le advirtió con firmeza.

—Veré de hablar con doña Alda, aunque ya sabéis cómo es, animosa de por sí… —contestó, dubitativo, el mercedario—. Además, parece que está muy en confianza con nuestro obispo, y le ha prometido una granja y unos derechos sobre sus tierras de Álava para la obra de la Catedral y de los Padres Predicadores…

A buen entendedor, el padre Cándido le advertía que, si se acudía a él, era posible que el doctor Mercadillo se negara a amparar los deseos de la joven, especialmente si sabía que la Compañía intentaba protegerla. Monseñor sólo apoyaría a don Gualterio —como padre, tenía mayor poder sobre la prole que la madre—, pero no creía que el anciano se enfrentara a su esposa. «Raro influjo tiene sobre él, y no ha de ser por la pasión genésica, ya que no tiene fuerzas para ello», reflexionó, intrigado.

Todo fue en vano; embajadores y lenguaraces no alcanzaron a torcer la voluntad de la señora. Don Gualterio necesitaba de la atención del padre Thomas muy seguido, y fue menester que éste lo reprendiera por la severidad de los castigos que se infligía.

—Muerto usted, no le servirá de nada a su hija —le dijo acremente.

Dándole la espalda en el lecho, mostrándole la coronilla tonsurada por la calvicie, el hidalgo murmuró:

—Nunca le he servido de nada; nunca he podido protegerla de esa mujer.

Tocado por la profunda desesperación que traslucía su voz, impresionado por los surcos de la flagelación que, como el manto de la

Verónica, marcaban sobre el hilo de la camisa un dibujo sangriento, el médico se llevó a decir:

—Aun en esas condiciones, ella lo ama tiernamente y sólo desea darle a usted gusto y cuidados —y esas palabras, llenas de convicción, serenaron al anciano, que consintió en beber un caldo de su mano.

Días después, cuando doña Alda se presentó en el convento para llevarla de vuelta a la casa, Sebastiana se negó a seguirla, diciendo que allí se sentía feliz y a salvo de sí misma.

—No puedo remediarlo. Además de repugnarme, don Julián me da miedo. Temo que dañe a mi hijo —y con acento desesperado, buscando la negada mirada de la madre, intentó por primera vez en su vida un acercamiento con ella—. Mejor estaría el niño con los padres que le han buscado, y yo aquí, sin molestarla en la casa, sin que tuvieran ustedes que pagar siquiera el velo, pues deseo refugiarme en la más baja condición de la orden.

Y como su madre no pareciera oírla, se puso de pie con torpeza de adolescente, se apoyó de espaldas en la pared, las palmas sobre el muro, y se volvió para decirle con un leve tartamudeo:

—Pe… pediré am… amparo al obispo.

Fue como si una víbora hubiera picado a la señora; volviéndose con rapidez, la tomó de un brazo y antes de que la jovencita pudiera cubrirse, le dio un revés en la oreja. La hermana Feliciana, que en la otra punta del salón vigilaba mientras copiaba unas cartas, se puso de pie conteniendo una exclamación, pero un gesto de doña Alda la inmovilizó. Y como Sebastiana gemía y se debatía, tratando de liberarse de la mano de su madre, ésta le envolvió la cabeza y el cuerpo con la capa, y así amarrada la arrastró hasta el coche que esperaba, de propósito, pegado al portal.

La hermana Sofronia, que recorría con ansiedad la pieza contigua, oyó el «¡No, no!» de la jovencita, el ruido que le indicó que se había asido al picaporte y luego el sonido de algo inerte que era arrastrado. Temblorosa, se

dirigió al jardín de hierbas, donde oró, mientras desmalezaba de rodillas, hasta que una novicia vino a decirle que la madre superiora quería hablarle.

Allí estaba el padre Thomas, y al parecer habían conversado largo rato antes de dar con ella.

—Por supuesto —dijo la religiosa—, acudiremos al obispo. Usted, hermana, puede hablar en favor de nuestra niña, explicar la índole bondadosa que tiene, y el deseo manifiesto de permanecer entre nosotras.

Pero, como el jesuita suponía, el prelado falló a favor de los padres: «¿Habrase visto alguna vez que una doncella incapaz alcance la sabiduría de sus progenitores?», y desoyendo los deseos de la jovencita y los pareceres de las religiosas, dio la razón a los mayores y el acuerdo para la boda.

El día de las bendiciones, el padre Thomas despertó antes del alba, pensando en el destino de aquella criatura cuya suerte había quedado sellada al haberse entregado, confiada, a su primer amor; víctima de su debilidad, pero también de la cobardía criminal del padre, de la ruindad del prometido y de la extremosidad de la madre.

Los dedos sobre las sienes, de rodillas en el piso desnudo, trató de hacer un pacto con Dios para que resguardara a la joven del mal que no tiene remedio, aquel que duda de la bondad de Dios, el que hace caer en la desesperación a las almas debilitadas.

Esa mañana fue llamado de urgencia por los Becerra. Al llegar, su impaciencia se desvaneció al ver que el estado de doña Saturnina se debía a la preocupación por Sebastiana.

—Ese Julián es un mal hombre —decía con la respiración entrecortada y los labios amoratados—. Una jovencita tan bella, tan buena, ¿por qué casarla así? ¡Y este badulaque de Esteban, que se ha ido y no viene a ver si puede intervenir! ¡Cinco chasquis le he mandado a Anisacate!

Consiguió serenarla hablándole con suavidad mientras le palpaba el pulso; el hermano Hansen, advertido, preparaba un quemadizo para hacerle

aspirar como medida inmediata y de la cocina trajeron una infusión de chañar, con la esperanza de que le abriera los pulmones.

Las criadas que cuidaban del ama vinieron corriendo a decir que pasaría por el frente la silla de manos que llevaba a Sebastiana hacia Santo Domingo, donde se bendeciría el matrimonio, pues doña Alda quería dar gusto al obispo.

Sin poder evitarlo, el padre Thomas se arrimó a la ventana, y tras el encaje que velaba los vidrios, vio pasar primero el cortejo del novio, formado por unos cuantos amigos y unos pocos parientes. Don Julián llevaba en los ojos el brillo del alcohol y se rascaba alternativamente los sobacos y la entrepierna mientras reía con sus acompañantes. «Como no le contagie algo; ladillas sería incómodo, pero el mal de Venus…», temió el sacerdote.

Poco después apareció Sebastiana: llevaban la silla cuatro negros vestidos de lacayos y varias esclavas la rodeaban con los brazos cargados de azucenas. Pálida y debilitada, la joven se aferraba a las portezuelas. Aquello, sintió el sacerdote, parecía la ofrenda de una inocente a un ídolo insensible. Volvió con doña Saturnina mientras creía escuchar la lapidaria sentencia: «Luego, lo que Dios juntó no lo separe el hombre». En este caso, era el introito a una vida de dolor.

Esa tarde, cuando fue a las Catalinas, encontró a la hermana Sofronia en la sala que usaban como aula. Estaba de pie ante uno de los altos pupitres, más encorvada que nunca y ensimismada en algo; no lo oyó entrar. Al acercarse a ella, vio que se entretenía en armonizar las hojas de un Hortus Siccus, un herbario inconcluso. Era el que Sebastiana, bajo su dirección, había comenzado a armar. Una esclava muy joven miraba, interesada y atenta, lo que hacía.

—Le faltaba un poco de prolijidad, pero iba adelantando. Mire usted las últimas páginas —dijo la religiosa, y él sólo notó un borrón sobre la escritura, producido, seguramente, por una lágrima.

—Dicen que Sebastiana se desmayó cuando oyó la campana de Santa Eulalia —murmuró la religiosa, y la chiquilla elevó los ojos grandes,

oscurísimos, hacia el sacerdote, que comprendió que ella había sido quien trajo la noticia.

—Mala mano tuvo el que la hizo tañer —y la monja cerró la carpeta anudando las cintas—, recordándole su última hora de soltera, su primera hora de tormento.

Y tomando delicadamente un pensamiento seco que había quedado sobre el pupitre y le alcanzaba la jovencita, preguntó al sacerdote:

—¿Cuántos siglos más habremos de pagar nosotras por el pecado original?

El padre Thomas pensó en el estado de sufrimiento, injusticia y desesperación en que sobrevivían muchas mujeres.

«Entiendo que mi marido deba pegarme, señor juez, pero dígale que no extreme», había oído suplicar a una moza humilde, mostrando los brazos llenos de moretones, al comparecer ante el magistrado.

OceanofPDF.com

De las confesiones

OceanofPDF.com

… Desde el día en que entré en la iglesia para casarme conseguí separar mi vida interior de la otra, la vida real que tanto me lastimaba. Los golpes, la humillación, la indignidad en que me arrastraba parecían entonces cosas que le sucedían a otra, en un mundo que yo me negaba a habitar. Volvía en mí cuando temía que la paliza dañara al hijo que crecía en mi seno, pero el resto del tiempo estaba como en estado de gracia: los recuerdos eran la sístole y la diástole que obligaban a mi corazón a seguir bombeando el torrente que me mantenía viva.

Fue de asombrarse que, mientras indagaban con quién había yo caído, no relacionaran el embarazo con mi primo de Guipúzcoa. Nadie se atrevió a decir lo que temía: mi madre y el tío Esteban, que había sido con el maestre de campo; el padre Cándido, que mi bastardo era de un hombre casado o de hábito; el padre Thomas, que podía ser de un indio, de un mestizo. ¡Ah, pero mi falta fue más inocente que las especulaciones que se hicieron sobre ella!

Pequé una vez en la carne, y fue con mi primo, cuando se los agasajó pues emprendían el regreso a España. Yo lo había mirado con mirada de gusto la primera vez que lo tuve frente a mí, y en la fiesta que dieron cuando partían hacia Cuyo, nos perseguimos por las galerías hasta enojar a su padre, y más tarde me robó un beso detrás de la puerta de nuestro oratorio; y mientras me sofocaba con sus abrazos, señaló a la Virgen Niña, que, con la cabeza inclinada sobre el hombro, parecía mirar hacia otro lado: «Te quiero como a nadie —me dijo—. Por la Madre de Dios lo juro: te querré hasta mi muerte». ¡Quién hubiera sabido que cumpliría tal juramento!

Cuando volvieron de Mendoza, para la festividad de San Pedro, quise sentarme a su lado, pegada a doña Saturnina, pero mi madre me lo impidió y tuvimos que contentarnos con mirarnos desde lejos cuando los mayores se descuidaban. Ese día me dio un anillo trenzado con su pelo sobre un hilo de oro y yo le di un rizo que él guardó dentro de la chupa, «junto a mi corazón» dijo, y tomándome la mano la apretó sobre su pecho.

Pero fue en la fiesta de despedida que sucedió todo. Él, sentado lejos de mí, no dejó de mirarme sobre las fuentes, las copas, los panes desmigajados, el vino especiado que coloreaba los botellones, y aunque parezca imposible, nadie lo notó, abstraídos como estaban en hablar de la familia, del reino, de las posesiones en Guipúzcoa, de ganancias y títulos, de monseñor, el rey…

No sé qué fui a buscar a la despensa, de buena voluntad o quizá con la malicia de que me siguiera, y él vino tras de mí. Me acosó entre bromas y requiebros, rozándome la espalda con el cuerpo, separando con dedos calientes mi pelo de la nuca, echando su aliento en mi oído mientras yo llenaba el botellón. Intenté, encendida, evitarlo; quise huir, pero él saltó sobre la mesa y me apresó. En la penumbra de la habitación, pareció un gato enorme, moteado por la luz del ventanillo del techo; semejó una navaja que cortó el espacio en el tiempo de un parpadeo. Y sin mediar palabra de él, gritos de mí, tomó el botellón de mis manos para que no fuera a estrellarlo y me besó, hambriento, mientras yo lo golpeaba sin poder impedir que me apretujara los senos hasta sofocarme. Intenté resistir, pero había perdido la voluntad y cedí a algo que no tenía nombre para mí, más tirano que la moral que me enseñaron las monjas, que los preceptos que me inculcó mi familia, que los consejos incomprensibles de mi confesor. Algo que me arrastraba más allá del temor a mis mayores, a la Iglesia y a Dios.

Él cerró la puerta con el hombro, me arrastró hacia el poyo que corre por la pared y sobre la piedra me levantó faldas y enaguas y me tomó con presteza y (ahora lo comprendo) con mucha maña para conseguir lo que deseaba en el menor tiempo posible, sin que nadie alcanzara a descubrirlo, sin que nadie viniera a estorbárselo.

Antes de salir me rodeó el cuello con el brazo y, recostándome sobre su pecho, susurró con su acento de español del norte, que tanto me atraía: «En un año estaré de vuelta. Por Cristo te digo, es mejor que me esperes, porque si te encuentro prometida, te mataré a ti y también a tu novio».

Él salió primero y yo me demoré hasta serenarme. Me sobresaltó la voz de mi padre y temblando me escondí tras unos barriles, no sabía si feliz o arrepentida. Esperé hasta que se hizo silencio en la huerta y, llena de temor por la prueba que manchaba mi ropa íntima, corrí hacia el horno que ese día se mantenía encendido. Con torpeza y avergonzada, me la quité y la arrojé allí, atizándola con un palo para que se quemara con rapidez. Más y más asqueada a medida que mi cuerpo se enfriaba, me lavé en la gran batea del fondo, corrí a mi dormitorio y me encerré: no podía mirar a mi primo a la cara, y mucho menos enfrentar los ojos de mi madre…

Ni siquiera me vieron en compañía de él.

¿Hubiera regresado por mí? Quizá, pero cuando cruzaban la pampa los atacaron los indios; sólo dos españoles murieron, y uno tuvo que ser ese mozo atrevido y hermoso que me había arrebatado sin esfuerzo la voluntad, la virtud y los sentimientos.

A pesar del dolor por su muerte y el miedo de que supieran mi estado, fui feliz pensando en que tendría un hijo, un trocito de su carne, de su alma, para recordarlo.

Después de él, todos los hombres me parecieron sosos; hasta don Esteban, a quien yo tanto quería. Ninguno me transmitía —en la mirada, en el roce de los labios al besar mis manos, en la punta de los dedos que me ofrecían el agua bendita— pasión suficiente para deshelar mi corazón. Ningún varón parecía lo bastante atrevido para perseguirme por la pieza en penumbra, entre jamones colgados, ristras de ajo, aros de orejones y odres de vino. Ninguno, ni siquiera don Esteban, que había dado en mirarme seguido, parecía capaz de saltar sobre la ancha mesa para capturarme y con dos movimientos expertos voltearme y poseerme, además de amenazarme si olvidaba esperarlo.

Mi madre desesperaba por conocer la identidad del responsable, y fue un juego perverso no develársela: ella sospechaba del maestre de campo,

por quien estaba enceguecida de pasión, y si bien me castigó hasta hacerme caer en el desmayo, disfruté sabiendo que ella sufría y desesperaba tanto o más que yo, pues tenía dos interrogantes y sólo mis palabras podían liberarla. Si me hubiera permitido quedar en el convento, cerca de sor Sofronia, a salvo entre el coro y el jardín de hierbas, creo que habría tenido compasión de ella. No me lo permitió, y quise que, perdida por perdida, ella padeciera en su corazón tanto como me hacía padecer en mi cuerpo; hasta hoy siento que llevé la mejor parte.

Con el tiempo me di cuenta de que en la vida de una mujer los mozos atrevidos, seductores, peligrosos, pasan sólo una vez, y a veces nunca. Lo que abunda son señores de peluca y gafas —o en camino de serlo—, no necesariamente compasivos; y si no, brutos hediondos como mi esposo, a quien se sirva el Diablo guardar en los Infiernos. El resto lo componían hombres vedados: los que habían tomado estado de matrimonio, o eran parientes de sangre, o de otras razas o quizá sacerdotes y varones santos.

En lo peor de mi situación, ¡tonta de mí!, pensé que sería posible que don Esteban se ofreciera para cubrir mi deshonra, pero él de quien, si no aquella desmesura, pedía al menos una defensa, se volvió a sus campos y no lo vi por largo, largo tiempo. También por él me sentí traicionada y, cuando caí en la noche del alma, puse su nombre en la misma tabla en que había escrito los de mis enemigos…

OceanofPDF.com

7. Del círculo de Copérnico

«La astrología ‘judiciaria’ estudiaba la influencia de los astros sobre la vida de cada individuo; se creía que el destino de la persona dependía de la posición de su respectivo astro con relación al Sol, la Luna o los planetas».

Enciclopedia Salvat

OceanofPDF.com

Córdoba y Alta Gracia
De Adviento a Epifanía
Verano de 1702

La obra de la Catedral avanzaba con lentitud, pero la propiedad que el obispo Mercadillo levantaba para sí estaba muy adelantada. En la ciudad habían comenzado a llamarla «el palacio», no únicamente por ser sede prelaticia, sino también por la belleza que iba mostrando la construcción. En escuadra con el Cabildo, miraba con desaprobación hacia el otro lado de la plaza, donde estaban los afamados portales de Valladares, venta y posada que durante años fuera refugio de ocios del poeta Luis de Tejeda.

La ciudad no tenía paz con la discordia entablada entre el obispo y sus enemigos: el gobernador, los jesuitas, las monjas y los encargados del hospital de Santa Olalla.

Un nuevo mal descomponía el orden que imperaba en la Compañía: Su Ilustrísima, a pesar de que la Universidad de los ignacianos funcionaba perfectamente —bajo la protección del rey, los sellos y las firmas indispensables—, no daba crédito a la Real Cédula del 1.º de abril de 1664 y reclamaba para sí el privilegio de conceder los grados universitarios, despojando al padre rector de aquel privilegio. Luego, desoyendo protestas y mandatos, fundó en el colegio de los dominicos la Universidad de Santo Tomás de Aquino, haciendo saber que en adelante sólo a través de ellos se podrían obtener los grados académicos.

Los enfrentamientos, estancados hasta que llegaran los partes del rey de España, a quien había acudido la Compañía, volvieron a levantar una bandada de papeles sellados que, al serle presentados por los escribanos,

sólo sirvieron para que el obispo excomulgara a los osados administrativos quienes, por ende, se negaron a aproximarse nuevamente ante él con algo semejante a un folio; debido a esto, el padre provincial no tuvo más remedio que pleitear a través de la Audiencia de Charcas.

Cada vez más molesto, el doctor Mercadillo decidió excomulgar a los padres rectores y pronto extendió esta medida a los alumnos que concurrieran al Monserrat y a las aulas universitarias. ¿Cómo empezar las clases, salvo dejando indefensas las almas de los jóvenes?

Después de cambiar ideas con el padre rector sobre la mejor forma de desenvolver sus clases, el padre Thomas volvió a instalarse en los altos de la botica, desde donde oyó llegar, horas después, a unos troperos que traían productos de Alta Gracia.

Bajó apresuradamente a pedir noticias sobre el matrimonio de Ordóñez de Arce, y se enteró de la verdad por un vecino que no conocía de eufemismos: don Julián tenía una concubina desde hacía años, Eleuteria, india que mantenía cerca del caserío y en quien había concebido una decena de hijos.

El sacerdote comprendió que, de ocurrirle algo a doña Sebastiana y al niño por nacer, parte de las propiedades pasarían a manos de Ordóñez, engrosando las que los Zúñiga le habían cedido. ¿Era de esperar, entonces, que el libertino resguardara la salud de la joven y del nonato? Pensó que una mala estrella parecía oscurecer el nacimiento de doña Sebastiana y, perturbado por la idea, se quitó el guardapolvo de trabajo y fue a la parroquia, donde descubrió que le habían dado el agua del socorro en el barco y el óleo en Córdoba. Con esos datos se dirigió a la quinta de Santa Ana acompañado por el hermano Hansen; una vez allí, caminaron entre el monte de frutales y hablaron con el hermano hortelano, que los convidó con unos quesillos frescos y un vino de Madeira. Dejó al joven en su compañía y ascendió las lomas que subían detrás de la capilla, donde el padre Alban, astrónomo, había levantado una pieza a modo de observatorio celeste. A mitad de la cuesta, se detuvo a contemplar la ciudad del otro lado del Calicanto. A la distancia, las torres de los templos componían el esbozo consolador de una ciudad mística, una ciudad más a tono con la Toledo que

con la Córdoba de España. Le volvió la espalda y, en la paz de la tarde, ascendió hasta el reducto del padre Alban.

Éste, entre varias capacidades, interpretaba el círculo de Copérnico y leía en los astros; a semejanza de otro hermano de la orden —Nicolás Mascardi—, el padre Alban se gloriaba de haber sido discípulo nada menos que de Atanasio Kircker, el propulsor de la cátedra de matemáticas y de física en Würzburg. Si bien ya había pasado de moda, e incluso se la veía con desconfianza, él tenía una curiosidad cavilosa que lo instaba a investigar la relación de los hombres con los lejanos astros, relación demasiado confusa la mayor parte del tiempo, aunque en ocasiones se obtuvieran aciertos que conmovían la razón.

La visita del padre Thomas llenó de gusto al padre astrónomo, y después que aquél lo impuso de su preocupación, se acodó en un alto banco de trabajo a calcular la posición de las estrellas que habían determinado y determinarían la felicidad o desgracia de la persona de quien sólo conocía algunas fechas precisas.

El médico esperó, fijando la atención en el calendario solar compuesto de piezas superpuestas y giratorias que indicaba horas, días, meses y posición de la Luna, para pasar luego al planisferio copernicano. Y mientras él observaba la figura humana apresada entre dos triángulos de oro entrecruzados, el padre Alban, después de usar el compás, algunos instrumentos, sacar cuentas y ajustar cálculos, además de mordisquear la pluma, dijo que el sujeto (ignoraba quién era) había nacido bajo el signo del Sol —el León de San Marcos— y era fuego y predominante, con todas las buenas cualidades solares; las estrellas de su cielo predisponían al gozo, a la salud, a la buena fortuna, salvo…

—¿Salvo qué…? —se alarmó el médico.

—Que tiene, por la hora y el año en que nació, una fuerte influencia de Saturno… el Demonio de los Antiguos Arcanos —y se persignó, murmurando—: Capricornio el Astado, que vuelve a sus súbditos proclives a la venganza, a cierta tendencia extrema de los humores, a la sabiduría por el Mal.

—¿Se perderá, entonces?

—¿Quién lo sabe? Con esa disposición de las estrellas, el Demonio entra y sale a su gusto si encuentra una brecha en el individuo. Pero puede suceder también que el sujeto se incline por una vida mística… ¿No ha dado muestras de querer tomar los hábitos?

—Las ha dado, pero fuerzas terrenales superiores a sus posibilidades le han negado ese refugio.

—Grave error se ha cometido… —murmuró el astrónomo y, ajustándose las gafas, agregó—: Confiemos en que predomine la luminosidad del Señor, y no la oscuridad del Hades donde reina el Demonio con el nombre de Saturno.

Y con un último alzamiento de hombros, concluyó:

—Ya sabe usted que esto no es una ciencia exacta, y que hay un viejo lema que advierte: «Los astros influyen en nuestro destino, pero no lo deciden».

El padre Thomas le ayudó a poner orden en el estudio, cerraron y descendieron a rezar el rosario en la pequeña capilla del bajo. Un perfume a hierbas, a frutas caídas que se descomponían en el suelo, el sonido del agua y de las herramientas que se limpiaban antes de ser guardadas, el balar de algunos animales, intensificaban la beatitud del atardecer de diciembre.

A fines de enero, el padre Thomas viajó a Alta Gracia con la intención de atender al padre estanciero, quien padecía de fiebres tercianas, secuela de sus misiones en la Malasia. Debía también inspeccionar la parte sanitaria e higiénica del lugar, hacer el inventario de la farmacia y curar a los enfermos, así fueran religiosos, esclavos, peones o vecinos.

La estancia, bordeada por un arroyo tributario del río Anisacate, distaba sólo seis leguas de Córdoba y se asentaba al pie de la vertiente oriental de la Sierra Chica.

Los jesuitas se encontraron dueños de aquella extensa heredad cuando, en 1643, su propietario —Alonso Nieto de Herrera— se la otorgó, agregando dos estancias menores con todos sus bienes al entrar en la orden como hermano coadjutor. Decían que a él se le debía el nombre de «Nuestra

Señora de Alta Gracia» y el haber mandado tallar y colocar, en la portada del edificio, dos piedras de sapo labradas en cuadro «de las que salen, en cada una, una pirámide, y éstas tienen esculpidas el año de 1659».

En unos cincuenta años, Alta Gracia se había transformado en un rico establecimiento fabril, agrícola y ganadero, que proveía toda clase de productos al Colegio Máximo y a las dependencias de la Compañía.

Ya se había comenzado a levantar la sacristía y el templo llamaba la atención a quienes vieran los planos, pues la iglesia, de un mesurado barroquismo, no tendría torres. En cuanto a la casa-vivienda, era magnífica, de buena construcción, y contaba con letrinas amplias y cómodas, no sólo para los religiosos sino que, fuera de la casa, las había también para los trabajadores.

En el cercano obraje se trabajaba en talleres de carpintería y de herrería; había un horno para quemar piedras de cal, otro para ladrillos, telares, jabonería, bodegas y prensas. Algo separados, se encontraban los almacenes de provisiones y accesorios de tiendas, las oficinas, la barbería y la botica con dispensario donde se atendían las dolencias de propios y extraños.

Un padre ingeniero había diseñado el tajamar y el paredón con que se defendían de las crecidas cuando los ríos bajaban tronando en la temporada de lluvia. Dos poderosos saltos de agua, también de su ingenio, movían los molinos harineros y el batán para desengrasar y enfurtir los paños. Hacia la parte más propicia del terreno, se abrían huertas, viñedos, sementeras y cañaverales.

Millones de años antes, cuando la tierra era todavía un organismo en formación, alguna fuerza había dislocado los montes, empujándolos hacia el oriente, suavizando las laderas del este y levantando las abruptas paredes del oeste. Así se formaron valles, bolsones, llanos y campos que distinguían aquella región de las tierras de cualquier otra zona de la provincia.

Como en cada viaje, el padre Thomas respiró con gusto el aire limpio de miasmas. Sólo al salir de la ciudad comprendía cómo el olfato se acostumbraba a soportar el olor de las aguas servidas, de los grandes albañales que cada tanto gestaban alguna peste, del matadero más o menos cercano, del guano y los desperdicios de las plazas de carretas, y de la

curtiembre que él y otros médicos habían tratado, en vano, de desplazar del centro de la ciudad. Sin contar la pestilencia de la descomposición de los cadáveres enterrados en las naves de las iglesias.

Llegaba a Alta Gracia en carreta, acompañado por dos padres ancianos que iban a pasar el verano, más fresco y saludable que en la ciudad, y el hermano Hansen, que atendería por el momento la botica de la estancia, donde se entregaban gratuitamente remedios a los pobres. Fueron recibidos con alegría, y todos los de la congregación que no estuvieran lejos se acercaron a saludarlos. Varios esclavos, los más aquerenciados a la casa, y antiguos peones —indios o mestizos—, que gozaban de cierto privilegio, se arrimaron con grandes sonrisas. Algunos de los niños a los que él había curado en anteriores visitas lo reconocieron y corrieron a darle la bienvenida.

Después de informar al padre estanciero el estado en que se encontraba el litigio con el obispo, que coartaba con autos y excomuniones lo que hasta entonces habían sido prerrogativas no discutidas de la Sociedad de Jesús, comentaron con preocupación qué debían hacer: ¿Dejar sin sacramentos a la gente que acudía a ellos? ¿Negar la extremaunción a los enfermos, que no soportarían el viaje hasta algún poblado donde hubiera sacerdotes de otra orden? ¿Pedir a éstos que viajaran hasta donde se encontraba el moribundo? El tiempo empleado en ir y volver con un confesor era extremadamente largo para quien expiraba. ¿Y la doctrina con que sostenían la fe de los esclavos, de los peones? ¿Las fiestas religiosas que quebraban semanas y meses de trabajo, donde había, en alguna medida, una confraternidad de clases, una hermandad en las creencias? El rey y la Audiencia estaban harto lejos. ¿Cuántos meses pasarían hasta que el soberano y los jueces los reafirmaran en los derechos que, como religiosos, gozaban; cuántos fieles y familiares —esclavos y trabajadores de la orden— morirían sin asistencia, desesperando de la salvación de sus almas? ¿Cuántos niños se verían condenados al limbo por no recibir el bautismo? ¿Cuántas parejas se darían a la amistad ilícita ante la dificultad para que se bendijera su matrimonio? Cuando terminaron de sopesar estas preocupaciones, el padre Thomas se dirigió, por el claustro que daba al naciente, hacia el mirador, que era uno

de sus sitios preferidos. Se acodó en el poyo a contemplar un paisaje admirable: al poniente, el murallón de las sierras —manchadas ocasionalmente por alguna calera— se recortaba sobre un cielo de nubes blanquísimas, de visos plateados con un toque de mica negra. Hacia el llano, el sereno tajamar contenido entre paredes de piedra temblaba con el movimiento de algún animal acuático o la caída de una hoja. En esa época, otros años, todo habría sido verde y se habrían visto animales lustrosos y gordos paciendo bajo los altos árboles, pero la sequía de aquel año, aunque todavía no era dramática, amarilleaba el pasto y quitaba fuerza a las cascadas que abastecían el tajamar.

Contempló la grandiosa inmensidad del valle, donde apenas se podía vislumbrar el confín de las vastísimas tierras de la estancia, donde se multiplicaba por miles la hacienda grande y pequeña. Se mantuvo quieto, el libro de oraciones en las manos pero la mirada en la lejanía, hasta que oyó sonar la barra de hierro con que se llamaba a los que trabajaban en el campo: hasta ellos había llegado la voluntad del obispo con la orden de retirarles las campanas.

Sólo recordó que la hija de Zúñiga vivía cerca cuando un comensal nombró a Ordóñez, y entonces preguntó por ella. No escapó a su perspicacia el cruce de miradas, las frases a medias, hasta que el padre Pío, amurallado en que era vasco y torpe, además de anciano y bocón, soltó:

—¿Y qué ha de ser della, si el marido le da muy mal pasar, aparte de escandalizar a todos con su barragana india y esa tribu de mestizos que ha formado? ¿El obispo no piensa acabar con la vergüenza de ese apocilgamiento? ¿Con qué autoridad podemos predicar a los humildes para que santifiquen sus vínculos, si los terratenientes hacen lo que les viene en gana y la Iglesia mira para otro lado? Es ejemplo de vicios el asturiano aquel; está ebrio la mayor parte del tiempo con esa «chicha» que enloquece a los cristianos y cuando llega a la casa, saciado de fornicar y ahíto de bebida, acude a aquella pobre de su esposa con un azote. De milagro a doña Sebastiana no se le ha malogrado el hijo, porque el malvado hace lo posible para que lo aborte.

—Son decires de los criados; ella no se ha quejado —lo frenó el padre estanciero.

—… Decires, decires… —hizo un gesto el buen vasco y continuó mojando el pan en la sopa.

El médico no pudo terminar su plato y al ocaso, mientras meditaba entre las sencillas cruces de hierro del cementerio, rodeadas de algunas flores rastreras y césped que crujía bajo sus pies, decidió que al otro día iría hasta Santa Olalla. Aliviado con ese pensamiento, pudo concentrarse en el libro de Ejercicios y hasta se atrevió a repetir a media voz la bella invocación del Anima Christi, de origen franciscano.

En la otra punta del predio, un negro anciano, con movimientos pausados, alisaba el túmulo de una sepultura fresca.

Regresaba con premura para que no lo tomara la noche lejos de la casa, cuando vio un jinete que desmontaba antes de trasponer la pirca de piedra seca del camposanto, y sin atravesar los pilares, lo esperaba sosteniendo al animal de la brida. Reconoció a don Esteban Becerra en el ademán familiar de quitarse el sombrero.

Se saludaron estrechándose las manos. Al padre Thomas le gustaba la forma que tenía de tratarlo don Esteban, con respeto aunque sin ceremonias. Caminaron juntos, ahora a paso tardo, y cuando el sacerdote se preguntaba a qué se debía la visita del caballero, éste inquirió por el hermano herrero.

—Estoy levantando una casa donde estaban los ranchos —le comentó —, con la ayuda del hermano alarife…

Algo había oído el padre Thomas aquella tarde.

—Hoy calzamos el aljibe —continuó diciendo, desganado, el hacendado—, y he hecho traer mármol verde de San Luis para el brocal. Tiene una veta dorada muy hermosa, como iluminada por dentro.

Al comprender que su acompañante no haría ningún comentario, siguió:

—Quiero que el hermano herrero me haga una coronación de hierro. La que tienen ustedes en el patio de recreo me gustó mucho. Deseo algo semejante. —Y azotándose las botas con una varilla que traía bajo el brazo, agregó—: Ha quedado también en hacerme unos faroles.

El padre Thomas produjo unos cuantos «Ajá». y «Mm» para darse por enterado, pero continuó esperando que le dijera el verdadero fin de aquel encuentro.

—¿Sabe… —don Esteban recompuso la voz con un carraspeo nervioso —… sabe qué es de mi sobrina?

—La casaron con don Julián Ordóñez de Arce. ¿No se enteró usted?

—Lo escuché decir, pero no pude creerlo.

—Ni la superiora de las Catalinas ni yo pudimos evitarlo, aunque lo intentamos.

Iba a añadir algo, pero lo guardó para sí. Don Esteban se mantuvo unos segundos en silencio, la cabeza gacha. La levantó para decir:

—Pensé que Gualterio no permitiría esa ignominia.

—A estas alturas de su vida y de su condición, se podría afirmar que don Gualterio no es imputable —respondió él secamente, y se negó a decir lo que pensaba: «Sólo usted podría haberla ayudado».

—Mi tía me mandó aviso, pero yo estaba en San Luis —fue la justificación, pero luego barbotó—: Me siento culpable y no sé de qué.

—La meditación le ayudará a descubrirlo —contestó el sacerdote con una pizca de ironía.

—Me han dicho que sufre mucho, pero no puedo ir a verla; la mayor parte del tiempo su marido está ausente y no sería correcto que yo me presentara en la casa en ausencia de él.

—Poco puede hacer ahora por ella. Su parentesco es lejano, y usted no es lo bastante viejo para que la maledicencia lo exima de cargos.

—¿Sospecha usted que soy el responsable de…?

—Nunca pensé que pudiera serlo. No lo veo escapando de sus responsabilidades, ni abandonándola a la crueldad de su madre y de su marido. Supongo que tampoco cometería la maldad de haberse aprovechado de la inexperiencia de una chiquilla. Seguramente usted temió que, si se empeñaba en auxiliarla, se pensara que el niño era suyo.

—¡Bien conoce usted el alma humana! —repuso Becerra amargamente, y sus hombros se endurecieron mientras continuaban caminando—.

¿Alguna vez me perdonaré…? —inquirió, levantando la vista hacia el horizonte que comenzaba a oscurecerse, como si interrogara al cielo.

El padre Thomas apuró el paso, adelantándose un poco a su acompañante.

—Dios puede perdonarlo, pero aquí la cuestión es: ¿puede usted perdonarse? Y ahora, si me disculpa, debo apurarme. ¿Pasará la noche en el convento?

—Sí, mañana temprano regreso a Córdoba; deseo internarme unos días en retiro espiritual.

—Ya no podremos hablar, pero quiero decirle que la situación de doña Sebastiana es algo más que ignominiosa: es posible que don Julián esté atentando contra la vida de ella y del niño. Se lo digo para que usted, que es hombre inteligente, de recursos y respetado, reflexione si hay alguna manera en que podamos ayudarla.

Oyó la exclamación de don Esteban, pero le dio la espalda y se encaminó con impaciencia hacia los claustros.

OceanofPDF.com

8. Del espíritu del mal

«¡VENGANZA!: Sobre el cuerpo de mi enemigo, se extiendan las negras alas de Satanás. Sobre su cabeza y sobre sus propiedades reinen los espíritus del mal. La lámpara del Señor apagada la encontrará y todas las desgracias sobre él caerán…».

Libro de San Cipriano y Santa Justina, año 1510

OceanofPDF.com

Santa Olalla
De Epifanía a vísperas de San Sebastián
Verano de 1702

Sólo don Esteban había notado que, siendo tan decidida y frontal para molestar y hacer daño, doña Alda se detenía en un punto, y era en Rafaela, que provenía de una familia que por siglos había pertenecido a la servidumbre de los Zúñiga.

No se llevaba bien la criada —que tenía una relación antigua y familiar con don Gualterio— con el ama nueva, venida del señorío de Álava, de ancestros desconocidos para ella y que, además de no respetar al señor de la casa, parecía querer matarlo a disgustos. Rafaela, a sus espaldas, la nombraba despectivamente «la castellana» —por haber sido el señorío anexionado por Castilla—, que, para peor, tenía una lengua distinta. Pese a esto, ambas mujeres guardaban un equitativo equilibrio, cosa que entendía don Esteban en la nodriza, que era dependiente, pero no en la señora, con tal carácter como tenía.

El casamiento de Sebastiana fue excusa para que doña Alda sacara del medio a la mujer, mandándola donde quería estar: al servicio de la joven. Fue la única criada que le concedió, pero de todos modos, en Santa Olalla, en el valle de Paravachasca, donde iban a vivir, había criados y peones en suficiente cantidad.

Allí se había criado Sebastiana, querida por todos, y Rafaela fue admitida desde temprano con respeto: «salmista» de temer y manosanta, decían que podía invocar a los muertos y obligarlos a revelar secretos muy guardados.

—Mal comienzo ha tenido esta boda —les decía Rafaela, días después de llegar, mientras tendía prolijamente las prendas de su señora, que sólo ella lavaba. Y explicaba que el día anterior al desposorio, habiendo colgado las sábanas de la boda para azotarlas con ramas de laurel, un murciélago sarnoso se había prendido a una de ellas; no hubo forma de espantarlo, y quedó abriendo y cerrando sus horribles alas sobre la blancura de las telas, como si practicara un coito infernal, hasta que, después de varias horas, decidió partir.

—Hice quemar las sábanas, porque mal haya hecho ese Julián un pacto con el Demonio para dañar a mi niña…

Pronto fue sabido en la casa que Ordóñez golpeaba y ofendía al ama, y aquello despertó rencor en los criados. Era común que los asalariados de gente opulenta y respetada, bien tratados y bien alimentados por sus patrones, sintieran desprecio por los españoles empobrecidos, y así sucedía entre la gente de Santa Olalla y aquel hacendado sin hacienda, sucio y mal vestido.

No sólo Sebastiana respiraba cuando don Julián se iba a lo de la mujer que tenía en el monte: todo funcionaba en paz, se oían cantos en la cocina y las plegarias del atardecer remedaban la brisa entre los sauces.

Por el tiempo en que el padre Thomas llegó a la estancia de Alta Gracia, hacía varias semanas que Ordóñez no aparecía por Santa Olalla y Sebastiana iba recuperando fuerzas nuevamente. «Si no llevara este hijo dentro de mí —pensaba a veces—, ¡cómo lo enfrentaría, qué buena maestra he tenido en maldades!»; y se atosigaba con cuanto alimento le ofrecían Rafaela y Dolores, la india, diciéndose que tenía que estar fuerte y cobrar cuerpo para defender al niño una vez que naciera. «A él no lo tocará, o habré de matarlo en cuanto lo intente», se juraba.

Y en el anochecer en que se encontraron el jesuita y don Esteban, ella, en paz, llevó a su pieza el cesto de labores y se quedó hasta tarde bordando las sábanas en que había de acostar por primera vez al recién nacido. Luego, cansada por demás, sopló las velas y olvidó poner traba a la puerta de su dormitorio. Se durmió con las manos sobre el vientre hinchado, imaginando los nombres que pondría al pequeño.

Despertó horas después al contacto de unos dedos que se deslizaban bajo la ropa de dormir, tanteando torpemente para llegar a su desnudez. Los esquivó con repulsión y, luchando por recuperar la conciencia, gateó en el enorme lecho para escapar de don Julián, del olor rancio de su cuerpo, de sus dedos brutales y del aliento alcohólico. Al volverse para usar las manos en su defensa, el extravío en los ojos de su esposo, entrevistos a la media luz que mantenía bajo una estatua de Santa Catalina, le hicieron comprender que Ordóñez iba dispuesto a matarlos, a ella y al niño, para quedarse con los bienes y quizá llevar allí, a la casa de su infancia, a la india con sus bastardos.

Trató de abandonar la cama dejándose resbalar por el costado, pero él le apresó el tobillo y tiró de ella, a pesar de que lo pateaba con el pie libre mientras le advertía, desesperada:

—¡Suélteme! ¡Usted prometió al padre Cándido que no me tocaría hasta que mi hijo hubiera nacido! ¡Lo acusaré al prior de la Merced, al de la Compañía! Le diré al obispo el insulto que me hace manteniendo una manceba… ¡Suélteme, suélteme! Pediré amparo al virrey…

Un golpe la tiró de espaldas en el suelo y, cuando quiso incorporarse, el siguiente la hizo girar sobre sí. Se le escapó un grito, luego otro y cuando él la arrastró nuevamente a las sábanas y el castigo se volvió salvaje, soltó un alarido mientras se ovillaba protegiéndose el vientre con las piernas y la cabeza con los brazos.

Pronto oyó cerrojos que se corrían, pasos en escaleras y galerías, el murmullo de las criadas, el vozarrón de Rafaela que aporreaba la puerta lanzando a Ordóñez maldiciones.

—¡Asturiano endemoniado, Mandrágoro merdoso, abre, abre! ¡Sebastiana, llama a San Cipriano, llama a Santa Justina!

«Que busquen a Aquino», rogó la joven, pues el mayordomo, estando tan apartado de los dormitorios de los patrones, seguramente no oiría los gritos, y sólo a Aquino, su medio hermano bastardo, respetaba Ordóñez cuando estaba ebrio.

Don Julián le levantó las ropas, golpeándola después con una lonja que le gustaba llevar a la cintura. Por fin se escuchó la voz del mayordomo de campo, sumada al golpe de su puño.

—¡Basta ya, Julián, que luego te arrepentirás de haber sido tan bruto! ¡Abre, por los clavos de Cristo!

Sabiéndolo detrás de la puerta, la joven se tiró al suelo y mientras suplicaba ayuda se arrastró hacia ella intentando quitar los pasadores. Su marido la tomó de los cabellos y, después de patearle el vientre y las nalgas, la arrastró de nuevo al lecho.

—¿Dónde está la mala hembra que no se deja tocar por su legítimo dueño? ¡Ahora veremos quién manda en esta casa, puta pretenciosa! ¡Mataré a ese guacho, que no vendrá a quitarme lo que bien he ganado cargando contigo, mal parida, hija de tu madre!

—¡Virgen de la Merced, valedme…! —clamó Sebastiana, mientras Aquino corría escaleras abajo y volvía con el hacha y seguido por Rosendo; el muchacho, que venía sujetándose el chiripá a la cintura, era indio, gente de los Zúñiga.

Los gritos, dentro de la pieza, se habían convertido en suspiros de agonía mezclados con los jadeos obscenos de Ordóñez de Arce.

Aquino clavó la hoja con furia sobre la puerta e indicó al hachero:

—Hay que sacársela de las manos o nos desgraciamos todos. Ha tomado chicha; la maldita ramera se la ha dado.

Rosendo arrancó sin esfuerzo la herramienta y, echando el brazo hacia atrás, descargó el golpe con fuerza. El estruendo retumbó en la casa, estremeciendo la noche.

—¡La ha matado; ya ni suspira! —gimió una de las mestizas.

—Atrás ustedes —ordenó el mayordomo mientras el peón, ducho en el quehacer, metía el filo en el canal abierto y hacía saltar el tablero. Aquino pasó la mano por allí, descorrió el pasador y seguido de Rosendo entró en el dormitorio.

La escena lo inmovilizó, porque el lecho que tenía delante parecía el altar donde se llevaba a cabo un sacrificio infernal: sobre el cuerpo yerto del

ama, que yacía boca abajo, Don Julián, el rostro desfigurado vuelto hacia ellos, tartajeó:

—Irse, carajo… estoy en mi derecho…

A la luz de las velas que portaban, vieron grandes manchas de sangre sobre sábanas, almohadas y esteras. Aquino quedó petrificado, pero Rosendo, que se había criado con la joven, levantó el brazo armado, ciego a las consecuencias.

El patrón se tiró a un lado y arrastrándose sobre el trasero, impulsándose con los talones, tanteó en busca de un rincón donde guarecerse. Rosendo no alcanzó a descargar el golpe, porque el mayordomo, con la fuerza del que está acostumbrado a voltear bueyes con las manos, lo detuvo: el ama había gemido y un silencio expectante se hizo en el cuarto y en las galerías.

—Señora, ¿está usted bien? —se atrevió a preguntar, y pensó que era la pregunta más estúpida que había hecho en su vida.

Ella luchó por cubrirse, y en la penumbra el rostro de Aquino palideció ante la visión de los pechos blancos cuando giró sobre sí para volverse boca arriba, mostrando el vientre hinchado por la maternidad y los muslos mancillados por anteriores golpizas.

—Por mi dignidad —suplicó ella—, sáquenlo de aquí y retírense. Traigan a Dolores, a Rafaela… ¡Favor, que pierdo a mi hijo! —sollozó con desesperación.

Al ver a todos azorados, don Julián recuperó el genio, y agarrándose de los cortinados del dosel, consiguió enderezarse al tiempo que los llenaba de insultos y amenazas.

—¡A ti —señaló a Rosendo—, que te has atrevido a levantarme la mano armada, cepo y azote te haré dar hasta que se te caigan las carnes!

Aquino ordenó al hachero que lo esperara en la cocina; luego se volvió y, evitando mirar a la señora, habló persuasivamente a Ordóñez:

—Vamos, Julián, acompáñame a la bodega a tomar un trago para que te repongas; dejemos que las mujeres se encarguen de la señora; no querrás que muera y nos manden ujieres y veedores, ¿eh?, que meterán las narices en lo que no les incumbe.

—Ella tiene la culpa —sollozó el borracho, de pie ante Aquino, malvado y al mismo tiempo patético. La blusa que lo cubría no llegaba a taparle la entrepierna ni las nalgas velludas.

El mayordomo, conteniendo el deseo de romperle el espinazo como a una mala bestia, lo tomó de la cintura y lo sacó a rastras mientras el otro balbuceaba: «… ella tiene la culpa… esa putilla me desprecia…».

Rafaela, que había ido por algunas hierbas y el libro de salmos, aguardaba a que salieran los hombres para entrar. Ciega de odio, observó cómo Aquino se llevaba al patrón casi desnudo, con las prendas enredadas en los tobillos, arrastrándolo por los corredores hasta la bodega; allí lo encerró con un potijo de chicha y a oscuras, para que no provocara un incendio, y se guardó la llave en el refajo por miedo a que Rosendo se tentara de matarlo.

Volvió al piso superior, donde oyó canturrear a Rafaela: «… toma, toma, que todo se lo ha de comer la maldición; San Judas Tadeo, apóstol glorioso, haz que mis penas se vuelvan un gozo…».

Desde las sombras, pudo ver cómo la mujer acariciaba la cabeza de la joven mientras repetía: «… toma, que todo lo ha de borrar la lluvia; San Judas Tadeo, que estás en el cielo, haz que mis penas encuentren consuelo…».

Dolores y Carmela, en tanto, atemperaban el agua, empapaban paños y quitaban la sangre del cuerpo de doña Sebastiana, colocado sobre sábanas limpias.

—… toma, que todo lo ha de borrar el viento; San Judas Tadeo, siempre poderoso, haz que mis verdugos caigan en un pozo… —continuaba la retahíla de la salmista y Aquino pudo ver la ropa de cama, con enormes manchas, negras a aquella luz, amontonada en medio de la habitación. El cuerpo de la joven brillaba como nácar, bellísimo en su martirio, frágil y tembloroso, y el mayordomo, cubriéndose los ojos, se apoyó en la balaustrada para negarse la visión de aquella carne prohibida. Después de orar unos minutos para secar la tentación en el cuerpo, llamó a Dolores, que salió y le informó con gravedad:

—Está desgarrada y no para de sangrar; yo he hecho lo que he podido, pero ahora está en manos de San Ignacio y de San Ramón Nonato. Si la pobrecita no se nos muere esta noche, mañana estará hecha una Dolorosa. Por suerte tiene buenos huesos, pues no se los ha quebrado, aunque le ha descuajado un brazo el infame; he tenido que acomodárselo con sobrado dolor…

—¿Y el niño?

—Para mí que se dañó. Le he buscado el latidito y no doy. Ella sangra por los dos canales; yo creo que esta vez… lo dañó —y la india volteó el rostro para esconder las lágrimas.

Aquino se volvió a mirar el patio del aljibe, sombrío y con ramalazos de luna. Al amparo de las sombras, sintió que la razón se le disparaba y tuvo que apoyar la frente sobre los puños. De pronto se enderezó.

—El padre Temple —recordó—, el médico, está en Alta Gracia. Rosendo lo vio cuando fue por alcohol. ¿Y si mandamos por él al alba?

Dolores se cruzó de brazos mirando hacia la pieza.

—Que venga, y le diré la verdad aunque después me crucifiquen. Y por el cura, que se enteren en Córdoba lo que ha hecho la familia con ella, lo que ha hecho esa víbora de doña Alda, a sabiendas, y el padre Cándido, que se pasó de lelo, y el bispo mesmamente, que no la apañó.

—¿Duerme al fin?

—Rafaela le hizo un cocido de adormidera. ¡Quería matarse la pobrecita!

—No lo consienta Dios —rogó el mayordomo.

—Haga que se vaya Rosendo, Aquino, porque ese hombre no lo dejará vivir después que le levantó el brazo.

—Encárgate de la señora, que yo cuidaré de tu hijo y mantendré alejado al patrón.

Más tarde, en la cocina, ante el potijo de caña, Aquino y Rosendo hablaron de lo que debía hacerse.

—Te vas a las caleras hasta que yo te llame —ordenó mientras enrollaba una hoja de tabaco—; que ni tu madre ni tu hembra sepan dónde estás. Si las castigan, no podrán dar noticias tuyas.

No demoraron en preparar un atado con lo indispensable, que incluía un machete, y una vez que Rosendo se perdió en la noche sin que se escuchara crujir el pasto, Aquino volvió a la bodega con una manta. Miró el cuerpo desmadejado de don Julián y se la arrojó encima. Luego, sin poder contenerse, descargó una patada en las nalgas del borracho, que gimió sin reaccionar.

—Mal rayo te parta, puerca bestia, ojalá revientes de bebida, así me ahorras el pecado de matarte —murmuró, y salió cerrando el sótano por fuera.

OceanofPDF.com

9. De Gárgolas y de Arcángeles

«Saber callar: ésta es la razón por la que el auténtico brujo es extremadamente difícil de descubrir. Los que divulgan abiertamente sus propios secretos no son verdaderos brujos, sino personas que tienen un vago conocimiento de aquello que tratan».

Fjona G. Calvet

El libro de los hechizos

OceanofPDF.com

Santa Olalla
Día de San Sebastián
Verano de 1702

El padre Thomas estaba aseándose para las primeras oraciones cuando uno de los esclavos llegó a decirle que el mayordomo de Santa Olalla pedía con urgencia un médico. Lo siguió por los corredores en tinieblas con el lienzo en la mano, descalzo y la barba mojada. Afuera, en la entrada de las cocinas, distinguió a Aquino. Apenas se conocían, pero en la fresca oscuridad del amanecer de las sierras, sus miradas se encontraron y en segundos parecieron decirse todo.

—¿Doña Sebastiana? —preguntó el médico.

—Parece que pierde al niño —confirmó el mayordomo con la voz apretada.

El padre Thomas, reaccionando, vociferó mientras pasaba por las cocinas donde comenzaban a chispear las brasas: «¡Ensillen dos caballos, despierten al enfermero! ¡Hermano Hansen, Joseph!», y en su apuro, al pasar por el corredor de los hermanos, aporreó varias puertas sin saber cuál era la de su discípulo. Desde lo que le pareció una distancia enorme el joven le contestó y él, sin detenerse, le ordenó buscar la maleta de medicinas, la caja de instrumentos, para luego gritar: «¡Padre Pío, síganos, que quizá debamos dar un bautismo de necesidad y una extremaunción! ¡Benicio, que sean tres caballos!».

Todo se hizo en minutos, pero al médico le pareció una eternidad, «… qué frágil es la vida, y más la de un niño, con tan poco aliento». Habían adelantado un buen trecho de camino cuando oyeron el trotón del padre Pío

que intentaba darles alcance. No se detuvieron, pero Aquino ordenó al peón que lo acompañaba que se quedara atrás para escoltarlo.

El cielo, como un tintero donde se ha volcado demasiada agua, iba diluyendo desparejamente su negrura y mostraba un soplo radiante, con visos todavía púrpuras, sobre el filo del naciente.

Con la primera luz, al pasear la mirada por el campo circundante, el padre Thomas descubrió un vado casi derruido y al reparo de los contrafuertes, debido a la proximidad con el embalse, la tierra se veía muy verde y encharcada. De pronto, la mente científica del sacerdote se sobresaltó cuando, mecida por la brisa, distinguió la hierba sardonia, tóxica en extremo y cuyo jugo producía en los músculos de la cara una contracción que imitaba la risa. No era natural de las Américas; alguien debía de haberla traído a través del océano. ¿Cuándo y con qué intención? Imposible determinarlo, pero una persona con cierta sabiduría sobre venenos podía obtener de ella una pócima mortal.

Pensaba en eso cuando traspusieron el portal y se encontraron dentro del reducto de la construcción, donde todavía se imponía la oscuridad.

No era una construcción soberbia; carecía de la fina belleza de la estancia de Alta Gracia, pero era mediana y de una agraciada candidez; las paredes eran de rollo y piedra, las ventanas estrechas parecían moderar la contemplación del paisaje y los muros encalados patinaban la luz en su blancura. Se vislumbraban patios pequeños, recogidos, acequias que cantaban y atrás, en el huerto, los árboles vencidos de frutos eran apenas siluetas borrosas.

Donde posaran la vista, se veía el orden y la prosperidad que trae el mucho trabajar y algunos años de suerte. Sin duda, Aquino era un excelente administrador.

Y en aquel vergel, se dolió el médico al desmontar, una jovencita vivía su tragedia como si impusieran sobre ella un castigo desmedido por un instante de flaqueza. No, se endureció; no dejaría que el mal hombre de su marido pusiera en peligro la salud, la vida y el alma de la joven y de su hijo. Hablaría con el padre provincial y le relataría crudamente lo sucedido,

presionaría a don Gualterio, enfrentaría a doña Alda, se humillaría ante el obispo buscando una palabra de protección para ella…

Rafaela los esperaba al pie de la escalera que conducía al corredor de los dormitorios, y allí los abandonó el mayordomo.

La mujer se adelantó con los ojos —siempre a medio extraviar— turbios de dolor. Mientras los guiaba hasta el altar doméstico, les comunicó que una hora antes la joven había expulsado al niño; al entrar vieron, a los pies de la Virgen del Rosario, en un canastito cubierto de blonda sobre plumón, el cuerpecito mísero, vestido de batistas bordadas y puntillas de Valencia.

—No pudimos darle ni el agua de necesidad —dijo, llorando, la nodriza de la joven.

Bajo las velas encendidas en cantidad, los sacerdotes contemplaron, desolados, aquel saquito de huesos amoratados, indefenso y al mismo tiempo ahora inalcanzable para la perfidia humana. Hijo de español, constató el padre Thomas. ¡De qué le serviría el color en el cielo, si Dios abrazaba por igual a todos sus hijos!

En consternado silencio, el médico se inclinó sobre la cuna y acercó el oído al pecho de la criatura.

—¡Dios de misericordia, creo que alienta!

Y como invocado, el padre Pío, alto y desmañado, resoplando mientras se tomaba del marco y agachaba la cabeza para no golpear en el dintel, entró en el angosto reducto. Soltó un quejido de viejo que nunca se acostumbró a la maldad humana, ordenó al peón que lo seguía que abriera el cofre donde llevaba las vestiduras sacerdotales y dejó que el hermano enfermero lo vistiera con la estola correspondiente mientras él aclaraba la voz para las oraciones y buscaba en su breviario el santo del día. El padre Thomas se apresuró a preparar el agua bendita, el óleo y la sal. Luego tomó a la criatura en brazos y su discípulo ofreció al bautizante los fundamentos del sacramento. Así se cumplieron los ritos bautismales, sin la absoluta certeza de que tuviera vida, pero esperando que el Altísimo, más misericordioso que los hombres que habían escrito la doctrina, le abriera las puertas del Paraíso.

Concluida la mínima ceremonia, el padre Thomas volvió a auscultar el pequeño pecho, y movió la cabeza negativamente. El padre Pío miró hacia las mujeres que esperaban en la puerta.

—Digan a la señora que he bautizado al niño con el nombre de Sebastián Mártir y que confío en que ha de esperarla en el cielo el día en que a Nuestro Señor le plazca llamarla con Él. Y tráiganme un sillón, que aquí me quedaré velando.

El padre Thomas se santiguó y se apresuró a salir para atender a la joven.

—Habrá que tomar disposiciones para enterrarlo —dijo en voz baja mientras se dirigían a su dormitorio—, supongo que doña Sebastiana está incapacitada…

—Está muy mal —dijo Dolores.

—Velaremos al pequeño hasta el amanecer del día de mañana —indicó él.

Cuando entró en la habitación en penumbras, pero oreada, le satisfizo que las mujeres hubieran aseado todo: sólo el penetrante olor del vinagre, usado sin retaceos, indicaba que algo había sucedido allí. Cuando tomó el pulso de la joven, cuya cabeza giró por inercia sobre la almohada, comprendió qué escasa era la ciencia en aquel trance; contaban con cirujanos de guerra, arreglahuesos, sangradores, especialistas en pestes, en males venéreos… pero las que iban a ser madres debían conformarse con la primitiva y elemental ciencia de las parteras. «Y así es como casi todas mueren, entre los doce y los cincuenta años, de males derivados de embarazos y alumbramientos…».

Rompiendo la inmovilidad del maestro, el hermano Hansen tomó la mano de la joven y observó sus uñas, presionando sobre ellas y después sobre las yemas de los dedos.

—Ha perdido mucha sangre, y además le falta agua en los tejidos —murmuró al ver que la presión había dejado un hoyo donde debería haber encontrado la elasticidad del músculo joven—. Habría que sumergirla en agua tibia y obligarla a beber líquidos en abundancia.

Aquello lo volvió en sí y pidió una palangana, agua, vinagre, alcohol y lienzos limpios para ellos, y lo necesario para hacer lo que el hermano Hansen había aconsejado.

Enterraron al «angelito», por pedido de la madre, en un pequeño jardín, al costado de la capilla donde la joven solía retirarse a meditar y a bordar. Sobrevivían allí algunas plantas de rosas —decían que de las traídas por Blas de Rosales para la fundación de Córdoba—, además de variedad de lirios, violetas, azucenas y acónito. Por más que Sebastiana había rogado que hicieran la tumba de manera que también pudieran enterrarla a ella, Rafaela se opuso tenazmente y el padre Thomas la apoyó.

No faltó nadie de la finca, salvo el patrón, postrado en la sacristía después de azotarse a gritar para así arrumbar la culpa en el fondo de la conciencia.

El médico, mientras el padre Pío llevaba adelante las plegarias, estudió las expresiones de quienes los rodeaban —salvo el mayordomo, toda gente de Zúñiga— y pensó: «Milagro es que ninguno de ellos haya atacado a don Julián».

Cuando se retiraban, un indio joven apareció y cautelosamente se arrodilló en la tumba en actitud de orar.

—¿Es de la casa? —se interesó el sacerdote.

—Sí —dijo Aquino—; no quiero que don Julián lo vea, porque fue él quien volteó la puerta para sacarle a doña Sebastiana de las manos.

—¿Y estará fuera de peligro la niña? —preguntó Dolores en nombre de todos.

—Aún no veo síntomas de mejoría, pero al menos ha recuperado la conciencia.

Rafaela dijo de pronto:

—Nació y murió el niño en el cumpleaños de la madre. —Y concluyó con amargura—: ¡Mal día para nacer!

El padre Pío regresó a Alta Gracia, y el facultativo y su ayudante quedaron en Santa Olalla, luchando con la naturaleza de doña Sebastiana, que no daba muestras de oponer resistencia a su mal. Consciente casi todo el tiempo, lloraba o mantenía los ojos cerrados, se negaba a comer, apenas si tomaba agua y los latidos de su corazón se iban descompaginando. Los sacerdotes la arrastraban en la armonía repetitiva de las oraciones, que solía ser remedio para aquello, hasta que el padre Thomas comprendió que la joven estaba dejándose morir. Tuvo una larga conversación —más bien un monólogo— con ella, instándola a trasladarse a Córdoba. Deseaba alejar a la joven del teatro de sus desgracias y de la pequeña sepultura que parecía llamarla.

—Creo que le haría a usted bien hablar con sor Sofronia —le dijo, recordando el afecto y el entendimiento que había entre ellas—. ¿Sabe que nuestra amiga ha continuado con el Hortus Siccus que usted había comenzado? Quiere obsequiárselo cuando vuelvan a verse.

Sebastiana le dio la espalda, la mirada fija sobre la Santa Catalina que le habían regalado las monjas, y el médico permaneció en la habitación rezando a media voz. Recapacitaba con amargura en cuán inútil es el hombre para aliviar el dolor de los otros, sea físico o moral, cuando la moribunda pareció salir del trance y le dijo que seguiría su consejo. Con esfuerzo evidente, hasta intentó sentarse en la cama.

—Si se me permite, cumplida la purificación, podría pasar unos días en el convento, en descargo del alma de mi hijito… —musitó casi sin aliento.

El padre Thomas se apresuró a llamar a las mujeres para que la atendieran y al salir a la galería, viendo al hermano Hansen embebido en las notas sobre plantas medicinales del hermano Montenegro, se sentó a su lado, unió las manos sobre las rodillas y echando atrás la cabeza, le comunicó:

—Hermano Hansen, le hemos arrebatado una presa a la Muerte.

El joven cerró el manuscrito y contempló la portada donde estaba dibujada la Virgen de los Siete Dolores.

—Espero que también logremos arrebatársela al Demonio —murmuró, y como el maestro lo miró extrañado, dijo—: A doña Sebastiana la sostiene un deseo más tenaz que el temor a la muerte.

—¿Y cuál es, a vuestro juicio? —preguntó el sacerdote, intrigado.

—No lo sé —dijo su discípulo en voz apenas audible, disponiéndose a continuar con la lectura—, pero temo que sea algo más oscuro que el mero deseo de vivir.

Don Julián, refugiado nuevamente en el monte, dio a su esposa —presionado por Aquino— el permiso necesario para que viajara a casa de sus padres. Al saber que la joven había hecho separar animales y otros productos de granja que los religiosos de Alta Gracia distribuirían entre los pobres por el alma de su hijo, dejó salir la aspereza de su mezquindad. Aquino le aconsejó que se llamara a silencio para no empeorar las cosas si había denuncias sobre la muerte del niño.

—… que el obispo estará malquistado con los de Loyola, pero no el gobernador ni el Cabildo de Justicia. Ese cura, el padre Thomas, es mucho médico y no creo que se haya tragado aquello de que la señora rodó por la escalera.

Y el día de San Pedro Nolasco, fundador de la Merced, la joven, que había ganado fuerzas con rapidez, escuchó misa en el oratorio de Santa Olalla y se puso en camino. ¿Qué voluntad, qué obstinación la habían rescatado de la agonía?, se preguntaba el padre Thomas mientras se quitaba las vestiduras del culto. Preocupado por lo que había dicho su alumno, había intentado varias veces hacerla hablar; a pesar de sus elípticas interrogaciones —no en balde daba nociones de Animística en la Universidad—, no consiguió que ella expresara algo menos ambiguo que un renovado deseo de vivir. Por otro lado, escudado en su profesión, había pensado hacer la denuncia del maltrato, pero chocó con la obstinación de ella en asegurarle que todo era producto de haber perdido pie en los escalones al habérsele apagado la candela.

Dolores, Carmela y Aquino quedaban en la finca, pero Rafaela la acompañaría a Córdoba. Tanta agitación mostró la mujer por el viaje, que cuando la señora y los sacerdotes se acercaron a la pequeña carreta que las transportaría a la ciudad, ya estaba acomodada en ella, embozada en su mantón y con una canasta entre los pies, bajo la falda. El hermano Hansen sintió, al acercársele, un leve hedor que lo llevó a apartarse con desagrado; la joven no pareció percibirlo.

Los jesuitas las escoltaron a caballo, y atrás, a pie o en carretillas descubiertas, los peones de Santa Olalla llevaban los tributos para Alta Gracia. Desde allí, las mujeres continuarían viaje protegidas por unos pocos peones, pues era zona libre de indígenas.

El padre Thomas las contempló antes de trasponer los pilares que accedían a los campos de la orden, y vio a doña Sebastiana y a Rafaela, sus frentes casi tocándose, hablando en reconcentrados murmullos. Algo lo desazonó, pero ya el carro se perdía de vista. El perfil de la nodriza, por un juego del toldo que las cubría y la luz que filtraban los árboles, se asemejó al de una gárgola, pero el de la joven, bañado por un dedo de sol, parecía el arcángel de Fra Filippo Lippi que se arrodillaba ante María, en la hermosa Anunciación que él había tenido el privilegio de contemplar en Italia.

A medida que se acercaban a la estancia de Alta Gracia, pensó con preocupación que Rafaela era una influencia perniciosa para la joven, ya que se sospechaba —aunque nunca se le pudo probar— que era amante de prácticas ocultas… ¡Y en sus manos habían dejado los padres a la jovencita algo malcriada y por demás atolondrada! ¡Qué formación podía haberle transmitido aquella mujer proveniente de los pueblos del norte de España, muchos de ellos de origen celta, que —al igual que los de Gran Bretaña—, enmascarados tras ritos cristianos, seguían adorando al roble, a la Luna, aspirando el polvo de la flor del muérdago, haciendo de vez en cuando sacrificios cruentos, danzando bajo las estrellas en total desnudez!

De pronto, las advertencias del padre astrónomo, las palabras de su discípulo, su propio instinto, dirigieron su pensamiento a una especie de lago oscuro y profundo, en cuyo lecho se movían cosas que no podía ver, animales cuyos aullidos era imposible distinguir. En un raro estado de

ánimo, trató de sacudirse de encima la intuición que no discernía entre la razón y la fantasía.

OceanofPDF.com

10. De las llaves perdidas

«Incentivados para aventurarse a estas tierras por el considerable desarrollo observado por la economía americana en el siglo XVIII, y constituyendo el comercio y las actividades públicas, civiles o militares, el modo de incorporarse a esta sociedad, el matrimonio se presentaba para no pocos inmigrantes españoles como parte de la estrategia empleada paragarantizar su asimilación a los grupos acomodados locales».

María Mónica Ghirardi

Matrimonio y familia de españoles en la Córdoba del siglo XVIII

OceanofPDF.com

Anisacate
Después de Epifanía
Verano de 1702

Al regresar a sus campos, después del encuentro con el padre Thomas, Becerra, consciente por primera vez del peligro en que se hallaba Sebastiana, se desesperó pensando en cómo ayudarla, cómo soslayar el poder de su marido para ponerla a salvo. Si había que presentar un pedido de amparo, ¿quién podía hacerlo? ¿Ante quién debía hacerse? ¿Su padre tendría todavía algún derecho sobre ella? Maldijo no haber prestado más atención a su tío Marcio, que conocía de leyes tanto como un jesuita.

Dedicado hasta el cansancio a construir la casa, los días pasaron sin que encontrara alivio a su ansiedad. Seguía pensando en Sebastiana cuando uno de sus hombres le advirtió que se acercaban soldados. Resultó ser Lope de Soto, el maestre de campo, que volvía de una excursión por Alpapuca y Chiquillán, en donde se habían avizorado avanzadas de indios.

Cuando Soto descabalgó frente a él, se saludaron como dos hombres que podrían haber sido rivales. Quizá doña Alda se había burlado ante el maestre de campo, en intimidad, de la actitud de don Esteban, que aun deseándola, había preferido dejarla correr llevado por lealtades incomprensibles y más incomprensibles razones; lo cierto era que Becerra se sentía observado con cierta socarronería —teñida de curiosidad— por el español.

Parte de la antipatía que sentía por Soto se había desvanecido al comprender que no era el padre del hijo de Sebastiana. Aunque tarde, había recordado lo sucedido en la fiesta en que se despidió a los parientes de don

Gualterio, que seguían viaje para Buenos Aires. En un momento dado, molesto por las descaradas atenciones del maestre de campo para con la dueña de casa, se había levantado de la mesa, internándose en los patios. Cuando llegó a la zona de la despensa sintió la urgente necesidad de orinar. Estaba al reparo del muro, en cuyas alturas se abría un respiradero, cuando escuchó los inconfundibles suspiros amorosos. Curioso y divertido, se ocultó detrás de un árbol, pensando que sería uno de los oficiales del maestre de campo —o el esmirriado estudiante—, que había conseguido el favor de una sirvienta. Porque, pensó, ninguno de los vecinos hubiera cometido tal desliz en el hogar de un amigo, aunque a veces lo cometieran en el propio.

Para su sorpresa, el que salió, arreglándose la camisa dentro del calzón de damasco y ajustándose la faja, era el sobrino de Zúñiga, un muchachito al que se le distinguía ya la buena planta. Estaba despeinado, sofocado y lleno de la grata suficiencia del varón que ha logrado llevar a cabo una hazaña imposible. Guapo chico, se dijo, aunque muy joven; tanto, que no lo había tomado en cuenta en la mesa. Ni siquiera podía decir dónde estuvo sentado, si bien recordaba que en otra ocasión lo había visto persiguiendo a Sebastiana por los patios.

Esperó durante un rato, deseando saber quién era la muchacha, pero al ver aparecer al alcalde con don Gualterio, dispuestos a admirar unas coles de la quinta, prefirió retirarse, no fueran a pensar que andaba detrás de las esclavas.

La tarde en que supo el estado de Sebastiana, recordó que aquel día, al volver a su asiento, preguntó a doña Alda por la joven —siempre preocupado por su comportamiento— y ésta contestó que no tenía idea, que preguntara a Rafaela. Pero la mujer, como siempre que había invitados, no apareció por el patio. Por fin, una criada le dijo que la niña se había retirado a su dormitorio.

No tuvo que sumar dos más dos, llegado el momento de preguntarse, para comprender que lo que tanto temió se había producido. «Y ni siquiera podremos casarla con él», fue su afligida reflexión, pues al chico lo habían matado en la travesía. Algún sentimiento se congeló dentro de él ante el

estado de su sobrina. Había tenido confusas ideas de esperar a que creciera para ganarse su cariño, para darle, a través del matrimonio, la protección que el padre no podía brindarle; para llevar por cauces lícitos la pasión por vivir que parecía encenderla. Pero comprendiendo la plegaria muda del padre y luego de ella —estaba presente cuando la trasladaron al convento y su mirada desesperada quedó fija en la de él hasta el último momento—, había preferido retirarse. Con miramientos de solterón, temió que lo enredaran en alguna intriga, que Zúñiga pusiera en palabras lo que antes había sido silencio, que ella se arrodillara ante él para pedirle ayuda. Recordaba haber pensado con rabia en por qué debía cargar con una muchachita alocada, a la que sus padres no habían cuidado debidamente, quien tenía demasiada pasión en el cuerpo para ser virtuosa. Por eso huyó a Anisacate y cuando su tía le mandó el primer recado, no creyó que fuera posible que la casaran con aquel bruto de Julián, a quien conocía de toda la vida. «Son cosas de Alda —pensó, furioso—; Gualterio no lo permitirá». Y luego: «Sólo es cuestión de aguantar un poco, hasta que todo pase. Seguramente la traerán a Santa Olalla, parirá a escondidas, y luego pondrán el niño a nombre de ellos». Por no dejarse tentar a intervenir, se había ido a San Luis, esperanzado en que, como le había dicho doña Saturnina en otra misiva, quedara la jovencita de lega entre las monjas. «En ese caso, darán el hijo en adopción», se tranquilizó.

Después de tantos meses, seguía sin hacerlo feliz encontrarse con Lope de Soto, pero lo recibió con la ajustada consideración que merecía su rango, aunque no más.

Mientras comían con los oficiales, contempló con desprecio los modales del maestre de campo. Extrañas pasiones movían a las mujeres, recapacitó; él no hubiera supuesto que una dama que emparentaba con la nobleza de España, como doña Alda, pudiera solazarse con un hombre tan tosco, aunque —reconoció— de prestancia viril.

El maestre de campo lo miró de pronto como leyéndole el pensamiento. Pasó el bocado bebiendo un gran trago de vino y, con una sonrisa ambigua, comentó:

—Supe que han casado a la sobrina de vuesa merced…

Y como él quedó observándolo, echando hacia atrás la silla, Soto se limpió la barba con la mano e insistió:

—¿No es poca cosa el marido, para una de las jóvenes más bellas y ricas de la ciudad?

—Habría que preguntárselo a la madre, que es quien vio con buenos ojos esa alianza —contestó Becerra dominando el tono de voz.

—Raro, en verdad, que semejante perdulario se gane el premio mayor. —Y enumeró—: …sin dónde caerse muerto, estropeado, borracho y escabioso.

Conteniendo la ira ante la indiscreta curiosidad del otro, Becerra le hizo notar, con la intención de molestarlo:

—Don Julián tiene reconocidos linajes. En cuanto viváis un poco con nosotros, comprenderéis cuánto valen los ancestros a la hora de casar a nuestras mujeres. Habiendo probanza de sangre, los hidalgos de «bragueta» quedan para consolar mal maridadas o viudas pobres… —Y arrojando unos huesos a los perros que los rodeaban, se alzó de hombros como si hablaran de la cría de caballos—. Aunque siempre les quedará el recurso de desposar herederas de cambistas marranos o portugueses, y huérfanas pobres.

El maestre de campo detuvo el vigoroso movimiento de sus mandíbulas y con el pan en la mano pareció sopesar si lo estaba insultando; respetando las leyes de la hospitalidad, don Esteban cambió de tema preguntándole por su misión, y acabada la comida, los invitó a dormir la siesta en la parte ya concluida de la obra.

—¿Prevéis casaros? —lo interrogó Soto mientras recorrían las vastas habitaciones. La envidia, soterrada, asomaba la cabeza en el tono.

—Lo estoy pensando. Aunque con tantas mujeres en mi familia, puedo sentirme cuidado y atendido hasta los cien años. Hay de todas las edades y todas empeñadas en mantenerme tal cual estoy.

—¿Por el mucho amor? —se burló el otro.

—Quisiera creerlo, pero sospecho que es por mis dineros, ya que unas cuantas no podrán hacer buenos matrimonios y quedarán con muy poco si no heredan.

El maestre de campo denegó la invitación a dormir en San Esteban del Alto; después de meses en campaña, explicó, tanto él como sus hombres ansiaban regresar a Córdoba.

Una vez solo, Becerra no pudo apartar de su ánimo la insidia de las preguntas de Soto. Le había llamado la atención el estudiante que hacía de criado del maestre de campo; a conveniencia suya, lo dejaba de lado como siervo o lo sentaba a la mesa de otros como escribiente. Había captado, en un momento de descuido del muchacho, la intensa expresión con que escuchaba y miraba por turno a su amo y a él, como si las palabras que salían de boca del militar fueran fruto de su ingenio. Su cara de hurón lo había delatado sólo porque nunca pensó que don Esteban apartaría los ojos del maestre de campo para fijarlos en su modesta persona. ¿En qué andaban aquellos dos? ¿Se habría enterado Soto de algo, esperanzándose en desposar a Sebastiana para adquirir posición social y hacerse de recursos de los que carecía? ¿Lo habría propuesto a doña Alda y ésta, celosa, había decidido cebarse en el objeto de interés de su amante?

Esa noche, al no poder dormirse a pesar del cansancio, tomó al azar uno de los libros que siempre llevaba en el talego de viaje. Al abrirlo, descubrió que era un poemario de Juan del Encina, que se abrió fortuitamente en aquel de «Ya cerradas son las puertas de mi vida». Leyó:

…Tiénelas tan bien cerradas
el portero del Amor;
no tiene ningún temor
que de mí sean quebradas.
Son las puertas ya cerradas
de mi vida
y la llave es ya perdida…

Aquellos versos lo desazonaron, así que apagó las velas y, los brazos bajo la almohada, los ojos fijos en la luminosidad que se colaba bajo la puerta que daba al corredor desnudo, se dio a pensar nuevamente en cómo ayudar a Sebastiana.

En algún momento cayó en el sueño, sólo para despertar sobresaltado, con la impresión de haber oído algo, quizás el paso de un asesino. Prestó atención, pero todo era silencio.

Desvelado, salió de la casa y quedó de pie bajo las estrellas. No se veía la luna. «Habrá sido un zorro, que burló a los perros», recapacitó. Se acercó al bebedero de los caballos y se echó agua, quitándose la pegajosidad del cuerpo. Comprendió que la conciencia lo martirizaría hasta que regresara a Córdoba y se asesorara, con juristas y consejeros, sobre el caso de su sobrina.

Los perros, como sombras fantasmales, se acercaron a él con la cerviz gacha, gimiendo suavemente. A medias desnudo y totalmente empapado, se inclinó a tranquilizarlos; luego, seguido por ellos y sin saber con qué fin, dejó los límites de los muros y caminó por el terreno hasta que el fresco de la noche le templó el espíritu.

Son las puertas ya cerradas
de mi vida
y la llave es ya perdida…

… le martilleaba en la cabeza.

No sabía qué pensaba encontrar en la noche, pero ninguna voz, salvo aquellos versos desmoralizadores, vino de la oscuridad.

El 1.º de febrero llegó un chasqui con noticias de Córdoba. Su hermana Rosario y su tía Saturnina le escribían y le mandaban unas colaciones deliciosas, para que «te hagan agua la boca y te decidas a regresar, que demasiado ausente has estado».

Se sentó bajo el parral, sobre un mortero de palo, y leyó con gusto las noticias mientras comía una a una las deliciosas colaciones.

Abrió primero la carta de su tía, siempre la más amena, ya que no dejaba de comentarle las habladurías que corrían por la ciudad.

Tampoco esta vez lo defraudó, porque después de las fórmulas de rigor y las obviedades sobre la familia, decía: «Por estos días un suceso tiene a la ciudad alborotada: la famosa mulata, ya sabes, de la que se habla tanto en los mataderos como en las sacristías, la que era adepta a servir en el obispado más que en cualquier otra parte, la que acompañaba al buen señor Mercadillo en sus recorridas por los curatos, la que últimamente no se hacía ver mucho… acaba de dar a luz una hija. ¡Y qué te diré! A Zamudio no le han alcanzado los dedos de ambas manos para contar meses y fechas, y hasta se hizo tiempo para conocer a la recién parida para mejor informar al rey. La modista de su casa, que tiene mucha memoria, me recitó la carta de sólo escuchar cuando el dicho la leyó en voz alta a su hermana de él. En ella expone nuestro gobernador la inconducta del obispo, pues se vio en la obligación de describir a la pequeñeja como 'blanca y muy españolada'. Te darás una idea de que los salones están que hierven con tantos escándalos. Ahora el señor obispo se la ha tomado con los seráficos… —y a continuación comentaba los enfrentamientos que llevaban a fray Manuel Mercadillo contra los franciscanos—, a los que no da respiro y están pensando los pobres frailes en querellarlo. Les impide recoger limosnas y ha llamado a los santos mendicantes vagos, dados a la extorsión y abusivos. Por lo pronto, el procurador general de los franciscanos ha escrito al arzobispo de Charcas, pero no creo que salga nada de ahí, pues éste, según dice Marcio, debe remitirlo al provisor del obispo, que no ve sino por su ojo. Y mientras tanto, los pobres tienen vedado decir misas en el campo, y mucho menos bajo las ramadas, como se hacía de ser necesario, que en lugares más feos y donde menos se le quería debió andar el Pobrecito de Asís…».

Becerra concluyó la lectura junto con las colaciones, e iba a dejar la carta de Rosario para la siesta cuando el nombre de Sebastiana le saltó a los ojos.

OceanofPDF.com

11. De la venganza y del silencio

«El nacimiento del siglo XVIII encuentra una nueva dinastía en el trono español. La aclamación del flamante soberano se llevó a cabo en Córdoba el 20 de febrero de 1702, en una pintoresca ceremonia de la que dejó constancia el Escrno. Tomás de Salas».

Prudencio Bustos Argañaraz

Historia familiar de los Gigena Santisteban

OceanofPDF.com

Córdoba del Tucumán
Tiempo de Septuagésima
Verano de 1702

A mitad de camino entre Alta Gracia y Córdoba, el grupo del maestre de campo avistó una caravana compuesta por una carreta y unos pocos peones.

Al acercarse, dos mujeres que viajaban en ella se irguieron, inquietas ante la aparición de los soldados.

—Es la hija de don Gualterio con su guardiana —advirtió el estudiante, que las reconoció de inmediato.

El maestre de campo se les acercó al trote. Sobre una pila de colchones cubiertos con mantas de seda adamascada, recostada entre almohadones, la joven se veía pálida y como sumida de carnes, con los ojos demasiado grandes para el rostro y la pupila dilatada por algún medicamento. Al principio se mostró retraída, pero después de cruzar unas palabras, les ofreció vino del que llevaban. Rafaela se encargó de servirlo en copas que sacó de un cofre taraceado.

—¿Va a visitar a sus padres?

—Sí, y a reponerme de unas fiebres por consejo del padre Thomas, que es quien atiende mis dolencias —dijo ella con languidez. Parecía sin fuerzas y como si dudara en tomar una medida necesaria. De pronto, levantó el rostro y su mirada perdió algo de dubitación—. Señor maestre de campo, ¿le molestaría acompañarnos hasta mi casa? Temo que se nos haga tarde, y preferiría no hacer noche en el camino.

Había tanta dulzura en su tono, tal desvalimiento en su expresión, que Soto se apresuró a ponerse a su disposición. Poco después, se sintió tocado por la belleza de ella, no hecha de fuerza y pasión, como la de la madre, sino de debilidad y modestia. Como un puñal que le hurgara entre las costillas, recordó las despectivas aseveraciones de Becerra.

Era ya oscuro cuando doña Alda, precedida por una negrita con un hachón encendido, terminó de regar las peonías, tarea que jamás delegaba por temor a que los criados le hurtaran un gajo, pues se ofrecían sumas tentadoras por ellos.

En el momento en que cerraba con candado el portón del jardín, una de las esclavas le avisó que había llegado su hija.

—¿Se ha atrevido a viajar de noche? —preguntó, sorprendida, y la chica contestó:

—Es que la acompaña maese Soto.

Poco faltó para que echara a volar. Trató de reprimir el paso y una vez fuera de la vista de las sirvientas, atravesó el patio corriendo. Llegó a la puerta en el momento en que el maestre de campo, a la luz de los enormes faroles que iluminaban la calle, tomaba a Sebastiana de la cintura para dejarla en la vereda, donde ella trastabilló y tuvo que sujetarse de la casaca de él.

—¿Se siente bien? —preguntó éste antes de entregarla al abrazo de don Gualterio, que había salido a recibirla.

—Son las fiebres —contestó ella y, demudada, doña Alda vio la mano blanca y fina de su hija presionando a modo de agradecimiento el brazo del hombre.

Tarde la descubrió él, y los ojos negros, ardientes, de su amante le trajeron a la memoria los desfallecimientos que solía provocarle cuando se tendía a su lado. Sintiéndose incómodo, se encogió mentalmente de hombros. «No iba a dejar a la desvalida en el yermo», se justificó para sus adentros. Se negó a entrar, por más que don Gualterio, agradecido, lo había invitado, y dejando la hija al cuidado del padre y abandonada la madre a un

tumulto de suspicacias, resolvió seguir a su casa. Sebastiana, a la que vio de pronto como una joven con no sabía qué aura de pudorosa integridad, lo había impresionado con la mansedumbre de su candor.

Al desaparecer él y sus hombres por la esquina, doña Alda entró en la casa azotando el suelo con el vestido.

Sebastiana se había negado a mandarles aviso de la desgracia, pues quería decírselos en persona. Enterada, el único responso que la señora dedicó a su malogrado nieto, mientras tamborileaba los dedos sobre el brazo del sillón, fue: «Mejor ansí». Don Gualterio, en cambio, se hundió en el dolor, retirándose a su pieza.

Mientras se bajaban cofres y mantas, Rafaela pidió a las criadas que le prepararan un catre en la habitación de la joven, pues necesitaba de cuidados, y pasó dejando un olor a yuyos que las negras celebraron con narices fruncidas y meneos histriónicos.

En los días que siguieron, ninguna alusión, ninguna pregunta se hizo sobre las causas del aborto, ni contó Sebastiana que don Julián la había golpeado hasta causar la muerte de la criatura. La joven guardó silencio, como cosa llegada por la mano de Dios y no del hombre.

Doña Alda, no obstante, se enteró de todo a la mañana siguiente. La esclava Marina —que era su felona— le transmitió lo que Rafaela les había contado.

—… todas las noches prepara emplastos de cardo santo para los moretones que le dejó el marido. Dice que algunos son negros como aceituna madura. Dice que la india le tuvo que acomodar el brazo y el tobillo. Dice que había sangre por toda…

—Basta —la calló.

A pesar de su carácter y de los celos que le carcomían cualquier buena intención que hubiera podido despertarle su hija, la mujer se sintió intimidada ante la brutalidad de los hechos y un difuso arrepentimiento le despertó la conciencia.

Sebastiana prefirió confinarse en su pieza, apartada de la madre y aun del padre, que había extremado sus mortificaciones.

El padre Thomas había mandado con el carretero un informe al hermano coadjutor Pedro Montenegro, para que se encargara de atender a la joven y al anciano, pues conocía las flaquezas de éste.

Más herborista que médico, Montenegro se granjeó de inmediato el interés de don Gualterio por ser natural de Santa María de Galicia, tierra natal de la madre de Zúñiga.

Acompañado del hermano Peschke —enfermero y boticario—, el religioso llegó una mañana trasuntando buen humor y sencillez. Atendió primero a Sebastiana, a quien encontró mejor de lo que esperaba, y luego se encerró con el hidalgo en la biblioteca. Y entre tazas de chocolate espeso para él y una infusión de la ponderada «barba de piedra» que mandó preparar para fortalecer la sangre del paciente, conversaron largo rato.

Don Gualterio preguntó por la salud del presbítero Duarte y Quirós, fundador del Convictorio de Monserrat. Cuando aún no se había retirado a su amada hacienda de Caroya, el prelado y el caballero solían juntarse a jugar una partida de damas o a conversar de poesía mística mientras leían en voz alta versos de San Juan de la Cruz, de fray Luis de León, de la Santa Madre Teresa. No olvidaba el hidalgo a Cervantes, que había sido, cien años atrás, protegido y favorito de López de Zúñiga, duque de Béjar, su renombrado ascendiente.

—La enfermedad no le da respiro —le hizo saber el jesuita—, pero la acepta como un santo. El hermano Peschke viaja justamente mañana a atenderlo.

Antes de retirarse, el hermano Montenegro propuso al anciano que se recluyera por unos días en la Compañía de Jesús.

—Más que los tormentos, Dios ama la meditación —le hizo ver—. Vuestra hija está fuera de peligro y allí me tendréis cada vez que necesitéis de mis cuidados…

Aunque débil, Sebastiana insistió en preparar ella misma las cosas que pudiera necesitar su padre. Lo acompañó hasta la calle y él, angustiado, le tomó las manos, apretándolas contra su corazón.

—Sólo Dios sabe el porqué de tu amor por mí, Sebastiana, siendo que todos tus males te han llegado por mis debilidades.

La joven se arrodilló, pidiéndole la bendición. El hidalgo se la dio y, apoyado en el jesuita, partió a ponerse en paz con Dios. Sebastiana tuvo que ser ayudada a incorporarse por Rafaela y una de las criadas.

Doña Alda, que observaba tras las cortinas de la sala, sintió despecho ante el cariño que se profesaban padre e hija. «¿Cómo es posible que le perdone tanta cobardía?», pensó, pues parecía que, si algún resentimiento guardaba Sebastiana contra él, se había disipado ante el abatimiento que le había producido la pérdida del nieto y la rigurosa forma de purgar sus culpas.

Como sólo veía la nuca de la joven, no percibió la expresión de impaciente alivio con que ella lo observó perderse en el recodo de la calle.

Esa tarde, junto con la carta de doña Saturnina, Rosario Becerra escribió a su hermano Esteban, que continuaba en Anisacate, haciéndole saber lo sucedido a Sebastiana en la medida en que se lo habían dado a conocer. Le rogaba que regresara a la ciudad, pues doña Saturnina y ella sospechaban que algo terrible le había pasado a la joven y querían que él las aconsejara.

La vida de los Zúñiga fue ajustándose a un nuevo estado. Doña Alda había perdido parte de su empuje, quizá tocada por quebradizos remordimientos, y Sebastiana había ganado en carácter y en posición: una hija casada es menos hija. Aun así, se comentaba que era de admirar la paciencia de la joven ante los descomedimientos de la madre; tías y tíos, y el padre Cándido, no se cansaban de alabarla.

—La sabiduría que da la experiencia del dolor y la cercanía de la muerte —dijo doña Mariquena Núñez del Prado, que tenía sus días filosóficos, al mercedario, que asintió pensativamente: las formas del respeto eran tranquilizadoras, y reconfortaba oír a la convaleciente hablar de la visita que haría a los templos en cuanto pasara el tiempo de purificación.

Una tarde el maestre de campo se llegó a presentar sus respetos. Sebastiana, que había preferido continuar el estudio de las hierbas antes que deambular por los patios, mandó a Porita por sus tías e hizo que una de las esclavas la vistiera y la peinara.

—No entiendo por qué este empeño… —protestó Rafaela, y la joven contestó acremente:

—No he de dejarla sola con ese hombre en ausencia de mi padre.

En la sala dio la bienvenida al visitante, no olvidando agradecerle el haberla escoltado, y después informó a su madre:

—He mandado por tía Saturnina, para que los malintencionados no hablen de nosotras, ya que su esposo y padre mío está ausente —y desvió los ojos de la mirada furibunda, dirigiéndose al maestre de campo—: ¿Estará un tiempo en la ciudad, señor?

El hombre no pudo contestar porque en aquel momento se oyó la silla de manos de los Becerra deteniéndose en la puerta, además del revuelo que solía armarse cuando había que sacar a doña Saturnina de su interior. Un minuto después la señora entraba en la sala con su corpulencia no exenta de agilidad y el respirar asmático que le entrecortaba el vozarrón.

—Ahí llega Esteban —les advirtió, mirando con enojo a Lope de Soto — pastoreando a las niñas.

—¿Tendremos el honor de otras presencias? —preguntó doña Alda, burlona.

—Mariquena y Marcio con el padre Cándido. A ésos los encontré en la calle; venían de los corrales de Cardoso, porque se les antojó un vaso de leche fresca.

Soto se puso de pie, recogiendo el sombrero, y comenzaba a despedirse cuando se oyó en el zaguán el tropel de las jovencitas.

Había llegado el maestre de campo a la puerta de la sala cuando Sebastiana se adelantó a recibir a sus primas, pero el movimiento impetuoso que había hecho al levantarse la dejó sin aliento y se sostuvo del cortinado para no caer. Al ver que se desvanecía, el maestre de campo alcanzó a sostenerla.

Don Esteban, que venía detrás de las jóvenes, las manos a la espalda y la expresión sombría, levantó la cabeza al oír las exclamaciones de las mujeres y quedó demudado al ver a Sebastiana, como muerta, en brazos del maestre de campo. Sus ojos buscaron los de doña Alda, que con furia

manifiesta se clavaba las uñas en las manos. Se desentendió de ella diciendo secamente a Soto:

—Recuéstela en el sillón.

Doña Mariquena mandó por el hermano Montenegro, pero para cuando llegó, la joven había reaccionado. De la palidez pasó al rubor, y un cierto desorden en la ropa, algún rizo fuera de lugar, la flojedad que parecía haberle tomado el cuerpo le daban, pensó don Esteban, un no sabía qué de seducción; hasta el maestre, antes de ser despedido, parecía afectado.

Cuando Becerra le acercó una copa de cordial, Sebastiana la rechazó volviendo el rostro; contestó con un hilo de voz al hermano coadjutor, quien diagnosticó «decaimiento del flujo sanguíneo».

Ella se negó a explicar qué sentía, y mientras se retiraba sostenida por Rafaela, doña Saturnina echó en cara a doña Alda que, por recibir a Soto en ausencia de su marido, había obligado a la hija a levantarse cuando su salud aún no respondía.

—No he sido yo quien se lo pidió —protestó la interpelada.

—Peor entonces: por atrevida, la has obligado a cubrir tu desvergüenza.

La respuesta de la madre se perdió para los oídos de Sebastiana pues Rafaela le advertía al oído:

—No juegues con ese hombre. Me espeluzna hasta el aire que lo rodea. Tiene muchos difuntos encima.

La joven bebió el caldo que mandó su tía y se durmió antes de que la nodriza terminara las extrañas invocaciones de la noche.

A veces pensaba que la mujer no descansaba, y para confirmar esa idea, salió de la profundidad del sueño al ser sacudida con insistencia.

Abrió los ojos y tuvo que cerrarlos, cegada por la vela que Rafaela mantenía en alto.

—Anda, anda —y tomándola de un brazo la obligó a incorporarse.

—¿Qué pasa ahora? —gimió, sin entender nada.

La nodriza dejó la palmatoria en el suelo y le calzó las medias; tomó después un pañuelo negro, un amplio manto, y la cubrió hasta los pies. «Así no te verán en la oscuridad», cuchicheó.

—¿Qué es todo esto? —reaccionó la joven, obligada a ponerse de pie.

La mujer la silenció con un dedo y sopló la vela.

—Ven, ven.

«¡Ah, Dios del Cielo! ¿Será que me lleva a un aquelarre? ¡Y yo todavía sangrando!», se irritó pero no fue capaz de negarse, y la siguió bajo los arbustos del patio que filtraban el espejismo de la luna. Con los sentidos aguzados, oyó voces que venían del dormitorio de su madre y cuando se acercaron, el resquicio del postigo mal ajustado se ensanchó ante su mirada. Sin una palabra, Rafaela le hizo señas para que observara a través de él.

Varias horas antes, aquietada la casa, doña Alda salió silenciosamente a la calle y se dirigió al baldío contiguo, donde unas ruinas blanqueaban en la noche.

—Dídima —siseó. De la oscuridad se materializó una vieja harapienta que avanzó palpando el tapial—. Toma —y le alcanzó una botella que escondía entre las ropas. La mendiga la apretó contra su pecho mientras chasqueaba los labios—. Lleva esta carta al maestre de campo; no la entregues a nadie, sólo a él o al estudiante, ¿entiendes? Si llegas a equivocarte, te acordarás de mí —la amenazó, y volvió rápidamente al zaguán, cerrando la puerta sin un chirrido.

Como gato que ve en la oscuridad, descalza y con el largo cabello trenzado, se dirigió a su alcoba. Brutus, el perro de don Gualterio, la sobresaltó, pero ella lo palmeó y, hablándole suavemente, lo tomó del collar y después de tirarle un trozo de carne para que entrara en el dormitorio de su esposo, lo encerró allí.

Ambos cuartos, además de las puertas que abrían al corredor, tenían otras que daban a un cuarto intermedio. Lo atravesó para entrar en el suyo, cerró las hojas y prendió un pebetero con esencia de ámbar; buscó el llavero del arcón que estaba a los pies de la cama y sacó de él dos botellas; una contenía el licor de los dominicos que acostumbraba beber todas las noches. La otra era de vino, de las cepas de Jesús María que proveían a la bodega real.

Mirándose en el espejo, se perfumó con esencia de nardo y se tiró sobre la cama, levantándose la ropa sobre los muslos, esperando a su amante. La puerta de calle estaba sin trabas, el mastín encerrado y el marido ausente. Las advertencias de Sebastiana, la reprimenda de doña Saturnina, los mohines de Mariquena Núñez y la silenciosa desaprobación de Esteban —agregándole el desmayo de su hija en brazos del maestre de campo— la habían enardecido, llevándola a transgredir todas sus normas, citando allí, en su propio hogar, a Lope de Soto.

En anteriores encuentros, él le había asegurado que nada tenía que ver con el embarazo de Sebastiana, y su instinto le había indicado que no le estaba mintiendo, lo que la hizo sonreír. Cien vírgenes podían caer en brazos de aquel hombre, pero él siempre volvería a ella, atado por la lujuria que le exacerbaba en cada encuentro.

Sebastiana, aturdida aún por el sueño, no imaginaba para qué la había arrastrado Rafaela con tanta teatralidad; pero al ver a su madre sobre la alta cama de cortinados recogidos, la infinidad de velas encendidas, el denso perfume a esencias que se filtraba por la reja, el escote que dejaba al descubierto un seno arábigo, se sintió sacudida y la indignación la despertó del todo. Sostenía doña Alda una copa en la mano y sonreía a través de la maraña de pelo que le cubría parte de la desnudez como una telaraña. La expresión de su rostro, entre recién satisfecha y casi hambrienta de nuevo, le prestaba un atractivo pagano. El maestre de campo, sólo cubierto con las bragas, se había recostado a sus pies, de espaldas a la ventana. Apoyado en un codo, también él bebía; entre ambos había un cuenco con frutas secas.

Atontada ante la audacia de doña Alda, lo primero que pensó Sebastiana fue: «Está bebiendo el licor que toma a escondidas». Luego, descompuesta de rabia, se echó sobre la pared conteniendo el deseo de golpearse la cabeza contra ella. Rafaela, como Caronte, la tomó de la mano y la introdujo en la habitación intermedia. A la derecha, en el dormitorio de su padre, Sebastiana oyó una especie de gemido y el arañar del mastín que doña Alda

había encerrado, escudada en que, como no podía ladrar, no despertaría a nadie.

Rafaela le hizo señas de que pegara el oído a la puerta y ella, sintiendo náuseas, obedeció. La voz del maestre de campo tenía una cualidad que la hacía fácil de ser escuchada.

—¿Dejaréis así las cosas? ¿No tomaréis medidas?

La voz de doña Alda resultó más apagada:

—Ella no lo ha culpado; todo lo sé por una de las negras.

—Y de qué ha de acusarlo la infeliz, sabiendo que todo será inútil. Si yo fuera de su familia, ya habría desmembrado al tal Ordóñez y alimentado a mis perros con sus criadillas.

—Veo que te has convertido en defensor de doncellas, como Esteban, que se quedó una hora sólo para interrogarme sobre lo sucedido.

—¿Y qué hará Becerra?

—Nada, porque nada le dije. Le contesté con evasivas y le sugerí que hablara con ella. Se fue furioso.

Después de un silencio, el maestre de campo preguntó con curiosidad:

—¿No sientes pena por lo que ha pasado?

Doña Alda no contestó de inmediato. Medio minuto después le echó en cara:

—¿No será que te hubiese gustado casarte con ella?

—¿Por qué no? Me habría resultado conveniente, y yo la habría tratado mejor que ese cerdo. Tu hija tiene una forma de ser que… podrás decir lo que quieras, pero es una criatura dulce. Quién sabe; quizá termine desposándola.

—Está casada, ¿lo olvidas?

—Como dice Maderos, todo estado es susceptible de mudanza, y el de casada puede remediarse en viudez.

La mano de ella voló con la intención de golpear, pero él, igualmente veloz, la apresó en su puño.

—No pensaba en el estado de tu hija —rió, atrayéndola hacia él—. Había pensado en mudar tu estado.

Se hizo nuevamente el silencio y la voz de doña Alda, cauta y al mismo tiempo anhelante, preguntó:

—¿Crees… crees que podría hacerse sin que nos descubran?

Helada, Sebastiana retrocedió soltando un gemido, pero Rafaela la contuvo tapándole la boca con la mano. La joven se debatió hasta que sintió en los labios el sabor de la sangre. Forcejeaban en silencio, pues ella quería soltar al perro para que atacara a Soto, cuando oyeron decir a un metro de ellas:

—Señoras.

Inmovilizadas, miraron hacia las sombras del corredor, donde se vislumbraba una silueta. Un segundo después, brilló la palmatoria que el intruso traía en la mano. A su luz distinguieron a Maderos, que hacía guardia. Era indudable que había jugado con la ignorancia de ellas, que no imaginaban que hubiera dos extraños en la casa.

Rafaela le soltó una retahíla de maldiciones y esta vez fue Sebastiana quien la contuvo.

—Calla —la instó en vascuence—, no quiero que mi madre sepa que la hemos visto.

Tomó a la mujer de un brazo y al pasar al lado del estudiante, éste le preguntó con descaro:

—¿Debe temer algo mi amo de vos?

Ella le indicó que se alejaran. A salvo del oído de los amantes, contestó:

—Por amor a mi padre y por resguardar su honra, no haré nada. Pero debe saber el maestre de campo que me insultará si vuelve a encontrarse con doña Alda en esta casa. Lo que haga en la suya no es cosa mía. Recuérdele usted que la Fortuna es mudable; no es sabio asentar el porvenir sobre ella.

Dejando al muchacho satisfecho por haberlas sobresaltado, Sebastiana volvió al dormitorio para dar rienda suelta a su furia.

—¡Malditos, malditos! —sollozó mientras aporreaba las almohadas—. ¡Nacer mujer y estar a merced de quien quiera decidir tu destino! ¡Tener que soportar que dos malvados, bajo el techo de mi padre, planeen matarlo!

¡Tener que aguantar que un piojoso estudiante se ría le nosotras, que nos intimide! ¡Y tener que callar la ofensa!

—¡Chist! —la sacudió Rafaela—. Que la venganza grite en silencio. Tu padre está a salvo; ni ese hombre se atrevería a entrar en la Compañía a hacerle daño. Y cuando regrese, yo velaré por él. Pero ni pienses, ¡ni pienses! en denunciarlos, que males peores vendrán dello.

El 20 de febrero de 1702, la ciudad se levantó enfebrecida de entusiasmo: celebraría el advenimiento de la Casa de Borbón al trono de España en la persona de Felipe de Anjou.

Sebastiana y sus primas, que la acompañaban en el exilio social que era el «tiempo de parida», contemplaron desde el techo la ceremonia que quedaría asentada, para memoria de la ciudad, en el Libro de Cabildo.

En la Plaza Mayor se había montado un gran tablado cubierto con suntuosas y espléndidas alfombras. En sus esquinas estaban situados los guardias, trajeados con llamativa elegancia, y después de un conato de disputa entre el obispo Mercadillo y el gobernador Zamudio por el derecho a los sitiales, ante el ademán impertérrito del maestro de ceremonias, los ayudantes exclamaron: «¡Oíd, oíd, oíd!», y luego de una pausa: «¡Sabed, sabed, sabed!» mientras golpeaban las picas contra el suelo.

El alférez real propietario y caballero de la Orden de Santiago, don Enrique de Ceballos Neto y Estrada, exclamó: «¡Castilla, Castilla, Castilla!».

El griterío de la multitud sepultó el consiguiente «¡Córdoba, Córdoba, Córdoba!». Con fuerte acento, Ceballos anunció: «¡Por el rey católico Felipe, quinto de este nombre…» y su «que Dios guarde muchos años!» fue coreado por todos los asistentes con un entusiasta «¡Viva el rey!», mientras él batía con ímpetu, también por tres veces, el estandarte real.

La ciudad entera vibraba al sonar de los clarines y al estruendo de las bombardas, a la voz potente de los funcionarios, los cánticos de los coros, el repicar de las campanas mientras los gallardetes y las oriflamas, al impulso entusiasmado de los brazos, encendían el aire con su colorido temblor.

Eran notorios los diferentes estamentos de la sociedad —blancos privilegiados, indios y mestizos, además de negros y mezclas étnicas consideradas aun más bajas— que colmaban la plaza manteniendo las férreas diferencias de clases y de razas. A pesar de ello, fue una sola voz la que contestó: «¡Viva el rey, nuestro señor!».

Cuando comenzaron las corridas de toros —unos animales mansos y atontados que sólo cumplían con el gusto de las multitudes por la sangre—, las niñas partieron a los juegos de cañas.

Sebastiana se encerró en su pieza, se taponó los oídos y bebió una infusión de adormidera. Se tendió en la cama deseosa de caer en el sueño para no oír los mugidos de agonía de los animales picaneados, los aullidos de los perros ensartados y el relincho de los caballos sacrificados al último ímpetu de un novillo.

Una eternidad atrás, había sido tibiamente compasiva, pero a través del martirio padecido, el dolor —de hombres o de bestias— la descomponía. Ya no le era dado entender por qué se usaban palabras diferentes para el animal al que se inmolaba y el hombre que fenecía: todo era un solo y universal sufrimiento.

OceanofPDF.com

12. De parentescos lejanos

«Ningún marido es castigado por el castigo inferido a su mujer. Alcaldes y jueces comisionados sólo actúan cuando el victimario es también un transgresor de un orden penal que no ampara a la mujer castigada por su marido».

Marcela Aspell

¿Qué mandas hacer de mí? Mujeres del siglo XVIII en Córdoba del Tucumán

OceanofPDF.com

Córdoba del Tucumán
Tiempo de Ceniza
Verano de 1702

Después de haber sido eludido durante semanas por su prima, Becerra, al finalizar una tarde de tertulia, decidió plantarse en la sala, de donde —se juró— no saldría hasta obtener algunas respuestas.

Mientras los demás esperaban las sillas de mano en el zaguán, se acercó a doña Alda y, procurando que no los oyeran, preguntó:

—¿Me dirás por fin qué pasó con Sebastiana y su hijo?

—¿Quieres que hablemos delante de tus tías, de tus hermanas y de las niñas? —contestó ella de malhumor.

—Puedo esperar a que se vayan —y miró a Marcio Núñez del Prado quien, recién llegado, ya había sido despedido—. Le pediré que las acompañe.

Cuando todos partieron, Becerra se acercó a la puerta y la cerró con cuidado.

—Y bien, ¿qué sucedió?

Molesta, la señora volvió a servirse una copita de licor y, dejándose caer sobre un sillón, contestó:

—Rodó por la escalera, ya te lo dije, y eso provocó la pérdida.

—En Alta Gracia todo el mundo piensa que él está tratando de matarla.

—Especifícame quién es «todo el mundo».

—Los peones de Santa Olalla, algunos vecinos, los mismos jesuitas. El padre Thomas fue quien me advirtió que Sebastiana estaba en peligro, y en cuanto recibí carta de mi hermana, fui a verlo. Me dijo que el estado de ella

era espantoso. Que está seguro de que Julián la golpeó hasta matarle el niño; que tu hija no ha muerto de milagro, pues llegó a un punto en que no podían traerla de regreso…

—¿Y por qué regresó, entonces? —preguntó ella, cínica.

Esteban guardó silencio, preguntándose en qué momento, en aquellos quince años, esa mujer extraña y perversa le había hecho la concesión de ser sincera con él, y por qué él había aceptado recibir el inquietante peso de conocer su verdadera naturaleza.

—¿Te has preocupado de indagar la verdad? ¿Es posible que seas tan indiferente, no digamos ya a la suerte de tu hija, sino ante la muerte de tu nieto? De cualquier criatura, vamos.

La boca de ella se deformó con las frases que se negaban a ser pronunciadas.

—Déjame en paz, —barbotó, reaccionando—. ¿Por qué no le preguntas a ella? —señaló el corredor—. Sebastiana tiene esos silencios que me martirizan, que me vuelven loca. No entraré en su juego; no moveré un dedo para defenderla o atacar a su marido si no nace de ella decirme qué sucedió. Y no me hables del padre Thomas. Ese maldito es odioso conmigo porque no me confieso con él. Quiere babosearse con mis pecados, que estoy segura bien los imagina.

Becerra recogió el sombrero y los guantes, cargó la capa en el brazo y desde la puerta se volvió a advertirle:

—Ten cuidado, Alda, porque las cosas están fuera de gobierno. Has dejado de ser una mala persona para convertirte en una enferma. Y en cuanto a Sebastiana, estoy tamizando la ley para dar con algún resorte que nos permita, a mí y a mi familia, protegerla. Te lo comuniqué la otra vez, ahora te lo advierto.

—No hay recurso que te ampare en ese punto. No eres nada de ella.

—Algún resquicio debe de haber en la ley por donde pueda colarse la misericordia —contestó, y salió de la casa escuchándola gritar:

—Te ilusionas si piensas que ella te lo agradecerá. ¿La crees idiota? ¿Imaginas que no se dio cuenta de que ni siquiera moviste un dedo por ella?

¡Entiéndelo, si alguna vez te tuvo confianza, ahora la perdió! ¡Eres un estúpido; hoy ni siquiera te miró!

«No importa —pensó él empuñando el bastón—. Así no me hable de por vida, trataré de menguar el mal que permití se le hiciera».

El padre Cándido estaba en casa de doña Saturnina y parecía muy satisfecho con la taza de chocolate con nata y polvo de canela que le habían servido. Alrededor de él y de don Marcio Núñez del Prado, las mujeres comentaban el comportamiento excéntrico de doña Alda.

Por un momento, don Esteban estuvo tentado de no amargar al viejo con los martirios de Sebastiana, pero pensó que demasiadas consideraciones se habían tenido con todo el mundo, salvo con su sobrina, así que, apartándolo de don Marcio, lo llevó a un rincón y con voz tranquila y helada le pormenorizó lo que sospechaba. Lo vio palidecer, le tembló la tacita en la mano y tuvo que dejarla en un taburete.

—Las jóvenes suelen exagerar —dijo el sacerdote con voz de flauta—. Después de todo, sabido es que el marido, como cabeza de la mujer, puede y le es permitido el corregirla y castigarla…

—¿Hasta que pierda el hijo?

—No, no; se supone que moderadamente y cuando haya dado motivo, y Sebastiana, reconozcamos, es una niña difícil; doña Alda siempre lo dice: don Gualterio la ha llenado de caprichos con indulgencias y consentimientos…

Exasperado, Becerra insistió:

—Entonces, ¿acepta usted que pueda golpearse a una mujer hasta hacerla perder el hijo? Pues crea que yo no puedo consentir que se la golpee de ningún modo, en ninguna circunstancia. Pero aquí, además de haber puesto en peligro la vida de su esposa, Julián le ha provocado la muerte al niño por nacer. ¿Quiere negarme vuestra merced que matar a una criatura que quizá, por ignorancia de los criados, por dejadez del esposo, muera sin siquiera las aguas de socorro, no es un doble crimen ejercido sobre el cuerpo y el alma del inocente?

Aturdido, el sacerdote murmuró:

—Pero ella dice que cayó por la escalera…

—Los escalones no dejan marcas de azotes ni dentelladas en el cuello y los brazos.

Cada vez más pálido, el sacerdote consiguió sacar de la garganta una voz quebradiza.

—Hablaré con el prior —dijo y se despidió de inmediato. El chocolate se enfrió en la taza.

Más tarde y a solas, recostado en la silla, con los tobillos cruzados sobre el escabel, las manos entrelazadas sobre la cintura, Esteban se sumió en un estado que bordeaba la enajenación.

—¿Tío Esteban?

Era Eudora, de la misma edad que Sebastiana, protegida y feliz, querida por todos, mimada por las tías abuelas.

—¿Qué quieres? —preguntó con impaciencia.

La jovencita entró en la pieza y arrodillándose en el otro escabel, puso las manos sobre el brazo de él.

—¿Cree usted que Sebastiana… que ella va a morirse?

Indudablemente, había escuchado tras las puertas las continuas disquisiciones de la familia sobre la salud y el bienestar de su prima, pero había tal preocupación en ella que, conmovido, desistió de reprenderla.

—No, querida; ya ves que se está reponiendo. Es más fuerte de lo que creemos.

—¿No podrá tener más hijitos?

—Sea ahora su suerte la que sea, seguramente Dios le depara un futuro feliz.

—Así, al menos, quería creerlo.

Eudora se puso de pie y con la intención de aprovechar el momento de condescendencia del único varón de la casa, le tomó una mano y se la sacudió.

—Dentro de un mes será el cumpleaños de Belita y además el casamiento de tía Elvira…

—¿Y adónde nos lleva eso? —desconfió Becerra.

—A la tienda del señor Brígido —dijo la chica con frescura—. Han llegado unas telas muy lindas.

Pensando en lo que hubiera deseado obsequiar a Sebastiana, él le dio una palmada en la mejilla y gruñó:

—Sea. Mañana iremos a verlas, y además podrán elegir una bien bonita para tu prima…

Descubrió que la tarea de investigar en la jurisprudencia vigente no era sencilla, pues tenía que dar muchos rodeos, simular que buscaba otra cosa, interrogar sobre hipotéticos sucedidos. Porque en una ciudad pequeña, con sólo los elementos que se tenían, si bien no con el consabido dos más dos, era posible que se llegara al cuatro sumando uno más tres.

El paso de los días no lo tranquilizó; mientras más reflexionaba, peor se sentía; nunca en su vida había estado tan avergonzado. ¿Cómo podía haber sido así de insensible con alguien tan joven, tan débil, a quien tanto quería y —Dios lo perdonara— de quien tanto era querido?

Y mientras se secaba los ojos leyendo viejos textos romanos, pretendía aplacar su conciencia pensando: «En algún momento mereceré que vuelva a apreciarme».

Por suerte, las mujeres de su casa lo dejaban en paz, entusiasmadas con la boda de Elvira, su hermana mayor que, de haber estado «para vestir santos», de pronto se casaba con un viudo que tenía, entre su haber y su debe, cinco hijos, decencia, viejos apellidos y estropeada fortuna.

Un día pensó: «¿Por qué no hablar con Sebastiana?». Había estado soslayando un encuentro a solas, pero quizás era llegado el momento de interrogarla, de hacerle saber que contaba con él.

Temiendo echarse atrás, prefirió no demorar la decisión y se presentó en casa de los Zúñiga. Doña Alda no estaba y lo hicieron pasar a la biblioteca.

Sebastiana, sentada a la mesa, se hallaba escribiendo o estudiando. Se volvió a mirarlo inexpresivamente, y dándole la espalda, cerró el libro y el cuaderno, sobre los que puso un pañuelo que llevaba atado a la muñeca. Con movimientos pausados, tapó el tintero y se dedicó a limpiar cuidadosamente la pluma.

De sentirse un hombre mayor que iba a dar seguridades de protección a una jovencita desvalida, Becerra se halló de pronto tímido, torpe y sin palabras. Acercó un sillón y tomó asiento cerca de ella, en la esquina de la mesa.

Sebastiana dijo sin mirarlo:

—Mi padre es muy prolijo con sus plumas —y tocando la campanilla, en cuanto apareció una de las criadas, le indicó—: Abre ambas hojas de la puerta, Porita —pues Becerra las había cerrado al entrar.

Rojo de vergüenza por haber olvidado, a causa de la familiaridad con que siempre se había movido en aquella casa, una norma elemental, le dijo abruptamente:

—¿Cómo fue que perdiste a tu hijo?

Ella echó aliento sobre el tintero de ónix y con el pañuelo le sacó brillo.

—Me caí por la escalera.

—El padre Thomas me dijo… como a tu más próximo pariente en ese momento —se justificó—, que tenías el cuerpo lleno de cardenales y que te habían sacado un brazo.

—Ya conoce usted las escaleras de Santa Olalla. Son muy empinadas.

Fuera de sí, se inclinó sobre la mesa y la tomó del codo.

—¿Por qué mientes? ¿Sabes que tu madre está dispuesta a ayudarte si le confiesas lo que sucedió? ¡Bien podría ella terminar con Julián en un santiamén!

Sebastiana levantó el rostro, y lo que él atisbo en sus pupilas, enigmático e impenetrable, lo intimidó.

—¿Sabe usted que no debería haber cerrado la puerta cuando entró?

Él quiso justificarse a borbotones, pero ella levantó la mano con severidad.

—¿Y que no debería estar en esta pieza, a solas conmigo? Tampoco creo que sea correcto que me toque: nuestro parentesco es lejano.

Limpiando una diminuta mancha de tinta con la uña, continuó:

—Como así también que está vedado conversar de ciertos temas que usted insiste en tratar. Si me ha perdido la consideración por lo que hice,

sepa que lo he pagado con penitencia, arrepentimiento y dolor. Me afecta que usted, especialmente, no me respete.

Se puso de pie para dejar la habitación y él, consternado, quiso detenerla para explicarse. La joven dio un paso atrás, levantando ambas manos.

—Por favor, no se me acerque —dijo con brusquedad y escapó corriendo con los ojos, le pareció a él, llenos de lágrimas.

No quiso multiplicar los malentendidos y, mientras se apagaban sus pasos, echó la cabeza hacia atrás y se cubrió el rostro con las manos. Llevado por la preocupación de saber, había saltado sobre las formas sociales que eran mandamiento de guardar, pues sus sentimientos eran un enredo de culpa, profunda preocupación e interés en prestarle ayuda.

Se retiró sin llamar a la criada y pronto se encontró a medio camino de su casa, dejando atrás la de ella pero mentalmente unido a la escena. Había comenzado a lloviznar y agradeció que las gotas disimularan las lágrimas de impotencia que no deseaba reprimir. Como siempre que tenía un problema o un dolor, tendía a elevar los hombros y adelantar el mentón marcado por una leve hendidura. Con ese aire, los brazos algo separados del cuerpo, los vecinos lo vieron pasar, en cabeza y caminando atolondradamente bajo la llovizna.

Esa noche, Rafaela se presentó en la cocina, pidió un brasero y una olla con agua, además de semillas de mostaza y un almirez. En silencio, las negras escucharon, preocupadas porque habían visto a la joven pasar corriendo por los patios, descompuesta y tropezando con su falda, sosteniéndose del limonero y de las columnas.

—¡La pobrecita! Desde el parto, la toma el ahogo; miedo me da que sean las meigas chuchonas, o el Aire de Difunto… Quizás el angelito la extraña y la llama desde el cielo…

Y mientras la negra —aquella a cuya custodia había confiado el ama la honra de su hija, ahora degradada a la cocina— se santiguaba, la mujer

describió los tiritamientos y sofocos que padecía la joven y que ella atenuaba con cataplasmas.

A la mañana siguiente, entre invocaciones masculladas, la vieron enterrar los restos del cocido.

Esa misma tarde se evidenció la bondad del tratamiento, ya que Sebastiana apareció en los patios de mejor semblante y vestida para salir de visitas. La primera, a las Catalinas, donde quería saludar a la madre superiora y a sor Sofronia.

Fue recibida con afecto sincero aunque contenido. Y en conversación con ellas, les habló de los consejos del padre Thomas y solicitó internarse unos días; quería meditar y servir para recuperar la paz espiritual y encontrar consuelo en la religión.

Maestra y discípula se observaron disimuladamente: la religiosa sufrió en sí la desventura abrumadora de la joven; Sebastiana —llevada por el instinto que ésta le había ayudado a desarrollar— comprendió que, salvo milagro, aquella a cuyo lado se sentía protegida de hombres y demonios no viviría mucho tiempo.

Al verla afligida pero serena, tan conforme —a pesar de sus desgracias — con su destino (como a buena sierva de Dios corresponde), la superiora la aceptó. Sor Sofronia, que no esperaba vivir mucho, pensó que se le concedía un último deseo: la compañía de la joven, la posibilidad de traspasarle parte de su saber.

Sebastiana no perdió tiempo en preparativos y, tan pobremente pertrechada como la primera vez, se recluyó en el monasterio, sintiéndose feliz después de muchos meses. Aquella vez, sin embargo, entregó de su hacienda una fuerte suma para que de ella se dotaran doncellas pobres que prefirieran el hábito al matrimonio.

El enclaustramiento, la oración y el trabajo la ayudaron a reponerse; junto con el color, recuperó el apetito.

Durante las horas de recreación, las religiosas comentaban el empeño que ponía en leer los mamotretos de Química, Simples y Hierbas, «para mejor servir —confesaba— a aquellos mis pobres dependientes del campo, ya que estamos muy lejos de los médicos».

Una tarde en que, de rodillas, sacaba los yuyos inútiles del plantío de yerbas, sor Sofronia, sentada en el banco amurado, agotada por su debilidad, le dijo a modo de consuelo:

—Tendrás otros hijos.

Mientras ella pensaba: «No de ese hombre», le confesó:

—El niño que he perdido, mi Sebastián Mártir, era hijo del descuido más que del pecado, pero también de un joven al que amé con todos mis sentidos. ¿Importa acaso la duración de ese amor, las horas, los escasos días en que nos tratamos? ¿Qué es el tiempo para Dios? ¿Qué puede ser el tiempo para Él, que sólo conoce la Eternidad? —y sentándose sobre sus talones respiró profundamente, como para aflojar algún nudo corredizo que le apretaba la cintura—. ¿Sabe usted?, él se hubiera casado conmigo, pero lo mataron. Era mi primo… Ni siquiera sé el día de su nacimiento, puesto que hay dos San Raimundo: uno se celebra el 7 de enero; el otro, el 23. ¿En cuál de ellos habrá nacido? Lo mismo da, puesto que rezo por él en ambas fechas.

Así reveló por primera y única vez en su vida la identidad del joven y la suerte que había corrido. Con las manos arruinadas y sucias de tierra sobre la falda, miró sobre la fronda de los árboles la tarde que parecía despeñarse tras el muro del convento.

—A veces, a esta hora, no sé si porque la sangre declina al mismo tiempo que la luz, me lleno de melancolía. ¡Cuánto me hubiera gustado recibir una carta de él, una carta de amor, una carta suya, extraviada y llegada a mí mucho después de muerto! Una carta que de alguna manera explicara qué me sucedió, qué pasó entre nosotros que terminó por destruirnos: él enterrado en donde no sabemos, mi hijo asesinado por el hombre que, según los votos, debía cuidarme, y yo… yo tan muerta como ellos, aunque camine sobre la Tierra.

Y desmenuzando un terrón entre los dedos hinchados por las ortigas, murmuró:

—Una carta, una simple carta es lo que deseo, sucia de estar perdida o enterrada, sin firma ni…

—¿Cómo sabrías que es de él, criatura, si nunca viste su escritura? —dijo la monja, afligida por su pupila.

—¡Ah, hermana, en eso consiste el misterio del amor; yo lo sabría!

—¿No te queda otro sostén en la vida?

Sebastiana pareció perderse en algún recodo de su conciencia. Se limpió las manos en el delantal y apartó un mechón de pelo de la mejilla, escondiéndolo bajo el pañuelo que le cubría la cabeza.

—Sí, lo tengo: es el deseo de ver que los que me dañaron sean castigados. El padre Thomas dice que se empieza a pagar en esta vida y se continúa en la otra. Por la salud de mi alma, quiero ver el principio del tormento.

Y notando a la religiosa preocupada, le aclaró:

—Porque, sor Sofronia, los perversos de este mundo terminan muertos no por nuestro deseo, sino por sus propios vicios.

Pocos días después de aquella conversación, llegó una criada a anunciarles que doña Alda había amanecido muerta.

OceanofPDF.com

13. De la materia medicinal

«Había diferentes clases de entierro. Podía ser mayor o menor, rezado o cantado, con cruz alta o baja, con posas o sin ellas, con capas y sobrepelliz o sin ellos. Todo esto hacía variar la pompa de la ceremonia y, lógicamente, el costo de la misma».

Ana María Martínez

Vida y «buena muerte» en Córdoba durante la segunda mitad del siglo XVIII

OceanofPDF.com

Córdoba del Tucumán
Tiempo de Cuaresma, tiempo de Pasión
Otoño de 1702

ASebastiana regresó antes que su padre y encontró a la servidumbre más callada que nunca; la señora solía castigarlas si las oía hablando y su presencia se sentía tanto en la muerte como en vida.

Ante la imposibilidad de sacarles una explicación coherente, separó a Belarmina de entre las otras y se encerró con ella en la biblioteca de su padre.

—Bueno, Belarmina, ¿qué pasó?

La negra, que tenía una relación franca con ella, se atrevió a mirarla a los ojos y decirle:

—Anoche Porita fue a llevarle el botellón de agua y el ama no le abrió. La oyó hablar y pensó que… que… —no quería aludir a la debilidad de la señora por la bebida.

Sebastiana le facilitó las cosas.

—Entiendo; sigue.

—Y bueno, que Porita se volvió con la jarra. Muy luego nos pareció oír un grito, pero prestamos atención y la escuchamos cantar suavecito. Y esta mañana, cuando nos levantamos, Porita me dice: «Raro, ¿no?, que el ama no llamó más tarde por agua». Y como no quería yo que castigara a la chica, fui y golpié y golpié, y al fin me atreví a abrir y la encontré… tal cual está ahora, ya la verá. —Y avergonzada, agregó—: Había dos botellas de vino de los frailes vacías…

—Bien le advertí que el licor acabaría con su salud. ¿Y el maestre de campo?

—Ayer de mañanita salió para el Chaco; dicen que los guaycuruses han cruzado el arroyo de los Guevara: allá lo mandó el gobernador para que los ataje.

—Mejor, así no se presenta al velorio —murmuró Sebastiana. Al abrir la puerta, sus nervios se evidenciaron en la brusquedad de sus modales—. Manda por mi padre, pero que no le digan nada. Y que avisen al alcalde.

Recibió la llave de Belarmina y se dirigió al dormitorio de doña Alda. Se encerró en él y luego de mirar a su alrededor con detenimiento y santiguarse ante los restos, su primer acto de posesión fue buscar el joyero y retirar el collar de perlas, el broche de oro con forma de cisne y el rosario de aguamarinas que su padre le había regalado el día en que se convirtió en pastora de la Virgen. Luego, recordando vagamente algo escuchado a Rafaela, abrió puertas y ventanas para que el alma no quedara guarecida en los rincones o entre los pliegues del dosel.

Don Gualterio llegó y al enterarse de lo sucedido se descompuso —hubo quien dijo que de alivio—, y tuvo que medicarlo ella misma, convenciéndolo de que el padre Thomas le había enseñado qué medidas tomar por su salud. Ya fuera que Sebastiana supiese lo que hacía, ya que la confianza curara tanto como el medicamento, don Gualterio se repuso.

Ordenó entonces la joven que se buscara a un médico —más conocido como sangrador que como facultativo— para que, junto con los comisionados, confirmara la defunción de su madre. Llegó aquél antes que los funcionarios, rodeó varias veces el cuerpo yerto, se golpeó los dientes con la trompetilla de auscultar y diagnosticó muerte súbita por espasmo de pecho.

Entretanto, Sebastiana hizo llamar a Bienvenido López —nombre poco feliz para su oficio, o tal vez no—, que se encargaba de proveer las telas de luto, los crespones y las cenefas mortuorias, trataba con los negros sobre el precio de los cirios y arreglaba cuanto fastidio privado, con respecto al funeral, se presentase.

El hombre llegó de inmediato y en un santiamén, ayudado por sus hijos menores, cubrieron con bayeta negra el suelo de las habitaciones de recibo, y espejos y ventanas fueron cegados con terciopelo de aquel color, como era de rigor hasta el final de la novena de Ánimas.

Ya con doña Alda en el templo, él y su mujer, Felicidad Espejo, cuidarían de que los cantores no se «comiesen» ningún salmo, ni que los despacharan de prisa para terminar pronto y cobrar sus centavos.

Al tener, por medio de aquel personaje, controlado lo que debía desarrollarse dentro de la casa y en la sala mortuoria, Sebastiana consoló al viudo y preparó el funeral en las Teresas, como había solicitado doña Alda.

Estudió el testamento y siguió las indicaciones estipuladas en él. Se vistió a la muerta con sus mejores ropas, y como pertenecía a la cofradía de españoles de Nuestra Señora del Carmen, sobre ellas se le colocó el hábito carmelita, que guardaba, cuidadosamente perfumado, en un arcón. Mandó hacer el ataúd conforme a la Real Cédula de 1693, como había dispuesto la muerta: forrado de bayeta, paño y holandilla, de clavos y herrajes empavonados y guarnecido con galones violáceos. Sería velada en la sala De Profundis de la Merced, por dar gusto al padre Cándido, y su albacea —que resultó ser don Marcio Núñez del Prado—, suave pero hábil regateador, fue quien se las entendió con el arancel del obispo Trejo, impuesto en 1610, que aún subsistía.

El cortejo saldría de la Merced y atravesaría las calles, haciendo cuatro «posas», hasta llegar a las Teresas; se llevaría cruz alta, se cantarían salmos, y los oficiantes vestirían capas y sobrepelliz. El gasto en velas que iluminaran su tránsito al Reino de Dios no debía ser medido. Pedía la señora que la sepultaran «en el coro bajo de Santa Teresa, en cajón de buena hechura»; el quinto de sus bienes, que la ley le permitía disponer a su antojo, lo legó a las monjas para que rezaran por su alma a perpetuidad, además de fundar una capellanía vinculada a unos terrenos que tenía por Ongamira.

De las capellanías y heredades prometidas al obispo… nada: el testamento estaba fechado antes de que éste llegara a Córdoba, y doña Alda no lo había renovado.

No eran difíciles las cuentas de la señora. Su dote había quedado en Álava y no tenía en Córdoba pariente más cercano que Sebastiana, quien a más, era hija única.

Cumplidos los ritos, la joven determinó espantar los fantasmas de la difunta vaciando los arcones. Regaló a sus familiares los lujosos vestidos, repartió zapatos y mantillas y donó a las parroquias innumerables cosas. Destinó dinero y abrigo de invierno para los pobres, además de tres vacas al hospital, para que se le diera leche a niños y ancianos indigentes. Liberó a Belarmina, para resarcirla de los malos tratos de su madre, y a Marina, la esclava de confianza de doña Alda y por cuya causa ya comenzaba a tener problemas domésticos, pues la servidumbre, a la muerte del ama, se tomaba venganza por pasadas delaciones. Puso a nombre de estas dos mujeres unas casas modestas que habían sido de su madre, y una suma que don Marcio entregaría mensualmente a Marina para que rezara y cuidara de por vida la tumba del ama. Como Belarmina prefirió permanecer con los Zúñiga, Sebastiana le asignó un salario.

Cuando Dídima, la vieja que vivía en las ruinas de al lado, fue a pedirle, en medio de su confusión alcohólica, que «por servicios prestados a su madre», le diera ropa, unas monedas y vino, ella, después de meditarlo, aceptó tomarla bajo su protección, encargándole comisiones sencillas y dosificando la bebida que le hacía entregar.

Luego, como último tributo mortuorio, hizo desenterrar las plantas de peonía y las mandó a los conventos, para que sacaran dinero vendiéndolas, o las plantaran en los patios; su madre, aclaró, no hubiera gustado de que se desperdiciara nada.

«En efecto; Alda era muy guardosa», dijo don Marcio, encubriendo con aquel eufemismo la mezquindad —en algunas cosas— de la señora.

La servidumbre, espantada, contempló por horas el holocausto del bosquecillo mientras Sebastiana, con un libro de oraciones en la mano, asistió al sacrificio con entereza admirable. Decían que en secreto se habían ofrecido sumas enormes a los negros que consiguieran el mejor vástago, con la esperanza de que prendiera.

Todo se había consumado en muy poco tiempo, como si se tratara de un vendaval.

Cuando Sebastiana volvió al convento, encontró a la hermana Sofronia desplomada en la cama, con mal color y peor respirar.

—No deberías acercarte —le dijo al ver que, con el permiso de la superiora, la joven se sentaba a su lado—. Ignoro si mi mal es contagioso.

—No se preocupe usted —sonrió Sebastiana y, aunque la severidad de la congregación no veía bien el contacto físico, se atrevió a rozar los dedos resecos de su maestra.

—Eres generosa con tus fuerzas —dijo la religiosa—; habrías sido una buena hermana si Dios lo hubiese consentido. Pero si te ha dejado en el mundo, es porque tiene otros planes para ti, recuérdalo siempre.

—Pero ¿qué dice de vuestra salud el señor apotecario?

—Esta crisis me dura ya una semana, y el hermano Peschke ha confesado que no sabe cómo atajarla. Mi familia quiere que vuelva al que fue mi hogar para mejor cuidarme, pero le he pedido a la madre Gertrudis el favor de morir entre mis hermanas y en esta celda. He vivido aquí la mayor parte de mi existencia.

Sebastiana consiguió mantenerse decorosamente serena y hablaron en voz baja, en tonos suaves, del interés que las unía: el estudio de la botánica, la química y la medicina. Evitaron hablar de la muerte de doña Alda.

Al rato, extenuada, la monja le dijo que viniera al otro día y trajera con qué tomar apuntes; la joven comprendió que la religiosa estaba despidiéndose de la vida y esa noche no pudo dormir.

Por una semana se prolongó aquello, hasta que una mañana no le permitieron verla, pues había empeorado. Sin embargo, para el ángelus del mediodía se presentó una de las esclavas del convento: la moribunda pedía por ella y la superiora se lo había concedido. Aunque sin esperanzas de que se recuperara, Sebastiana no había creído que el fin estuviera tan cerca.

En la penumbra de la pequeña habitación, sor Sofronia se incorporó con esfuerzo cuando la novicia que guiaba a la joven abrió la puerta. Tenía la expresión confusa y había adelgazado mucho en pocas horas.

Sebastiana, que en el apuro se había echado un manto para esconder el vestido de entrecasa, se arrodilló al lado de la moribunda, que le hacía señas apremiantes, y acercó el oído a su boca para que no tuviera que esforzar la voz.

—Ya no puedo dictar —jadeó la enferma—. Debes bajar a la cripta y…

Como ella le dijo, por tranquilizarla, que lo haría más tarde, la religiosa se agitó, tomándole la ropa en el puño.

—No; sea ahora, que todas están ocupadas. Hay algo que quiero que tengas…

Ante el desconcierto de Sebastiana, exhaló en su oreja:

—En el cofre… allí encontré… toma el libro que está debajo de todos, a la izquierda. Dice: Pedacio Dioscórides Anazarbeo, acerca de la Materia Medicinal…

Sebastiana necesitó que se lo repitiera y luego, pensando que estaba en trance de agonía, se puso de pie dispuesta a hacerle creer que iba a la cripta. Pero en el momento en que salía, la monja ordenó con un graznido a la novicia que estaba a su disposición:

—Misericordia, hermana, tráigame agua… —y no bien desapareció la aterrorizada joven, sor Sofronia, con expresión alucinada, ordenó a su discípula—: ¡Ve y hazlo!

Sebastiana se alzó las faldas y corrió por las galerías desiertas en aquellos minutos de oración. Abrió la puerta que llevaba a la cripta, tomó la candela que se mantenía encendida y bajó los escalones sosteniéndose con una mano del muro.

El recinto le producía miedo, y sólo entraba en sus profundidades cuando se sentía resguardada por la presencia de la maestra y del padre Thomas.

Dudó en bajar los últimos peldaños, pero el pensamiento de la religiosa que agonizaba, esperando, le dio el envión para abalanzarse sobre el cofre que contenía unos libros de medicina descartados por lo antiguos. Solamente la hermana Sofronia y el padre Thomas los consultaban; ninguna discípula se atrevía a hojearlos. Aunque no escrita, se la tenía por orden tácita.

Levantó la tapa y acomodó la flama en una esquina del mueble, que se alzaba del suelo sobre el poyo de la bóveda. De las quebradas losas del osario surgía una hedentina que ningún sahumerio podía disimular. La corrupción de los cuerpos privaba sobre el inquietante olor de hongos desconocidos y musgos anémicos.

Aterrada, imaginó que la sombra de su madre, atravesando la distancia entre el monasterio de las Teresas —donde estaba enterrada— y las polvorientas paredes de las Catalinas, se le acercaría por la espalda y la tomaría del cuello. «A la izquierda, a la izquierda», se repitió y, aturdida, arañó entre los viejos volúmenes, levantando un polvillo irritante que olía a ratón.

Sus movimientos nerviosos y descompaginados hacían temblar la llama, que dibujaba contornos alarmantes sobre las paredes mientras el sonido del papel desgarrado parecía surgir de las losas que mantenían a los muertos confinados bajo tierra. Gemía, aterrada, cuando dio con la obra: no era un libro, sino varios y atados con una cuerda vieja. Las letras de la tapa del primero bailaron ante su vista nublada, pero alcanzó a leer: Dioscórides Anazarb… y acomodando torpemente el desorden que había producido, tomó la candela, cayó la tapa con un ruido de tumba y corrió hacia el sol, hacia los corredores exteriores. Bajo la fuerte luz del mediodía, miró hacia la puerta que dejaba atrás y sintió como si hubiera escapado del Infierno.

Entró en la celda de sor Sofronia y se acercó a la cama con la respiración todavía entrecortada. Limpió el bulto con el revés de la falda y lo entregó a la religiosa, que lo abrazó, desmayándose sobre las almohadas.

—Adela fue por sor Gertrudis… —dijo cuando reaccionó—. Toma, que nadie sepa… —y extendió el atado, empujándolo contra el pecho de la joven.

Sebastiana dudó, pero en aquel momento se abrió la puerta y apareció la madre superiora seguida de la novicia y de una de las hermanas, experta en sangrar.

Sor Sofronia apretó sus dedos sobre el pulso de la joven y murmuró apasionadamente:

—Cuidado con el obispo… con el Santo Oficio…; no leas el último libro… El último… has de quemarlo…

Cayó hacia atrás y rogó: «¡Que Dios se apiade de mi espíritu, reza por mí, niña querida, reza por mí!», y cerró los ojos mientras clamaba: «¡Confesión!».

Echaron de la celda a Sebastiana, que se dejó estar en el banco del corredor, llorando y apretando los libros bajo el manto con tanta fuerza que luego le costó enderezar los dedos.

A su alrededor, todas tenían algo que hacer: una sacaba palanganas con sangre, otra daba bebedizos a la enferma, ésta llevaba agua bendita, la otra mandaba por el viático… Ella, sintiéndose inútil, caminó hasta su casa sollozando secamente. No encontró vecinos en la calle, pues era la hora de la comida. Negándose a hablar con Rafaela, fue a su habitación y se encerró con llave después de ordenar que nadie la molestara.

Rezó hasta que vinieron a decirle que sor Sofronia había expirado, pero que le permitirían visitar la capilla ardiente. Entonces preguntó, sollozando a gritos: «¿Quién le cerró los ojos?», y sintió en su corazón que debería haber sido ella.

Muerta y enterrada su preceptora y maestra, pidió el consentimiento de la madre superiora para «tapar» la sepultura, dentro de la iglesia, en la parte en que se enterraban las religiosas en ejercicio. Mediante aquello, Sebastiana se obligaba a mantener cuatro velas encendidas por el término de un año.

Llegado el viernes, practicó la abstinencia, y los tres días siguientes ayunó sin salir de su dormitorio, comunicándose mediante Rafaela y Belarmina, a quien había restituido su lugar de privilegio en la escala de la servidumbre.

Salió del duelo el día de Santa Catalina de Siena, presentándose en el monasterio para la festividad de la Santa Patrona.

Allí se enteró, por las beatas, de un nuevo conflicto que involucraba al doctor Mercadillo y al convento de las Teresas.

Resultaba que las religiosas habían negado la profesión a una novicia; era una mujer analfabeta y de mala salud, y no era costumbre de los conventos aceptar reclusas en tal estado.

La mujer o sus parientes habían acudido al obispo, que se empeñó en que se la admitiese de cualquier manera. Las monjas se dirigieron entonces al metropolitano que, para cuando don Manuel Mercadillo se enteró, había fallado a favor del convento.

El gobernador Zamudio, ni lerdo ni perezoso, escribió al rey acusándolo de tratarlas «de escandalosas, y otras palabras bien disonantes… siendo así que dichas religiosas… son ejemplares en virtud».

Cuando Sebastiana regresó del monasterio, encontró a todas sus tías comentando el escándalo y a su padre escuchando con afectuosa paciencia.

—Pues hoy fui a llevarles a las Teresas unos manteles para que me los bordaran, y Eufrasia, debería acostumbrarme a llamarla sor Paciencia, mi prima, ya sabes, me dijo que el mismo obispo se presentó a averiguar si eran ellas quienes habían escrito al metropolitano. ¿Pueden creer que las amenazó con preceptos, excomuniones y juramentos, además de intentar prohibirles la confesión con los padres jesuitas…?

—No sé de qué se sorprende, tía —contestó Rosario Becerra después de besar a Sebastiana—. Fray Manuel los supone vinculados con las Reverendas Madres en aquel juicio. ¿De dónde van a sacar las monjas luces para esos alegatos?

—Como sea —interrumpió doña Saturnina—, el buen señor ha privado de sus oficios…

—… y de voz activa y pasiva —se abalanzó doña Mariquena.

—… a la priora, a la subpriora y a la madre sacristana. ¿Qué dices a esto, Sebastiana?

—Seguramente ni se enteró, las Catalinas no sueltan prenda —intervino don Gualterio.

—¿Que las monjas no comentaron nada? —desconfió doña Mariquena.

—Entre ellas, quizá; conmigo, no —contestó la joven.

Cuando sus tías se retiraron, Sebastiana deambuló por los patios retomando el control de la casa.

Apaciguado finalmente el dolor, una noche recordó los libros que le había entregado la religiosa y, buscándolos, los desató y comenzó a hojearlos.

El primero decía, después del nombre del autor: Acerca de la Materia Medicinal, y de… (allí venían dos o tres palabras que habían sido borradas con lejía hasta transparentar la hoja). Traduzido de lengua griega, en la vulgar castellana, e illustrado con claras y substanciales annotationes, y con las figuras de innúmeras plantas exquisitas y raras, por el Doctor Andrés de Laguna, médico de Iulio III: Pont. Max.

Suspiró con alivio: era un libro de medicina, y no parecía, a pesar del sigilo con que su maestra se lo había hecho buscar, por la discreción con que se lo entregó y por la advertencia sobre el Santo Oficio, que pudiera tratar de algún tema peligroso para el alma.

Por muchas noches, las ranuras de la puerta filtraron la luz encendida hasta muy tarde. A la mañana, cuando echaban agua sobre sus manos, Sebastiana debía frotar con una piedra volcánica los dedos manchados con tinta. Las criadas se acostumbraron a ver, sobre una mesita, la bandeja de escritura, un cuaderno con costuras rústicas, pluma y arenilla.

OceanofPDF.com

De las confesiones

OceanofPDF.com

… No bien dejamos a los religiosos en la casa de Alta Gracia, pregunté en balde a Rafaela: «¿Trajiste la hierba?», porque ya la hediondez de sus flores me lo había advertido. Con esa sonrisa que me perturba (a veces creo reconocer a otra en ella), contestó en vascuence: «No te preocupes, palomita», y yo me eché sobre los almohadones, llena de angustia y todavía dudando.

Poco más adelante nos encontramos con el maestre de campo, y comprendí que el Destino, ya que no debía ser Dios, me daba la oportunidad de molestar a mi madre, y me atreví a rogarle, con modos de desamparo, que me acompañara hasta casa.

Cuando llegamos a la ciudad y nos detuvimos a su frente, me demoré entre una cosa y otra para dar tiempo a las criadas que avisaran a doña Alda. Y no bien ella pisó el umbral, dejé, a pesar del rechazo que sentía a que me tocaran, que el maestre de campo me asiera por la cintura para dejarme en tierra, dedicándole un gesto de agradecimiento; no tuve que mirar para saberla demudada.

Mi padre se descompuso al conocer la muerte de su nieto, y al verlo en tal dolor, le perdoné sus debilidades; mi madre, en cambio, me hizo ver: «No te reunirás con él en el Cielo, pues permanecerá por siempre en el Limbo». Después de tomarme unos segundos para disimular mis sentimientos, contesté: «Pero el padre Pío alcanzó a cristianarlo», y me guardé de toda demostración, de permitirle que volviera a desgarrar mi corazón, mientras una voz interior me decía: «Aun siendo tan malvada, le concediste su momento de compasión y no fue capaz de redimirse con una palabra de piedad. De modo que ha sido juzgada y encontrada culpable de

la muerte de tu hijo y de tus vergonzosos padecimientos. Tu alma quedará limpia, pues no la matarás por mala pasión, sino por justicia. La sangre del inocente grita desde el Cielo, así que no eres una asesina, sino ejecutora de sentencias inapelables, la mano de más alto Juez».

Poco antes, yo había encontrado en la idea de envenenarla un fuerte motivo para seguir viviendo, pero a medida que mejoraba mi salud, la duda se inmiscuyó y a pesar del veneno que había juntado Rafaela, comencé a titubear.

Después de aquella conversación, me mostré triste aunque sin cólera, pero en cuanto entré en mi dormitorio Rafaela tuvo que traer varias bacinillas porque me atacaron terribles vómitos. Cuando terminé, agotada, me observé en el espejo y me asustó la expresión de mi rostro. Sentía la boca empastada con el amargor de la bilis, pero de alguna manera me puse en paz con lo que iba a hacer. Dormité, y al despertar le dije a Rafaela, que velaba: «Debemos ser cuidadosas». Ella rió con esa risa jocunda con que la he visto matar animales. «No irás a darme lecciones», se burló.

«Hay que hacerlo mientras el padre Thomas esté ausente —maquiné—. Temo que pueda darse cuenta. Y mejor sería si están fuera el boticario y el hermano Montenegro. Hay que sacar a mi padre de casa. No quiero que se sospeche de él». Por el matasanos que solían consultar cuando estaban ellos ausentes, me despreocupaba; era bruto en la materia.

Esa noche tramamos todo y no dejamos nada al azar, aunque el azar terminó por convertirse en cómplice, porque el padre Peschke viajó a la Candelaria, por las pampas del Ocompis, y el hermano Montenegro, de quien conseguí se llevara a mi padre de retiro espiritual, tuvo que ir a San Isidro.

Robamos el llavero de mi madre un día que salió de novenas, y en los arcones de su dormitorio encontré, cubierto por la ropa de cama, un botijo del licor de los frailes a medio consumir. Más abajo había otro sellado. Ocultándolo en mi guardainfante, retorné a mi pieza. Rafaela olisqueó el sello: era cera común, fácil de reponer. Del aro hurtó la réplica de las llaves que necesitábamos y yo devolví argolla y botijo a su lugar habitual.

Pero desistía yo nuevamente de mis intenciones cuando sucedió algo que determinó mi voluntad: fue que encontré a mi madre, mientras mi padre estaba en la casa de ejercicios, acostada con el maestre de campo: hablaban de asesinar a mi padre, y se exacerbó mi rencor cuando el ayudante de Lope de Soto se atrevió a sobresaltarnos, burlándose de nosotras. Me sentí insultada, furiosa, temerosa de mi pobre y afectuoso padre, y pedí al maestre de campo, a través de Maderos, que respetara mi hogar. Sabía que escucharía mi ruego, pues aunque estaba dispuesto a matar por mi madre, lo había oído reconocer que yo lo seducía.

Esperé que se cumplieran los cuarenta días para poder presentarme en la iglesia, y ese tiempo lo pasé mostrándome enfermiza, hasta que una noche fingí empeorar y no me senté a la mesa. Y durante el tiempo que duró la comida, en el brasero que habíamos llevado a mi dormitorio preparamos un cocido de mostaza mientras machacábamos en el almirez la sardonia con el vinagre hasta conseguir un elixir mortal. Al día siguiente, Rafaela disimuló los restos de la sardonia con los de la mostaza.

En cuanto a mí, me di por mejorada y visité el convento, saludando a la madre superiora, a mi querida hermana Sofronia y a todas las siervas y beatas. Se me llenó el corazón de congoja pensando en cuán distinta podría haber sido mi vida si se me hubiera permitido quedarme allí; mi niño estaría vivo, criado por aquellos buenos hortelanos, y yo a salvo de mi amargura.

Pedí pasar un tiempo con ellas, en retiro y trabajando en lo que fuera. Fui aceptada, pero antes de internarme, me dirigí a la habitación de mi madre y la miré a los ojos. Nunca lo había hecho; al principio porque temía su castigo, después, porque sus pupilas, tan negras, me daban escalofríos. Ella me observó, divertida ante mi atrevimiento. Entonces le dije: «Haría usted bien en dejar de beber a escondidas. Con tanta diligencia que pone en ocultar su vicio, un día se enfermará y nadie atinará a socorrerla».

La vi palidecer y su mirada se encendió como en relámpagos, pero había desaparecido de mi ánimo el temor que me paralizaba desde la infancia, porque ahora su vida estaba en mis manos, como antes la mía había estado en las suyas.

Abrió la boca y me lanzó una serie de frases que ni me preocupé en entender, y con desprecio, insistí: «Ese licor la llevará a la muerte, quizá no hoy, pero sí mañana». Luego me dirigí al monasterio, deseosa de encontrar paz para mi espíritu.

La hermana Sofronia estaba muy desmejorada; comprendí que apenas le quedaba vida y aprovechamos cuanto pudimos para estar juntas, ella enseñándome afiebradamente, yo deseando tener mayor entendimiento para atesorar cuanto me transmitía. A veces, en los descansos, me contaba anécdotas de mi niñez, cuando iba a catecismo, cuando me enseñaba latín, cosas que yo había olvidado. Hasta el día de hoy no sé si se había propuesto inventar mi memoria.

Una mañana vinieron a decirme que mi madre había muerto; regresé a casa y, con la excusa de quedarme a solas con el cuerpo, me encerré con llave. Había caído atravesada sobre la cama, la cabeza colgando hasta el suelo, el rostro distorsionado por una mueca sardónica, como si aun en la muerte se riera de mí. La mano, curvada como garra, se ceñía sobre el cuello del vestido, que había desgarrado en la desesperación por respirar. ¿O sería por el dolor? Me estremecí al comprender que debí estudiar, antes de proporcionar el veneno, la posibilidad de mezclarlo con otro bebedizo que amortiguara la crispación que hubiera podido dar, a un especialista en hierbas, indicios del mal.

Mandé por el médico y el juez, mientras una comedida se presentaba a preparar el cuerpo. Además de unas monedas, solía recompensarse el trabajo con ropa de la difunta. Ambrosía era una mujer enfermiza que a veces se prostituía por hambre; a ella entregué, entre varios, un vestido muy apreciado por mi madre, del color de la granada. La infeliz se parecía a doña Alda, y más de uno que en vida miró a ésta con lujuria satisfaría su antojo en ella. Después de todo, fue un acto de caridad y la pobre mujer me agradeció de sentimiento.

Cumplidos los trámites obligados, me dediqué a deshacerme de las cosas de mi madre, recuperando las mías, ya que por años me había despojado. Entre dos cortes de brocado, encontré un rollo de papeles que acreditaban su persona y su ascendencia, testamento, cesiones y legados.

Quemé varios de éstos: broma inicua sería que los que me mandaron al sacrificio se vieran recompensados por eso.

Otros me parecieron menos importantes y los dejé a un lado para estudiarlos mejor.

Finalmente, hice echar abajo el jardín de peonías. Me la recordaban demasiado…

OceanofPDF.com

14. De las hierbas de olor

«Uno de los objetivos más claramente identificados que cumplió el Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición a través de su Comisario de Córdoba del Tucumán fue el ejercicio de la censura».

Marcela Aspell

Las «lecturas prohibidas» en Córdoba del Tucumán - Siglos XVII-XVIII

OceanofPDF.com

Córdoba del Tucumán
Tiempo de Pascua
Otoño de 1702

Don Julián, que permanecía en el campo, recibió a fines de febrero una carta del prior de los mercedarios quien pedía —con consideración y circunloquios— noticias sobre lo sucedido a su esposa y al niño.

Obligado a alguna explicación, contestó que la joven había sufrido una caída desgraciada y que, preocupado por ella, la había mandado a reponerse junto a sus padres.

En respuesta, le llegó otra nota donde se lo invitaba a pasar por el convento cuando «bajara a Córdoba».

Sospechando que de alguna manera Sebastiana pudiese enemistarlo con los frailes, le mandó repetidos mensajes, en los que reclamaba su presencia en Santa Olalla.

Sebastiana, aunque no se negó, tampoco se apresuró en obedecerle, y para que no se viera mal su actitud, ordenó a Rafaela que preparara los baúles, quien lo hizo a desgano y tomándose tiempo.

—Deberías esperar para viajar —aconsejaba don Gualterio a su hija, pues no quería separarse de ella—. No estás del todo fuerte, y si me concedes unas semanas, tendré una sorpresa para ti.

La joven, creyendo que sería alguna joya —le había pedido unos pendientes de ópalo noble, que iban bien con sus ojos—, sonreía y, para detener a su marido en el campo, justificó su demora aduciendo la necesidad de poner en orden la herencia de su madre. Aquel señuelo lo mantendría aquietado.

Una tarde en que estaba dedicada a estudiar los libros de la hermana Sofronia, su padre la hizo llamar para que saludara al padre Cándido y a don Esteban.

Desde la última vez que se había visto con ella, en aquel mismo estudio, Becerra sólo había vuelto a la casa para la muerte de doña Alda, ocasión en que se encargó de don Gualterio con un cariño y una dedicación de hijo, ya fuera en el cuidado de su salud y comodidad, como en el de los trámites que debían seguirse, engorrosos y agotadores.

Sebastiana se presentó ante ellos, hizo una reverencia que a Becerra le recordó el día en que —después de muchos meses— la había visto frente a la Compañía, y saludó con gentileza a los visitantes.

Ella sirvió chocolate y pasteles. Sonriente y calma, los codos sobre los brazos del sillón, las manos entrelazadas a la altura de la barbilla, intervino apenas lo necesario para que se sintieran cómodos.

—¿Sabe lo que se dice, don Gualterio? —comenzó el mercedario—. Que se hará una inspección a las bibliotecas privadas… —aludiendo a que una de las preocupaciones del obispo Mercadillo al pisar Córdoba fue «el excesivo caudal de libros que circulaban», señalando al rey la necesidad de impedir la propagación de los que eran «contrarios a las buenas costumbres» y otros ítem.

Observando los libros del caballero, el padre Cándido le advirtió:

—Debería expurgarlos. Como perteneció a un marrano, vaya a saberse qué judiada de textos ocultos pueden haberse extraviado entre tanto papel. El obispo ha oído hablar de su librería y no la pasará por alto.

—Ya veré, ya veré… —dijo, desganado, el dueño de casa que ahora, sin el rigor de doña Alda para marcarle el ritmo, se encerraba en aquella habitación, dejando huir las horas en meditación, lecturas y ensayos sobre sus antepasados.

Becerra palmeó el cogote de Brutus, que jadeaba con la lengua afuera, pues le tenía cariño. Parecía recordar que fue él, por pedido de don Gualterio, quien lo había salvado de la matanza.

Sebastiana lo miró de reojo; se lo veía huraño y reservado. ¿Estaría pensando en su biblioteca? Porque también él tenía una magnífica colección

de libros, que eran su orgullo y solaz, tan celoso de ellos que, salvo al padre Thomas o a don Gualterio, no los prestaba a nadie.

Pensando en los de su padre, la joven comprendió que tendría que poner a salvo las obras de caballería e ingenio que eran el placer del anciano. «Quizá —pensó— debería separar algunos para las llamas, así nos dejan tranquilos». No arriesgaría el bienestar de su padre por unos libros que seguramente eran fáciles de disimular.

—Y usted, don Esteban, ¿qué hará con los suyos? —inquirió el sacerdote.

—¿Quién dice que tengo libros prohibidos? —repuso Becerra de malhumor.

—Bueno, usted sabe que la gente… a veces, por malquerencia…

Se refería, obviamente, a las delaciones, tan comunes, por enconos entre vecinos.

—Nadie que no sea yo meterá las manos en mi biblioteca —gruñó el otro, poniéndose de pie y caminando hasta la ventana, donde apartó la cortina y pareció estudiar la calle. Dolido por el distanciamiento con que lo trataba Sebastiana, manoteó la capa y levantó una mano a modo de despedida, enfilando hacia el corredor.

—Salgo temprano para Anisacate —se disculpó ante el reclamo de los otros, pero cambiando de idea, volvió atrás, tomó la mano de la joven y se la besó—. Espero que te guste el regalo de tu padre —le dijo, y después de eso, con el movimiento nervioso de acomodarse el chaquetón, dejó la casa apresuradamente.

Sebastiana, tan indiferente como si se hubiera retirado uno de los criados, tomó la bandeja que le traía Porita y sirvió a los ancianos el licor de mandarina que le compraba a las carmelitas.

—Don Esteban toma todo a cuento —se quejó el padre Cándido—; pero si le encuentran libros vedados…

—Amigo mío —murmuró Zúñiga tironeándose de la barba—, qué peligro habrá, si el mismo comisario está privado del seguimiento de la causa…

—No son los Oficios de acá los que preocupan, sino las decisiones que tomarán en Lima —le hizo ver el mercedario—. Que me dijo fray Valentín, uno de los Ladrón de Guevara, dominico, que además de estar prevista la quema de dichos textos, quien sea pillado con obras de mal ejemplo y herejías puede sufrir el perdimiento de todos los bienes, y según el caso, hasta de la vida…

Cada vez más nervioso —por las muchas lecturas que le daban placer y que quizá no fueran bien vistas por el inquisidor—, don Gualterio repasó mentalmente lo que sabía sobre las tan temidas prohibiciones.

—Ya recuerdo —hizo chasquear los dedos, aliviado—. Es ley de Felipe II… ¡y tiene casi ciento cincuenta años!

—Nunca oí que la cambiaran —contestó seráficamente el mercedario.

—Por Dios, esas cosas ya no suceden —los apaciguó Sebastiana—. Además, ¿qué libro de perdición podemos tener nosotros, o mi tío, que siempre ha sido tan observante? —y como el mercedario dudaba y su padre apretaba el ceño, propuso—: Para tranquilidad de todos, yo misma revisaré la librería de mi padre, por si, como dice usted, padre Cándido, hay alguna herejía encubierta.

Terminó recordándole a don Gualterio que el comisario y los revisores del Santo Oficio eran sus amigos de años.

Al otro día —después de apartar para ella algunos que le interesaron—, como encontró unos librotes en letras extrañas, otros en muy mal estado y uno o dos que parecían de alquimia, llamó al canónigo de la Catedral y ante él, en el último patio, los hizo quemar. Dio como excusa del descuido su condición de mujer ignorante al cuidado de un anciano que vivía en Babia, pero atenta al mandato de su obispo. Mientras el prelado, sentado bajo un duraznero en un gran sillón que le había hecho llevar, los pies sobre un escabel y con la cabeza cubierta bebía un tinto de Mendoza, ella lo entretuvo en amable conversación.

Luego, con la complicidad de Belarmina, mandó a las criadas con tía Mariquena, a orear colchones, y entre ambas resguardaron los textos de la vieja épica a la que tan afecto era don Gualterio: aquellos que hablan de odios y rencores, del culto sanguinario del desquite, de los compurgadores

juramentados y de la prenda tornada sin intervención de los jueces. Eran temas que no tenían cabida en las obras de eclesiásticos latinizantes y espirituales; eran historias que surgían de la barbarie germana y habían dormido por siglos en la memoria de los pueblos godos, encubriendo un deseo profundo que el cristianismo apenas había moderado. Sebastiana recordaba las veces que, sentada en la falda de su padre, él se las leía.

Con un suspiro, a ellos agregó los de amores de dioses y semidioses, los de quimeras, que mostraban criaturas de extraña naturaleza, en parte humanas, en parte peces, con torso de hombre y cuerpo de caballo, mujeres con cabelleras de serpientes y varones barbados erguidos sobre los cuartos traseros de un chivo mientras se llevaban a los labios instrumentos musicales. Tuvo que sumarles los que no consignaban el nombre del autor, ya que los libros anónimos estaban prohibidos.

Hecha la selección, los colocaron en un escondrijo practicado por un propietario anterior, ya fuera para ese fin, ya para defender sus caudales, y allí los dejaron a salvo de las llamas. Pasada la requisa, Belarmina volvería a acomodarlos, no demasiado a la vista, para que su dueño pudiera echar mano de ellos.

Cumplida la tarea, Sebastiana se dispuso a regresar con su esposo, pero dos días antes de la partida oyó que se detenía un carruaje frente a la casa y al asomarse por la ventana, vio una carroza pequeña, bien armada y bonitamente pintada. Más le extrañó cuando vio descender de ella a don Esteban, de capote y con cara de cansado. Don Gualterio, que se había acercado silenciosamente, posó con suavidad el brazo sobre los hombros de su hija.

—Es para ti. No quería que viajaras en carreta ahora que se acerca el invierno. Tu tío —señaló a Becerra, que se paseaba por la vereda, las manos a la espalda— te regala los caballos. Aquino tendrá que adiestrarte al menos otros cuatro.

Sebastiana, del brazo de su padre, salió a la vereda, agradeció a don Esteban, alabó debidamente el coche, les dio el gusto de subir a él mientras los sirvientes se amontonaban en las ventanas, en el zaguán, y los vecinos se acercaban, llenos de curiosidad, a observarlo.

—Pero ¿en dónde consiguieron un coche tan bonito? —preguntó, tocando el ramo de flores pintado sobre la portezuela.

—Lo compré a la viuda de un francés dedicado a la venta de esencias; el ramillete era su anuncio. Esteban supo que la mujer estaba rematando los bienes del difunto para regresar a su país, y se ofreció para traerlo desde San Luis hasta Córdoba.

Ella se volvió y apoyó la cabeza sobre el hombro del anciano, descansando en su brazo. «Mi tan bendito —suspiró para sí—; al menos sé que lo dejaré viviendo en paz, sin que lo maltrate nadie».

Tranquilizado al saber que su hija viajaría con comodidad, don Gualterio no tuvo más remedio que dejarla partir. Sebastiana encargó el espíritu de don Gualterio al padre Cándido y el cuerpo a Belarmina, derramó algunas lágrimas por la soledad en que dejaba al anciano y denegó el ofrecimiento de una escolta de peones de su tío, aunque después Becerra, furioso, se enteró de que había aceptado varios hombres armados a Lope de Soto, que al llegar de contener a los indios del Gran Chaco, se encontró, consternado, con la muerte de doña Alda, sin siquiera poder indagar sobre sus causas. Cuando se presentó a dar sus condolencias, Sebastiana y don Gualterio se excusaron de recibirlo amparándose en el duelo, en que no era de ellos amigo de intimidad, y mucho menos pariente. Se retiró, pero al otro día mandó una esquela para ambos, y una más breve aún a Sebastiana ofreciéndole escolta para el viaje. Ambas fueron aceptadas, la segunda a condición de que el maestre de campo se abstuviera de integrar la comitiva.

Antes de partir, la joven hizo tiempo para dar una recorrida por los cuartos, sintiendo que añoraría a su padre. «Quizá no demore en volver», reflexionó.

Daba una última mirada a su dormitorio cuando descubrió algo en el suelo; lo levantó, se lo metió en el bolsillo y luego cerró la puerta tras de sí.

Iba a despedirse de su padre cuando se encontró con don Marcio Núñez del Prado que contaba a don Gualterio que Esteban, despertado con la noticia de que funcionarios del Santo Oficio pretendían revisar su biblioteca, los había echado con cajas destempladas.

—Atendió medio desnudo a los funcionarios, les cerró la puerta en las narices diciéndoles que él mismo se encargaría de sus libros. Las mujeres trataron de calmarlo, pero él vociferaba que iba a levantar una pira tan alta que el mismo obispo saldría a mirarla.

Sebastiana pensó que, aparte de su malhumor, don Esteban no soportaba que otras entendederas hurgaran en las notas que gustaba escribirles al margen, ni que arruinaran algunos textos cubriendo con espesa tinta una frase, un párrafo, a veces una sola palabra. O que sus tan queridos libros pasaran de oficina en oficina, hasta recalar, probablemente, en un sótano de Lima.

—Hizo venir a los negros, les ordenó traer los cestos más grandes de la casa y comenzó un incendio al mismo frente de la Catedral, del Cabildo… ¡A menos de una cuadra de la casa del obispo!

»Eso sucedió temprano, y mientras los esclavos, riendo, llevaban leña, se tiraban los libros por la cabeza y corrían en círculos con las teas encendidas sin que su amo interviniera, salieron varios vecinos a inquirir sobre el escándalo. Y si unos, como ciudadanos renuentes a meterse en líos —explicaba don Marcio—, especialmente con un hombre como fray Manuel…

—Que se lo pasa excomulgando a diestra y siniestra —lo ayudó Sebastiana.

—… bien, que los más razonables se volvieron a sus casas y cerraron los postigos para no comprometerse ni con la mirada, pero otros se contagiaron de Esteban y comenzaron a traer sus libros para aumentar la hoguera. Y de pronto, ¡qué te diré, Gualterio!, que se formó un gentío que daba voces, unos indignados contra Su Ilustrísima, otros contra el humo y la hediondez, los funcionarios contra los que perturbaban la paz pública, las señoras contra los negros que brincaban sobre el fuego cada vez que decrecía. Y todo, mi amigo, a la vista de los administrativos que habían salido del Cabildo, de los funcionarios y tinterillos que llegaron después.

El mismo prelado había mandado a sus sirvientes a recoger algunos tomos sin que fueran dañados, para así poder formar cabeza de proceso contra don Esteban.

—No sé si será verdad, Gualterio, pero las malas lenguas dicen que fray Manuel tiene un comercio de libros en Charcas, y que lo que incauta en un lado lo vende en otro con gran contento.

—Sabrase si es verdad —dudó Zúñiga, pues muchas cosas se decían del obispo, algunas insultantes, otras picarescas, las más denigratorias, pocas comprobables.

—Esta vez lo meten preso a Esteban, a él y a sus criados; esta vez lo excomulgan… —y mirando a Sebastiana y a su padre dijo en tono de consternación—: Se lo advertí, ¿y saben ustedes qué me contestó? «Marcio, en esta ciudad no se es alguien si no se pasan unos meses del año en estado de excomunión». Y Saturnina, la pobre no puede con su asma, que le arremetió con fuerza, y el padre Thomas ausente, que sólo de él acepta medicina… Ya vendrán por ti, Gualterio, los señores comisarios, pues estaban en lo de Bustamante, a dos casas de acá…

—Padre —tranquilizó Sebastiana a don Gualterio—, tiéndales mesa y saque su vino de Madeira para cuando terminen el trabajo. Yo debo partir o llegaré muy tarde a Santa Olalla.

Los besó con afecto, pidió la bendición a su padre y, dando las últimas órdenes a Belarmina, se dirigió al portón del fondo, donde aguardaba el coche; Rafaela la esperaba dentro de él.

Salía la carroza por la entrada de mulas y llegaban por el frente los delegados del obispo dispuestos a hacer su trabajo; contaban con la buena índole del caballero y con todo el tiempo del mundo. No era cosa mala, además, que los Zúñiga tuvieran una de las mejores bodegas de la ciudad y mesa siempre tendida.

En la residencia episcopal, muchos ciudadanos se apretujaban a discutir sus cargos. El mitrado se plantó en que, si el rey no había contestado a sus denuncias, sería porque no le habían llegado las noticias o porque éstas habían naufragado. Volvería a escribir, pero como se encontraba en juego la salvación de las almas…

—¿Y las almas de los que viven en España no deben salvarse? —vociferó uno, y otro completó la idea:

—… pues allá no están prohibidos muchos de estos libros.

—¿O es que somos menores de edad, mujeres, aquejados de imbecilidad? —se exasperó otro.

Fray Manuel le salió al paso con movimientos iracundos, enrostrándole que era su deber intervenir en resguardo de tanto cristiano abandonado al vicio de lecturas inconvenientes. Y sanseacabó.

Cuando el coche de Sebastiana pasó frente a la Plaza Mayor, ya no se veía a don Esteban ni a sus negros, pero algunos vecinos husmeaban, curiosos, el contenido de cada canasto que traían los que, siguiendo el ejemplo de Becerra, alimentaban la hoguera que ardía pesadamente.

Diluidos en el tizne, iban el Guzmán de Alfarache, los Lazarillos, la Celestina, el Libro de las Ninfas, una Biblia con anotaciones extrañas, versos y comedias, el romance del conde Olinos…

Los corchetes revolvían los tomos abandonados en el suelo, en las bateas, mientras intentaban dilucidar, según unas listas interminables y complicadas, si tenían o no entre manos obras heréticas, heterodoxas, de mal ejercicio, de materias profanas y fabulosas, de historias fingidas, de lascivia, de brujerías y magia, de insurrección…

Las hojas ya ardían a desgano, y Becerra, a pesar de ser alcalde de primer voto, y sus amigos estaban encarcelados por promover el desorden y la confusión.

El coche de Sebastiana pasó entre el humo agazapado, del color de la borrasca, y el olor a cuero quemado y a telas encoladas la obligó a cubrirse la nariz.

—Hasta hace poco —dijo Rafaela—, achicharraban gente en vez de libros —y agregó en vascuence—: A ti te hubieran mandado a la hoguera si te pillaban con los libros que llevo en el canasto, bajo los chorizos. ¿Para qué los quieres? El único saber que no pueden quitarte es el que guardas en la memoria. El papel se quema con el fuego, la sabandija lo roe, el tiempo lo vuelve polvo, el agua lo deshace y la mano rapaz del hombre se lo adueña. Pero nadie, nadie, podrá encarcelarte por algo que no es posible ver ni tocar… siempre que seas capaz de cerrar la boca y no envanecerte de tu ciencia.

Sebastiana no contestó: estaba mirando la silueta del obispo, detrás de los vidrios de la puerta ventana del balcón de su oratorio, el más hermoso de la ciudad. El doctor Mercadillo se perfilaba como una figura borrosa que —se le ocurrió a ella— maquinaba el desquite al desafuero de los rebeldes, si no estaba ya dictando a don Dalmacio de Baracaldo las órdenes de excomunión. En un momento, Sebastiana creyó vislumbrar una sombra pequeña y oscura sobre su hombro. ¿Sería el rostro de la mulata que decían era su consentida, o simplemente la sombra del cortinado?

Mientras dejaba atrás la hoguera, la joven se estremeció con la turbadora evocación de haber sido ella, en otra lejana vida, entregada al martirio del fuego.

Iba a cerrar las cortinillas del coche cuando una lluvia de pequeños recortes ennegrecidos comenzó a caer sobre la ciudad.

Cuando el padre Thomas regresó a Córdoba, se sorprendió ante la muerte de doña Alda y fue a hablar con el médico laico. No quedó satisfecho con el informe, pero toda muerte de una persona sana que no ha llegado a la senectud debe causar el mismo estupor, se dijo, recordando además que preocupaba a médicos y juristas la cantidad de muertes súbitas que se daban en Córdoba. Siempre había pensado que era por los bruscos cambios de temperatura y por los vientos que martirizaban durante algunos meses del año, que traían descomposturas y molestias, especialmente a los que tenían deficiencias cardíacas.

De todos modos, sorprendiéndose a sí mismo, preguntó dónde estaba doña Sebastiana ese día. Internada en las Catalinas, le dijeron, y él respiró aliviado.

Visitó al viudo —empeñado en tramitar su ingreso a la Orden de la Merced— y, aunque trataron el tema, el sacerdote sólo descubrió el alivio del anciano, que ni soñaba en hacerse preguntas sobre la muerte de su esposa, agradeciendo ciegamente los dones del cielo.

El médico, pensando en que por fin podría visitar el famoso jardín que la señora había guardado tan celosamente, pidió ver las plantas de peonías.

—¿No lo sabe usted? —dijo don Gualterio—. Mi Sebastiana, en señal de duelo, lo echó por tierra. Ha plantado hierbas de olor y lirios para la Virgen…

El sacerdote volvió a su botica, buscó las cuadernas de hierbas medicinales y les adjuntó las que había recolectado en el valle de Paravachasca. Con el entrecejo fruncido, mojó la pluma y por unos minutos quedó abstraído en el pensamiento del cruce de Saturno en el mapa del hermano astrónomo. Se preguntó si los horóscopos serían tan inútiles como la ciencia había comenzado a sostener.

En algún lugar de la botica se oyó un portazo y entonces, fascinado, vio algo parecido a una mariposa que volaba muy lentamente y caía —desde las vigas del techo— sobre su mano. Tomó la lupa y, con asombro que se tornó desánimo, vio que era una hojuela de papel quemado que se deshizo al soplo de su respiración.

Por meses, con cada golpe de brisa que removía el polvillo asentado en los resquicios de los techos, seguirían lloviendo sobre la ciudad cientos de testigos ingrávidos de la porfía del obispo y de la ofuscación de los ciudadanos.

OceanofPDF.com

15. De sombras y de honras

«… se indaga si la fascinación se puede realizar por otro medio que no sea por la vista; debe decirse que no, pues la fascinación como todos comúnmente la explican no es otra cosa que el exterminio hecho por el hombre al hombre por la vista…».

Diego Álvarez Chanca

Tractatus de Fascinatione. Traducción de Julieta M. Consigli y Estela M. Astrada

OceanofPDF.com

Santa Olalla
Tiempo de Pascua
Otoño de 1702

Don Julián vivía en las ruinas de su casa paterna, donde mantenía a Eleuteria. Allí era feliz; amaba a la mujer, una india mayor que él, tranquila y bondadosa. Ella lo dejaba en paz con sus vicios, considerándolos inherentes a la condición de varón; él, por su parte, no tenía otra cosa que cariño, rudo y profundo, hacia ella y los hijos —aun los deformes— que concibieran juntos.

Sebastiana llegó a Santa Olalla una de esas tardes en que don Julián estaba ausente.

Cuando Aquino regresó del campo, se acercó a darle la bienvenida y se alegró de encontrarla en salud y con el ánimo firme, lejos de la chiquilla desdichada que había visto poco antes de su boda, mucho más de la desconsolada jovencita que había salido de Santa Olalla el día de San Pedro Nolasco hacia su casa en la ciudad.

Ella lo saludó con un afecto distante, pero a poco, mientras él la instruía en lo que había pasado durante su ausencia, la joven, como emergiendo de alguna profundidad interior, musitó sin mirarlo:

—¿Qué sería de Santa Olalla y de mí sin usted, Aquino?

El mayordomo sintió que enrojecía y un momento después pidió permiso para retirarse. Esa noche hizo sus plegarias arrodillado sobre granos de sal. No sólo su corazón había dado un salto; también su espíritu se había echado a temblar en el momento en que sus ojos, durante

segundos, se habían encontrado. A veces miraba atrás y pensaba qué hubiera sido de él de no haber escuchado al padre Cándido.

Su familia materna dependía, en carácter servil, de los Ordóñez de Arce, aunque sólo él los había seguido desde Asturias hasta el Tucumán, impelidos por algún hecho que las ramas mayores consiguieron cubrir con una pincelada de discreción para que pudieran entrar en el Nuevo Mundo. Tenían en esta parte del Virreinato pariente de sangre que los acogiera, y no era persona inferior: el que allá por 1651 había sido alcalde ordinario de la ciudad, el capitán Luis Ordóñez, anciano para cuando llegaron.

Aquino, que quería ser religioso y había ahorrado para ello, recién pudo seguir su vocación cuando murió su padre, don Jerónimo Ordóñez de Arce. Por ser hermano bastardo de Julián, se había beneficiado —con más provecho que él— de los estudios deparados a éste en España, y había sorbido fácilmente latines, gramática, ética, matemática y teología. Nunca hablaba de ello, porque le parecía que era ufanarse de bienes adquiridos furtivamente; tampoco conversaba con gente de estudios, no deseando pasar por engreído. Su arcón de viaje, que traía muy poca ropa, pesaba, sin embargo, en libros.

Cumplió el anhelo de acogerse a la Merced; le satisfizo ver cómo lo iban pasando de un profesor a otro y la sorpresa que provocaba su erudición. Soñaba con entrar en la Universidad de los dominicos —que llevaba el nombre de su santo, Tomás de Aquino—, que el obispo Mercadillo sostenía contra los jesuitas mediante un litigio que se volvería legendario. Fray Rafael Luján de Medina, prior de Santo Domingo y también rector de la novísima casa de estudios, le había aconsejado graduarse de bachiller, para luego seguir una licenciatura, una maestría de artes o, quién sabe, hasta un doctorado en teología, como fray Valentín Ladrón de Guevara.

De aquel limbo lo sacó el padre Cándido al decirle que su medio hermano iba a casarse y que él debía volver al campo.

—¿Es que en América, y en el 1700, todavía estamos en la gleba? —se irritó.

El sacerdote puso la mano sobre el puño de él y le contó los arreglos para casar a la hija de Zúñiga con don Julián.

—No es por él que te lo pido; es por esa criatura. Es demasiado joven, demasiado… ¿la conoces?

—Vuestra paternidad, a mí no se me invita a los salones —se burló del cura.

—Mírala en misa este domingo. Despertará tu compasión.

Y así fue. La desesperación de la mirada gris y ámbar de la muchacha fue más de lo que pudo resistir. Y con una ojeada de campesino que sabe cuál hembra de la manada ha sido fecundada, comprendió que estaba encinta, y no era razonable pensar que el feo y desagradable Julián la hubiera tentado.

En segundos, la vida de Aquino, seducido por aquellos ojos, cambió de rumbo. Dejó el convento y se apareció en Santa Olalla con los mandamientos de mayordomo.

Una semana después salió a recibir al matrimonio a la entrada de la quinta; el padre Cándido los acompañaba. La joven parecía enferma.

—Sebastiana —el mercedario seguía tratándola como en la niñez—, éste es Aquino. Casi tan sabio como su homónimo y así gustoso de la teología. Él dirigirá la propiedad; puedo asegurarte que no hay mejor administrador en las haciendas que conozco. Aquino, ella será tu ama. Sé que apreciará tus oficios.

Don Julián aclaró:

—Mi hermano sólo será el mayordomo, porque el administrador, como lo dispuso la familia, soy yo —y riendo groseramente, se volvió hacia su esposa—: Ya ves, Aquino ha dejado el convento en cuanto se enteró de mi suerte. Pero, buena esposa, no esperes de él amores, porque es más casto que capón.

La joven se ruborizó y Aquino dio gracias al color del sol que le atezaba el rostro. El padre Cándido reprendió a Ordóñez, dijo dos o tres tonterías y se quedó unos días por Santa Olalla. Había aconsejado a don Julián que no hiciera vida marital con la joven hasta después que naciera el niño, pues su salud no era buena, instándolo a dormir en una pieza contigua.

El mayordomo tomó la costumbre de consultar a la joven; ella recelaba de él, pero con el tiempo y los informes de los criados, terminó por comprender que tenía un aliado y hasta un discreto guardián, pues era el único que podía imponerse a Ordóñez cuando éste se encontraba ebrio.

Aquino era feliz trabajando para Sebastiana. Después de un día de labor, recién aseado, le gustaba unirse a los criados que la acompañaban en las oraciones del atardecer.

Era un secreto a voces que estaba grávida de otro, y hablaba de la lealtad de sus dependientes que no lo sospecharan en el poblado, pues era común que se concertaran matrimonios tan desparejos.

Sorprendió a Aquino que la joven anduviera con libros, que inquiriera sobre hierbas y remedios, anotando todo en un cuaderno; eso la hizo aun más especial a sus ojos. Enamorado de ella, y siendo que por desprecio a su origen los reclamos del cuerpo le repugnaban, Sebastiana no corría peligro de ser seducida, pues era abstinente por determinación. Si sus energías de varón protestaban, las domaba con el trabajo, y si persistían, con el cilicio.

Veía en doña Sebastiana una historia común a la de su madre; ambas habían sido corrompidas muy jóvenes, y siendo mujeres, la naturaleza las había marcado con la preñez. La madre de Aquino fue entregada en casamiento a un hombre sin vicios, pero cruel, y se la separó del hijo, que se crió en la casa grande, entre la servidumbre y los señores; pese a la distancia social que mediaba entre ambas, a doña Sebastiana le habían impuesto un destino semejante. Creyó entender que, a través de su caída, ella rechazaba el trato carnal tanto como él, pues no descubrió en su actitud el más leve indicio de vanidad o ligereza. A despecho de su desgraciado matrimonio, se mantenía en un aura de paz. Bien la había observado en oración, o en el pequeño jardín, embebida en la confección del ajuar de su hijo. La había visto de rodillas y despeinada, cuidando de sus especias, defendiendo de las hormigas los rosales de la Virgen, dando de comer a los pájaros…

Sin saber por qué, se sentía el custodio de la madre y de la criatura, otro San José predestinado a amar y cuidar a una mujer que no conocería carnalmente, a un hijo que no era de su sangre. Después de la muerte del

pequeño, no sólo don Julián recibió sus azotes; él mismo, para sujetar el ansia asesina, tuvo que flagelarse por semanas. Hubiera deseado decirle que la libraría de aquel bruto, pero eso sería involucrarla en su pecado, y él la quería inocente. Mataría por ella y por el niño malogrado, mataría por haber fallado en su misión de custodio. Y además, mataría porque no quería que su hermano la volviera a avasallar para hacerle un hijo defectuoso. Años hacía que veía nacer Ordóñez taimados y contrahechos, con una especie de confusión mental que los arrojaba a existencias viciosas y desordenadas, pues muchas taras les venían de la sangre gastada. Las mujeres Ordóñez habían hecho matrimonios adecuados, por ser españolas y de buen linaje, pero los varones habían muerto en peleas, accidentes o de enfermedades vergonzosas. Él no podía soportar la idea de que a ella le pesara de por vida un retoño de semejante estirpe, concebido por la fuerza, de un hombre al que detestaba.

Cinco meses después del mal parto, a su regreso, con sólo verla sentada en la sala, erguida y con las manos apretadas sobre la falda, el mayordomo supo que otros vientos correrían por la casa. Luego se enteró de que la joven había mandado por el herrero para reforzar trabas y cerraduras de su dormitorio y, cumplido esto, las cosas de don Julián fueron a dar a la planta baja, en una pieza de domésticos.

Cuando éste se enteró de la vuelta de su esposa, llegó una noche dispuesto a ocupar su lugar en el lecho. Encontró la puerta del dormitorio con cerrojos y dio de cara en la madera. Después de patear y aporrear, bajó rugiendo, hizo muchos destrozos y regresó con Eleuteria.

Una semana más tarde, encontró a Sebastiana en el pequeño jardín, sentada en el banco de piedra. El suelo, donde había derramado alpiste, estaba lleno de pájaros que se desbandaron ante su aparición.

—¿Que novedaz ez ezta, doña Copete, de llavear mi dorzmitorio? —increpó a su esposa con el ceceo que acentuaba la bebida.

—Es que mi dormitorio ya no es el suyo —repuso ella—. El suyo está en la planta baja.

—¿Dezde cuándo? No recuerzdo haberz dado mis conzentimiendo.

—Es una decisión que he tomado yo sola.

—¿Acazo eze jezuita de merzda dize que aún no podezmo tenerz trato?

—No, señor, el padre Thomas no me ha aconsejado nada parecido.

—¿Y entonzez? ¿A qué ze debe ezo de andarz ponienzo trabaz a miz derechoz?

—A que no deseo compartir mi cama con ningún hombre, especialmente con uno tan sucio y maloliente como usted, que podría contagiarme de alguna mala enfermedad.

—Pezo, pezo… ¿qué ze ha creízdo uzté…?

—No se me acerque —lo detuvo ella—. Y a partir de hoy, el mayordomo me rendirá cuentas a mí, que soy quien le paga el salario; ya veré de dar a usted una pensión de acuerdo con sus méritos.

—Eze no ez el trato que fi… fize con zu mazdre. Ademáz, nunca me enztregó el mez… meztálico.

—Mi madre está muerta, y eso no figura en la dote. Ya sabe lo que dicen de las palabras: que se las lleva el viento o se entierran con el muerto.

—Me quejaré ante el juez —amenazó Ordóñez, recuperándose de la borrachera. Dio un paso adelante y ella dejó la labor y se puso de pie.

—Pues le aviso que he denunciado a la Curia su mancebía v sus bastardos; presentaré testigos y veré si no consigo echar a todos ustedes de estos lados, si es que a su india no la llevan a los fuertes y reparten sus hijos como sirvientes. Diré, y el médico me respaldará, que usted me hizo perder de propósito mi hijo, con la intención de matarnos para traer a mi casa a esa mujer. No costará que me crean, pues ha hecho usted tal ostentación de sus faltas, que en cuanto comience el trámite, no habrá vecino que niegue lo sabido. Y además, señor, usted no tiene un cobre. Y si le queda un rayo de inteligencia en la cabeza, debe saber que hay pocas cosas que el dinero, que yo poseo, no termine por comprar.

Sebastiana dio por concluida la conversación, pero él se le echó encima, intentando levantarle las faldas, para lanzar de inmediato un grito y, doblado en dos, retroceder llevándose las manos a la cintura.

—Me ha pinchado… —murmuró, atónito, mirando la sangre que le manchaba los dedos.

Doña Sebastiana, armada con un fino y largo puñal, lo miraba imperturbable.

Él llamó por ayuda y la joven se sonrió.

—Pida usted socorro, que mi gente se lo facilitará con gusto —lo amenazó, burlona.

Aturdido, don Julián retrocedió sin darle la espalda y desde lejos le amagó con el puño:

—Ya nos veremos, perra vascona.

Pero se mantuvo ausente un tiempo, recuperándose de la herida y quizá temiendo las acechanzas de los criados.

Por la curandera del lugar, que solía llegarse a venderles yerbas medicinales, a disfrutar de compañía y a pedigüeñear, la joven se enteró de que se reponía bien.

La mujer, junto a los fogones, mientras compartía el mate y unos pasteles dulces que Dolores, con el respeto debido a su ciencia, y Rafaela, con menos respeto pero más curiosidad, le convidaron, comentó que Eleuteria estaba preocupada por unos sueños que había tenido.

—Fieros los sueños, hay que ver —dijo encorvándose, las manos retorcidas abarcando el mate para tomar calor de él.

—¿Será porque va a venir la gente del bispo a castigar a don Julián? —tanteó Dolores.

La vieja encogió los hombros, arañando la pañoleta raída que le ocultaba la garganta; decían que tenía un agujero que su madre, siendo muchachita, le había hecho con una pluma de gallina para salvarla del garrotillo, que le impedía respirar.

Al atardecer se volvió al rancho cargada de dádivas. Sebastiana le dio una bolsa de ropa de abrigo y algo de dinero; en las cocinas, el cesto en que había traído los yuyos fue llenado de huevos, queso, pan; colgando del hombro, atadas por las patas, dos gallinas gordas, ponedoras, cloqueaban con inquietud. Eleuteria le había pedido que averiguara algo, pero las «comadres» no habían soltado prenda.

Mientras se perdía por el valle, pensó en Rafaela, que también tenía su fama, sin que se supiese si era «un alma de Dios» o si poseía el dominio de

la brujería. Mucha gente le esquivaba la mirada, diciéndose que el mal de ojo era cosa de cuidado, pero ella no le tenía miedo.

Cuando llegó a lo que quedaba de la casa de los Ordóñez, tomó unos mates con Eleuteria, le contó lo poco que había averiguado y a pedido de la india fue a buscar a don Julián, que estaba recogiendo leña en el monte.

—Lo van a prender, don Ordóñez —le advirtió—. Así dicen por Alta Gracia. ¿Por qué no le hace caso a Eleuteria y se van para el sur, donde no haya bispo?

Después de un hachazo en falso, don Julián volvió a acomodar el leño.

—Que la Eleuteria se deje de joder; no me iré hasta que consiga lo que me adeudan los Zúñiga —se empecinó él—. No me han entregado ni la mitad de lo que prometieron.

La curandera dio media vuelta y fue a decirle a su amiga que el hombre no pensaba en irse, así que aguantara lo que se les venía encima.

Llegado el día en que se pagaban sueldos, se presentó don Julián a tomar lo que doña Alda había dispuesto para él y que Aquino nunca le había negado. La satisfacción se le acabó cuando, al entrar en el despacho, no encontró a su hermano, sino a su esposa, con la bolsa de monedas, las listas de los peones y muy en tesorera.

Rafaela, sentada en el suelo, afilaba con tranquilidad un gran cuchillo de desollar. Dolores, Carmela y otras criadas estaban más atrás, armadas con azuelas y horquillas de hierro. Sebastiana se negó a entregarle dinero.

—… He pedido a la Merced que me recomiende otro administrador, que seguramente no dejará de ver que usted usa mi dinero para mantener a esa mujer —le advirtió ella—. Y sépase que pueden encarcelarlo por eso.

Furioso, Ordóñez dio un paso con el puño levantado, pero Rafaela le clavó los ojos grandes y aguachentos. Don Julián se cubrió rápidamente la vista, hurtando el rostro, pues le temía a su mirada y a su fama de bruja.

Se retiró a los tumbos, entre juramentos obscenos que no inmutaron a Sebastiana, y desde afuera la oyó decir con toda tranquilidad:

—Que pasen los hacheros primero, Dolores, que han de estar cansados.

Sin entender todavía qué había sucedido, don Julián se perdió, a los tropezones, en el monte.

Aquino, que había decidido postergar la muerte de don Julián hasta saber si, efectivamente, alguien aparecería a disciplinar al libertino, se sobresaltó una mañana cuando llegó Carmela, corriendo a través del campo y llamándolo a gritos.

—¿Qué pasa?

—Que don Julián se bajó los pantalones y… y… ensució la tumba del angelito.

El mayordomo apostrofó y con el machete en la mano corrió a la casa rogando encontrar a su medio hermano para partirlo en dos. Pero Ordóñez había desaparecido.

Encontró a la joven en la huerta; en cuatro patas, desmelenada y gimiendo como un animal, arrancaba con furia las plantas de acónito.

—Doña Sebastiana… —se le acercó a tiempo que clavaba el machete en tierra. Si hubiera tenido dudas sobre las intenciones de la joven al desenterrar los tubérculos venenosos, la expresión que le mostró al mirarlo se lo hubiera dicho; su razón le pareció tan quebradiza que temió ver cómo se desintegraba ante sus ojos—. Deje usted eso; se lastimará los dedos —le dijo a media voz—. Lo que haya que hacer —se acuclilló a su lado—, lo haré yo por usted.

El rostro de ella fue un muestrario de dudas, de preguntas y emociones. Él le quitó de las manos el rizoma enlodado, sacó el pañuelo del refajo y le limpió los dedos.

—De ninguna manera debe ensuciarse las manos —murmuró, ayudándola a ponerse de pie. Sebastiana, todavía extraviada, retrocedió contra el muro de la huerta. De repente se dobló en una arcada, seca y terrible, y apenas si pudo mantenerse sobre sus piernas.

Él se adelantó, pero ella extendió un brazo para mantenerlo a distancia. Carmela y Dolores se precipitaron a ayudarla y él se hizo atrás, sin sentirse

ofendido; así la quería: amada pero distante, sólo sentimientos y sobreentendidos entre ellos. Cómplice, pero inocente.

Cuando las mujeres la llevaban hacia los patios interiores, ella se volvió y le dijo:

—Manténgalo lejos de mí, Aquino, porque ya no gobierno mis acciones.

Aquino se dirigió a la parte más lejana del campo, donde tenía a Rosendo trabajando para que no se encontrara con Ordóñez.

—Voy a matar a Julián —le dijo—. ¿Aún quieres ayudarme?

—Aunque pierda mi alma —respondió Rosendo.

—No blasfemes; sólo te necesito para enterrar el cuerpo. Esperaremos unos días, pues he de pensarlo bien; la cuestión es que el rey no nos coja, y que nadie pueda decir nada de doña Sebastiana. No deben quedar sombras sobre su honra.

Aquella tarde la señora, después de los rezos, le hizo señas para que se quedara. Cuando todos salieron del oratorio, ella demoró unos segundos en ponerse de pie.

—Aquino —levantó la mirada hacia él—, por la grande confianza que le tengo, necesito que usted haga algo por mí. —Vaciló un instante y, cruzando las manos sobre el pecho, suspiró, nerviosa—: Si mi pedido le molesta, sólo tiene que decírmelo; yo entenderé.

Seguida por él se dirigió al pequeño jardín quitándose la mantilla de la cabeza. Carmela, que encendía los faroles de la galería superior, los observó conversar un largo rato. Por primera vez vio al mayordomo, ante la insistencia de la señora, sentarse en su presencia y al lado mismo de ella, en el banco de piedra. Le pareció muy raro.

Más extrañada hubiera quedado de oír lo que la señora tenía que pedirle al mayordomo.

OceanofPDF.com

De las confesiones

OceanofPDF.com

… Muerta mi madre, no era mi menor preocupación el crear alrededor de mi padre la paz que le es tan necesaria, y en eso andaba cuando murió sor Sofronia, que me había dejado unos libros en guarda.

Una noche, al acostarme, llevé los libros al lecho para examinarlos. Eran varios tomos de medicina de Dioscórides Anazarbeo, un estudioso del siglo I.

La sorpresa estaba en los últimos tomos, los que mi maestra me había conminado a destruir. Uno era el Libro VI de Anazarbeo cuyo título se completaba así: Acerca de los venenos mortíferos, y de las fieras que arrojan de sí ponzoña, traduzido de la lengua griega en la vulgar castellana, e illustrado con succintas annotaciones, por el Doctor Andrés de Laguna, Médico de Iulio III, Pont. Max. Estas indicaciones estaban en el interior, puesto que en la tapa alguien había borrado esas palabras con lejía.

El otro libro era una obra anterior escrita por un médico protegido de Mitrídates, rey del Ponto, encargado de sentencias que debían permanecer ignoradas. A través de sus escritos descubrí un científico frío e impiadoso, de prosa poética cuando de describir los efectos letales se trataba, capaz de crímenes estremecedores a la hora de investigar el tósigo y sus probables antídotos.

Observé ambos tomos, dándolos vuelta entre mis manos. El libro de los venenos… No podía creer que allí estuviera contenida la sabiduría de matar sin usar la fuerza o la violencia, que no están en mi carácter ni en mi cuerpo, más bien pequeño y ahora adelgazado.

Y con el pensamiento en don Julián, no quise reflexionar sobre la imposición de mi maestra.

Poco después tuve que salvar del Santo Oficio los libros que deleitan a mi padre y recordé, mientras los separaba, mi niñez, cuando me sentaba en sus rodillas, yo recostada sobre su pecho, a medias adormecida por el perfume a mirra del pebetero, y él que me leía:

… Po'l camín de los Acebos
cinco ríos de sangre van,
onde se juntan los ríos hacen un brazo de mar;
caballo del conde Olinos
recelaba de pasar.
Pasa, mi caballo, pasa,
no receles de pasar,
de muchas ya me has sacado,
de ésta no me has de dejar…

Aparté los recuerdos con dolor y, ayudada por Belarmina, examiné íntegramente la biblioteca.

A veces sucede que penetramos en un círculo donde todo se vuelve una sola trama, y eso sentí al encontrar el Libro de San Cipriano y Santa Justina, del que tanto hablaba Rafaela. Bajo una inquietante alegoría, decía: «Benedicamvs Domino Jones Svfurino». La fecha era de 1510.

Temiendo que algún desvelado tomara nota de la luz que filtraban los postigos, ordené a Belarmina que protegiera las ventanas con el terciopelo negro que usamos para velar a mi madre. Me lancé luego a hurgar con más empeño, porque una cosa es que encuentren libros de caballería o de fábula, y otra muy diferente que nos hallen con obras de agorería. Di con un Pócimas y filtros de amor, que reservé para mí, y otro que hablaba sobre la piedra filosofal, que separé para las llamas, aunque conservé el siguiente: Recetas y Secretos Mágicos, o la rama de la Magia Roja. Aquellos estantes parecían no darnos respiro: encontré el Tractatus de

Fascinatione de Diego Álvarez Chanca, que, según anunciaba el frontispicio, había sido físico y cronista de Colón y médico de sus Majestades Católicas y después de su hija Juana, llamada la Loca. No pude resistirme a leer las primeras palabras del autor: «Interrogado muchas veces sobre la fascinación, guardé silencio ilustrado por Sócrates, quien señala: 'Podrás hablar con propiedad sólo si dices aquello que sabes muy bien…'», y me pareció escuchar en tan sabia sentencia a mi perdida maestra. También lo preservé, y por fin di con uno que pareció quemarme los dedos: Del Tratado de lo Oculto; era de magia negra y temiendo que el canónigo de la Catedral o el comisario del Santo Oficio supieran que había estado en mi casa, lo agregué a los que pensaba llevarme.

Esa noche tuve una rara sensación: intuí que llevada a cabo la sentencia sobre mi madre, fuerzas imponderables se habían conjurado, indicándome el medio con el que podía protegerme de mis verdugos. No creía que fueran entes infernales: los libros de la cripta me habían sido entregados por una religiosa, aunque con el recaudo de sus consejos, y los otros los hallé porque un sacerdote había advertido a mi padre de la requisa que se llevaría a cabo. Uno y otro hecho me sugirieron un nimbo misterioso que, encerrando mi destino, determinaría mi futuro: cuando no existe justicia, es necesario crearla, porque de Dios para abajo, el que peca debe pagarlo, así en la Tierra como en el Cielo…

Luego hice quemar ante el canónigo las que había separado para tal fin y habiéndole sonsacado la fecha en que los señores revisores saldrían, por orden del comisario, a expurgar librerías, decidí regresar a Santa Olalla.

Cuando se armó en la ciudad el gran revuelo en que excomulgaron a don Esteban, en verdad me pareció gracioso que mientras él se desprendía de tanta lectura sana, yo me adueñaba de tratados que hablaban de venenos y hechizos, y comprendí que sólo basta una brecha en nuestra voluntad para que cualquier libro se vuelva grimorio.

Recuerdo que fue entonces, en todo aquel mover y trasladar libros y papeles, que extravié parte de los documentos de mi madre. No quería yo que los ojos de mis enemigos posaran la vista sobre ellos, pero considerando que nadie de la casa, salvo mi padre, sabía leer, no me

preocupé mucho. Seguramente habían ido a dar a la basura o al fuego, pues el papel escasea en esta ciudad.

Antes de dejar la casa, di una recorrida final, y fue como si alguien me guiara; no es sensato dejar ninguna prueba, por minúscula que ésta sea, detrás de nosotros, y en mi dormitorio encontré una flor de la sardonia que había matado a mi madre. Debió caer del fondo del canasto y aunque reseca, era testimonio relevante para cualquier conocedor. La recogí y muy luego la guardé en el libro de Kratevas, el envenenador, que es donde merecía estar.

OceanofPDF.com

16. Del muñeco en las brasas

«Son representaciones hechas de trapo, con restos de vestimenta y cabellos de las personas a quien se les quiere hacer daño, que los hechiceros usan con ese propósito… en la figurilla y en las ceremonias que con ella se practican, el embrujador se exalta para obrar a distancia sobre su víctima».

Félix Coluccio

Diccionario de creencias y supersticiones

OceanofPDF.com

Santa Olalla
Después de Pentecostés
Invierno de 1702

El cura que ocupaba la capilla de los Ordóñez salió a buscar agua. Revuelto el pelo, sucio el hábito de comida vieja, lucía los ojos rojos y la nariz colorada del ebrio. Se sobresaltó al encontrarse de manos a boca con dos hombres —un español y un indio—, y algo en ellos lo alarmó. Quiso cerrar la puerta de la sacristía, pero el español calzó el rebenque entre la jamba y la hoja.

La borrachera no le prestó ingenio para huir y allí quedó, expectante y temeroso, aunque seguro de la inmunidad de su ministerio.

—Padre Balboa —se descubrió el español.

—¿Qué me quiere? —replicó, encocorado, sosteniéndose de la puerta.

—Traigo un recado de mi hermano Julián.

—¿Y qué se le antoja agora; que le cristiane otro crío? —contestó agriamente—. Ni siquiera me ha pagado el último sacramento.

—Entremos —se impuso Aquino—, para mejor hablar de estas cosas.

La conversación fue breve y casi como de oficio. Aquino preguntó si tenía las actas de bautismo de los hijos naturales de don Julián y si sabía algo de su testamento pues éste no recordaba a quién lo había entregado en guarda.

El cura contestó que él había bautizado a los hijos de don Julián Ordóñez en legítimo matrimonio con Eleuteria Chancaní. Aquino, exasperado, afirmó que Ordóñez no podía haber desposado a aquella mujer,

pues estaba casada con Benedicto Cofrú, también indio, hijo de crianza de los Iriarte.

El cura protestó que él mismo casó a don Julián con Eleuteria, y ante la exigencia del mayordomo de que mostrara las actas, aseguró, asombrado de haber tenido tan sólida idea, que él no debía dar explicaciones ni mostrar papeles más que a los interesados y a su obispo. Aquino lo miró largamente.

—Es posible que eso suceda para su inconveniencia —le advirtió—, pues ha sido de público dominio que Julián iba a casarse con doña Sebastiana de Zúñiga. Y por lo visto, usted ocultó el estado de mi hermano. No creo que monseñor lo apruebe, sin contar que la ley secular tendrá que decir algo al respecto. Eleuteria es casada y usted bien sabe que Julián la robó a su marido, que viéndola contenta y sabiendo que mi hermano era capaz de asesinarlo, prefirió huir. Pero fugitivo no es lo mismo que muerto, señor cura —y dejando pesar una pausa, volvió a preguntar—: ¿No cambiará de idea vuestra merced?

Algún peligro sospechó el otro, pero el temor a ser juzgado por su superior pudo más.

—Ella, la mujer esa, enviudó hace dos años y yo los casé. Nunca supe que don Julián estuviera por hacer otro matrimonio. Que alguien pruebe que aquí llegaron las amonestaciones —insistió al ver que Aquino recostaba el hombro sobre la puerta—. Ni cambiaré mi decir, ni le mostraré a usted los libros, ni explicaré nada ni le presentaré el testamento a usted —y parpadeando, pareció mirar hacia el pasado y regresó de él apoyando con dureza el índice en el pecho del otro—. Ahora te recuerdo: eres el ilegítimo de don Jerónimo. Tu padre te reconoció tarde y no te atreviste a pedir ni una fanega de puño, así que quedaste sólo en menestral. Ya me quejaré a Julián de tus modos y te denunciaré por meterte en su vida con engaños y artimañas.

—¡Ah! —sonrió Aquino fríamente—. Pues tendrá que apurarse, porque a Julián se lo llevarán los lobos.

—¿Lobos, lobos? ¿Qué… qué…? —tartajeó el cura—. No hay lobos en estas putas Américas, hasta donde sé.

—Es que por aquí los lobos andan en dos patas —le hizo saber el mayordomo. Se calzó el sombrero, acomodó el rebenque bajo el brazo y lo saludó diciéndole:

—Para que aprecie la buena voluntad que traíamos, aquí Rosendo le dejará un chifle de vino. Se tocó el ala del sombrero, y mientras se alejaban, murmuró, lleno de ofuscación, al hachero:

—Que no se te escape una palabra sobre el casamiento de Eleuteria. Doña Sebastiana jamás debe saber que sobre sus martirios, ha sido además manceba del que le impusieron por esposo. Y conteniendo el galope, señaló hacia el monte, venga; vamos a tirarnos un rato a la sombra. Tengo que pensar sobre esto —y a tiempo que ataba la mula a un quebrachito, murmuró: regresaré a hablar con él. El vino lo volverá más razonable.

Se quedaron quietos y hasta se diría que ocultos en el monte, fumando un poco de tabaco en chala. Al mediodía, el valle ubicado más arriba de la cañada de la Pampa Grande tenía la placidez de las tierras en soledad.

Se tendieron a la sombra; a corrida de perro podían ver la espadaña coronada por una liviana cruz de hierro y, por debajo, las dos campanas.

La capilla había sido construida en el siglo XVII, y ya estaba allí cuando el padre de don Julián compró parte del campo —heredad de los Cornejo— a una de sus descendientes apellidada Argüello. Aun siendo privada, terminó usándose como pública por la necesidad de los lugareños y la buena voluntad de Ordóñez, que pronto solicitó a la autoridad eclesiástica el patronato y la mayordomía de la capilla, que estaba bajo la advocación de la Virgen del Pilar. Un obispo, atendiendo su solicitud, lo nombró «patrón… para que se le guarden todos los privilegios y exenciones», pero sin extender aquella prerrogativa a sus descendientes.

Muerto don Jerónimo, nuevamente sin patronazgo la capilla, el padre Balboa, por un raro olvido de sus superiores, continuó en la región dispensando los sacramentos y regresando a su Pilanca; aunque caía frecuentemente en el vicio de la bebida y del juego, era su sincero devoto.

Rosendo, de mejor oído que Aquino, se enderezó lentamente, siempre en cuclillas. En el río ancho que temblaba de mica, el sonido de un paso cauteloso al tocar alguna de las piedras se mezcló con el correr adormecido

del agua que se tendía sobre los bancos de arena. Pero sólo era una corzuela inquieta que movía las atentas orejas como veletas mientras aplacaba la sed.

Nadie pasó por las cercanías. Nadie que pudiera decir que los había visto.

Varios días después, al inicio del atardecer, Lope de Soto llegó a Santa Olalla con sus hombres y el infaltable estudiante.

Don Julián andaba por la casa con el difuso pensamiento de introducirse en la habitación de Sebastiana, doblegar físicamente a la joven y conseguir algo de dinero. Al saludar al maestre de campo, lo invitó, junto con sus hombres, a hacer posada en la casa, confiando en que Sebastiana no se atrevería a desafiar su autoridad marital frente a extraños.

Aquino, intuyendo sus manejos, buscó un machete, le dio una afilada y se lo entregó a Carmela.

—Dáselo al ama; dile que lo tenga a mano; anda un perro rabioso y no sea que se presente de noche. Tú y las otras duerman bajo tranca —le advirtió.

A la hora de la cena, con el pretexto de que se sentía indispuesta, Sebastiana no bajó a hacer los honores de la mesa. Al malestar que le producía su esposo se sumaba que no quería ver al maestre de campo, ni contestar sobre la muerte de su madre, que tendría a Soto apenado además de sorprendido. No deseaba fingir dolor por ella.

Don Julián, después de beber largamente, se mostró expansivo con los invitados, ordenando que prepararan los mejores cuartos de abajo para ellos. El final de la comida se precipitó cuando él volcó una copa y, al ponerse de pie con torpeza para esquivar el vino derramado, arrastró consigo el mantel rompiendo cristalería y fuentes, desparramando los restos de la comida por el suelo; como los perros se acercaron a atrapar algún bocado, los pateó haciéndolos aullar. El dogo de Eleuteria —que lo acompañaba a todas partes—, un animal atigrado y feroz, descendiente de los dogos españoles que el padre Las Casas atestiguaba se nutrían de carne indígena, salió de bajo la mesa y se lanzó sobre ellos, produciéndose una

pelea atroz mientras Ordóñez los azuzaba entre exclamaciones y risotadas. Sebastiana, en su cama, se hizo un ovillo, cubriéndose los oídos y llorando a gritos bajo la almohada, rogando a San Francisco de Asís que protegiera a sus perros. El maestre de campo y sus oficiales, que no hubieran tenido semejante comportamiento ni en la peor de las tabernas de Valparaíso, quedaron mudos, observando el desastre. En cuanto pudieron se retiraron a sus habitaciones, pasando sobre los perros muertos o en agonía, maldiciendo porque se les habían manchado de sangre las botas y los pantalones.

Mientras Maderos acomodaba su ropa y sus armas, Soto preguntó, pensativo:

—¿Vivirá ella encerrada toda vez que él anda por la casa?

—O saldrá de noche, como las gatas.

—¿Qué quieres decir?

—Es mujer joven, ya está sana, es evidente que rehúye la compañía del marido. ¿No tendrá otro consuelo?

Soto pensó en Aquino. Al llegar, se lo había encontrado en el campo y ante su buena estampa supuso que sería uno de los Ordóñez, reputados de hidalgos. Maderos, que nunca dejaba de indagar, le advirtió que sólo era el menestral, hijo ilegítimo del genearca don Jerónimo Ordóñez, padre de don Julián. Sabiendo aquello, el maestre de campo le había preguntado con arrogancia:

—¿Está tu amo en casa?

—No tengo amo; soy español —había contestado el mayordomo con desabridez—. Y sí, están los dueños en la finca.

—Diles que el maestre de campo Lope de Soto, de paso para Boca del Sauce, está aquí con sus oficiales y solicita ser recibido.

Aquino lo envolvió en una mirada despectiva y rencorosa —el soldado era el enemigo natural del labriego—, dirigiéndose sin apuro hacia la casa.

«Cuarenta años, no más tendrá —recordó el maestre de campo, malhumorado por la sangre de los perros que le atiesaba las medias—; quizás hasta alguno menos». Y no debía esquivarle al trabajo más duro, ya que sus manos, sin ser toscas, eran fuertes. «Esos músculos, esa cintura sin

grasa, no se mantienen contando huevos», recapacitó. Después de haber visto a don Julián, comprendió que los hados se habían regodeado en una broma perversa: mientras que el hijo legítimo parecía el más torpe y desagradable de los siervos, el espurio era apuesto y con buenas trazas de godo. El maestre de campo lo admiró porque, en vez de acentuar su señorío, el hombre prefería conservar la apariencia de quien era: aunque bastardo de un hidalgo, un asalariado por sí mismo.

Recordó lo que le había dicho Becerra. ¿También el mayordomo —tan falto como él de un nacimiento aceptable— sólo serviría para confortar a mal maridadas? Había creído ver una preocupación disimulada en la expresión impávida del otro cuando se acercó con una correa y una horqueta a separar la jauría; preocupación que lo había obligado a mirar hacia el piso alto, como si quisiera asegurarse de que la señora estuviera a salvo de tanta brutalidad.

Dando vueltas por la habitación, mientras enrollaba el cinturón alrededor de la daga, Maderos no necesitaba observarlo para saber lo que pensaba. Le satisfacía ver cómo, solamente con esbozar una idea, aquel hombre fuerte, seductor de mujeres, hermoso y más valiente de lo que él nunca sería e igualmente más sano, se sumía en hondas reflexiones. «Si llegara a casarse y mi ama me detestase, creo que podría convencerlo de que su mujer le es infiel y convertir en martirio la vida de ella». Era un pensamiento tranquilizador para un joven inteligente, que aborrecía el trabajo corporal y que no esperaba hacer un buen matrimonio. La certeza de terminar casado con una mujer sin dinero, sin educación, y hasta torpe, lo enardecía. «En fin, in extremis, me meteré a cura», pensaba cuando oyó el alboroto que armaba el dueño de casa por el piso alto, golpeando puertas y reclamando a gritos a su mujer. Decidió que esperaría para ir a buscar vino para el maestre de campo, que solía despabilarse al amanecer con un vaso de tinto caliente. La salida le daría motivo para entrar en el salón y hurtar algunas velas. Su patrón se las mezquinaba, quejándose del gasto que tenían en candelas, pues a Maderos le gustaba leer de noche. «Otro sí —caviló—, la maritornes vascona anda todavía dando vueltas. Mejor espero que se mande a dormir».

Dando fin a la ronda por la casa, por el gallinero, por los fogones y los patios, después de inquietar a Maderos y también a Ordóñez, que terminó tan encerrado como el otro, Rafaela se retiró a su pieza y se dedicó a coser un muñeco con trozos de ropa de don Julián. El relleno era de chala del colchón de éste y aunque no estaba a la vista, un corazón de pollo todavía sangraba en su interior. La mujer soltaba palabras como chasquidos mientras ponía cabellos sobre la cabeza del bulto, introduciéndolos con una aguja de ganchillo. Todas aquellas cosas las había hurtado de a poco, inspeccionando la cama donde dormía Ordóñez para conseguir unas hebras de pelo, apropiándose de prendas que el ebrio no echaría a faltar, recogiendo los cortes de las uñas, cuando alguna vez se las había cortado.

En el centro de la habitación, las llamas apaciguadas de un brasero azotaban sombras rojas y negras sobre las paredes y el techo. Concluido el trabajo, buscó un alfiler de cabeza y, tanteando el relleno, atravesó el corazón de pollo, sujetándolo a la chala. Lo bañó en chicha y luego de prolijarle la ropa y la cabellera, lo arrojó al fuego, del que se elevó un humo con resabios alcohólicos. De una escudilla que tenía sobre el regazo, esparció sobre él restos de comida dejados por don Julián.

A su lado, sobre un pellón, el perro preferido de Sebastiana yacía con los ojos abiertos llenos de estupor. El otro había muerto minutos antes, pero el pequeño resistía y Rafaela había conseguido adormecerlo pasándole la mano ante los ojos. Luego, con la calma del taumaturgo para quien la vida y la muerte son sólo acontecimientos semejantes —ambos hechos de confusión y dolor—, curó al animal y hasta consiguió coserle las peores heridas, ordenándole vivir.

Mientras el muñeco ardía pesadamente, levantó hacia las vigas el rostro cubierto con un pañuelo. Permaneció así unos segundos, moviendo la cabeza como quien asiente a un mandato. Afuera, oía a don Julián que cada tanto se asomaba a la galería y llamaba con chistidos a su perro.

Se quitó el pañuelo de la cara y fijó los ojos en el brasero a tiempo que lanzaba nuevos conjuros entre cabeceos y santiguadas. «Para que te hundas

en el Infierno —decía en vascuence y entre dientes—. Para que Satanás, en su carro de fuego, te lleve con él».

Desde que habían vuelto de Córdoba, había trasladado su pieza al lado de la de Sebastiana, habiéndose tapiado, por orden de la joven, una puerta intermedia; si pegaba la oreja a la delgadez de aquel muro, sabía que la oiría llorar por sus animales sacrificados…

Nuevamente escuchó a don Julián llamar en susurros al dogo. Que llamase cuanto quisiera, se meció; el perro estaba muerto. Ella lo había fascinado con la Palabra para que Aquino le pasara el lazo por el cuello. Antes del amanecer, Rosendo lo tiraría al pozo de cal viva, detrás de las barracas, para que el amo no supiera qué había sido de él. Sumida en esas reflexiones, golpeó al muñeco con un cuchillo y después atizó las brasas, disponiéndose a velar.

Era creencia generalizada que el perjudicado por hechizo sufría de inmediato los dolores que se le infligían en el monigote. En rigor de verdad, no pareció que don Julián sintiera algo, pues por varias horas continuó golpeando la puerta de su esposa, llamando al perro y murmurando como un enajenado entre las sombras.

Al parecer, don Julián, después de que el maestre de campo partió con sus hombres hacia Boca del Sauce, varias horas antes del amanecer, fue a la bodega, donde guardaba una reserva de chicha. Aquino, que siempre temió que provocase un incendio, se preocupaba de que no hubiera lamparillas ni bujías a mano, pero esta vez Ordóñez había conseguido yesca y cirios. Se durmió en su beodez… y lo demás tuvieron que suponerlo: la vela cayó y encendió unas maderas que se guardaban allí. Cobró cuerpo el fuego y luego pasó a la ropa de él. Cuando los habitantes de Santa Olalla —que a esa hora dormían— comprendieron lo que ocurría, su intervención fue inútil: el portón estaba cerrado por dentro y demoraron en dar con el aro de llaves. Hubo que hacer una cadena de agua para aplacar las llamas y entre el humo y los aullidos de la víctima, que clamaba a Santa Bárbara para que no lo dejara morir sin sacramentos, se trajeron finalmente las hachas que

quedaban en la ranchería y se volteó la puerta. Para entonces don Julián había perecido. Aquino, conmovido, se acuclilló a cubrir con una manta los despojos del que horas antes había querido matar y luego había luchado por salvar.

Un gran alivio le suavizó la razón y agradeció que el Todopoderoso lo librara de asesinar a su hermano.

OceanofPDF.com

17. Del alma de Santa Olalla

«A veces no se hacía testamento por desconocer la forma de ejecutarlo, otras por no poner en evidencia los caudales que se tenían o verse obligados a manifestar detalles de su vida que preferían callar, pues el testamento se constituía en una biografía personal».

Ana María Martínez

Vida y «buena muerte» en Córdoba durante la segunda mitad del siglo XVIII

OceanofPDF.com

Santa Olalla
Después de Pentecostés
Invierno de 1702

Jueces, veedores, ujieres y letrados se trasladaron a Santa Olalla y guiados por Aquino recorrieron el lugar especulando con lo que debió suceder.

—Estaba prohibido dejar velas aquí, y yo, por precaución, le quitaba las que él traía —dijo Aquino mientras revolvía los escombros de la bodega con un palo. Unos hierros retorcidos aparecieron entre las cenizas.

—¿Qué es eso? —preguntó el juez.

El mayordomo se agachó a recogerlo: era un cuchillo de desmonte, de un solo filo, y una llave grande, apenas reconocibles.

—Dios mío —dijo el pesquisidor y se estremeció al pensar que debía ver el cuerpo que velaban en la capilla.

—Ni siquiera colocó la vela en la fuente con agua que siempre mantenemos aquí —indicó Aquino.

Después de estudiar el machete, lo arrojó al pie de un hato de ellos, señalando:

—Debe de haber intentado abrir la puerta con él, pero seguramente la chicha le quitó fuerzas.

—¿Y la india de marras…?

—Hace días que desapareció; por eso Julián andaba tan trastornado —respondió el otro mientras examinaba el entorno detenidamente, hurgando entre los restos carbonizados.

—¿Se habrá vuelto con los suyos?

El mayordomo, desinteresado de aquello, se encogió de hombros.

—En fin; no es mi deber buscar barraganas y bastardos extraviados… especialmente cuando el tal hidalgo no ha dejado un orinal en herencia, salvo campos menoscabados, reses dispersas, una tapera por casa y unos pocos trajes en regular estado. Porque esta tierra, la finca, los enseres, tengo entendido que son de la señora… Sin contar que la dote vuelve a ella.

—Mejor no puede ser puesto en letra —afirmó Aquino—. Pero sospecho que Julián sí hizo testamento, aunque no sé dónde está, ni quién puede tenerlo.

—¿Ah, sí? —contestó con sorna el funcionario—. ¿Para legar qué?

—La tierra y el apellido a sus hijos —replicó con dureza Aquino, y tarde recordó el otro que el mayordomo era hijo ilegítimo de don Jerónimo Ordóñez de Arce, el padre de don Julián.

—Volvamos, que poco hay que descubrir aquí —dijo, incómodo, y regresaron a la finca—. Tranquilizaré a la señora antes de irme.

—Dos palabras sabias de vuestra señoría le vendrán bien —respondió Aquino, y lo guió hasta donde nacía la escalera, encomendándolo a Dolores.

El hombre siguió a la india por las galerías de columnas rectangulares hasta una puerta donde se oía el murmullo de las oraciones.

El funcionario, mohíno ante el recogimiento de duelo, se descubrió la cabeza y, de pie apenas transpuso el umbral, esperó que concluyeran los rezos. Doña Sebastiana vestía de luto riguroso y él alcanzó a ver cómo se apresuraba a bajar el velo —que había levantado para leer la Novena de Ánimas— sobre el rostro. A su lado, en un canasto, estaba echado un perro pequeño, muy lastimado, sobre el que ella mantenía apoyadas las puntas de los dedos, que retiró al entrar él.

El aspecto de la viuda le impactó; parecía virtuosa como figura de tapiz, y a pesar del ropaje negro, transmitía esa fragilidad que tan bien sentaba a las mujeres de clase.

Ella hizo dos o tres preguntas con la voz tomada y él se apresuró a dar explicaciones para aplacar su desasosiego.

—Con respecto a esta tragedia, no veo que sea necesario interrogarla a usted; ya hablé con el mayordomo y todo está muy claro.

—Desearía que la memoria de mi esposo quedara a resguardo de cualquier… ya sabe usted… que se disimulara, sin faltar a la verdad ni empañar la ley… Por mi parte me comprometo a pagar todas sus deudas y en cuanto me presenten el testamento, lo haré cumplir.

—Señora, por los antepasados de don Julián, que fueron gente de bien, y por usted, que le sobrevive, se tendrá delicadeza en todo.

—Agradezco su voluntad —dijo ella, y volvió la cabeza como esquivando la luz—. En cuanto usted lo disponga, querría que se trasladase el cuerpo a Córdoba, para enterrarlo en la parcela que tenemos en las Teresas…

Se le quebró la palabra y el funcionario, suspirando de alivio, se retiró para anotar las causas de la muerte de aquel perdulario de Ordóñez.

Cuando se oyeron los pasos del hombre bajando las escaleras, la joven, temblando, se volvió a Rafaela:

—¿Será que se llevarán hoy mismo el cuerpo? —preguntó.

—Te toca a ti acarrear con él —contestó la nodriza—. Se vería muy raro si lo mandas en carreta, como res para el mercado.

—¡Ah, hasta con su muerte el maldito me traerá molestias! —protestó ella.

—Pues entiérralo por aquí.

—No; quiero sepultarlo en Córdoba —se obstinó Sebastiana—. ¿Encontraron a Eleuteria?

Las dos mujeres cruzaron miradas y Dolores le alcanzó un vaso de agua a tiempo que murmuraba:

—No, señora.

Sebastiana soltó un suspiro y al quitarse la toca, mostró la cara afiebrada y los ojos irritados por el humo. Bebió el agua a grandes tragos y les pidió que se retiraran. Con el brazo sobre el repecho de la ventana, apoyó la mejilla en él y contempló los campos ateridos de seca y de frío. «No queda nadie que pueda dañarme —murmuró, colocando la mano bajo el pecho izquierdo—; pero es demasiado tarde para mi hijo».

Cuando hacía horas que la casa dormía, caminó descalza hasta la tumba del pequeño y arrodillada, las manos juntas, lloró por ambos durante un largo rato.

Días después, firmadas y selladas las actas pertinentes, Sebastiana se puso en marcha hacia la ciudad; el cuerpo de don Julián fue en carreta y ella viajó, más rápido y con mayor comodidad, en la carroza. Había decidido llevar al cachorro herido, que acomodaba en la falda cada vez que se daba la ocasión.

Algunos preguntaron por qué trasladar al difunto, siendo que había lugares consagrados en Alta Gracia, y la joven contestó que deseaba velarlo en la cofradía de Santo Domingo, donde se habían casado, y que fuera enterrado en las Teresas, donde descansaba su madre.

Pidió y obtuvo, por la simpatía que despertaba su historia —y con dineros aportados por don Gualterio—, que lo sepultaran al lado de doña Alda, mandando al osario los restos de un hidalgo ya olvidado, con la línea de descendencia quebrada.

Don Esteban estuvo cerca de los Zúñiga en todo momento, y trató de disuadirla del lugar del entierro.

«¿Por qué me molesta eso?», se interrogaba Becerra, tratando de encontrar un motivo racional para aquella inquietud. Era como si la rara vez que le dispensó una mirada, ella hubiera levantado un velo —durante un segundo—, dejándole ver algo ininteligible y esquivo, difícil de aprehender.

Después de la inhumación, acompañó a don Gualterio, pero no consiguió acercarse a Sebastiana: cada vez que él entraba en una sala, la joven abandonaba el libro que leía a su padre o la labor que tenía entre manos para desaparecer con una excusa. Aunque la viudez de ella les permitía hablar sin ofender ninguna regla, él no se sintió capaz de imponérsele. Un pensamiento comenzó a tomar cuerpo en su mente: quizá, pasado el luto, podría convencerla de que se casaran. «Es una suerte —recapacitaba— que el Destino haya tenido piedad de ella»; porque sentía

como si Alda, con su sola voluntad, hubiera sostenido, para tormento de Sebastiana, la vida de Ordóñez. Muerta ella, el maleficio se había disuelto.

Dispuesto a pedir consejo al padre Thomas, decidió quedarse en la ciudad mientras la joven estuviera allí. En los meses pasados, su tío, Marcio Núñez del Prado, había conseguido que de excomunión mayor se pasara a menor y finalmente que ésta se levantara. Decían que había costado sus buenos regalos al doctor Mercadillo, y que mucho más se había pagado por la excomunión menor —que era la que borraba todo impedimento— que por la mayor.

Don Esteban aseguraba al que quisiera oírlo que hubiera preferido entregar una estancia antes que arrastrarse hasta el prelado para ser aceptado nuevamente entre la grey cristiana, pero la presión del llanto de las mujeres de su casa, la aflicción de don Gualterio, la insistencia del padre Cándido y las reflexiones del padre Thomas lo habían llevado a aceptar los trámites de su tío.

Embobado por Sebastiana, estimulado por doña Saturnina, que veía con buenos ojos la alianza, sentía una agradable ansiedad pensando en cuántas cosas podrían componerse entre ellos, en que quizá ganara por compañera a la más leal, noble, bella y bondadosa de cuantas mujeres había conocido. Él sería feliz protegiéndola, consintiéndola, tratando de darle cuanto se le había negado a su extrema juventud. Ya no le importaba el origen de sus desgracias, pareciéndole ser propio de las jóvenes, cuando eran descuidadas por los mayores, la pérdida de la doncellez.

Por aquellas alturas, Becerra estaba convencido de que el primo la había tomado por la fuerza y ella, avergonzada, no había sido capaz de acusarlo.

Sebastiana, que se mostraba indiferente a sus atenciones, se dedicó al cuidado de don Gualterio, quien esperaba que, desaparecido el inconveniente marido, la hija quisiera hacerle compañía por el resto de su existencia o hasta que entrara de hábito, si conseguía allanar una que otra dubitación de los mercedarios.

Pero la nueva tragedia en la vida de la hija de Zúñiga removió la inquietud del padre Thomas, que consideró tan oportuno este accidente como la muerte súbita de la madre, sin agregar que la desaparición de la india y de sus hijos lo inquietaba.

Fue a visitarla y lo hicieron pasar a la biblioteca de don Gualterio. Estaba allí, vestida de negro, sin joyas ni adornos, salvo un rosario modesto que llevaba en la muñeca. La notó demacrada, como si hubiera sufrido una pesada prueba; conservaba en el rostro, ya mitigados, vestigios rojizos que las llamas —en su intento por apagarlas— le habían dejado sobre la frente y las mejillas.

—Me las curo con la entraña del áloe —le explicó, mostrándole las manos, que se veían más castigadas—, según una receta que me dejó la hermana Sofronia. —Y con un suspiro, tensa sobre el borde del sillón, le confesó con sentimiento—: No imagina usted cuánto la extraño. Ella fue para mí una maestra ejemplar y cariñosa. Sólo la certeza de que podemos encontrarnos en el Cielo me resigna a su pérdida.

Aquello emocionó al jesuita, que notó un sentimiento libre de hipocresía en ella que, aún impresionada por el horror de la tragedia, no fingió sentir la pérdida del esposo. El religioso regresó al convento con el alma aliviada, diciéndose: «No sería humano esperar otra cosa de quien tanto sufrió a manos de un depravado».

A pesar de lo que deseaba su padre, Sebastiana regresó a Santa Olalla y para el día de Santa Clara, ya mediado el invierno, habiendo ido el padre Thomas a la estancia de Alta Gracia, se llegó hasta la quinta de los Zúñiga.

Se admiró de encontrar todo en orden, con paz de monasterio la casa, las criadas y los peones bien tratados e integrados como familia por el afecto y la comprensión.

Fue Carmela quien lo guió hasta la pequeña sala. Allí lo esperaba doña Sebastiana, todavía de luto. Lucía, en honor a la visita, una valiosa cruz de plata sobre el terciopelo del vestido, negro y sin los atenuantes del encaje, y

a la cintura un rosario de aguamarinas que él no le conocía. A sus pies, un perrito estropeado, que tiritaba inconteniblemente, soltó un ladrido seco.

La joven lo hizo callar con una caricia y se puso de pie, sonriendo. Se la veía hermosa, pero con tanta gravedad en su persona, que él murmuró a modo de saludo:

—Sierva de Dios y ama de Santa Olalla.

Conversaron largamente, siempre acompañados por el hermano Eladio y Dolores, que al final de la sala enseñaba a una indiecita a pulir la plata. El padre Pío había ido a las barracas a hablar con los peones, que le tenían afecto pues les gustaba su forma de ser directa y campesina.

Se sirvió chocolate y luego, mientras el religioso más anciano confesaba a los domésticos y a los peones y el hermano Eladio se preocupaba de atenderlos por alguna dolencia, el médico y doña Sebastiana —seguidos por Carmela— recorrieron los terrenos cercanos, dirigiéndose al tajamar. Al reparo del vado cercano, volvió el médico a sobresaltarse a la vista de la hierba mortífera y sus pies se detuvieron para contemplarla.

Doña Sebastiana bordeó la tierra anegadiza entre las flores amarillas de la sardonia y él se preguntó si ella era consciente del peligro que la administración de aquella planta suponía. La vio acariciar las corolas con la palma de la mano antes de que se volviera a decirle:

—¡Qué bonitas!, ¿verdad, padre? Este rincón es un jardín agreste —y formando un ramito, se lo llevó a la boca.

El sacerdote ordenó de inmediato:

—¡Escupa eso, doña Sebastiana, y no vuelva a hacerlo!

Y ante la sorpresa de ella, le pasó con rapidez el pañuelo sobre los labios y el mentón, retirando las que habían quedado adheridas.

—¿Está segura de no haber tragado alguna? —preguntó con preocupación, aunque sabía que de aquella forma no serían necesariamente mortales.

—Estoy segura —dijo ella mientras arrojaba las que le quedaban entre las manos—; pero ¿por qué…?

—No debe llevarse a la boca flores y hierbas; algunas pueden ser muy tóxicas.

—¿Éstas? —rió ella—. Por Dios, si son como el espíritu de los campos.

—La muerte puede llegar en hermosas presencias.

La joven quedó pensativa y, reaccionando con un estremecimiento, propuso:

—Regresemos, se está enfriando el aire.

Pidió confesarse con él. La suya fue la confesión de una mujer en estado de castidad y de buenos sentimientos: se había enojado con una criada, levantándole la voz; había hecho trabajar —y ella a la par— a su gente un domingo que amenazaba una fuerte helada, poniendo a resguardo animales pequeños y cubriendo las parcelas de hortalizas. Lamentaba no poder cuidar más de su padre, que se negaba a trasladarse al campo, pero pensaba que ahora sus obligaciones corrían con los empleados de la casa, que podían caer en la indiferencia moral y religiosa si ella los desatendía. Y el peor de los pecados: su esposo intentó, antes del incendio, entrar en su pieza. «No se lo permití, pues le temía demasiado cuando estaba ebrio —reconoció, angustiada—; quizá pude salvarlo, pero lo dejé a merced de su suerte». A pesar de espantarse por la muerte del marido, gozaba de una paz que la hacía dichosa. El estado de viudez le parecía casi tan bueno como el de novicia.

—… aunque jamás me consolaré de no haber podido quedarme en el monasterio. Muchos males, para mí y para otros, se hubieran evitado. Más adelante, cuando consiga desprenderme de las cosas del mundo, tal vez pueda descansar mi madurez en un convento. Además, ¡y ojalá no me lo demanden desde el Cielo!, necesito todavía estar cerca de mi hijo…

El oratorio había sido preparado para la misa por las mujeres de la casa; Aquino haría de sacristán y Rosendo de monaguillo.

En el atardecer tristísimo del invierno en las sierras, si alguien hubiera llegado desde el desolado sur o desde el arbolado Camino del Alto, hubiese visto un escenario de Evangelio: la capilla iluminada, las voces que coreaban las plegarias haciéndose oír por el campo, y más allá aún, el silencio que transmitía la paz entre hombres, bestias y naturaleza.

Durante varios días, hacendados, desposeídos, indios y criollos se presentaron en Santa Olalla para asistir a la prédica de los religiosos, que

impartirían sacramentos, atendiendo al mismo tiempo la salud de sus cuerpos y de sus almas.

Poco después los jesuitas, satisfechos con la prédica, continuaron hacia el sur con su altar de viaje, sus maletas de remedios, los cofres con las vestiduras sacramentales, los chifles de agua y las alforjas de comida.

Estos actos misionales se repetirían, jornada tras jornada, en sucesivas estancias o en ranchos aislados, cuyos dueños proveerían, según el alcance de sus medios, de comida para todos.

Reunidos así, se repartirían limosnas con liberalidad, se apadrinarían niños, dotándolos de una promesa de estudios o capacitación, se cederían o venderían tierras —para la Compañía o al vecino—, y en dos miradas se pactarían noviazgos o infidelidades.

Ya en el camino, el padre Thomas se sintió liberado de la inquietud que durante meses lo había molestado.

«Pero ¿qué he estado pensando? Es indudable que ignora lo pernicioso de la sardonia», se decía, avergonzado. ¡Ah, si no fuera por el malhadado tránsito de Capricornio en el cielo de su nacimiento!

Pero a pesar de que por días creía enterrar la preocupación, otros muchos se encontraba pensando en el zodíaco natal que le había leído el hermano Alban. Consciente de la agotadora preocupación —de hombre maduro, descarnado de pasiones— que sentía por la joven, se repetía a sí mismo que su aprensión era irracional.

La peregrinación, en tanto, continuaba y llevó a los hombres de Loyola por las apartadas regiones del valle de Paravachasca y de las sierras que lo contenían; a veces empleaban días de recorrido sólo por visitar un rancho donde vivían cuatro personas, para así llevarles los auxilios de la religión y la medicina y proporcionarles medicamentos, ropas y las esenciales sal, yerba y harina para casos de indigencia.

A finales de invierno, el padre Lauro Núñez reclamó al médico desde Córdoba.

De vuelta en Alta Gracia, y cuando se disponía a subir al carretón para emprender el viaje de regreso a la ciudad, oyó a uno de los peones inquirir si se sabía algo de Eleuteria y los huérfanos de don Julián. «Nada sé —

repuso el interrogado—; tendrías que preguntarle a la gente de Santa Olalla. Hay quien dice que la señora…» y codeado por el otro, echó una fugaz mirada hacia él y bruscamente se llamaron a silencio.

Para complicar todo, el día anterior, en el recreo que mediaba entre las oraciones y la comida, el padre Pío le había expresado:

—Si doña Sebastiana piensa quedarse a vivir en Santa Olalla, debería casarse. No me tranquiliza la presencia de Aquino en la casa.

—La casa se cierra como una fortaleza, y él duerme afuera —le hizo ver el médico.

—La tentación se despierta según la ocasión, que aun siendo calva, nos tienta con su desmedrada cabellera —le advirtió el anciano, y le hizo ver—: Aquino es hombre probo, pero he notado que se impone martirios y creo que no porque disfrute del recurso, sino porque la pasión lo consume. Ella es joven y está sola, él es un hombre sano, religioso, de buen aspecto, mayor que ella y protector por naturaleza. Deberían casarse. Después de todo, fue reconocido y con esto de la muerte del hermano, algún día heredará buena parte de la tierra.

«Si doña Sebastiana pensara en volver a casarse —recapacitó el padre Thomas—, y estuviera en mí aconsejarla, le señalaría a don Esteban. Aquino tiene una fiebre religiosa que combina peligrosamente con la de ella. Y si le sumamos los disturbios del espíritu, por ser hijo ilegítimo en una tierra que privilegia la sangre… No, prefiero a Becerra. Es hombre de buen corazón, sencillo aunque inteligente, culto sin ser pedante. Puede procurarle seguridad y protección social por la solidez de su ánimo y la jerarquía de su familia».

Él no estaba en contra de matrimonios de diferentes orígenes por aquello de la persistencia del linaje, sino porque en la práctica hacía falta mucho más amor del que creían tener los contrayentes para sobrellevar el disimulado menosprecio y a veces el vacío que solía hacerles la sociedad. También debía tenerse en cuenta que se perdonaba más al hombre elegir una mujer algo fuera de su merecimiento, que a una mujer elegir un compañero por debajo de su nobleza. Aplacadas las pasiones, la mayor parte de las veces los cónyuges se encontraban unidos para siempre con un

casi desconocido y deseando las compañías que se les mezquinaban. «¿Para qué pierdo tiempo en disquisiciones? Algo en ella me dice que no desea casarse nuevamente», se tranquilizó.

De todos modos, lo advertido por el padre Pío y lo oído a los peones pusieron nuevamente en marcha sus dudas y varios días después, en la botica de Córdoba, su memoria despertó —mientras preparaba sinapismos para los sabañones del hermano campanero— con un comentario que había quedado suspendido en su recuerdo por meses: si la partida de bautismo de doña Sebastiana decía que había nacido a fin de julio —bajo el León de San Marcos—, ¿por qué Rafaela dijo, en el entierro del niño, que éste vio la luz y murió en San Sebastián, «el mismo día que su madre»? ¿Equivocación? Lo dudaba; la joven llevaba el nombre de Sebastiana. Seguramente Rafaela estaba más en lo cierto que los papeles, que muchas veces contenían errores… o mentían. Quizá la joven fue concebida fuera del matrimonio, habiendo nacido antes del tiempo que marcaban las bendiciones. Por lo tanto, el Círculo de Copérnico no respondía a la realidad, sobre eso podía estar tranquilo.

Fuera como fuese, consultaría de nuevo al padre astrónomo. Si la joven fue anotada a fines de julio, posiblemente hubiera nacido en el mismo año y en enero —calculando la fecha del nacimiento malogrado—, pues raras veces se agregaban meses a un niño: generalmente, lo que se hacía era registrarlos como nacidos después para que parecieran concebidos en legitimidad.

OceanofPDF.com

De las confesiones

OceanofPDF.com

… Por entonces, yo había reflexionado que por dejar mi destino en manos de otros —de mi primo, de mi madre, de mi padre, del obispo, de don Julián y se me ocurría que hasta de don Esteban—, había por ello permitido, no únicamente mis sufrimientos, sino que se le quitara la vida a mi hijo.

Y por el sendero de aquel pensamiento, me pareció razonable librarme de quien había asesinado al hijo que amaba para seguramente imponerme luego el que no deseaba. Sólo me faltaba decidir cómo y cuándo deshacerme del hombre al que temía sobre todas las cosas, odiaba desde el fondo de mi corazón y despreciaba en cuerpo y espíritu.

Para tenerlo preocupado, hice que Carmela dijera en la población que muy pronto llegaría el enviado del obispo, quien había dado una fuerte advertencia a los que se mantenían amancebados, pues algunos vecinos se habían quejado del mal ejemplo que daba don Julián.

El dicho llegó a sus oídos, no como salido de su propia casa, sino como traído por viajeros; eso lo mantuvo alejado, y sólo entraba furtivamente a Santa Olalla a buscar algo, generalmente comida y bebida, o a hacer como los perros, que orinan el lugar con la intención de que, aun ausentes, se sepa que les pertenece.

Yo me cuidaba de él. No siendo inteligente, era avisado y tenía la voluntad del perverso; si pasaban las semanas y el enviado no llegaba, comprendería que había sido una noticia falsa y entonces nada lo detendría. Quería lo mío, más enfurecido que nunca por no poder someterme y porque yo había decidido no darle ni un céntimo mientras

pudiera evitarlo, pues entre el beberaje y el juego, ya había perdido, de lo que mi madre le había cedido, tierras de pan llevar.

Consciente de que mi voluntad podía ser barrida por un acto de violencia de él, me pasaba las noches con el Libro de los Venenos, estudiando cómo matarlo sin que resultara sospechoso. No deseaba usar nuevamente la sardonia, pero parte de las plantas, de las materias y de los animales que nombraba Kratevas en su Tratado de los Simples no existían aquí, o eran más inocuos que en Europa. Además, todo se dificultaba porque don Julián no pasaba en casa mucho tiempo, así que era casi imposible, y hasta peligroso, montar una trampa, como en el caso de doña Alda.

Desesperaba de matarlo, acicateada por una horrible injuria que hizo a la sepultura de mi hijo, cuando una tarde se presentó temprano y tuve que correr a encerrarme en mi dormitorio. Para mayor contrariedad, llegó el maestre de campo con sus hombres, de paso hacia el sur, y don Julián les ofreció mesa y techo.

Durante la comida del anochecer pasé un muy mal rato, pues a través de la puerta me llegaban los aullidos de mis perros, que fueron atacados por el dogo de Eleuteria.

Horas después, mientras yo todavía lloraba por mi desgraciada existencia y los demás se habían acostado, don Julián se presentó en el corredor superior más violento que nunca. Sabía yo que no tenía modo de doblegar los refuerzos de hierro; sabía que cuando estaba ebrio podía golpearme, pero no levantar una de las pesadas hachas de trabajo para voltear la puerta. Sin embargo, ¡miserable de mí!, me encogí de miedo y me envolví en las cortinas del lecho, cubriéndome íntegramente. Se fue por un rato, pero como regresó, me deslicé bajo la cama repitiendo el conjuro contra la cólera: «Con dos te miro, con tres te ato, la sangre te bebo y el corazón te parto. ¡Señor Jesús, ven por mí; ven por mí, Señor Jesús!».

Así permanecí, avergonzada de que el maestre de campo y los suyos oyeran a aquel hombre aullando como un lobo en celo (ellos ignoraban que no era lujuria, sino encono lo que don Julián sentía por mí), hasta que la invocación surtió efecto y la casa quedó en silencio. Creo que volví en mis

cabales horas después, enfurecida por temerle, detestándolo por imponerme tantos padecimientos. ¿Estaría todavía en la casa o se habría vuelto a sus campos? Discurría esto cuando oí voces apagadas y al entreabrir la ventana, comprendí que el maestre de campo y sus hombres aprestaban los caballos para marchar.

Esperé hasta oír que la tropa se alejaba y cuando los imaginé lo bastante lejos como para no regresar, tomé el machete que me había mandado Aquino, me recogí la bata para que no me estorbara si tenía que correr y salí con sigilo: no había nadie en el corredor, pero al asomarme al final de la escalera, vi un resplandor mortecino en la bodega. No tuve miedo del dogo, pues Aquino me hizo saber, más temprano, que lo había matado, así que bajé y por una hendidura de la madera, vi a don Julián sentado en el suelo con el pote de chicha entre las piernas; lloraba como un niño y llamaba a Eleuteria y a sus hijos, a quienes no volvería a ver, ya me había cuidado yo de eso.

Extraña cosa es el ser humano: el hombre que me había golpeado hasta casi matarme, que había apagado la vida de mi niño, estaba allí, clamando por los que amaba con un dolor tan sincero que no podía menospreciarse.

Comprendí que era un momento de santidad para su alma y aunque yo lo odiaba, don Julián era, en ese instante, un hombre mejor, casi redimido.

Al apoyarme en la cerradura toqué la llave, que él había olvidado afuera. Recordé a Aquino, que siempre recomienda que no se dejen velas allí, pues don Julián podía incendiarnos, y por instinto busqué la candela con los ojos; el bruto la había plantado (sin cuidarse de ponerla dentro del cuenco con agua) sobre el asiento de una silla. Contra el respaldar se apoyaban varios sacos de chala seca. Supe que aquel momento no volvería a repetirse, que era entonces o nunca. Mi mano, sin que se lo ordenara, dio vuelta a la llave y trabó el pestillo; sin detenerme a pensarlo, la lancé por una de las ranuras hacia la bodega, pero rebotó en el umbral y cayó a mis pies. Temiendo que don Julián oyera el tintín si volvía a lanzarla, la empujé adentro con el machete. En aquel momento algo, no supe qué era, me asustó y volví corriendo a encerrarme en el dormitorio.

Respiré hondo. Esperaría. Si nada pasaba, dejaría vivir a mi marido, porque seria una señal de Dios advirtiéndome que no debía tocarlo.

Una ley más poderosa que la mía determinó su suerte. Cuando se hizo evidente el incendio, ya no había remedio; las hachas y los machetes estaban dentro de la bodega, pero don Julián no atinó a usarlos por más que Aquino le gritó que lo hiciera. Murió en una agonía de alaridos. Tuve que verlo después, y era como un tronco calcinado. Pensé que había tenido más suerte que mi madre, siendo que había fenecido en un momento de humanidad y no en uno de sus raptos de bestia maligna. Y el fuego… El fuego purifica; debió librarlo en parte de sus pecados, así que si no en el Cielo, al menos estaría en el Purgatorio… por breve tiempo, rogué, porque las almas pueden salir del Purgatorio a molestar a los vivos. Sabido es que cuando van al Cielo, ya se han olvidado de las cosas terrenas, y del Infierno no regresan.

Con el tiempo hice limpiar las muestras del desastre, derribar las paredes que quedaban en pie, remover los pisos de la bodega y plantar en el sitio un salutífero laurel de cocina, del que, a pesar de ser especie tan usada, puede también sacarse, por maceración y condensación, un veneno robusto que mata casi de inmediato.

En los fogones volvió a encenderse el fuego, servidor indócil que espera con paciencia su hora de verdugo. Sonaron de nuevo los cacharros, hasta ese día usados con sigilo de duelo, y el sonido de la plata y la cristalería revivió los quehaceres de la casa.

De vez en cuando se hablaba de don Julián en Santa Olalla, aunque su recuerdo se volvía cada vez más soportable para mí.

Pensé que, si en malhora debía matar nuevamente, no quería oír gritos y lamentos.

Sólo el veneno mata en silencio, pues avanza como pisada de seda, y si así lo prescribes, hace su trabajo cuando estás ausente. Ves su obra, pero no cómo obra

El veneno, comprendí, era una elección sensata, aunque mucho debiera uno cuidarse para que no le siguieran el rastro…

OceanofPDF.com

18. Ser dueño de dueña

«En la época que nos ocupa la mujer se hallaba relativamente limitada en su capacidad jurídica y sólo la situación de viudez le adjudicaba la plenitud del ejercicio de sus derechos».

María Mónica Ghirardi

Matrimonio y familia de españoles en la Córdoba del siglo XVIII

OceanofPDF.com

Santa Olalla
Tiempo después de Pentecostés
Primavera de 1702

Lope de Soto permaneció dos meses patrullando las inmediaciones de Punta del Sauce, cerca de la curva donde las aguas del río Cuarto se confundían con las del Saladillo.

Cuando dio por terminado el servicio de «escarmentar infieles» y regresaba costeando los campos de los Reartes, se encontró con un funcionario, su amanuense y dos soldados. Llevaban con ellos una mujer acusada de brujería, una india anciana, casi momificada, que parecía sorda a cuanto se decía de ella a un metro de distancia.

Curioso, Soto, que había desmontado para tomar unos mates con el juez, preguntó por qué la habían detenido.

—Ha presentado querella un hacendado del lugar —le comentó el juez —. Se la acusa de haber hecho padecer intolerables y sobrenaturales tormentos a una de sus esclavas.

—¿Qué tipos de tormentos?

—Le llena el cuerpo de espinas de penca sin siquiera acercársele. Es un extraordinario misterio cómo lo hace, pero soy testigo de que así sucede; es como si le brotaran desde dentro de la piel.

—¿Y cómo saben que esta mujer es la culpable?

—Es pública su mala fama en agorerías —murmuró el amanuense, que se mantenía discretamente detrás de su jefe.

—Ah, sí —corroboró el juez—. El año pasado Pascuala, que ése es su nombre, lanzó una pedrea sobre la cosecha de los Reartes. Unos días antes

se había quejado de que un peón de ellos le había robado una cabra y, como no le creyeron, los amenazó con destruirles el maizal.

Y devolviendo el mate al peoncito que cebaba, comentó:

—Por aquí no pasa nada o pasa de todo. Es la tercera vez que vengo en dos meses. Primero fue por ese bendito de fray Balboa, que entre dos borracheras descubrió que le habían robado el libro de registros, así que todos los del valle que estaban asentados en sus actas debieron darse por no nacidos, ni unidos en matrimonio, ni fenecidos. Tuvimos una epidemia de chistosos diciendo que nunca se casaron con sus mujeres. Por suerte lo encontramos en la misma sacristía, bajo unos manteles. Ahora se queja de que le faltan hojas, pero ¿quién me garantiza que no las usó él mismo para el brasero? —Y haciendo una pausa, agregó—: Después, fue por un incendio en Santa Olalla. Por suerte, no se propagó…

El maestre de campo recordó con desagrado lo ebrio que estaba Ordóñez la noche en que partieron para Boca del Sauce, pero calló para que el magistrado le contara lo ocurrido.

Con un suspiro, el otro continuó:

—… pero don Julián murió en él. Achicharrado como relapso, y por sus propias acciones.

Mientras se ponía de pie para continuar la marcha, agregó:

—Era un hombre inmoderado en sus faltas. La india que tenía por barragana y sus bastardos se han ido, Dios sabrá adónde. Si ellos eran reconocidos, como dicen, algo habrán de heredar. Si no, imagino que todo irá a parar a su viuda y al nombrado Aquino, que don Jerónimo Ordóñez de Arce aceptó en testamento como nacido de su riñón.

—Parece que la india Eleuteria se volvió con los suyos, al Yacanto tras de la sierra —volvió a murmurar el secretario.

El señor juez había descansado lo suficiente para seguir con su prisionera, y mientras llegaban unas viejas montadas en burros y envueltas en pañolones negros que venían siguiendo a la india, Soto y sus hombres decidieron continuar hacia Córdoba. Detrás quedaron los funcionarios discutiendo con las mujeres, que pedían por Pascuala enumerando sus virtudes y acusando al querellante de mala fe.

El maestre de campo cabalgó, pensativo, por un rato, para de pronto comunicar a sus hombres:

—Haremos noche en Santa Olalla. Quizá podamos servir en algo a doña Sebastiana.

El estudiante sonrió. Hacía tiempo que veía en su amo el hormiguillo de buscar esposa. Pero, si no estaba equivocado, no era al maestre a quien la joven elegiría; quizás alguna vez le tuvo buena disposición, pero no se la tenía después de encontrarlo con su madre y —estaba casi seguro— haberlos escuchado hablar de asesinar al padre. Se quedó pensando en la muerte de doña Alda. ¿Y si doña Sebastiana la hubiera provocado, temiendo por su padre, al que amaba sobremanera? Inverosímil, se contestó, puesto que ella estaba en el convento…

«Especulemos —se dijo, pues su mente inquisitiva siempre daba por ilusión óptica lo que parecía derecho—. Pudo salir de él y regresar sin que nadie se percatara. ¿No lo han hecho las mujeres por siglos, burlar rejas, cinturones de castidad, muros, celdas, eunucos y abadesas?». Otro sí: ¿de qué manera podía haberla matado? «No hay muchas en casos como éste: con el filo, con el cordel, con una almohada o con veneno». El veneno era improbable; había que ser casi médico para saber sus efectos y cómo administrarlo, sin contar con el problema de obtenerlo; en cuanto a los venenos que se podían conseguir domésticamente —azogue, sin buscar más —, mataban con lerdura y dejaban estigmas; doña Alda había muerto repentinamente y el médico que fue a ver el cadáver no encontró nada raro. Por lo tanto, ni marcas, ni heridas. ¿Y la asfixia? ¿Podría ella haber comprado la voluntad del facultativo, marearlo para que no notara las señales? No, se dijo, si aquél era uno de los médicos de la Compañía de Jesús. Pero… ¿y el sangrador engreído que llamaron, no aceptaría de buen grado una mirada tierna aunque rehusara los denarios del silencio? Hablaría con él y tal vez vislumbrara lo que yacía bajo aquella muerte inesperada: la marca del cordel en el cuello, las lastimaduras de los labios contra los dientes cuando se los presionaba con un cabezal, con un cojín…

Recordó la delgadez de la joven, su poco peso, sus manos pequeñas, y con bastante desilusión comprendió que no tenía fuerza física para dominar

a una mujer llena de vitalidad como doña Alda. Sin ganas —le atraía la posibilidad de que se hubiera perpetrado un crimen a la vista de todos, de que ella fuera tan inteligente como él—, abandonó la idea. «Ella no es de las que matan —recapacitó—; es de las que dejan morir».

Si alguien hubiera preguntado por qué recelaba de la hija de Zúñiga, hubiese respondido que le impresionó la expresión de ella aquella noche en que la sobresaltó al salir de entre las sombras. Por un momento, cuando le iluminó el rostro, dio un paso atrás pensando que estaba ante Medusa y que su mirada iba a convertirlo en piedra: al volverse, enceguecida por la vela que él levantó ante sus ojos, su cabeza quedó al descubierto y los cabellos ensortijados se movieron como pequeñas serpientes con vida propia.

Varias veces había reflexionado en que mejor hubiera sido no provocarla, sobre todo porque reducía las posibilidades de que se casara con su patrón. A él, por insignificante y asalariado, la joven no lo tenía en cuenta; por eso no pudo resistirse a provocar a aquella muchachita débil de cuerpo, frágil de salud pero desdeñosa como pocas y que —hasta aquel episodio— no se había dado por enterada de su existencia.

«Le guste o no, tendrá que casarse con mi amo —se dijo—, y de sus bolsillos saldrán las arras para que yo pueda hacer un matrimonio conveniente». Y entrar en la Universidad, que era su mayor anhelo.

—¿No serán comerciantes, Aquino —preguntó Sebastiana mientras ascendía los estrechos escalones del campanario—, o misioneros?

—No, doña Sebastiana. Traen alabardas y mosquetes. Pienso que es el maestre de campo.

—¡Sólo eso nos faltaba! —murmuró la joven.

Aquino le tendió el catalejo y ella lo enfocó en el grupo que se movía en dirección a la ribera. Vio caballos de gran alzada, hombres de coraza, lanzas largas y armas de chispa, anchos correajes, botas hasta el muslo, rostros confusos. Al galope parejo, se metieron en el río levantando un lienzo de agua y arena; por un instante fueron solamente una salpicadura irisada, un manchón dorado por un campo de luz que los acercaba a los caballeros de

los romances que su padre le leía desde chica. Luego entraron en un trapecio de sombra que formaban las barrancas y pudo distinguir a Lope de Soto.

Bajó el instrumento con disgusto.

—Son ellos.

Y mientras descendían, Aquino dijo como al descuido:

—No pueden obligarla a darles hospitalidad.

—Preferiría no malquistarme con ese hombre —reconoció la joven, deteniéndose dos o tres peldaños sobre él.

Aquino levantó los ojos y dijo con la seguridad que da el conocimiento:

—Existen ordenanzas que prohíben a viudas y solteras sin varones mayores en la familia proporcionar dormida a hombres bajo su techo.

—Me escudaré en ellas, entonces —y en cuanto pisó tierra, ordenó a Dolores que mantuviera las mujeres adentro y que cerraran con trancas el portón de los fogones que daba hacia las barracas.

—… y con candado la reja que da al segundo patio. ¿Qué más habrá que hacer, Aquino?

—No confío en los soldados cuando vuelven de guerrear; algo se les emponzoña adentro. Emplazaré hombres en los techos y en el monte. Cuando lleguen, ya estarán disimulados. No tenemos armas, pero tenemos herramientas. Con poco más los comuneros de Castilla le dieron un susto al rey. En estas cosas, siempre pudo más la sorpresa que la fuerza.

Ella asintió llevándose la mano al crucifijo que llevaba al cuello; había pertenecido a su madre y, al tocarlo, tuvo una sensación súbita de miedo o de disgusto. Se lo quitó con prontitud y lo guardó en el bolsillo de la falda. Como estaba vestida con ropa clara y modesta y llevaba el pelo trenzado, fue a su dormitorio, se puso un traje de luto y recogió la cabellera con una redecilla.

Luego se sentó en la sala pequeña con la mano sobre el Libro de Horas y los ojos fijos en la pared mientras prestaba una nerviosa atención a los pasos que se escuchaban en los techos.

Pronto se oyó en el patio el estruendo de las botas y las espuelas, el carraspeo de los hombres y el entrechocar de los aceros. El silencio

conventual de la casa absorbió los ruidos y tuvo un efecto moderador en el maestre de campo y sus oficiales, que bajaron las voces e intentaron apagar el sonido de los metales.

Soto se detuvo en el umbral de la sala y contuvo la respiración. Nunca había visto a la joven tan bella, aunque disimulase su hermosura con un peinado recogido y un vestido por demás severo. En la mesita de apoyo se veía, abierto, su Libro de Horas. La expresión de su rostro era reservada, no la tímida pero cordial del día en que se encontraron en el camino a Córdoba. La leve impaciencia de su mirada lo turbó.

Se adelantó haciendo una tosca reverencia y un olor a cuero, a pólvora y a sudor de caballo debió herir el olfato de ella, que hizo un mohín apenas perceptible.

—Creo que no conoce a mis oficiales, señora. El teniente Iriarte y el alférez Guerrero y… ya sabe, mi escribiente.

Ella inclinó la cabeza hacia los militares, evitando mirar al estudiante y sin ofrecer la mano al maestre de campo. El silencio pesó y Soto se vio obligado a romperlo.

—Por el camino nos enteramos de su pérdida. Lamentamos lo ocurrido.

Sebastiana no hizo ningún comentario, pero advirtió que Maderos, detrás de su amo, se sonreía con malicia mientras éste, cada vez más azorado por la actitud de ella, agregaba:

—Vamos camino a Córdoba, pero no llegaremos hasta muy entrada la noche y nuestros caballos están cansados…

La frase fue cortada por el ruido del Libro de Horas al ser cerrado con un movimiento preciso.

—Siendo viuda, señor, debo rehusarles el techo de mi vivienda. —Y la joven agregó con educada inflexibilidad—: Ni las leyes de gentes ni las de la Iglesia verían bien otra cosa en este país, por si no es de su conocimiento.

Después de un tenso silencio, dio una muestra de buena voluntad:

—Los soldados permanecerán fuera de los muros y ya veré cómo conciliar la ley con la hospitalidad en el caso de ustedes. Por supuesto, están invitados a mi mesa.

—Gracias —repuso Soto con aspereza; había tenido la impresión de que le era agradable, y su recibimiento lo desconcertaba. Se tranquilizó diciéndose que mantenía las formas del luto con más severidad de la imaginable en una mujer que acababa de librarse de un marido al que debía, si no aborrecer, al menos despreciar.

Doña Sebastiana hizo un gesto a Aquino, que se había colocado a distancia de ella y de brazos cruzados.

—El señor mayordomo les indicará lo que sea menester.

Cuando se retiraron la joven indicó a Dolores, que había permanecido en el corredor:

—Dile a Aquino que mejor él duerma en la casa y les ceda su vivienda. No quiero enemistarme con ese hombre —y al oír de Rosendo que pretendían bañarse, se exasperó—: Adentro, jamás. Que vayan al río.

Al quedar sola estudió la situación. La ley decía que, siendo viuda, era dueña absoluta de su vida. Pero ¿cuán dueña de sí podía ser una mujer si tenía que moverse entre hombres determinados a hacer su voluntad, caprichosos como chiquillos pero con el vigor de un gigante, ávidos de conseguir el botín de guerra en forma de una mujer, de sus dineros, de su linaje? La respuesta, innegablemente, desanimaría a la que estuviera en semejante situación.

Apoyó el codo en la consola y se sostuvo la cabeza con la mano. Se llevó la otra al pecho, presionando bajo el seno para aplacar el latido desordenado de su corazón: tuvo la certeza, por premonición, de que un peligro desconocido para ella, pero palpable, acababa de rozarla.

Sumergido en la lagunilla, Iriarte dijo para quien lo oyera:

—Parece que le sentara la viudez a la señora…

Guerrero rezongó: «Si te gustan las abadesas»….

—La construcción es buena; ya me lo pareció la otra vez, pero hoy la miré mejor —continuó Iriarte—. Y la granja está bien atendida. Debe de ser próspera.

—Sólo ves lo que logra el empeño del labriego: mucho sudar y modesto pasar —dijo Guerrero, despectivo—. En estas comarcas no hay plata ni oro, como en los Perúes, y mucho menos gemas, como en Nueva Granada. No pensé que fueras de los que anhelan el arado en vez de la espada.

—Las cosas ya no son como antes —se quejó su compañero—. Casi todo está sometido y se nos mira con rencor y hasta con menosprecio. Diez años más y nos tratarán como a renegados.

—¿Diez años? —se burló el estudiante—. Señores, hoy por hoy, la Corona apoya a los comerciantes y a los terratenientes. No quieren saber nada con los aventureros.

—¿Te olvidas de los curas?

—Oh, no hay cuidado; los hábitos y las tonsuras perdurarán mientras haya un Estado que sostener.

—Ese Estado necesita ejércitos —replicó Soto.

—Según y cómo varía la demanda. Ahora andan en meter en cintura las espadas —se burló Maderos, haciéndoles ver—: Es mala señal cuando los que pagan cumplidos tributos comienzan a mirarnos de reojo. Los que abultan las arcas del monarca están calzados en un engranaje que no debe detenerse, y que ahora necesita colonizadores y no conquistadores. Sólo si las armas sirven para defensa de la propiedad de esas buenas gentes serán aceptadas. Por no entenderlo cayeron los Pizarro, los Almagro, los Lope de Aguirre. Hemos entrado en el mediodía de los que producen alimentos, acuñan riquezas y comercian contratos.

Una oscura angustia advirtió a Soto que el muchacho tenía razón. Al salir del agua se dijo que, de todo lo que había visto desde que había desembarcado en Vera Cruz, apenas despuntándole el bozo, Santa Olalla era, ya que no el más bello, sí el más grato lugar que le había tocado pisar.

Se dejó envolver en el lienzo por Maderos y se tumbó en el pasto amarillento a causa de la sequía. Aun siendo una tarde fresca, propia de la primavera de aquellas latitudes, el alivio de sacarse de encima la acritud del primer espasmo ante el ataque sorpresivo de los pampas, y del último, el que sobreviene del hartazgo de matar, cuando las glándulas protestaban de fatiga y ardor, hacía que el frío fuera una bendición y la desnudez un

remedio. Sólo así podía despejarse de las leguas galopadas por el desierto, de la comida agusanada, de la sed y de esa especie de vacío que se abría ante él, ya sin el señuelo de la gloria y la riqueza para espolearlo.

Al pensar en doña Sebastiana, en el perfume a flores que la envolvía, al recordar sus manos, que habían abandonado con desgano el libro de rezos, se le hizo un nudo en las entrañas. Pocas veces había sido tocado por manos como aquéllas. Desde México hasta Chile, sólo contaban para «aplacar a Eros» con las manos ásperas y calientes de las indias o las inmundas de las prostitutas llegadas de casi todos los países del mundo. De vez en cuando —como con la mujer de Zúñiga— conseguían una española que tenía más fuego en el cuerpo que el que su marido podía consumir.

Recordó las palabras despectivas de Becerra y se volvió boca abajo. Nunca pensó seriamente en matar a don Gualterio, pero comprendía que doña Alda hubiera terminado por empujarlo al crimen. No había sido sólo cuestión de lascivia, sino todo lo que significaba ella: el prestigio, la riqueza, la posibilidad de acceder a algún título; podían volver a España, le había susurrado Alda, al muy amado señorío de Álava, y allí hacer valer su matrimonio con él. Ya le compraría ancestros y limpieza de sangre, le había prometido, de ser necesario. Ella se encargaría de conseguir lo que ambos ambicionaban. «Si me convierto en viuda, paso a ser dueña de mi destino, de mi dote y de una herencia. Ni mi padre ni mis hermanos podrán conmigo», le había asegurado.

Todo se había esfumado con la muerte súbita de ella, que lo dejó —ya que no conocía la palabra desolación aplicada a sus sentimientos— como si le hubieran vaciado la cabeza y practicado un agujero en las vísceras.

La hija era de otra índole; bien tratada, podía ser una esposa dócil. ¿Qué tal sería convertirse en señor sedentario, capitán de hacienda menuda, guardabosque de aquel vergel, dueño de semejante dueña? Dormir en lecho mullido, entre sábanas perfumadas y mantas limpias. Comer a horario (y pitanza de la buena), oír el balido de las ovejas al amanecer, pidiendo ser liberadas, contar los domingos las piezas en salazón. Y recostarse noche a noche sobre la grupa de esa mujer, cubrirla con su cuerpo y engendrarle hijos: tenía mirada de madre.

Se incorporó, aceptando la ayuda del estudiante para vestirse a tiempo que oían el primer tañido que llamaba a comer.

—¿Llevamos las armas? —preguntó Guerrero.

—¿Has visto algo que te haga recelar? —lo interrogó Soto mientras se acomodaba los puños de la casaca.

—Sí; pocos peones. ¿No estarán apostados?

—¿Para qué? No somos desconocidos.

Maderos también había notado la ausencia de hombres a esa hora, que era la de volver de los campos; pensó que eso lo beneficiaría para entrar en la capilla, hacerse con unas velas y quizá con algo —que no fuera echado de menos de inmediato— que pudiera revender por unos reales.

Se pusieron en marcha, taciturnos. El anochecer, hora esperada por el labriego, no era buena para el soldado, que sentía entonces la falta de hogar, de regresar a las cosas familiares, al afecto de alguien, el disfrutar de la holganza entre paredes seguras, libre de enemigos…

La casa se veía mal iluminada; muchos faroles estaban apagados y Dolores los guió hasta un salón donde nadie los esperaba, salvo un candelabro de tres velas. «En ostentación de tacañería andamos», se dijo el estudiante y en seguida notó que faltaba la platería. ¿Habría tenido que entregarla para cubrir las deudas del marido?

Se escucharon voces y apareció Aquino con un indio joven que llevaba una tea; los guiaron hasta el comedor, mejor iluminado, donde la larga mesa había hecho pensar a Soto, en su anterior visita, que don Gualterio —o quizás Ordóñez— había tenido ambiciosas aspiraciones de descendencia.

Doña Sebastiana, sentada a la cabecera, les indicó sus lugares y Maderos se encontró de pie y sin asiento, pues ni su desparpajo le permitía ocupar la otra punta de la mesa, donde la ausencia de vajilla advertía que, aunque difunto, el lugar del consorte no podía ocuparse.

—Pensé que vuestro ayudante comería con los soldados, señor Lope de Soto —le hizo ver ella.

El maestre de campo vaciló, pero esta mujer que había revivido en él aspiraciones que creía desvanecidas lo obligó a aceptar la situación y hacer un gesto vago hacia el estudiante.

Maderos enrojeció, incapaz de reaccionar. Ante el desinterés de todos, dio media vuelta y siguió a Rosendo con un nudo en la garganta, prometiéndose que llegaría el día en que aquella gata relamida pagaría por sus desaires.

OceanofPDF.com

19. Del pájaro-alma

«El primero de los testigos dice «que conoce a la India Pasquala de quien sabe que es hechicera y que con su pacto con el Diablo y encantos que forma se dice que a muerto a muchos…». En esta declaración se ve cómo el fenómeno alucinatorio puede dar origen a que no sólo la víctima, sino también los circunstantes den carácter real a las imágenes que lo forman.

Julio López Mañán

Prueba testimonial en la superchería. Justicia Criminal Tucumana del siglo XVIII

OceanofPDF.com

Santa Olalla
Octava de todos los Santos
Primavera de 1702

Durante la comida, Iriarte, que tenía cierta cultura, interrogó a la propietaria sobre los lienzos que había visto en la primera sala.

Soto, con el plato lleno, miraba a hurtadillas a la dueña. ¡Vaya si era angélica, con esos huesos finos y esa piel de leche y durazno! El cabello rojizo le enmarcaba el rostro de ángulos suaves y las cejas parecían estirarse sobre los ojos profundos y esquivos. Tomaba la comida con delicadeza; la copa no parecía pesar en su mano, los alimentos desaparecían en su boca sin mancharle los labios. Él, a quien el estudiante reprendía por sus descuidados modales, lamentó no haberlo escuchado.

Tenía la dama, además, un cuello grácil, y ahora que había recuperado salud, los hombros y el pecho se redondeaban agradablemente bajo la tela. Su cintura y su espalda eran irreprochables, y la vez que la había escoltado hasta la ciudad le había mirado los pies: eran pequeños, y el tobillo, fino.

Se le nubló la vista de deseo. Podía tomarla por la fuerza, sus hombres y él bastaban para doblegar a los rústicos. Si había indios, la experiencia le decía que huirían antes que enfrentarlos, ¿qué podrían hacer, si hasta las armas les estaban negadas?

Por un instante se recreó en la idea, pero la cordura se impuso y le tomó una suerte de malestar. No había dónde esconderse; el brazo del rey era largo y la maquinaria de su justicia pesada, pero de fina molienda. En caso de no ser detenidos, les aguardaban años de vivir proscriptos y sólo la horca en el horizonte.

La avidez se atemperó. Ya desvanecidos los sueños de conquista para un rey la mayor parte de las veces injusto y siempre olvidadizo y mal aconsejado cuando de recompensar a sus capitanes se trataba, lo que tenía a la vista —la joven, la finca, el ganado— lo tentaba como el más rico tesoro.

Entró en estado de bienaventuranza al notar que a la carne estofada le habían agregado legumbres, al probar el vino espeso y rojo, al sentir el pan tierno oliendo a levadura fresca y el agua, dulce al paladar.

—¿Le gusta Góngora, señora? —oyó decir a Iriarte.

—Prefiero la meditación a la poesía. San Ignacio y San Jerónimo son mis preferidos —y volviéndose a Soto, la joven preguntó—: ¿Y cuál es su gusto, señor maestre de campo?

Con la cuchara en suspenso, Soto vaciló.

—No sé de qué hablan —se sinceró sin avergonzarse de su ignorancia; era un militar y lo que de él se esperaba que supiera, lo sabía. Guerrero, el alférez, rió.

—Al maestre de campo sólo le interesan ordenanzas y partes de batalla.

—Que maldito si sé por qué nos obligan a escribirlos —gruñó el aludido—, pues si la batalla se ganó, no importa cómo, y si se perdió, menos aún.

El postre, trozos de sandía en almíbar acompañados con los famosos quesillos, les supo a manjar.

Lope de Soto quedó pensando en aquel idolillo de oro —escamoteado en secreto a la parte del rey— bautizado por los curas como «El Señor de la Mazorca». Suficiente para tramitar alguna cesión de tierras, la probanza de sangre, asegurar el desposorio con una mujer como aquélla… siempre que diera con un cambista que quisiera correr el riesgo de reducirlo.

Si doña Sebastiana no aceptaba casarse con él, le quedaba el recurso de raptarla —sin que hubiera ofensa física— y cuando se armara la de San Quintín, proponer a la Iglesia y a las autoridades salvar el agravio remediándolo en matrimonio.

Por más que jurara que le había guardado respeto, imposibilitaba la certeza la falta de virginidad de ella. Lo sabía porque Maderos había averiguado que, en caso de rapto, debido al dilema que podía plantearse si

la mujer era casada o viuda, la ley aclaraba que sólo correspondía prisión «al que forzare o robare mujer virgen o religiosa de monasterio». Ignoraba qué sucedía en los otros casos.

La Iglesia no podía obligarla, pero sí presionarla o convencerla de que salvara la situación mediante decorosas nupcias, pues eran las mujeres las instigadoras de la pasión en los hombres que, siendo débiles, se comportaban salvajemente, tentados más por la seducción femenina que por su mala naturaleza…

Mientras él rumiaba todo aquello, concluyó la cena. Doña Sebastiana mandó por Aquino para que les indicara dónde pasarían la noche y desapareció antes de que ellos terminaran de limpiar y enfundar los puñales. Cuando salieron, ya no se distinguía la luz que la guiaba, y tuvieron que seguir al candil con capucha que alzaba Aquino.

Olvidados de Maderos, los militares desembocaron en un zaguán de bóveda y bajaron tres escalones hasta una arcada de puertas dobles. Al cruzarlas, entraron en un patio mediano donde varios cuartos hacían esquina con los altos muros de cal y canto que lo limitaban; por las estrechas ventanas distinguieron la claridad de candiles encendidos.

Aquino señaló un portalón que se abría en el muro:

—Por ahí salen a descampado.

—¿Y mi ayudante? —inquirió Soto—. Necesito de sus servicios, así que búsquelo.

El otro le concedió una sonrisa socarrona.

—Mande a sus hombres —sugirió.

Pero no hizo falta que los oficiales se aviniesen a aquel servilismo, pues en ese momento llegó el estudiante con el morro fruncido y escoltado por el indio que ya habían visto.

—¿Qué pasa, Rosendo?

—Trató de meterse en el oratorio.

—Muchos funcionarios no verían con buena disposición este abuso, señor capitán —le advirtió Aquino—. En algunos casos, las leyes consideran al amo tan culpable como al sirviente, especialmente si el amo fue instruido sobre la posición legal de las mujeres solas o viudas —y

propinó un empujón al muchacho, arrojándolo sobre Soto, que, haciéndole a un lado, desenvainó el puñal. Iriarte se interpuso levantando las manos.

—Señor —terció—, reconozca que Maderos es bastante descarado, y no espere que los demás le aguanten lo que usted suele permitirle. La hospitalidad que nos han brindado merece el mayor respeto. Mayordomo, olvidemos el caso.

Aquino hizo un gesto a Rosendo y se retiraron cerrando las puertas tras ellos.

Iriarte y Guerrero se acomodaron en la primera pieza y Soto y el estudiante tomaron el dormitorio, que parecía la celda de un monje.

—Ni que fuera cartujo —masculló el maestre de campo, comprendiendo que era el de Aquino. Sobre la sencillísima cama, se veía una cruz de ramas con una corona de espinas naturales; al lado del lecho, un cajón con libros muy manoseados: los Evangelios, las vidas de San Francisco de Asís y San Isidro Labrador, los escritos de Santo Tomás de Aquino, el Diálogo de la Lengua de Valdés y los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola.

Maderos intentó abrir un arcón, pero estaba con candado.

—Deja —se impacientó su patrón—. ¿Qué pasó que te cogieron como a cortabolsas?

—Quise subir a la torre para ver si habían apostado hombres —mintió —. Creo que el indio estaba de guardia.

—¿Y qué? Ya ves, podrías haber sido un ladrón detrás de los candelabros. ¿O debería decir de los cirios? —se burló.

El estudiante intentó justificarse, pero el otro lo cortó con un:

—Acaba con eso. Prepara donde echarnos.

Maderos obedeció y después, aún resentido, salió a aliviar la vejiga. Cuando regresó, les advirtió:

—La puerta por donde entramos ha sido trancada desde el otro lado.

—¿Nos han encerrado? —se enderezó Guerrero.

—No, puesto que podemos salir por los portones del muro. Ya lo comprobé.

—Sólo se han mostrado cuidadosos. La ley suele ser rigurosa con las mujeres cuando no hay hombres de la familia en la casa —los tranquilizó Iriarte.

Soto terminó por echarse en la cama, saboreando un cigarro de hoja que le había armado Maderos. La severidad de la conducta de doña Sebastiana le encendía el deseo casi tanto como la voluptuosidad de doña Alda. Volvió a pensar, a través del humo, en la estatuilla de oro y sus posibilidades.

—Maese Lope —susurró el estudiante cuando hubieron cerrado la puerta que los separaba de los otros—. Hay algo en el aire.

Él prestó atención, pues sabía que Maderos no era tonto.

—¿No será… —y el muchacho dejó pesar la malevolencia antes de agregar— que Aquino mató a don Julián?

—Deliras —respondió su patrón—; ¿qué arte o parte tiene que ver ese hombre en todo esto?

—No es la primera vez que el resentimiento y la codicia…

—¿Resentimiento, codicia? ¡Por Cristo, estas tierras de ningún modo hubieran llegado a ser del mayordomo!

—Por la mujer de Urías mató el rey David…

El maestre de campo tomó al estudiante del cuello arrojándolo del catre.

—Eso, ni en tus pensamientos —dijo con fiereza, plantándole los dedos en la cara y empujándolo hacia el suelo.

—No, si de la señora no lo pienso —lo calmó Maderos, viendo que iba por buen camino—. Quizás el hombre se conforme con servirla como perro guardián. ¿Cómo puede impedir ella que la ame?

—Estuvo por meterse a fraile.

—Yo me preguntaría por qué no lo hizo.

Después de rumiar aquellos argumentos, Soto aclaró:

—Si es como sospechas, que él tuvo algo que ver con la muerte de Ordóñez…

—Y la desaparición de la india. Yo creo que ambas cosas van juntas, puesto que juntas han despejado el camino al mejor vivir de la señora.

—Poco me importan indias y mestizos, pero por lo de don Julián, habría que llevarlo a la justicia.

—¿Y enlodar el nombre de la mujer con la cual usted podría casarse? Más de un malvado dirá que ella lo azuzó.

—¿Entonces…?

—Lo más práctico sería sacarlo a perpetuidad del medio.

El maestre de campo lo pensó unos segundos.

—Sea —barbotó—, pero después de casarme con ella.

—Habría que prevenir que no impida la boda. Ya ve usted lo de hoy, cuando le recriminó sobre la ley de hospitalidad. Podría convencer a la señora de que haga una denuncia…

Maderos volvió al catre y, sonriendo en la oscuridad, acomodó las mantas.

—Hasta resolver el dilema, hemos de encubrir el pensamiento. Si él fue artífice del fin de don Julián y de la india, es de cuidado, tanto por las luces con que lo pergeñó como por la frialdad con que lo ejecutó y burló a los ujieres.

Lope de Soto perdió el sueño a pesar del cansancio; por primera vez, y a través de las palabras del estudiante, tenía un plan que le aflojaba el manojo de disconformidades que le emperraba la existencia.

Maderos, en cambio, se dejó acunar por las expectativas de los dones que le llegarían por mano de doña Sebastiana. «Mucho te va a costar la cena de hoy. Llegarás a desear que tu marido no hubiera muerto», fue la promesa con que se durmió.

En los fogones, mientras las más jóvenes terminaban de limpiar, Dolores y Rafaela, sentadas lejos del resplandor de los candiles, tomaban mate mientras la india supervisaba el trabajo.

Las dos mujeres hablaban en voz baja sobre la mujer acusada de artes diabólicas que, desde hacía días, era el comentario de los lugareños.

—Dicen que era de oír cómo se quejaba la negra; le han sacado de la boca, de los párpados de los ojos, de los oídos, de los agujeros de las narices y de otras partes mejor no nombre, unas espinas de hasta de cuatro y cinco dedos de largo… El Norberto Ledesma fue a asistirla, y dijo que la

mujer estaba en su enterito juicio, pero que veía a la bruja dándole vueltas, y que le ponía ataditos de espinas y de trapitos en el cuerpo; y cuando buscaban, los hallaban, sin que nadie más que la infeliz pudiera ver a la malvada.

—¿Y qué le habrá hecho la negra para que Pascuala se tome esa venganza? —preguntó Rafaela.

—Nadie sabe; pero se me hace que le andaba arrastrando el ala al hijo de la india, y no querría ella, pues, que se le desgracie el muchacho casándose con un negra que a más, cuando tuvieran hijos, serían esclavos… Porque así me dijo Aquino: hijo de esclava hembra, nace esclavo por más que el padre sea libre o español.

Pensando en Rosendo, Dolores rascó la madera de la mesa.

—No sé; una por los hijos hace cualquier cosa.

—¡Qué verdad! —susurró Rafaela—. Ese debe ser pecado que Dios perdona, porque las madres están para eso, para proteger a sus hijos…

Permanecieron inmersas en el ruido de la vajilla, de las protestas y risas de las muchachas.

De pronto, sobresaltándolas, un lechuzón entró por la puerta levantando el griterío de todas.

—¡No miren, no miren! —les advirtió Dolores, porque era de mal agüero encarar a aquel pájaro, pero Rafaela se puso de pie impulsivamente y tomando un atizador, intentó voltearlo.

—¡No! —gritó Dolores, manoteándole la muñeca—. ¡Puede ser el alma de la Eleuteria que ha venido a vichar!

—¡Con más razón he de matarla! —forcejeó Rafaela.

El pájaro planeó una vez sobre ellas, dos por la habitación, y ante el silencio aterrado de las agachadas —que se protegían las cabezas con brazos y delantales— escapó guiado por la corriente de aire del respiradero del techo.

Mientras se enderezaban, se oyó decir a Carmela: «Entón, ¿será que la Eleuteria tá muerta?».

Con la voz sostenida en un solo temblor, había expresado las sospechas de muchos.

OceanofPDF.com

20. De los motivos de las mujeres para casarse

«Entre las iglesias y capillas que han llegado a nuestros días puede seguirse, paso a paso, la evolución y enriquecimiento de las formas constructivas y se percibe… la colaboración del aborigen, no sólo como obrero que cumple directivas, sino como artífice que deja huellas inconfundibles de su modalidad y estilo».

Antonio Lascano González

Monumentos religiosos de Córdoba Colonial

OceanofPDF.com

Anisacate - Córdoba
Tiempo de Navidad
Verano de 1703

Becerra dejó que sus hombres se adelantaran y antes de iniciar el descenso hacia Córdoba, se detuvo al borde de la cima. Adelante, en el último oeste, el cordón montañoso ganaba altura y podía distinguir la tierra de los Garay, con sus abruptos potreros de encerrada, el río Espinillo y el arroyo llamado «de los morenos» cruzándola de través. Ahora eran hilos de agua, pues una sequía obstinada, de varios años, había menguado hasta el flujo del río.

A mitad de camino entre la sierra y el llano, se levantaba su nueva casa. Se habían aprovechado tapiales del primer fundo y el emplazamiento armonizaba con una región que le despertaba un fuerte sentido de pertenencia. Altas sierras circundaban una llanura angosta donde se asentaba el edificio; algunas eran escarpadas y boscosas, otras serenas y apacibles, todas eran rocosas.

El río Anisacate corría sobre un fondo de arena y piedra; estaba lo bastante lejos para que durante la época de crecida no lo molestara, pero lo suficientemente cerca para abrevar el ganado y facilitar los pozos surgentes.

El diseño arquitectónico del hermano alarife era sobrio y hermoso. El padre Thomas, al visitar la obra, le dijo con genuina admiración:

—Su casa posee una armonía singular, no creo encontrar otra semejante en ningún lugar del mundo.

Y Becerra se sintió feliz pues el jesuita no la alabó por monumental o costosa, sino por su belleza, llena de fuerza y sencillez. Satisfecho con ella,

se preguntó cómo pudo vivir anteriormente en la incómoda precariedad de las taperas.

El cuerpo principal de la construcción terminaba en unos escalones que daban a una explanada —invención del arquitecto— contenida por un pretil de setenta centímetros de altura. La última habitación abría hacia allí una ventana suavemente barroca, por la que se podía contemplar, debido a la elevación del terreno, el río, sus márgenes, las arboledas que lo denunciaban y las buenas tierras de labranza que se estiraban hacia el bajo. Al otro extremo, una galería alta con asientos de mampostería formaba un mirador que llamaba a la contemplación del paisaje que contenía, como entre dos manos ahuecadas, la estancia.

Pegado a aquel corredor sobresalía el oratorio, con coro alto y sacristía. La nave, en el frente exterior, tenía un cobijo de arcos gruesos que reparaba de la lluvia o del sol excesivo. Las campanas aún no habían sido traídas de la fundición que los jesuitas tenían en Alta Gracia; se colocarían en la torre —levantada del lado en que se leía la Epístola—, a la que se llegaba por una escalera externa que comunicaba con el coro. El oratorio tenía dos cruces: la del frontis y la de la torre, que era veleta.

La nave terminaba en un retablo de madera tallado y pintado por los indios de Alta Gracia; el padre tallador le había recomendado a uno de sus discípulos y la orden había tasado apreciativamente la paga del artesano.

El confesionario y la balaustrada del coro tendrían que esperar pues los carpinteros de la Compañía tenían muchos encargos y estaban atrasados.

Cruzó la pierna sobre la montura mientras pensaba en conseguir cuadros e imágenes religiosas, especialmente la del santo patrono, San Esteban.

A la izquierda, contempló las tierras de Calamuchita que se abrían paso entre las sierras, iluminadas por la magia del amanecer de verano. El canto de los pájaros había llegado a su máxima intensidad y él, con un movimiento de muñeca y una suave presión de las rodillas, hizo que el caballo diera media vuelta para encarar el camino que costeaba Alta Gracia.

Quería amueblar San Esteban; aunque el año no había sido bueno, tenía el dinero de la venta de mulas y de hacienda y según avanzaran los meses, terminaría de mejorar lo que quedaba pendiente. Al aljibe se le había

colocado el brocal de mármol verde con nervaduras de oro, y siempre que recorría el patio pensaba en cuánto le gustaban a Sebastiana las plantas y las flores, y cómo embellecería aquel lugar con su ingenio.

Lo animaba el deseo de que viera la casa que podría ser su hogar, que tomara decisiones y se encaprichara, incluso, con cosas que él no aprobaba. «Le concederé lo que me pida», suspiró.

La habitación que daba al pretil —la de la bonita ventana— la construyó después de la muerte de Julián, con la intención no expresada de que fuera de ella —si aceptaba casarse—, para que pudiera refugiarse, estudiar, leer, hacer labores o lo que se le antojara. Encargaría dos bibliotecas de madera del Paraguay, o las compraría a alguna de las órdenes; recordaba que había visto en el Monserrat hermosos armarios con cerraduras de bronce y puertas encristaladas, y otros, menos adustos pero igualmente hermosos, en San Francisco. Y si Sebastiana quisiese aprender música, ya vería de conseguir una espineta-clavicordia como la de la Reducción de Yapeyú, según había oído, traída de Alemania por el padre Sepp. Quizás el padre Lope de Melo o alguno de sus discípulos se avinieran a enseñarle las primeras notas.

Él intentaría escribir, posiblemente sobre la historia y la genealogía de su familia en España y en América; al igual que a Marcio Núñez del Prado, le gustaba desentrañar linajes.

Pero si las cosas no salían como él quería, continuaría soltero y armaría en aquella pieza su librero, una habitación de complacencias secretas, dominio de la poesía, la meditación, la filosofía, las comedias y los viejos romances… Un lugar adonde no llegara el Santo Oficio.

Con malhumor, recordó su reacción al destruir los libros antes de que los examinaran. «Mejor quemados que en manos de esas rémoras del obscurantismo», se ofuscó. Conseguiría otros, pero… «mis notas, las que me recordaban la emoción con que los leí por primera vez, las que me ayudaban a reflexionar, las que ponían un llamado de atención sobre trozos de lectura que me parecían excepcionales… ésas son perdidas», pensó esta vez con amargura.

Si Sebastiana aceptaba, que fuera aquél un lugar de gracia por donde mirar al jardín de desniveles, donde ella cultivaría sus flores y sus plantas de olor. Le construiría una acequia para que el sonido del agua la entretuviera, y un pilón de piedra sapo para que los pájaros bebieran a su vista. Allí gozaría de la serenidad que se merecía, permitiéndole trabajar en amor y alegría, recuperar el candor…

Quizá para la primavera, cumplido el año de viudez, Sebastiana se mostrara más accesible. No deseaba imponerle su presencia, pero una inquietud dolorosa lo mantenía alerta. Doña Saturnina le había dicho que si se descuidaba, su sobrina se casaría con otro, y Marcio Núñez del Prado, muy en familia, comentó que al parecer Lope de Soto tenía sus esperanzas. Recordando las veces que la joven había permitido al maestre de campo escoltarla, acompañarla y hasta recibirla en sus brazos por algún desmayo, llegó a la inquietante consideración de que quizás ella no mirara con tan malos ojos a aquel hombre.

Que hubiera sido amante de Alda y ahora pretendiera desposar a Sebastiana le repugnaba como si de incesto se tratara, y no hallaba cómo hacerle conocer la infamia de su madre y de su potencial pretendiente sin ofenderla.

Aquel día regresaba a Córdoba para hablar nuevamente con el padre Thomas, amén de ver si estaban bien las mujeres de la familia y discutir con doña Saturnina sus proyectos.

Cuando llegó a la casa solariega, sus sobrinas salieron a recibirlo con exclamaciones de alegría; lo primero que le dijeron fue que Sebastiana estaba en la ciudad.

Desde que Sebastiana llegó de Santa Olalla, Lope de Soto, que venía cortejando a don Gualterio con atenciones que el caballero apenas toleraba, no demoró en presentarse en la casa de los Zúñiga.

La joven lo había evitado varias veces, pero llegó el día en que él, con disimulada prepotencia, apartó a la criada y entró hasta los corredores, dirigiéndose a la sala donde don Gualterio y su hija estaban entretenidos, él

en traducir del castellano antiguo un pergamino agujereado, ella en una labor de pasamanería.

Fue el perrito de la joven el que alertó a Brutus con su agudo ladrido; el mastín se enderezó desde los pies del amo, y con un gruñido sordo lo recordó como intruso.

Al levantar la vista, Sebastiana tuvo que hacer un esfuerzo para que no se le nublara la expresión y don Gualterio puso con renuencia la mano sobre el collar de Brutus que, erguido, siguió gruñendo en tono más bajo; aunque no se movió de su lado, resultó evidente que, si no fuera por la contención del amo, hubiera atacado al visitante.

Padre e hija recibieron al maestre de campo con poco entusiasmo, pero éste, decidido a imponerse, lo pasó por alto. La conversación que siguió fue dificultosa hasta que sonó nuevamente el llamador y avisaron al anciano que había llegado el hermano Hansen.

Don Gualterio se retiró para que le limpiara unas llagas que tenía en la espalda y Soto quiso acercar una silla al sillón de Sebastiana, pero el mastín, con un lamento de advertencia, lo obligó a quedarse donde estaba. De todos modos, inclinándose hacia ella, el maestre de campo le confesó que, tan lejos como estaba de su patria, se sentía extremadamente solo.

La joven, molesta ante la proximidad de él, no levantó los ojos de las perlas que estaba enhebrando, pero retrucó:

—Es una soledad de muy larga data entonces, puesto que dejó usted su patria hace al menos veinte años.

—He pensado en casarme…

—Seguramente su confesor lo aprobará —dijo ella anudando las perlas al corselete de la Virgen Niña, una graciosa talla de vestir calzada con sandalias de plata.

Al ver que se resistía a prestarle atención, él estiró la mano, morena y pesada, con la determinación de ponerla sobre la de ella, pero la actitud alerta y amenazadora del perro y el retraimiento brusco de la joven lo obligaron a detenerse.

—Escúcheme…

—¿Qué desea? —contestó ella con sequedad.

—Reparar los errores cometidos.

—Enhorabuena, pero es algo que no me incumbe.

—Me refiero a…

—No deseo saber nada de su conciencia.

—Pero lo sabe, mal que me pese por indiscreto y pecador.

—En ese caso, no debería permitirle que entrara en mi casa —se molestó ella—, y mucho menos que me hablara.

—Señora, comprendo lo que siente, pero no me juzgue antes de escucharme.

—Lo siento, señor; ya lo he juzgado.

—Entonces impóngame una condena y absuélvame cuando la cumpla. Hasta Dios perdona si hay arrepentimiento.

—Verdadero arrepentimiento.

—… y para reparar el insulto que le hice llevado por mis debilidades, le suplico me permita poner mi persona a consideración de usted; soy dueño de algunos dineros y tengo en vista excelentes negocios. He pensado en renunciar al cargo e iniciarme en la trata de negros, que es lucrativa por estas tierras.

Y sin reparar en el desagrado que traslucía la expresión de Sebastiana, agregó mirándola a los ojos:

—Soy un infeliz sin familia que desea iniciar una vida más recta, con una esposa y un lugar donde reclinar la cabeza.

«No será en mi pecho», pensó ella poniéndose de pie y acercándose al perro, que se mostraba inquieto; lo sujetó de la cogotera y lo encerró en la pieza contigua.

—Si usted no alcanza a comprender por qué me repugna su amistad —dijo al volver—, es que no tiene la sensibilidad que yo espero de un hombre.

—No me rechace de plano —replicó él con impaciencia—. Hable antes con el padre Cándido, que es mi confesor y el suyo; sé que la aconsejará mejor que nadie; él puede atestiguar que lucho por superarme mediante la penitencia.

—¡El padre Cándido!

Ella se volvió, pálida, hacia él. Se le extravió la mirada, pareció que iba a decir algo y calló, bajando la cabeza. Para cuando levantó los ojos, había recuperado el dominio de sí.

—Mi cristianismo me obliga a escucharlo, pero no a aceptarlo, señor. No obstante, prometo pensar en su pedido. Ahora, prefiero que se retire.

No queriendo tensar su buena suerte, él recogió la capa y el sombrero y después de una profunda inclinación pasó a su lado rozándola con el pecho; aquel contacto, hecho como al descuido, solía encender a muchas mujeres.

Ahogada de furia, con el corazón desbocado de asco, Sebastiana cerró la puerta con llave y apoyó sobre el tablero los puños, apretando contra ellos el rostro. ¡Tener que escuchar semejante proposición de un patán bruto, feroz y licencioso!

Se tiró sobre el gran sillón con los ojos llenos de lágrimas, recordando a su primo Raimundo como si lo hubiera conocido desde la niñez, como si lo hubiese amado por toda una existencia.

Secándose las lágrimas, pensó que en pocos días se celebraría uno de los dos San Raimundo del santoral, y se prometió renovar en el altar familiar las flores y las oraciones ante la Virgen Niña, que estaba restaurando, testigo de su juramento de amor.

Recién abrió la puerta cuando, más tarde, oyó a su padre despedirse del hermano Hansen en el zaguán.

Poco después de llegar, Becerra se presentó en la Compañía, dispuesto a hablar con el padre Thomas: meses atrás le había confiado sus sentimientos, pareciéndole que el sacerdote no miraba mal sus propósitos.

Contrario a lo que esperaba, no lo halló en la botica, pero le dijeron que seguramente estaría en la librería; lo encontró en la trastienda, ocupado en colorear unas láminas de plantas y flores para el libro de botánica medicinal del hermano Montenegro.

Como ambos eran hombres de discreción pero enemigos de rodeos, Becerra le manifestó, después de las consabidas cortesías, su temor sobre las posibilidades de Soto con respecto a Sebastiana.

—No es sólo mi interés personal —confesó mientras observaba los dibujos explicitados en latín en los que trabajaba el médico—. En verdad creo que ese hombre no es adecuado para ella. Y mal habla de su catadura moral el… su…

Calló el adulterio de doña Alda, pero el sacerdote, discreto, se ajustó los anteojos de pinza al caballete de la nariz y le aseguró que por el momento no veía en su sobrina intenciones de concretar otra unión.

—… mucho menos con un hombre violento o que vive de la violencia.

Como estaba delineando con el pincel uno de los dibujos, se tomó tiempo para advertirle:

—Las mujeres suelen casarse por huir de sus hogares si les son ingratos, o para que no se diga que quedaron solteras; a veces lo hacen por escapar de la pobreza, impulsadas por la codicia o llevadas por la pasión amorosa. Ninguno de estos casos es el de doña Sebastiana. Puedo asegurarle que no tiene por ahora inclinación alguna para volver a tomar estado, ni he visto en ella siquiera el anhelo de anhelar, como tantas mujeres que se lamentan no tanto de no ser amadas, sino de no amar a nadie, ansiando encontrar un objeto de adoración que las atormente.

Había enderezado la espalda y sus facciones cansadas, pero fuertes e inteligentes, se oscurecieron en alguna confusión.

—Debe entender, don Esteban, que ella no es la chiquilla que conoció. El dolor la ha vuelto juiciosa y encerrada en sí misma. Puede atenderos con amabilidad, pero hay un muro invisible que debemos respetar. Todavía piensa que más feliz estaría encerrada en el monasterio que encerrada en el matrimonio. Presiento que en ella se han secado las funciones físicas, y algunas anímicas, del amor. Así que… —calló al hacer un trazo rojo sobre la flor de ceibo que había dibujado el hermano Montenegro—; así que, mi buen amigo, lo que debe preguntarse es si está usted preparado para atar su existencia a una joven posiblemente incapacitada de por vida para entregar su cuerpo a varón alguno y que quizá no pueda darle hijos después de lo que le sucedió.

Y cambiando de pincel, pintó una hoja de un verde claro remarcado por otro más oscuro.

—Pero si fuera posible que ella amara —lo alentó—, usted debería ser el elegido por razón y corazón.

La conversación murió allí; Becerra se interesó por el trabajo que hacía el científico, inquirió sobre el pleito con el obispo Mercadillo por la Universidad de Santo Tomás y después de despedirse, al levantar la cortina que los separaba de la tienda, se llevó por delante a alguien: era el ayudante del maestre de campo, que, muy cerca del arco que separaba ambas habitaciones, parecía anormalmente ensimismado en una de las mesas de libros.

Perturbado por lo que consideró un desembozado fisgoneo, don Esteban no atinó a disimular su malestar y el muchacho, como si recién lo advirtiera, se quitó el birrete, apretándolo contra el pecho con burlona respetuosidad. Luego abandonó la tienda bajando de a dos los escalones y Becerra creyó notar que deslizaba un libro dentro de su deslucida casaca.

Se asomó a la vereda luchando con el deseo de darle alcance, pero el muchacho se alejaba rápidamente; al llegar a la esquina, lo vio volverse, en los ojos una expresión aviesa, para constatar que él seguía allí, como un tonto, sabiendo que la conversación —que debió ser privadísima— había sido escuchada por la astucia y la venalidad del joven.

OceanofPDF.com

De las confesiones

OceanofPDF.com

… Cuando llegó la justicia, noté con espanto que en el apuro de huir de la bodega había olvidado bajo la puerta el machete que aquella noche, más temprano, me había mandado Aquino.

Estaba en la galería alta, paralizada y mirando las ruinas tiznadas, pensando si sería prudente recuperarlo, cuando vi que Aquino, que recorría el lugar con el juez, se agachaba y lo levantaba del suelo. Debía tener una marca que nunca noté, pues de inmediato, aunque discretamente, volteó a mirar hacia donde yo estaba. Es un hombre que rara vez trasluce lo que siente, pero alcancé a ver la expresión de extrañeza antes de que pudiera borrarla. Luego, sin dejar de conversar lo arrojó en un rincón como al descuido.

Yo volví a la pieza de labores e hice venir a las criadas. «Empezaremos la Novena de Ánimas», les aclaré, pensando que en cualquier momento el juez podía cruzar el umbral y detenerme, aunque no veía con qué pruebas.

Se presentó más tarde, sí, pero sólo para decirme que me libraría del interrogatorio, pues todo estaba muy claro.

Cuando por fin acabaron su desempeño, hice llamar a Aquino y, como se había demorado en el campo, se presentó al oscurecer, mientras yo comía. Venía sin sombrero, comprendí que por no llevarlo servilmente en la mano.

Le indiqué una de las sillas del rincón, pero él rehusó aquella familiaridad. Se mostraba pulcro, seguro de su integridad. «Estando en mi caso, Aquino —le pregunté—, ¿temería algo de la indagatoria?».

Había hecho poner otra copa junto a la mía y aunque yo sólo bebo agua, el botellón de vino de Caroya que nos mandan los jesuitas presidía la

mesa. Con mis propias manos serví una copa mediada y se la alcancé. Se turbó y murmurando las gracias —más por mi gesto que por el vino, porque lo sé temperante—, lo paladeó y contestó: «Puede usted continuar con su vida, doña Sebastiana, que yo atiendo lo que sea necesario. Nadie vendrá a molestarla».

Dejó la copa sobre la mesa y se retiraba cuando recuperé la voz y lo llamé. Él se detuvo y dijo: «Ordene usted».

«Ojalá se halle bien entre nosotros, pues sé que más feliz estaría de hábito», le agradecí.

«Estoy donde debo estar», replicó y con gesto huraño, pero gentil, se perdió entre las sombras del patio.

Oí a Dolores siguiéndolo para trancar la puerta que da a sus habitaciones y, antes de que se apagara el ruido de los cerrojos, tomé la copa donde había bebido y puse los labios donde los suyos habían tocado el cristal. También yo probé el vino…

Cuando regresó Dolores le pregunté: «¿Será prudente desprendernos de las cosas de don Julián?».

«Nadie puede poner peros a la caridad —me hizo ver—. Podría mandarlas a Altagracia, que siempre andan escasos de ropa para los pobres». Después me advirtió: «Ya volqué la chicha que encontré por ahí; a la tierra le gusta la chicha casi tanto como la sangre».

«¡Cuán traidores son los vicios con sus esclavos!», pensé, pues todo el vino de mi padre no alcanzó para apagar las llamas que consumieron a don Julián.

Me retiré a dormir con una rara inquietud. El compartir mi secreto con Aquino —ahora él sabía que en algún momento yo había ido a la bodega— me la encendió.

En cuanto al entierro de don Julián, se siguieron los ritos exigidos y también los innecesarios. Ante la fosa cavada en el piso de las Teresas, de la que ascendía un olor a podredumbre que nos obligó a taparnos la nariz con los pañuelos, vi bajar el cuerpo de mi marido envuelto en un lienzo para que la descomposición lo integrara rápidamente a la tierra.

Volvimos a casa y me recluí en mi dormitorio pues no deseaba recibir más pésames. Ya habría tiempo para seguir rezando por su alma, que era lo único que le debía.

Rafaela fue a llevarme acíbar para aliviar el dolor de las quemaduras y a mí me tomó un sofoco de risa. Temiendo que me escucharan las criadas, me cubrí el rostro con la falda mientras ella, a mi lado, se reía en espasmos silenciosos, hacia adentro.

Cuando conseguí contenerme, me sequé los ojos y dije: «Ella decía que él hedía como jabalí. Lo despreciaba de todas las formas posibles… ¡y yo he conseguido que descansen cabeza a cabeza, tobillo a tobillo, como amantes, como recién casados! La más soberbia de las hidalgas está tendida al lado de ese corrompido de uñas sucias, de aliento carnicero, de criadillas peladas y trasero velludo».

A Rafaela le hicieron gracia mis palabras: «¡Buen susto se llevarán el Día del Juicio, cuando resuciten acostalados uno del otro!».

Echándome en la cama, pensé: «Estoy a salvo, estoy a salvo, estoy a salvo» y respiré profundamente.

Cuando regresé a Santa Olalla supe que algunos me achacaban la desaparición de Eleuteria y sus hijos, pero no me importó. Sólo me preocupaba el padre Thomas, pues me di cuenta de que tenía dudas (aún hoy ignoro el porqué) sobre la muerte de mi madre y de mi marido.

Más adelante me visitó en Santa Olalla; me confesé diciéndole la verdad: que no lo había dejado entrar en mi pieza porque le temía cuando estaba ebrio.

Luego dimos un paseo y, sabiendo que había notado las matas de sardonia, me dirigí al lugar como por casualidad e hice el gesto, tan común en las mujeres, de llevarme unas flores a la boca. Se afligió, me ordenó escupirlas, me dio consejos… pero se guardó de decirme la capacidad de matar que tiene aquella planta. Para mi gobierno entendí que, si borré algunas dudas, él tenía aún las suficientes para preferir que yo no supiera demasiado sobre el tema, así que entendí que de ninguna manera debía enterarse de los libros que me dedicaba a estudiar.

Por aquel tiempo, a veces, de noche, sacaba la tabla donde había anotado el nombre de mis ofensores, pasaba el dedo sobre la tinta empastada con que había tachado los dos primeros y luego observaba el siguiente. Era el más temible y mientras el rencor me aguijoneaba a hacer algo contra él, mi instinto me advertía los peligros que podía correr en cuerpo y alma: envenenar a una mujer concupiscente o dejar morir a un depravado de malos instintos no es lo mismo que matar a un hombre dedicado a Dios…

OceanofPDF.com

21. De las cuerdas del destino

«Cierto es que desde principios del siglo XVII hasta fines del siglo XVIII fue la Universidad cordobesa el foco más poderoso de la ciencia y el propulsor más eficaz de las más nobles disciplinas intelectuales. Fue, además, la obra más prolífica llevada a cabo por los Padres de la Compañía de Jesús en el Nuevo Mundo».

Guillermo Furlong, S. J.

Los Jesuitas y la Cultura Rioplatense

OceanofPDF.com

Córdoba del Tucumán
Octava de San Juán Evangelista
4 de enero. Verano de 1703

Doña Saturnina vivía para ver a sus sobrinas bien casadas o profesando en uno de los dos monasterios; estaba decidida a dejar bien colocados —ya fuera protegidos por el matrimonio o por el hábito— a sus parientes más cercanos antes de que la muerte la alcanzara.

Como temía que alguna mujer no conveniente sedujera a su sobrino Esteban al punto de arrastrarlo a un matrimonio inadecuado, se dio en proyectar la boda entre él y Sebastiana. Como Esteban no era indiferente a la idea, comenzó a hacerle bromas, a darle consejos y a empujarlo a que adelantara sus decisiones.

Con Sebastiana era más disimulada, aunque no perdía oportunidad de hablar de lo apuesto que era el mozo, cuán educado, qué sanas costumbres tenía, sin contar su capacidad para gobernar las posesiones familiares…

—… Averigua, Tianita, si hay mejor administrador en esta provincia. Deberías consultarlo sobre Santa Olalla.

—Aquino es excelente; la Merced me lo recomendó y no tengo queja —respondía Sebastiana suavemente.

—Y además, no le duele meter la mano en la faltriquera. No le hará faltar nada a su mujer…

—Suponiendo que su mujer no tenga a qué echar mano —replicaba, risueña, la joven.

—Sus campos son muy buenos, bien lo sabes.

—Sí; tan buenos como los míos.

—… así que no necesita casarse para tener tierra o fortuna. Dime, don Jerónimo Ordóñez ¿dejó finalmente algo de tierra a ese Aquino?

Aquino surgía indefectiblemente en la conversación porque, si bien a Becerra no se le había ocurrido —muchos hombres creían que a las mujeres de clase les repugnaban los individuos que no fueran de su estrato social—, doña Saturnina había visto demasiadas viudas enterradas en sus fincas que se casaban con el mayordomo de estancia o avergonzaban a los suyos dejándoles a éstos rentas y tierras en documentos que olían más a sábanas que a negocios.

—Supongo que al haber desaparecido los hijos de don Julián, todo irá a sus manos.

—Y a las tuyas, Tianita —se sulfuró la señora—, que vale más un pedacito de pedregal que cien doblones en tus arcas. Los doblones llegan y se van, pero la tierra mantiene los blasones.

La conversación fue interrumpida por Porita anunciando que varias esclavas de Santa Catalina habían llegado con un encargo de las monjas.

Salieron, y en la galería, cuatro negras bruñidas vestidas con lienzo basto desataron unos hatos de tela y desplegaron ante la dueña de casa vestiduras de culto religioso «injuriadas por el tiempo o el estrago de las polillas».

Las señoras desesperaban por recibir tales encargos; además de considerárselos un honor, se dispensaban indulgencias por el trabajo.

—Podríamos venir con las niñas a ayudarte —propuso doña Saturnina —. ¿Sabías que Marcio tiene mucha mano para el hilo de oro?

Y cuando regresaron al frescor de la sala, la señora volvió a sentarse con los pies sobre el escabel.

—¿Anduvo el maestre de campo por aquí?

—Ayer mismo —contestó Sebastiana mientras comenzaba a restaurar con un poco de yeso las manos de la Virgen Niña.

—¿Y qué tenía que hablar con tu padre?

—Nada. Supongo que venía por mí.

Aquella sinceridad dio ánimo a la señora.

—Mira, el ejército tiene su propio prestigio, pero yo prefiero un buen pedazo de campo, limpieza de sangre y moral conocida.

—Yo también —concedió Sebastiana.

—¿No has pensado en casarte con él?

—Por todos los santos, no.

—Bien haces; sería un marido inconveniente. No tiene derecho a usar el «don» y se me ocurre que en España no debe poseer ni un chiquero.

—Sea como fuere, tía, espero que ese hombre se mantenga lejos de mi casa. —Y soplando sobre las uñitas de la Virgen, dijo llena de seguridad—: No hay quien me obligue a aceptarlo: soy viuda y dueña de mis actos, tengo dinero propio, voy a ser más rica aún y no necesito protección.

—Bueno, no hay que extremar. Un buen marido…

—¿Y si tomáramos una copita de anís, tía?

—Con algún platito dulce, capaz me apetezca…

Al comprender que Sebastiana no deseaba seguir hablando de eso, pero tranquilizada con respecto al maestre de campo, la señora se avino a comentar sobre el matrimonio con Antonio Rodríguez de su sobrina Elvira, que se había hecho cargo de los cinco hijos del viudo.

—No me ha dolido dotarla. Elvirita es cabeza dura y no quería entrar en las monjas y yo no podía morirme y dejarla sin destino. Mi hermano, que está en el Cielo, me lo reclamaría. Los Rodríguez de Zárate andan escasos de dinero, pero tienen tierras en Nabosacate.

Sin poder contenerse, agregó:

—¿Te has enterado de que Estebanito está construyendo en Anisacate? Me gustaría echarle una mirada a la casa, pero como no tenemos coche…

Entonces, cuando no lo esperaba, Sebastiana la complació al decirle que en el momento que quisiera podían subir a su carroza e ir hasta las tierras de San Esteban del Alto.

Había en la ciudad varias tiendas con entradas en ochava y adentro, en estanterías y mostradores, se despachaban artículos de todo tipo, donde los ultramarinos contrastaban con las artesanías del país.

Estos locales tenían un aspecto acogedor, con sus pesadas cortinas rojas o amarillas que llegaban hasta el suelo, con esteras cubriendo el piso de ladrillo, con sillas y sillones para las señoras que se tomaban su tiempo para elegir lo que deseaban comprar; donde se les ofrecían bebidas frescas o calientes según la época del año.

Pocos libros se vendían allí: algún catecismo, los divulgados Ejercicios de San Ignacio, otros de estampas religiosas; y bajo el mostrador, se despachaban el Estebanillo González, la Angélica o las Historias Prodigiosas. Pero desde que el obispo Mercadillo se había tomado a pecho el terminar con los libros prohibidos, se tenía más cuidado en ofertar y en demandar estas obras aunque, discretamente, todavía se vendían.

El estudiante tenía hambre de saber. Al llegar con Lope de Soto a Santiago de Chile, oyó alabar los establecimientos educativos de los jesuitas de Córdoba, y una especie de fiebre intelectual —siempre limitada por la realidad de las circunstancias en que vivía— volvió a inflamarse en él.

Ya en Córdoba, subyugado por la excelencia de la Casa de Estudios, esperaba con impaciencia que el obispo Mercadillo se aviniera a acatar las órdenes reales y dejara en paz a la Universidad jesuítica, a sus rectores y a los estudiantes.

Por lo pronto, había tomado contacto con varios estudiantes. Entre ellos se destacaba Salvador Villalba, sobrino de Felicidad Espejo y Bienvenido López, aquel andaluz que se dedicaba, entre otras cosas, a los auxilios mortuorios de las familias con recursos.

Por él Maderos supo que los jesuitas importaban grandes partidas de libros, entre los que se destacaban textos escolares y de consulta.

—También traen obras mundanas para vender a los vecinos —le comentó Salvador, para luego bajar la voz—: Es práctica establecida que el inquisidor general nombre revisor al principal de la Compañía para que pueda expurgar las bibliotecas de los conventos y controlar lo que dicen los curas en los sermones, mal que les pese a dominicos y franciscanos. Por suerte, los de Loyola tienen más sensatez que prejuicio, pues a los señores inquisidores, ya casi sin judíos a quienes prohibir que ejerzan la medicina,

se les ha dado por estrujar la oratoria sagrada para sacar el quinto extracto de la quintaesencia de la herejía.

—Que no te oiga don Dalmacio, que tiene orejas hasta en los árboles —le aconsejó Maderos, a tiempo que se imaginaba paseando por las calles con la vestimenta de los estudiantes y algún libro en la mano. Su sueño más preciado era conseguir el bonete de doctor, de cuatro picos y borla blanca.

—Si acudes al colegio podrás comprar los libros de estudios, pues los dan al costo —le hizo saber su amigo.

De esta manera el ayudante del maestre de campo dio con la tienda de los jesuitas, y tomó por costumbre visitarla en sus momentos de libertad, para escarbar entre volúmenes y hurtar el que pudiera, un poco por falta de dinero, otro por sed de leer, y un mucho porque había decidido que, para alguien de su condición, era más fácil robar que ganar buenamente lo que deseaba.

Con dos cajones que había sacado del Cabildo estaba armando una biblioteca, y cada vez que adjuntaba algún libro, acariciaba los otros con el mismo respeto con que Lope de Soto trataba las credenciales de su profesión.

Había traído unos pocos tomos de España: el infaltable Guzmán de Alfarache, el Cid Díaz y las Obras de Quevedo. A ellos llevaba agregados, a fuerza de raterías, algunos que ni el Diablo sabía para qué podían servirle, como el Tratado de la Gineta y un Manual de Navegación. Pero estaba contento con la Defensio Fidei del padre Suárez, las Obras de San Ignacio y de San Jerónimo y las Confesiones de San Agustín. Si hacía carrera en Córdoba, aquellos autores conformaban el ideario de la intelectualidad de la ciudad.

A veces, su patrón olvidaba algo de calderilla en los bolsillos o, pasado de vinos, no medía el dinero que le daba para reponer lo bebido; otras, Maderos le sustraía una moneda del cambio, que Soto raras veces controlaba, o le mentía sobre el precio de un artículo. Y con esos dineros compraba velas y pagaba un libro que otro para que el hermano lego no sospechara de sus incursiones a la tienda de libros.

Había sido suerte que la mañana en que don Esteban fue a hablar con el padre Thomas él lo viera entrar y se decidiera a seguirlo.

La antepuerta que separaba el local de la trastienda daba a los del otro lado la ilusión de privacidad, pero cuando él se acercó a un gabinete donde se exhibían varios volúmenes bellamente encuadernados, pudo escuchar, a través de la cortina, lo que hablaban.

Siempre cerca de aquella entrada, merodeó por la sala, lleno de curiosidad, tratando de no llamar la atención del hermano librero, pero la conversación entre el padre Thomas y Becerra feneció casi de repente y se tropezó con el último no bien apartó éste el cortinado para salir.

Rápido en reaccionar, lo saludó con gesto teatral, ocultó un librito en su casaca y lo retó con los ojos a que lo denunciara. Se retiró sabiendo que era improbable que el otro lo siguiera.

Al entrar en la casa que ocupaba con maese Lope y sus oficiales, todavía rumiando lo que había oído, comprendió que todos sus sueños podían irse al albañal si doña Sebastiana se casaba con don Esteban y no con su amo.

Arrojó el libro sobre la mesa y se sentó en el camastro, los codos sobre las rodillas, cubriéndose las orejas con las manos. Era llegado el día en que debía calzarse en la punta de los dedos los hilos que sostenían el destino de doña Sebastiana para obligarla a bailar la zarabanda que él tocara.

Pero antes —no lo olvidó ni por un instante— tenía que tomar ciertos recaudos, pues ella y su padre eran tan importantes que podían enterrarlo en los sótanos del Cabildo con sólo chasquear los dedos.

Lleno de entusiasmo porque al fin había llegado su hora, se desembarazó de la casaca, despejó la mesa y preparó lo necesario para escribir una carta.

Lo hizo rápidamente —a pesar de que era extensa— y luego de sellarla con cera, volvió a su cuarto y se dispuso, esta vez, a redactar un billete con unas pocas frases concisas pero ambiguas, que siendo ingenuas, eran amenazadoras: las palabras que atraerían a doña Sebastiana al lugar que él quisiese, el día que él señalara, a la hora que él eligiera.

Mientras tomaba un baño de tina, don Esteban se preguntó cómo se sentiría Sebastiana con respecto al padre Cándido, que fue quien había buscado, por encargo de Alda, a Julián como prometido; quien había hecho de intermediario entre la angurria de Ordóñez y la necesidad de las circunstancias; quien, con su ceguera, había determinado el destino de su hijito.

A veces le desconcertaba el esmero que ella ponía en atender al mercedario: nunca olvidaba agregar nata a su arroz con leche o endulzarle el chocolate con miel.

Una vez que pasaron frente al Palacio, encontraron al mismísimo obispo hostigando al maestro mayor de obras, un hombre hosco, talentoso y, al parecer, sordo.

El doctor Mercadillo los vio, aceptó sus saludos y su atención se fijó en la joven, que se mantenía distante y fue la última en besar el anillo que les tendió.

—Es la hija de doña Alda Becerra —dijo don Dalmacio de Baracaldo, oficioso.

El doctor Mercadillo, con los ojos de pájaro agudos y alerta fijos en ella, le recordó:

—Hay unas tierras y la fundación de ciertas capellanías que se me adeudan.

Sebastiana dijo cortésmente:

—Ni mi padre ni yo tenemos noticias de tales términos —para agregar después de una pausa, al notar que fray Manuel se iba violentando rápidamente—: Por lo que sabemos, no existen, al menos sobre papel.

Don Dalmacio destacó, risueñamente, lo que pesaba la palabra del dignatario.

—De parte de vuestra merced —dijo—, no será por falta de bienes, pues dicen que ha heredado hartas tierras del esposo que la Iglesia le recomendó.

Sebastiana mantuvo un pensativo silencio, para responder finalmente:

—¡Ah, sí! Hartos bienes me llegaron de ese matrimonio que Vuesa Señoría tuvo a bien recomendar. Empero, habrá que esperar que hablen los jueces, pues don Julián contaba con otros herederos, aunque por el momento no aparezcan. —Luego propuso con amabilidad—: Lo conversaremos cuando Su Ilustrísima esté desembarazado de tantos juicios como lleva y pueda concederme audiencia.

Don Gualterio permaneció callado y Becerra no atinó a intervenir hasta que se despidieron. La propuesta de la joven aplacó al obispo, que se quedó mirándola, entre furioso y divertido, mientras se alejaban.

Recordando la tranquilidad con que había contestado, don Esteban se preguntó si era posible que hubiera perdonado a su confesor y al obispo que había fallado a favor de la madre, pasando por alto su deseo de recluirse en el convento.

«Si conserva la fe, es debido al padre Thomas, al padre Pío, a la superiora de las Catalinas y a esa monja que la tomó de discípula, la prima de Marcio que murió el año pasado». A ella Sebastiana le debía el gusto por el estudio, a pesar de que doña Saturnina lo desaprobaba.

—Con que sean decentes y trabajadores ellos, y devotas y sumisas ellas, ¿para qué necesitan de esos librotes que les desquician la cabeza? —argüía la señora.

—Cuando funden la Universidad de la ignorancia, a usted la han de nombrar rectora —se burlaba Becerra, a quien placía que Sebastiana leyera. El trato que le daba el padre Thomas le demostraba cuánto respeto sentía el médico por la inteligencia de la joven…

Estaba Becerra en esas reflexiones cuando un servidor entró con los lienzos para secarlo. Se puso de pie y mientras lo envolvía en la tela, se preguntó si lo que había oído Maderos podía o no perjudicar sus planes con Sebastiana.

OceanofPDF.com

22. Del sueño de Medusa

«Un insondable dolor, una pena inocente y monstruosa atormenta desde siempre a Medusa. En torno a su belleza, su horror, su exilio y su poder se tejen las leyendas. No podemos vivir sin Medusa: ella habita desde hace muchos siglos nuestros sueños, nuestros días nocturnos, las noches lunares».

Giorgio Manganelli

Perseo enamorado de Medusa

OceanofPDF.com

Córdoba del Tucumán
Después de Epifanía
Verano de 1703

La habitación a la que lo habían hecho pasar era angosta, alta y profunda. Afuera, la noche navegaba sin luna, pero en la casa de maese Gabriel Sá de Souza las sombras se deshacían, espabiladas por infinitas luces de vela. El portugués era prestamista pero no avaro, y la sala rezumaba un lujo oriental que contrastaba con la sobriedad de la arquitectura del país.

—¿Dos mil pesos de adelanto? —dijo bajando la voz, como si temiera que alguien escuchara detrás de los cortinados color vino. De hecho, su joven esposa (la portuguesa, la que cada tanto era encarcelada «en casa honesta» porque se negaba a sostener trato marital) era particularmente tenaz en espiar sus operaciones—. No sé —dudó, observando el idolillo de oro, una pieza que se mostró excelente después que maese Gabriel la examinara con los dientes, el cristal de aumento y el ácido.

—¿No cree que los valga? —preguntó Soto, sabiendo que con sólo abrir la boca el cambista, caería en la más inmunda celda de España con la muerte, que venía escamoteando de milagro, mordiéndole el pescuezo.

Se había visto en la necesidad de exponerse cuando Maderos le advirtió que Becerra deseaba casarse con Sebastiana y que el padre Thomas, a quien ella mostraba tanto respeto, abogaría por el hacendado.

Necesitaba rápidamente metálico para convencerla de su buen pasar, pues no conocía heredera que no fuera recelosa. Por eso mismo, adeudaba

cifras considerables al sastre —que no era otro que el señor Bienvenido López—, pues necesario era lucir rico en prendas para cada ocasión.

—En rigor de verdad —reconoció el portugués—, esta pieza es valiosa, pero deshacerse de ella implica grandes riesgos. ¿Cómo explicaría yo al Santo Oficio la posesión de una pieza sustraída, evidentemente, a la parte del rey?

Aunque hacía años que se había establecido en América, Sá de Souza no se había desprendido del acento lusitano, que aderezaba con giros de varios países.

Su pelo gris, bien peinado, descansaba sobre los hombros de la suntuosa vestimenta; llevaba la chupa de seda abierta hasta la cintura para lucir la gruesa cadena de oro con la imagen esmaltada de Santa Isabel de Hungría. Sus anillos eran ostentosos y un brazalete trenzado en oro y plata le ceñía la muñeca.

Cuando se dirigió a él, le sostuvo la mirada no como un vil prestamista, sino como un comerciante adinerado.

—¿Cuánto, entonces? —preguntó Soto.

Maese Gabriel se echó atrás en el sillón.

—Quinientos, y otro tanto cuando me deshaga de él.

—Mejor sería fundirlo —se alarmó el militar.

—Perdería mucho de su valor —sonrió el otro.

—Ya estáis pagando bien poco para esperar enriqueceros más.

—Yo y un empleado de confianza tendremos que atravesar el país sin ser robados, ni muertos, ni apresados ni examinados. Debemos evitar las aduanas de dos puertos y sufrir las consecuencias si nos detienen, amén de soportar el mal tiempo y las enfermedades que conlleva la travesía. ¿Cuánto cree que se puede ganar en una expedición que durará más de un año?

—No sé —gruñó Soto—, pero se ve que a vos ciertamente os reditúa.

—Porque lo adjunto a otras mercaderías, que si no serían demasiadas pérdidas para cuando deba digerir gastos y trastornos.

—Voto a Cristo, no perdamos más tiempo —juró el español.

Maese Gabriel fue hasta el bargueño, sacó una arquilla de marfil y ébano y unos papeles.

Con tinta negra, escribió algo con una letra hermosa y elegante y se lo pasó, cambiando de pluma.

—¿Qué es esto?

—El recibo.

—¿No confiáis en mí?

—Digamos que desconfío del Destino y de sus hijas, las Desgraciadas Casualidades —se sonrió el portugués ofreciéndole tinta roja para la firma.

—Escribo mal.

—Pues de alguna manera rubricáis vuestros partes…

Soto arrancó la pluma de la mano tendida, salpicando una gota lagrimal, encarnada, sobre el documento; estampó su nombre con mano insegura y la arrojó sobre la mesa.

—Los buenos modales no os restarán ganancia —dijo el portugués, divertido.

—Tampoco la engordarán.

El hombre se quitó una llavecita del cuello, abrió el arca y entregó uno a uno los dineros pactados.

Maese Lope los tomó a puñados, como si fueran canicas, y se cargó con ellos los bolsillos.

Pensaba reunirse con los suyos en lo de unas mujeres galantes, pero antes pasaría por su vivienda para dejar el oro a resguardo.

El recuerdo de la gota de tinta roja sobre el pliego le despertó en el estómago el frío de una premonición. «Moriré por la sangre», se estremeció.

Don Esteban y don Gualterio, que habían retomado después de cenar la partida de damas, observaron el desasosiego de Sebastiana.

Por un momento Becerra y la joven se habían mirado, y él notó una expresión desconcertante en ella, como si quisiera pedirle ayuda y no se atreviese.

Hasta don Gualterio terminó dándose cuenta, y la interrogó.

—Nada; es sólo una jaqueca —se quejó Sebastiana.

—Es malsano este calor; deberías reposar…

Impulsivamente, ella se inclinó por detrás de la silla de él, rodeó los hombros de su padre y lo besó en la coronilla.

La expresión de Becerra, llena de interrogantes, pareció instarla a decir algo; ella dudó, pero cuando salía se dirigió a él:

—Tía Saturnina quiere ver la estancia que ha levantado en sus campos. Es una vergüenza que no nos haya invitado.

Él, aturdido y feliz, se volvió hacia el anciano:

—Bien, primo. ¿Esta vez nos acompañarás a San Esteban del Alto?

—Será como diga mi hija —murmuró don Gualterio mientras se tironeaba la barba.

Becerra no se hubiera sentido tan feliz de haber sabido que, cuando su padre, la casa y la misma ciudad dormían, Sebastiana, envuelta en un manto con capucha, salía para la vivienda del maestre de campo.

—¿Y si fuese una celada y maese Lope es quien me aguarda? —preguntó a Rafaela en la oscuridad.

—No será; el negro Isaías me aseguró que está de juerga. —Y comentó —: Maese Lope estuvo con el judío pidiendo un préstamo; Isaías vio cómo se palpaba la cintura al salir.

—Pensará cancelarlo con mis dineros —repuso Sebastiana.

Siguiendo las instrucciones de Maderos, entraron por el portón de carga; no se veían soldados ni caballos, y varias teas encendidas marcaban el sendero hasta una pieza abierta a un costado del corredor.

Los teros trinaron asustados, y el estudiante salió a recibirlas; se había acicalado como para una cita de amor y exudaba perfume. Sebastiana sintió que la saliva se le volvía amarga, y apretó el estilete que, calzado en el cinto, sujetaba con el puño.

Sin detenerse pasó junto a él, internándose en la pieza. Rafaela quiso seguirla, pero Maderos cerró la puerta, dejándola afuera.

El calor no había decrecido a pesar de la hora y él extendió la mano para tomar la capa de la joven, que se negó a quitársela y aun a sentarse.

—Me alegra que por fin haya venido. Permítame servirle una copa de Málaga…

Sebastiana la rechazó con un movimiento de cabeza, volcando la capucha sobre la espalda. El volvió a pensar en las Gorgonas, con sus cabelleras de serpientes, de batracios, de grifos de afilados colmillos. Sacudiéndose el repeluzno, se dijo que era improbable que la joven pudiera hacerle daño: demasiado frágil, no contaba con la fuerza ni el peso para dominarlo.

—Vine porque su nota despertó mi curiosidad —aclaró ella, rompiendo la fascinación de él con la suavidad de su voz.

Mientras hablaba, se preguntaba a sí misma: «Pero ¿qué puede saber? Está alardeando, está arrojando piedras a la oscuridad… ¡No debí caer en la trampa y ceder a su capricho!».

Si pretendía seducirla, lo mataría. «O diré a su amo que intentó injuriarme en el cuerpo. Él sí que le hará pagar el atrevimiento».

—¿Cree que la estoy engañando? —preguntó Maderos, encendiendo una pipa fina, del gentilhombre.

—Sí —la joven simuló indiferencia—, aunque me intrigan sus propósitos.

—Pero algo la impulsó a obedecerme…

—Soy curiosa; la vida me enseñó a ser aprensiva.

—¿Qué diría Su Gracia… —y, burlón, Maderos le dio la espalda, paseándose con el puño a la cadera—: si yo le asegurara que usted va a casarse con mi amo?

Ella sonrió con altivez.

—¿Piensa que ésa es mi aspiración? ¿Espera que lo recompense?

—No, bien sé que usted no desea casarse con él, aunque maese Lope no lo entienda; es común en los hombres ignorantes, fuertes y hermosos, que tienen éxito con las hembras hermosas e ignorantes, que no comprendan que hay otro tipo de mujeres a las cuales su atractivo animal no hace mella.

—Y usted, que no es apuesto pero es inteligente, lo ha entendido así —siguió ella, burlona.

—¿Se mofa de mí? —el joven movió la cabeza, pesaroso—. Creí que podríamos ser amigos. Ambos nos parecemos: vemos y sabemos cosas que los demás no ven ni intuyen. Ambos somos tenidos por débiles, siendo que ni vuesa merced ni yo hemos sido doblegados por los que han creído enseñorearse sobre nosotros.

Sebastiana lo miraba con interés.

—¿Qué quiere de mí? —lo interrumpió.

—Quiero que se case con maese Soto.

—Jamás con el amante de mi madre, y menos aún con el que tramaba asesinar a mi padre —dijo ella y, recogiéndose las faldas, intentó salir de la pieza.

—¿No se ha preguntado con qué podría yo obligarla a casarse? —se interpuso él.

—¿Obligarme? —El estupor se pintó en el rostro de la joven—. Con dos palabras mías su miserable persona irá a prisión.

—Y con otras tantas mías, será usted acusada y ahorcada por la muerte de su esposo.

Sebastiana dominó la expresión antes de enfrentarlo.

—¿Se ha vuelto loco? Todo el mundo sabe que mi marido murió por su propio descuido.

—La llave estaba por fuera; usted cerró la puerta y la arrojó adentro. Como rebotó a sus pies, la empujó con el machete que llevaba en la mano. En ese momento yo tropecé; usted debió oír algo, porque huyó hacia el piso alto. Me acerqué a ver qué pasaba en la bodega, y comprendí que en un rato aquello ardería como Cartago. Don Julián estaba tan ebrio que no hubiera encontrado la llave ni en un millón de años. —Y cruzándose de brazos, preguntó—: ¿Qué dirán los jueces a ese testimonio?

Sebastiana pensó con rapidez. Al terror de haber estado de pie ante un tembladeral, se impuso la sangre fría.

—Si el maestre de campo ya se había retirado, ¿qué hacía usted en Santa Olalla?

—¿Importa, acaso? —Pero como ella lo miraba casi apreciativamente, no pudo dejar de ufanarse—: Volví con la excusa de que había olvidado una

faja de mi amo; quería tomar unas cuantas velas, porque él me las mezquina.

—¿Regresó sólo para robar unas velas? —preguntó Sebastiana, perpleja.

Él se enderezó, encocorado.

—A usted le parece broma, ya que puede mantener encendidos cien lucernarios. Yo tengo que estudiar y siempre ando escaso de velas. Esa noche intenté tomarlas de la capilla, pero uno de sus indios me entregó al mayordomo, así que pretexté un olvido y regresé por ellas.

—¿Y en qué lo beneficia a usted este casamiento?

—Maese Lope cree que por mi intervención conseguirá su mano, y me otorgará ciertos beneficios a cambio. —Se distanció unos pasos, señalándola—: Y usted tendrá a bien mantenerme para que pueda estudiar y vivir con decencia.

—No comprendo para qué necesitamos de maese Lope…

—La única forma de dominar al tigre es cabalgando sobre él; además, mientras yo esté a su servicio, nadie se atreverá a tocarme… ni siquiera usted.

—¿Y qué podría hacerle yo? —rió Sebastiana.

—Podría convencerlo de que me mate —repuso el joven a regañadientes.

—Estando casada, será más fácil —le hizo ver ella.

—He tomado disposiciones. Un letrado tiene una carta donde detallo lo sucedido la noche del incendio… Y mis sospechas sobre la muerte de su madre.

—Eso se verá como si fuéramos cómplices.

—¿Qué importa?, ya estaré muerto. Es más, será mi muerte la que convalide la denuncia.

Sebastiana reflexionó y, cubriéndose la cabeza, le dijo que de todos modos tenía que pensarlo.

—Sólo unos días. Pronto se abrirán los cursos y necesito tramitar mi limpieza de sangre. Mi amo me ayudará cuando sepa que por mis recomendaciones usted le dará palabra de matrimonio. Le diré que

descuente de mi salario el costo del expediente, pero usted me lo pagará. Como parece usted ducha en embustes, encontrará la forma de dotarme sin ponerse en evidencia. Y pasado mañana, como prueba de voluntad, recibirá a mi señor, que irá de visita. Ah, y todas las semanas ha de mandarme una gruesa de velas… de mediana calidad. Ya ve, no soy codicioso.

—Las dejaré pagadas en las Teresas, pero usted debe decirle a Dídima que las recoja —fue la tajante respuesta de la joven.

Él se adelantó a abrir la puerta e intentó besarle la mano; impulsivamente, Sebastiana le arañó el rostro.

Maderos soltó una exclamación y se llevó la palma a la mejilla, enderezándose. Los ojos de ella, fijos en los suyos, tenían el color del oro cuando se torna verdoso: era la mirada de Medusa, la mirada que petrificaba…

—Quizá pueda obligarme a algunas cosas, pero jamás debe tocarme —le advirtió y se marchó custodiada por Rafaela.

Maderos se miró los dedos manchados de rojo. La maldijo repitiéndose, furioso: «¿Que no la toque, que jamás debo tocarla? ¡Pues no únicamente se casará con mi amo, tendrá que acostarse conmigo!».

Buscó un pañuelo y se lo pasó por la cara. Al ver la sangre que brillaba a la luz de la palmatoria, se juró: «Algún día la entregaré a la justicia. Voy a encontrar la forma de salir bien librado, y estaré al pie de la horca para que mi rostro sea lo último que vea».

Días más tarde, tal como le había advertido el estudiante, él y el maestre de campo llegaron a la casa de los Zúñiga. Era poco antes del toque de campanas y los hicieron pasar al patio de honor. Soto vestía uno de los trajes aún no pagado; Maderos se había soltado la trenza para ocultar, en lo posible, los rasguños que le cruzaban la mejilla.

Allí se encontraban las jóvenes sobrinas de don Esteban, algunas hermanas de éste, doña Sebastiana y varias esclavas, todas sentadas sobre esteras de esparto. Las acompañaba don Marcio Núñez del Prado,

acomodado en un sillón frailero; con el bastidor en la mano, se dedicaba a rehacer, con hilo de oro, un emblema eucarístico.

Habían extendido en el centro las antiguas vestiduras de culto que les habían enviado las Catalinas, y se dedicaban a restaurar las raídas casullas, a cambiar el cordel desdorado y a renovar las orlas tiñosas.

Aquel trabajo se consideraba exculpatorio; cada puntada con que se reparaban ropas sacerdotales, vestuario de vírgenes y santos, la mantelería del oficio divino, aseguraba diversas indulgencias.

Un resplandor extraño, con atisbos de tormenta, bañaba las tejas que verdeaban de antigüedad, y un inquietante claroscuro entraba por la ventana del cuarto-oratorio de don Gualterio, donde se veía la sombra del hidalgo ir y venir con el Libro de Horas en la mano.

Algo con reminiscencias sagradas tocó a los recién llegados, estremeciéndolos.

«¡Ah, Fortuna, dame esta mujer y esta casa!», rogó Lope de Soto.

Le fue ofrecido asiento y Sebastiana, con ambigua amabilidad, le hizo dos o tres preguntas.

Incómodo ante las miradas sesgadas de las chiquillas, tentado por los provocativos ojos de las negras, se vio ignorado por las señoras y don Marcio, que no se mostraba tan cordial como otras veces.

«Bien entiendo; quieren espantarme para dar mejor cabida a don Esteban», pensó.

A poco se ocultó el sol; una campana solitaria que llamó al ángelus pareció despertar todos los campanarios: las parroquias, hasta las más lejanas, se hicieron oír y el aire se volvió de cristal mientras los repiques caían en cascada.

Sebastiana se puso de rodillas: «El Ángel del Señor anunció a María…», comenzó, y las mujeres respondieron: «Y concibió por obra del Espíritu Santo».

Los recién llegados se apresuraron a plegarse a la oración, el maestre de campo con una rodilla en tierra y la mano sobre el pecho.

Don Marcio usó el almohadón postratorio que le alcanzó una negrita y aceptó la mano de Belarmina para hincarse al iniciar el «Dios te salve,

María».

Soto contempló el cielo donde el aire, como azuzado por el bronce de los badajos, se volvió borrascoso, con nubes doradas y negrísimas que se atropellaban sobre el lienzo del firmamento.

Las ventanas que daban a la calle dejaron entrar una bocanada de silencio, pues todo el mundo se había recogido ante el resuello de la tormenta, deseada por la seca que los atormentaba, pero temida porque el torrente de la Cañada que atravesaba la ciudad era casi siempre devastador.

De pronto, sin un trueno, una lluvia torrencial cayó sobre los devotos.

Las mujeres, falseada la voz y tropezando con la plegaria, miraron a Sebastiana; ella continuó de rodillas, palma sobre palma, dedo contra dedo, y nadie se atrevió a retirarse, salvo las negras que alzaron el ropaje sagrado y lo resguardaron en el corredor. Don Marcio, juicioso, ya había ordenado a las criadas que trasladaran el sillón y el cojín bajo los arcos. De todos modos, la luz del día ya no alcanzaba para continuar con la labor.

Soto se puso de pie, se tomó la muñeca izquierda con la mano derecha y maldijo en silencio mientras el agua se le escurría por la espalda, bajo la ropa.

Se rezó por tres veces el «Oremus» y recién pudieron ponerse a salvo. No parecía que el aguacero fuera a detenerse.

El maestre de campo se resignó a partir bajo la lluvia, pues no siendo amigo de confianza de los Zúñiga, la hora le imposibilitaba demorarse; don Gualterio, haciendo como que no sabía que estaba allí, había cerrado la puerta del cuarto con la delicadeza de un soplo.

El estudiante y su amo, como candelas al viento, dejaron la casa sumida en penumbras. Primero sintieron una rara congoja, luego un más raro sentimiento de pérdida. La joven, su familia y sus criados, las paredes y las riquezas, los apellidos y el linaje resumían para ellos un patrimonio que deseaban con avidez, el milagro que solamente América podía concederles.

OceanofPDF.com

23. De textos y aparecidos

«El carnaval en Indias, al igual que en el Viejo Continente, comenzaba el domingo anterior a la Cuaresma, que se iniciaba el miércoles de Ceniza. La población lo aprovechaba con gran entusiasmo, porque después les aguardaban 40 días de recogimiento y penitencia».

Ángel López Cantos

Juegos, fiestas y diversiones en la América española

OceanofPDF.com

Anisacate
Tiempo de Ceniza
Verano de 1703

La lluvia, que había ilusionado a tantos, trajo más suciedad que beneficio, pues dejó chorreras marrones por las paredes y salpicaduras moteadas sobre puertas y zócalos.

Con lo que podía llamarse buen tiempo, los Zúñiga, Becerra, sus sobrinas y doña Saturnina, además de Marcio Núñez del Prado, partieron para Anisacate.

Las jóvenes no hicieron problema por viajar en carreta junto con las esclavas, mientras los mayores y Sebastiana se acomodaban en la carroza. Becerra iba a caballo, impaciente por llegar y mostrarles la construcción.

Después de varias horas de viaje, a la entrada de los campos de El Alto, hizo detener los vehículos y los instó a apreciar la perspectiva del caserío a la distancia.

Los viajeros alabaron cuanto veían, y las jóvenes pidieron recorrer a pie el campo que separaba el otero de la casa, y como la misma Sebastiana quiso unirse a ellos, Becerra ordenó que le cedieran un caballo.

Cuando pretendió tomarla de la cintura para que bajara del coche, ella se apresuró a descender por sí misma y cuando la alzó para que se acomodara a mujeriegas sobre el apero, sintió que el cuerpo se le envaraba.

Si esperaba algo de su compañía, no lo obtuvo, pues la joven parecía más interesada en lo que la rodeaba que en su conversación. Desmontó frente a la capilla sin esperar que él acudiera; recogiéndose las faldas y sosteniéndose el pelo que el viento alborotaba, su mirada recorrió el frente,

la escalera, la galería, la ventana barroca, la veleta del campanario, el cobijo del oratorio…

Con un nudo en la garganta, él señaló:

—Por allá pasará la acequia.

Ella sonrió como si lo escuchara sólo por urbanidad. Cuando volteó la cabeza hacia el poniente, él pudo ver sobre su mano unas manchas cárdenas, y le tomó la muñeca para observarlas.

La reacción de ella fue desmedida; la sangre se le fue del rostro e intentó liberarse con brusquedad.

Estaban solos, los peones todavía en el valle escoltando a las jóvenes que venían a pie, el coche y la carreta aun más lejos. Ni los perros habían aparecido. El único sonido venía del chirrido de la veleta y la respiración de ellos dos.

Becerra no entendía por qué no podía soltarla, pero no era por capricho, sino por contenerla. Sebastiana temblaba y ni siquiera era capaz de pronunciar una palabra.

—Nunca te haría daño —dijo él en tono afectuoso, y su voz la hizo reaccionar.

—Déjeme.

Don Esteban aflojó la presión de los dedos.

—No era mi intención molestarte. Me llamó la atención…

—¡Suélteme! —exigió ella.

Becerra luchó con el deseo de imponerse, pero algo le dijo que aquella reacción no era una ocurrencia de señorita remilgada, que algo malo le pasaba. Murmuró «perdóname» y la liberó.

Sebastiana le dio la espalda y se distanció unos pasos mientras se masajeaba la muñeca. Se apoyó en el pretil, muda, trastornada, destrozando una flor que se había agachado a recoger. No ofreció ninguna explicación y Becerra no se atrevió a preguntar.

En silencio, tomó los caballos por la brida y los llevó hasta el bebedero. «El padre Thomas tenía razón. No soporta que la toquen».

Cuando llegaron los coches, doña Saturnina se sintió defraudada al ver a Sebastiana sentada en los escalones y a Esteban alejándose con la jauría.

Una idea acudió a mejorarle el humor: «Quizás estén disimulando. Ella se ve despeinada, él parece molesto, pero bien le está; no pensará que Tianita se dejará besar al primer amague».

La sacaron del coche a los tirones y, aún sostenida por su primo Marcio y una de las criadas, levantó la vista. La belleza del lugar se le impuso y sintió que aquella construcción gritaba que un hombre la había hecho con amor, por amor a una mujer.

Volvió a mirar a su sobrina y supo que la casa la había tocado, que después de verla, la joven no podía tener dudas de lo que esperaba Esteban de ella.

A poco se tendieron las mesas bajo el parral y, después de comer, se retiraron a dormir la siesta en catres y colchones.

Esa tarde, Becerra salió a recorrer los «puestos» y las visitas se reunieron en el patio grande: las jóvenes jugando a perseguirse, deteniéndose a respirar y a ajustarse las cintas del pelo que se les habían aflojado.

En sillones de mimbre, don Gualterio meditaba con el Kempis en la mano en tanto doña Saturnina y don Marcio, embebidos en sus labores, se entretenían hablando del pobre al que habían socorrido, de las recompensas que habían distribuido entre los criados y de las cofradías a las que pertenecían.

Sebastiana prefirió dar una caminata y mientras paseaba, imaginó enredaderas cubriendo las columnas, una fuente con lirios acuáticos, los geranios arrimados a las paredes, con sus hojas ásperas y olorosas, de las cuales solía fabricar una crema de color verdoso y perfume silvestre.

Suspiró por volver a Santa Olalla, a pesar de que no era en aquel lugar, sino en éste, donde estaba a salvo. Aquí no merodeaba el fantasma de Julián, ni podía llegar el maestre de campo a imponerle su presencia y Maderos no se atrevería a mirarla como si fueran cómplices, porque Becerra les imponía respeto.

Todavía confusa sobre lo que sentía por éste, se impacientó contra sí misma. «¿Cómo casarme, si no tolero que me toquen?». Aun así, era posible que pudiera manipular su voluntad para que la protegiera. No le

resultaría difícil; había nacido con el don de la seducción y sólo doña Alda, en vida, había podido desbaratar sus ardides.

«Si fuera por mí, me quedaría en Santa Olalla con Aquino, que es incapaz de exigirme lo que no quiero dar —se dijo—. Con él puedo ser franca; él sabe de mí cosas que no me atrevería a poner en palabras». Y aun así no la juzgaba, la entendía como no podría entenderla ningún otro hombre que pasara por su vida.

Despojado de la seguridad social que sostenía inconscientemente a su tío, Aquino tenía un sostén más vigoroso: el del hombre que se vale por sí mismo, que no espera nada de la clase a la que debió pertenecer y a la que, en última instancia, pertenecía por tardío reconocimiento.

Pensó que debía ser cuidadosa y no dejar traslucir lo que deseaba; ya el padre Pío le había soltado algunas alusiones y el padre Thomas, más discreto, observaba detenidamente los modos de Aquino cuando estaba en su presencia. Y ni qué decir de tía Saturnina. No habría forma de engañarla; desconfiaba de Aquino, desconfiaba de las mujeres en general y no le gustaba la intimidad que prestaba una casa donde la presencia del marido había desaparecido.

Desechando el dilema, Sebastiana advirtió que Esteban había respetado molles, algarrobos, viejos frutales, talas, uñas de gato, cocos, aromos intensamente perfumados y duraznillos hediondos.

Llegó en su caminata hasta unas ruinosas paredes de adobe, de la época en que Juan de Burgos había concedido mercedes de tierras, dentro de las cuales se enseñoreaba la «lagaña de perro» —la poinciana de la hermana Sofronia— con flores malolientes pero extrañamente hermosas. Sus botones eran tan tóxicos que atacaban gravemente los nervios. «Y si no matan de por sí —le había advertido la religiosa—, nublan tan largamente el corazón que llevan muchas veces al suicidio a quien los ingiera».

Pensó que Esteban tendría que contratar mujeres para la cocina y aquello, se sonrió, si conocía en algo a los hombres, terminaría trayéndole problemas e hijos ilegítimos.

A pesar de la sequía, en las hondonadas y al reparo de las grandes piedras crecían helechos, líquenes y un atisbo de musgo.

A medida que se alejaba de la casa, el terreno descendía y se volvía más agreste, los árboles más viejos y más altos. Bajo algunos de ellos o sobre troncos caídos y engangrenados, setas extrañas —unas leñosas y rojas, otras pálidas como gusanos, las más terrosas y amarillas—, aparecidas después de la neblina pegajosa que no llegó a ser lluvia, ponían una nota de cuento antiguo en el paisaje que se desperezaba hacia los cuatro puntos cardinales. ¡Qué pacífico y sereno se veía todo si uno ignoraba aquellas plantas misteriosas, que tomaban vida de la descomposición de otras, que eran por igual fuente de alivio, camino de alucinaciones e instrumento de muerte!

Dio la espalda al sur y se internó entre los árboles. Había recogido flores silvestres y en un rapto extraño a su naturaleza, se soltó el pelo y lo trenzó con ellas.

Aunque desde el naciente venía la oscuridad, se sentó en el suelo, la falda llena de pétalos, a contemplar los terrenos del bajo y el resplandor del río exangüe que sin un sonido se desplazaba bajo los árboles de la ribera.

Multiplicado en las quebradas de piedra, monte arriba, se oyó el reclamo de un puma en celo rompiendo el misticismo de la hora con su anhelante ronquido.

Era una propiedad inmensa; en comparación, Santa Olalla era recogida, contenida entre adobes y piedras, huertas y árboles. De niña, no la dejaban alejarse de la casa; de grande, raras veces merodeaba fuera de las rejas que sellaban la entrada.

Cayó el crepúsculo y la ausencia de campana para llamar a las plegarias fue sustituida por un vigoroso cencerreo.

Llena de congoja —las primeras sombras le recordaban sus pérdidas—, se recostó sobre la tierra olorosa, pensando en su hijo. ¡Faltaba tan poco para el aniversario de su muerte!

En la posición en que descansaba, las lágrimas le anegaron los párpados y fue tal la presión que sintió en la garganta, que cruzó los brazos y se llevó las manos al cuello, abarcándolo con las palmas para aliviarla. Sobre ella y a través de las ramas, vio una nube perdida pasar lentamente por un cielo que parecía de mirra y fango.

Alguien la llamó. Era Esteban. Respiró hondo, dejó caer los brazos a los costados y después de unos segundos se enderezó.

En un supremo esfuerzo, tendió la mano hacia el hombre que se había detenido a una distancia prudente. Permitió que la ayudara a incorporarse y agradeció en silencio que la soltara de inmediato. También agradeció que no dijera nada, que fuera capaz de guardarse las preguntas y que, después que ella se despojara de las flores y se recogiera el pelo, caminara a su lado sin rozarla. En un gesto infantil, del cual no fue consciente, se limpió el rostro con el puño del vestido.

Aquel ademán y el suspiro con que alivió el dolor que le apretaba el pecho consiguieron que a Becerra se le empañaran los ojos. Mientras iban hacia la casa, cada cual en su tormento, éste pensó: «Si, como dice Juan del Encina, la llave de mi vida se ha perdido, sólo yo tengo la culpa. Ahora me resulta imposible comprender mi indiferencia ante su destino, y deberé pagarla con una existencia miserable».

No se atrevió a ofrecerle la mano para subir los escalones y, cerrado el puño, acomodó el antebrazo sobre los riñones. Más allá de toda congoja, le impresionaba la imagen de ella extendida sobre la tierra, con flores en la cabeza y sobre el cuerpo, como la muerta aún fresca, pero ya inaccesible, de aquel dibujo a pluma que lo fascinaba en las Historias trágicas de Saxo el Gramático: la joven que amaba a Amleth, el que después fue rey de Dinamarca, y que murió ahogada mientras recogía flores.

A medida que pasaban los días, Sebastiana comenzó a mostrar un carácter más distendido. Sus primas, de quienes nunca se había notado que era un poco mayor, parecían ahora chiquillas enredadas en juegos y disputas que ella no compartía. Separada por algo intangible de éstas, prefería pasar horas encerrada en su dormitorio, no atreviéndose los otros a interrogarla.

Diez días después, cuando todos la hacían recluida, la vieron aparecer por el camino real, a caballo y en compañía de Rosendo y una de las esclavas. Doña Saturnina pretendió interrogarla, pero ella la esquivó, huraña; se arrodilló ante su padre a pedir la bendición, y pasó a encerrarse

nuevamente, sin que valieran ruegos y tentaciones expuestas a través de la puerta.

La señora hizo llamar a la negra y le preguntó, suspicaz, adónde habían ido.

—A Santa Olalla, pues. Por el angelito —respondió la muchacha.

—¿El angelito?

—Sebastián Mártir, el hijito de la niña. Hoy se cumplió el año de difunto y quería rezar por su almita.

La señora la despidió, cubriéndose los ojos con la mano. ¡Qué poco sabían de los dolores y las tristezas de aquella jovencita! ¡Cuántas cosas habían dejado que le sucedieran, respetuosos de la autoridad de la madre, del esposo impuesto, del parecer del obispo, de las convenciones sociales! ¿Cómo podían haber olvidado la desgracia que la había golpeado un año antes?

Pero Sebastiana nunca hizo alusión a su pérdida, limitándose a contestar brevemente a las preguntas —escasas por lo dolorosas— que se le hicieron. Aunque mantenía vivo el recuerdo del niño, era como si deseara que nadie más evocase lo que le había sucedido.

Transcurrió un mes antes de que la joven mostrara nuevamente deseos de volver a Santa Olalla.

—Si ese Aquino es tan buen capataz como dices —se impacientó doña Saturnina—, puedes confiar en él para que lleve las cosas a buen término sin que tengas que sacrificarte. Ya va siendo hora de regresar a la ciudad.

Sebastiana, acodada en el alféizar de la ventana barroca, dejó que la mirada se le perdiera hacia sus tierras.

—Quiero ver a mis dependientes.

Doña Saturnina, resignada, decidió seguirla. Quería echar una ojeada al mayordomo y sacar sus propias conclusiones. Becerra, esperanzado en que Sebastiana quisiera regresar con ellos al Alto, aceptó acompañarlas.

Al entrar en los terrenos de Santa Olalla, observó, que pese a la seca, el lugar lucía cuidado y como a la espera de la lluvia. Apartándose del coche,

trotó hasta el tajamar.

Recordó la última vez que había visto a Julián. Fue en los terrenos de los Ordóñez y estaba acompañado de Eleuteria y sus hijos. ¿Los habría reconocido legalmente? ¿Tendría Sebastiana problema con ellos por la parte que hipotéticamente pudiera tocarles de los bienes? «¿Qué bienes? Todo es un yermo sin labrar, sin ganado, sin provisión de agua ni puestos de crianza…». Pero ¿para qué preocuparse? Eleuteria y sus criaturas habían desaparecido de la región.

Desmontó al borde de la laguna; en el fondo, una pasta barrosa y maloliente se resquebrajaba al sol.

«Otro año miserable», se amargó. Por el momento, la extensa familia de don Esteban subsistía decorosamente, pues en Córdoba, donde la dignidad se emparentaba con la moderación, podían desenvolverse con muy poco. Don Gualterio no tenía problemas, debido a los recursos que, por herencia materna, le llegaban de Navarra. Más de una vez, en los trances difíciles, había acudido en auxilio de los otros con su capital.

Oyó pasos detrás: era Aquino. No llevaba sombrero y al no hacer el gesto —obligado por años de bastardía— de sacárselo ante él, les dio una estatura social semejante, incomodándolo.

—¿Cómo se las arreglan sin agua? —le preguntó a modo de saludo.

—Hice cavar surgentes; las napas no se han agotado. Además —señaló los corrales—, lo nuestro es hacienda chica, más fácil de mantener. Las reses y los caballos son pocos. Resistiremos otra temporada.

Sin más palabras, caminaron hacia la casa. Cuando entraron en el predio, frente al oratorio, vieron a los criados —la mayoría mestizos y unos pocos indios— que se habían presentado a saludar a la señora. Todos iban pulcramente vestidos, sin la expresión hosca de la gente que habían cruzado en el camino.

—No se los ve desmoralizados —se sorprendió Becerra.

—No lo permita la Fe —y Aquino agregó—: Aunque el obispo pretenda dejarnos sin auxilios espirituales, no borrará con un auto la obra de franciscanos y jesuitas.

—Pues mándeme algún páter al Alto —dijo él con ironía.

—No se queje; todavía tiene uno de los pocos ríos con caudal dentro de la zona.

Callaron y cuando la gente comenzó a dispersarse, Aquino se acercó a Sebastiana.

Doña Saturnina, apantallada por dos chiquillas que movían unas hojas de palma ante su cara, no descubrió ningún sonrojo, ninguna familiaridad, ninguna mirada maliciosa. Sebastiana lo saludó cordialmente, se interiorizó de lo urgente y lo invitó a comer con ellos. Aquino aceptó.

El rosario de la tarde tuvo un viso de celebración. Repicó la campana y se encendieron cirios en el oratorio aunque estaba sin el Santísimo; Carmela y otros niños lo adornaron con ramas de vides que comenzaban a enrojecer, de manzanos que amarilleaban y varas de achiras silvestres, púrpuras y puntiagudas.

Sebastiana había ordenado asar dos corderos y subir el vino que quedaba en los sótanos mientras el olor santo del pan recién horneado inundaba el aire. Era como el último goce antes de la Cuaresma.

Esa noche, Sebastiana aguardó que la casa quedara en silencio para recuperar los libros que había escondido en el cofre del carruaje. Oyó a Becerra salir varias veces al corredor de la planta baja; una vez a carraspear; otra, por una ranura, distinguió el chispazo del yesquero y el humo del cigarro deshaciéndose como un ánima en el aire. Su tía, en susurros, lo conminaba a acostarse, desconfiando de sus correrías en la oscuridad, con tanta india y negra sueltas y enfiestadas.

Por fin, descalza para no producir ni un roce en la piedra y guiándose por la luna, bajó sigilosamente.

El carruaje estaba estacionado entre el oratorio y las ruinas de la bodega, un sitio que le producía espanto. Esa tarde, mientras rezaba ante la tumba de su hijo, tuvo la certeza de que escuchaba pasos en el oratorio, pasos ligeros, pasos leves, como de niño, pasitos que quizás un día decidieran ir por ella. Eso no la afligía, a veces hasta lo deseaba. Con el último Gloria, los pasos cesaron. «No vendrán hoy por mí», se había resignado mientras oía que abrían la capilla para el rosario.

Su hijo no iría por ella ese día, pensó mientras tanteaba los muros, adentrándose en las sombras, pero quizá sí don Julián. La jornada del hombre había concluido, dando paso a la vida fantástica de diablos y almas en pena…

Sacó el talego con libros, cerró sin un sonido la baulera, y dio media vuelta para iniciar el regreso. Estaba en la sombra, pero el camino, ante ella, se mostraba luminoso. Levantó los ojos al cielo y se sintió marcada de constelaciones, inmersa en el latir del Universo. Cerró los párpados e imaginó cometas y esas figuras incógnitas que los griegos creyeron ver recorriendo el pavimento de las estrellas. Su padre se las había señalado en un mapa celeste: Orión, las Osas, Casiopea, Tauro con Aldebarán… Entre ellas descansaba, como en cuna gigantesca, mullida, brillante y para siempre protegido, Sebastián Mártir.

Al abrir los ojos, vio salir a alguien de las ruinas de la bodega. ¿Sería Rosendo? Una rama, como un ala pesada y enorme, se movió y dejó ver la figura de un hombre; los cabellos le colgaban, largos y enmarañados en torno al rostro, y el ojo visible centelleó como el azogue, dándole una expresión sobrenatural.

El terror le desmadejó las vísceras: era el ánima de don Julián que volvía, impenitente. ¡Tantas misas, tantas novenas, y él todavía vagando por la Tierra! «Sebastiana…», oyó. Soltó el talego y gritó cubriéndose el rostro, apretando entre los dedos la cruz que llevaba al cuello. Cayó desmayada y reaccionó ante el contacto de unas manos, no frías y repulsivas, sino suaves y tibias.

—Sebastiana…

Era Becerra. En llanto angustiado, ella lo abrazó y enterró el rostro en su pecho.

—¡Era él, era él! —sollozó.

—¿Quién?

—¡El, él! —gimió y se mordió los labios para no decir lo que no debía reconocer ni ante sí misma.

—¿Crees en fantasmas?

—¿No existen? —preguntó ella, temblando.

—Sólo si nosotros los aumentamos con nuestros pensamientos —respondió él—. Lamento haberte asustado, pero estaba inquieto y salí a caminar. Te vi cuando retirabas un bulto y quise ayudarte. Vamos, te llevaré a tu pieza. ¿O quieres que mande a una de las criadas a dormir contigo? —Alzó el talego, sopesándolo—. ¿Libros?

Sosteniéndose de él, Sebastiana asintió.

—¿Por qué sales a estas horas a buscarlos?

—No quiero que tía Saturnina se entere; dice que me volveré satírica y sarcástica.

—Dudo que la señora sepa el significado de esos términos —sonrió él.

Subieron la escalera y Becerra abrió la puerta del dormitorio, dejando el talego en el piso, al lado de la cama.

—¿No quieres que avise a Carmela? —insistió.

Ella sacudió la cabeza y preguntó, ansiosa:

—¿Crees que estudiar sea pernicioso para la mujer?

—No más que para el hombre.

Sebastiana dejó pesar un silencio minúsculo y dijo extemporáneamente:

—Las manchas de la mano son quemaduras. En luna llena me dan picazón.

Recién cuando regresó a su cuarto Becerra comprendió que algo semejante a un milagro había sucedido: ella se había abrazado a él, le había permitido sostenerla, había buscado refugio en su pecho. Y por primera vez desde que había quedado embarazada, se dirigió a él con familiaridad, olvidando el desapego del último año. Incluso lo había tuteado.

Quizá Juan del Encina se equivocaba y las llaves de su vida no estuviesen para siempre perdidas, sino sólo caídas en un rincón.

No se detuvieron mucho en Santa Olalla, pues doña Saturnina, intranquila por la cercanía de las carnestolendas, insistió en que debía estar en la ciudad para vigilar a su familia.

—Si no nos apuramos, tu padre y Marcio —que habían quedado en El Alto— partirán con las niñas aunque sea en carreta. No quiero pensar en los

desafueros en que pueden caer si no estoy ahí para poner mesura.

—¿Mi padre, en desafueros?

—No, Gualterio no; pero las niñas y sus madres, las criadas y… te reirás, hasta temo por Marcio —confesó ante la mirada risueña de la joven.

Una de las costumbres era que se iniciaran batallas entre las mujeres de una casa y los comparsistas callejeros; después de intercambiar proyectiles, envalentonadas por lo que parecía una victoria, abrían la fortaleza y se lanzaban a la vereda, sólo para ser emboscadas, capturadas, embarradas y toqueteadas mientras Marcio, imaginaba la señora, iba como un fantasmón tras alguna «tapada».

Sebastiana, todavía impresionada por el espectro de don Julián —había encontrado en las ruinas un botijo de chicha vacío—, se avino a partir.

Al llegar a la ciudad, los recibieron con la triste noticia del fallecimiento, poco más de veinte días atrás, del presbítero Ignacio Duarte y Quirós en Caroya.

OceanofPDF.com

24. De escapularios y de aceros

«La primera alabanza, o una de las primeras de Duarte, es haber fundado este real Colegio de Monserrat. Pero esta alabanza es de tal índole que nadie puede entenderla bastante, si no comprende cuánto se deben estimar los colegios para jóvenes».

José Manuel Peramás, S. J.

Cinco Oraciones Laudatorias en honor del doctor Ignacio Duarte y Quirós

OceanofPDF.com

Córdoba del Tucumán
Tiempo de Ceniza
Verano de 1703

La noche del 2 de febrero de 1703, día de la Purificación de María, llegó a la ciudad de Córdoba un mensajero desde Caroya. Decía que a pesar de los cuidados del hermano Peschke, el doctor Ignacio Duarte y Quirós había fallecido serena y silenciosamente.

La mujer que lo atendía encontró un librito caído al lado de la cama con una flor silvestre entre dos páginas; en el margen de una, había escrito con letra temblorosa: «Todo lleva a Dios», abarcando unos versos que decían: «Lo que es y lo que ha sido, y su principio cierto y escondido».

Había pasado sus últimas horas, cuando no rezaba el rosario, leyendo la excelencia de Fray Luis de León, pues la poesía lo llevaba a conservar el vínculo con su Creador.

La criada era analfabeta, pero pensándolo santo, dejó la flor donde estaba y envolvió el pequeño tomo de cantos raídos en su pañuelo, quedándoselo como reliquia.

Las honras fúnebres se llevaron a cabo con toda la tristeza que significó para la ciudad la pérdida de aquel hombre, y con la grandeza debida al que un día fue comisario de la Santa Cruzada.

Dejó sus bienes en orden, claros los testamentos, resguardados los legados, y fue enterrado, a su pedido, en la capilla del Convictorio de Monserrat.

El hermano campanero, feliz con la espadaña en ángulo y los cinco esquilones del Colegio, siempre quiso musicalizar con sus tañidos la

graduación de los estudiantes. Pero debido al empeño del obispo por imponer la Universidad de los dominicos, ya iban para tres años que no se dispensaban los grados académicos en la de la Compañía.

Mientras el conflicto se dirimía ante Charcas y el rey, los rectores jesuitas continuaron excomulgados, los estudiantes sin sus títulos y el hermano campanero terminó tocando a duelo por el benefactor del Colegio Real.

Con Duarte y Quirós, desapareció el siglo XVII de la Córdoba del Tucumán.

Don Gualterio, al volver del recordatorio, se encerró en su biblioteca y revolvió hasta encontrar los versos que solían leer con el presbítero en sus tardes de tertulia. «Verdadera poesía tenía en el alma quien acertó a escribir sobre la soledad mística», había asentado el que les remitió los «Soliloquios de un alma a Dios», de sor Marcela de San Félix, y ellos dos así lo habían entendido.

El hidalgo, rodeado por la palabra de San Juan de la Cruz, de Fray Luis de León, de Santa Teresa de Jesús, lloró resignadamente la muerte del amigo.

Lope de Soto entró en Córdoba para primeros de marzo y mientras permitía que Maderos lo ayudara con los correajes, la ropa y las botas, pensaba en que iría al lupanar, descansaría unos días, encontraría motivo para salir a patrullar el valle de Paravachasca… y visitaría Santa Olalla. Quería encontrar sola a Sebastiana, sin la presencia de ninguna dueña, de ningún padre impidiéndole seducirla. Ni siquiera se planteaba que ella pudiera no gustar de él; si advertía alguna actitud esquiva, la achacaba al artificio femenino de atraer con la indiferencia. Sólo temía que la familia le impusiera a don Esteban.

Al volver de la calle con una vasija de vino y unas empanadas, Maderos comentó que la joven y su padre habían permanecido más de un mes en la hacienda de Becerra: don Marcio, que iba a reunirse con sus cofrades de San Francisco, se lo acababa de confirmar. «¿Así que de fundo nuevo?»,

preguntó el estudiante. «Mi sobrino está pensando en tomar estado», reconoció el caballero.

Soto comprendió que, a causa de sus obligadas ausencias, Becerra ganaba terreno lenta pero seguramente. Enardecido, volteó la mesa de algarrobo con todo lo que había encima y luego, con un rugido, puso patas arriba cuanto mueble encontró a mano.

Maderos se mantuvo apartado, pues las iras de su amo no eran para desdeñar. Tapándose los oídos se preguntó cómo calmarlo. «¿Y por qué no prometerle el oro de sus sueños —pensó—, si tengo el 'ábrete sésamo' de la voluntad de doña Sebastiana en mis manos?». La carta aquella, a buen resguardo, podía trocar los papeles de sacrificantes y sacrificados.

—Es cuestión de paciencia, señor —exclamó, refugiado al costado de un bargueño para esquivar el huracán de objetos que volaban a través de la habitación.

—¿Qué? —gritó Soto.

—Un poco de paciencia, señor; en algún momento doña Sebastiana volverá a Santa Olalla y usted podrá actuar a gusto.

El hombre se detuvo, pasándose las manos por la cabeza, aplastándose el cabello. Todavía respiraba con fuerza, pero mientras su ayudante corría por más vino, terminó de desahogarse pateando cuanto había volcado.

Recibió la damajuana y luego de un largo chorro en el garguero, se enjuagó la boca con él y preguntó a Maderos:

—¿Y si ya le ha dado a ese engreído palabra de desposorio?

—Tenga paciencia, señor, que yo encontraré la forma de unirlo a doña Sebastiana —repuso el joven. Después de una vacilación, sugirió—: Quizá debería vuesa merced planear algo más eficaz.

—¿Como matar al padre, a Becerra, al mayordomo, varios indios y a dos o tres curas? —se burló el otro, malhumorado.

Maderos no hacía ascos al asesinato —siempre que no tuviera que cometerlo él—, pero al calcular los inconvenientes, opinó con seriedad:

—Demasiadas muertes. No hay juez que las pase por alto. Yo pensaba en su vieja idea de raptarla… digo, sin hacerle ofensa.

Maese Lope se tironeó la barba.

—Tiene mirada de emperrada. Quizá nunca me perdone el insulto, y no quiero vivir en discordia con ella. Preferiría mantenerla feliz —reconoció con ingenuidad.

«Sí, feliz mientras consigáis vuestros deseos, a satisfacción de vuestra ambición. ¡Qué nos importa, a vos y a mí, que ella sea feliz!», se dijo con cinismo el estudiante. Y recordando la piel sin tacha, los senos pequeños, apenas marcados sobre el escote de la pechera que terminaba en punta, se deleitó en la idea de gozar de ella. Era tan delicada como una muñeca de porcelana, de esas que los oficiales españoles que volvían de Florencia traían para sus novias y hermanas, vestidas a la moda de la corte de Francia.

Un ahogo lo tomó, una especie de infatuación de lo que podía lograr. Miró de reojo el corpachón velludo y cruzado de cicatrices del maestre de campo y tuvo deseos de reír. ¡Tanta virilidad en esa máquina de guerra, y todos sus afanes no lograban que semejante muchachita lo tomara en cuenta! En cambio él, con su ingenio, iba a disfrutar de ella a discreción, aunque estuviera casada. Bueno, no a discreción, pero sí cada vez que se diera la oportunidad, cuando Soto saliera de putas o a peleas de gallos.

Mientras cortaba sobre la madera un trozo de costillar que olía de estar en la fiambrera, pensó en que, una vez unidos en matrimonio, debía plantar en su patrón alguna duda, de manera que lo dejara a vigilarla en vez de llevarlo por esos andurriales peligrosos, lejos de los libros y las aulas.

—Si su señoría no me necesita esta noche, aprovecharé para visitar a un condiscípulo que me enseña latín.

—¿Y quién te paga esos lujos? ¿Alguna viuda? —se burló Soto.

«Y tan así», pensó Maderos disputando a los perros las empanadas que habían cruzado los aires. Mientras les soplaba el polvo, se rió.

—Salvador lo hace por amistad. Yo le correspondo enseñándole el arte de maestría mayor.

La verdad era que Sebastiana le daba dinero para pagarle a Salvador —que con eso ayudaba a sus tíos— como le daba —con vueltas y demoras— para otras cosas. Él se mantenía tranquilo, punzándola de vez en cuando, pues decía a favor de la joven que jamás le hiciera faltar las velas. Aun

ausente, todos los viernes Dídima, la vieja que empleaban de criada, le llevaba una gruesa de cirios de las monjas.

Lleno el estómago, flotando en vino el cerebro, Soto, después de indicarle que fuera a buscar su correspondencia a lo de don Marcio, se dejó caer sobre el gran lecho de cortinas.

Maderos lo creía ya dormido cuando preguntó con la lengua trabada por el cansancio, el sueño y el vino:

—Eso de ma… maestría mayor, ¿a qué arte se refiere?

—Es un artificio rítmico que usaban los antiguos versificadores; consiste en repetir las mismas consonantes en todas las estrofas de una composición, lo cual es más difícil de lo que parece.

El «¡Bah!» con que lo despidió su amo compendió lo que el hombre pensaba de aquellos afanes. Maderos, después de cubrirlo con un lienzo para que las moscas no abusaran de él, se acicaló y se dirigió a lo de Núñez del Prado.

Aprovechándose del carácter apático del licenciado, el joven había conseguido que se interesara por el trámite de su limpieza de sangre, que lo presentara a sus maestros y le encargara pequeños mandados. Aunque le pagaba con monedas, era un buen negocio: le daba la oportunidad de relacionarse con los comerciantes, y reconociéndolo como el auxiliar del señor, le entregaban mercadería que el caballero pagaba después a vista de comprobante. De aquel arreglo Maderos sisaba —con discreción— cera, pluma, tinta, arenilla y papel.

Cuando llegó a la casa de los Osorio —la madre de don Marcio había sido una Osorio—, cercana al templo de San Francisco, un negro anciano y tembleque lo hizo pasar a la pieza polvorienta, mal iluminada por los vidrios sucios de las ventanas que daban a la calle.

El notario vivía solo después del fallecimiento de su madre, dolido de su orfandad como si fuera un niño y acompañado por el viejo que le hacía de ayuda de cámara —un negro dotado para la música, que sabía tocar el violín— y una mujer que había sido criada por doña María Purísima Osorio, difunta madre de don Marcio.

La mujer —Cupertina— había concebido esperanzas de maridar con él, y al no conseguir nada —o por la naturaleza del caballero o por la mirada de halcón y lengua de aguijón de doña Mariquena, su hermana—, se vengaba espantando con el maltrato y el hambre a las muchachitas que ésta quería imponerle como ayudantes, enredándose en discusiones con el negro y dejando que se enseñoreara la mugre por todas partes.

Don Marcio estaba sentado detrás del escritorio y preocupado por la indemnidad de los documentos de sus clientes; al entrar Maderos, buscó la llave —que siempre llevaba sobre su persona— y después de atar los papeles con cinta azul, los puso bajo cerradura.

Usaba diferentes colores para facilitar el reconocimiento rápido del cliente; Maderos sabía que a los suyos correspondía el amarillo.

Maderos le preguntó por sus trámites y se despidió después de preguntarle si no necesitaba de él.

Mientras caminaba hacia lo de Salvador, vio venir por la vereda del frente a las sobrinas de don Esteban custodiadas por la negra mayor de doña Saturnina; como si no las hubiese notado, cruzó la calle y se detuvo en la tienda de ultramarinos, para ponerse en marcha en cuanto se acercaron a él.

Aprovechando que la guardiana no era tan severa, saludó cortesanamente, sosteniendo la mirada de Eudora. Como el lobo, ya había separado del rebaño a la elegida, y por alguna ocurrencia, la jovencita parecía interesarse en él.

Varios metros después se volvió, caminando de espaldas, para observarla: Eudora había hecho lo mismo a pesar de las recriminaciones de sus hermanas.

«Tampoco van mal las cosas por este frente», reflexionó el estudiante. Eudora no era la más linda ni la más inteligente de las niñas, pero sí la más seducible y, barruntaba, la más gobernable. Ya había conseguido la promesa de un encuentro secreto. También en ese punto tendría que ayudarlo doña Sebastiana; haría, después de todo, un buen casamiento.

Al tiempo que entraba en la casa de su amigo, se sintió lleno de esa satisfacción que dan las cosas logradas por el propio ingenio.

La criadita mulata de los López lo hizo pasar a una habitación donde la familia trabajaba ribeteando pañuelos de crespón negro, armando lazos de terciopelo morado, tiñendo zapatos y fileteando tarjetas de duelo.

Maderos siempre los encontraba contentos, haciéndose bromas o citando refranes. Una de las primas de Salvador le sonrió; se llamaba Graciana, era bonita y perspicaz, y hubiera merecido, por su inteligencia, que se le brindaran mayores estudios. Maderos pensó en ofrecerse a enseñarle, pero temió verse comprometido; la chica le gustaba demasiado y era la única mujer por la que no tenía un pensamiento cínico o burlón.

Salvador se puso de pie y se retiraron a una mesa reservada para estudiar. Cuando sacaron los libros, el ayudante del maestre de campo preguntó:

—Si alguna vez me pasa algo, ¿te encargarás de que la carta que te di llegue a destino?

—No te aflijas; las promesas son deudas —aseguró el otro.

—Dios te bendiga, buen amigo —murmuró Maderos.

Al volverse, vio que Graciana les traía una infusión de cascarilla; colocó la bandeja con los jarros en la mesa y luego les alcanzó el servicio de escritura.

«Lástima que no tengan dinero —se dolió el joven—, porque siendo el caso, yo la elegiría por esposa». Tanto le atraía, que más de una vez olvidó a Eudora y su fortuna, y pensó en exprimir a Sebastiana hasta el día de su muerte con tal de casarse con la prima de su amigo.

Una vez en la ciudad, Sebastiana fue volviendo al «trato de gentes», como definía su tía la vida social.

Entre tantas visitas, se acercaban las viudas de vivos, así nombradas porque hacía años que sus maridos estaban ausentes —en el Perú, en el Reino de Chile o en la mismísima corte de España—, que llevaban a Sebastiana, por discreta y reservada, las cartas de los viajeros para que se las leyera. Y como tenía el don de la escritura, muchas pedían que las contestara, pues ponía «hermosos sentimientos» en la correspondencia.

A caballo entre dos meses, llegó el carnaval, con desmande de enmascarados, con vejigas y «alcancías» de barro rellenas con agua perfumada, de negros alborotados, de estudiantes disfrazados inventando bribonadas para molestar a los que no gozaban de su aprecio.

El placer cortés de arrojarse flores, granos de anís, cascarilla de canela y perfumes iba dando paso a otra costumbre más grosera que indignaba a muchos: pelotazos, huevos malolientes y duraznos eran lanzados a la cabeza y a la cara, produciendo chichones, ojos negros y moraduras en el resto del cuerpo.

Aquel año, la batalla del carnaval no se libró con demasiada agua, puesto que faltaba, supliéndosela con harina, barro y otras inconveniencias.

A la par que las señoras se escandalizaban, los franciscanos se dedicaron a recoger indios ebrios hasta la inconsciencia y desde los púlpitos cayeron censuras y reconvenciones.

El obispo Mercadillo amenazó al espíritu con el Infierno, al cuerpo con la cárcel y a la bolsa con fuertes multas mientras aseguraba desde el púlpito que Córdoba era una de las ciudades con peor comportamiento que él había conocido.

Alguien le devolvió la atención —en letrillas anónimas— refrescando el incidente que enfrentó al mitrado con el Consejo de Indias, cuando sacó «de algún lugar de la Mancha ciertas mujeres» —según el gobernador Zamudio —, a las que llevó al puerto con la intención de introducirlas en América como parientas suyas. El Consejo desconfió y les negó el visado para el Nuevo Mundo a pesar del berrinche de Su Ilustrísima.

Otra de las letrillas decía:

¿Quién con canónico celo
brinda amparo a las mulatas
y se procura horas gratas
prometiéndoles consuelo?
¿Quién caza viudas al vuelo
y las confiesa en su altillo?
Mercadillo.

Muchos pensaron que los versos se debían a don Esteban, hábil rimador y todavía enemistado con el obispo; otros, que eran de uno de los Bustamante, gentilhombre discreto pero que, como a muchos caballeros cordobeses, se le maliciaba una veta de humor irreverente.

Mientras tanto, todas las clases sociales se dedicaban a excesos y atrevimientos que los pocos cuerdos no podían impedir.

La víspera del miércoles de Ceniza, Becerra volvía de la ranchería de Santo Domingo, donde ni las exhortaciones ni las prédicas de los frailes habían podido contener a los africanos, decididos a olvidar, en unos días de licencia, la esclavitud de todo el año.

Venía contento, cansado, empapado y con la conciencia incómoda. Aunque era tarde, seguía el tumulto, pues las pandillas de máscaras atravesaban las calles al galope y dando alaridos. Así, irreconocibles, aprovechaban para ofender y hasta injuriar a algún enemigo, de preferencia altos funcionarios, no dejando de lado ni los edificios públicos. Sólo los templos y los hombres de hábito se salvaban, y las iglesias permanecían abiertas día y noche para facilitar arrepentimientos o para refugio de los que debían salir obligadamente a la calle.

Becerra, algo mareado, se detuvo en una esquina; un poco de contrición, pensó, no le vendría mal. Entró en Santo Domingo, donde la lámpara votiva, en la oscuridad, parecía indicar la soledad de Dios aquellos días.

Creyó oír pasos, haber visto una sombra, pero no le prestó atención: salvo una daga para defensa, y la ropa vieja y embarrada, no llevaba nada que pudiera tentar al asalto.

Al hacer la genuflexión, recordó lo que le había dicho su abuelo: que los predicadores tenían atrapado, en sus túneles, a un demonio espantoso a quien mantenían colgando de un tobillo para que no saliera a hacer maldades. Por lo que veía afuera y por su propio comportamiento, se preguntó si aquel diablo, capturado por Santo Domingo de Guzmán y convertido en tizón, no habría escapado de su cautiverio, pues muchos hombres temperantes como él habían caído en la lujuria y en la bebida.

Se arrodilló, arrimando la sien a la pared para no caer, pues se sentía atontado. Quiso rezar, pero no recordaba el Pésame; lo iniciaba por tercera

vez cuando una especie de soplo hizo temblar las velas encendidas ante la Virgen, erizándole la nuca. Se tiró de costado y alcanzó a ver el brillo del acero que cerraba en un semicírculo el envión del ataque.

El comprender que terminaría asesinado si no reaccionaba lo llevó a eliminar del cuerpo el cansancio y la beodez. Rodó sobre sí dos veces mientras palpaba por su daga, y con ella en la mano, se puso de pie con torpeza. Una sombra encapuchada se lanzó contra él y nuevamente el reflejo de la hoja buscó herirlo. Comprendió que tenía a su favor la poca ropa y el desembarazo de telas. El otro estaba disfrazado y el atavío le entorpecía los movimientos; cuando la embestida de Becerra lo obligó a retroceder, trastabilló al pisarse el manto que lo cubría hasta los pies.

En uno de aquellos movimientos de atacar y retroceder, el brazo de Becerra rozó un blandón y con la fuerza del que está en peligro, lo arrancó de la pared y golpeó al otro con fuerza. Lo oyó gemir y encogerse: no había visto venir el golpe porque el objeto era opaco en la oscuridad.

Tomándose el brazo, el agresor retrocedió hacia la salida, pero Becerra, furioso, manoteó en la oscuridad.

—¡Hijo de… no huyas! —gritó, olvidando que estaba en el templo.

Le contestó un rezongo furioso, pues había conseguido atrapar la punta de la capa, haciendo vacilar al atacante.

—¡Cobarde, muestra la cara! —lo provocó, tirándole otro puntazo—. ¡O habré de matarte para saber quién eres!

El otro se volvió con la agilidad de un espadachín.

—Ande, hombre —siseó, la voz falseada por el embozo que le cubría la boca. La luna que hendía el atrio hizo relampaguear nuevamente el arma que empuñaba—. Ande —repitió—, que el acero me quema y quiere sangre.

La punta del arma rasguñó el justillo de Becerra, dejándole un estremecimiento en el pecho.

Se oyeron voces y dos religiosos aparecieron por la capilla doméstica con teas encendidas.

—¡Deténganse, por Nuestra Señora del Rosario! —clamó uno, echándose sobre ellos y levantando el hachón como arma mientras el otro

preguntaba, ofuscado:

—¿Qué sucede aquí, qué sucede?

—¡Respeten la casa de Dios!

—¡Salgan del templo; vayan a matarse a la calle! Los gritos y las llamas oscilantes pusieron más confusión en el vientre de la nave. Otros frailes aparecieron y uno sospechó: «¡Han venido por los objetos sagrados!».

El enmascarado aprovechó para huir, librándose de la capa y dejando a don Esteban con ella en una mano y la daga en la otra.

Fray Valentín Ladrón de Guevara se acercó rápidamente al rezagado, que examinaba la prenda intentando adivinar la identidad del enemigo.

—¡Don Esteban Becerra y Celis de Burgos! —tronó el fraile—. ¡De dónde venís vos, en ese estado, a ofender a Nuestra Señora en reyertas por mujerzuelas!

—Señores, juro que nada tenían que ver las mujeres en esto, y mucho menos estoy dedicado a robar el oro. No sé por qué me atacó ese hombre. Por favor, denme luz.

Tranquilizados, pues era un vecino conocido, le acercaron las teas y tantearon la prenda.

—Es de buen paño.

—Buena hechura también, y de precio.

—No era un cualquiera el que os atacó, don Esteban.

—Se parece a las capas que fabrican los López, los funebreros.

—¿No sospecháis…?

—En verdad, no; entré en el templo llevado por el arrepentimiento y mi Señor Jesús debió intervenir, pues el asesino no ha podido herirme.

—Envainad el arma.

Don Esteban obedeció.

—¿Estáis arrepentido de vuestros actos licenciosos?

—Sí, fray Valentín.

—Entonces, al confesionario.

No tuvo más remedio que confesarse y hacer propósito de enmienda. Después de interrogarlo sobre la situación en las distintas parroquias, le

impusieron la penitencia de pasar el miércoles de Ceniza en oración y ayuno, además de dar unas limosnas para los leprosos.

En verdad, el carnaval había terminado para él con más excitación de la que deseaba.

Volvió a su casa acompañado de dos novicios, pues los dominicos temían que fuera emboscado nuevamente. En la callejuela que mediaba entre el Cabildo y la inconclusa Catedral, Becerra creyó ver a don Marcio abrazado a una máscara baja y rechoncha; miró para otro lado y supersticiosamente se tocó el rasgón del justillo. El puñal no había llegado al músculo porque lo había detenido el grosor del escapulario de la cofradía del Santísimo Sacramento, de la Compañía de Jesús, a la que él pertenecía.

A la mañana siguiente se enteró de que unas máscaras habían asaltado la casa de los Zúñiga, persiguiendo a las mujeres hasta que don Gualterio, despertado de la siesta, atinó a liberar al mastín que, azuzado por los ladridos del perrito y los gritos de las jóvenes, persiguió a los intrusos hasta las tapias, alcanzándoles a morder las pantorrillas en un caso, los talones en el otro.

Tampoco ellos podían decir quiénes los habían asaltado.

OceanofPDF.com

De las confesiones

OceanofPDF.com

…Yo había recibido una carta del estudiante donde me decía que, por mi bien, acudiera a una cita con él. Obscuramente, deslizaba amenazas y sugería represalias. Como lo sabía villano pero no tonto, algo de su atrevimiento me advirtió peligro, y en ello meditaba cuando llegó la segunda nota, más incisiva.

Aún hoy recuerdo el sudor helado que me mojó el cuerpo pero ¿qué podía saber él de mis pecados? No estaba en la ciudad cuando mi madre murió, no estaba en Santa Olalla cuando el incendio, y por más que sospechara, no había quién pudiera endilgarme la muerte de Eleuteria y de sus hijos.

Aun así, entre la curiosidad y el temor decidí no arriesgarme. Me presentaría en su casa.

Horas antes del encuentro, pensé decírselo a don Esteban, pero decidí callar: si solicitaba su ayuda, tenía que sincerarme con él, y no quería hacerlo.

Al hablar con Maderos, comprendí que tenía con qué obligarme pues por ciertas circunstancias era testigo de mi participación en la muerte de don Julián.

No obstante, pude intuir que algo temía de mí, aunque ni él mismo sabía qué era, y seguramente desde hacía meses especulaba con qué artes podía yo atacarlo. Supongo que se inclinó a pensar que mis dotes eran las de seducir a otros para que actuaran por mí, y ése fue su grave error de apreciación.

Escuché sus pretensiones con fingida tranquilidad, crucé algún duelo verbal con él, y luego de enterarme de que se protegía mediante una carta

depositada en manos de confianza, regresé a casa.

La ciudad estaba silenciosa como una sepultura, aunque desde el cordón de menesterosos, indios y negros libertos que la ceñían, llegaba el barullo apagado de las pulperías y casas de pecado donde risas, interjecciones y ladridos de perros nos hablaban de otra vida menos complicada que la que llevábamos nosotros, los que vivimos bajo tejas.

Pedí a Rafaela que nos detuviéramos en la acequia madre para limpiarme los dedos pegoteados de sangre, pues cuando Maderos me tocó no pude contenerme y le arañé el rostro.

Llegada a mi casa, busqué el dormitorio y me eché sobre el colchón, las piernas contra el estómago, la frente sobre las rodillas, y reflexioné.

La indiferencia primero, la fácil soberbia, la sorna y el desdén con que había mirado al estudiante después, la furia que más tarde había despertado en mí, dejaron paso en mi entendimiento al juicio descarnado: desde el primer momento intuí que Maderos era algo más que un simple escribiente. «Mis instintos me lo advirtieron. ¡Por qué no los atendí!», me reproché y días después, al ver al maestre de campo arrodillado y rezando con la diestra en el pecho, me sentí enfurecida. ¡Componer aquella comedia para casarse conmigo y hacerse con algo de tierra y posición! «Si insiste —cavilé—, tendré que librarme de él».

Miré entonces al estudiante y recordé la última vez que estuvo en Santa Olalla, ya acaecida la muerte de don Julián. ¡Aquel día, mientras lo humillaba mandándolo a comer con los soldados, ya sabía él que yo, si no había matado a mi esposo, al menos lo había dejado morir! Y como tenía una mente inquieta, algo sospechaba de la muerte tan súbita de mi madre.

Desde mucho atrás estaría planeando el desquite… ¡y yo, tan en ufana!

Supe que lo tendría sorbiendo mi dinero y mi dignidad hasta que mis huesos se adelgazaran, hasta que uno de los dos feneciera. «Que sea él, entonces —me dije—; y sin él, su amo será como un caballo ciego que salta hacia el abismo». Porque era él, bien lo advertí, quien plantaba ideas en la cabeza de Soto, quien las alimentaba con insinuaciones, quien le daba de beber dosis ínfimas de ambigüedades.

A aquellas disquisiciones debí agregar el hecho de que vi a Maderos observando a Eudora… y mi prima, que es candorosa, le presumía con los ojos. Con meridiana claridad comprendí que ésa sería, más tarde o más temprano, su exigencia: unir la suerte, mediante mi intervención, a la de aquella ingenua, o a la de otra semejante.

Tuve que verlo unas cuantas veces, casi siempre junto con el maestre. Me producía furia y repugnancia la expresión que me dispensaba sobre la cabeza de los demás, esa especie de hermandad que lograba transmitirme; odié su mueca, desagradable como la de algunos perros que imitan el gesto humano de sonreír…

Y aunque el amo y el criado me destemplaban el ánimo, aprendí a mostrarme cuidadosa, a administrar mi resentimiento, pareciendo a veces que les concedía algo, eludiendo otras mis promesas, pero nunca yendo tan lejos que tentara a Maderos a escarmentarme.

Creo ahora que, de alguna manera tenebrosa, disfrutábamos de medir nuestro ingenio en un plano secreto, ignorado por los demás. El que perdiera el juego quizá perdiera la vida…

OceanofPDF.com

25. Del cacao amargo y del hinojo asnal

«Poder económico y cargos públicos son dos aspectos estrechamente vinculados en la sociedad colonial; ambas cualidades se dan en las personas de quienes tienen una participación de importancia en el comercio negrero. El caso de Córdoba así parece demostrarlo».

Félix A. Torres

La historia que escribí - Estudios sobre el pasado cordobés

OceanofPDF.com

Córdoba del Tucumán
Tiempo de Cuaresma
Otoño de 1703

El miércoles de Ceniza amaneció con la agonía de los bailes que se habían prolongado toda la noche. No fueron pocos los que, como quien despierta de una borrachera, corrieron a los templos para recibir la «ceniza» y hundirse en la penitencia.

Don Gualterio, que iba al primer oficio, encontró la ciudad abandonada como después de un saqueo: las paredes sucias de lodo y, afeando las calles, vejigas rotas, cáscaras de huevo, bombas de barro destrozadas, frutas que se pudrían al sol. La harina convertida en engrudo volvía resbalosos los caminos de piedra que rodeaban edificios administrativos, templos y casas principales.

Se veían beodos —dormidos o castigados— en los corredores del Cabildo o recostados en los escalones de los templos como apestados que no hubieran alcanzado a entrar en ellos. En los altares laterales algunas máscaras gemían, boca abajo, con los brazos en cruz, mientras otras, confusas, daban vueltas con la ropa en desorden y acartonada de mugre. El aire olía a cuerpo en celo, a sudor y a barro, y los golpes recibidos comenzaban a hinchar y amoratar ojos y músculos.

El jolgorio llegó al último estertor con el entierro del carnaval, al que llamaban «nuestro querido pariente» y otras zafiedades afectuosas. Cuando Zúñiga abandonó la Merced, contempló con repugnancia de hombre sin humor, anciano y enfermo la procesión que transportaba en angarillas un

monigote extravagante rodeado por individuos disfrazados de «lloronas» que arrastraban un luto de espantajos mustios y haraposos.

Dio la espalda a aquel cortejo de insomnes que se perdía hacia el río entonando una salmodia atrevida, con reminiscencias gregorianas, y se dirigió a tomar el desayuno con el hermano Montenegro.

Pasado el entierro, comenzaba el jubileo de las cuarenta horas. Introducido por San Carlos Borromeo para desagraviar al Señor por los desórdenes del carnaval, los jesuitas lo propagaron con el rigor de una Semana Santa adelantada.

Duraba tres días, y muy pocos vecinos dejaban de acudir a los sermones.

«El fruto fue grande —consignaron las Cartas Anuas—, confesándose muchos en nuestra casa, y comulgando casi todo el pueblo».

Redimidos pecados e injurias, el jubileo concluyó con himnos sacros, el templo adornado como Domingo de Pascua y todos contentos porque sus excesos habían sido perdonados después de haberlos gozado.

En casi todas las casas, entrada la Cuaresma, se acumulaban huevos, azúcar, harina fina y otros elementos que se emplearían en los manjares del día de la Resurrección. Las muchachitas, nostálgicas, comenzaron a juntar huevos vaciados y vejigas para emplearlos como recipientes en el próximo carnaval.

En el desasosiego que provocaba la proximidad de la Pasión, Rafaela, cuando menguaba el día, contaba cuentos de trasgos y de brujas y Belarmina historias terribles que recordaba de otros fuegos, en la costa de Cabo Verde, de boca de una mujer muy vieja, bajo el árbol tribal. Eran recuerdos tan antiguos que a veces no sabía si le venían con la sangre o estaban dormidos en su memoria.

Después de desintoxicar la carne y el espíritu, Becerra hizo llamar a Bienvenido López, y mostrándole la capa de su atacante, le dijo que la

había encontrado y deseaba devolverla. ¿Recordaba él haberla confeccionado, y para quién?

El otro sacó una lente y revisó las costuras de la prenda.

—Ciertamente, ha sido hecha por nosotros. Esta puntada es de mi Graciana. —Luego estudió el envés de la capucha—. Sí, sí; ya me lo parecía. Fue encargada por maese Lope. Mire sus iniciales.

Becerra le pagó por la molestia y sonrió torcidamente.

—No se lo diga. La retendré unos días para divertirme con su preocupación.

—Bien que sufrirá; el señor maestre no duerme en oro. Hasta me extraña que la haya usado para carnaval.

—En realidad, la encontré en el templo.

—Eso es más comprensible.

Después de despedirlo, Becerra se quedó pensando qué hacer. No había forma de verlo de otra manera: si era Lope de Soto, había intentado asesinarlo. El motivo sólo podía ser una pasión más allá de lo razonable por Sebastiana…

El padre Thomas se presentó ante el llamado de doña Saturnina y más tarde, mientras disfrutaban de un café, don Esteban le contó lo sucedido.

—¿Está seguro de que era él? —preguntó el jesuita.

—La estatura y el peso coinciden. Su voz, aunque disimulada, tenía acento español. Desde el principio me di cuenta de que sabía de armas, por la forma de manejar el puñal con ambas manos y por las fintas con que esquivaba mi arremetida; parecía un torero. Y está el asunto de la capa.

—¿Y si uno de sus amigos tomó la prenda…?

—Tendría que haber estado de acuerdo con él. ¿Por qué atacarme, si no?

El padre Thomas, que ya sabía de las aspiraciones del maestre de campo, no pudo dejar de preguntarse: «¿Cuánto tiempo podrá resistir doña Sebastiana el asedio? ¿Es posible que ese hombre no comprenda el rechazo que le provoca? Milagro es que ella, con lo que ha sufrido, no haya caído en el delirio».

—No tome ninguna medida, don Esteban. Meditaré sobre lo sucedido y hablaremos en unos días.

Vio impaciencia en el rostro del hacendado, pero supo, cuando arrojó la prenda sobre una silla, que aceptaba el consejo.

Después de purgar los excesos del carnaval, Lope de Soto se vendó el golpe que tenía en el brazo y vistiendo sus mejores prendas se dirigió al palacio del obispo. Quería depositar en las arcas de la Iglesia el dinero que el portugués le había adelantado. Todavía le quedaban meses de zozobra hasta que pudiera encontrarse con todo el pago. Pasarían años hasta que sus temores de ser descubierto y ahorcado se esfumaran.

La ciudad estaba sumergida en entusiastas habladurías. Don Gaspar de Barahona, sucesor de Zamudio en el gobierno, había escrito al rey acusando al mitrado y a su provisor de obstaculizar la justicia.

Aludía al sonado caso de un grupo de españoles, negros y mulatos libres que habían sido detenidos por estar complicados en robos, escalamiento de moradas, incendio de tiendas y otras picardías, y que no podían encarcelar por la protección que se les brindaba desde el palacio episcopal.

Pero el mayor escándalo, asentaba Barahona, provenía de lo sucedido con «una mujer de poca edad», depositada por la justicia en casa honesta por estar acusada de «escandalosa y de amancebamientos públicos», que se había fugado de allí —so pretexto de malos tratos—, «abrigándose en la del obispo», que al parecer no tenía intenciones de devolverla a la Ley.

A pesar del escándalo, el maestre de campo encontró al doctor Mercadillo muy satisfecho. Más que la expresión de un hombre que se solazaba en el pecado, tenía la de alguien que disfrutaba creando polémica y dejando que los malentendidos se multiplicasen.

A su ofrecimiento, Lope de Soto tomó asiento frente a él, incómodo por el respeto que le despertaba el prelado.

En la habitación ubicada sobre el oratorio —desde donde éste vigilaba a su grey— y elevando la vista sobre el elegante balcón, podían ver la Plaza Mayor, la obra inconclusa de la Catedral, el sobrio edificio del Cabildo y los arcos de los portales de Valladares. Donde, le había contado Iriarte, aquel

soldado, poeta y gran pecador que fue Luis de Tejeda había pasado muchas horas de juerga antes de llegar al arrepentimiento.

Maese Lope, con tirantez, comentó al doctor Mercadillo el motivo de su visita.

—Son unos denarios ahorrados, más algo que me mandaron de Castilla, una poca de herencia… —mintió—. Como conozco mi naturaleza perversa, quisiera resguardarlos en el ministerio de vuestra señoría, pues preveo casarme pronto.

—¿Ya hay elegida?

—Sí. —Maese Lope movió los hombros, inquieto—. Mi corazón ha señalado a doña Sebastiana de Zúñiga…

El sobrino del obispo entró con una esclava que traía un botellón de vino y tres copas; alcanzó a escuchar la conversación y una vez que salió la morena, puso en palabras lo que callaba la expresión socarrona de su tío:

—Es una apuesta muy corta para un patrimonio muy largo —aludiendo a lo exiguo del capital del maestre de campo en comparación con la riqueza de los Zúñiga.

Éste enrojeció y tartamudeó:

—He pensado en dedicarme al tráfico de esclavos.

—Un buen negocio —reconoció el otro alcanzándole una copa después de servir al obispo—, y más satisfactorio que andar lidiando con infieles indomeñables. Por supuesto —aclaró al probar el vino—, a doña Sebastiana le vendría bien que la consolaran de las pérdidas. Otro hijo haría mucho por la salud de su alma, y un marido más por la administración de sus bienes…

—Me debe unas capellanías, —intervino abruptamente fray Manuel con terquedad—, pues su madre me prometió fundarlas para usufructo de la Catedral.

—Señor, si de mí dependiera…

—Y quizá dependa… en cuanto aconsejemos a la viuda.

Lope de Soto contuvo la respiración: prometería cualquier cosa para que abogaran por él.

—Quizá su familia tenga otro aspirante en vista —insinuó.

—Si se refiere a don Esteban Becerra y Celis de Burgos, nosotros haremos saber que no lo aprobamos.

—Pero sí lo aprueba el consejero de doña Sebastiana, el padre Thomas Temple…

—¿El jesuita? —estalló el obispo—. ¡Ya he de encargarme yo de que ese teatino y su Compañía no puedan dar ni la bendición a un mendigo, y mucho menos que anden influenciando la voluntad de las familias! ¡Les he quitado la potestad de impartir sacramentos a los suyos, he declarado nulos cuantos matrimonios han dispensado durante nuestro litigio! ¡Les he prohibido dar títulos universitarios, he mandado clavar las puertas de sus capillas, les he secado la pila bautismal y todas sus campanas están en mis bodegas! ¡He excomulgado a la mitad de ellos, y no tengo empacho en excomulgar al mismo gobernador! Si creen que no puedo excomulgar a toda una ciudad, les mostraré que puedo excomulgar ¡a toda una provincia!

Aunque aquello parecía desmesurado, el fiscal del arzobispo, en Charcas, había dictaminado que no lo era tanto, pues siendo los cordobeses ciudadanos «amonestados y contumaces, si no quieren obedecer, puede el prelado excomulgarlos a todos hasta que se rindan a la obediencia».

Con dos o tres frases más, Soto se despidió y una morena de andar cadencioso lo guió a través de varias habitaciones con tanta mercadería acumulada que parecía una tienda, y así la llamaba la gente, «la tienda del obispo», donde muchos compraban por bienquistarse con él, o porque estaba en la zona más céntrica de la ciudad.

Pegado al palacio y compitiendo con los portales del buen Valladares, había un depósito de vino y aguardiente al que llamaban «la taberna», o más acriolladamente, «la pulpería del obispo», donde éste vendía los productos que le obsequiaban feligreses de todas las clases sociales.

Mientras se dirigía a la Merced, a encontrarse con el padre Cándido, Soto recordó lo que habían escuchado Iriarte y Guerrero —en los corredores del Cabildo— sobre los negocios «de tapadillo» del prelado: compras de diezmos y remates de ellos por terceras personas, utilización de las dotes de los dos monasterios de religiosas para «sus granjerías», las

nueve mil mulas —conocidas como «las mulas del obispo del Tucumán»— que había despachado para su venta en el Perú…

No le molestaban al maestre de campo aquellas cualidades de fray Manuel. Era más fácil entenderse con un hombre de números que con uno de ideas.

En aquella época del año, los Zúñiga sólo recibían a los más cercanos parientes y a los religiosos que iban ya como médicos, ya como consejeros.

El padre Cándido no podía faltar y una de aquellas veces se dirigió a Sebastiana con acento persuasivo:

—Querida niña, un hombre honrado y digno me ha pedido que interceda ante ti para que le concedas tu mano. Soy su director espiritual y puedo asegurarte que sus intenciones son nobles. No pude eximirme de intervenir, pues bien sabes la preocupación que me produce tu estado.

Antes de que pudiera continuar, Sebastiana preguntó:

—¿A vuestra paternidad le parecía mejor mi anterior estado?

—¿Cuál estado? —se desconcertó el mercedario.

—El de casada con don Julián.

El padre Cándido miró a don Gualterio esperando ayuda —¿qué padre no quiere ver bien desposada a su hija?—, pero éste, perdido en sus pergaminos, no pareció escuchar.

Sin saber cómo concluir su misión, el mercedario sacó un papel doblado y lacrado.

—Toma, Sebastiana. Tú decidirás, pero si en algo puedo aconsejarte, te diré que mejor estarás casada y no viuda. Este hombre es de buenas costumbres, tiene un porvenir brillante en la trata de esclavos y te distinguió con su afecto desde que te conoció.

Sebastiana lo escuchó con los labios entreabiertos, ausente el rostro de toda expresión.

—Creo que debes meditarlo, al menos —murmuró el fraile al dejar la carta sobre su regazo.

Ella la tomó a desgano. La dio vuelta entre los dedos y se retiró sin una palabra. Su padre continuó escudriñando las líneas borrosas de un documento. No había escuchado nada.

A solas, la joven rasgó la misiva sin siquiera sentir curiosidad. Sabía que era del maestre de campo y que le pedía matrimonio. Luego acercó los pedazos a la vela que tenía encendida ante San Sebastián, en recuerdo de su hijo, y los sostuvo sobre ella. Y mientras miraba arder y enroscarse el papel y volverse negra e ingrávida la hoja, sintió que iba a necesitar de toda su habilidad: ya no habría días fáciles, pues Lope de Soto gozaba del amparo del obispo y del padre Cándido, y todos se estaban impacientando.

También Maderos estrechaba el cerco, pues convenía a sus planes que la alianza se debiera a él y no a la Iglesia. Con desagrado, la joven intuía un cambio sutil en el estudiante, que ahora la miraba con una expresión desagradable, entre famélica y codiciosa.

Se sacudió en un estremecimiento de angustia y repulsión. Sólo eso faltaba; que quisiera pasar al plano corporal el dominio que tenía sobre su destino.

Quemándose los dedos, depositó sobre la palmatoria los restos de la carta.

La solución le llegó a través de su tío Marcio: «Hay que dejar correr el tiempo —le oyó decir—, pues el tiempo es un gran estratega; gana las batallas sin guerrearlas». Era, pues, necesario, dejar correr el tiempo.

Así determinada, cuando su tía intentaba imponerle a don Esteban, cuando Maderos se hacía el encontradizo con ella y le introducía en la mano papeles con exigencias, cuando el padre Cándido ensalzaba las cualidades de Lope de Soto, cuando éste anunciaba visita, cuando el obispo la mandaba llamar, cuando Becerra quedaba ensimismado, perdido aquel buen humor que la había deleitado de niña, Sebastiana respondía con evasivas, silencios, excusas, súbitas descomposturas y retiros espirituales que la alejaban de todos.

Pero en cuanto salía de su reclusión, la ronda volvía a comenzar: doña Saturnina llegaba con la celeridad del halcón y el padre Cándido se

presentaba de nuevo para insistir sobre el interés que manifestaba por Lope de Soto…

—… que no debe sorprenderte, ya que soy su consejero y su confesor.

Estaba lleno de preocupación por ella, se sinceraba, y quería resarcirla de su primer matrimonio.

—Ahora comprendo que debió ser muy duro para ti; quiero que sepas que nuestro superior mandó varias cartas a don Julián pidiéndole que se moderara…

—¿Antes o después que perdiera a mi hijo? —preguntó ella.

—Yo… creo que fue después; sí, fue después, cuando tu tío me dijo… dijo una vez…

—¿Qué puede saber don Esteban? Nunca nos visitó en Santa Olalla, no estaba allí cuando rodé por las escaleras. Si algo ha dicho, debe ser fruto de maledicencia de criados…

Como el sacerdote había callado, sin saber cómo salir del tembladeral, ella levantó la vista del orifrés con que adornaba una capa y dijo con tranquilidad:

—Porque ni vuestra paternidad, ni mi madre, ni el obispo hubieran dispuesto que me casara con un mal hombre, ¿verdad?

Alisó el galón dorado, cortó el hilo con una tijerita curva y, como quien habla de algún tema de salón, asentó:

—Bien sé, señor, que conoció a don Julián desde siempre, al igual que mis padres, puesto que éramos vecinos, y sé que lo halló adecuado a mi situación.

Como notaba turbado al sacerdote, ofreció:

—¿Es de su agrado una taza de chocolate? Hemos conseguido cacao mejicano, el mejor de todos. Es amargo, pues no tiene mezcla, pero más aromático.

El fraile aceptó y para mostrar su buena disposición, ella misma fue a disponer la colación.

Cuando Porita apareció con el servicio de plata, Sebastiana, que venía detrás, la despidió y por su mano sirvió la taza del religioso, alcanzándole un potecito con miel:

—Para cortarle el amargor —dijo.

Don Gualterio, que venía de San Francisco, donde había tenido reunión de cofrades, se tentó:

—Hija, me apetecería un sorbito.

—Padre —respondió ella—, ya sabéis lo que ha aconsejado el hermano Montenegro. Mejor sería una tisana de hinojo asnal, que es muy refrescante. Yo misma la prepararé.

Aterrado sólo con que le recordaran sus indisposiciones, el hidalgo se dejó caer en un sillón y aceptó esperar alimentando a Brutus y al cachorrito de Sebastiana, que buscaba refugio sobre su pecho, con golosinas que guardaba en una caja.

El padre Cándido esperó que su amigo bebiera la tisana para retirarse. La joven lo acompañó hasta el zaguán, donde aquél se detuvo para decirle:

—Puédesme creer que nuestro obispo habla con el corazón cuando te aconseja casarte, querida niña, lo mismo que yo; sólo deseamos lo mejor para ti.

—Muchas cosas debo a entrambos; Dios es testigo —contestó ella con una inclinación, y se quedó en la vereda, viéndolo alejarse hacia el convento.

La semana comenzó con otra carta del maestre de campo, respetuosa, rendida y elocuente —indudablemente escrita por Maderos—, donde rogaba a Sebastiana que diera contestación a la demanda que por el respetable conducto del sacerdote había formulado. «Sufro de amores por vos, y temo no responder por mis actos. Soy un hombre de pasiones…».

La misiva no pudo ser entregada por el padre Cándido, que desde hacía días sufría de unos cólicos terribles, así que fue Maderos quien se la llevó, aprovechando el mandado para amenazarla sin usar de eufemismos.

—Urge resolver esto de una vez, pues mi amo está irritado —le espetó —. Y mejor que vuesa merced me tenga aplacado, porque podría pasar por alto mis intereses para contentar mi conciencia, que bastante me molesta.

Con la última palabra, su mano, trémula, se dirigió al pecho de ella y lo abarcó con torpeza.

Temblando de repugnancia, Sebastiana vio cómo se le extraviaba la mirada por el deseo, vio cómo una pompa de saliva le reventaba en la unión de los labios, cómo se llevaba la otra mano debajo del cinturón.

Apoyando la espalda en la pared, sosteniéndose con las palmas para mantenerse erguida, pues el miedo y la humillación le volvían de algodón las rodillas, cerró los ojos y pensó: «Debo soportar. Esto no durará más que un momento. Él se irá y quedaré nuevamente en paz, libre, sola, a salvo de todos ellos». Que eran, en definitiva, las palabras que solía decirse cuando don Julián se aparecía borracho en su dormitorio.

Oyó que la respiración de Maderos se tranquilizaba, que se apartaba de ella para de inmediato exigir con la voz temblorosa de excitación, pero con el tono del jactancioso:

—¿No lleva dinero sobre su persona? ¿Quizás en el escote? Tal vez bajo las faldas… —la palpó.

—Más a la tarde le mandaré lo que pueda —se apartó ella.

—Estaré en la taberna del obispo.

Abrió la puerta y antes de pisar la calle, le advirtió:

—Y no sea mezquina. Hoy quiero ir de putas para celebrar nuestro acuerdo.

Salió de la casa esquivándole la mirada; se sentía demasiado eufórico para empañar esa sensación con aquel indefinible temor que le provocaban, en ocasiones, sus ojos. Sentía por la joven lo que nunca llegaría a sentir por Graciana. Era una perversa atracción, que fluctuaba entre el resentimiento y el deseo, más enceguecedora que cualquier otra pasión.

Sebastiana se sentó en el poyo, la mano sobre el pecho mancillado, y se atoró en sollozos.

Cuando Porita fue a encender los faroles, se pegó un susto al encontrársela en la oscuridad. La joven se incorporó mientras le ordenaba:

—Dile a Rafaela que vaya a mi dormitorio.

Se encerró en su pieza como si pasadores, llaves y goznes pudieran protegerla de sus verdugos.

Esa noche se desveló pensando a qué nueva coacción apelarían para someterla.

Gracias a que el maestre de campo salió a reprimir un brote de malones en la frontera sur, Sebastiana pudo conseguir una quincena de gracia, pues incluso Maderos tuvo que dejar la ciudad para acompañar a su amo.

Becerra observó la salida, por la calle Ancha de Santo Domingo —la de la acequia madre—, de la tropa del maestre de campo. Aún no le había devuelto la capa, indeciso entre dejarse llevar por lo que sospechaba o esperar a tener más pruebas, como aconsejaba el padre Thomas.

Lope de Soto lo miró desde arriba del caballo, una figura poderosa e imponente. Sus ojos traslucían una mezcla de odio e impaciencia, pero al saludarlo con un gesto, se mostró confiado, como si los días de don Esteban estuvieran contados y él fuese quien administraba la cuenta.

Becerra prefirió darle la espalda; su mal carácter, que rara vez mostraba, le descompaginó el ánimo. El deseo de vengarse de aquel hombre que había querido matarlo por la espalda era tan fuerte que dio gracias a Dios de que dejara la ciudad. «Si voy a parar a la cárcel, no podré protegerla». Cuidar de Sebastiana, no dejarla librada al capricho de otros, se había convertido en el fundamento de su vida.

OceanofPDF.com

26. De la materia del hechizo y del hechizo

«Amparados en las sombras, reverenciando animales nocturnos, solitarios, silenciosos, esquivos, carentes de familia y de residencia fija, mixturando elementos heréticos y religiosos, urdidores y componedores de voluntades, huyendo de los ingenios y apurando a los crédulos, introduciéndose subrepticiamente en el arte de curar, rindiendo culto a las formas de la muerte, actuaron hechiceros, torteros, brujos, adivinos, agoreros…».

Marcela Aspell

De ángeles, sapos y totoras quemadas. Magia y derecho en la Córdoba del Tucumán

OceanofPDF.com

Córdoba del Tucumán
Vísperas del Domingo de Pasión
Otoño de 1703

Aquino llegó de Santa Olalla; había dejado a Rosendo al mando del campo y a Dolores de la casa. Quería internarse unos días en la Merced, prepararse para la Semana Santa y decidir qué hacer con su vida.

No pasó por lo de Zúñiga, aunque mandó una carta a Sebastiana anunciándole las disposiciones que había tomado.

No siempre los asuntos espirituales ocupaban sus meditaciones: la dueña de Santa Olalla, que le provocaba sentimientos inconciliables entre lo que quería su alma y lo que le pedía el cuerpo, era causa y consecuencia de esto.

Por el padre Cándido se enteró de las pretensiones —que ya intuía— del maestre de campo, por quien sentía rencor y desprecio. Odiaba la idea de que pudiera casarse con Sebastiana; sabía que Soto era tan intemperante como don Julián, aunque con más poder social, por el cargo que ostentaba y porque controlaba sus vicios. También tenía el maestre de campo más fuerza física que su hermano y una cabeza lúcida cuando se trataba de sus intereses.

Le asqueaba el pensar que aquel hombre licencioso pudiera casarse con la joven. Sabía por Rafaela que fue amante de doña Alda y que no tuvo empacho en planear la muerte de don Gualterio para casarse con ella. Un hombre así, apasionado por aquella loba en celo, sólo podía convertirse en otro verdugo para Sebastiana.

Y mientras en su celda, el libro abierto sobre la mesa, él acodado sobre el tablero, fingía leer a San Pablo, el padre Cándido, sentado a su frente, parloteaba amablemente sobre el trabajo que, por el bien de Sebastiana, se tomaba en convencerla de que aceptara a aquel hombre «de carácter, que podrá defenderla de las asechanzas del mundo».

«¿Y quién la protegerá de él?», se preguntaba Aquino con desesperación, deseando que el cura, el obispo, el maestre y todo el mundo la dejaran en paz para que pudiese llevar la vida que a ella se le antojara.

Lope de Soto regresó del Chaco dos días antes del Domingo de Pasión; asentados los partes y habiendo descansado, la víspera de aquel día decidió dar una vuelta por los templos, pensando en encontrar a Sebastiana.

La tarde estaba fresca y maldijo haber perdido la mejor de sus capas en el encuentro con Becerra. Al parecer, su rival no se había enterado de que le pertenecía a él; en otro caso, era un cobarde que no había sido capaz de provocarlo para dirimir de una vez la cuestión.

No halló a Sebastiana por ningún lado, aunque dio con doña Saturnina, que soberanamente lo ignoró cuando le dirigió una marcada reverencia; estaba en el monasterio de Santa Teresa con sus sobrinas y criadas, reunidas con otras señoras, de las llamadas «donadas», que se acogían al convento para amparo de sus personas y seguro de sus bienes, sin llegar a los votos.

El motivo de aquel cónclave era el cubrimiento de las imágenes con velos oscuros para simbolizar el dolor y la humillación de Jesús, obligado a esconderse de sus enemigos.

De malhumor porque no había conseguido encontrar a la joven, esa noche fue a cenar, con sus compañeros y otros españoles designados en los cuerpos de guerra, a los portales de Valladares.

Más tarde, con la discreción que imponían las prohibiciones de las reales pragmáticas, se trasladaron a una pieza apartada, no abierta a cualquiera, a jugar naipes y a conversar más abiertamente de política.

Allí se enteraron de que el gobernador Barahona, a imitación de Zamudio, escribía, ya al rey, ya a los de Charcas, para quejarse de los desafueros del obispo Mercadillo.

Sin que se supiera cuánto de verdad había en esas denuncias, se lo acusaba de que siempre compraba esclavas mujeres, de sus relaciones con una viuda de caudales, de que se tomaba libertades con las señoras y por eso no quería que se confesaran con los jesuitas. Se decía también que apoyaba a los esclavos y a los indios que huían de sus amos, protegiéndolos dentro del palacio, y que tenía de tal modo asustados a los corchetes con sus excomuniones, que aun andando los fugados alegremente por la calle, éstos no se atrevían a prenderlos.

—La dama de vuestros desvelos se ha internado en Santa Catalina, y el padre en la Compañía, para mejor llorar a Nuestro Señor. Así que, amigo mío, dudo de que la joven sea vista en los templos, encendiendo cirios o haciendo el Vía Crucis —dijo el capitán Francisco de Luján Medina, procurador de la ciudad.

Ya nadie ignoraba que Soto estaba encaprichado con Sebastiana de Zúñiga, y la noticia había trascendido los círculos de la milicia.

La gente lo miraba con dubitativo respeto. Su empeño en desposar, sin linaje ni fortuna que lo avalara, a una de las herederas más ricas y nobles de la ciudad —sólo doña Catalina, hija de Enrique de Ceballos Neto y Estrada, la superaba, aunque todavía no era púber—, unido a su carácter osado y agresivo, al respaldo que le daba el obispo y a su amistad con el gobernador, creaba alrededor de Lope de Soto una atmósfera enrarecida que los demás respiraban cautelosamente. No eran de desdeñar, en este embrollo, la malquistancia que llevaba con Becerra y el desprecio que el alférez real propietario, el mismísimo don Enrique de Ceballos Neto y Estrada —el más rico terrateniente—, le mostraba en las instancias públicas. Neto y Estrada había hecho saber que la hija de Zúñiga mejor estaría casada con su intachable amigo, don Esteban, que con un escudero salido «vaya a saberse de qué riñón espurio».

La Cuaresma había vuelto a enfrentar al procurador Francisco de Luján Medina con el obispo, que quería excomulgar a los que no guardaran abstinencia.

—¿Querrá que suceda lo que el año pasado? —se preguntó aquél, impaciente, deshaciéndose de unas cartas.

—No recuerdo el suceso —dijo Iriarte—; nosotros andábamos pacificando los esteros del norte.

—Fue tal la conmoción del pueblo ante el bando, que nos obligó a los cabildantes a llamar a una reunión para tratar el tema. En estas comarcas, las gentes de servicio apenas si comen otra cosa que carne, amén que no hay pez si no es dibujado, y las legumbres las vemos allá por las calendas. Así que sostengo, como hace un año, que Su Ilustrísima debe aclarar que quedan exceptuados de la prohibición enfermos, viejos, párvulos, preñadas, paridas que crían al pecho y varios casos más. —Y extendiendo la copa para que el muchachito que servía el vino se la llenara, aseguró—: Los obispos anteriores lo comprendieron, pero decirle eso a fray Manuel es como revolverle el puñal en la llaga: según él, todos ellos eran débiles o indiferentes al negocio de Dios.

—Es que don Manuel es tridentino a macha martillo —intervino Luis Izquierdo de Guadalupe, que ostentaba el cargo de escribano público.

—Habrá que leerle la cartilla todos los años, para estas fechas —suspiró Guerrero desajustándose el cinturón.

Lope de Soto guardó silencio. Había recordado que fue al volver de aquella correría por el Chaco que se encontró con que doña Alda había muerto. Maldijo interiormente los trabajos en que ahora se veía para seducir a una niña fría como agua de escarcha. Con Alda era otra cosa: ella le producía placer, le sorbía el seso, le permitía ufanarse de sí mismo, pues siendo una mujer de clase, se regocijaba en él. ¡Cuánto más fácil hubiese sido obtener lo que quería con la complicidad de la madre que con el consentimiento de la hija!

Todo estuvo brevemente a su alcance, y uno de esos imprevistos ataques de los nativos lo había obligado a salir de la ciudad. En su mente —obtusa para otra cosa que no fuera el arte de la guerra y el ejercicio de la ambición —, se decía: «Alda sería mejor amante, pero si pensamos con interés de marido, Sebastiana será mejor esposa». Luego, volvía a impacientarse: «No es posible que una chiquilla inexperta y hasta enclenque me ponga trabas. ¿Cómo hacerle entender que puedo cuidar de ella, satisfacer sus pasiones, despertar eso que llevan las mujeres adentro y que las hace balar como

cabras en cuanto las toco? Maderos tiene razón: tendré que robarla. A grandes males, grandes remedios, decía mi capellán, así que esta vez no se salva de acostarse conmigo. Con su modosura, capaz convenza al obispo o a su padre de que no la he tocado, y quedo yo burlado y a lo mejor con algunas ordenanzas encima».

Abstraído en estas especulaciones, tuvo que ser apremiado para que mostrara su juego. Y molesto al ver que perdía la baza, cayó en la cuenta de que Sebastiana podía convencer a Su Ilustrísima de que la defendiera en su negativa a desposarlo: sólo hacía falta que se decidiera a darle las tierras prometidas por doña Alda.

El otro problema era Becerra. Lo había supuesto un hacendado tranquilo y poco ducho en la pelea, pero aun bebido, supo defenderse bien de su ataque. Quizá no fuera hueso tan desdeñable como había imaginado…

Sebastiana, en la misma pieza que le habían dado en su primera internación, no conseguía llamar al sueño. Boca arriba, la ventana abierta por donde el resplandor de las estrellas caía sobre su cofre y sobre el gato que en el pasado la había acompañado, respiraba lentamente, las manos cruzadas sobre la cintura, tratando de recordar los ejercicios para controlar el aliento que le había recomendado el padre Thomas; ejercicios, se suponía, que devolverían descanso al cuerpo y serenidad al espíritu.

Nerviosa, se volvió bruscamente sobre el costado izquierdo y enterró la cara en la almohada. ¿Qué sucedería cuando dejara el monasterio para volver a su casa? ¿Hasta dónde serían capaces de llegar Soto y Maderos por conseguir lo que deseaban? ¿Y por qué otra vez debía ella sufrir un matrimonio no deseado, el contacto degradante con un bachiller de mala muerte? ¿Por qué humillarse a la codicia, a pasiones que no podía entender ni consentir?

Se levantó a buscar un vaso de agua y pensó en la niña que fue como en una hermana menor, hacía tiempo enterrada. Bebió a grandes sorbos, ahogándose en cada trago. Esta vez no permitiría que la convirtieran en víctima.

Se mojó la cara y, alzando el aguamanil, salió al pequeño patio y primero una, luego la otra, lavó sus manos bajo el chorro, reservando algo

del líquido por si le volvía la sed.

Inconsciente de aquel acto simbólico, dejó el aguamanil y se sentó sobre el poyo exterior, ordenando a su mente olvidar toda inquietud. La noche era un río que traspasaba su bata, su carne y su cerebro, y el suelo helado una creciente que le subía desde la planta de los pies hasta las costillas.

Recordó una respuesta que había dado su madre a doña Saturnina; habiéndole pedido su tía que albergara gente después que una lluvia torrencial inundó sus casas, doña Alda se negó. Y al preguntársele si creía ser una buena cristiana, respondió riéndose: «Lo soy… siempre que no se le exija demasiado a mi cristianismo». Quizá las circunstancias y estos hombres estaban exigiendo demasiado a su cristianismo…

«De todos modos —se dijo al entrar en el dormitorio—, no es el suplicio de Nuestro Señor tiempo adecuado para decidir cómo librarme de ellos».

Aquel pensamiento la calmó como si, durante un combate, le hubieran mostrado una bandera de tregua. Se cubrió con la manta y sintiendo el ronroneo del gato acomodado a sus pies, se durmió casi de inmediato.

Rafaela, «la vascona» para algunos, tenía ojos claros, brillantes, y una figura rotunda, donde le pesaban los pechos. Solía andar vestida con ropa sencilla pero de cierta calidad desde que había muerto doña Alda. Tenía en sí un algo que sugestionaba y aterraba a las pobres gentes, y un otro sensual y perturbador que sólo los más perspicaces advertían.

Pocas veces se la veía de día en la calle, aunque muchos aseguraban que solía vagar de noche por los terrenos de la fosa común, de la horca, o visitando viejas de la ranchería, todas sospechadas de brujas. Ella misma era tenida por una, y aunque se asentaron denuncias, nunca se le pudo probar nada. Jamás alardeaba de sus dotes ni amenazaba con sus poderes, pero su mirada era igualmente temida.

Aquella noche, mientras Soto y sus amigos se entretenían en el juego, ella salió de la casa de los Zúñiga y sin apresurarse recorrió el camino hacia el rancho de Isaías.

En el frío de la noche se cubría con una capa oscura que disimulaba su paso en la tiniebla; la capucha le ocultaba el rostro y salvo por la ausencia

de criada, podía ser confundida con una viuda de calidad que iba a solicitar un hechizo de amor.

Cerca de la vivienda de Isaías se ocultó tras un algarrobo y observó. Ningún movimiento, ningún sonido llegó a preocuparla; la única señal de que allí vivía alguien era el parpadeo de luz que parecía agonizar y revivir entre las aberturas del adobe amarillento.

Aquel lugar estaba a medio camino entre el barrio de La Toma y el centro, dividido por el profundo e iracundo cañadón que desagotaba el agua de las sierras en el valle donde se asentaba la ciudad.

Allí vivía Isaías, mal llamado negro, en una tierra intermedia entre los indígenas que cuidaban de las acequias, los blancos que habitaban el centro y las rancherías de negros; era sitio adecuado para quien tenía sangre de las tres razas. Desdeñado por todas, ocupaba un lugar despreciable aun entre las llamadas «castas», viviendo en la contradicción de ser al mismo tiempo tan respetado y temido como Rafaela por su trato con las fuerzas ocultas.

El lugar parecía bullir de una vida secreta, donde animales nocturnos gañían, confidentes; donde apenas se percibía su paso sigiloso, y sus cacerías nocturnas eran un aleteo, un revuelo, un correr apresurado y un grito breve.

Isaías tenía patente de cerero. Fabricaba planchas de escribir usadas aún por ciertos religiosos y la tinta roja con que firmaban algunos funcionarios. Apartado de todo vecindario, sus candelas y cirios, sin embargo, eran los más vendidos de la ciudad, siendo famosa la fórmula —que reservaba para sí— de un encáustico con que protegía de la humedad la piedra, la madera y las paredes.

«Bien sea que aquí cultive su ciencia el Demonio —pensó Rafaela—, porque la cera es la materia de casi todos los hechizos».

Escondiéndose entre espinillos y matorrales, se acercó a la choza y espió por una grieta: del techo de totoras pendían velas de todos los tamaños y, sobre unas angostas tablas, se acomodaban barras de lacre y panes de cera roja, blanca o verde usada para sellar. Una bocanada de aire que olía fuertemente a betún le dio en la nariz y ella lo aspiró con gusto.

Isaías atizaba el fuego de un brasero, donde quemaba algo. Estaba acuclillado y su cuerpo nervudo daba la espalda a la entrada. Sobre los hombros, la melena se le encrespaba en caracoles negro-azulados como las uvas. No era áspera y prieta; a pesar de la negrura, tenía la docilidad del pelo de los blancos.

Al oír el roce del vestido en la jamba, se volvió con rapidez y vio a Rafaela. Una especie de ráfaga le tocó los ojos y se irguió lentamente.

Ella se adelantó y depositó una bolsita de buche de avestruz en la mesa. Las monedas sonaron.

Él gruñó bajando la cabeza taurina. Tendría unos cuarenta años; era nudoso como árbol retorcido y casi tan oscuro como la madera del algarrobo. Los huesos del rostro contribuían a darle un aspecto feroz, lo mismo que los párpados abultados y los dientes grandes, blanquísimos y fuertes. Rafaela se estremecía cada vez que los mostraba en una mueca inconsciente pero amedrentadora. No obstante, ella dominaba en aquel vínculo, pues Isaías sentía una pasión vesánica que lo esclavizaba a su voluntad.

A pesar de su fiereza, aquel hombre poseía una desconcertante seducción. Sus ayudantes aseguraban que oían gemir largo a las mujeres que se aventuraban en su guarida pensando obtener una pócima para hechizar a algún pretendiente atractivo en cuerpo o en fortuna. Decían que las embrujaba de tal forma que muchas volvían simplemente cuando él las llamaba con el pensamiento, porque estaba antojado de gozarlas.

Aun erguido, era más bajo que la mujer. Su mano, desproporcionadamente grande, tomó la de la mujer —blanca y carnosa— y corrió el camastro con el pie, dejando a la vista un foso con una escalera de troncos.

Más que sótano, era una especie de cueva, del largo de un hombre pero más baja que él. Con infinitas precauciones, ahí almacenaba misteriosos medicamentos: ceniza de serpiente o de cola de iguana, cabezas de sapo machacados, sesos de murciélagos, pelos de ahorcados, vello de rameras y toda clase de plantas para fabricar jarabes de amor o «quiebra voluntades».

También ocultaba las armas que la legislación española no le permitía poseer.

Ni los esporádicos auxiliares —a quienes nunca dejaba solos en su vivienda— ni los asiduos visitantes habían dado con la entrada.

En la base de la escalera, único lugar donde podían estar de pie, atrajo a la mujer contra él, el cuerpo sacudido por un fuerte estremecimiento.

Rafaela, en tanto permitía que sus dedos afiebrados la recorrieran, le dijo:

—Debes hacer algo por mí.

Él había conseguido recostarla en el suelo. Había apartado las enaguas y luchaba por abrirle la parte superior del vestido. Ella lo dejaba hacer, sin colaborar pero sin resistirse. En el cubículo, estrecho como una tumba fresca que olía a tierra recién removida, el rostro hacia la bóveda y los ojos entornados, sentía los dedos de él, marcados por espinas, recorrer el interior de sus muslos.

Con el paso del tiempo, cada vez le resultaba más difícil mantenerse indiferente al empuje de aquel hombre; tenía la oscura conciencia de que no podía dejar que prevaleciera la voluntad de él sobre la suya, pues el poder se ejerce mediante la indiferencia por el placer, el destino y la suerte del otro.

—Lo haré, lo haré —asintió él lamiéndole el cuello desnudo y arremetiendo contra su vientre.

Rafaela se sostuvo de la maraña de músculos que eran sus hombros, cerró los párpados y se dejó llevar por el goce perverso de imaginar que era el Demonio quien la poseía, y que era ella quien doblegaba al Demonio.

Por aquel tiempo, el obispo Mercadillo había conseguido enemistarse con el gobernador, con el Cabildo, con las Teresas, con las Catalinas, con el maestrescuela don Diego Salguero de Cabrera; tenía sus disgustos con el arcediano Gabriel Ponce de León —otro religioso de legendario carácter— y continuaba querellando a jesuitas y franciscanos. Una nueva letrilla comenzó a rondar la ciudad:

"¿Quién con tesón de borrico

causa pesares y cuitas a clérigos y jesuitas
y ampara a los dominicos?
¿Quién tiene modos de mico
y procede como un pillo?
Mercadillo».

Don Dalmacio de Baracaldo mandó incautar las hojas desparramadas por la ciudad y fray Manuel amenazó desde el púlpito con tan arrebatada iracundia que tuvo un efecto contrario: los que hubieran decidido entregarlos por respeto, se contuvieron por temor a las «descomuniones».

Disgustados y agredidos, escribían al rey sobre el «incendio que había desatado» el primer obispo de Córdoba: en una sociedad tan devota, los feligreses veían sus devociones interferidas; en un territorio tan catequizado, mucha gente del campo vivía privada de los sacramentos, puesto que no había otras órdenes que las de la Compañía y San Francisco para asistirlas, y a éstas les estaba prohibido. Muchas familias sufrían, además, la aflicción de vivir en concubinato, pues Su Eminencia sostenía que los casamientos efectuados por ignacianos y seráficos, desde el momento en que estaban en conflicto con él, no eran válidos.

Y en una ciudad que se fundamentaba en la enseñanza, donde se habían levantado los primeros colegios y la única Universidad de un territorio tan extenso que en él cabían varios reinos de Europa, la casi totalidad de los estudiantes no podían recibir ni sus certificados ni sus títulos.

En tal desconcierto se contaban los días para la Semana Santa y las familias que aún permanecían en las sierras regresaron a la ciudad para compartir una de las prácticas más impresionantes de la cristiandad.

En voz baja, se pediría al Señor de la Paciencia que apaciguara la intolerancia del obispo.

OceanofPDF.com

27. De proverbios y sentencias

«El mantenimiento del status es la motivación que priva en la elección de consorte. Se traduce en dos requisitos que se complementan: una prosapia familiar lucida y un patrimonio saneado».

Antonio Serrano Redonnet y Daisy Rípodas Ardanaz

Estudio preliminar a las Obras de Cristóbal de Aguilar

OceanofPDF.com

Córdoba del Tucumán
Después de Resurrección
Otoño de 1703

La Pascua de Resurrección devolvió a sus hogares a mucha gente que se había retirado a los conventos para esas prácticas. Y si el recogimiento de aquellos días mantuvo a los vecinos en el silencio y la introspección, el principal comentario del día siguiente al domingo pascual fue la reyerta entre los franciscanos y el obispo.

Como los religiosos, apoyados por el Cabildo, se habían negado a presidir las procesiones del Jueves y Viernes Santo con la cruz parroquial —querían hacerlo con la de San Francisco—, el doctor Mercadillo fijó un bando en la puerta del monasterio de Santa Catalina, que oficiaba de Catedral.

La nota advertía que «ninguno de los fieles estantes y habitantes» de Córdoba «acuda a las procesiones de Semana Santa, Santa Pascua de Resurrección, ni a otra cualquiera de las que suelen salir de las religiones mendicantes por las calles»… a menos que vieran al cura párroco con la cruz de la Catedral. El que acudiera sufriría pena de excomunión mayor.

Era un pleito que venía desde antes de la llegada de Mercadillo, y el fiscal del arzobispado, en Charcas, dictaminó que esa costumbre de sacar la cruz del propio convento presidiendo sus procesiones era mala costumbre que había que «desgarretar». Advertía que, siempre que lo hicieran en el interior de sus claustros, podían guiar cuantas procesiones quisieran, «pero de ningún modo fuera». Rebeldes, muchos fieles a la orden de los

mendicantes apoyaron a éstos siguiendo la cruz de San Francisco por las naves y los corredores conventuales.

Sebastiana se preparó para regresar a su casa, pero en cuanto pisó el suelo del atrio, vio que sus problemas estaban esperándola: en el pasadizo que llamaban de Santa Catalina, que corría hacia el monasterio entre el costado del Cabildo y la obra de la Catedral, Maderos esperaba, sentado bajo la enorme higuera. Sostenía un libro en la mano y sus ojos inquietos iban de la página a la puerta del templo, donde amarilleaba todavía el bando del obispo.

Quizá vigilara el convento todos los días, quizás hubiese averiguado que ella dejaría el retiro en aquella fecha, a esa hora…

Sebastiana quedó inmóvil. Pensó volver a la protección de los muros, pero hizo un esfuerzo y desde el fondo de su ánimo consiguió reconstruir la expresión del rostro.

Rafaela apareció de pronto y Maderos, que caminaba hacia ella, se detuvo. Sebastiana sonrió. ¿Otro más que temía a su nodriza? Caminó a la par de ella, aliviada ante su presencia, mientras ésta le daba noticias de su padre después de una quincena de ejercicios espirituales, de cómo estaba la casa, de los caprichos de doña Saturnina, de lo devotas que se habían mostrado las criadas, de sus animales, que la habían extrañado.

No miró hacia atrás, así que no vio lo que en realidad había detenido a Maderos: la oscura figura de Isaías que, apareciendo como de la nada por un antiguo portal, dio un paso hacia el estudiante al mismo tiempo que éste daba el suyo hacia Sebastiana.

Hacía varios días que Maderos se encontraba, a la vuelta de cada recodo, con aquel ser extraño, mezcla de muchas razas y con el aspecto de ninguna. Tenía rostro de gárgola y todo su ser exhumaba una animalidad controlada, rara cualidad en un ser de tan bajo origen. Por su cuerpo fornido y su rara cabeza, le recordaba las figuras que ilustraban el libro de Ulises Aldruandi, la Historia de los Monstruos.

Aquel hombre lo inquietaba de tal manera que no se atrevía a enrostrarle su persecución y amenazarlo —como español que era— con la celda y los cepos.

¿Sería posible que la joven le hubiera encargado que lo matara? No, no; ella no se arriesgaría a que la carta, que era la protección de él y la perdición de ella, llegara a los jueces. Más bien sospechó que podía haberle ordenado que lo amedrentara.

Frustrado, decidió dejar ir a Sebastiana. Ya tendría tiempo de librarse del hombre: si se tomaba el trabajo de indisponer a maese Lope contra él, su amo no dudaría en atravesarlo con el estoque por cualquier nimiedad.

Mientras cruzaba la plaza rumbo a la iglesia de la Merced, donde Soto estaba de plática con el padre Cándido, se sonrió ampliamente. ¡Nunca adivinaría doña Sebastiana, por más despierta que la sabía, dónde estaba resguardada su condena!

Se detuvo en la fuente a beber y espió en el espejo de agua. No vio a nadie y enderezándose, se volvió como al descuido; el otro había desaparecido tan repentinamente como se había presentado.

—Sólo entra en una casa de la ciudad como si fuera suya: la de los funebreros.

—¿Tienen los López alguna hija en edad de amar?

—Sí, pero no va por ella, sino por su primo. Ese Salvador es alumno de los jesuitas y ayuda a Maderos a estudiar.

—¿Es fea la prima de Salvador?

—¡Qué va, es bonitilla! Pero dicen que aflige a los padres porque quiere aprender a leer y escribir.

—¿De veras?

Aquel dato interesó a Sebastiana y preguntó a Rafaela a qué templo asistían los López.

—A las Teresas. Los he visto entrar todos juntos.

—¿Y Maderos?

—Salvo que acompañe al maestre a la Merced, va con ellos.

—Este domingo iremos a Santa Teresa a rezar por mi esposo y por mi madre.

En cuanto vio a Graciana en el templo, comprendió que Maderos debía amarla: poseía un encanto sereno, una expresión inteligente, maneras suaves y curiosidad en los ojos. Su persona, sus modales estaban dotados de una sutil discreción. De sólo observarla, comprendió que se podía confiar en ella. ¿Maderos le habría dado en custodia la carta?

Mientras inclinaba la cabeza a las palabras del sacerdote: «Júzgame, Dios mío, y defiende mi causa de la gente malvada» alcanzó a ver al bachiller que, acicalado, el pelo domado con algún potingue, el gorro bajo el brazo, mojaba los dedos en la pila de agua bendita, se santiguaba y miraba a su alrededor. No la vio a ella, pero el rostro se le alegró al distinguir a los López. Sebastiana siguió mecánicamente las oraciones: «… puesto que Vos sois, oh Dios, mi fortaleza, ¿por qué he de andar triste y afligido de mis enemigos?», murmuraba al observar cómo Maderos se arrodillaba al lado de la joven, que le sonrió.

«Enviadme vuestra Luz y vuestra verdad…», decía el sacerdote en latín. Sebastiana suspiró: Dios había puesto en el bachiller una oportunidad de salvación por el amor, y de él dependía que se convirtiera en una buena persona a través de su afecto por Graciana y por aquella familia, o que continuara con sus maldades y especulaciones.

Mirándolo desde lejos, la embargó una rara benevolencia hacia él. Entonces, como si la memoria le hubiese asestado un golpe en el cuello, recordó la crudeza de la injuria de que Maderos la había hecho víctima en el zaguán de su casa; la coacción, las amenazas, el sangrado de dinero, la imposición a aceptar el abuso de su lujuria aun cuando estuviera casada con el maestre de campo. Con un aleteo sobre el estómago, comprendió que lo que apetecía el joven era imponer su voluntad a ambos: engañar al hombre fuerte hasta volverlo un tonto, someterla a ella por el miedo, humillándola con su lascivia.

Entre el Kyrie y la Epístola, le nació la idea de cómo conseguir aquella carta, si la guardaban los López. Cerró los ojos, y al abrirlos, se encontró con que Maderos la contemplaba atónito, pues no era devota de las

carmelitas y nunca habían coincidido en el oficio. Sintió placer al sostenerle la mirada, serio el rostro pero con una expresión cómplice en los ojos que permanecieron fijos en los de él. El joven se cubrió la frente como si se concentrara en la oración.

Detrás del panel cribado que separaba a las religiosas de los asistentes, se oía el susurro de las monjas orando. Desde el coro, las voces entonaban canciones dedicadas a la Madre de Dios y los sonidos parecían embeberse con el perfume de las azucenas.

El encuentro, comprendió Sebastiana, había revertido, al menos por unas horas, la situación: esta vez fue él quien se sintió acosado, y a ella le satisfizo pensar que con un acto tan inocente había descompuesto la simple alegría que Maderos esperaba del día domingo. La alegría de compartir la mesa con aquella familia, el almuerzo suculento de los artesanos prestigiosos, la conversación inteligente con Salvador, las miradas que cruzaría con Graciana…

Al concluir el oficio, Maderos miró como si buscara algo, esperando que ella saliera primero. Sebastiana se detuvo en uno de los altares, donde dijo una plegaria, encendió varios cirios y dejó una limosna para la cofradía de naturales de Nuestra Señora del Carmen, gravosa de mantener para los indios.

El muchacho tuvo que seguir a sus amigos y ella caminó detrás de él, con Porita llevando el almohadón y la alfombrilla.

Los López se habían detenido, con otros vecinos, en la plazuela del convento. Maderos miraba hacia la puerta del templo, y el ceño y el movimiento de brazos y cabeza delataban la inquietud que sentía.

La joven consiguió pasar entre la gente y, levantándose la falda para no arrastrarla por el polvo, caminó en derechura al grupo.

La inquietud del estudiante se convirtió en alarma al ver que se dirigía al señor López y a su mujer, inquiriendo por el estudio de su sobrino, por la salud de los más pequeños y de los ancianos de la familia.

Al despedirse, sugirió que serían para ella bienvenidos los oficios de su sobrino.

—Tengo algo olvidado el latín —dijo, abanicándose con lentitud— y reconozco que nunca fui muy buena en él.

Salvador enrojeció de satisfacción al ver reconocida su capacidad, y Bienvenido López aseguró a Sebastiana que su sobrino iría cuando ella lo desease.

Al separarse, la joven se dirigió hacia la casa de doña Saturnina, donde su padre la esperaba. Caminó con una sonrisa en los labios, sintiendo su corazón aligerado.

No estaba allí don Esteban, y al preguntar por él, Elvira, la hermana recientemente casada, le dijo que se había retirado a pasar la Semana Santa en el campo, pero que lo esperaban pronto. Y agregó, como recriminándola:

—Está irreconocible. Tiene una pena que le maltrata el ánimo.

Molesta, Sebastiana contestó:

—Quizá no sea una pena, sino una culpa.

Dio media vuelta, pero Elvira le atajó el paso.

—¿Qué quieres decir?

—No es a mí a quien hay que preguntárselo, sino a él.

—Dímelo tú, que has prendido el fuego —exigió la otra, tomándola del brazo.

Sebastiana, que había intentado retirarse desde el primer momento, se volvió con enojo.

—Carga con la culpa de haber permitido que mi madre me casara con un asesino que mató a mi hijo y casi me mata a mí, no una, sino muchas veces.

Y ante la mudez de la otra, concluyó:

—¿Que qué pudo él hacer? Pudo haber detenido a mi madre, pues ella tenía debilidad por él y hubiera terminado por escucharlo. Pero prefirió apartarse del problema, se retiró al campo, se negó a contestar a tía Saturnina, dejó que me casaran con ese perverso.

Y como la mano de su tía resbalara, sin fuerza, hasta liberarla, Sebastiana se apartó y en voz baja y contenida, como había sido toda la conversación, le echó en cara:

—No es melancolía de amor lo que siente don Esteban; es la tristeza de la culpa.

—¿Pero, qué pudo él hacer que no pudiéramos hacer los otros?

—Es una buena pregunta, y dejo a usted la contestación. Porque a mi modo de ver, sólo tres personas trataron de protegerme: tía Saturnina, el padre Thomas y la madre Gertrudis.

—¿Eres capaz de guardar rencor por mi hermano, cuando tu propio padre…?

—Mi padre habita otras regiones, tía Elvira. Igual que yo, ha pagado con creces sus errores. —Al darle la espalda, se volvió sobre el hombro—: No aborrezco a Esteban, pero no me pidan que sienta pena porque él, de pronto, ha decidido enamorarse de mí.

Al volver a su casa, y con el paso de las horas, se desveló, aturdida por su reacción y porque por primera vez había reconocido ante alguien que don Julián había matado a su hijo, por primera vez había dejado escapar el resentimiento que sentía ante la indiferencia de muchos por su destino.

Pero había mostrado una fortaleza en su alegato que los demás ignoraban que poseía. Nunca más debía hacerlo.

Pensó en el padre Cándido: bien le estuvo su descompostura, que le impidió participar públicamente de las estaciones de Nuestro Señor Jesús.

Doña Saturnina mandó llamar a Sebastiana, días después, para que se reunieran con Mariquena Núñez del Prado, que estaba preocupadísima.

—La casa de Marcio está hecha un cristal —decía la señora, atribulada.

—Pero tía, ¿no era que usted lidiaba con Cupertina…?

—¡Ahí está, Tianita! De pronto Cupertina se reforma, decide llevar bien la casa, como cuando vivía mamá. Los vidrios brillan, ha hecho limpiar pozos y acequias, cavar un nuevo surgente. Ayer llegué y la mesa de mi hermano estaba puesta como para un virrey, y él, como tal, sentado en su sillón, sobre cojines, y el escabel bajo los pies. En los platos, Saturnina, lo mejor que se pueda conseguir en el mercado. ¡Y vaya si Cupertina sabe

cocinar! No he vuelto a comer bien desde que dejé mi casa… —y como la tarde estaba calurosa, el abanico de la Núñez del Prado iba y venía con brío.

—No comprendo cuál es el problema; por lo que usted dice, Cupertina se ha reformado.

Ambas señoras se inclinaron hacia Sebastiana.

—Ella pretendía casarse con Marcio —susurró en voz baja doña Mariquena—; porque no lo conseguía es que todo andaba tan sucio y desordenado.

Doña Saturnina agregó:

—El temor de tu tía es que su hermano haya claudicado.

—No me imagino a tío Marcio casado.

—Los hombres tienen una parte oscura que no conocemos.

—Pero ¿de dónde ha sacado usted que Cupertina pueda tentar a alguien? Es más bien fea, tiene mal carácter…

—… y nadie sabe de dónde viene, quiénes son sus padres. Mejor dicho, su padre, porque su madre, bien la conocimos.

—Al menos, eran españoles —las aquietó Sebastiana.

Doña Saturnina hizo un gesto de «¡Quién sabe!».

—He oído —insistió la joven— que doña María Purísima la crió como a hija…

—Caprichos de mi madre —adujo doña Mariquena—. La verdad es, queridas, que estoy preocupada; varias personas me han asegurado que vieron a Marcio, para el carnaval, abrazado a una máscara por ahí. Y Cupertina desapareció esos días, lo sé porque anduve detrás de él todo el tiempo, temiendo que… ¿te acuerdas, Saturnina, hace años, cuando se nos desapareció en las carnestolendas y tuvimos que rescatarlo de la casa de esas mujeres…? Bueno, esta vez Marcio estuvo muy fino y yo me la creí, hasta que una noche… ¡Para qué continuar! En cuanto enterraron el carnaval, Cupertina regresó y desde entonces la casa brilla y mi hermano es tratado como un califa. ¿Qué les parece eso?

Doña Saturnina se volvió hacia Sebastiana.

—¿Ves, tú que no me creías? ¡Uno no puede dejarlos solos que se desmandan! Ahora, ¡quién sabe!, tendremos a esa mujercita en la familia

porque a este abobado se le ocurrió salir de picos pardos.

—Todo es suposición —insistió la joven.

—Queremos que vayas con nosotros a hacerle una visita. Quiero inspeccionar el problema de cerca.

Sebastiana, curiosa, se prestó; ella y doña Mariquena caminaron juntas, seguidas por dos esclavas, a la par de la silla de manos que transportaba a doña Saturnina.

Cuando llegaron a la casa de los Núñez del Prado, encontraron a unos mestizos blanqueando el frente y a otro pasando el encáustico de Isaías a la madera.

Adentro, todo brillaba, y Cupertina apareció, oronda y biengestada. Las detuvo con un amable:

—El señor letrado está en su despacho. En seguida las recibirá.

—No necesito esperar; por algo soy su hermana —replicó doña Mariquena, e intentó abrir la puerta.

Cupertina ocupó el vano.

—Lo siento, pero no quiere ser interrumpido —se plantó—. Está atendiendo a un cliente.

—Mira Cupertina que…

—Tía, pasemos a la sala —intervino Sebastiana.

—¿Ves, ves lo que te decía? —susurró la señora.

—Los hombres…, ¡ah, los hombres! Nada bueno espero de ellos…

—¿Y de las mujeres, qué habrá? —se burló la joven a tiempo que se sentaban.

—A favor de las mujeres diré que, si tienen algo de tapadillo, lo disimulan; raras veces producen consternaciones y bochornos públicos con confesiones testamentarias y reconocimientos tardíos.

Minutos después, Sebastiana daba gracias a Dios por haber decidido no interrumpir al licenciado: al abrirse la puerta del despacho, la voz del maestre de campo, ruda, viril, se despidió de don Marcio. Luego escuchó a su tío hablar con Maderos y anunciarle que habían llegado sus papeles de España.

—… una vez presentados a los jesuitas, podrás inscribirte en la Universidad.

Se cerraba la puerta de calle cuando el caballero abría la de la sala y las saludaba, cariñoso aunque reticente.

Doña Mariquena tenía razón: algo fuera de lo habitual sucedía, pues se lo veía más joven, más pulcro, con más ánimo.

Pronto llegaron dos criaditas llevando una bandeja con los utensilios para preparar el chocolate: una tabla con cuchilla para partir las pastillas de cacao, una chocolatera de barro, un molinillo de madera de peral, una jícara —más pequeña que la marmita—, cargada de leche, otra igual de agua, otra más pequeña con nata, unos potes con las pastillas y el azúcar; aparte, un braserito de salón. Las seguía Cupertina, que les indicaba los pasos para la preparación de la bebida.

—Haremos el chocolate como le gustaba a doña María Purísima, con el ojo en él.

El tenso silencio de la sala tropezaba con enunciados de filosofía de aldea:

—Dicen que el asado y el chocolate se han de comer reposados. Pero como no anunciaron que vendrían, lo hemos de tomar recién hecho —les advirtió Cupertina.

—Lo de reposado me recuerda aquel refrán que dice que «la cazuela y la mujer reposadas han de ser» —acotó don Marcio, sonriente.

—No siempre aciertan los proverbios —intervino doña Mariquena—; no le veo mucha sustancia a ese que dice que «la mejor sopa se hace de la gallina vieja».

—A mí siempre me gustó aquel de: «Cada oveja con su pareja» —dijo con desparpajo Cupertina.

—¿Y el que advierte: «Si has de venir conmigo, trae algo contigo»? —recordó doña Saturnina, refiriéndose a la pobreza de Cupertina.

—Doña María Purísima Osorio, que Dios me la guarde siempre —volvió a intervenir Cupertina, sin arredrarse—, solía recordar aquel de: «Pobreza no es vileza». Y me viene a la memoria el que destinaba su buen marido, don Hernán Núñez del Prado, a los señores que prefieren desposar

herederas: «Mejor pobre en propia casa que en casa de mujer rica, donde ella manda y ella grita».

Aquello silenció por el momento a todos. Entonces sucedió algo que se anotaría en los anales familiares: entró el negro violinista —Gedeón— que hacía de asistente del letrado. Llevaba una vieja peluca en la cabeza y vestía una extraña librea, tampoco comprada ayer. No se lo veía muy cómodo. Traía en las manos otra bandeja con los platos, las tazas y una fuente de colaciones. Lo asombroso era que en vez de cuatro tazas, había un juego de cinco.

Don Marcio indicó a Gedeón que subiera otra silla al estrado.

—Cupertina nos acompañará —dijo con tranquilidad.

Doña Mariquena, furiosa, iba a explotar cuando su hermano se puso de pie y llamó a Cupertina que, sonrojada, se apoyó en su brazo. La voz de don Marcio cobró energía cuando les informó:

—Quiero presentaros a mi esposa. —E inclinándose y besando la cabeza de la mujer, que puso su mano sobre el pecho de él, concluyó—: Nos hemos casado con toda discreción en Santo Domingo.

Doña Mariquena soltó el llanto como si le hubiesen anunciado la muerte súbita de un ser querido y echó a correr hacia la salida. Doña Saturnina se puso de pie y maniobró su cuerpo como un bergantín de guerra.

—No merecemos el disgusto que nos has dado. Ni merecemos la vergüenza que nos has traído.

Sebastiana, a quien tenían sin cuidado aquellas disquisiciones, miró a Cupertina y la vio enrojecer. Pero la mano de su marido, firme sobre su hombro, pareció reconfortarla.

—Es la mujer que he elegido para que me acompañe el resto de mi vida y… ya te enterarás, a su debido tiempo, quién es el padre; hasta nuestro linaje se opaca al lado del de él.

Doña Saturnina emprendió la salida desplegando las banderas de la incredulidad y la desaprobación. Tuvo que llamar a Sebastiana, que había quedado atrás, inmóvil ante la pareja.

La joven reaccionó y acercándose a su tío, se puso en puntas de pie y lo besó en la barba. Luego, volviéndose hacia la mujer, que no sabía qué

esperar de ella, la abrazó llamándola tía. Conmovida por el amor que pudieran sentir aquellos dos, o por la valentía con que habían decidido unirse contra la soledad en que vivían, enfrentando a muchos, salió de allí apresuradamente.

OceanofPDF.com

28. De lo escrito con la mano izquierda

«Existen diferencias que obedecen más a las experiencias que a los procedimientos intelectuales. Todo individuo marcado por la experiencia… guarda las nociones de las miserias que sufrió».

Ch. Lasège y J. Falret

La locura comunicada

OceanofPDF.com

Córdoba del Tucumán
Para el Tiempo de la Ascensión
Otoño de 1703

El desagrado de las señoras ante la decisión de don Marcio las llevó a la sala de doña Saturnina, donde se encerraron a desmenuzar el tema. Se habló de más, se lloriqueó y se pasó por alto la presencia de las criadas, que entraban y salían o limpiaban los corredores por centésima vez en el día.

En resumidas cuentas, cuando Sebastiana, acompañada por Belarmina, pasó al día siguiente por la tienda del señor Brígido, se encontró con que lo sucedido, por indiscreción de sus tías, se había hecho público y no de la mejor manera.

Volvió rápidamente a lo de los Celis de Burgos para informar de esto y aconsejarles que dieran una versión más suavizada del asunto, pues hasta se estaba poniendo en duda la legitimidad del vínculo, y se decía que ya alguien, de los enemistados con una u otra familia, había denunciado al obispo Mercadillo el presunto concubinato de don Marcio.

—¿Delante del señor Brígido, de todo el mundo? ¿Y no dijiste nada? —se molestó Elvira, que continuaba en la ciudad con sus hijastros y su marido.

—¿Discutir el tema en un establecimiento público? —razonó Sebastiana.

—¿Dónde han ido a parar los miramientos de las mujeres, que, sin importar la amistad y los parentescos, se entretienen poniéndonos por los suelos delante de un tendero? ¡Nuestros nombres, zarandeados ante los dependientes, ante el que quiera prestar la oreja!

—La familia debería hacer algo —dijo Sebastiana.

Una de las Bustamante preguntó:

—¿Pedirle a Marcio que deje la ciudad?

Sebastiana disimuló su impaciencia.

—No; demostrar que la familia está de parte de tío Marcio y de Cupertina.

Tan drástica proposición acalló a todas. Doña Saturnina respiró hondo y sentenció:

—Me parece que debemos escribir a Esteban y pedirle que se venga de inmediato.

Sebastiana pensó en la extrañeza de los vínculos humanos: siendo niñas, Mariquena y Cupertina habían sido —por los recuerdos que afloraban en las conversaciones de la familia— amigas o al menos compañeras de juego. Pero por más que se la había tratado como a parienta mientras doña María Purísima y don Hernán vivieron, algo había mutado, a la muerte de éstos; algo que volvió apático a Marcio, entrometida a Mariquena y agrió el carácter de Cupertina.

En realidad, tiempo atrás, era Cupertina la preferida de casi todos, pues sólo después de la muerte de los mayores —a quienes cuidó con afecto y paciencia— se había vuelto huraña e irritable. Sí, recordó Sebastiana, la gente y hasta la familia la apreciaban más que a doña Mariquena, porque era jovial, de buen ánimo, sociable y práctica. La segunda, en cambio, era indolente, quejosa y molesta.

Pero la sangre era la sangre, y reconocían en Mariquena defectos que les eran comunes y por eso mismo más apreciados que las virtudes de la otra. Aquélla era una ley tan antigua, tan rígida, que Sebastiana se sintió desalentada.

¿Y qué diría Esteban cuando llegara?

Lo que diría la hermana de éste, Rosario, lo supieron en diez minutos, pues entró tironeándose los mitones y echándoles en cara no haber tenido la entereza de presentar un frente común, aceptando a Cupertina en cuanto se vio que la cosa era irreversible.

Sebastiana la apoyó, las señoras se desconcertaron y en aquel momento llegó doña Mariquena. Venía a pedir a su familia que no dieran apoyo a Marcio y que le quitaran cuantos asuntos de ellas llevaba. No lo dijo entre frases, sino que lo expresó rotundamente.

Mientras recomenzaba la discusión, Sebastiana comprendió que aquella escena se repetiría si ella se casaba con Aquino. Se le encendió el rostro y de pronto el corpiño del vestido pareció apretarle demasiado.

Nunca pensó en casarse con él, pero no por indiferencia. Su reserva y los pesares pasados le impedían considerar el matrimonio, aunque mucho apreciaba las cualidades de aquel hombre fuerte y honesto, capaz y trabajador, uno de los varones más apuestos que ella había conocido.

Lo que la detenía era el pensamiento —tranquilizador para ella— de que él no tenía interés en el trato carnal; que lo que Aquino deseaba y necesitaba era la vida conventual, donde pudiera estudiar y ser reconocido por sus logros. Aunque hombre de pasiones fuertes, las dominaba. ¡Ya había visto ella la cólera en sus ojos ante las acciones de Julián, ante la estupidez de algunos, ante la soberbia de Lope de Soto! En caso de que, hipotéticamente, llegaran a formalizar un matrimonio, no era solamente la resistencia social lo que les dificultaría las cosas. Más que eso, él llegaría a añorar el sueño que sustentaba desde chico, el de vestir de hábito, el que alimentaría su devoción, el que lo pondría a salvo de la sociedad si optaba por aquel digno retiro.

Con la sabiduría que le daban los pocos pero dolorosos años vividos, supo que él se volvería atormentado después de renunciar a un sueño tan viejo.

Dejó a sus tías discutiendo estrategias y cambiando consejos, y calladamente se volvió a su casa.

Vio la puerta del despacho de su padre entreabierta y se acercó a mirar. Lo encontró dormido, con la mejilla apoyada sobre la página de un libro, la pluma sostenida blandamente entre sus dedos; bajo la mesa, Brutus y su cuzquito dormitaban; apenas si levantaron los ojos al oírla entrar.

Con desesperado afecto, la joven buscó un cojín pequeño, levantó suavemente la cabeza de su padre, y lo colocó debajo. Acomodó sus

cabellos muy suavemente y luego, con los ojos en lágrimas, se inclinó a besarlo en la frente.

Mientras miraba alrededor, vio unos documentos recién llegados; su padre había hecho saltar la cera con un estilete de marfil, y ésta, en pequeños trozos, manchaba los papeles. Los recogió, apenas curiosa, y descubrió que era uno de los tantos pedidos que atestiguaban la limpieza de sangre de los Bernal de Zúñiga, solicitado a España para ser presentado a la Orden de los Mercedarios, donde su padre todavía no era aceptado a causa de la mala salud.

Y mientras lo leía, algo se encendió en su memoria y de pronto supo dónde estaba la carta de Maderos.

Toda la familia conocía la devoción de Cupertina por San José, así que Sebastiana comprendió que, el miércoles siguiente al segundo domingo de Pascua, ésta iría seguramente a las Teresas, para las devociones que celebraban el patrocinio del santo.

Dídima averiguó a qué hora y dónde se presentaría la esposa de don Marcio, y también que éste la acompañaría públicamente, sin duda para dar fin a tantas murmuraciones que corrían sobre ellos.

Acompañada de Rafaela, la joven se presentó en casa de su tío con la excusa de llevarles un licor de mandarina que había hecho y una canasta de peras que le había mandado Aquino no bien llegó a Santa Olalla.

Dijo que los iba a esperar, y en cuanto las criadas se retiraron, ella y Rafaela se dirigieron al despacho de éste; previendo que podía estar cerrado, habían llevado el aro de llaves, y con suerte, a la tercera que probaron se abrió la puerta. Cerraron detrás de ellas, encendieron un candelabro e intentaron abrir el cajón del escritorio donde se guardaban los papeles de importancia.

—Está con llave —se angustió.

Pero Rafaela llevaba también unas cuantas llaves, de las de armarios y arcones, y una de ellas, con cierta dificultad, terminó por abrir el mueble.

Volviéndose rápidamente a la entrada de la pieza, la mujer se apoyó contra la puerta para no ser sorprendidas por una criada solícita.

Sebastiana revolvió los papeles, abrió carpetas, desató nudos, todo tan delicadamente que se diría que sólo una mosca había pasado por allí. Únicamente le faltaba inspeccionar los papeles atados con cinta amarilla. Con el corazón en la garganta la desató y dio con los certificados de limpieza de sangre y demás que Maderos necesitaba para entrar en la Universidad. En el centro, resguardada en un papel lacrado, encontró la carta, no dirigida a un juez, sino al obispo.

Con manos inquietas rasgó el papel, lo extendió y lo leyó. Luego lo arrugó en el puño, entre los senos, como si la posesión de la denuncia pudiera lavar la injuria que la mano de él le había hecho.

Después de atar los documentos restantes con la cinta y de observar que el contenido del cajón no diera muestras de haber sido registrado, murmuró:

—Ya está.

Rafaela puso llave al mueble, observó el patio a través del postigo y salieron.

Sebastiana llamó a una de las criadas y dejó dicho que pasaría a la tarde siguiente: ese día la reclamaba la novena de Santa Catalina de Siena.

Encerrada en su pieza, la joven leyó una y otra vez la carta. En un momento tuvo que dejarse caer de espaldas sobre la cama, con la vista nublada por los desacompasados latidos de su corazón. No podía creer que ya tuviera en sus manos aquel papel que hubiera sellado su sentencia de muerte o algo peor: la indignidad de entregarse a un hombre que detestaba y a otro que le repugnaba.

Y mientras yacía en la penumbra tratando de tranquilizarse, pensó que debía averiguar, de todos modos, si Maderos no había dejado a los López, como un doble seguro, otra misiva del mismo tenor.

Sintió la necesidad urgente de ver desaparecer la prueba. Se enderezó y en la jofaina de su tocador, acercó la vela y le prendió fuego.

El papel, de una consistencia robusta, tardó en encenderse y luego lo hizo lentamente, soltando de vez en cuando una llama quieta, azulada, seguramente debido a algún compuesto de la tinta o de su manufactura. Sebastiana permaneció inmóvil hasta que sólo quedaron unos trozos negros y opacos donde se leía el desconocido nombre del bachiller Maderos: Roque Asís.

Tras la reja de su ventana había un tiesto donde cultivaba una planta de incienso; lo entró, vació la tierra sobre un pañuelo, desparramó los restos carbonizados en el fondo del recipiente y volvió a llenarlo. Humedeció la tierra y devolvió la planta al alféizar de su ventana. No quedaban a la vista ni las cenizas de la acusación.

A la mañana siguiente mandaría por Salvador con la excusa de sus clases de latín.

El joven, expectante, la esperaba en el escritorio de su padre. Había rehusado sentarse y estudiaba los tomos que se alineaban en las estanterías de don Gualterio.

Sebastiana lo observó a través del postigo de la puerta interior, pues él estaba sólo atento a la entrada de la galería, por donde esperaba que ella se presentara.

Era un lindo muchacho, bien formado, con un rostro a la vez dulce e inteligente. A ella le hacía recordar algunas de las mejores imágenes de San Francisco.

¿Cómo podía ser amigo de Maderos? Apartándose, pensó que quizá se debiera a que las personas tenían una cierta proporción de luz y de sombras en sus espíritus, que parecían reaccionar de distinta manera ante diferentes personas. Nerviosa, se acomodó el lazo de la cintura, cerró el botón superior del vestido y, repasando la trenza rojiza que se enroscaba sobre su nuca, salió a la galería y entró en el despacho de don Gualterio, agradeciendo a Salvador su presencia.

—He hecho poner un pupitre y unas sillas —señaló cerca de la ventana —, así podremos hacerle compañía a mi padre.

Cuando se sentaron, Sebastiana sacó un cuadernillo de hojas cosidas a mano; él acomodó sus textos sobre la mesa y la joven observó que tenía manos muy bellas, finas y varoniles al mismo tiempo.

Recordó lo que le había dicho doña Saturnina: que era sobrino de los López, no hijo nacido de ellos, como algunos suponían. Que su madre era hermana de Felicidad Espejo, de antiguas familias de Córdoba venidas a menos; que Felicidad habíase casado, por amor, en contra de su familia, con Bienvenido López, pero que la madre de Salvador había hecho matrimonio con don Pedro de Villalba, en quien se agotó la menguada fortuna familiar.

Ambos habían muerto ahogados en una de las salidas de cauce de la Cañada. Ante la ausencia de otros familiares, los López se habían hecho cargo del niño y su buen natural procuró al joven una familia afectuosa y la posibilidad de estudiar, como deseaba su padre.

Entrado mayo, Salvador iba tres veces por semana a dar clases a Sebastiana.

Ella había pensado en pedirle que reforzara sus conocimientos de latín sobre botánica, pero el instinto del peligro la obligó a callar, aceptando el latín de las devociones, que el joven creía era el que le interesaba.

La presencia de don Gualterio daba seriedad a las clases y a las relaciones de ambos, y con pequeños actos que no la comprometían, ella consiguió ganarse la confianza de su maestro.

Un día, sin que ella sacara a cuento el nombre de Maderos, Salvador le habló de él y de la amistad que sostenían.

—Es un alma atormentada —le confesó—; mucho ha sufrido, pues siendo de óptima familia, por quebrantos económicos se vio impulsado a venir a América y abandonar a medias sus estudios. Digo a medias, porque es admirable el empeño que pone en continuarlos, a pesar de que el maestre de campo no le facilita las cosas. Es hombre que no aprecia los estudios, aunque ahora se muestra más sensible, pues le ha aumentado el salario.

—¿Tiene familiares en América? —preguntó Sebastiana y, sin querer, dio con la respuesta que despejaría sus dudas.

—No; en España tiene la madre, los abuelos y varios hermanos menores. Les manda cuanto dinero puede. —Y haciendo una pausa, comentó—: Su mayor preocupación es la de morir en estas tierras, que ellos no se enteren y crean así que los ha abandonado. Por eso me ha dejado una carta dirigida a su madre, con algo de dinero, que debo remitir a España, a Valladolid, en caso de que le pase algo. Todos los meses, además de lo que habitualmente les remite, ahorra unas monedas que adjunta al sobre.

—Es una ponderable manera de velar por los suyos.

—Tiene la ilusión de hacer algo de dinero para poder traerlos a reunirse con él —dijo el joven y calló, quizá sintiendo que había hablado demasiado.

Sebastiana dejó también el tema. Aunque tranquilizada, no iba a confiar plenamente en que aquella carta no fuera una amenaza para ella. Por el momento, sólo le quedaba reafirmar, dentro de lo admisible, el vínculo de respetuosa amistad, de maestro-alumna, que había nacido entre ellos. Cuando Maderos muriera, él tenía que confiar en ella hasta el punto de entregarle el sobre, pues ahora comprendía que, si tomaba la vida del ayudante de Soto, tenía que tomar sobre sí la manutención de su familia. Hasta el día de su muerte, y aun más allá.

Poco después, Maderos le mandó una nota diciéndole que fuera a la casa del maestre de campo, aclarándole que no llevara compañía.

Al parecer, aquélla era la noche en que Lope de Soto y sus hombres se amanecían jugando naipes en los portales de Valladares, y Sebastiana comprendió de inmediato los designios del estudiante: seguramente pretendía forzarla a mantener relaciones carnales, más distendido y cómodo que en un zaguán donde alguien podía interrumpirlo.

La noche anterior se sintió en un estado de inquietud desesperada: no deseaba matar. Pero al llegar la carta, comprendió que no tenía manera de defenderse de él, decidido como estaba a cumplir en ella sus propósitos y aliviar así sus resentimientos.

Si se empeñaba en contradecirlo, era probable que Maderos decidiese entregarla a la justicia. El temor de ella no era meramente por lo sucedido a

don Julián: era la intuición de que Maderos sabía algo del envenenamiento de su madre. Briones, el barbero que había puesto nombre al mal que había matado a doña Alda, le había comentado a Rafaela que el bachiller lo interrogó varias veces sobre esa muerte. «Seguramente el famoso maestre no se consuela de que se le haya volado la paloma de las manos», había comentado a ésta, porque, como varios, no ignoraba la relación que lo unía a la muerta.

Sebastiana comprendió que tenía que terminar con él antes que descubriese que la carta había desaparecido y volviera a escribir otra acusación, quizás ampliada al tema de la muerte de su madre, ocupándose de que esta vez el papel fuera más difícil de encontrar.

«No tengo salida», se dijo, y tomando la pluma le contestó que no se sentía bien, que esperara unos días. Como también le pedía dinero, le adjuntó tres monedas y una porción exigua de velas, prometiéndole cumplir con el pedido dos días después.

La misiva, tal como las otras, estaba redactada en un estilo que no delataba si era hombre o mujer quien escribía, ni de qué negocio se trataba. Siempre había tomado la prevención de escribirlas con la mano izquierda para disimular su letra.

OceanofPDF.com

De las confesiones

OceanofPDF.com

… Aquel verano pasé muy poco tiempo en Santa Olalla, pues temía estar sola en mi propiedad si el maestre andaba recorriendo la región. Me inquietaba la idea de que fuera capaz de hacerme alguna violencia en los momentos en que Aquino y los demás trabajaban en el campo y nosotras, las mujeres, en la casa y desvalidas.

Soto tenía una vena malvada que lo privaba de remordimientos, que lo volvía invulnerable en la ambición. No me desvelaban sus pretensiones de casarse conmigo, pues despertaban el deseo y la justificación de matar.

Maderos era otra cosa. Corto de estatura y menguado de cuerpo, caminaba siempre varios pasos detrás de su amo; tenía los ojos encendidos del que vive hambreado —no sólo de alimentos— y las orejas paradas y el aire furtivo del inquisidor en vigilia. Emparentaba con los animales que cazan en el primer crepúsculo y en el último. Tenía la naturaleza del chacal.

Él en sí no me infundía miedo, porque nada hay más fuerte, más eficaz, más inesperado y elusivo que el tósigo. Emperadores, estadistas, reyes y papas, los Príncipes del Orbe han doblegado sus cabezas ante él.

En verdad, no temía a ese muchacho poco mayor que yo, pero sí a la carta con que me amenazaba. ¿Un letrado? ¿Había dicho un letrado? No lo recordaba y no podía preguntárselo. Sin embargo, ¿qué letrado, en Córdoba, atendería los asuntos del criado de un militar sin linaje? Seguramente existía esa carta, pero no estaría en la caja de un notario y yo debía dar con ella antes de prepararme a enfrentarlo.

Bien podía soportar la prepotencia del primero, bien podía aguantar la artera inteligencia del bachiller. Ellos no lo sabían, pero en mis manos

estaba la facultad de dejarlos vivir mientras se limitaran sólo a molestarme, o de eliminarlos en cuanto quisieran pasar de las amenazas a los actos, pues yo, ineludiblemente y mientras ambos caminaban en la oscuridad de la ignorancia, era dueña de sus muertes…

OceanofPDF.com

29. Del lirio cárdeno y del ámbar

«Todo hombre siente dentro de su ser una voz que a cada momento le está diciendo: ¡Adelante! ¡Arriba! Pero no ha acertado aún a descubrir hacia dónde está ese arriba, ese adelante, hacia qué dirección debe caminar, porque en el mundo moral, como en el mundo físico, todo lo que descubre la inteligencia limitada del hombre es relativo; todo depende del punto en el que uno se haya situado».

Fray Buenaventura Oro

El espíritu de la enseñanza en la época colonial

OceanofPDF.com

Córdoba del Tucumán
Tiempo de Pentecostés
Otoño de 1703

Maderos estaba inquieto desde que Salvador iba a lo de los Zúñiga. Últimamente, habiéndose granjeado la confianza de don Gualterio, su amigo se ocupaba también de hacerle a éste de escribiente.

Para mayor inquietud, Salvador hablaba bien de Sebastiana y de su padre, y por más que Maderos lo punzaba con sus preguntas, el joven no atinaba a entender qué inquietaba a éste.

A veces, leyendo en el alma de su compañero como a través de un velo, Salvador se dolía de verlo tan desgraciado en su resentimiento, tan enamorado de Graciana y tan decidido a casarse con otra —a la que no amaba— para prosperar. Nadie de la familia de Eudora se daba cuenta, pero Maderos avanzaba lenta aunque firmemente hacia su objetivo. Después de conseguir que una de las esclavas de la familia llevara y trajera las cartas de ambos, habían tenido varios encuentros secretos.

A Salvador le preocupaba la manipulación de una joven ingenua y el temor a que la metiera en problemas que la desgraciaran ante la sociedad. Por otra parte, no era menor preocupación el origen del dinero con que Maderos pagaba a la criada, se vestía mejor e iba adquiriendo ciertos gustos correspondientes a mejores caudales. Habiendo compartido con el maestre de campo algunos juegos de billar, sabía que no era éste de natural dispendioso, que no salían de su bolsa las monedas que pagaban todo aquello.

—Pero ¿te habla de mí, te hace preguntas? —insistía Maderos cada vez que se enteraba de que el muchacho venía de lo de Zúñiga.

—Nunca —respondía Salvador, pues siempre que hablaron con doña Sebastiana de Maderos, era él quien había sacado la conversación.

—¿Qué diablos se traerá entre manos? —murmuró aquella mañana en que, dispuesto a presionar a la joven, le había mandado recado para que se encontraran esa noche.

Salvador, dolido, le contestó:

—Hablas como si se estuviera burlando de mí, como si me hubiera contratado por caridad. ¿No has pensado que simplemente ella quiere refrescar su latín? Es estudiosa y lectora, cosa rara entre las mujeres. Una monja la inició en el latín: sor Sofronia, que entendía mucho de hierbas. Supo curar muy bien a mi madre.

Maderos, mientras recorría la habitación con sus pasos desmañados, no le prestó oídos. Desde que había encontrado a Sebastiana en las Teresas vivía alarmado; le era imposible olvidar la mirada que ella le dispensó sobre la cabeza de Graciana: era como si la joven hubiera decidido pasar de víctima a victimario.

El nerviosismo lo hizo volver a lo del maestre de campo. Al entrar en su pieza, se encontró con que le habían dejado un envoltorio sobre la almohada. «Pero ¿cómo se atreve esa Dídima a meterse en mi cuarto?», se molestó al abrirlo y leer la nota en que doña Sebastiana nuevamente eludía el encuentro. El escrito finalizaba con un pedido de clemencia, instándolo, desesperada, a que acabara con la servidumbre que le había impuesto. Como prenda de paz, le rogaba que le devolviera las velas y las monedas.

Maderos se sonrió, complacido, al notar que el escrito era una obra de hermetismo para quien no supiera de qué se trataba: el tema era oscuro, la identidad, incógnita. Era agradable ver con qué inteligencia la joven encaraba las cosas.

Miró después lo que había en el envoltorio y se sintió aun más dispuesto a conformarse: le mandaba dos velas robustas, de las que abrían la oscuridad como si fueran candiles, y de un atractivo color azul: era indudable que trataba de apaciguarlo.

¿Y el dinero? Palpó la bolsa y sintió el peso y el sonido de metal.

Al volcar el contenido sobre la cama, encontró dos pesadas monedas de oro.

La alegría dio paso al recelo. ¿No trataría doña Sebastiana de incriminarlo como ladrón, y de ese modo conseguir que los jueces creyeran que todo lo que él decía de ella era por venganza? Tenía que sacar rápidamente el dinero de la casa, así que regresó a lo de Salvador y le pidió que guardara el oro junto con la carta para su madre.

Había comenzado a lloviznar y se mojó en el camino de vuelta. Se sentía desilusionado porque hacía varios días que Graciana no salía a saludarlo, sabiendo con certeza él que ella estaba en la casa, ella que él andaba por las salas. Una especie de inquietud le apretó el pecho.

Ya en su cuarto, mientras se secaba la cabeza y se mudaba de ropa, tocado en algún punto por la súplica de la joven, por el distanciamiento de Graciana, pensó por un instante en cambiar el curso de su existencia. Podía hurtar un capote a los oficiales y volver a casa de los López, decirle a Graciana que la amaba y atar así su destino al de aquella familia.

Se sentó sobre un banquillo, los hombros curvados, la cabeza gacha. Si hacía eso, debía enderezar muchas cosas de su vida, como renunciar a su casamiento con Eudora, a la posesión del cuerpo de Sebastiana, al dinero que de ella recibía. Quizá tuviera que trabajar en el oficio de los López, cosa que le repugnaba más que su actual trabajo: si bien hacía de sirviente, él se presentaba como amanuense del maestre de campo. Este era un oficio transitorio, pero del otro no había forma de librarse: sería por siempre el yerno del funebrero.

Volvió a pasarse, inquieto, el lienzo por el cuello. Como primer acto de redención, como quien firma el propósito de enmienda, podía devolver a Sebastiana las valiosas monedas, los cirios y la carta acusadora. Todo, como prenda de buena voluntad entre ellos y entre Dios. Podía, además…

Por un instante, su espíritu rozó la salvación, pero el resentimiento y la codicia se impusieron. Cegado por todo lo que pensaba obtener, fue hasta el arcón y tomó una prenda de abrigo, pues la noche estaba fría. Después buscó un brasero y lo encendió en la galería.

En la habitación, a la luz vacilante de las velas comunes, preparó la mesa para estudiar. Abrió un libro que había sustraído esa tarde de la librería de los jesuitas, sacó las hojas que robaba a su amo, los implementos de escritura —tinta, arenilla, pluma— que pagaba, sin saberlo, don Marcio, y después de haber avivado las brasas en el patio, al ver que ya estaban rojas, arrojó sobre ellas la nota de Sebastiana —como había hecho con todas—, entró el brasero y cerrando puerta y ventana, se dispuso a estudiar. Encendió uno de los cirios nuevos y apagó los restantes, pues aquél daba una luz muy viva.

Observó a su alrededor y comprendió que lo que más deseaba en la vida era lo que veía: un lugar que pudiera llamar suyo, tinta, calor, más libros, poder seguir estudiando toda su vida, la certeza de no caer más bajo, sino de ir hacia arriba, recuperando la posición perdida… y de ser posible, ganar algún escalón.

Se sintió casi feliz. Pensó que había tomado la decisión correcta: se casaría con Eudora. Obligaría a doña Sebastiana a convencer a la familia de que él provenía de una familia de cristianos viejos, caídos en desgracia porque el albacea que había dejado su padre a cargo de los bienes se había quedado con ellos. «Nunca fueron cuantiosos —reconoció—; pero vivíamos con dignidad y de acuerdo con nuestro rango».

Don Marcio ya había conseguido su limpieza de sangre y hasta la genealogía de su familia.

La llama de la vela lo hipnotizó: su color se asemejaba al lirio cárdeno. Con la pluma en suspenso, quedó pensativo. Luego bajó la vista y comenzó a escribir con delicadeza de pendolista.

Mucho después dejó de trabajar por unos minutos; le ardía un poco la vista y veía manchones de oscuridad, que lo inquietaban, en los rincones de la habitación. Sentía los dedos agarrotados.

Apretándose las sienes, trató de vislumbrar su inquietud. Fijó nuevamente la vista en la vela, sorprendido al ver que se había consumido más rápidamente que los cirios comunes.

«Así son estas cosas de relumbrón, pura apariencia y nada de rendimiento», rezongó. Hubo un pequeño chisporroteo y la llama se volvió

del color del azafrán. Captó un atisbo del desagradable olor del azufre que de inmediato fue ahogado por la fuerte fragancia del ámbar.

En segundos se sintió elevado a regiones sensuales de las que no recordaba haber tenido experiencia. «Dentro de unos días, cuando doña Sebastiana se vea obligada a venir, le ordenaré que traiga de estas velas y la tomaré bajo su lumbre, aspirando este perfume», pensó.

La forzaría a satisfacer sus fantasías, esos deseos que un hombre no cumple con su esposa y que necesita de mucho dinero para saciar en las rameras. Y él disfrutaría de ellos en el cuerpo de una de las jóvenes más virtuosas de la ciudad, una mujer a quien le repugnaba el contacto con varón, como había dicho el padre Thomas a Becerra. «Y aun cuando haya desposado a maese Lope, gozaré de ella hasta que me canse. Y entonces la entregaré a los verdugos». Pero no, no podría entregarla, porque las familias que emparentaban con Eudora y los Zúñiga se pondrían en contra de él y terminaría acusado de algo, expulsado del círculo social al que anhelaba volver.

De pronto, con un dolor nacido en la red nerviosa que se ovillaba sobre su vientre, pensó en Graciana, en su cuerpo de curvas firmes y femeninas, en sus ojos que siempre lo miraron con comprensión pero también con ironía…

Tenía la vista cansada, como con un velo en los ojos. La mano le tembló, y por no manchar las hojas, acomodó la pluma sobre la almohadilla de arena haciéndolas a un lado con movimientos que le parecieron extrañamente ajenos y torpes.

Sabía que debía recordar algo; que ese día escuchó decir algo que era la clave de algún misterio, la respuesta a muchas de sus preguntas.

Sintió sed e intentó ponerse de pie para buscar agua, pero el cansancio le había tomado las piernas, que le temblaban suavemente.

«Debería acostarme», pensó, pues su cuerpo buscaba reclinarse sobre la mesa.

A pesar de la niebla que de los ojos parecía colarse a su conciencia, su cerebro encontró la perdida respuesta. «Tuvo de maestra a sor Sofronia —había dicho Salvador—; esa monja sí que entendía de hierbas». Entendía de

hierbas y doña Sebastiana fue su alumna… ¡Y él, en aquella ignorancia, desechó el veneno de la misteriosa muerte de doña Alda!

¡Ah!, seguramente la eliminó con algún hierbajo pestilente, quizás agregado al guisado, quizás al vino que tanto le gustaba: más de una vez, maese Lope lo había hecho correr a conseguirlo de los frailes.

«¡Si lo hubiera sabido! ¡Podría haberla dominado con eso, en vez de sacar a relucir aquel accidente del que, en última instancia, ella no fue artífice!». Si lo pensaba, ahora comprendía que se dejó llevar por la satisfacción de tenerla sometida: ella no era tonta —ninguna mujer callada lo era— y se lo permitió porque tenía algo más grave que ocultar, y por allí temía ella que empezaran las indagaciones.

Con el pensamiento cayendo en la confusión y recuperándose de pronto, trató de dilucidar cuál habría sido el tóxico que había matado a doña Alda; aquel que no dejó huellas inculpatorias, al menos para Briones, el médico sangrador.

De pronto, comprendiendo la enormidad del acto de la joven, sufrió un escalofrío. «¡Santísimo Dios, es diabólica! Una cosa es dejar morir al degenerado de su marido, pero muy otra matar a la madre que le dio el ser, que la alimentó con la leche de sus senos…».

Recién entonces vislumbró lo que siempre había temido de ella, la oscuridad que acechaba en el fondo de sus pupilas, lo que él, tontamente, llamaba la mirada de piedra.

Entendió casi todo, pero ya era tarde: el aliento de Medusa lo había alcanzado y no tenía fuerzas para moverse, para salvar su vida.

Estiró la mano hacia la pluma, deseando denunciarla, pero volcó el tintero y la tinta negra corrió libremente, produciendo espesos manchones sobre las hojas que él tanto cuidaba, manchándole los puños de su casaca nueva. La pluma rodó, lo mismo que el otro tintero y la almohadilla, y aunque vio todo confusamente, no oyó el menor sonido.

«Ojalá llamen al padre Temple, él se dará cuenta», rogó. Pero seguramente, como cuando murió doña Alda, ninguno de los buenos médicos estaría en la ciudad. «No se librará de la horca», fue su consuelo. Don Marcio entregaría, como su última voluntad, la carta al obispo.

Desprendida el alma de toda esperanza, pensó en Graciana, en su sabiduría, en su inteligencia compasiva, en todo lo que él había perdido por resistirse a la sencillez de su persona, de su familia. Pensó en su madre, en sus hermanos, en los viejos que esperarían vanamente sus cartas y su auxilio. Pensó en Salvador, su buen amigo, y se alegró de haberle entregado las dos últimas y valiosas monedas para que las remitiera a España.

Rezó a su santo pidiéndole que intercediera ante Dios por sus pecados, para que le abriera, al menos, el purgatorio aunque no podía sentir arrepentimiento de lo hecho y de lo por hacer.

Se le llenaron los ojos de lágrimas, dejó caer la cabeza y con una sola contracción, el corazón suspendió su latir, se le enfriaron rápidamente las venas y conservó el semblante sereno y la expresión tranquila de quien ha muerto durmiendo.

El brasero y el cirio, con la obstinación de las cosas inanimadas, siguieron ardiendo varias horas después que se había apagado la lumbre de su espíritu.

El padre Thomas Temple abrió la botica muy temprano, pues tenía que hacer unos preparados para los leprosos. Era todavía oscuro, y le llegaba, en tanto silencio, el murmullo de las oraciones de los alumnos en el vecino Convictorio.

Aquel día el aire de la ciudad casi no hedía: la tarde anterior el viento barrió con los olores; el frío de varios días atenuaba la fetidez de las curtidurías, de los muertos enterrados en las iglesias, de la sangre estancada de los mataderos, de las ciénagas de heces que cada tanto flagelaban a la ciudad con alguna epidemia.

Uno de los esclavos —Zenobio— venía detrás de él, bostezando y con un brasero en las manos; lo dejó en la calle, lo apantalló con fuerza y cuando estaba bien encendido, lo entró y puso agua a hervir. Con ademán furtivo, sacó un trozo de pan que guardaba entre la blusa y su cuerpo, ocultándolo bajo un almohadón. El muchacho ya había tomado el desayuno

en la ranchería, pero esperaba el tazón de café, tan difícil de conseguir aun para los blancos, con que el médico lo convidaría cuando se sirviera para sí.

Oyeron unos pasos apresurados en la calle, y al asomarse, vieron a Lope de Soto dirigiéndose hacia el Cabildo. Desgreñado, la ropa en desorden, y al parecer, pasado de vino y sueño. Estaba pálido y, cada tanto, su andar inestable lo llevaba a chocar contra los muros.

—Amaneció en los portales —dijo virtuosamente Zenobio, que se había escapado de la ranchería para encontrarse con otros esclavos y pasar la noche en apuestas.

El padre Thomas volvió a entrar y mientras bebía su café y trabajaba, en el cuartucho que les hacía de fogón el negro ensopaba el pan en su jarro con un sorber ruidoso y glotón.

Aunque la esclavitud era generalmente aceptada, el padre Thomas no la admitía, afligido por el destino de los africanos. No pudiendo luchar contra ella, trataba de paliarla interviniendo a favor de éstos, procurando hacerles más llevadera la vida, insistiendo en que se los tratara con humanidad, que se les reconocieran los más elementales derechos. Preparaba a sus discípulos para que, cuando las circunstancias lo quisieran, pudieran independizarse a través de un oficio.

«Pues llegará el día en que la servidumbre humana será vista con horror, y se los dejará libres. Y si no están capacitados, caerán en otro tipo de esclavitud».

Si algo lo conformaba, era que la Compañía de Jesús tenía con sus esclavos un trato que la distinguía, respetando las familias constituidas, no separándolas, no permitiendo que los esposos estuvieran ausentes de sus hogares o los niños alejados de sus padres.

Oyó que Zenobio había dejado de sorber y le permitió unos momentos de satisfacción antes de llamarlo, pero el negro se le adelantó.

—Ahí vuelve el maestre con el señor juez y la guardia.

El padre Thomas se asomó a la calle y vio las espaldas de cuatro o cinco hombres, encabezados por Lope de Soto, que se alejaban apresuradamente en dirección al domicilio de éste.

—¿Voy a ver qué pasó? —se ofreció Zenobio, y como no lo necesitaba de momento, y sí, tenía él también curiosidad, le concedió el permiso.

Hora después, cuando terminó sus preparados y mandó al hermano Hansen, que siempre pedía ir a la leprosería con los remedios, regresó Zenobio.

—Ha muerto el criado de maese Lope —le comunicó.

—¿El bachiller?

—Sí. No parece muerto; parece dormido.

—Busca al hermano Peschke —lo instó, y se dedicó a lavarse las manos y a componer su persona. Iría él mismo a ver qué sucedía, no fuese que el muchacho sólo tuviera suspensión vital y Briones, a quien seguramente llamarían y que apenas daba para sajador, lo declarara muerto.

En casa del maestre de campo, uno de los oficiales que recorría la habitación le indicó dónde estaba Lope de Soto, y al llegar al corredor del patio de caballería, lo encontró tirado sobre un sillón que se había hecho llevar. Tenía las piernas extendidas y los tobillos cruzados, mal semblante y las manos férreamente unidas a la altura del pecho.

Al ver al sacerdote, se puso de pie de mala gana y lo interrogó con la mirada.

—Me gustaría revisar a su criado. En la gente joven, suele darse el caso de muerte aparente.

Impresionado, Soto le señaló la habitación. En cuanto los ocupantes lo vieron entrar, se hizo un hueco de silencio; las discusiones callaron y Briones se puso rojo. Pero como el médico de la Compañía llamaba a respeto, le hicieron espacio.

No habían movido el cuerpo, que permanecía en la pose en que lo habían encontrado. Una mancha roja, ya seca, se expandía por el suelo y por un momento el padre Thomas confundió la tinta con sangre.

La rigidez del cuerpo le indicó que estaba muerto, sin posibilidad de que padeciera de catalepsia.

—¿De qué murió?

Los jueces miraron a Briones, que dijo levantando un costado de los labios:

—De lo que, hace cincuenta años, casi muere el rey de Portugal —y señaló, del otro lado de la mesa, el brasero apagado—. Todo estaba cerrado; lo mataron los efluvios malignos del carbón mal encendido.

Sí, podía ser eso. El mismo rey de España había dado instrucciones para que no se usaran los braseros en cuartos sin ventilación, propiciando, a su vez, el uso de las chimeneas.

El padre Thomas se inclinó a observar la boca del joven, pero no encontró la coloración que esperaba, aunque un elusivo olor le llegó a la nariz.

Su mirada recorrió la habitación. Vio la tan preciada biblioteca del muchacho, y aunque lo creía un granuja, le reconoció el ansia de estudiar, el orden y la limpieza con que mantenía todo. Chocaba a los ojos la otra tinta, la negra, que se había derramado sobre las hojas de buen papel y que se había secado bajo las manos y las mangas del muchacho. Cuando se adelantó, la arenilla crujió bajo sus botines.

Pensativo, sin darse cuenta de que los demás no le sacaban la vista de encima, tocó el papel, recogió la pluma y los tinteros. No pudo dejar de fijarse en las ropas. ¿De dónde sacaría plata para todo aquello? Utensilios y trajes eran de más que mediana calidad. Los escribientes no ganaban para esos lujos, y bien sabía él que a Lope de Soto no había forma de exprimirlo: no era gran cosa el sueldo que cobraba —casi siempre atrasado—, y además gastaba demasiado en mujeres y en juegos de azar.

En el silencio que lo rodeaba, sus ojos se fijaron en una vela gruesa, de las más caras, de cera azulada. Miró el candelabro que estaba sobre la mesa. Apenas se veían unos vestigios de materia, pero cuando pasó el dedo por el interior, descubrió vestigios de color azul. Lo olfateó y un resabio a azufre le despertó la curiosidad; una sustancia blanca, arenosa, resaltaba, y al probarla cautamente con la punta de la lengua, descubrió que era sal.

Nada de aquello parecía tener sentido.

—¿Da permiso vuestra merced para disponer del difunto? —preguntó desagradablemente Briones.

—Perdonad. —Y se apartó.

Mientras se levantaban las actas, cruzó el corredor y salió al patio. Lope de Soto lo siguió, pasándose los dedos por el cabello desordenado. Parecía de más edad, y por primera vez el médico notó los surcos en el rostro que se iban convirtiendo en una red de arrugas. Aquella mañana, hasta sus movimientos parecían de viejo.

Guerrear y cabalgar no eran una buena forma de pasar los años. Por allí debía venir el afán de desposar a doña Sebastiana.

—Apreciaba al tunante —reconoció Soto en voz baja, como avergonzado—. No sé qué voy a hacer sin él.

—En Córdoba conseguirá buenos amanuenses.

—No era solamente eso —gruñó el otro.

—Es posible que ahora tenga que tomar dos criados en vez de uno. Aquí, son pocos los que, sabiendo escribir, aceptarían hacer al mismo tiempo de lacayo.

El maestre de campo le dirigió una mirada hostil, como si hubiese intentado expresar algo y hubiera sido mal interpretado.

—Tendré que mandar sus cosas a España. Tenía madre en algún lado —dijo, en cambio, y el padre Thomas se sorprendió de que un hombre de su catadura se pusiera en aquel trabajo.

Soto se restregó con fuerza los nudillos contra los párpados.

—… ni siquiera sé dónde.

—Salvador Villalba debe conocer la dirección. Eran muy amigos.

—Mandaré por él.

—Mejor sería que envíe a alguien con una esquela —aconsejó el jesuita y preguntó—: ¿Dónde se habrá comprado la vela azul que está sobre la mesa?

—¿Vela azul?

—Hay una vela de buena calidad, sin usar, al lado del muchacho.

—No sé nada de velas azules —se impacientó el militar.

—¿Dónde se provee usted de cirios?

—En la tienda del obispo. Pero puedo asegurarle que no he visto ese tipo de vela allí. Y mucho menos se las compraría a Maderos.

—Sin embargo, estaba sobre la mesa.

—La habrá robado —se sonrió Soto, recordando las bribonadas del bachiller.

—¿En dónde?

—Usted es el residente. Yo todavía no conozco los misterios del comercio en esta ciudad —replicó el otro, burlón.

Cuando el padre Thomas se retiraba por el portón de caballería, uno de los soldados, que había escuchado, lo atajó.

—La vieja le traía velas una vez a la semana. —Y antes que él preguntara, el hombre añadió—: Esa vieja borracha, la que vive en el tapial.

Indudablemente, se refería a Dídima.

OceanofPDF.com

30. De invocaciones espíritas

«Era un psicólogo demasiado penetrante para no saber que cada hombre y cada tarea requieren una concepción, tratamiento y solución distintos. Ese conocimiento casi artístico de hombres y vida no debían caer bajo el peligro del entumecimiento».

Richard Blunck

Ignacio de Loyola, su vida y su obra

OceanofPDF.com

Córdoba del Tucumán
Después de Pentecostés
Otoño de 1703

Salvador Villalba esperaba a su alumna junto al cancel del patio, bien vestido y con el sombrero en la mano.

—Hoy no podré cumplir con mi trabajo, doña Sebastiana —se excusó con la voz ronca—. Mi amigo, mi pobre amigo…

La joven, tan pálida como él, esperó que se repusiera. Salvador se sintió reconfortado al ver el interés que despertaba en ella y se preguntó por qué Maderos no la apreciaba: era sencilla, retraída y de buen corazón.

Bien sabía, por su tía y por haberla visto, la ayuda que dispensaba a negros e indios, y a cuantos pasaran apuros. No era de las que daban donaciones sin acercarse a ellos, sino que se presentaba en las rancherías y escuchaba la enumeración de males y sufrimientos. Lo que más le admiraba era la reserva con que lo llevaba a cabo.

—¿El bachiller? —preguntó ella.

—Sí —y él añadió en voz baja—: Ha muerto.

La mirada de ella quedó prendida a la de él y allí donde Maderos veía oscuridad, Salvador vio compasión.

—Se quedó hasta tarde estudiando. Debe de haber sentido frío, porque encendió un brasero en la pieza. El médico cree que inhaló los gases carbónicos.

—¿Qué médico lo vio?

—Briones. El mismo que atendió la muerte de vuestra madre.

—¿Y qué haréis ahora?

—Voy a encargarme de su entierro. No creo que el maestre de campo se interese en… Mi tío me ayudará. Le haremos un funeral digno. Roque… ¿sabía usted que se llamaba Roque?, siempre hacía referencia a cuánto había sufrido al perder su condición social. Mucha gente lo trataba como a un sirviente.

Ella bajó la cabeza, asintiendo en silencio.

—Quisiera hacer algo por los suyos —dijo—. Su dedicación a ellos, según me ha contado usted, lo redimía de todo defecto que pudiera tener.

—Justo ayer, después de haberse ido de casa, regresó porque quería sumar unas monedas de oro a las que le guardo, junto con una carta, para su familia.

Salvador se sintió incómodo al mencionarlo, pues estaba seguro de que aquél no era dinero limpio.

—Quiero ayudar en lo que pueda —insistió Sebastiana—. Si me alcanza la carta, veré que salga hoy mismo para España. Querría mandarle a su madre algún auxilio de mi parte.

La expresión del joven se distendió.

—Me saca usted un peso de encima, pues no podré encargarme de eso de inmediato. Escribiré una nota para ella y le haré llegar las cosas con uno de mis primos.

Dejó la casa rápidamente para que la joven no notara que tenía los ojos en lágrimas.

Sebastiana dio media vuelta y al pasar por el oratorio familiar, la mirada de la Virgen Niña pareció tenderle una red. Sin resistirse, entró allí, se dejó caer sobre el reclinatorio y sollozó inconteniblemente sobre los brazos cruzados.

Más tarde apareció uno de los hijos de López con la carta de Maderos. Encerrada bajo llave, Sebastiana hizo saltar la cera y la leyó.

Estaba escrita en un estilo elegante y respetuoso, lo que indicaba que la madre del bachiller era una mujer de cierta cultura. En ella, el joven le explicaba lo que seguramente había sucedido —su muerte—, le daba la

dirección de los López y el nombre del amigo, sobre quien tenía expresiones de afecto. Detallaba sus escasos bienes, le decía que Salvador se encargaría de remitírselos, y se excusaba por no dejarles más herencia, mostrando aflicción por lo que pudiera depararles la suerte. La despedida era corta, pero de gran sentimiento. No decía una palabra sobre Sebastiana, y ella agradeció que fuera una carta despojada de sensiblería, de toda exhibición de temor a la muerte.

La nota que adjuntaba Salvador era más larga; explicaba a la madre de su amigo el accidente que le quitó a éste la vida y enumeraba virtudes imaginarias que sólo un corazón como el del joven podía descubrir en Maderos.

Le hablaba de Sebastiana —por pedido de ella, sin nombrarla—, diciéndole que por la sensibilidad de su corazón y por sus importantes relaciones, era quien se encargaría de remitirle todo con la mayor prontitud. Le ofrecía como consuelo continuar escribiéndose, y le mandaba sus señas. Cuando hubiera cumplido los ritos funerarios, que corresponderían a la dignidad de su nacimiento, vería de qué modo podía hacerle llegar el arcón con las cosas de su hijo. Le escribiría nuevamente para enterarla de cómo se había dispuesto de sus restos y dónde estaban enterrados.

Sebastiana dobló las cartas, las volvió a sellar y como quien pone distancia con su delito, fue a encargar a don Marcio el rápido envío de la correspondencia y los dineros.

Lo encontró en su escritorio, con los documentos y legajos de sus clientes desparramados sobre la mesa.

—No encuentro la carta que ese muchacho me dejó para el obispo… —explicó a Sebastiana.

—¿Y no puede usted repetírsela de palabra?

—No; sellada me la dio, y sellada permaneció. —Titubeando, intentó conjeturar—. Seguramente dejó algo para indulgencias.

—Si es de Dios que aparezca…

—No pienso dormirme en ello. Veré a Su Ilustrísima y le explicaré el caso.

Y con obstinación de consejero pundonoroso, siguió revolviendo entre legajos y testamentos.

—Bastante pagó por los documentos de sangre y linaje —se apenó, tirando sobre la mesa unos papeles lacrados—. Los guardaré por si alguna vez la familia decide reclamarlos.

Y dejándose caer sobre el sillón, movió la cabeza con tristeza.

—Haré decir algunas oraciones por él. Era muy inteligente, ¿sabes?, pero creo que no siempre utilizaba esa inteligencia para bien. Su amo está bastante perturbado, lo que habla a su favor. Es menos indiferente de lo que yo pensaba.

Al exponerle Sebastiana lo que deseaba hacer, asintió con la cabeza.

—Yo mismo agregaré algo. Imaginaremos que no le pagué los últimos recados que hizo para mí.

Sebastiana se retiró, dejándolo con sus problemas de conciencia.

Era la hora del ocaso y las calles estaban casi desiertas. La tarde tenía un aire triste, de fin de estación, y sintió de pronto el deseo desesperado de confesarse.

Un grupo de mujeres de pueblo, reunidas en la recova del Cabildo, esperaban, cargadas con cestos o bolsas en que llevaban comida, que las dejaran entrar a ver los presos. Casi todas se cubrían parte del rostro y la cabeza, con mantones de tela basta y oscura. Hablaban en tonos susurrados de asesinatos, golpizas y descalabros que habían presenciado, oído comentar, o quizás imaginado.

Cuando pasó junto a ellas, las voces se atenuaron. Sebastiana sintió que sus ojos oscuros, brillantes en los rostros consumidos de incertidumbre, la seguían mientras se alejaba del lugar.

Siguió hasta la Compañía, y entró cuando faltaba poco para que cerraran las puertas del templo. A tiempo que se postraba ante el altar, un sacerdote salió del confesionario y se dirigió hacia la sacristía mientras se quitaba la estola de administrar el sacramento.

Sebastiana quedó en la penumbra de la nave diciéndose que aquélla era una señal de la Divina Voluntad: aún no había llegado el tiempo de reconocer sus pecados.

Se santiguó, y después de una breve oración, atravesó el atrio hacia la salida. El cielo, sobre ella, parecía un párpado amoratado.

El padre Thomas volvía de ver a Eudora, que había asustado a la familia con una descompostura. Ni él ni los parientes de la joven imaginaban que era por la muerte de Maderos.

Pasaba frente a la acequia madre, por la calle Ancha, cuando vio a Dídima en conversación con unos carreteros y otras mujeres que habían ido por agua.

Iba a seguir de largo, pero acuciado por la curiosidad de aquella vela azul, la llamó aparte.

—Me han dicho que tú le llevabas las velas al bachiller.

La mujer, que estaba a medias sobria, reconoció de inmediato que era ella.

—¿Y dónde te las mandaba comprar?

—En las Carmelas, que de allí era devoto, y a veces en lo de Isaías.

—¿Quién es Isaías?

La vieja, cubriéndose la boca con las manos, rió con una risa salaz y desinhibida. Luego, recordando que estaba frente a un hombre de hábito, se contuvo y le explicó.

—El hombre-toro —y como el médico no atinara a entenderle, señaló —: El que vive por el río.

—¿A qué se dedica? —desconfió el padre Thomas, pues «las orillas»' eran zona de curanderos, hechiceras y aojadores.

—Tiene permiso de hacer velas.

—¿Nada más?

Dídima, con una chispa de malicia, contestó:

—¿Y qué más cree usarcé?

El sacerdote le dio la bendición que con mucha humildad le solicitó la mujer, junto con una moneda.

Regresó al convento y después de comer a solas y frugalmente, se encerró en su celda a continuar con la traducción del libro del doctor

Thomas Sydenham sobre las epidemias, que acababan de mandar a la Compañía desde Londres.

Limpiaba la pluma, todavía impresionado por la muerte del muchacho, cuando vio en su mente el rostro de Isaías.

No podía ser otro que aquel ser extraño, de gran cabeza, que le había llamado la atención al verlo visitar a algunos presos en el Cabildo. Recordó, incluso, que se sorprendió al notar que tanto guardias como prisioneros lo trataban con comedido respeto. Con seguridad, aquel ser de tan extraña apariencia tenía que estar vinculado a cosas ocultas; de otra manera, lo común hubiera sido que su aspecto provocara la burla y el escarnio.

Fue inútil que al día siguiente intentara sonsacar a los esclavos, que ponían esa cara de particular imbecilidad cuando querían negar lo que sabían. Ni siquiera Zenobio habló, salvo para repetir que ese hombre vivía de hacer cirios. A él los dominicos le compraban los cirios para el día de Corpus, aclaró.

«Tendré que ir a ver con mis ojos», se exasperó el jesuita, pues el tiempo no le sobraba; y así, cerca del mediodía, caminó hasta el rancho del cerero.

Lo encontró pintando unos querubines en unas velas blancas, muy transparentes, que encerraban en la entraña unas violetas pequeñas.

Le pareció menos desagradable que otras veces; como era un día tibio, estaba semidesnudo. Tenía un cuerpo sano y hermoso, fuerte y ágil, sin la pesadez de los corpulentos. Los ojos eran grandes y separados, la nariz achatada y el cuello grueso. Esas tres cosas hacían que, inevitablemente, se lo relacionara con los toros.

Su mirada negra, indígena, parecía observarlo desde el otro lado de la historia, como el reflejo de una fogata que llegara a través de las aguas de un río.

El padre Thomas se sintió incómodo, pues tuvo la impresión de que, frente a él, había perdido la noción de la realidad por un momento.

—¿Es usted Isaías? —y mientras se preguntaba cuántas razas habían intervenido para gestar a aquel ser, el otro respondió que sí con una voz profunda, de bajo.

No preguntó quién era ni para qué lo buscaba, y el sacerdote comprendió que alguien le había advertido que andaba inquiriendo sobre su persona.

—Me han dicho que las mejores velas de Córdoba salen de esta fábrica.

—He trabajado para la Compañía —reconoció Isaías pintando con extremo cuidado el rostro perfecto de un angelito.

—¿Son para una novia?

—No; para una recién nacida que murió durante la noche. Su abuelo me las ha encargado.

Carraspeando, el jesuita entró en la choza y observó alrededor, asombrado de la cantidad y diferencia de velas que tenía a su vista, de los moldes y los materiales. No se veía cera negra, cirios de aquel color o algún elemento que señalara operaciones de hechicería, salvo un penetrante olor a hierbas que podía justificarse por una gran batea de flores y hojas secas que, como era evidente, usaba en su trabajo.

Descubrió un frasco con lágrimas de gomarresina y al llevárselo a la nariz, olió el incienso.

En un almirez de bronce, un polvillo pardusco estaba a medio machacar.

—¿Tendrá la botica de la Compañía simiente de enebro, padre? —preguntó Isaías sin volverse.

—Es posible. ¿Para qué la necesita?

—Estoy preparando incienso para los franciscanos y se me ha acabado el enebro.

—¿Cuál es su receta?

Isaías se secó los dedos, manchados de pintura dorada, y se puso de pie. Mirándolo con ojos que casi no parpadeaban, recitó:

—De incienso macho, siete partes, tres de benjuí, otras tres de estoraque y dos de simiente de enebro.

—Creo que Paracelso admitía en el preparado almizcle y otras drogas solares —lo tentó el médico. Metiendo la mano entre las flores secas, dejándolas caer como cascada, agregó—: Recomendaba esta mezcla también para invocaciones espíritas, con seres del Más Allá…

Isaías continuó en silencio, cruzado de brazos, las piernas abiertas como un guerrero que espera ser golpeado sin que ello le preocupe mucho. Lo miraba con la cabeza apenas baja, los ojos al nivel de las cejas. No parecía entender de qué hablaba.

—He venido por unas velas azules.

—No trabajo velas azules.

—¿No se las vendió usted al bachiller Maderos?

Esta vez la expresión se le endureció en el rostro; fue como observar a un animal peligroso que, habiendo conseguido que lo dejaran en paz, viese aparecer a alguien con la intención de hostigarlo.

—Siempre le he mandado velas blancas, de mediana calidad. No sé nada de velas azules. Dídima conoce el color de las velas; por lo que cobro, no puedo envolverlas en papel. Nunca he hablado con ese joven, y él nunca vino por aquí.

Acercándose a la mesa de trabajo, se sentó en el banquito, abrió el pote de pasta dorada y tomó el pincel. Quedó inmóvil, los hombros vencidos por un momento. Ni siquiera se puso de pie, pero se volvió hacia él, y sin mirarlo, le aseguró:

—Sé que ese muchacho ha muerto. ¿Quiere vuesa merced acusarme de algo?

—En realidad, no lo pensé —se desorientó el jesuita—. Sólo me llamó la atención esa vela, de un color y una calidad desacostumbrada. Él no podía pagarse esa clase de iluminación… —y quizá llevado por la necesidad de pensar en voz alta, quizás impulsado por la mirada de Isaías, comentó como a regañadientes—: Tampoco podía pagarse, con su sueldo, los libros, la ropa y los enseres de escritura. Todo era de buena clase.

—Los libros se los robaba a ustedes.

Y ante la sorpresa que provocó en el sacerdote, Isaías sonrió y haciendo a un lado el trabajo, se puso de pie y trajo una silla de adentro, invitándolo a sentarse.

El padre Thomas aceptó, escudriñando el rostro que tenía ante él. Por primera vez lo vio sin la máscara que adoptaba para hablar con los otros, y

la certeza de que nada tenía que ver con las malditas velas, pero que podía darle algunas claves, lo tranquilizó.

—En el pasado —reconoció Isaías—, he tenido dificultades con el Santo Oficio. Salí bien librado y no he vuelto a meterme en problemas…

—No corre por ahí mi interés —lo tranquilizó el jesuita—. Pero ¿cómo sabe que robaba libros de nuestra casa?

—Lo vi varias veces, y también otras personas. En cuanto a la tinta y las cosas de escribir, las pagaba don Marcio Núñez del Prado sin saberlo, porque las retiraba a su cuenta.

En dos frases, le explicó todas las maniobras con que Maderos se las ingeniaba para conseguir sus necesidades.

El padre Thomas prefirió no preguntarle por qué se había tomado tanto interés en el muchacho.

—¿Y la ropa? —inquirió.

—Es posible que conformara a alguna viuda o una de esas que llaman «viudas de vivos» —dijo con malicia.

Escuchándolo, el médico comprendió que bien podía ser cierto. Mientras conversaban, el otro lo convidó con un vino hecho por él mismo y le aseguró que no conocía a nadie que fabricara velas azules.

—¿Por qué le llaman la atención?

—Por la rareza. El color, el olor, la falta de restos de cera al consumirse, la sal que le habían incorporado…

—¡Sal!

—¿Por qué se sorprende?

Isaías guardó silencio por unos instantes.

—¿Queda alguna de esas velas?

—Quedaba una. ¿Si se la traigo, usted podría…?

—Ayudaré en lo que pueda a vuesa merced.

Se despidieron, el jesuita sin estar seguro de que el otro fuera totalmente sincero.

El padre Thomas consultó el sol en el cielo para saber si podía pasar por lo del maestre de campo, y decidió arriesgarse.

Algo tomaba forma en su mente, y ese algo era una sospecha, que iba incrementándose, sobre la muerte de Maderos. Si, como decía Isaías, el joven estaba siendo mantenido por una viuda, ¿se habría ésta cansado ante las continuas exigencias de Maderos? Y si había sido una de esas «viudas de vivos», ¿podría la mujer haber recibido la noticia de que su marido volvía, y ante el temor de ser descubierta, o ante la amenaza de Maderos, exigiéndole continuar con sus relaciones, podría haberse tentado a hacer algo para sacarlo de su vida? No sería la primera vez que una mujer atrapada en sus debilidades recurriera a soluciones drásticas para librarse de la situación.

A pesar de la antipatía que sentía por Soto, le llamó la atención, al salir el maestre de campo a recibirlo, el estado en que se encontraba. Tenía la cara marcada por el cansancio y la desazón.

«Como si hubiera estado contrabandeando sueños durante toda su vida», pensó el sacerdote.

—Venía a pedirle la otra vela de su escribiente.

—¿Para qué? —respondió Soto, brusco.

—Querría estudiarla. Me pareció muy singular.

—Lo lamento, pero la usé anoche.

El médico lo observó detenidamente.

—¿Y no sucumbió a ningún efecto raro?

—Aquí me veis, con nada más común que una resaca de taberna.

—¿Podría ver los restos?

Alzándose de hombros ante la insistencia del sacerdote, Soto se retiró y volvió con un candelabro. Era el cirio azul, pero éste había dejado su chorreado habitual, y al olerlo, el padre Thomas sólo vislumbró un tenue olor a cera de calidad. Quitó el cabo del recipiente y no encontró rastros de sal. Las dos velas no habían sido iguales.

—¿Puedo llevármelo?

Soto hizo una inclinación burlona y el religioso dijo: «No le robaré más tiempo», y se retiró.

El resto del día, y parte de la noche, se encontró inmerso en un pensamiento obsesivo. ¿Cómo dar con la cera azul, o al menos, cómo dar

con alguien que pudiera haber hecho aquellas velas? Sabía que era imposible seguirle el rastro a la materia, pues no había casa en que, por una u otra razón, faltara la cera.

Dos velas de un color inusual; semejantes pero distintas. ¿Por qué la apariencia, por qué la diferencia?

La posible respuesta le llegó al atardecer, cuando se había refugiado en la torre en ruinas, con el libro de Tirso González, el Fundamento theologiae moralis, tratando de desentrañar la diferencia entre probabilismo y probabiliorismo.

El término sonaba extraño, pero la noción era sutil: se podía elegir opinión menos segura, expresaba el autor, pero con la garantía de una mayor probabilidad…

Oía pasar a unos muchachos por la calle, riendo y alborotando, cuando creyó comprender el significado de las dos velas.

Al bajar, mandó a Zenobio hasta lo de Isaías con el cabo que le había cedido Soto para que aquél, en su conocimiento, pudiera descubrir los elementos de que estaba hecha.

Posiblemente no conseguiría nada; lo que quedaba sería una vela común. Pero seguramente también, el color significaba algo. Si era como sospechaba, la tonalidad sólo serviría para disfrazar la rareza de la composición de la materia con que estaba hecha. La segunda, la que había usado Soto sin consecuencias, era el aval que desviaba las sospechas.

Siendo así, la situación había sido preparada muy inteligentemente: ante la presunción de que una de ellas era peligrosa, los rastros de la otra —los únicos que dejarían huellas notables— llevarían a creer que nada extraño había en la composición.

Todo eso, partiendo de un presunto delito que bien podía ser ficticio, creado y alimentado por la mente inquieta de un científico demasiado imaginativo.

OceanofPDF.com

31. Del añil, el azufre y la sal

«Creo que ni tú ni yo fuimos, mientras estuvimos estudiando juntos, dos muchachos simpáticos y populares. Eras tú observador por temperamento, mordaz, burlón, ladino y seco de corazón, y yo… me guardaré de hacer mi propio retrato, pero desde luego puedo afirmar que distaba mucho de ser atrayente…».

Charlotte Brontë

El Profesor

OceanofPDF.com

Córdoba del Tucumán
Después de Pentecostés
Otoño de 1703

Salvador había recibido una esquela, entregada por una negra que tropezó con él y mientras murmuraba disculpas y pedía perdones, le introdujo algo en el bolsillo de la casaca. Sorprendido, la vio alejarse, inquieta y aturdida, seguramente temiendo ser descubierta en tales manejos.

A la vuelta de la esquina, el joven se apoyó contra el muro del Convictorio y hurgó en busca del papel. Era una nota con letra desmañada, mal redactada y sin firma, pidiéndole que se presentara, sin llamar la atención, en un paraje cercano al hospital de Santa Eulalia, no lejos de las construcciones, aunque solitario, porque un bosquecito de chañares lo aislaba de los paseantes.

De inmediato intuyó que era de una mujer, y el corazón sacudiéndose en su pecho y la imaginación desbocada le plantearon cientos de circunstancias. ¿No les habían advertido los padres que no se dejaran seducir por mujeres de moral relajada? «No es de las rameras de quienes debes cuidarte —solía decirle el confesor—, sino de la mujer disfrazada de honesta, que une el pecado de la impureza al del engaño y la corrupción de los jóvenes».

Su curiosidad pudo más, y arreglándose con esmero, pero convencido de que vencería la tentación —deseaba que hubiera tentación para probar su temple— esa tarde, sobre la hora crepuscular, poco antes de que las personas se confundieran con las sombras y los árboles, se presentó a la cita.

El rumor cauteloso de sus pasos le producía desazón, porque era el único sonido que se escuchaba; hasta los pájaros habían terminado con la algarabía del atardecer, y la brisa parecía haberse desmayado sobre el río.

Unos nubarrones que no terminaban de huir habían llenado de esperanzas a todos. Pero ennegrecidos, encapotando el cielo, permanecían inmóviles sobre la ciudad.

Del suelo se levantaba un aire caliente que había suplantado el frío de los días anteriores y sobre él se erguían los arbolillos de chañares, indiferentes a la sequía, a la llegada de las sombras o del agua.

Distinguió a la negra que, desde lejos, le indicó que entrara en el montecito, donde se escurría una especie de sendero. La siguió, esquivando ramas espinosas, hasta el corazón del lugar, donde unas piedras grandes simulaban, por capricho de la naturaleza, una mesa con varios asientos. Él había jugado allí la mayor parte de su infancia.

A medida que se acercaba, vislumbró una persona junto a las piedras, y se agachó para penetrar en aquel círculo mágico donde una mujer embozada lo esperaba.

Era de estatura mediana, evidentemente joven por sus movimientos, envuelta de la cabeza a la cintura con un rebozo negro.

Prudente y tímido, se detuvo en el borde del claro. El instinto le advirtió quién era.

La joven permaneció quieta; sus manos sostenían el rosario de las Siete Llagas, y las medallas sonaban al temblor de sus dedos.

Salvador se descubrió la cabeza y llevado no sabía por qué impulso cortesano, ajeno a sus costumbres, hincó una rodilla en tierra y tomándole la mano que sostenía las cuentas, se la besó levemente.

Eudora, conmovida, se bajó el rebozo y él pudo ver las facciones pálidas, los ojos macerados en lágrimas y quemados por el dolor. De pronto, el llanto terminó en sollozos.

El joven se puso de pie lleno de remordimiento, pues la había creído una joven mimada, deseosa de entretenerse con Maderos por aburrimiento o por ir contra su familia.

—Nadie en esta ciudad lo quería, salvo usted y yo… —balbuceó ella.

Salvador se conmovió al verla así, casi viuda, despojada de encantos por el dolor, los sentimientos desbordados como agua de pozo sobre el brocal de las conveniencias. Hacía falta mucho valor en una mujer, pensó, para mostrarlos. Instantes después, ella hizo un esfuerzo, procurando moderarlos.

—Es pesado el dolor —murmuró—. Ayer no pude dormir, pensando en si me habrá recordado al expirar. —Con un movimiento torpe, sacó del puño del vestido una nota arrugada, muy manoseada; la desdobló, besándola—. Aquí me escribió diciéndome que no regresaba a su tierra sólo por el amor que me tenía.

Y volviendo a caer en el llanto, dio vuelta la cara sobre el hombro, el nudillo contra los dientes, hasta que pudo murmurar:

—Me siento mal, pues por mi causa abandonó la idea de regresar a Valladolid, con su familia… ¡y ha muerto en esta tierra, extraña para él, que no lo apreciaba y en donde no fue feliz!

Con un suspiro, sacudió unas hojas que habían caído sobre su regazo.

—Yo desearía que descansara en su patria —continuó—, pero es imposible. ¡Ojalá tuviera el poder de aquella reina que llevó a su amado muerto por toda España, como nos contó tío Esteban!

Salvador la observaba; le agradó que fuera vestida con modestia, sin adornos y sin alhajas, como corresponde a la pesadumbre.

Al mismo tiempo, se sintió afligido por el candor de la jovencita. Le mortificaba estar al tanto de lo que ella ignoraba: que Maderos había amado en realidad a Graciana, y que sólo se dedicaba a ella por razones mercenarias.

Un deseo le turbó la razón, un deseo que lo impulsó a seguir engañándola para preservar su inocencia y el recuerdo del amigo fallecido.

Al mismo tiempo, muy insidiosamente, comenzó a latir en él la aspiración de ser más, de estar a la par, económicamente, de los Becerra, de los Celis de Burgos, de los Bustamante, para poder tratarla socialmente y no en un rincón usado para fornicar por los pobres que acudían al hospital. En cuanto al origen, las diferencias no eran notables…

—Dios nos ordena resignarnos —le dijo—, pues la vida debe continuar. Que le quede el consuelo de saber que Roque…

Y por primera vez en su vida mintió descaradamente, inventándole una historia de amor ficticia que paliara en alguna medida la desolación de la jovencita.

La vio sostenerse de los sentimientos que él atribuía a Maderos; la vio sonrojarse como niña sorprendida en pecado. Deseó beber en sus pupilas el destello de la luz amorosa que ella sentía por el otro, pero fue en vano, pues Eudora no levantó los ojos.

Las sombras habían invadido el lugar, pero a través de los resquicios del monte se veía la última claridad del día que dejaban pasar los nubarrones.

La negra se acercó, inquieta. «Mejó vamo», repetía. Salvador, preocupado por Eudora, le dio la mano para que se pusiera de pie y le aconsejó regresar a su casa.

Ella se arrebujó en la capa y elevando por fin la vista, le dio las gracias, diciéndole que la había consolado mucho.

Sintiéndose más experimentado, hizo que aguardaran mientras salía a ver si había alguien por los alrededores.

Las siguió a distancia, y cuando llegaron al hospital de Santa Eulalia, se quedó mirando cómo Eudora doblaba la esquina y se alejaba hacia la Plaza Mayor. Se dijo que nunca más la vería, y una nostalgia indefinida le tocó el alma.

Lope de Soto despertó de un profundo sueño y al clarificarse su conciencia tuvo un momento de pánico, pensando que estaba en algún lugar de Valparaíso, o quizás en Lima…

Como si temiera ser atacado, se enderezó en la cama y se sentó en el borde, entreverado con sábanas y almohadas, las piernas colgando como miembros muertos por el costado del jergón.

No era raro que le sucediera eso en los últimos años: había días en que, ni aun consciente, tenía una idea clara de dónde estaba. A veces, sólo la tonada regional le indicaba, como un chispazo de claridad, el probable país

en que se hallaba. ¿Qué sucedería el día que no distinguiera el lugar de origen de tantas entonaciones como había en América?

—¡Maderos! —gritó, furioso porque el muchacho no había acudido al oírlo despertarse.

Con los codos sobre las rodillas, la cabeza gacha y apretándose los oídos con los puños, recordó súbitamente que no había ningún joven en la otra pieza, ni en el corredor desolado de aquella casa de hombres donde nadie se entretenía en cultivar una planta.

Tuvo la oscura certeza de no haber apreciado lo bastante al sinvergüenza, y también la desazón de encontrarse de pronto con los ojos vendados en una carretera desconocida, braceando entre sonidos ininteligibles.

«Tendré que buscar otro ayudante», pensó. Ya había hecho un intento con aquel amigo de Maderos, el tal Salvador. «¡Quién entiende a los de esta ciudad!», masculló librándose torpemente de la ropa de cama. El jesuita sí los comprendía; con gran acierto, cuando él dijo que mandaría por el amigo de su criado, le aconsejó enviarle una nota. Él lo pasó por alto y despachó a uno de los soldados con un mensaje verbal. El joven dijo estar muy ocupado, y no se presentó.

Recordando el consejo, y burlándose de aquellos remilgos de bachiller, hizo escribir por Iriarte una nota donde le pedía las señas de la familia de Maderos en España, ofreciéndole también que trabajara para él como criado y amanuense.

Salvador mandó las señas y le contestó, con una letra tan buena como la de su ayudante, que no podía aceptar el ofrecimiento. «¿Es que por aquí hasta los hijos de los funebreros se creen más que un maestre de campo?», razonó, confundido con el parentesco del joven con los López.

Se puso de pie pesadamente. «Allá él, con su cara de nazareno muerto de hambre. Ya encontraré a alguien».

Mientras se vestía, la inquietud que sentía por sus planes se agudizó. ¿Qué haría ahora con respecto a doña Sebastiana? ¿Sería el momento de actuar; debía soportar su esquivez, dejar correr el tiempo, arriesgarse a que

ella decidiera, irremediablemente, desposar a Becerra? Tal posibilidad terminó de enfurecerlo.

Salió al corredor y, desnudo sobre las losas del patio, se echó sobre cabeza, hombros y pecho el agua de un balde que permanecía lleno sobre la tapa del aljibe.

Alguien le había advertido, la tarde anterior, que Becerra estaba en la ciudad. Evidentemente, antes de que aquel rival le sacara ventaja, tenía que tomar una decisión y actuar rápida y eficazmente.

Temblando de frío, sintiendo que el desánimo lo tomaba —aquel desánimo que Maderos sabía exorcizar con tres frases—, se dio cuenta de que doña Sebastiana era la primera mujer de su vida a la que tenía el acceso cortado, ya fuera mediante la seducción o la violencia.

Becerra escuchaba por centésima vez a su hermana detallándole el estado en que se hallaba Eudora, sus caprichos, sus llantos, su desmejoramiento, su apartamiento de las cosas que la divertían. Tampoco él alcanzaba a entender a qué se debía, aunque sospechó que quizás hubiera una historia de amor contrariado. Intentó la interrogación, pero la chica, siempre tan dócil a su cariño y a su guía, se mantuvo en la cama, vuelta de espaldas a él, dibujando con el índice signos abstrusos sobre la pared. Muda y desesperada.

Las cosas en la familia habían mejorado, aplacándose las aguas de la indignación por el matrimonio de Marcio y Cupertina. Doña Mariquena, sin embargo, se mostró contrariada porque Becerra obligó a sus hermanas a seguirlo hasta la casa de los Núñez del Prado, en visita de buena voluntad al matrimonio. Sebastiana, contenta con la idea, se unió a él, cosa que lo llenó de satisfacción.

En un momento en que la simpatía y la necesidad, ayudadas por el empeño de Rosario en componer las cosas, daban un aire de recuperados afectos, don Esteban se acercó a Sebastiana y sentándose a su lado le preguntó sobre la muerte de Maderos.

—Murió por haber aspirado aires venenosos —respondió ella.

—Era una mala persona —sentenció él—; ladronzuelo y fisgón, además de pretencioso.

—¿Merecía la muerte por alguno de esos defectos? —preguntó la joven, demudada.

—No, pero nos muestran los primeros peldaños de una escalera más alta —replicó él con seguridad—. Creo que, si no llegó a mayores perfidias, fue porque no tuvo la oportunidad. Si la hubiese tenido, la hubiera abrazado aun sabiendo que se ponía en peligro.

Y sin mirarla, preguntó como al pasar:

—¿Y qué hay del maestre de campo?

—Parece muy impresionado por su pérdida.

—¿Ese? —rió él—. No lo creo. Estará lamentando la falta de servidores.

—¿Es que las personas malas no tienen, de vez en cuando, buenos sentimientos? —murmuró Sebastiana, desflecando el mantón de seda que se había echado por los hombros.

—El problema es que sí los tienen, con lo cual nos llenan de remordimientos cuando pensamos o actuamos en contra de ellos. Pero que te consuele saber que los poseen en tan mínimo grado que no son relevantes para un juez terrenal, aunque lo sean para uno divino.

Enderezándose en el asiento e inclinándose hacia ella, sonrió.

—¿Qué hacemos aquí, perdiendo el tiempo en hablar de esos dos?

Ella esbozó una sonrisa y se echó hacia atrás en el sillón, lánguida y pensativa. Sus dedos, que no podían quedarse quietos, jugaban ahora con los rizos de su cabellera.

Don Esteban sintió que se le aceleraba el pulso al verla así, como abandonada a sus reflexiones. Pensó en lo que le había comentado Elvira, en la reacción inesperada de su sobrina y en las acusaciones que había lanzado sobre todos ellos, y se sintió avergonzado. La mayor sorpresa, sin embargo, fue que ella se hubiera abierto a reconocer sus penurias con Julián.

Se preguntó cuándo sería el momento de exponerle sus esperanzas. «Tengo que hablar de esto con el padre Thomas», recapacitó.

En la vieja torre del antiguo Monserrat, el padre Thomas Temple leía la vida de Santo Tomás Moro que había encontrado entre los nuevos libros llegados para la librería del Colegio.

En el alféizar derruido de la ventana había un plato con un trozo de queso de cabra, algo de pan y, a su lado, una vasija de vino de la estancia de Jesús María.

El viento casi frío le desordenaba el cabello y lo había obligado a echarse un poncho sobre los hombros. Era la hora del mediodía.

Ensimismado como estaba en la lectura, la vista baja y la espalda encorvada, algo sordo por la brisa insidiosa, se sobresaltó cuando su ojo captó una sombra que nubló la periferia de su visión. Se enderezó, volvió la cabeza, y se encontró con Isaías, que había subido tan silenciosamente que no oyó el sonido de sus pasos.

Se saludaron y el sacerdote le extendió el plato y el jarro de vino, que el otro aceptó, acuclillándose frente a él después de murmurar un permiso. Bebió y comió con buenas maneras, permaneciendo ambos en silencio por un rato, como ensimismados en el paisaje que se extendía abajo, con sus calles en damero y el paso de carretas y caballos que traían o sacaban insumos de la ciudad.

—La vela que vuesa mercé me hizo llegar no tiene nada raro, salvo el color.

—Sí; lo supuse. El maestre de campo había usado parte de ella, y no parecía enfermo. De todas maneras, ¿dónde puede obtenerse ese azul?

—De la planta de añil, o del ácido sulfúrico.

—Y esta vela, ¿ha sido hecha…?

—Con ácido sulfúrico. Aún se huele el azufre.

—¿Eso podría matar a alguien?

—Podría indisponer, no creo que matar. Claro que, si se le hubiera agregado algo más…

—¿Y la sal que noté en la otra para qué se usa?

—Hasta ahí no llega mi ciencia —respondió Isaías.

«Y si llegara, no me lo reconocerías», sospechó el padre Thomas, y volvió a preguntar:

—¿Dónde puede obtenerse ácido sulfúrico?

—En vuestra botica. En alguna pulpería, en todo lugar donde se haga o venda vino…

—¿Qué tiene que ver el vino con esto?

—Suele agregársele a los vinos averiados para darles mejor aspecto y disimular su sabor. Es dañino con el tiempo.

Isaías había dejado la entonación tosca que había usado en la primera entrevista y hablaba con una dicción clara y educada, aunque conservaba un dejo de las tierras peruanas.

«Qué extraña persona», pensó el médico. ¿Y de dónde sabría tanto?

Como si lo hubiera expresado en voz alta, Isaías dejó el jarro sobre el alféizar, se limpió los labios con el filo del dedo índice, y comentó:

—Fui criado por los jesuitas en el colegio de Santiago de Chuquisaca. El padre Bautista había salido a dar una extremaunción y al regresar se perdió. Me habían abandonado en el campo y me escuchó llorar; fue por mí y milagrosamente regresó en la oscuridad por el sendero que no pudo encontrar con la claridad. Me criaron en el convento.

Le contó que le enseñaron latín, números, escritura, botánica y algunas artes manuales. Un religioso que sabía mucho de alquimia lo tomó de alumno; cuando murió, se emancipó con la ayuda de la Compañía y se puso a trabajar en lo que había aprendido.

—De ahí vinieron mis problemas con el Santo Oficio —le aclaró—. Mis maestros consiguieron librarme de los cargos, pero me pareció conveniente marcharme. Así llegué a Córdoba.

Después de tan larga explicación, Isaías se puso de pie, dispuesto a marcharse.

—¿Cree posible que el bachiller haya sido envenenado? —le preguntó el médico, observándole detenidamente la expresión.

—Quizá, si hubiera un motivo muy poderoso de por medio. Pero hasta ahora, salvo su inquietud, no lo parece.

Y el hombre desapareció escaleras abajo tan silenciosamente como había subido, dejando al sacerdote inquieto, sin saber si había o no contestado a su pregunta.

OceanofPDF.com

De las confesiones

OceanofPDF.com

«… el envenenamiento a través de una vela es un método muy antiguo»; por él murió Nogaret, ministro del rey de Francia que mandó acabar con la Orden de los Templarios; lo leí en un libro que contaba la historia del Temple desde sus comienzos.

¿Cómo lo hicieron? Apenas si pude adivinar la fórmula en el libro de Kratevas, tan llena de términos que han desaparecido hace siglos. Pero por ese libro, mucho más antiguo, conseguí descifrar una muerte —la de Nogaret— llegada a mi conocimiento cuatrocientos años más tarde de sucedida. La conclusión que saqué fue que debía ser mediante el ácido sulfúrico producido por combustión, que puede evaporar efluvios mercuriales que intoxican al ser aspirados. Es casi una broma que muchos venenos deriven del mercurio y del azufre, reverenciados por los alquimistas y que rara vez faltan en una casa. ¡Y yo mandé comprar lo necesario con la vieja ebria, a través de Belarmina, en la tienda del obispo! Supongo que lo que conseguí decantar es la famosa «serpiente de Faraón», ignoro lo que eso sea, que solamente es mortal cuando arde. La preparación es muy simple: se prende el hornillo, se abre la vela en canal y se le echa adentro la sal que hemos obtenido mediante la combustión mezclada a la sal común, que es la que la fijará; luego se la cierra volviendo a fundir la superficie. Al encenderse, arde con llama del color del acónito, que luego muda al de la mostaza. A tal sublimado, purificado dos veces por el fuego, Kratevas describió como «nieve en extremo seca, cuyos átomos carecen de peso, tan cernida en su pureza que no tiene olor ni sabor». Y para mi tranquilidad, añadía: «Siendo ésta la forma del sigilo

que conviene cuando se obra contra un príncipe y, muerto, conserva el señor toda su serenidad y gracia».

Así murió Maderos, como un príncipe, sin dolores mayores, sin escándalos, casi sin rastros. Seguramente se dejó fascinar por el color de la vela, sin saber que escondida en ese tono entraba la muerte en su casa.

La otra vela, la que no tenía veneno, la teñí con añil.

Hubiera preferido no matarlo, pero no me dejó alternativa. Como escribí en las páginas anteriores: mi vida hubiera sido indigna y miserable por el resto de mis días, o mientras él lo quisiera. Hasta último momento esperé que su amor por Graciana fuera más poderoso, y para provocarle una reacción, mandé a la hija de los López una misiva sin firma, advirtiéndole que él era sostenido por una viuda. Esperaba que ella reaccionara, obligándolo así a decidirse. Sé por Salvador que ella lo rehuyó varios días, que Maderos se mostró intrigado y luego inquieto. Si se hubiera sincerado con Graciana, por lo que sé de ella y de su familia, le habrían aconsejado bien. Si hubiese atendido mi súplica, me habría devuelto el instrumento de su condena. Pero vencieron en él la codicia y su mala índole. Era buena presa para la Muerte…

OceanofPDF.com

32. De la índole de la mentira

«Ante el Santísimo (para Corpus y su octavario)se hacían danzas, como era costumbre en Sevillael baile de los seises. También solían bailar gigantes: significan el júbilo y el culto que te dan delante del Señor y deben dar todas las naciones del orbe como a Señor de cielos y Tierra».

Ana María Martínez

Creencia y religiosidad en la Córdoba Virreinal. Aspectos sobresalientes

OceanofPDF.com

Córdoba del Tucumán
Tiempo después de Pentecostés
Fin del otoño de 1703

Muy poco después de la muerte del bachiller, los que rodeaban a Lope de Soto se dieron cuenta de que el maestre de campo iba cambiando rápidamente de carácter. Si bien seguía siendo uno de los mejores maestres de campo que Córdoba había tenido, en su vida social se volvió hosco, y producía en los otros la impresión de que estaba turbado por algo.

Su rostro, de facciones fuertes y atractivas, se veía ensombrecido por el malhumor y hasta por la ira: infligió a sus hombres castigos que, aunque no estaban prohibidos, hacía años que se habían dejado de aplicar por lo rigurosos. La dureza y la inclemencia que lo llevaron a ser quien era —y que Maderos, perspicaz, había moderado ante la sociedad— se pusieron en evidencia.

El más agudo de sus oficiales, Iriarte, fue quien captó el desasosiego que mostraba en cuanto entraban en la ciudad.

Parecía inquieto de que faltase algo en su ropa, en sus actitudes, y que por eso debía inventariar sus maneras, como siguiendo consejos a medias aprendidos.

El intento por disimular su lado oscuro se contradecía con la violencia que lo desquiciaba en cuanto alguien se oponía a él, en cuanto creía que tales o cuales palabras llevaban la intención de una crítica, ya fuera a su destreza bélica, a su persona o a su posición dentro de aquella sociedad cerrada y complicada, tan semejante y tan distinta de las que había conocido en otras partes de América.

Iriarte tomó sobre sí la tarea de sostenerlo en aquellas dificultades, y encontró que había en Soto un depósito suficiente de animalidad y de fiereza como para demostrar que seguía siendo el mejor de los jefes, y el más confiable en batalla, que era cuanto a él le interesaba.

Las reuniones en la trastienda de los portales de Valladares comenzaron a tomar un tinte violento, que no agradaba ni al dueño ni a los parroquianos, aunque de vez en cuando no le hicieran ascos a un duelo por mujeres o por naipes.

Melancólico o sarcástico, el maestre de campo se estaba convirtiendo en una persona peligrosa, a la que los hombres preferían evitar y que, desconcertantemente, atraía a muchas mujeres, aun de las clases cultas.

Una tarde, cuando se dirigía a la casa de don Marcio por los trámites de su licencia como mercader de esclavos, vio venir a Becerra paseando distraídamente, la casaca abierta y las manos cruzadas a la espalda, bajo ella. Llevaba un cigarro en la boca del que parecía fumar, campechanamente, sin quitárselo de los labios. Con inconsciente arrogancia, caminaba por la calle con la tranquilidad de quien pasea por su propiedad.

«Como si la ciudad fuera su coto», se encolerizó el maestre de campo, y observó que parecía dirigirse a casa de los Zúñiga.

Cuando iban a cruzarse, don Esteban atravesó la calle, evitando saludarlo. No era por temor a la pelea o al escándalo. Sucedía que ni en su corazón ni en su cerebro había decidido qué hacer con el maestre de campo. Pero fuera lo que fuese, sería en descampado y sin que nadie oyera pronunciar el nombre de Sebastiana.

Sin embargo, no pudieron evitar volverse sobre el hombro y echarse una mirada. La de Becerra mostró el desdén que el otro le inspiraba. Soto lo observó a su vez, la mano en la daga que le colgaba sobre la cadera, y la suya fue una mirada feroz, llena de ira y de celos. Algo que percibían uno en el otro, desde el principio de sus relaciones, los hacía enemigos en todos los terrenos.

Becerra, consciente de que no llevaba arma, no quería darle la espalda, pero lo hizo. «No se atreverá conmigo —apostó—, tiene demasiado que

perder».

Soto, con los labios pálidos, comprendió que no podía tocar a su rival a pleno día y en una de las calles principales de la ciudad, así que contempló cómo Becerra se alejaba hacia lo de don Gualterio donde entraría, seguramente, sin hacerse anunciar.

Esfumados sus planes con la muerte de doña Alda, con la de don Julián habían resucitado en la idea de obtener lo que deseaba a través de la hija de su amante, idea que había permanecido inconmovible en todo aquel tiempo, con una variante: sus sentimientos hacia la joven, tibios en cuanto a su persona y especulativos en cuanto a sus intereses, se habían convertido en fuego, y los celos que sentía de Becerra habían convertido ese fuego en una hoguera. Odiaba verse derrotado.

Exasperado ante la dilación de sus asuntos —la licencia como traficante de esclavos que se demoraba, la esquivez que Sebastiana oponía a sus avances—, sentía que había conseguido reprimir en sí mismo todo lo que era posible reprimir, que había frenado todo lo que era posible frenar, pero que había llegado al punto en que se veía privado del dominio de su temperamento. Aquello, en vez de preocuparlo, le producía una especie de embriaguez de poder.

Dos tardes después del encuentro con Becerra en la calle, Lope de Soto, con la cabeza que martilleaba sobre una idea fija —la de concretar el compromiso con la joven—, tocó la puerta de Sebastiana.

Lo hicieron pasar a la sala, donde encontró a Eudora mirando a través de la cortina de encaje calado. Al verlo entrar, se volvió con desgano.

—He venido a ver a doña Sebastiana —dijo él sin preámbulos, pues era sólo una chiquilla.

—Supongo que se tratará de un deseo mutuo —contestó ella, malhumorada.

Soto miró con sorpresa la expresión huraña de la jovencita.

—¿Eso quiere decir…?

Eudora desvió la vista con un gesto irónico en la boca.

—A lo mejor usted cree, como todos los hombres, que su deseo debe ser necesariamente compartido por la mujer que pretende.

—¿Qué he hecho para recibir tal mandoble? —se burló él.

Contenta por haber llamado la atención de un adulto, Eudora se rió haciendo un gesto con las manos.

—¿A qué ha venido? —preguntó, dirigiéndose a uno de los sillones.

—Necesito hablar con doña Sebastiana.

Sebastiana, que ignoraba la presencia de Soto, entró con una expresión afectuosa dirigida a su prima, pero al ver al maestre de campo, lo saludó con reserva y se sentó junto a Eudora, tomándole la mano. El fastidio le empañó la expresión, y lanzó al hombre una mirada que lo atravesó como un puñal.

—Mi prima y yo teníamos la ilusión de hablar a solas; ha estado enferma y ha venido a reponerse a mi casa —dijo.

—¿Estoy, por lo tanto, despedido? —se disgustó Soto.

—Lo dejo a vuestro juicio.

Con el rostro cruzado por la cólera, él les dio la espalda y manoteó el sombrero. Quedó como pensando algo y se volvió nuevamente hacia Sebastiana.

—Me urge hablar con usted —exigió.

—No sé de qué.

—De mi última carta.

—Creí que mi silencio era una respuesta —contestó ella fríamente.

—Quiero que me dé una oportunidad.

—¿Es un pedido, acaso? Porque suena como una orden, y no creo que tenga usted derecho a ello, puesto que jamás le he permitido ningún acercamiento.

—Como sea que usted lo quiera, pero necesito hablarle. Será hoy y ahora, u otro día, pero será.

—Puesto así —contestó Sebastiana—, no me deja otro camino: no puede obligarme a mantener una relación que no quiero, y como se está volviendo despótico en sus exigencias, tengo que pedirle que salga de mi casa y no vuelva más. De no ser así, pediré a la justicia amparo contra la pasión con que me importuna hasta en mi propio hogar.

Soto quedó mudo. Nunca había imaginado que la cosa pudiera tomar aquel camino, y la presencia de ánimo de ella lo golpeó como una bofetada. Soltó una barbaridad y salió haciendo retumbar las puertas tras de sí.

A pesar de su calma aparente, de su tranquila sonrisa, Sebastiana lo vio marchar llena de turbación. Eudora reclamó su atención echándose en sus brazos, y con la boca pegada a su cuello, susurró:

—Tengo que contarte una cosa.

En la calle, lejos de las ventanas de los Zúñiga, Soto se sostuvo de un árbol, boqueó y tomó aire desesperadamente. Con los pensamientos enfriados pensó, mientras respiraba dolorosamente, la mano bajo las costillas: «Ella se lo ha buscado».

De inmediato, la idea le despertó la crudeza y la urgencia del deseo carnal, exacerbado ante el rechazo de ella. Enderezándose, pasándose el dorso de la mano por la boca, repitió: «Se lo ha buscado».

La fiesta de Corpus Christi era una de las más antiguas de la ciudad. Era, al mismo tiempo, de las más aparatosas y solemnes.

Mientras las damas se hacían confeccionar vestidos y los caballeros capas nuevas, el Cabildo, como era costumbre, disponía que se repartieran las cargas para costear y llevar adelante el festejo.

«… y todos Unanimes y conformes dixeron se acuda por todo El cabo a la solicitud de dicho adorno altarez arcos y pilares y se encargo del despacho del mandam (tº) el sºr al(de) ordinº… y todos acudiran a la solicitud de arcos y limpieza de las calles y que se apersivan a los Js. oficiales de la ciu(d) que hagan bailes con que se acabo este cabº y lo firmaron…», quedó asentado en las Actas Capitulares.

Los vecinos más importantes, los abastecedores de carne y los pulperos también debían soltar unos sueldos: aquel año, les tocó a los pulperos hacer arcos de ramazón en las esquinas por donde pasaría el Santísimo Sacramento; a los mercaderes se les pidió que contribuyeran con fuegos de artificio, y los zapateros y los sastres costearon tres danzas diferentes.

En las calles por donde debía pasar la procesión se construía con vigas y troncos la armadura de los arcos de triunfo; los altares, unas horas antes, serían cubiertos con hojas de palmera y de helechos traídos de la sierra. Como faltaban las flores para aquella época, las mujeres de todas las clases sociales contribuían fabricando guirnaldas de papel y de tela endurecida con almidón. En casa de Becerra, guiadas por Cupertina —hábil en eso—, el gineceo familiar se empeñaba en aquella tarea. La maestra descubrió, con satisfacción, que Belita no sólo era una pícara llena de ingenio, sino que parecía haber descubierto su vocación en las tareas manuales. Eudora, en cambio, permanecía indiferente.

Como el obispo Mercadillo había introducido la costumbre de realizar en el octavario de Corpus la novena del Sagrado Corazón, la cofradía jesuita de aquel nombre iba a tener un gran protagonismo. Un interés adicional era la expectativa que generaba una gigantesca serpiente —a la que algunos llamaban «la tarasca», y otros, más cultos, «la hidra de siete cabezas»—, que la Compañía desempolvaría para pasearla por la calle como un animal exótico que se movía inquietantemente sobre los indios que la sostenían, escondidos bajo su piel.

La tarde anterior a la fiesta, la gente, a pesar del frío, se asomaba a los balcones, salía a la calle, aportaba blandones y teas para iluminar el trabajo de indios, de negros, de vecinos y estudiantes, que bajo una luna de hielo, cubrían los arcos con las guirnaldas de flores, compitiendo qué familia, qué cofradía, qué gremio, había hecho mejor el trabajo.

En algunas calles, adornadas por indios, se colgaban jaulas con pájaros de distintas clases que serían luego liberados como una señal de la salvación de las almas por el Santísimo Sacramento.

Las intenciones eran de culto, pero se oían risas en la oscuridad que denotaban un regocijo más carnal entre los concurrentes. A la medianoche, el alcalde mandó a todos a dormir: el trabajo estaba hecho y los sacerdotes comenzaban a inquietarse por la desaparición de algunos esclavos y hasta de caballeros que se extraviaban en las sombras.

Las jóvenes «de familia», tras rejas y vidrios, observaban, melancólicas, toda la diversión que se perdían.

Antes de la salida del sol, la plazuela de Santa Catalina —que oficiaba de Catedral— y las calles que la rodeaban ya estaban llenas de gente.

«Los sacerdotes decían misa uno después de otro, confesaban a los penitentes y les daban el Pan de los Ángeles. Las puertas del templo estaban abiertas de par en par, pues la multitud que había acudido no cabía en él…».

Soto, que había dormido poco, se levantó de malhumor. Como la tarde anterior el obispo había ordenado que se cerraran tabernas y casas de diversión, se había vuelto con una india y un odre de vino a su casa. Una vez en la habitación, descubrió que la mujer no era tan joven y al vino le habían echado ácido para mejorarle el deterioro.

Recordó la fiesta de San Pedro, poco después de su llegada a Córdoba. Maderos lo había vestido con esmero, le había elegido las joyas, le había dado consejos… y en las gradas, había encontrado la mirada ávida de doña Alda, y luego había sido invitado a su casa. No habría invitación de los Zúñiga esta vez.

Salió a la calle. La claridad de oriente anunciaba la llegada del sol; las campanas hicieron una leve advertencia y él entró en la casa, mandó despertar a su gente y trató de imaginar qué ropa le habría elegido Maderos. Maldijo el gasto en cera que había tenido que hacer, pues a él le había encargado fray Manuel iluminar el altar y el sagrario. «Como que me sobran dineros», protestó, pero un sentimiento supersticioso le hizo pedir perdón y rogar al Santísimo que le concediera desposar a Sebastiana.

Una vez en el desfile, vio con rabia que las varas del palio, llevadas por las autoridades y los vecinos de mayor importancia, eran sostenidas, entre otros, por Becerra y don Gualterio.

Sebastiana, entre los procesantes, pasó a su lado sin mirarlo, protegida por un círculo de familiares y esclavos. Con la angustia del rechazado, observó su rostro: tenía la expresión de una santa.

La comidilla de los días posteriores fue el escándalo surgido, como siempre, alrededor del obispo Mercadillo, aunque esta vez el prelado no

tuvo culpa en ello: hasta había mostrado buena voluntad con jesuitas y franciscanos.

Todo sobrevino porque el arcediano Gabriel Ponce de León, impetuoso y altanero —igual que lo había hecho en Jueves Santo, un año atrás—, provocó al obispo en la iglesia, «con tan desmesuradas voces», que se vio precisado el gobernador Barahona a instarlo a respetar al pastor y al lugar.

El padre Thomas dio gracias cuando pasó la fiesta, a la que consideraba más espectáculo que culto de fe.

Todavía, al acostarse, al salir de una página del libro de Sydenham, recordaba la cera azul, el ácido sulfúrico, la sal de la vela que iluminó los últimos minutos de vida del bachiller. Sospechaba que Isaías no era totalmente veraz. «Pero callar no es lo mismo que mentir —reflexionaba, diciéndose—: Tengo que encontrar la pregunta adecuada, y sabré si miente». La índole de la mentira generalmente señalaba lo que se pretendía ocultar.

OceanofPDF.com

33. Del enamorado de la muerte

«La promesa de esponsales tuvo su importancia, pues obligaba a quien la daba. En algunos casos, la garantía del próximo matrimonio impulsaba a la mujer a aceptar relaciones carnales, por lo que, aunque éstas no hubieran ocurrido, la ruptura de la promesa por el varón se traducía en ultraje a la mujer ante la opinión general».

Academia Nacional de la Historia

Nueva Historia de la Nación Argentina - Tomo 2

OceanofPDF.com

Córdoba del Tucumán
Después de Corpus Christi
Invierno de 1703

Eudora confió a su prima que estaba comprometida en secreto con Maderos, y que a causa de su muerte, había sentido la necesidad de hablar de él con Salvador, el único amigo que había tenido en vida.

Con frases entrecortadas, relató su enamoramiento y cómo ahora, tras su muerte, Salvador y ella se reunían para conversar del muerto.

—¡Siento tanto alivio al hablar de Roque con él! ¡Es horrible solamente poder confiarse a una criada que no entiende nada y se siente superior a ti, pues saben más que nosotras de estas cosas!

Con el paso de los días, Sebastiana, dominando la desazón, le preguntó dónde se reunía con Maderos, y la joven le dijo que en el bosquecito del hospital de Santa Eulalia.

—Se llamaba Roque Asís —le aclaró—, y era hijo de hidalgos; por ayudar a los suyos tuvo que venir a América.

—Si te sirve de alivio, Salvador, tío Marcio y yo le hemos escrito a la madre y le hemos mandado dinero.

Eudora se largó a llorar y Sebastiana, apenada, la abrazó. Recordó a Raimundo y cómo se sentía ella cuando se enteró de que esperaba un hijo. Afligida, creyó distinguir en su prima esa expresión bovina, de habitar otro mundo, que adquirían las encintas. La sacudió varias veces antes de poder pronunciar una palabra:

—¿Se te ha retirado el sangrado mensual?

—Sí, por la tristeza. Hasta he perdido el apetito; la comida me da asco…

—¡Ay, Dios mío! —dijo Sebastiana, y volvió a abrazarla, esta vez con más fuerza—. Vamos a mi pieza. Te quedarás a dormir y me contarás todo.

Pero ya sabía lo que había pasado y en su cabeza se mezclaban cien planes para protegerla de lo que a ella le había tocado padecer.

—¡Qué buena eres, Tianita! ¡Tenía miedo de que me retaras! No se lo dirás a mi madre, ¿verdad? Porque, en realidad, estábamos casados. Hicimos la promesa en la capilla de Santa Eulalia. Mira, me regaló este relicario —y desajustándose el corpiño, le enseñó una pieza de oropel, de las que los señorones solían comprarle a las mulatas que los complacían. ¡Con tanto dinero que le había sacado a ella, regalar a la ingenua un medallón de centavos!

Sintió una indignación retrospectiva, y pensó si no habría sido, en su momento, tan tonta como Eudora, tan engañada como ella. «¡No, Raimundo me amaba, él hubiera vuelto a casarse conmigo!». No soportaba aceptar que ella hubiera estado viviendo y sufriendo por un muchacho tan perverso o indiferente como el bachiller.

No obstante, comprendió, Maderos lo había hecho precisamente para obligar a la familia a aceptar su matrimonio con Eudora.

—¡No dejes que tío Esteban lo sepa! ¡Me quiere tanto; me moriré si él se avergüenza de mí! ¡Pero te juro, Sebastiana, que Roque me prometió matrimonio ante el sagrario!

—Te creo, te creo. Nadie te tratará mal —le prometió Sebastiana con énfasis.

Eudora suspiró y casi de inmediato quedó como desmayada en sus brazos. Se permitía dormir por primera vez desde que se había enterado de que Maderos había muerto.

A la mañana siguiente Salvador llegó un poco antes de hora para ayudar a don Gualterio, que se levantaba muy temprano, en la traducción de unos viejos documentos escritos en un latín picudo, casi indescifrable. Encontró

a Sebastiana limpiando con dedicación la imagen de la Virgen Niña, en la capilla doméstica.

Los perros se adelantaron a saludar al joven haciéndole fiestas; Salvador los acarició y luego saludó a Sebastiana con cortesía. Ella terminó de acomodar un florero y le dijo:

—Tengo que hablar con usted, Salvador.

Extendió la mano para que él le diera sostén, bajó del banquillo donde se había trepado y al mirarlo, lo vio contraerse, como si adivinara el propósito.

Dejó el paño y se limpió las manos en el faldar con que protegía su ropa. Alisándose el cabello, se dirigió al escritorio de su padre. Sentada ante la mesa, lo calmó:

—Mi padre ha ido a confesión. Por favor, tome asiento.

El joven, algo aturdido, lo hizo después de dejar a un lado el diccionario que había comprado hacía poco, con el dinero de su paga.

Sebastiana no quería inquietarlo, pero sí vislumbrar si había otra persona escondida debajo de ese rostro que parecía el anhelo de una madre devota de San Francisco.

—Es difícil comenzar con lo que tengo que decirle —se turbó, las manos unidas sobre su cintura, apoyada contra el espaldar del sillón.

El muchacho suspiró. Se tironeó la barba de un castaño muy claro y luego agachó la cabeza.

—Lo diré yo por usted: no se necesita más de mi trabajo.

—Oh, no se trata de eso.

—¿Seguiré viniendo, entonces?

—Sí, por supuesto. Es más, mi padre piensa pedirle a usted que se convierta en su secretario permanente…

Viendo la inocencia en su expresión, Sebastiana se movió en el asiento hasta quedar sentada en el borde, ahora las manos sobre el tablero de la mesa.

—Lo cierto es, Salvador, que me he enterado de que usted se encuentra con una de mis primas sin que la familia lo sepa.

El joven palideció primero, para después ponerse colorado. No adoptó el aire petulante del conquistador, sino el sencillo aspecto de un muchacho que sabe que ha cometido un error, pero que no ha sido su culpa. Aun así, se negó a acusar a Eudora de haberle propuesto los encuentros.

—Sé que ha sido mi prima la que le escribió; me lo ha contado todo, y no es mentirosa.

—No, no lo es —dijo el joven con un fuerte carraspeo en la mitad de la frase—. Es una joven de buen corazón que se atrevió a amar a mi amigo a pesar de todo.

—Un amor imprudente, Salvador —contestó Sebastiana—; porque, lo diré ahora y nunca más hablaremos del tema, Maderos era, en algunas cosas, una mala persona. Usted y yo sabemos que amaba a Graciana, y atontaba a Eudora por conveniencia económica.

El muchacho calló, bajando la vista. Bien lo sabía él.

Sebastiana estuvo a punto de agregar algo más, pero pasó a otra cosa.

—Bien, amigo mío, y creo que puedo llamarlo así. Debe comprender que no es conveniente que usted vea de nuevo a Eudora…

—¿Mi pobreza me convierte en indeseable? —respondió Salvador, aunque sin resentimiento—. ¿O el vivir con mis tíos, que tanto han hecho por mí? ¿No bastan los nombres de mis padres, la buena disposición de mi alma, los estudios que tengo hechos?

—No se trata de eso —respondió ella suavemente—. Si de mí dependiera, yo les permitiría gustosa esta amistad, porque conozco las cualidades de usted. Es que… —dudó un instante y por fin, llevándose la mano a los ojos, le advirtió—: Es que Eudora está por tener un hijo de Maderos, y usted se vería irremediablemente comprometido con la situación. Hasta es posible que quisieran casarlo a la fuerza con ella.

Sebastiana pudo ver cómo los nudillos se le ponían blancos al aferrarse a la madera, cómo perdía el habla y el dolor le cruzaba la expresión. Pensó que era mejor dejarlo solo. Se levantó impulsivamente.

—Yo he tomado a Eudora bajo mi protección: nada le faltará —dijo y antes de cerrar la puerta tras de sí—: Espere usted a mi padre.

Encontró a una de las criadas y le pidió que llevaran a la biblioteca una taza de chocolate con leche y pan con miel.

Fue a su dormitorio y sobre la cama —se habían acostado juntas, hablando hasta el amanecer— vio a Eudora todavía durmiendo. Observó su perfil, con algo de las redondeces de la infancia, aunque el pelo, una maraña oscura, enredada y algo ensortijada, que despertaría la sensualidad de cualquier hombre, anunciaba la mujer que sería dentro de poco. Bajo el arabesco de su cabellera, la piel de la mejilla era tierna como la de un lactante.

Los párpados se veían inflamados de llorar, y las pestañas arqueadas, largas, descansaban sobre las ojeras que la concepción, inclemente, marcaba bajo ellas.

Por horas tuvo que explicarle, la noche antes, que irremediablemente tendría un hijo. Tuvo que aplacar sus miedos, su furia contra sí misma, el temor a enfrentar a la familia, especialmente a su tío.

—Despreocúpate de él —le aseguró—. Sé que te comprenderá y hará todo por ayudarte. No quiero que temas nada; de ahora en adelante, estás a mi cuidado.

—¡Me casarán con algún viejo repugnante, como hicieron contigo; me mandarán lejos de aquí! —sollozaba la chica.

—No dejaré que te casen sin tu consentimiento. Y si quieres, nos vamos las dos a Santa Olalla y nadie sabrá de quién es la criatura.

—Dirán que es tuya.

—¿Qué puede importarme? —respondió ella con amargura—. Peores cosas cargo sobre mi alma.

—¿De verdad lo harías?

—Sí; no permitiré que te entreguen a quien no quieras. Somos como hermanas, pero te defenderé como si fueras mi hija.

Luego había tenido que convencerla de que dejara de verse con Salvador, haciéndole comprender el daño que podía hacer sobre la reputación de un joven tan correcto.

—Creerá que lo menosprecio.

—Yo hablaré con él.

—Lo extrañaré. ¡Ha sido tan bondadoso y paciente conmigo! No vayas a decirle…

—¡Por Dios, Eudora, duérmete; no haré nada que pueda perjudicarte!

Pero a pesar de aquella casi promesa, al ver a Salvador, llevada por una inasible esperanza, decidió decírselo.

Corrió la manta sobre el hombro de su prima, para abrigarla, luego fue a su mesita de trabajo, abrió uno de los postigos y retiró, de un tablón que había descubierto bajo la mesa, el libro de Kratevas. No había peligro de que Eudora, si se levantaba, supiera de qué trataba: apenas si leía español y no entendía en absoluto el latín.

Mientras repasaba las hojas, pensó en la discusión que había tenido con Lope de Soto.

«San Judas bendito, creo que me saqué de encima al indigno. Ahora la cuestión es que no vaya a encontrarme sola, lejos de casa, o en casa, sin mi padre o las sirvientas». Contaba con que su perrito diera el alerta, pues era muy guardián, y sabía que la presencia de Brutus llamaba a respeto. No olvidaba el mal rato que pasaron para carnaval, cuando Soto, con varios hombres, todos disfrazados, invadieron la casa por las tapias. El mastín había atacado ferozmente a uno de ellos, haciendo que desistieran del propósito que llevaban.

«Quizá sea mejor que los perros duerman en mi pieza… ¡Ah, Señor! No podré moverme hasta que se resigne a buscar a otra».

Encontró el párrafo y destapó el tintero para tomar notas. Si bien creía que no sería necesario llegar a extremos, continuó buscando el método que lo eliminaría de su vida en caso de que pasara de las palabras a la ofensa.

Porque acababa de recordar que si la promesa dada por el varón obligaba a éste a casarse con la mujer que había engañado, si ese mismo hombre decidía decir que habían tenido relaciones, y que quería reparar el pecado con el matrimonio, la presión social que se ejercería sobre ella sería insoportable. Pero para llegar a eso, tenía que quedar en evidencia que él la había robado de su casa, o había entrado en su dormitorio.

Temía, también, por don Esteban. Rafaela, que sabía cuanto pasaba en la ciudad, le contó que Soto había jurado matar a Becerra si se interponía en

su camino. Aquello la asustaba, pues no podía tolerar que don Esteban, quien nada tenía que ver, resultara víctima de la pasión del maestre de campo por ella.

Tampoco creía que pudiera hacer mucho por acusar a Soto; el mismo Maderos le había advertido con cinismo que la justicia sólo consideraba ofensas sexuales a monjas o vírgenes, pero no a casadas ni viudas.

El padre Thomas Temple daba su caminata diaria, esta vez por la orilla del río, con el cuaderno de dibujo, su tablilla para apoyar el papel y un lápiz de carbón en el bolsillo.

Obsesivamente, seguía pensando en la vela azul mientras se detenía a dibujar las grandes toscas del río, las márgenes arboladas y algún indio haragán, pacíficamente curioso, que miraba desde lejos lo que él hacía.

Mientras pensaba en la combinación de ingredientes plasmados en la vela, trató de recordar si en la biblioteca de la Compañía había algún texto, de esos que se mantenían a recaudo, que hablara de filtros y tóxicos. «Si viviera la hermana Sofronia…», se dijo, y recordó los libros guardados en la cripta: los textos de Dioscórides Anazarbeo, de Andrés de Laguna…

Dio el último trazo a la espalda del indio, y oyó en el trasfondo de su mente que la memoria le musitaba: «… y de Kratevas». Kratevas, el envenenador del rey Mitrídates, el que amaba la botánica, pero que la obediencia a aquel hombre perverso y desalmado, como había dicho Gamoneda, «le condujo a otros reinos y ciencias»; Kratevas, el que había descripto la muerte con palabras de enamorado: «Yo le ponía el vaso en la mano y ella me miraba por encima de él mientras bebía. En la séptima vez, apareció oscuridad en sus labios y esto aumentaba su belleza. En siete días más, los huesos de su rostro se dejaban ver como frutas de sombra en la transparencia de la piel, y la visión morbífera era también belleza creciente en torno a los ojos, semejantes a los de una dulcísima bestia lastimada…».

Su memoria había retenido párrafos enteros del Tratado de los simples, seducida, seguramente, por el horror que le provocaban las confesiones de aquel hombre muerto hacía más de mil años.

«Al menos sé dónde encontrar esos textos»; resguardó el dibujo sin terminar, recogió las cosas y se dirigió rápidamente hacia el centro de la ciudad. Quizás ahora dilucidara cuál era la pregunta que debía hacer a Isaías.

Eudora, tranquila desde que había confiado su secreto a Sebastiana, pidió quedarse con su prima. No obstante, las idas y venidas de una casa a otra eran de rutina, y fue en una de ésas que se encontró con don Esteban a solas en la sala, ensimismado en Enrique de Villena y su Arte de Trovar, libro que, dada su oculta tendencia a poner en coplillas los acontecimientos políticos y los escándalos sociales, le era muy ameno. Tomó, sin embargo, la precaución de cubrir lo que escribía para que la joven no saliera a decir que él componía versos.

—Tío Esteban, ¿sabe que el maestre de campo no deja en paz a Sebastiana? —dijo la jovencita sentándose a su lado.

La expresión de Becerra se nubló, y aunque no dijo nada, quedó expectante.

—Quiere casarse con ella. Como Tianita le dijo que no vuelva más a su casa, ayer le aporreó la puerta casi hasta voltearla.

—¿Ayer?

—¿No fue ayer que usted se fue a Saldán? Sebastiana dijo que mejor así, porque no quiere que vaya a pasarle nada a usted por su culpa.

—¿Ella te dijo eso? —preguntó, casi sin creer lo que había escuchado.

—Sí. ¿Ese hombre puede obligarla a casarse con él? A mí no me gusta, le tengo miedo. Además, es muy desconsiderado, y como tío Gualterio está viejito, yo creo que él terminaría mandando en esa casa. ¡Y vaya a saberse a quién recibe y a quién deja afuera! Sin contar, como dice tía Saturnina, que muy capaz es de acabar con el dinero de Sebastiana.

Y como él no decía nada, la vista fija más allá de la mesa, Eudora se atrevió a preguntar:

—¿No pueden llevarlo preso?

—Ya le llegará el día —repuso él cerrando el libro con una mano y poniendo la otra en el hombro de su sobrina—. Tú y tu prima no deben preocuparse. Yo me encargaré de que ese matamoros deje de importunarla. —Y suavizando la voz, le preguntó—: ¿Se te ha pasado ya el padecimiento?

Ella, encendida de rubor, asintió con la cabeza.

—¿Puedo quedarme con Sebastiana?

—Todo lo que quieras.

Poniéndose de pie, Becerra guardó las hojas en que estaba escribiendo bajo llave, y tomando un abrigo, salió a la calle decidido a hacer algo contra el maestre de campo.

La madre Gertrudis observaba sin entender del todo al padre Thomas.

—Pero ¿esos libros eran de la hermana Sofronia? —preguntó, perdida en las preguntas del médico.

—No, pero solíamos consultarlos. Estaban en la cripta, en un cofre.

—¿Y los necesita usted ahora?

—No…; sí, me urge encontrarlos. ¿No los habrá tenido sor Sofronia con sus cosas, entre los herbarios, en su baúl?

—Cuando murió, repartimos sus prendas a conveniencia. No encontramos más libros que los de devoción…

Estaba poniendo nerviosa a la priora, y él ya estaba inquieto; vio la mirada reprobatoria del hermano Hansen, pero esquivó sus ojos. La desaparición de los libros lo desazonaba, porque eran peligrosos… y porque una vez más había un indicio, aunque sumamente frágil, que señalaba a Sebastiana: siendo la mano derecha de la religiosa, era muy probable que hubiera dado con ellos por casualidad. ¡Si al menos él recordara cuándo fue la última vez que los vio!

Encargó a la madre Gertrudis investigar entre las reclusas sobre cualquier libro de plantas y medicinas que anduviera por ahí, y salió del monasterio irritado. El hermano Hansen tuvo que apurar el paso para alcanzarlo.

—¿Qué libros son?

Él dudó; y aunque no mintió, tampoco dijo la exacta verdad:

—Unos tomos de Anazarbeo que aún tienen cosas muy aplicables.

Su discípulo calló, pero la incredulidad le volvió zorruna la expresión.

Pasaban frente a lo de don Gualterio cuando vieron entrar a la vieja Dídima en una ruina pegada a la casa.

—¿Qué hace esa mujer ahí? —preguntó el padre Thomas como si despertara de un sueño inquietante.

—Vive en ese sitio. Doña Sebastiana la protege por caridad.

Después de un esfuerzo interno para controlar el tono, el médico preguntó secamente:

—¿Cómo subsiste?

—Los Zúñiga la emplean para pequeños encargos, lo mismo que media Córdoba —apuntó el joven, cada vez más sorprendido con el comportamiento de su maestro. Y como el padre Thomas pareciera clavado en la piedra, le advirtió—: Llegaremos tarde a la comida.

Aquello lo puso en marcha, pero el hermano Hansen, asombrado, vio a su superior caminar torpemente, como hombre molesto consigo mismo por algo que había hecho o había dejado de hacer.

Entraban en el convento cuando el padre Temple se volvió a decirle:

—Joseph, busque esta tarde a esa mujer y tráigala a la botica, que necesito hablar con ella.

A sus espaldas, el discípulo levantó los ojos al cielo como pidiendo resignación.

OceanofPDF.com

34. De la voz del obispo en los tejados

Hay formas de «hacer justicia» fuera de los cauces de la justicia formal. Con estas prácticas se satisfacen agravios recibidos que la acción de la justicia formal no puede o no ha alcanzado a castigar por falta de pruebas fehacientes.

Academia Nacional de la Historia

Nueva Historia de la Nación Argentina - Tomo 2

OceanofPDF.com

Córdoba del Tucumán
Tiempo después de Pentecostés
Invierno de 1703

Lope de Soto, de pie ante don Alonso Salinas, alcalde ordinario, escuchaba las reconvenciones que éste le hacía por asediar a una joven viuda, que había sido denunciado el día anterior. Con mirada sombría y una presencia física que apabullaba un tanto el empaque del caballero, ya de cierta edad y más bien menudo, el señalado escuchó en silencio las quejas planteadas contra él. Iba acompañado de Iriarte, que intentaba sacarlo bien librado del lío.

—¿La dama ha hecho la denuncia?

—No.

—¿Quién, entonces?

—Un familiar. Y en esta etapa del asunto, no diré más —aclaró Salinas con determinación.

Después de un largo silencio, en que Lope de Soto pareció perdido en algún estuario secreto de su mente, dio un paso, apoyó el puño en la mesa e inclinándose hacia el funcionario, aclaró, sorprendiendo a Iriarte y al otro:

—Mí comportamiento tiene una justificación: dicha dama aceptó mi protección aún en vida de su marido, como todo el mundo sabe, porque no hizo misterio de llegar del campo escoltada por mí, ni de partir nuevamente bajo mi protección, rechazando el ofrecimiento de don Esteban Becerra, su tío. Volvía yo de una incursión a los campos del sur, cuando me enteré de que su marido había muerto y pasé a ofrecerle nuevamente mis servicios.

Ella nos recibió, nos sentó a su mesa y esa noche tuvimos dormida bajo su techo…

—En realidad —se apresuró a intervenir Iriarte—, fue en unas dependencias separadas del cuerpo principal…

Lope de Soto se irguió en toda su estatura y miró despectivamente al alcalde.

—He sido recibido en su casa, aquí en la ciudad, en presencia de su familia y en el horario de las devociones, a las que me he plegado. Si hay alguien que pueda quejarse, soy yo, que he sido engañado por ella, que siempre pareció aceptar con gusto mi presencia. ¿Qué hombre no se llamaría a confusión con su comportamiento, que alentaba mis aspiraciones? Pese usted en la balanza la queja que hay contra mí y la turbación en que me hallo ante un proceder que parecía poner puentes de plata a mi acercamiento…

Luego, con una rígida reverencia, salió, furioso, a la calle.

Mientras se encaminaba hacia la iglesia de la Merced, a buscar apoyo en el padre Cándido, ordenó a Iriarte:

—Quiero que encuentres a Becerra y le digas que si no es un cobarde, lo espero esta noche por el Pucará. Y que vaya armado, que no lo invito a jugar al truque.

—Lo siento, pero no apoyo un duelo sin pies ni cabeza: si doña Sebastiana no quiere nada con usted, pues habrá de conformarse. No ha estado bien lo que usted ha dicho al alcalde: nunca noté que ella lo alentara —y deteniéndose, obligó con esto a que Soto se volviera a mirarlo—. Sería mejor que busque a Guerrero para esa comisión. Va más de acuerdo con su naturaleza.

Y dándole la espalda, lo dejó en medio de la calle.

Si no fuera que todavía le quedaba un resto de razón, la rabia hubiera impulsado a Soto a atravesarlo con la espada; maldijo en voz alta y cuando llegó a los corrales, llamó a uno de los peones de cuadra y lo puso a vigilar el negocio de Valladares. Más temprano que tarde daría con su rival en la taberna.

Unas horas después, Becerra fue llamado al Cabildo.

—No puedo hacer nada —le dijo don Alonso Salinas—. Él se escuda en que ella le dio esperanzas aún en vida de su marido.

—¿Le crees más a ese matarife que a mí? —se molestó don Esteban.

—No me eches tus cóleras encima —le advirtió el otro, molesto—. Bien sé que las mujeres a veces no son conscientes de sus seducciones, y también sé que buenos hombres se ven perdidos por esas actitudes. Y hay muchas jóvenes que no tuvieron la debida educación en su casa (y perdóname, todos sabíamos que doña Alda no era la mejor de las madres), y se divierten enfrentando a los hombres. Lo que el maestre de campo dice es cierto: toda la ciudad sabe que más de una vez tu sobrina aceptó su protección, que lo ha recibido en su casa y que él le manda esquelas con el padre Cándido, que es el confesor de ambos, lo que demuestra la seriedad de sus intenciones.

—El padre Cándido no es su confesor. Lo es el padre Thomas —puntualizó Becerra.

El alcalde, al notar su asombro —al parecer ignoraba lo de las cartas—, arguyó, conciliador:

—Vamos; las cosas no han pasado a mayores. Un hombre no es un hombre si de vez en cuando no pierde los estribos por una mujer. Ya se conformará y buscará a otra. No es mal partido.

Becerra lo miró, pálido, comprendiendo que de alguna manera Lope de Soto había revertido la situación, haciendo quedar mal a Sebastiana con mentiras que eran mitad verdades.

—Ya veo; no hay remedio —murmuró, y dejó al otro incómodo, pensando que, desde Eva, las mujeres traían más problemas a los hombres que los servicios que les prestaban.

Becerra, con la cabeza echada hacia adelante, pensaba: «Lo mataré, esta vez lo mataré…», cuando oyó los cascos de un caballo y que alguien gritaba su nombre: detrás de él venía al trote su primo Bernardo Osorio, con todas las trazas de regresar de los campos del sur. Lo acompañaban varios peones, todos españoles. Decían que a causa de un mal suceso, en el que

estaba involucrada una de sus antepasadas y un indio imaginero, no había indígenas ni mestizos entre su gente.

—¿Qué? —le soltó—. ¿A qué viene ese mal gesto?

—Estoy pensando en matar a alguien.

Bernardo se sonrió.

—Te acompaño —dijo, y después de palmear el cogote de su caballo, saltó de la montura y llevándolo de la brida caminó al lado de Becerra—. Veamos, ¿a quién quieres matar y por qué?

—A Lope de Soto. —Don Esteban sacudió la cabeza para despejarla del ofuscamiento—. Ha estado hablando de Sebastiana.

La expresión del otro se endureció.

—¿Cosas deshonrosas?

—No; sólo improcedentes. El mayor problema es que no la deja en paz. Se ha propuesto casarse con ella.

Bernardo sacudió la cabeza: su pelo rubio y enredado necesitaba un corte después de varios meses en Los Algarrobos.

—¿Estás seguro de que ella no…?

Su primo se volvió hacia él y lo enfrentó con la mirada.

—Bien, bien; admito tu dictamen —se sonrió el otro, pensando que tampoco a él le gustaba que un aventurero como el maestre de campo se llevara a una mujer de su familia.

—Le mandaré un aviso…

—No, que no sea evidente, o los ujieres no podrán pasar por alto la Ley. Que parezca una riña de taberna. Esta noche iremos a los portales de Valladares; suele amanecerse allí.

Los probos ciudadanos se habían acostado ya cuando el muchacho que Soto había puesto a vigilar el negocio de Valladares le tocó la ventana para avisarle que Becerra acababa de entrar en la taberna, cerrada para otros que no fueran los parroquianos de mayor confianza.

Iriarte, que se veía venir la tempestad, se había alejado de él desde temprano, declarándose visita, por la tarde, en lo de una señorita a la que

pretendía con maneras comedidas, y a la noche en casa de unas mujeres galantes. No quería enredarse en la locura de su jefe.

Lope de Soto hizo avisar a Guerrero mientras se vestía, molesto por la falta de Maderos, a quien extrañaba en todo.

Mientras se ajustaba la espada a la izquierda, oyó a Guerrero atravesar el patio. Cuando éste tocó con los nudillos la puerta, acababa de colocar el puñal en su funda, a la derecha. Sonriendo, recordó una vieja canción de guerra: era noche de matar.

Salieron juntos, después de discutir si iban a caballo o no. Prefirieron llevarlos, para molestia de algún corchete advertido que pretendiera seguirlos: tal vez pudieran perder al fisgón.

Cuando el maestre de campo tocó en la puerta de atrás de los portales, identificándose, el dueño le abrió con renuencia, pues no veía ya con buenos ojos, especialmente a aquella hora, la presencia de un hombre pendenciero: sus clientes de trasnoche solían ser señores tranquilos que, por aburrimiento o como excusa para encontrarse con alguna mujer, jugaban un par de manos de naipes y luego desaparecían. También algunos disolutos de buen carácter tenían el paso franco.

Si Lope de Soto hubiera ido con Iriarte, no hubiese dudado en abrirle, pues éste era hombre serio que raras veces bebía de más y aun más raras provocaba incidentes. La presencia de Guerrero no era ninguna garantía, pues tenía un carácter díscolo, acorde con el del maestre de campo.

Una vez dentro, los militares distinguieron a Becerra y dos de sus primos entretenidos en la mesa de truque.

Soto, deteniéndose a distancia, por si tenía que sacar la espada, se dirigió a don Esteban:

—Se lo diré de una vez: no interfiera en mis asuntos, porque tendrá que lamentarlo. No soy de aguantar estorbos.

El rostro de Guerrero, a su lado, mostraba una expresión extraña, cambiante a cada movimiento de la lumbre.

Becerra, que daba tiza a la punta del taco, respondió sin mirarlo:

—¿Valía la pena molestarse para decirme lo que sé?

Y mientras se acomodaba para efectuar otro tiro, sus dos primos —Germán Bustamante y Bernardo Osorio— se acercaron hasta quedar a cada lado de él.

Soto retrocedió y se apoyó en la puerta, el puño sobre la cintura.

—Veo que no considera mi pedido.

—Así es; no lo considero en absoluto.

El maestre de campo hizo una mueca que, inconscientemente, mostró los colmillos a tiempo que daba un paso.

—¿Seguirá simulando que no me escucha? —lo increpó.

—Domine su carácter —dijo Becerra sin mirarlo—; pierde con facilidad la sangre fría, y eso, que es malo para cualquier hombre, es pésimo en un militar.

—Me siento satisfecho de mi carácter.

—Yo opino que es una desgracia para usted y para los otros que no sea capaz de meter en cintura tanta pasión.

Soto avanzó otro paso, pero ni Becerra ni sus primos retrocedieron. Guerrero comenzaba a comprender que estaban metidos en un buen lío y no sería fácil salir de él sin que hubiera heridos; había que considerar que no era lo mismo acuchillar a un peón o un negro en las rancherías que meterse con uno de los hombres más conocidos y apreciados de la ciudad.

—Escuche —se dirigió entonces a don Esteban—; estoy aquí con la intención de que las cosas no pasen a mayores…

—¿Y cuál es su beneficio? —replicó Bernardo Osorio.

—Ninguno, salvo la integridad de mi superior —respondió Guerrero, cada vez más exasperado y preguntándose por qué no entraba alguien de mayor jerarquía que ellos y acababa con la situación.

Lope de Soto intentó disuadirlo del discurso, pero Guerrero continuó.

—Si cesáis vuestras oficiosidades con la dama y dejáis en paz a mi maestre…

No se había pronunciado el nombre de Sebastiana, pero la mirada de los que acompañaban a Becerra mostró una decidida advertencia.

—¿Nada más? —dijo Becerra, esta vez empuñando el taco.

—Vuestro proceder es un ultraje para él.

—¿El gato le comió la lengua al señor Lope de Soto? —deslizó Bernardo Osorio—. ¿O será que de donde viene sólo saben rebuznar?

Aquello hizo subir la sangre a la cara del maestre de campo.

—¿Qué… qué dice…?

—¿Hace falta explicarlo? —dijo Germán Bustamante con el ceceo que le daba en las situaciones de peligro.

—¿Se refiere a mi origen? ¿Qué tiene que decir de mi origen? —vociferó Soto, cruzando el brazo derecho para alcanzar la espada. Sentía como un tóxico en el cuerpo que no se calmaría hasta que consiguiera dar unas estocadas y ver sangre.

—Ignoramos todo sobre vuestro origen —dijo Becerra pausadamente, y se llevó la mano a los riñones pues, prevenido, había salido con el cuchillo a la espalda.

—Y tampoco nos interesa averiguarlo —rubricó Bustamante.

—Cuidado, que no me he abierto camino pisando flores —les hizo notar el aludido, llevándose una silla por delante al maniobrar con el arma.

—Es usted el que supone que arrojo piedras que nunca tuve en la mano… —respondió Becerra, zumbón.

—El señor maestre de campo tiene amigos en esta ciudad —se interpuso Guerrero—. Es posible que se tropiecen con alguno en el camino…

—Mientras no sea en una iglesia, enmascarados, y por la espalda…

Guerrero ignoraba a qué se refería Becerra, pero notó que su jefe se ofuscaba.

—Si continúan hostigándolo, tendrán que vérselas con nosotros…

Osorio hizo bailar dos dedos:

—Si se bastan en pareja, yo me aparto, que mis primos pueden con la cuestión. Pero si hablan de una cuadrilla, mandaremos por nuestra gente.

En aquel momento se abrió la puerta y entró el capitán Francisco de Luján Medina, procurador de la ciudad, seguido por varios amigos.

Mientras aquél comentaba, con mirada alerta, lo destemplado de la noche, Lope de Soto, que seguía con la espada en la mano, envainó y le

indicó a Guerrero que se retiraran. Cruzaban el umbral, cuando Becerra dijo como al acaso:

—Tengo una capa de su propiedad, señor maestre; la que se dejó en Santo Domingo, en vísperas de Cenizas. Mándeme decir con su ordenanza dónde quiere que se la entregue.

Lope de Soto mordió una interjección antes de replicar:

—Le haré saber.

La puerta se cerró y Luján Medina, mientras entregaba sombrero y capa a uno de los negros que prudentemente se había guarecido en un rincón, advirtió a Becerra:

—No sé ni quiero saber a qué viene esto, pero como amigo y como funcionario, aunque no me competa el tema, les prevengo que los duelos están prohibidos.

—¿Quién habló de duelos? —rió Bernardo Osorio dándole una palmada en la espalda.

Como un presagio, comenzó a sonar una campana.

Becerra dejó el taco, terminaron sus bebidas y decidieron dar las buenas noches.

—Haré que mis hombres los acompañen.

—No es necesario —sonrió Bustamante—. Al lobo no se le teme cuando aúlla, sino cuando calla.

—Mejor anden por el medio de la calle —les susurró el tabernero, nervioso.

Bajo el farol, vieron al peón del maestre de campo.

—En la noria de Baracaldo —cuchicheó.

Como Becerra había pronunciado las palabras del reto, Soto se había arrogado el derecho de elegir el arma:

—A puñal —agregó el muchachito, y desapareció corriendo en la oscuridad, dejando detrás de él un rastro polvoriento, como si despidiera humo por los talones.

Becerra miró el espacio solitario que se extendía ante ellos. De pronto, pensó en la muerte, y por no darse por asustado, se dirigió directamente hacia el palacio del obispo Mercadillo.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Bustamante.

—No voy a morir sin darme un gusto.

—¿Y cuál es el capricho? —lo siguió Osorio.

—Dedicarle unas coplas al mitrado.

De pie, frente al famoso balcón, don Esteban comenzó a cantar destempladamente:

«Mercadillo, Mercadillo
obispillo de opereta,
rico en ardides y tretas,
en serrallos y en cuartillos.
Tu prestigio no mancillo
¡oh prelado de bragueta!
si escribo, con clara letra,
tus malas artes de pillo…».

Comenzaba con la siguiente: «Gran amigo de lo ajeno…», cuando Bustamante lo tomó de un brazo, pues se habían oído gritos e interpelaciones desde la casa episcopal. Algunas luces iluminaron tenuemente lo alto de las paredes del patio y se oyó, entre dos campanadas, la voz de Novillo Mercadillo, el sobrino del prelado, preguntando quién alborotaba en la calle.

—Vamos, Esteban, o Soto te acusará de cobarde si nos prenden y pasas la noche en la cárcel —lo instó Germán Bustamante.

Lo arrastraron mientras Becerra seguía cantando el resto de una cuarteta. En la noche helada, la campana seguía tañendo, seguramente por una misa a perpetuidad, mientras la voz del obispo zapateaba sobre los tejados amagando excomuniones.

Aunque desde lejos, la copla le contestaba:

«…Consolador de mulatas,
cazador de gente honrada,
de viudas adineradas,

de jesuitas y beatas…».

OceanofPDF.com

35. Del ama de la muerte

«Las celdas de la planta baja servían para alojar a los reos de la clase inferior: indios, mulatos, negros, etcétera; los aposentosde los pisos altos, a los hidalgos que habían delinquido».

Luis Roberto Altamira

El Cabildo de Córdoba

OceanofPDF.com

Córdoba del Tucumán
Tiempo después de Pentecostés
Invierno de 1703

Rosario, la madre de Eudora, oyó abrirse la puerta de calle y cierto barullo disimulado que la despejó del sueño. Cubriéndose con una manta, abandonó la cama y se atrevió a espiar por el postigo que daba al patio. Alcanzó a ver a Esteban que entraba con apuro en su pieza. Lo seguía Bernardo Osorio y oyó, viniendo del zaguán, la voz de su otro primo, Germán Bustamante.

Algo en los movimientos, en los susurros, en los aprestamientos, la inquietó. Sin encender ni una luz, salió a la galería y se asomó al dormitorio, donde lo que vio le heló la sangre: estaban sacando espadas y puñales del arcón de armas.

—¿Qué van a hacer? —preguntó con un susurro áspero, temiendo despertar a quienes dormían.

Los hombres se volvieron a mirarla, sobresaltados.

—No es cosa de mujeres —contestó Bernardo—. Vuelve a la cama.

—Pero ¿qué…?

Esteban no perdió tiempo y continuó buscando sus cosas: se cambió las botas, separó una capa y un poncho y luego, ante la advertencia de Bustamante: «Ponte guantes; se te endurecerán los dedos con el frío», comenzó a buscarlos arrojando el contenido del segundo arcón al suelo. Finalmente sacó de allí otra prenda, que tiró a un lado.

—¿Han tenido alguna pelea? —se alarmó Rosario. Y al ver que su hermano se colocaba una capa y cruzaba otra, que jamás le había visto,

sobre el brazo, se interpuso, decidida a obtener una respuesta.

Sus primos la miraron con condescendencia, pero Esteban, impaciente, la hizo a un lado.

—¿Desde cuándo en esta casa alguien se atreve a cerrarme el paso? —gritó.

Y sin perder tiempo con ella, retiraron la llave y cerraron por fuera la puerta de calle.

Rosario corrió al zaguán y tironeó del picaporte, furiosa porque ahora tendría que buscar otra llave no sabía dónde. Abriendo el mirador, alcanzó a ver varias sombras: no iban solos. Algunos peones y varios negros los esperaban.

La esclava que dormía en la pieza con doña Saturnina se le apareció, sonámbula, con la palmatoria encendida en la mano.

—Dice doña Satita que qué le pasa —bostezó.

Antes de llegar a la cama de su tía, Rosario ya gritaba como loca:

—¡Ahí se ha ido Esteban, con Bernardo y Germán! ¡Vinieron a buscar las armas y nos han dejado encerradas! ¡Se van a batir con alguien!

—Llama a Natividad —encargó la anciana a su criada. La negra mayor de la casa sabría dónde estaban las llaves. Se sentó después con los pies colgando, la trenza que le hacían todas las noches escapando de su gorro de dormir.

—Hay que mandar por Marcio. Despierten a Goyo y a Casio.

Eran los negros encargados de transportarla en la silla de mano.

En unos minutos Natividad había encontrado otra llave, el resto de la casa se había despertado y Goyo, sin demora, partió a lo de Núñez del Prado.

—Que Casio vaya a advertir a la guardia.

Mandó también ir a la Compañía y pedir un médico.

—El padre Thomas; pidan por el padre Thomas, que tiene valimiento sobre Esteban; él sabrá cómo hablarle…

Belita y Eudora —que había decidido dormir en su casa— aparecieron en el umbral, restregándose los ojos y aturdidas.

Afuera, en la calle, era noche cerrada y hasta parecía que los serenos habían decidido enmudecer.

Sebastiana despertó al oír voces en el patio. Temerosa de Lope de Soto, prestó atención a través de la reja de su ventana mientras los perros, encerrados con ella, gemían arañando la puerta.

Rafaela apareció envuelta en un pañolón pidiendo que le abriera.

—Ha venido don Marcio a buscar a tu padre. Don Esteban ha salido con sus primos; parece que tienen un duelo.

—¡Madre de Dios! —gimió Sebastiana.

—La mala bestia de Soto lo ha retado. Nadie sabe dónde se van a encontrar, así que han mandado a los negros de doña Saturnina a caballo para que den una vuelta por las afueras hasta que salga la guardia.

La joven se dejó caer en una silla, temblando.

—Es capaz de matarlo… ¡lo matará —sollozó, cubriéndose los ojos— y será por mi culpa!

Rafaela la sacudió.

—Ven, pon la traba de calle, que voy por Isaías —le advirtió.

—¿Y mi padre; qué piensan que puede hacer mi padre? ¡Debieron dejarlo tranquilo, no tiene salud para salir con este frío! Y además, ¿por qué afligirlo, si sabemos que quiere a Esteban como si fuera su hijo?

Rechazó a Rafaela, que quería calzarle unos escarpines, y corrió al dormitorio de don Gualterio, donde encontró a don Marcio ayudando al criado a vestir a su padre.

—Él no puede salir —dijo Sebastiana—. Le hará mal el aire. No tiene salud.

A medida que hablaba, su voz se iba elevando. En el patio, los perros, inquietos, ladraban sostenidamente sin saber a qué o a quién. Don Marcio pretendió sosegarla.

—Sólo hay dos personas que pueden disuadir a Esteban de algo, y son el padre Thomas y Gualterio.

—Tengo que ir —dijo Zúñiga, sereno—. No voy a permitir que le pase algo a Esteban si puede evitarse. Y si Soto anda de por medio, no irá muy lejos. Bastante le he aguantado. Por esta cruz —y se besó el índice y el pulgar cruzados— que no se libra de que ponga una denuncia por sus desafueros y machaque hasta que lo castiguen.

Tembloroso pero decidido, el caballero se dejó cubrir el cuerpo con un manto y la cabeza con un gran sombrero, reservando las fuerzas para lo que debía hacer: imponer una autoridad moral más que de fuerza.

Sebastiana se abrazó a él, que la separó con más voluntad de la que cabía esperarse.

—Hija, durante años he dejado de hacer cosas que hubieran evitado perjuicios a pobres inocentes. Permíteme sentirme un hombre aunque sea por última vez en mi vida.

Y como ella, respetuosa, se apartó y le dio la espalda para que no le viera las lágrimas, él pidió sus guantes, puso la mano temblorosa sobre el puño de la espada y salió sin despedirse. El coche de los Núñez del Prado esperaba afuera.

En algún momento, sin que Sebastiana se diera cuenta, Rafaela se había ido.

La noria de Baracaldo se levantaba a unas leguas de la ciudad y don Dalmacio había arrendado el lugar a los franciscanos, que de ellos tomaba el nombre de La Chacarilla de San Francisco o, más comúnmente, El Puesto de San Francisco. Estaba ubicada del lado del río que iba hacia Saldán, de difícil acceso por la noche.

Era lugar de quintas, algunas semiabandonadas, y lugar sospechoso, pues por allí solían reunirse los marginales, esconderse los cuatreros y se disimulaba uno que otro rancho, con dueña de varias sobrinas, que cada tanto eran denunciadas por proxenetismo.

Propiciaba los duelos más que el Aguaducho y el Pucará, cercanas al centro de la ciudad y rápidas de alcanzar por la patrulla. El maestre de

campo había visitado la noria en compañía de don Dalmacio, y eligió el lugar porque conocía el terreno.

Cuando Becerra y los suyos llegaron, Lope de Soto, Guerrero y varios de sus hombres los esperaban. Ambos grupos se miraron a distancia, preguntándose si no habría otros escondidos en el monte.

Todos llevaban teas encendidas, pero fuera del pequeño círculo que iluminaban, las sombras eran formidables y pesadas.

El río, bajo por la seca, se embalsaba y era fácil de cruzar, pero la falta de fuerza en la corriente hacía que cualquier sonido que viniera de allí se amplificara.

Becerra se adelantó, quitándose las prendas que le estorbaban. Ya con el cuchillo en la mano, arrojó la capa del maestre de campo entre ellos y dijo, altanero:

—Ahí tiene lo que perdió en Cenizas.

Soto, furioso, dio un paso adelante.

—Empecemos, que tengo ganas de ir a holgar con una hembra antes del alba.

—Será como usted diga.

Mientras el resto de sus hombres se observaban con recelo, los duelistas buscaron el llano.

Becerra, muy a lo criollo, había envuelto uno de sus brazos en un poncho. Soto, en una capa corta.

En un silencio donde sólo se oía el bufar de los caballos y hasta el respirar de los hombres, ambos contendientes se echaron uno contra otro.

Durante unos minutos, enredados en combate, a veces lejos, a veces casi abrazados, dieron varias vueltas en círculo, Soto sorprendido del empuje, ya que no de la destreza, de su rival, que se le echaba encima casi sin tomar aliento. No era mejor que él con el arma, pero los diez años que los separaban, la vida ordenada, el haberse privado de vino aquella noche, volvían a Becerra peligroso.

De pronto, Soto comenzó a retroceder hasta que trastabilló. Don Esteban se tiró sobre él, una pierna flexionada, la otra extendida para así ganar distancia sobre su rival. La punta del puñal tocó la garganta del

maestre de campo, que sonreía. El natural pacífico de Becerra se impuso y preguntó:

—¿Cómo quiere vuestra merced que acabemos esto?

—Así —dijo Lope de Soto, recogiendo con la izquierda un puñal que había disimulado en el lendel que rodeaba la noria, y sin más, lo clavó con pericia en el costado de don Esteban. Hubiera dado en su corazón, pero un movimiento inconsciente, quizás una advertencia visceral, hizo que Becerra se encogiera a tiempo que giraba sobre sí: el acero pasó alto, tocó el hueso y se desvió bajo el brazo.

Mientras éste se llevaba, atónito, la mano a la herida, Soto lo empujó con fuerza para liberar el arma, y se puso de pie, diciendo:

—Los combates no se ganan conversando.

Y mientras los hombres de Becerra, entre exclamaciones e insultos, se precipitaban a ayudarlo, él hizo una seña a Guerrero y a dos o tres soldados para que lo siguieran. El resto quedó atrás para detener a la gente de don Esteban.

Mientras galopaban, Lope de Soto limpió el arma sobre el costado de su pierna.

—Ahora —dijo a Guerrero—, vamos por ella.

No alcanzó a ver a Isaías que, al oír los cascos, se resguardó en el monte. En la grupa de la mula llevaba una bolsa con lo indispensable para un auxilio de urgencia, esperando que el padre Thomas se presentara pronto.

Vio a Lope de Soto tomar un atajo hacia la ciudad y oyó a poco las ruedas de un vehículo que llegaba por el camino comunal; seguramente eran don Marcio y don Gualterio, pero no se detuvo a esperarlos.

Cuando llegó al lugar, los hombres del maestre de campo que habían quedado atrás se iban retirando con las últimas estocadas. Atendido por sus primos, Becerra se desangraba en el suelo. Estaba consciente, desconcertado y su mirada iba perdiendo lucidez.

—¿Vieron lo que hizo? ¿No es increíble? —balbuceaba.

Cuando don Marcio descendió del coche tropezando con su propia capa, oyó a Bernardo Osorio bramar, mientras ayudaba a socorrer a su primo:

«¡Fue con alevosía, esta vez lo mataré; mataré a ese perro!».

Isaías no había perdido tiempo en saludos ni presentaciones: quien más, quien menos, todos sabían quién era y a qué se dedicaba. Rápidamente desató la alforja de la mula y la abrió sobre una piedra, separando unas bolsas con hojas silvestres; sacó un poco de muérdago rojo y se lo metió a la boca, masticándolo con fuerza.

Luego, usando esa especie de poder que tenía sobre bestias y hombres, apartó a Bustamante con un «Permítanme vuesas mercedes» y con presteza comenzó a trabajar en el herido.

Ceñía con fuerza el tajo cubierto con la maceración de muérdago ensalivado, receta confiable para detener las hemorragias, cuando oyó el galope de caballos que se acercaban y dio las gracias porque el médico jesuita y su discípulo ya estaban allí.

Se puso de pie y acercándose a don Marcio, le advirtió:

—Vuelvan con la señora Sebastiana. Creo que esos hombres intentan robarla esta noche.

Don Gualterio, sostenido por su sirviente, se había arrodillado al lado de Esteban mientras el padre Thomas abría su caja y el hermano Hansen encendía un hornillo con alcohol.

Por último, se hizo presente el piquete de ronda y se inició una discusión airada con Osorio y Bustamante, que querían ir detrás del maestre de campo. Como no llegaron a ningún acuerdo, el oficial de la guardia perdió la paciencia y los mandó prender.

Don Marcio, con autoridad de pariente mayor, se acercó a ellos y los amonestó, instándolos a someterse.

—Creo que Soto pretende asaltar la casa de Gualterio, así que acaten las órdenes. Los necesito libres y dispuestos, no encarcelados —les dijo firmemente.

Luego se dirigió al capitán y le pidió escolta hasta la casa de los Zúñiga. Tuvo que arrastrar a don Gualterio, que se desesperaba por el herido mientras preguntaba: «¿Morirá, morirá?».

El padre Thomas lo tranquilizó; mandó hacer una parihuela con un poncho y un tiento grueso que le dio Isaías, y entre los negros de doña

Saturnina, que venían escoltando el coche, acomodaron al herido en la camilla improvisada.

—¿No iríamos más rápido si lo lleváramos en la carroza?

—Se desangraría con el movimiento —decidió el jesuita, y se pusieron en marcha, el vehículo comiéndole camino a la noche, seguido por la guardia que se negaba a soltar a Osorio y a Bustamante.

Muy pronto, el grupo que componían el médico, el enfermero, Isaías y los esclavos que transportaban el cuerpo del herido quedó atrás.

La luna, en menguante, iluminaba el campo con una claridad de misteriosa reserva.

Imposibilitada de dormir, asustada y temiendo por la vida de las personas que más amaba en el mundo, Sebastiana hizo levantar a Belarmina, revisó cien veces cerraduras y trancas y por fin, vestida, se atrincheró en la sala, con las criadas y los perros.

A pesar del frío, la frente y la nuca se le habían humedecido. Sentada de espaldas a la mesa, el rosario en una mano, la otra descansando sobre el regazo donde tenía el estilete que había sido de doña Alda, sentía que toda la brutalidad de don Julián, la perversidad de Maderos, iban a unirse en Lope de Soto, más temible, más fuerte que ambos, más decidido —a causa de la pasión— que los otros. «Quizá sea justicia que por mano de él los muertos se cobren las vidas que les debo», reflexionó, atormentada.

Brutus la alertó; el mastín, que jadeaba con la lengua afuera, enderezó de pronto las orejas y silenciosamente se acercó a la puerta.

Las negras, que se habían amontonado cerca de las ventanas exteriores, se movieron, asustadas.

—No hagan ruido —rogó Sebastiana en voz muy baja—. No se muevan. La guardia vendrá pronto; Rafaela fue a buscarla…

De pronto, el gruñido del perro y el histérico ladrar del cuzquito las golpearon como un lanzazo en un cristal: habían oído el peso de varios hombres al caer en el suelo después de saltar las tapias.

Los perros vecinos comenzaron un escándalo de ladridos, y Sebastiana, pegando el oído al tablero del postigo, oyó los pasos y los susurros de los hombres en la oscuridad. Por un resquicio de la ventana de la galería, alcanzó a ver que encendían unas teas y se dirigían, sin dudar, hacia su dormitorio.

Con el corazón acelerado, llena de náuseas, se dobló en dos, apretando con fuerza el rosario. Una de las negras comenzó a gemir y las demás, contagiadas, se unieron a sus ayes.

Sebastiana volvió a sentarse de espaldas a la mesa, rezando pero con el puñal apretado en la mano.

Cuando salían del dormitorio vacío, los asaltantes oyeron el lamento de las morenas y se dirigieron hacia la sala. Un golpe brutal, que pretendía doblegar el hierro y los cerrojos de la puerta, hizo temblar los candelabros y una vela de pabilo corto se apagó.

Las muchachas, agachadas y estrechamente abrazadas, se habían cubierto con los pesados cortinados. Solamente Belarmina mantenía el valor, la pesada pala de sacar el pan bien sujeta y dispuesta a golpear.

Cuando Sebastiana oyó el crujido final, que quebró la resistencia de la madera, se sintió de pronto dueña de sí y heladamente insensible. «Soy la sierva de Dios y el ama de la Muerte. Nada me tocará, nada me manchará porque todo el que me ofenda de hecho perecerá», recitó varias veces en un susurro.

Entre las maderas astilladas y los hierros desgoznados, apartando con los codos el tablero rajado, apareció la cabeza de Lope de Soto, y en el momento en que pasaba la pierna y hacía fuerza para arrancar la tranca, que todavía se resistía, Brutus saltó sobre él y lo sujetó del antebrazo.

El maestre de campo gritó, dos hombres vinieron en su auxilio y mientras uno, asomando por la otra abertura, sujetaba la cabeza del mastín, Soto desenvainó el cuchillo para degollarlo. El cuzquito se prendió a su pantorrilla y él, sin perder tiempo, lo ensartó, lanzándolo a través de la habitación, donde quedó aullando y arrastrándose bajo un mueble.

La intervención del perrito dio tiempo para que Sebastiana se pusiera de pie y antes que Soto pudiera usar el filo en la garganta del animal, ella se

acercó al soldado que sostenía la cabeza de Brutus y clavó la daga, rasgando hacia abajo, en el brazo del hombre.

Aquel acto, llevado a cabo en silencio, sin gritos ni histeria ni ademanes desesperados, salvó la vida de Brutus. Mientras el soldado, atónito, lo soltaba para contener el borbotón de sangre, Sebastiana sujetó al perro del collar, manteniéndolo apartado del maestre de campo.

Belarmina se acercó con el madero en alto y usó la pala como atizador, obligando al herido a desaparecer de la grieta.

A través de una mínima distancia, Sebastiana se limitó a contener a un animal con la mano y al otro, el humano, con los ojos.

Belarmina soltó la pala y con una de las carpetas envolvió la cabeza del perro, arrastrándolo hasta la pieza vecina. Allí lo encerró mientras ladraba y se sacudía, desenfrenado, para librarse del trapo. El cuzquito todavía se lamentaba, aunque ya sin fuerzas. Una de las esclavas, arrastrándose hasta él, lo alzó cubriéndolo con su delantal.

Lope de Soto terminó de destrozar los tablones a patadas y dio un paso hacia Sebastiana, mostrándose manchado de sangre desde el cuello hasta las botas. Ella retrocedió y levantó la mano que sostenía el estilete.

—¿Creéis que le tengo miedo a ese juguete? —rió él, pero se detuvo al ver que la joven dirigía la punta afilada hacia su propio cuello. Impresionado, observó cómo, sobre la piel delicada, una línea roja viboreaba, perdiéndose sobre el seno izquierdo. No estaba seguro si era la sangre del soldado o de ella misma, que se había lastimado.

—¿No le tenéis miedo? —dijo Sebastiana con absoluta impavidez, y a él le pareció, cuando alguien levantó una tea, que la mirada verde, a su luz, se volvía dorada, profunda, hipnótica.

Quebró el encantamiento el sonido del coche en la calle y los gritos de Rafaela, que llegaba corriendo desde alguna parte.

La voz de su padre hizo que Sebastiana bajara el arma, Lope de Soto se apartó y don Gualterio, que traía la espada en la mano, se echó sobre él a tiempo que exclamaba: «¡Bastardo, villano, asesino!».

El maestre de campo consiguió dominar el instinto de responder al golpe, pero se vio en la necesidad de detenerlo, así que sujetó al anciano por

la flaca muñeca, muñeca de estudioso y no de espadachín. Don Gualterio perdió pie y resbaló, quedando casi de rodillas ante el otro que, horrorizado, no podía soltarlo, pues caería al suelo, ni levantarlo sin ponerle la mano encima, lo que sería una ofensa mayúscula.

Sebastiana arrojó el arma y con un grito se abalanzó sobre él, sosteniendo a su padre que estaba casi desmayado.

Algunos vecinos habían entrado, los soldados del maestre de campo no sabían qué hacer, don Marcio apostrofaba mientras golpeaba con su bastón a Lope de Soto que, contrario a lo que parecía, quería alzar al caballero para librar a la hija de aquel peso.

—Suéltelo —le dijo Sebastiana—. Prometo hacer lo que a usted se le ocurra, pero por favor, ordene a sus hombres que se retiren. Váyase y déjeme atender a mi padre.

—¿Juráis casaros conmigo?

—¡Lo juro, pero suelte a mi padre! —gritó ella, por primera vez cerca de la histeria.

Él dejó a Zúñiga en sus brazos, pero, extraviada la sensatez, se inclinó hacia el oído de ella y le susurró: «La vida de don Esteban es mía. Si no muere ahora, le mataré después… salvo que cumpláis vuestra promesa».

Salió a la calle seguido por sus hombres. Montaron entre un ruedo de mirones y, unos metros más adelante, se toparon con el padre Cándido.

El sacerdote se acercó a Soto y tomando la brida del caballo, le hizo señas de que se inclinara.

—Dice el obispo que busquéis refugio en el oratorio —y dejándolo atrás, se introdujo en casa de Sebastiana a tiempo que Belarmina cerraba la entrada tras él.

Pero Soto no llegó al oratorio. A la vuelta de la esquina se topó con la partida que volvía del Cabildo, donde había dejado encarcelados a los que prendió en la Noria.

—Darse por preso, señor maestre de campo.

Cuando, en el Cabildo, el que había firmado la orden de captura le echó en cara su proceder, Soto se justificó:

—Me ha perdido la pasión por una mujer. ¡Mejor no la hubiera conocido nunca!

—Tendrá que responder por haberla ofendido.

Hincando una rodilla en tierra, la mano sobre el corazón y la cabeza gacha, el maestre de campo murmuró:

—Quiero reparar el daño. Pido el consejo del señor obispo y de mi confesor. Acataré lo que ellos decidan.

Varios de los funcionarios, que habían tenido que dejar la cama ante semejante incidente, después de aquello lo miraron con compasión.

Los soldados fueron encerrados en las celdas inferiores y él fue a parar, con Guerrero, a las superiores, donde Bernardo Osorio y Germán Bustamante, prendidos a las rejas contiguas, las sacudieron hasta casi arrancarlas de sus goznes mientras los insultaban y prometían matanzas.

Allí mismo, en 1695, había estado preso, «por causa criminal», el alférez real Gabriel de Arandia, a quien tuvo que liberar una partida de veinte hombres enviada por el gobernador de Buenos Aires, pues el de Córdoba se negaba a entregarlo. Osorio y Bustamante habían sido de los que defendieron la cárcel contra la prepotencia de un funcionario que, no teniendo poder sobre Córdoba, intentaba burlar sus leyes.

En un rincón, sobre el zócalo y bajo el irregular encalado, se veían las iniciales del preso, seguidas por un dibujo obsceno agregado vaya a saberse cuándo.

En las oficinas de abajo, don Marcio discutía suavemente y con buenos argumentos ante la autoridad, enumerando las ofensas recibidas aquella noche por todas las ramas de su familia, abogando en favor de sus sobrinos para que se pasara por alto el desacato.

Pocos olvidarían la noche en que los vecinos intercambiaron subrepticias visitas para comentar el escándalo; porque cualquier acontecimiento que conjugara en su entramado pasión, celos, venganza, desmesura, sangre, moribundos, duelos a espadas, y especialmente doncellas amenazadas —o indiscretas, según se viera—, además de obispos que a medianoche se presentaban a exigir la libertad de su favorito, podía mantener apartado el tedio de toda la ciudad por varios años.

De allí en adelante, se diría: «No, no… eso fue antes del duelo del maestre de campo con Esteban Becerra», o: «Apenas después de que ese loco de Lope de Soto asaltó la casa de los Zúñiga».

«De estos sucesos se forma, con el tiempo, la memoria privada de los pueblos», pensó don Marcio, sentándose, paciente, a esperar alguna respuesta después de aceptar un vaso de caña que uno de los indios que dormía en las caballerizas le alcanzó.

OceanofPDF.com

36. De varios escándalos en la ciudad

«Los procedimientos del Pastor eran provocantes. No se contentaba el señor Mercadillo con pleitear y alborotar. Se iba de palabra hasta donde no podían llegar los hechos».

Padre Cayetano Bruno

Historia de la Iglesia en la Argentina

OceanofPDF.com

Córdoba del Tucumán
Tiempo después de Pentecostés
Invierno de 1703

En cuanto entró, el padre Cándido se dirigió apresuradamente hacia don Gualterio, preocupado por su estado. Anduvo de un lado a otro, como fantasmón, nervioso por el silencio de su amigo, ignorado por Sebastiana, provocado en el corredor por el descaro de Rafaela, cansado de hacer preguntas que nadie quería o podía responder.

Isaías, que llegaba de acompañar al padre Thomas, apareció entre ellos como si se materializara del aire.

Con un suspiro de alivio, la joven, que se sentía más identificada con la sabiduría de aquel ser extraño que con la medicina ortodoxa, se puso de pie para agradecerle su presencia. Ignorando la desaprobación del sacerdote, lo guió hasta el enfermo, indicándole los síntomas que la afligían.

El curandero dejó la bolsa en el suelo y después de examinar las manos y las pupilas del doliente, dijo con voz suave y tranquilizadora:

—Estará bien. Es sólo su debilidad del corazón; repararé eso.

Tomó luego su muñeca y miró detenidamente la mancha cárdena que habían dejado los dedos del maestre de campo. Palpó los huesos y murmuró:

—No hay nada roto, pero debe dolerle mucho: han aplastado los nervios contra el hueso. También eso remediaré. Me tomé el atrevimiento de pedir que prepararan…

No alcanzó a terminar, porque Rafaela apareció en el vano de la puerta acompañada por Belarmina y varias criadas. Traían tisanas, jarros

humeantes y un brasero bien encendido, además de un calientapiés, que la joven se apresuró a acomodar en la cama de su padre.

La vascona, respetuosa de una costumbre que venía desde el reinado de doña Alda, no penetró en la habitación del señor de la casa, pero se mantuvo en el umbral, inquieta y vigilante.

—Primero, su corazón —dijo Isaías, trasvasando el líquido de un jarro a otro hasta entibiarlo, y mientras Belarmina enderezaba el torso de don Gualterio y Sebastiana sostenía la cabeza de su padre, el curandero comenzó a darle, a cucharadas, el líquido.

En el silencio que suele reinar después de un desastre, oyeron la puerta de calle: era Núñez del Prado. Deseoso de justificar su presencia, el padre Cándido se acercó a preguntar por la salud de Becerra.

Don Marcio, cansado pero más tranquilo porque había conseguido que liberaran a sus sobrinos, aunque les impusieron sus hogares por prisión, murmuró que don Esteban resultó malherido y desesperaban de salvarlo.

—El maestre de campo lo atacó a traición —dijo el letrado, resentido—. Nadie en la ciudad permitirá que ese loco se salga con la suya. No puede andar acuchillando gente, y mucho menos metiéndose en casas ajenas a robar mujeres…

—Pero él… seguramente querrá salvar su error remediándolo…

—¿Remediar qué? ¿La muerte de Esteban, si se produce? ¿O quizá la de Gualterio? ¿La ofensa a mi joven parienta, a una mujer que es ejemplo de virtud, que no sale, no anda de veleta y ni siquiera se hace ver en misa de media mañana, pues sus devociones son discretas, como de beata de tiniebla?

—Pues estoy seguro de que pensará en enmendarlo mediante matrimonio… ¿quién podrá decir entonces…?

—Sebastiana no quiere casarse con él y yo la respaldaré. Bastante ha tenido con ese marido que vos y la desnaturalizada de su madre le buscasteis. —Y viéndolo alicaído, suavizó el tono—: Reconoced que sois buen sacerdote pero mal consejero en cosas de mujeres.

Sebastiana no parecía oírlos; se había arrodillado en uno de los reclinatorios, las manos entrelazadas y la cabeza apoyada en ellas. Estaba

tan inmóvil que los hombres, que esperaban por un médico, habían olvidado su presencia.

Fue el mercedario quien, con un visaje de ojos por demás expresivo, hizo señas a don Marcio de que bajaran la voz.

Por no molestarla, los dos hombres fueron a observar el estropicio que Lope de Soto había causado en las puertas de la sala.

—Estoy seguro de que él pagará los destrozos. Convenga usted que el amor que siente por su sobrina…

—No convengo en nada —dijo, las manos a la espalda, el caballero, pero reflexionó para sí que si no estuviera Sebastiana de por medio, la cuestión sería mucho más fácil de defender. Habiendo mujeres involucradas en un escándalo, los jueces eran renuentes a considerarlas absolutamente inocentes, pues siempre existían dudas sobre sus intenciones. «¡Ojalá esto hubiera sido una de estocadas entre hombres por rencores políticos o de banderías! Ya tendría yo a ésos bien encerrados a pesar de que tronara el obispo». Sintió inesperadamente un cariño cálido por Cupertina, por su sensatez, por sus cuidados.

Sebastiana se les unió, pálida y extenuada.

—¿Vendrá el padre Montenegro? —preguntó Núñez del Prado.

—No puede. Está atendiendo a un esclavo de la Compañía que agoniza. Pero no debe usted preocuparse. Isaías tiene la recomendación del padre Thomas.

Se hizo un silencio y anticipándose a la intervención del sacerdote, don Marcio la interrogó sobre la salud de su padre.

—Oh, ya reaccionó. Recobró el ánimo y creo que está en paz: siente que ha hecho lo que debía hacerse —respondió ella con una sonrisa cansada.

—Escucharé su confesión —dijo el sacerdote, pero antes de que diera dos pasos, Sebastiana contestó con acento inflexible:

—Ha oído su voz y dice que no quiere recibirlo por el momento, que está extenuado.

—Pero la confesión…; no hablaré ni dos palabras con él. Creo que, dados sus achaques…

—Mi padre no quiere confesarse por ahora. No está arrepentido de nada de lo que ha hecho hoy. Sólo lamenta no haber matado al maestre de campo. —Y mirándolo rectamente a los ojos, agregó con firmeza—: Como usted ve, le es imposible hacer un verdadero propósito de enmienda.

—Sebastiana, déjame hablar con él… —suplicó el mercedario, temiendo por la salvación de don Gualterio, pero don Marcio lo interrumpió:

—Es hora de retirarnos. Mi mujer también estará inquieta. Hace rato que salí de casa.

Tomó al otro del brazo y lo llevó hacia la puerta. Lo dejó allí y se volvió a donde estaba Sebastiana.

—Digan lo que digan en la ciudad, sé que eres inocente de toda culpa. No me importa lo que sostenga o sospeche la gente. No tendrás que casarte con ese hombre; tu virtud y tu familia son suficiente escudo contra maledicencias.

Ella le sonrió a través de la niebla del agotamiento, sin mirar al padre Cándido, que se había acercado.

—Si don Esteban se salva, me casaré con el maestre de campo. Si muere, lo rechazaré —dijo con voz clara y sin énfasis. Y dejándolos sorprendidos ante aquel enigma, volvió con su padre.

Todo había quedado en paz, y el letrado y el religioso decidieron volver, uno a su casa, el otro al convento, resignados a pasar la noche en especulaciones.

En el dormitorio de don Gualterio y a su lado, Sebastiana vio que Isaías se había tendido en el suelo envuelto en una manta. Se acercó y tocó suavemente la muñeca de su padre, envuelta en una gasa muy fina que despedía el olor penetrante de algún ungüento.

La sensación que había tenido desde que se enteró del duelo de Esteban, agudizada con los posteriores incidentes, que le recordaron la época en que descubrió que estaba embarazada, hasta llegar a la muerte de su hijo, le devolvió las náuseas y los escalofríos.

—Vamos a dormir —dijo Rafaela mientras la cubría con un pañolón, señalando con la barbilla al bulto del suelo—; él lo cuidará mejor que

nosotras.

Y como si siguiera los vaivenes del pensamiento de la joven, aseguró con voz ronca:

—Esta vez lo llevan preso —refiriéndose a Soto.

—Lo dudo —respondió Sebastiana—. Cuenta con la protección del obispo. Habrá que oírlo a monseñor el domingo. Echará sobre mí diablos y culebras y a él lo convertirá en víctima de mis manejos.

Fue luego a la sala, donde tenían al perrito entre pañoletas. Había muerto. Sebastiana se largó a llorar y pidió a Porita que le ayudara a cavar una fosa en las caballerizas. Lo enterró envuelto en su pañuelo de seda.

Volvió a la sala, liberó a Brutus y le permitió que durmiera a los pies de la cama de su padre. Por alguna razón, el animal e Isaías parecían tenerse mutua confianza.

Becerra había llegado a su casa en estado de inconsciencia.

También allí hubo gritos y lamentos, y el padre Thomas tuvo que imponerse diciendo que era necesario silencio y tranquilidad para que sus fuerzas se recuperaran.

Pasaría la noche con él, pero antes pidió mucha luz para revisar la herida; más que a la hemorragia exterior, que Isaías había detenido con el muérdago, temía a la infección de las heridas profundas.

Y aunque era buen anatomista, no podía tener la certeza de que el acero no hubiese traspasado parte del pulmón, o rozado una arteria, y se desangrara interiormente.

Mandó al hermano Hansen de vuelta al convento; varios negros padecían de cólicos sangrientos y tampoco allí se iba a descansar: el hermano Montenegro necesitaba cuanta ayuda fuera posible.

Acompañó al joven hasta la puerta disimulando un bostezo. Afuera, el cielo parecía enlodado y esparcía la luz sucia, desalentadora, de la sequía.

En los poyos del corredor, Casio y Goyo dormían sentados, los fuertes brazos cruzados sobre el estómago y las cabezas motosas caídas como flores mustias.

Volvió al lado de don Esteban, preocupado. Sacudió el calentador que entibiaba la pieza golpeándole la panza con un palo, se sentó en el sillón que le habían preparado y se cubrió con un quillango de piel de guanaco que le dejaron para abrigo.

Sacó el rosario que guardaba en el pecho, y antes de comenzar a rezar, observó de nuevo a don Esteban. Había visto morir a demasiada gente para sentir la seguridad de que aquél no iba a seguir el mismo sendero.

Imaginó la vida como un reloj de arena, y con un estremecimiento temió que la Muerte estuviera contando los granos antes de guardarlo en su morral.

Se durmió a mitad de la oración, pero fue despertado —por lo que le parecieron segundos después— por el tironeo de Becerra.

—Confesión… confesión —balbuceaba.

—Escucho —contestó prestamente y don Esteban enumeró, con acento moribundo, las circunstancias del duelo, además de todos los pecados que pudiera haber cometido en cinco días, pues la semana anterior había comulgado. Le dio el perdón tocándole la cabeza.

—¿Me daréis la extremaunción?

Pensando con rapidez, el médico intuyó que, si le decía que sí, aquel hombre dejaría de luchar por sobrevivir. El temor a morir sin los sacramentos mantenía vivos a muchos, hasta que pasaba el peligro y el cuerpo hallaba energías para reponerse.

—No —dijo prestamente—. No es menester. Estáis mejorando. Además, no quiero asustar a doña Sebastiana, que bastante afligida está por vos —añadió, sabiendo que aquello estimularía su voluntad.

—¿Ella…?

—Volverá a veros. Ahora atiende a su padre, que ha pasado lo suyo.

—¿Sebastiana vino…?

No fue necesario que el padre Thomas mintiera, porque don Esteban volvió a caer en la inconsciencia.

«Ni él ni doña Sebastiana se merecen esto —pensó con amargura, pasando un trapo húmedo por la frente del hombre—. Ambos son buenas personas, que no se inmiscuyen en la vida de nadie, alejados de toda

sociedad que no sea la familiar, discretos por demás, especialmente ella… ¿Quién le depara estos sufrimientos: Dios que quiere fortalecerla, o el Diablo que quiere doblegarla?».

Y como tantas veces, pensó en la carta del hermano Alban, en el paso de Saturno por el firmamento de sus estrellas, en la confusión que había con la fecha de su nacimiento.

Mientras tanto, sentado en su cama después de haber sido ayudado por su mujer a ponerse la bata y el gorro de dormir, don Marcio suspiró y recibió de manos de Cupertina un chocolate caliente que le volvió el alma al cuerpo. Después de haber dejado la taza a un lado, ella apagó las velas y se acostó junto a él. Era bueno dormir apretados uno contra otro en los días de frío.

Don Marcio le contó todo y al fin, después de repetir las últimas palabras que le había dicho Sebastiana, reconoció ante ella que eran un misterio.

—Seguramente ha quedado medio loca de aflicción… —meditó.

—Pero Marcio, ¿no te das cuenta? —Besando la mano de su marido, Cupertina murmuró bajo las sábanas—: Teme que si Esteban vive, el maestre de campo lo mate. Sólo por eso se casará con Lope de Soto.

Al día siguiente, a la hora de la caída del sol, Becerra, encendido de fiebre, comenzó a delirar. Un día después, estaba casi en agonía, y las simpatías que había despertado Lope de Soto entre algunos comenzaron a desvanecerse, llevadas por el vaivén de la opinión de los vecinos.

Sebastiana no se presentó a verlo, aunque mandó una carta al padre Thomas: «No quiero provocar otro incidente, evitando más comentarios de los que, desgraciadamente, se han hecho. Pero me aflige la situación de don Esteban. Por favor, compadeceos de mí y mandadme alguna noticia…».

Comenzó a correr por la ciudad el rumor de que el obispo dictaría cátedra, desde el púlpito, contra las mujeres que provocaban la locura en los hombres de paz, que se veían engañados con falsas promesas y sugestiones, perdiendo por esto la cordura que los distinguía.

El día domingo, los feligreses que habían llegado temprano a misa de media mañana y esperaban el segundo llamado para entrar en Santa Catalina, sintieron de pronto un hormigueo (el soplo inexplicable que antecede a lo sorprendente) ante la llegada de Zúñiga en carroza, a pesar de que vivían a pocas cuadras del templo.

El asombro subió a tono mayor cuando don Gualterio extendió la mano para ayudar a su hija —hacía un año que doña Sebastiana no se presentaba a misa en aquel horario— a descender del coche.

Eudora, la sobrina nieta de doña Saturnina Celis de Burgos, bajó detrás de ella.

Vestidas de negro para disimular el lujo de la ropa, luciendo alguna joya y peinadas con severidad bajo la mantilla azabache, Sebastiana y su prima caminaron detrás del hidalgo saludando con apenas una inclinación de cabeza a los conocidos.

No terminaba de desvanecerse el asombro, cuando aparecieron a pie y seguidos por varios de sus esclavos, los Becerra, los Celis de Burgos, los Osorio, los Bustamante y los Núñez del Prado. Sólo faltaban los Rodríguez de Zárate, porque estaban en Nabosacate y la hermana de don Esteban, encinta y en los meses mayores. Doña Saturnina iba, como siempre, en la silla de mano, transportada por Casio y Goyo.

Ninguno de ellos esperó que sonara la campana; entraron en el templo, que oficiaba de iglesia metropolitana, y ocuparon los primeros lugares a ambos lados de la nave.

Algún comedido, sabiendo que el obispo «inculcaría desde el púlpito un advertido recelo acerca de varios escándalos de la ciudad», y sopesando la presencia provocativa de Sebastiana y de sus notables parientes, corrió a avisar a los que ignoraban lo que sucedía.

Como resultado de aquellos trabajos, antes del tercer llamado las naves estaban abarrotadas de fieles.

El obispo entró con todo el boato que ameritaba que él oficiara la misa, y su perfil agudo, sus hombros algo cargados, su calva circundada por el

cabello agrisado, indicaron que había distinguido a Sebastiana frente al púlpito, rodeada de la teatral presencia de su familia.

La misa se desarrolló normalmente, aunque con un inusitado movimiento de los feligreses, que tosían, hacían crujir su calzado al trasladar el peso de un pie al otro y miraban, como quien no quiere, hacia donde estaba la joven.

Ni Lope de Soto ni sus oficiales, ya en libertad, habían acudido, no se sabía si advertidos de lo que iba a decir el obispo o porque el maestre de campo, aconsejado, no quería dar pie a más provocaciones.

Llegó el momento en que el doctor Mercadillo se dirigió a dar su alocución, y hubo quien quiso ver, en sus ademanes enfáticos, en el puño que se llevó a la boca para contener el carraspeo, la satisfacción que le producía el encarar aquel tema.

Sebastiana, el rosario de aguamarinas en la mano, lo miraba con la boca entreabierta, casi la estampa de una santa, según unos.

La voz tonante del prelado se dejó oír desde la plataforma, y luego de muy pocos floreos, cayó sobre el tema, zahiriendo a las doncellas frívolas e inconstantes que precipitaban a los hombres honrados por los despeñaderos de la pasión con promesas que jamás pensaron cumplir. «Pero una promesa es una promesa, tiene casi el valor de un juramento y es ley de Dios y del hombre que sea cumplida», era el dictamen, entre líneas, de su razonamiento.

En el mismo momento en que quedó claro de quién hablaba, doña Saturnina se puso de pie, pidió el brazo a don Marcio e inició el éxodo, seguida por Sebastiana, tomada del brazo de su padre.

A pesar de las imprecaciones de Su Ilustrísima, del color amoratado de su rostro y de los ademanes expresivos, a pesar de que se oyeron amenazas de excomuniones, los conjurados salieron del templo con la suficiencia de los que más de una vez se habían enfrentado, por sus fueros, con los hombres de la Iglesia.

Detrás del tabique que separaba a las monjas de los fieles, se oyeron exclamaciones de sorpresa y disgusto que hicieron temblar de indignación

al obispo: la congregación apreciaba a Sebastiana, conocían su historia y le debían favores y donativos.

Los pocos vecinos que habían quedado en su casa, a la expectativa de las primeras noticias, vieron a la familia dirigirse en derechura a la iglesia de San Francisco: los seráficos, advertidos desde la tarde anterior, se habían dado maña para atrasar el comienzo del servicio divino, de manera que éste coincidió con la entrada de los rebeldes a la nave central.

Los religiosos eran hombres de Dios, pero también de carne y hueso. Disfrutaron de aquella victoria sobre el obispo, con el que estaban resentidos por haberles impedido la procesión de Semana Santa, porque había mandado destruir las ramadas donde daban misa en campo abierto y, siendo ellos mendicantes, les había recortado el derecho a pedir limosnas.

En Santa Catalina, la misa terminó con los sacristanes aturdidos, los monaguillos tropezando con las faldas del obispo y el coro de monjas desafinando de congoja.

Aquella tarde, las aguas de la ciudad se dividieron en «sebastianos y mercaderes».

El gobernador Barahona dejó en claro de parte de quién estaba: invitó a las familias rebeldes —además de otros vecinos de su entorno— al sarao que se daría para el santo de su esposa. Acudirían a él nada menos que el maestrescuela Salguero de Cabrera, el arcediano Gabriel Ponce de León, el padre Lauro Núñez, provincial de la Compañía, y el superior de San Francisco.

OceanofPDF.com

37. De deudas enfadosas

«Hago lo posible por que me odien, y yo mismo pongo en movimiento esa máquina de odio. Has de saber, sobrino, que estás hablando con un hombre que vive siempre entre amenazas, y cree que eso es lo que le permite vivir».

Henry de Montherlant

El Cardenal de España

OceanofPDF.com

Córdoba del Tucumán
Tiempo después de Pentecostés
Invierno de 1703

Esteban, en su inconsciencia, sentía que las horas, los días indefinidos, eran como un lento deslizarse hacia la muerte. Los versos de Jorge Manrique se entremezclaban con imágenes que le traían el recuerdo de cosas que nunca llegaron a suceder. La fiebre lo tomaba a veces, lo exaltaba para luego dejarlo caer en el agotamiento de la calentura. Sentía como si cada uno de sus nervios, de sus venas, de sus fluidos corporales, se fuera secando mientras decidían fenecer; sólo lo mantenía respirando el deseo de ver a Sebastiana una vez más: cuando despertaba y preguntaba por ella, le decían que acababa de irse, o que vendría más tarde, y él entonces atesoraba recuerdos de encuentros olvidados.

A veces conseguía decir dos o tres palabras al padre Thomas, pero en su corazón, habían hablado de reflexiones supremas, de ideas tan enormes que no cabían en la mente de un hombre.

Pasó una semana, cuidado por Rosario y Eudora, vigilado por doña Saturnina, oyendo a veces a sus primos, a su tío, creyendo distinguir la voz de Sebastiana, llantos acallados con un chistido; asistido por el médico jesuita y por un ser extraño que le recordó los dibujos de un libro que su padre no le permitía mirar, aquel que hablaba «de Monstruos y Prodigios» que solía hojear a escondidas, siendo chico.

Cupertina trajo unas reliquias de los dominicos, el padre Cándido, de los mercedarios, lo bañaron en agua de San Ignacio. Ninguno de estos contactos sobre la herida al descubierto produjo el milagro.

El padre Thomas se estremecía cada vez que llegaba y lo encontraba con algún escapulario roñoso sobre la piel tumefacta, pensando con cuántas enfermedades contagiosas, con cuántas cepas de podredumbre humana podían haber estado en contacto antes de llegar al herido. Había, además de la fe, un cierto grado de superstición en ellos —y estaba seguro de que en el mismo paciente—, y eso fue lo que lo instó a pedir el auxilio de Isaías.

El médico de la Compañía había usado cuanto químico había encontrado en la botica, auxiliado por los libros de texto. Isaías, en cambio, llegó con sus humos, sus menjunjes olorosos, sus polvos de ignorados orígenes. Trajo la contrayerba para hacerlo sudar, la calanchagua para purificarle la sangre, el llantén, que es buen vulnerario para heridas graves. La infusión de la corteza de sauce como sucedáneo de la sacrosanta quina, que los jesuitas habían impuesto en todo el mundo conocido. Y la yerba del sapo, que hacía que la supuración se abriera paso hacia el exterior aun en heridas que se consideraban cerradas y equívocamente curadas.

Tanta magia motivó, bien lo notó el padre Thomas, renovadas esperanzas en los parientes y en el herido, que comenzó a recuperar el conocimiento por lapsos cada vez más largos.

Y en ese estado de semivigilia, una noche —al menos Becerra creyó que era de noche—, cuando la casa parecía dormida, se despertó al escuchar el crujido de un paso sobre el estrado en que se elevaba la cama. Captó el aliento de una presencia humana, de un contacto que, empezando desde sus tobillos, delicado y elusivo, fue subiendo hasta llegar a su frente. Notó un perfume tenue, a hierbas más que a flores, y la suavidad de unos dedos sobre sus sienes, un roce sobre los labios agrietados y una lágrima cayendo sobre sus párpados.

Supo que era Sebastiana, intentó tocarla, pero ella le murmuró algo inentendible en el oído, se echó atrás, capturó su mano y abriéndole la palma, lo dejó con un beso húmedo, agradablemente fresco, y cerró los dedos inertes de él, que no se resistieron, como si quisiera resguardar aquella caricia. Luego, desapareció como una visión.

De pronto, Esteban sintió que el cuerpo no le pesaba. Una ligereza sutil le quitó materialidad a los huesos, le acomodó las entrañas, le devolvió

alguna forma distorsionada de conciencia.

Sebastiana había llegado en la noche, como una amante con urgencia de amar, de ver al otro, de saber que la amaban, exigente y al mismo tiempo sumisa con los hados que regían los destinos de ambos… Entrando furtivamente, a través de la huerta, como el Alma que busca al Amado en las palabras de San Juan de la Cruz…

«¡…Oh noche amable más que el alborada.
Oh noche, que juntaste.
Amado con amada.
Amada en el Amado transformada».

repitió con la lengua pegajosa de fluidos, hinchada en su garganta. Se dijo con serenidad: «Moriré en paz», porque aquellas palabras lo sumían como en un estado de oración.

Pero muy dentro de sí supo que viviría porque Sebastiana todavía lo necesitaba.

El maestre de campo había hecho intentos discretos de ser recibido en casa de los Zúñiga, aunque no lo había logrado.

Tenía al peoncito de los caballos vigilando la casa de don Esteban, dispuesto a armar querella, pues se consideraba, ahora, comprometido con la joven: Guerrero y un soldado eran testigos de las palabras de ella cuando le pidió que se retirara de su casa. El mismísimo obispo había dado públicamente el espaldarazo a su situación.

Ella, contra lo que él esperaba, no se había presentado en la casa de los Celis de Burgos, aunque las criadas iban y venían en un constante llevar y traer notas, según le manifestaba el muchacho, a quien relevaba de su espionaje todas las noches, pues no había mujer honrada en Córdoba que saliera después de la hora nona.

Un día, sorprendido, recibió recado de Sebastiana, que lo invitaba a verla.

Lo recibió en la sala, acompañada por Eudora, que rápidamente iba perdiendo la transparente mirada del candor. Sebastiana no le permitió que se acercara y le negó la mano al beso de cortesía; Eudora ni siquiera hizo el intento de saludarlo.

Tranquilizado con el juramento que Sebastiana le había hecho la noche del duelo, lo soportó: sabía que cumpliría su palabra.

Armado de paciencia, como si obedeciera a Maderos, quedó de pie, a cierta distancia, esperando que ella le comunicara por qué lo había hecho llamar. La pierna tarasconeada por el mastín le molestaba, pero se negaba a usar bastón.

—Hice una promesa, y si bien estoy dispuesta a cumplirla, sepa que pediré amparo a la Iglesia y a la Ley para librarme de ella si don Esteban muere. Incluso el doctor Mercadillo tendrá que excusarme, y si no, lo harán en Charcas o en la misma Roma, si a ella tengo que acudir: nadie puede obligarme a convivir con el hombre que mató a alguien de mi sangre. No soy la doña Jimena del Cid. Los vascos imponemos costumbres más rigurosas que las de Castilla. —Y después de una pausa, levantó los ojos claros en el rostro inexpresivo y le sostuvo la mirada—. Así que, señor Lope de Soto, si quiere casarse conmigo, vaya a prender cirios, pague misas, use cilicio, recorra los templos de rodillas para que mi tío sobreviva a vuestra estocada. No pondré fecha a las nupcias hasta que él no esté a salvo de sus dolores.

Lope de Soto se quedó donde estaba, la mano sobre el puñal de la cintura, los ojos negros, retintos, romanos, ardiendo por ella, pero ya decidido a no perder el control.

El silencio pesó, pero la joven no pareció incomodarse. Su rostro no se avivó con ninguna emoción, su mirada se sostuvo con la firmeza de los justos.

—Me amará usted —dijo él, con la voz enronquecida, quebrada por el sentimiento que lo obligaba a tomar con fuerza el mango del cuchillo para que no se notara su temblor—. Sé que puedo hacer que me ame.

Después de una pausa, ella sonrió apenas.

—Quizá no os alcancen los días de la vida para intentarlo —se burló.

—Pondré todo mi empeño…

—No es necesario que yo ponga el mío en resistirme —lo interrumpió Sebastiana—. Nuestros intereses y naturalezas son tan opuestos que es como pensar que la corza pueda enamorarse del tigre: sus instintos siempre serán más fuertes que sus delirios.

Y volviendo a tomar la labor que descansaba al lado del sillón, lo despidió sin mirarlo.

—Pero, entonces, ¿para cuándo…?

—El día que el padre Thomas anuncie que don Esteban está lo bastante a salvo para no temer recaídas. No intento dilatar más esta cuestión. Ha llegado el tiempo en que sólo deseo acabar con este conflicto.

—¿Así considera nuestra relación, como un conflicto? —protestó él endureciendo la mandíbula.

—Quizá cambie con el tiempo. ¿No era que confiaba en enamorarme?

No distinguió de momento —tan deseoso estaba de que ella le concediera un poco de atención— la ironía y hasta el desprecio que había en su voz.

Desconcertado, sentía en su pecho una opresión indefinida, una congoja que dolía físicamente. Algunos rostros de muchachas —la vaquerilla de Valladolid, que había abandonado al saber que estaba preñada, la mestiza del cántaro verde, que golpeó en Veracruz porque no se avino a satisfacer sus caprichos, la niña india que había violado cuando salía de Lima— se le aparecieron con nitidez. ¡Años hacía que había olvidado sus caras, sus historias! ¿Por qué aparecían como invocadas por esta joven que había conseguido eludirlo por mucho más tiempo que todas las mujeres que había deseado en su vida?

Y, supersticioso, sintió un escalofrío, como si tan viejas injurias estuvieran dispuestas a reclamar, a través de aquella joven menuda y sin posibilidades de defenderse —salvo a través de sus parientes—, deudas tan enfadosas.

Se despidió con una profunda reverencia y salió de la casa con rapidez. Don Gualterio no se veía por ningún lado. O guardaba cama, o estaba en lo

de los Celis de Burgos. Seguramente Sebastiana lo había hecho llamar debido a que el padre estaba ausente.

«Mejor así», murmuró. Hubiera sido incómodo encontrarse con Zúñiga. Dudaba de que el hidalgo lo hubiese perdonado, y sabía que su hija sólo deseaba evitar al anciano cualquier mal rato, cualquier indignidad.

Pasaría a ver al obispo; antes de salir para La Rioja, Sá de Souza le había entregado 700 pesos y quería dejárselos en guarda. Más tarde encargaría misas y encendería cirios, como le había impuesto su prometida. Mientras tanto, maldecía su mala sangre, que lo había llevado a herir a don Esteban tan intempestivamente. En fin; peor hubiera sido matarlo…

Al pasar frente a la puerta del prestamista, tropezó con Baracaldo —consejero y factótum del obispo para acciones que debían disponerse en la penumbra— que salía de la casa del portugués. Él lo miró, socarrón, pues se rumoreaba que andaba en amores con la mujer de Sá de Souza; el otro titubeó, incómodo. Se detuvieron, no obstante, y don Dalmacio se lamentó de que hubiera muerto Maderos, tan práctico que era «para escrituras lucidas».

—¿Necesitáis un escribiente? —se interesó Soto.

—Muy así, estimado señor, muy así…

—¿Y el hijo de los López, no…?

—Si se refiere a Salvador, no es López; ese joven es Villalba, y su madre era una Espejo —lo interrumpió Baracaldo—; los López lo han criado… además de darle una esmerada educación, lo que los enaltece.

Los apellidos no decían nada a Soto, pero entendió que en aquel rompecabezas estaba la clave de por qué el muchacho había despreciado su oferta.

—Necesito a alguien de toda confianza… de toda confianza…

Y como él había parado las orejas, hizo el señorón unos aspavientos con las brazos para acomodarse la capa, como pajarraco que intenta levantar vuelo después de hartarse de comida, «… restaurar… importantes…», siseó, torciendo el cuello. Se agachó brevemente, más inclinado hacia el hombro que hacia el pecho, se embozó en el manto y se fue. Lope de Soto

siguió hacia el palacio del obispo, preguntándose a qué vendría tanta reserva.

Su Ilustrísima estaba en la sala de respeto entibiada por enormes braseros de cobre. Lo acompañaba su sobrino, Novillo Mercadillo, cuyos apellidos habían servido para más de una rima burlona.

Don Manuel hizo una seña a Soto para que se sentara mientras terminaban la mano de tresillo, y luego que el joven se dejara ganar con desgano, el tío empujó hacia él las cartas, recogió las monedas y las guardó con gran contento en su bolsa.

Con irreverencia de soldado, Soto recordó una de las coplas que, desde Semana Santa, rodaban por la ciudad en forma de anónimos:

«¿Quién con falso testimonio
adultera testamentos
para engordar su sustento
con la ayuda del demonio?
¿Quién ensaya en el armonio
los dedos para el tresillo?
Mercadillo».

Se conversó, casi sin remedio, de la actitud de la familia de doña Sebastiana y del aval que le habían dado el gobernador Barahona, los franciscanos y los jesuitas. Ambas órdenes, en sus sermones, habían hablado, una, elogiosamente de las viudas que vivían en el recato, cuidando de los suyos con devoción; la otra, de que no podía justificarse el accionar de los violentos, que traían malos ratos y rencores que no resultaban fáciles de olvidar en una sociedad pequeña y cerrada, donde ofendido y ofensor se cruzaban inevitablemente en toda esquina. Era demasiado pedir a los primeros que evitaran los lugares comunes, y no existía, al parecer, en los segundos, la sensatez para soslayar nuevas injurias con la provocación de sus presencias. Aquello hizo reír al prelado.

—Que hablen cuanto quieran, que con esto me basta para dominar a los soberbios impertinentes —señaló el cordón que llevaba a la cintura—, pues

esta cuerda muestra en sí las dignidades de mi orden y las modalidades de su fundador.

Y después de besarlo, concluyó:

—¡Bienaventurado cordón, que sirve para estrangular a los enemigos de Nuestro Señor! —Eran casi las mismas palabras que el cardenal Ximénez de Cisneros, Gran Inquisidor de Castilla y León, había empleado durante su regencia, en tiempos de Juana la Loca.

Según estaban las cosas, muchos partidarios de Mercadillo —y otros que preferían no tener problemas con él— se presentaron en el palacio episcopal con algún obsequio, respaldando con su presencia la actitud asumida por el prelado en la reyerta.

Los más cautos, conviniendo en que los obispos no duraban mucho en estas tierras, pues solían morir de males incógnitos a poco de llegar, decidieron presentarse también en las casas de las familias en rebeldía.

Mientras tío y sobrino separaban la paja del trigo entre leales, embozados y enemigos, aparecieron dos mulatas jóvenes, muy acicaladas, a servirles chocolate con leche y tortas fritas con arrope de Tulumba.

Soto aceptó el jarro humeante y notó que, a pesar del escándalo desatado en la ciudad, el obispo se mostraba tan ufano como si hubiera derribado cien moros y quemado otros tantos herejes.

En un momento dado Su Ilustrísima le preguntó cómo capeaba las querellas.

—Pues han quedado detenidas, al menos por ahora. Nos han multado por igual a don Germán Bustamante, a don Bernardo Osorio y a mí por comportamiento díscolo y escandaloso. Pero como nadie ha presentado denuncia, ni siquiera la familia de don Esteban, las cosas no tienen mucho aliento. En cuanto a lo otro… tampoco don Gualterio de Zúñiga se ha molestado en…

—Evitad, hasta que se tranquilicen las cosas, cruzaros en el camino de esa gente.

—Doña Sebastiana me ha advertido hoy que si muere don Esteban se negará a casarse conmigo, y que si no halla eco en vos para que la

dispenséis de su juramento, acudirá a Charcas, al rey y hasta al Papa para conseguir que se declare nulo el compromiso.

Se borró la sonrisa de la cara del obispo, y su sobrino se apresuró a decirle que tomara con calma lo que todavía no se sabía si iría a suceder.

Él levantó la voz y con gesto exasperado le hizo ver que raras veces se molestaba cuando lo atacaban.

Novillo murmuró una recomendación a la mesura, pues tenía sus dudas con respecto al apoyo que les daría el rey contra gente que pagaba lucidamente sus tributos.

—Sin contar —le hizo ver el joven— que en general, entre las acusaciones de los jesuitas y nuestra defensa, y entre nuestras acusaciones y sus defensas, la balanza de Su Majestad se ha venido inclinando hacia los hijos de Loyola…

—¿Qué tienes que llamar a cuento a esos teatinos en este embrollo? —se enfureció el prelado de sólo que le nombrara a la Compañía de Jesús.

—A modo de advertencia: no siempre el rey se pone de vuestra parte; eso sólo quería recordarle. Además, diz que los Zúñiga descienden de un rey godo y que la sangre de su hija está coloreada con sangre de viejas y soberanas estirpes de Navarra.

Don Manuel se recuperó con dos tragos de agua que le alcanzó la mulata que había quedado fuera de la puerta, en espera de que la llamasen.

Encendido el rostro, respirando con pesadez, Su Ilustrísima le hizo señas de que se retirara, y acercándose al maestre de campo, que aguardaba su dictamen, le dijo:

—No debe usted molestarse por eso. Pronto poseeré algo que llamará a sumisión a esa fémina. Mientras tanto, y hasta que se aquieten las aguas, ande con juicio: mujeres, naipes, bebida y aceros que sean bajo vuestro propio techo, donde sólo amigos os rodearán.

Se puso de pie y lo despidió con gesto llano, en los ojos una expresión de satisfactoria malicia.

Cuando el maestre de campo salió al corredor, se encontró con la morena que, sentada en el suelo, mostraba las piernas mientras jugaba con sus faldas. Las malas lenguas aseguraban que una u otra de las esclavas de

la casa dormía en la puerta del aposento del prelado para atender sus necesidades aun de noche.

Estuvo por tirarle un pellizco, pero se contuvo, no fuera a ser aquélla la que decían era su predilecta. Al dejarla atrás, la muchacha, de un manotón, le apretó las nalgas. Desconcertado, se volvió. Ella, ágil, se alejaba por el corredor aguantando una risa gutural, de pícara, mientras saltaba como una corza.

Se marchó directo a su casa —siguiendo los consejos del obispo— y al llegar se enteró de que don Esteban había reaccionado, manteniéndose despierto y lúcido por unas horas, para dormirse nuevamente, pero ya sin calentura.

OceanofPDF.com

De las confesiones

OceanofPDF.com

…ya escribí antes sobre el carácter y la naturaleza de Lope de Soto, y creo que agregué que despertaba el instinto y la justificación de matar. Fue esa alternativa la que me permitió aceptar aquel casamiento que me repugnaba, pues yo ya no era la joven inexperta y dócil que habían casado a la fuerza con don Julián.

Pero lo que realmente me llevó a acceder fue el temor de que asesinase a Esteban. ¿Qué sentía yo por Esteban? Creo que hasta entonces no lo tenía claro, pero en cuanto me enteré del asalto en vísperas de Ceniza, comprendí que ese hombre violento, que no hacía ascos a infamias y villanías, podía matar a Esteban; supe entonces que éste no me era indiferente, que no podía sentarme a esperar que el destino decidiera por él.

A pesar de todo, no puse en claro este sentimiento, tan ajeno me era el hecho de amar como había amado una vez, como pensé que nunca más volvería a amar.

Durante el primer tiempo de viudez me atraía Aquino; era un amor distinto del que conoce la gente, un amor hecho de privaciones, de silencios, sacralizado en la abstinencia, feliz mientras pudiera mantenerse en el campo de los sentimientos que no necesitan de la carne para nutrirse.

Pero algo me sucedió que cambió la alquimia de mi disposición. Creo que fue ver la casa de Esteban en Anisacate, pues comprendí que había sido hecha para mí, con ilusión y al mismo tiempo diríase que sin esperanzas. Me enojó porque sentí que estaba tratando de comprar mi perdón, recuperar el afecto que le tenía desde niña, y rechacé con

brusquedad sus atenciones. Mas luego, con el paso de los días, llegué a entenderlo y a sentirme, si no llena de cariño por él, al menos sin rencor.

Pero a partir de mi enfrentamiento con Maderos, cuando él tradujo en palabras los hechos, cuando vi mis acciones con sus ojos, con su imaginación; al oírlas de su boca, al comprender el alcance de sus sospechas, desperté de un sueño y analicé mis actos.

Fue como una revelación, y hubiera preferido no tener que matar de nuevo, pero sus acciones me obligaron. No porque pusieran mi existencia en peligro: ponían mi honra y mi dignidad al alcance de su antojo, y no entendí además por qué debía resignar yo la vida cuando mi padre aún me necesitaba: si él ya no habitara este mundo, creo que gustosa hubiera subido a la horca con tal de no ceder a las exigencias de Maderos. Tan sin nadie a quien amar estaba en esta tierra de amarguras.

Entregarme a la justicia me hubiese permitido el alivio de la confesión: pude hacerlo en Santa Olalla porque entonces me sentía inocente, porque jugué con las palabras y los hechos de tal manera que, diciendo la verdad, mentí y el padre Temple me absolvió sin dudarlo.

Quizá porque había renacido tibiamente en mí un brote de sentimientos, comencé a prestar atención a mi tío. Vi las marcas del sufrimiento que le había traído la culpa, del arrepentimiento que trataba de subsanar con mil detalles.

Vi a un hombre que, si no era apuesto, me era grato de mirar. Me gustaba su humor franco y a veces perverso, como cuando escribe esas letrillas zahiriendo al obispo y que muy pocos —mucho menos la familia— saben que son de su autoría. Me gustaba que se enfrentara al obispo, que no le rindiera pleitesía, que tuviera el valor de pasar excomulgado meses enteros, que se comportara igual con todos: con los que se creen superiores a él, y con los pobres y los criados, a los que trata con bondad, a los que ayuda más allá de lo que las costumbres indican.

Y sobre todo, me enternecía el amor que mostraba por mi padre.

Entonces comencé a desligarme de Aquino. No por pobre —que no lo es, puesto que tiene tanta tierra como la mía, aunque sin trabajar—, no por su condición de bastardo reconocido —mucha gente hay en esta ciudad

casada con hijos reconocidos y no se hace menosprecio de ellos—, sino porque comprendí que mientras yo iba cambiando nuevamente, él no podría cambiar nunca: sería siempre un hombre enajenado en la lucha por dominar la pasión y mantener la castidad, un hombre marcado por dolores que se habían enquistado en él. Si ambos hubiéramos permanecido tal cual éramos cuando nos conocimos…

OceanofPDF.com

38. De la ausencia de pruebas

«(El gobernador). Barahona aludía… a una mujer de poca edad, depositada por escandalosa y amancebamientos públicos, que hizo fuga de la casa en que estaba, abrigándose en la del Obispo, a pretexto de malos tratamientos recibidos».

Padre Cayetano Bruno

Historia de la Iglesia en la Argentina

OceanofPDF.com

Córdoba del Tucumán
Tiempo después de Pentecostés
Invierno de 1703

El padre Thomas Temple, ocupado como había estado con Becerra y el brote de cólicos sangrientos en la ranchería de la Compañía, se había olvidado de Dídima. Cuando tuvo un respiro, preguntó a su discípulo sobre el tema; el joven, tan atareado como él, no había hecho nada al respecto.

El hermano Joseph no era de mostrar impaciencia, pero hubo algo de énfasis en la forma en que se lavó las manos, las sacudió y las enjugó con un lienzo, para salir en busca de la mujer. Volvió tarde, manchada de polvo la túnica y seguido por Dídima, sumergida en una bendición alcohólica.

Como el padre Thomas no quería que el joven supiera de sus sospechas, le encargó buscar algo en la biblioteca del aula que lo entretuviera lejos.

Una vez a solas con la mujer, hizo que se sentara en la silla, que supuso la mantendría más firme, y él ocupó un banco.

—Bien, Dídima. No voy a demorarte mucho —la apaciguó porque ella protestaba diciendo que debía llevar un mensaje importante… ya no recordaba muy bien a quién ni adónde—. Solamente quiero que hablemos de las velas que le llevabas a Maderos, el bachiller.

—Sí, sí, el bachiller.

—¿De dónde las retirabas?

—De las Descalzas… Si las madrecitas no tenían, del cerero del Alto.

El interrogatorio continuó como empantanado. Dídima no entendía del todo y sólo repetía las mismas respuestas. El padre Thomas decidió cambiar las preguntas.

—¿El estudiante te encargó las velas?

—Mismo.

—¿Y cómo te las encargó?

—Un día me paró y me dijo que todos los viernes le llevara velas de las Teresas, que ya estaban pagadas.

—¿Alguna vez te entregó dinero?

Ella pareció desconcertada, y al fin farfulló:

—Él me daba vino cuando se las llevaba.

«Robado a su amo», pensó el médico, e insistió:

—¿Quién te mandó a lo de Isaías?

—Nadie, pues. Yo iba nomás. Tengo una comadre por ahí.

—¿Y cómo se las pagabas?

De nuevo el desconcierto en la cara amasada con los años, la bebida y la pobreza.

—El capitán las pagaba —se le encendió la comprensión.

Ella así podía creerlo, pero el maestre de campo había sido terminante: él adquiría sus velas en la tienda del obispo.

—Piensa bien en lo que voy a preguntarte: ¿alguna vez le llevaste velas azules?

—Azules, azules… —revoleó ella los ojos, tratando de recordar—. No, nunca le llevé. Nunca vi, tampoco.

—¿Alguna vez alguien te entregó un paquete, algo envuelto para que le llevaras a Maderos?

—Nunca —contestó ella, perpleja ante tanta averiguación.

—¿Estás segura de que doña Sebastiana, o alguien de su casa, no te pidió que le llevaras cosas al estudiante?

Dídima no recordaba, pero hizo punto de honor el negarlo.

—Jamases —dijo con un ademán que casi la voltea del asiento.

La respuesta era demasiado enfática para que él la aceptara. No iba a sacarle nada, decidió, y rebuscando en el cajón de las limosnas, le dio unos centavos. La vieja le pidió un remedio para el reuma, que la martirizaba cuando estaba sobria, así que en una bolsita le puso hojas y ramas de nopal, indicándole cómo preparar la cataplasma.

El hermano Hansen volvió más pronto de lo que esperaba, así que lo dejó cuidando la botica mientras iba a hablar con la priora de las Teresas.

A través del enrejado de madera, le preguntó si el estudiante no les había dejado debiendo unas velas. Ella no estaba enterada y, para corroborarlo, hizo llamar a la hermana encargada del torno.

—Dídima solía llevarlas —insistió el padre Thomas.

Casi pudo ver la sonrisa de la monja a través del cribado.

—Se podría decir que Dídima reparte todas las velas de la ciudad —respondió la religiosa.

—¿Y cómo explica que ustedes supieran que debían entregárselas?

—Muchas veces los pedidos se hacen mediante un papelito que dejan en el torno junto con el dinero, avisando cuándo o quién vendrá a buscarlas. En caso de que sea urgente, y no dispongamos de cirios, devolvemos el dinero para que las compren en otra parte.

Seguramente así pagaría Dídima las velas a Isaías. Algo, sin embargo, le hizo preguntar:

—¿Ustedes atienden las necesidades de los Zúñiga?

Satisfecha, la superiora dijo que sí. La encargada hizo notar que esa gente gastaba mucho en velas.

Se retiró sin haber avanzado en la indagación, pero sintiendo que una corriente oculta pasaba bajo sus pies: alguien se había tomado el trabajo de que no se supiera quién pedía y pagaba las velas. ¿Una esposa infiel, una de las mujeres que por años vivían separadas de sus maridos? ¿Una viuda que prefería no casarse? Y de ellas, ¿cuántas podían tener motivos para asesinar al bachiller? ¿Cuántas el valor de matar? «Porque —pensó— también se necesita valor para pecar mortalmente».

Quizá Maderos, después de todo, había muerto asfixiado por los gases del carbón.

Se volvió al convento pensando que sólo le quedaba el recurso de atinar con la pregunta que debía hacer a Isaías.

Don Gualterio salió de su biblioteca por unos momentos, y Sebastiana, que iba a controlar los braseros calientapiés, se encontró con Salvador que transcribía unos documentos para su padre.

El joven, después de algunos titubeos, le pidió noticias de Eudora.

—Se ha dedicado a don Esteban, que se está recuperando. En cuanto sea posible, me la llevaré conmigo a Santa Olalla.

Se oyó el raspar de su pluma sobre el papel, el sonido de los tinteros y la queja de la silla al removerse el joven, inquieto.

—¿Y vuestros estudios? —le preguntó ella.

—Debería haber recibido mi título, pero ahí quedó, por las disposiciones del señor obispo, que no se toma el trabajo de obedecer siquiera al rey —contestó él—. Su Majestad ha reconocido los derechos de la Universidad de la Compañía, pero el doctor Mercadillo ha mandado nuevas y mal llamadas súplicas. Escudándose en la lerdura de la correspondencia, sigue haciendo lo que le da en gana.

—Todo se arreglará.

Cuando iba a retirarse, Salvador se puso de pie y se dirigió a la puerta, como dispuesto a abrírsela y, aunque puso la mano en el picaporte, no lo hizo.

—Necesito hablar con usted —dijo, en cambio, muy nervioso.

—¿Ahora? —se sorprendió ella.

—Cuanto antes mejor. Pero desearía que no nos interrumpieran.

Reconociendo la urgencia en sus ademanes, le dijo: «Venga», y lo guió hacia su propia salita. Le indicó que cerrara la puerta y lo invitó a sentarse frente a ella. Él lo hizo en la punta del sillón, con una pierna flexionada, la rodilla casi tocando el suelo.

—¿Y bien? —lo alentó Sebastiana, pues él permanecía mudo y alterado.

Salvador dijo de pronto en voz tan baja que ella dudó de haber oído bien:

—Quiero pedir a usted consejo, quiero que… ¿Cree que yo podría aspirar a la mano de la señorita Eudora?

Lo que Sebastiana sintió estaba entre el alivio, la alegría y cierta satisfacción: no se había equivocado, Salvador quería a su prima, y ella languidecía por faltarle la compañía del joven, al cual se había apegado.

—¿Se cree usted un santo, para sacrificarse de tal manera? —lo provocó.

—Nada más lejos; no me interesa ser santo —se impacientó el joven—; querría, en cambio, que usted me considerara digno de pretender a su prima. Deseo lo mejor para ella. Es una joven buena e inocente; Roque abusó de sus sentimientos… —y sacudiendo la cabeza, cayó de rodillas frente a Sebastiana—: Tengo la certeza de que amaré a su hijo, por amor a ella, y por amor a él, que fue para mí un buen amigo.

—¿Entiende que quizá deban enfrentar comentarios desagradables?

—No me importa. Ella es una joven valiente, y con el apoyo de usted…

Sebastiana se puso de pie y dejó pesar la mano sobre el hombro de él.

—Me hace feliz su decisión, especialmente porque ese niño crecerá con un padre a su lado, un buen padre, que lo amará. Usted, Salvador, es… —y conteniendo el llanto, concluyó—: una persona excepcional. Hablaré con Eudora, y después con mis tías. Creo… haré todo lo posible…

Y salió apresuradamente de la habitación, porque el recuerdo de lo que le había sucedido a ella y a su hijo la había trastornado.

Cuando llegó Eudora, cerca de la hora del almuerzo, le dijo de sopetón:

—Salvador Villalba quiere casarse contigo.

Antes de que la jovencita contestara, ella vio pintados en su rostro la esperanza y el asentimiento.

—¿Tú se lo pediste? —preguntó, sin embargo.

—No. Él vino a mí y me lo dijo de golpe, como si no pudiera esperar más.

—¿Y qué le contestaste?

—Que hablaría contigo, con tu madre…

Eudora se sentó, igual que él, en la punta del sillón, las manos apretadas sobre el borde de las rodillas.

—Ni mamá ni tía Saturnina lo consentirán.

—Déjalo por mi cuenta.

—¿No irás a decirles…?

—Nada, nada; me limitaré a convencerlas. Sé que en cuanto lo vean se darán cuenta de que es una buena persona, honesta e ilustrada. Y estoy segura de que mi padre o Esteban harán algo más por él que darle un puesto de escribiente. Quizá tío Marcio lo prepare con la intención de dejarle su clientela…

Con gesto de ganada seguridad, Eudora se arregló los rizos detrás de las orejas.

—Eso me gustaría mucho.

Después de mandarla a su pieza, y decirle que no apareciera hasta que se lo pidiese, quedó en espera de Rosario, que había prometido visita para llevarle las últimas noticias sobre la salud de Esteban.

Ella y doña Saturnina entraron seguidas por varias esclavas que traían una fuente con dulce de lima en casco, que los Salvatierra les habían mandado de Tucumán, y una botella de licor de limón hecho por Elvira.

Sebastiana las dejó hablar de todos los chismes de la ciudad, hasta llegar al último y más sabroso: el obispo había vuelto a mostrarse públicamente con cierta viuda rica, con la cual habían estado distanciados por las denuncias que había hecho al rey el ex gobernador Zamudio sobre aquella relación.

—… se refirió a su conducta como «el vicio opuesto a la castidad».

—Seguramente que en la misma bolsa entraba la chiquilla que se asiló en su casa, la que se ha negado a entregar a la justicia. Menudo lío tienen los César ahora: el juez ordena recluirla en casa honesta, y ella se les escapa diciendo que la han maltratado. Bien mentirosilla ha de ser…

—Gracias a la denuncia, don Manuel se llamó a discreción el último año, pero ahora ha vuelto con la viuda esa, con la que se permitía tantas demostraciones en público.

—Seguro que sacará tajada de sus bienes…

—¿Cómo dice la copla, la de la viuda?

«¿Quién con canónico celo
brinda amparo a las mulatas

y se procura horas gratas
prometiéndoles consuelo?
¿Quién caza viudas al vuelo
y las confiesa en su altillo?
Mercadillo».

—Recitó Sebastiana, y se echaron a reír.

Creyendo el momento oportuno, y aprovechando que las negras estaban en los fogones, con las de la casa, Sebastiana comenzó la conversación sobre Salvador.

—Qué —se encrespó Rosario—, ¿acaso Eudora viene tanto porque le has permitido verse con ese tinterillo?

—No es un tinterillo —la corrigió ella—. Es un joven criado con esmerada educación, que podría llegar a procurador en cuanto se lo proponga o le den una oportunidad.

Rosario, molesta, se volvió a mirar a doña Saturnina esperando que se uniera a ella en las críticas. La señora, no obstante, permanecía muda, lo que alentó a Sebastiana.

—Y desciende de dos viejas familias de Córdoba —arguyó, sabiendo por dónde venía el tema con Rosario.

—¿Me dirás ahora que Bienvenido López llegó con el fundador?

—No, pero él sólo es el tío político. Bien sabes de quién desciende Salvador. —Molesta, agregó—: No voy a leerte su linaje, porque eso, para mí, es irrelevante. Me basta con reconocer que es una persona digna, un joven con estudios y de sanas costumbres, bien educado y… y su latín es impecable.

—No sé qué tiene que ver el latín en esto.

Buscando amparo en su tía, Rosario se dirigió a doña Saturnina, que continuaba muda.

—¿No va a decir nada, tía? ¿Será que le da lo mismo que la casemos con cualquiera? Yo tenía mejores expectativas. Con Elvirita habíamos pensado en el hijo menor de los Salguero y Figueroa…

—Es un pedante. Yo no lo soportaría por sobrino. Dudo que Eudorita tenga carácter para soportarlo como marido. Porque hay que tener mucha formación para aguantar la vida entera al lado de un hombre que no elegiste tú, sino tus padres.

La extemporánea salida de la señora dejó sorprendidas tanto a Rosario como a Sebastiana, aunque por distintos motivos.

—Me gustaría hablar con mi sobrina nieta, que sospecho anda cerca —dictaminó doña Saturnina.

—La haré buscar —se puso de pie la joven. Al pasar al lado de Rosario, su tía le dijo:

—Ésta no te la perdonaré, Sebastiana.

Eudora se presentó de inmediato. Se la veía un poco pálida, pero, como hubiera dicho Lope de Soto, «con ojos de emperrada».

Mientras su madre le echaba en cara haber sostenido una amistad a sus espaldas y Sebastiana la defendía y defendía a Salvador, doña Saturnina callaba como juez que se reserva el veredicto.

Cuando el tono de Rosario se volvió desapacible, la señora se limitó a decir:

—Esteban tiene razón; no sabes llevar una discusión si no es echando voces a los vientos. Veamos, Eudorita, ¿qué tienes que decirnos?

Alentada por el diminutivo, la joven se acercó a Sebastiana, que le pasó un brazo por la espalda.

—Quiero casarme con él.

Ante una nueva andanada de reproches de su madre, Eudora insistió:

—Quiero casarme con él. Me siento honrada que una persona de su valer me haya elegido. Soy bastante tonta y cabeza hueca, y él…

—Bueno, no es para tanto —reconoció su madre—; has ayudado con tu tío como si tuvieras más fuerzas y edad de las que tienes. Pero qué te diré, es humillante para nosotros como familia, que de alguna manera emparentaremos con esos López… Su oficio…

Levantando la cabeza, Eudora dijo abruptamente:

—Estoy esperando un hijo; no es de Salvador, y él lo sabe.

—No digas más. Que no sepan de quién es —susurró Sebastiana al oído de su prima, y se adelantó a recibir en brazos a Rosario, que cayó hacia adelante como tocada por un rayo.

Se oyó la voz de doña Saturnina.

—Ya me barruntaba algo —y con un suspiro, dio el visto bueno—: A mí me gusta el pretendiente, tiene una hermosa voz; me emociona cuando canta el Salve, Regina en el templo.

Dirigiéndose a su sobrina, que reaccionaba del desmayo:

—Ahí tienes para qué sirve el latín: para adorar a Dios y a su Santa Madre.

Así quedó sellado el consentimiento para el compromiso. Se fijó fecha para la visita en casa de los Celis de Burgos. Sebastiana, decidida a apadrinar a Salvador, dijo que ella y su padre presentarían al joven a la familia.

Por más que Eudora quería pasar la noche en lo de los Zúñiga, su madre se la llevó de un brazo. Obedeciendo a Sebastiana, la jovencita no volvió a abrir la boca.

Había puesto empeño y decisión en solucionar el caso de Eudora, se dijo esa noche Sebastiana, mientras se trenzaba el cabello, pero ¿cómo solucionaría su problema?

Si dejaba pasar el tiempo y Esteban recuperaba fuerzas, no podría evitar que volvieran a enfrentarse. Sabía ahora que el maestre de campo no lo haría —estaba bien aconsejado, o por sus propios intereses o por el obispo —, pero sospechaba que el ofendido —Esteban— no aceptaría olvidar los agravios, especialmente si oía hablar del compromiso de su enemigo con ella.

Pensó acudir al padre Thomas, pero seguramente él trataría de disuadirla del casamiento. No era tonto, sabía que ella no era tonta; la conversación no soportaría tres preguntas: el sacerdote, en la seguridad de que no existía entre ella y Soto amor o entendimiento, querría que le diese

el verdadero motivo para comprometerse en un vínculo casi tan desagradable como el que había tenido que soportar con don Julián.

El día que don Marcio y Cupertina le dijeron que Esteban se recuperaba rápidamente, comprendió que no podía dilatar más la situación, así que llamó al maestre de campo y le dijo que de alguna manera consiguiera que el obispo acortara el tiempo de las amonestaciones.

No deseaba otra cosa aquél, así que después de ciertas transacciones —escritas sobre papel, aludiendo a futuros donativos— el doctor Mercadillo consintió, y como era autocrático, todo se hizo a su exigencia.

Sebastiana quería una boda sencilla, casi secreta, cosa que decepcionó al maestre de campo, que unía a la pasión por ella la apetencia social.

Finalmente, la joven, sin que él entendiera el motivo, cedió, aunque con reservas.

A Lope de Soto le pareció que don Manuel Mercadillo estaba desilusionado, como si hubiera deseado disputar aunque fuera por un ínfimo motivo con Sebastiana.

Doña Saturnina, tanto como había aprobado el matrimonio de Eudora, rechazó el de su otra sobrina nieta.

Sebastiana, que deseaba la colaboración de la matrona, fue a verla. Se encerraron a solas y ella, sin muchas vueltas, le planteó los motivos.

—Ese hombre ha jurado matar a Esteban si yo no consiento en casarme con él, y sé que lo hará. Ya intentó matarlo por la espalda y embozado para carnaval, lo he sabido hace poco; los esclavos de los dominicos lo cuentan en las rancherías. Y luego, esto. Por lo que me ha contado Bernardo, fue a traición. Es de mala entraña.

—Pero vamos, que no sacrificarás tu existencia…

—Si es necesario, sí —respondió ella con determinación—. Quiero que cesen tantos líos y escándalos. Y tío Esteban es una persona muy preciada para mí.

—Sufrirá al saberte casada con su enemigo. No sé qué pensará de ti…

—¿Qué puede importarme lo que piense? ¿Puedo evitarlo? ¿No he cometido demasiados errores para que alguien pueda pensar bien de mí?

—¡No digas eso, que me rompes el corazón! ¡Nadie mejor que yo sabe lo buena que eres! ¡Si pecaste, fue por aturdimiento, porque tu madre no te guió nunca, no por malicia! ¡Ah, las jóvenes siempre hemos sido atolondradas! ¿Y no lo son también los hombres? ¿Por qué sólo nosotras tenemos que llevarlo a cuestas?

Sebastiana se acercó y la abrazó. Luego se retiró y preguntó, angustiada:

—¿Conoce usted otra manera de salvar a mi tío? —con un suspiro, volvió a sentarse al lado de la anciana—. Sucede que desde que me di cuenta de que Esteban estaba interesado en mí, tomé la decisión de que nunca me casaría con él, aun cuando no lo hiciera con maese Lope.

—Pero ¿por qué, qué tienes que echarte en culpa?

—Ah, ¡tantas cosas! Pero es inútil hablar de eso —le palmeó la mano —. Así que, tía, debe ayudarme en esta empresa. Necesito que hable con el padre Thomas, para que aconseje que tío Esteban sea mandado al campo a reponerse. Que el matrimonio de Eudora se celebre en Anisacate y una vez fuera de la ciudad todos, ya me las arreglaré para llevar adelante mis esponsales.

—¿Sabes lo que es estar casada con quien no amas?

—¿A mí me lo pregunta?

—¡Será un martirio; no sé si…!

—Oh, tía; Dios me dará fuerza. Este hombre es más fácil de llevar que don Julián, porque está encaprichado conmigo. Además, mire usted lo que le pasó a mi primer esposo. Y maese Lope está más expuesto; es probable que desaparezca en esos esteros de Diablo cualquier día, mientras persigue infieles.

La señora, limpiándose los ojos, pareció pensarlo.

—Y en el sur oí decir que los ranqueles tienen muy buen golpe con las matracas.

Rieron sin ganas y doña Saturnina le alcanzó una copita de licor de naranja, que esperaba, servido.

—Tendré que quedarme dos o tres meses por Anisacate. Si Esteban cree que tú has aceptado libremente a ese hombre, terminará resignándose, aunque le duela.

—Mejor eso que perder la vida.

—¿Y la justicia? ¿No pensaste en…?

—¿Qué más que lo sucedido tiene que pasar para que lo cuelguen? Sólo que mi tío muera. Y si muere, ¿qué me importa si mandan al maestre de campo a la horca? El patíbulo no nos devolverá a Esteban.

—Pero tu vida…

—Hace años que mi vida no vale nada —contestó la joven con impaciencia.

Así se las ingeniaron entre las dos para allanar el camino al casamiento con Lope de Soto.

Las amonestaciones de su prima y de Salvador Villalba se habían clavado en las puertas de las iglesias. Don Esteban, aún en cama, aprobó —sin saber en las dificultades en que se hallaba Eudora— el matrimonio. El padre Thomas, que inútilmente había intentado hablar con Sebastiana a solas, discutió el tema con doña Saturnina y se plegó a la idea de que el herido fuera a recuperarse al campo.

No se sentía tranquilo. El comportamiento de doña Sebastiana le parecía extraño, pero no estaba seguro de los motivos que la impulsaban. ¿O estaría desquiciada y no se le notaba? «Con todo lo que ha sufrido, bien podría ser». A veces, mientras traducía el libro de Sydenham, se preguntaba si la joven se confesaba, y con quién. «Me sentiré más tranquilo cuando lo sepa».

Creía que el padre Cándido era su confesor. Pero ¿era natural, era sano espiritualmente que ella aceptara consejos y confiara sus pecados a un hombre que tanto tuvo que ver con sus desgracias, aunque fuera sin mala intención?

De cualquier modo, no podía hacer aquella pregunta al mercedario. Tendría que resignarse a pensar que ella, de alguna manera oscura, como a veces aman las mujeres, elegía por voluntad propia a Lope de Soto. En demasiadas ocasiones había observado que una explosión de violencia, a veces sanguinaria, del varón, predisponía a la mujer a dejarse seducir.

Pensó en el horóscopo de la joven y se preguntó cuánto de cierto podía haber en la lectura de las estrellas. Luego, su memoria dio un salto hacia San Agustín: recordó que el célebre médico Vindiciano había tratado de apartarlo de la astrología hablando del azar, y no de la ciencia de los genethliaci, los que basaban sus estudios en la fecha del nacimiento.

También recordó que San Agustín, aquella vez, no pudo ser convencido: dijo que no había encontrado aún la prueba irrecusable que le hiciese ver sin ambigüedad que los aciertos que lograban al ser consultados eran obra del azar —como decía el viejo médico— y no del arte de observar los astros.

OceanofPDF.com

39. Del vino del desposorio

*«**HYOSCYAMUS NIGER** (Beleño Negro). Familia: Solanáceas. Propiedades: calmantes, alucinógenas, balsámicas, vomitivas, sedantes, venenosas. Una sobredosis de esta hierba provoca fuertes vómitos, espasmos y mareo, pudiendo incluso causar la muerte».*

Edmund Chessi

El mundo de las plantas peligrosas

OceanofPDF.com

Córdoba del Tucumán
Tiempo después de Pentecostés
Primavera de 1703

En medio de la fiesta, bastante ruidosa, pues Lope de Soto no había sido muy selectivo a la hora de invitar, Sebastiana mantenía una singular serenidad, como si estuviera a la sombra del aburrimiento, como si se preguntara qué hacía en ese festín.

Soto, por su parte, deseaba que ella entendiese que podía muy bien pasarse sin todos aquéllos, pero la joven lo había provocado no invitando a nadie de las familias destacadas. Y las que él invitó se dispensaron de asistir alegando malestares propios o ajenos.

Unos cuantos comerciantes, los oficiales y algunos soldados de más rango conformaban la mayoría de los convidados, sumados a varios administrativos, además del padre Cándido.

La luz de la media tarde apareció por la ventana del cuarto de oración de don Gualterio, y Soto, pensando en la alcoba preparada, comenzó a desear que los invitados se fueran, que no lo obligaran, con tanto brindis, a beber más.

Observó la tristeza de don Gualterio y, si sintió algo de pena por el anciano que debió tragarse su disgusto, una parte de él, la parte cruel, se sintió satisfecha al saber que le había quitado primero la mujer y luego la hija, y en ambos casos, con el consentimiento de ellas.

Ahora podría, con el capital de los Zúñiga, iniciar su negocio de esclavos, hacer dinero, ganar importancia y dejar el maldito oficio de las armas. Ya tenía tierra, pues Santa Olalla, aunque indirectamente, le

pertenecería. Y más adelante, podría retirarse a sus campos, señor sobre el cuerpo de aquella mujer a la que deseaba casi enfermizamente, amo sobre las tierras de ella.

Y con Sebastiana a su lado, que era respetada, seria y religiosa, encargándose de llevar la casa, y con Aquino de mayordomo, podría…

Recordar a Aquino lo llevó a pensar, un tanto borrosamente, en lo dicho por Maderos: había que deshacerse de él; tenía demasiada ascendencia sobre los trabajadores, demasiado respeto despertaba en el ama.

No sería fácil llevarlo a cabo pues era de esos hombres que no demuestran lo que sienten y se reservan tácticas que les envidiaría un soldado.

Volvió a mirar a su esposa. No parecía particularmente contenta. ¿No decían que todas las mujeres prefieren casarse a quedar solteras o viudas? ¿Era ella víctima del egoísmo de su padre, o estaba feliz de cuidar de él con tanta dedicación? ¿Acaso no se consideraba que una mujer, aun mal casada, estaba en un estado de privilegio sobre las que quedaban solas?

La miró atentamente, y una especie de enervamiento, de preocupación de no estar a la altura de esa criatura tan llena de silencios, tan madura de ánimo, tan sufrida, hizo que dejara la copa a medio terminar.

Al pasear la vista alrededor de la mesa, vio a Iriarte que, sobrio, no perdía la compostura y observaba con una expresión indefinible a la joven. ¿Era de atracción, de amor, de curiosidad? Se le despertaron los celos y reflexionó: «¿Se preguntará por qué ha accedido a casarse conmigo? ¿Se maldecirá, pensando que él, si hubiera puesto un poco de empeño, con mejores maneras, y más conocidos apellidos, pudiera haberla obtenido?».

Ya se encargaría más adelante de los celos que, incipientes, comenzaban a corroerle el ánimo. O de su subordinado, si era necesario.

Impaciente, no sabía cómo hacer para que los invitados se retiraran. Estiró la mano nuevamente hacia la copa, pero una mirada a Sebastiana lo detuvo. «Bueno, si no está contenta, al menos está conforme —pensó—. Ya le sacaré tanta indiferencia del alma. La haré gritar como una gata», se prometió.

Alguien habló de retirarse en el instante en que apareció Rafaela llevando en una bandeja dos grandes copas de vino con especias que ofreció a los esposos.

Guerrero, sentado a la izquierda de su jefe, se inclinó hacia Soto y le murmuró como quien aconseja:

—No es bueno que el novio pierda sus fuerzas en la primera noche, vuesa merced. En esta mesa se ha trasegado demasiado vino.

Evidentemente, el alcohol estaba haciendo su trabajo en el cerebro del maestre de campo, pues le pareció que Maderos le hablaba desde la tumba, instándolo a no aceptar aquel brindis.

Pero entonces Sebastiana le reclamó:

—Aunque sea por acatar la costumbre, bebamos un sorbo y brindemos, señor Lope de Soto —e inclinándose sobre el plato de él, miró a Guerrero con un suave desafío—… si es que vuestro amigo lo permite.

A continuación, tomó la copa, mojó en el borde de ella los labios y, húmedos y rojos de vino, se los ofreció.

Trastornado, Soto hizo lo mismo y luego la besó con suavidad, respetuosamente. Cuando separaron sus bocas, que apenas se habían rozado, ella le sonrió y bebió con largueza. Ante el ceño de Guerrero, que se vio venir futuros problemas con la esposa de su superior, el maestre de campo vació la copa.

En recompensa, Sebastiana dejó la mano, blanca, tersa, sobre la morena y áspera de su marido, que agradeció aquel gesto, no sólo por el respeto que le brindaba como a su amo y señor, sino porque hizo que hasta los más renuentes comenzaran a despedirse.

Don Gualterio, que no soportaba ver a su hija retirarse con aquel hombre, su enemigo por múltiples razones, aceptó la ayuda de Belarmina y de Porita. El padre Cándido lo siguió para acompañarlo un rato y convencerlo de la suerte que había tenido su hija de quedar al amparo de un hombre cuando a él le ocurriera algo.

En poco tiempo, la sala se despejó y Lope de Soto se puso de pie para seguir a su esposa. Un leve mareo lo obligó a tomarse de una silla. Aceptó

el apoyo del peoncito —que siempre lo acompañaba— para ir a orinar, para no hacerlo delante de la joven, consideración que lo sorprendió a él mismo.

Cuando entró en el dormitorio, le pareció demasiado iluminado. Incómodo, se sintió inexperto en el amor cortés, tímido ante aquella mujer superior a él, torpe ante sus requerimientos. Para colmo, una modorra incómoda le aleteaba en los ojos. Guerrero tenía razón: no debió beber la última copa.

Sebastiana estaba parada frente al espejo y lo miraba —esa mirada tan verde, tan extraña de a ratos— a través de la luna. Parecía esperar algo de él. ¿Sería algo específico, como quitarle las cintas, las flores y el encaje que le cubría la cabellera? ¿O descalzar sus pies de los escarpines, abrir la cama…?

Ella se sacó el tocado, las peinetas, y se volvió a observarlo casi como…; sí, pensó él, como con curiosidad. Luego volvió el rostro nuevamente al espejo y él creyó ver, a través de la bruma del azogue, que parecía perder toda ilusión, como si a pesar de su cargo, su mentada virilidad y su madurez, él se comportara como un principiante.

Estiró el brazo para atraerla, para recuperar la estima en su masculinidad, pero la vista le jugó una mala pasada, pareciéndole que manoteaba en el vacío y ella se alejaba de él sin haberse movido. «Cualquier cosa que yo haga, nunca será tan torpe como las que hizo don Julián», se consoló.

Intentó librarse del cinturón. Ella lo ayudó a quitarse la chaqueta, el largo chaleco, el grueso lazo de seda del cuello. Él quiso abrazarla, pero sintió que perdía el dominio de las piernas y cayó sentado sobre el lecho, arrastrando la cortina al prenderse de ella.

Sebastiana oyó, como un lejano recuerdo casi desvanecido, la espectral campanada que había sonado durante su primer matrimonio, sólo que ahora era el reloj de la sala.

Se acercó a la puerta e hizo entrar a una de las criadas, que con él ya en estado de estupor, lo despojó de la ropa, las botas, los anillos y cadenas mientras él veía, a través de una humareda, a su esposa que volvía a

recogerse el pelo, tiraba al suelo las flores y las cintas, las aplastaba con el pie y se iba no sabía adónde.

Sebastiana se mojó la cara y las manos en el balde del aljibe y bebió un jarro de leche que le acercó Rafaela.

Luego se dirigió al dormitorio de su padre y entró en puntas de pie. Había un cirio encendido y don Gualterio estaba cubierto de mantas, la coronilla indefensa, acurrucado, achicado por el dolor del agravio.

Ella arrimó una silla y susurró sobre su hombro: «Padre, padre… ¿está despierto?».

Como si hubiera oído un coro de ángeles, el anciano se volvió, los ojos enrojecidos de llorar. Ella se sentó a su lado, tomó sus manos heladas y las besó, echando después aliento sobre ellas para calentárselas.

—Recemos el rosario juntos —le propuso, ayudándolo a incorporarse entre almohadas y cojines, apartando las cortinas del lecho y entreabriendo la ventana para que entrara la última luz de la tarde—. La oscuridad enferma.

—¿Y él?

—Está durmiendo. Tomó mucho vino. —Y peinando los ralos cabellos de él con los dedos, le dijo—: Jamás me convertiré en su esposa; no le haré a usted esa ofensa.

—¿Cómo podrás impedir…?

—Confío en Dios, que siempre me ha librado, de una manera u otra, de mis enemigos. Sólo le pido a usted que no se aflija por lo que yo haga, aunque le parezca descabellado. Guarde usted confianza en mí.

Alzó el devocionario que estaba caído al lado de la cama y, abriéndolo, comenzó: «Concede nos famulus tuos, quaesumus, Domine Deus, perpetua mentis et corporis sanitate gaudere…».

Al día siguiente, Lope de Soto no pudo levantarse, cansado como si, desenfrenado, hubiera cabalgado sobre cien huríes hasta vaciarse de pasión.

A nadie le llamó la atención que por varios días no se presentara en los lugares habituales, pues por fin se encontraba unido a la mujer que lo había llevado a cometer tantas locuras. Las bendiciones sacramentales, de alguna manera, habían borrado parte de sus faltas, atenuando otras.

Los vecinos, sin embargo, continuaban divididos entre «sebastianos y mercaderes», y más de uno sacó en conclusión que ella se había casado con él para evitar males mayores a su familia.

Parte del dramatismo se había diluido pues los ofendidos —los Becerra, los Celis de Burgos— estaban en Anisacate, festejando otra boda singular y en compañía del convaleciente don Esteban.

El tiempo, aunque agobiara la sequía, comenzó a entibiarse y algunas plantas brotaron mezquinamente, sin flores casi, lo cual condenaba a un verano sin frutos.

En casa de los Zúñiga, don Gualterio y Lope de Soto trataban, por diferentes razones, de no encontrarse.

El maestre de campo no salía del decaimiento y aunque sonara absurdo, no estaba seguro si había o no obtenido sus prebendas de esposo, confundido entre algo que no determinaba si eran sueños o realidades. Sólo recordaba a Sebastiana pisando las flores, o sentada a su lado haciéndole beber un reconstituyente, o susurrándole cosas al oído, después de lo cual, en el sueño —¿o en la realidad?— él tenía visiones sensuales, hasta lujuriosas, que lo dejaban agotado.

Con terrores imprecisos, intentó violentarla, pero ella se libró de sus brazos y él no pudo seguirla fuera del dormitorio. Sosteniéndose de la columna de la cama, resbaló al suelo y allí quedó hasta que su esposa regresó con dos criadas y entre ambas volvieron a colocarlo en el lecho. Al quedar a solas le dijo, farfullando y a medias extraviado:

—Una noche te mataré; te ahorcaré con tu propia cabellera mientras te poseo, o te pondré una almohada sobre el rostro, y cuando te sienta morir, beberé tu último aliento. Así estarás siempre conmigo.

—No podré defenderme —dijo ella con una sonrisa desvaída—; es usted mucho más fuerte que yo.

Él admitió, casi llorando:

—Desvarío. Llama a un médico. Llama al teatino que atiende a tu padre. Algo de lo que comí se me ha vuelto tósigo en las tripas…

—Si mañana no está mejor, lo haré —le aseguró Sebastiana—. Es sólo el pastel de cambray que mandaron del obispado. Bien que le advertí que despedía un olor agrio…

Luego de escuchar esas palabras, lo comieron las tinieblas.

Pero al día siguiente se sintió mejor, y Sebastiana lo alentó para que saliera a sentarse al sol, ayudado por Belarmina.

Preocupado por su debilidad, averiguó precavidamente:

—¿Y el mastín?

—Está encerrado —y le mostró una llave—; ni siquiera por descuido podrá escapar.

—Cuando me sienta mejor, lo mataré. Es un animal peligroso y me odia.

Sebastiana no respondió, pero al rato sugirió que, ya que él estaba mejor, fueran a Santa Olalla.

—Los aires del campo terminarán de curarlo. Cuando empiezan los calores la ciudad es malsana. En cuanto a sus funciones, don Marcio se ha encargado de hablar con el gobernador. Don Gaspar de Barahona piensa que puede prescindir de usted momentáneamente. Iriarte se hará cargo de todo…

—Siempre quiso mi puesto —dijo él con acritud.

Ella insistió:

—Entonces, ¿le parece a usted que podemos viajar a Santa Olalla?

Él recordó aquel vergel, donde seguramente aguas poco profundas ayudaban a los campos a mantenerse más o menos verdes; recordó el buen vino, la buena comida y la servidumbre indígena. Prefería las indias a las negras: guardaban más su lugar, traían menos problemas, eran más silenciosas.

Le dijo que sí, pensando además que sería placentero que lo vieran cruzar la ciudad, con Sebastiana a su lado, en la carroza pintada y tapizada

de los Zúñiga.

Esa noche cenaron en el comedor, al que ella entibió con un brasero, pues él se quejaba de frío.

—Mañana saldrá Rafaela en la carreta llevando lo que pueda hacernos falta en Santa Olalla. Nosotros nos iremos pasado mañana bien temprano, para descansar un rato en el camino, de ser necesario.

—Ya me siento mejor —declaró él—. ¿Nos acompañará tu padre?

—No; Santa Olalla lo entristece. —Y después de un breve silencio—: Su único nieto está enterrado allí.

—¿Y para ti, siendo así, no tiene malos recuerdos?

—Santa Olalla es para mí la vida misma: imposible evadirla, salvo por muerte.

Él intentó una caricia torpe, deslizando la mano por el cuello del vestido hasta tocarle el seno, que parecía arder.

—Le daremos otros nietos —le aseguró con engreimiento.

Ella bajó los ojos y él pensó que parte de la locura que sentía por su esposa se debía a esa castidad acorazada que parecía no ceder a nada. ¿Cómo había quedado preñada? Conociendo a los hombres, y por propia experiencia, dedujo que había sido forzada más que seducida.

Nunca se había interesado por el responsable, pero ahora que estaban casados, quería saber quién había sido. Si andaba por la ciudad, tendría que matarlo sin mucho escándalo: no podía permitir que algún hombre se jactara, en un efluvio de alcohol, de haber gozado de su esposa.

Ella tomó un trago de vino y se puso de pie.

—Iré a ver a mi padre. Está con Isaías porque no se ha sentido bien.

Soto largó un exabrupto.

—Don Gualterio se comporta como si a despecho de su estado de casada, le importara un ardite los inconvenientes que me acarrea con tanta demanda —gruñó con el tono cortante que empleaba con Maderos para que no empezara con sus ingeniosidades.

—Es sólo un anciano que no se acomoda a que todo haya cambiado tan rápidamente —contestó ella, volviendo a sentarse—. ¿O acaso piensa que se inventa los trastornos?

—No; su padre es lo bastante respetable para no inventarlos, sino provocarlos.

—Es muy poco sensible de su parte decirme eso —dijo ella con frialdad.

—Defiendo mis derechos —repuso Soto con obcecación—, ya que él no parece entender sus deberes.

—No creo haberle faltado a usted en nada.

—Pues si me he casado, es para tener a mi mujer conmigo, y no a la hija al lado de mi suegro.

Ella permaneció muda, las manos sobre la falda, el rostro vuelto a un costado, como si no quisiera mirarlo.

Soto se sirvió más vino, volcando algo sobre el mantel pues la mano le temblaba desde hacía unos días. Las cosas no habían salido como él suponía. La frialdad de ella lo inhibía. Si continuaban así, él enfermo, ella esquiva, sentía que su estima no valdría ni un maravedí, debilitándose en la ímproba tarea de encontrar algún sentimiento en ella.

No pretendía pasión —la esposa fría, que para caliente, la amante—, pero había pensado que en algún momento ella aceptaría estar sometida a él, puesto que era su esposo. «La hembra que no tiene el sentido natural del sometimiento está enferma o es loca», pensó.

Temiendo haberse extralimitado en sus quejas, murmuró a modo de justificación:

—Si él fuera menos egoísta, quizá yo me sentiría más generoso con él.

Sebastiana permaneció en su lugar, la mirada fija en el plato. Rígido, él trató de salir airoso del trance diciéndole:

—Me preocupas tú porque eres de naturaleza generosa y tu padre se aprovecha de ello.

—No es así. Y como usted parece haber terminado su bebida, iré ahora a atenderlo. Haré que le manden a usted una tisana para su dolencia.

El maestre de campo aceptó de manos de Porita la taza humeante, y decidió tomársela allí mismo, para poder observar si el curandero permanecía con don Gualterio o se retiraba. La paciencia no era una de sus virtudes, así que se cansó de esperar y se retiró al dormitorio,

desvistiéndose con la ayuda del negro que le mandó Sebastiana, el que atendía a don Gualterio.

Con el empecinamiento del deseo, hizo que le dejaran todos los candelabros encendidos para que no le diera modorra: esa noche estaba decidido a disfrutar de sus derechos de esposo.

A pesar de sus propósitos, cayó en un sueño súbito, de desmayo, sobre las mantas.

OceanofPDF.com

40. De los humores coléricos

«E, señor, non te di este enjemplo sinon que non creas a las mujeres que son malas, que dice el sabio que, aunque se tornase la tierra papel, e la mar tinta, e los peces della péndolas, que no podrían escrebir las maldades de las mujeres. E el rey mandóla quemar en una caldera en seco».

Infante don Juan Manuel

El conde Lucanor

OceanofPDF.com

Santa Olalla
Tiempo después de Pentecostés
Primavera de 1703

Desde el dormitorio de su padre, mientras ella le sostenía la mano para que Isaías curara las heridas causadas por el cilicio, Sebastiana pudo oír las botas de su marido al caer al suelo y el crujido del lecho bajo su cuerpo, aunque eso, pensándolo bien, podía ser mera imaginación, pues no estaban tan cerca las habitaciones.

Todo en ese hombre era agresivo; detestaba el olor a cuero que emanaba, a lustre de metal que ni el baño alcanzaba a quitar, el resabio en sus maneras que indicaban al soldado que nunca se desvinculaba totalmente de las armas y de la muerte.

Su barba le parecía áspera, irritante y le recordaba a don Julián, siendo tan distintas. Odiaba las arrugas de fatiga que se le marcaban alrededor de los ojos, a los costados de la boca; no eran arrugas de hombre sabio, ni de hacendado que pasa al sol buena parte de su vida, ni las del esclavo que, haciendo el obligado trabajo, queda inmerso en otro mundo donde nadie puede tocarlo. Tampoco eran las del artesano que, mientras crea una pieza, deja volar la mente hasta la próxima, la que todavía no tiene forma.

Eran las arrugas de un ser violento, no demasiado inteligente, aunque sí astuto. «Eso es algo que no debo olvidar», pensó mientras acercaba un vaso de vino a los labios de su padre para hacerlo volver del desfallecimiento.

En alguna tertulia, cuando vivía doña Alda, había oído a damas que hablaban alabanciosamente de Lope de Soto, de su hombría —ya que no se

atrevían a hablar de virilidad—, de sus maneras atractivas, de la apostura de su cuerpo bien armado…

Para ella, sólo era otro hombre dominante, con pasiones demasiado torpes y carnales, otro invasor, otro saqueador que amenazaba no sólo su cuerpo, sino también el mundo que amaba: el de su padre, de su casa, de su familia, de la gente de Santa Olalla, de sus libros, de sus animales.

Ya iba perdiéndole el miedo, y se daba cuenta de que esa ausencia de temor anulaba algún instinto en él, como si el cuerpo de ella dejara de expeler el miasma que lo llevaba a la violencia.

—Ahora descansará —murmuró Isaías y, tomando al anciano en brazos, lo recostó buscando darle mayor comodidad al cuerpo dolorido.

Mientras él guardaba ordenadamente sus frascos y sus bolsas de yuyos, ella buscó el libro de Santa Teresa que estaba leyendo su padre por aquellos días: Camino de perfección. Buscó la página señalada con una cinta roja y comenzó a leer lo que le pareció que era también una pintura de sus sentimientos: «Esta casa es un Cielo, si le puede haber en la Tierra. Para quien se contenta sólo de contentar a Dios y no hace caso de contento suyo, tiénese muy buena vida; en queriendo algo más, se perderá todo, porque no lo puede tener; y alma descontenta es como quien tiene gran hastío…».

En un rincón oscuro, Isaías, las piernas recogidas, los brazos sobre las rodillas, la cabeza sobre los brazos, el cabello casi tocando el suelo, escuchaba o, a lo mejor, soñaba.

Ambos dormían cuando ella dejó de leer. Fue a las caballerizas, donde tenían al mastín, y lo soltó para que correteara; cada tanto, el perro volvía a tomar la carne que le ofrecía en la mano; lo hacía para que no se rompiera el vínculo afectuoso con que siempre lo habían tratado.

—Pronto volverás con mi padre —le dijo, palmeándole el lomo.

Brutus le lamía los dedos.

A la mañana siguiente, cuando Lope de Soto despertó, el sol estaba alto, la cama revuelta del lado de su esposa, y oyó la voz de Sebastiana dando las últimas órdenes a Rafaela, a punto de salir para Santa Olalla.

En un estado de agradable modorra, pensó que le vendría bien la soledad del campo, donde no tuviera que competir con don Gualterio por la atención de ella. Hablaba de su buena voluntad el hecho de que, aun estando el padre ñañoso, hubiese puesto en marcha la mudanza.

En cuanto llegaran a Santa Olalla, podría tomarse el tiempo necesario para amansarla y para organizar, con habilidad, su futuro. En primer lugar, debía ver de cumplir con el obispo.

Salía Cupertina con su criada de la casona de los Bustamante, cuando vio entrar, por un portillo entre medio del palacio del obispo y su tienda de mercancías, a la mujer del portugués, Sá de Souza, con una negra que le pareció conocida.

—¿Quién es la negra? —le preguntó a la chica.

—Es Marina, señora; la felona.

—¿La felona?

—Así mismito le llamaban en casa de doña Alda. Le iba con toditos los cuentos, de adentro, de afuera, de arriba y de abajo. Doña Sebastiana le dio la libertad y le puso una casa para que rece de por vida por la muerta, ya que tan bien se llevaban.

—¿Y qué hace en lo del obispo?

—Suele vender cosas… Dicen que se llevó unos papeles de doña Alda.

—¿Para qué le irán a servir?

La chica dudó, como a punto de decirle algo.

—Algún día se saberá… —respondió, cauta.

«Y la portuguesa, ¿qué tendrá que ver en esto?», pensó la señora.

Ya en su casa, le contó a don Marcio lo que había visto.

—Por ahí se distingue la cola de don Dalmacio —dijo con malicia su esposo—; le gusta meterse en las huertas ajenas.

El viaje fue bastante bueno para Lope de Soto, aunque debieron detenerse varias veces para que expulsara lo que tenía en el estómago, que

siempre terminaba en arcadas y una bilis oscura.

Pero al entrar en el patio de Santa Olalla, se sintió renacer. Bajó con los ojos iluminados, mirando al cielo, dando vueltas sobre sí mismo, abarcando, con los brazos abiertos para respirar profundamente, los cuatro puntos cardinales.

Pudo subir al dormitorio sin ayuda, aunque se dejó caer en la cama, la respiración acortada. De cualquier manera, era notable cómo iba tomando fuerzas. Se durmió tranquilo después que su esposa mandara que le quitaran las botas y lo cubrieran con una cobija.

Esa tarde recorrió los alrededores, sin ganas todavía de cabalgar. No se veía a Aquino por ningún lado y preguntó a Sebastiana por él.

—Ha tenido que viajar a Traslasierra para atender nuestros negocios.

—¿De qué índole son los negocios?

—Cuestiones de herencia —aclaró ella evasivamente.

Mientras él callaba, pensando en cuándo y cómo plantear lo que debía al obispo, ella se separó de él y le dijo que iría a orar en la tumba de su hijo.

—Te acompañaré —propuso, pero al verla crisparse, decidió esperarla en la galería que daba al aljibe.

Se acomodó al reparo de los arcos y aceptó el mate que le había llevado una de las indias. Era una muchacha bonita, delicada, con algo de sangre española. No lo miraba a la cara.

—¿Cómo te llamas?

—Carmela.

Pensó que si su esposa demoraba en mostrarse accesible, aquella niña podría muy bien calmar sus apetitos. «Pero no por el momento —recapacitó —; Sebastiana podría volverse caprichosa y todo se enredaría».

Pensó intentar, por la noche, algún acercamiento a su esposa pero, como otras veces, después de comer le dio un sopor incontrolable.

A la mañana siguiente se levantó algo mareado, salió al patio y se mojó la cara y la cabeza para despejarse. Decidió caminar alrededor del casco de la propiedad, entró luego en la capilla, fue al tajamar, se acercó a los corrales y dio unas vueltas por las cocinas mirando las hembras que trabajaban allí con ojos de zorro hambriento aunque baldado.

Todo lucía ordenado, como una maquinaria bien aceitada y eficiente; ya lo había notado la primera vez que pasó por Santa Olalla.

Repentinamente, ocupado en componer sus botas al sol, pensando en que debía encontrar quien suplantara a Aquino, despertó en su conciencia un recuerdo perdido por diez años: cuando estuvo a punto de morir de una mala lanzada en Chile, en un encuentro con los araucanos, el cirujano del virrey lo mantuvo, hasta que sanó, bajo los efectos de una adormidera que le dio sopor, vómitos, dolores de cabeza y mareos, pero sin hacerle sentir ningún dolor.

Las manos le temblaron, la lezna patinó y se cortó un dedo, que mordió con rabia. No podía ser. Una esposa debe fidelidad, no solamente en su cuerpo y en sus sentimientos al marido, sino también en sus acciones cotidianas, en el cuidado de la salud y de la enfermedad.

Pero esas miradas… Varias veces la había atrapado mirándolo a través de la sala, de una ventana, desde el quicio de una puerta. O cuando él imaginaba que leía, o cosía, o bordaba, o rezaba. En verdad, no le gustaba esa mirada. Le daba presentimientos y espeluznos de cuerpo. Y él, que había arremetido solo contra un grupo de matacos armados con lanzas, sentía miedo de aquella joven silenciosa, devota, delgada, de rasgos finos y manos delicadas.

El amor propio le impidió aceptar tan descuidadamente la sospecha, pero decidió tomar ciertos cuidados: no bebería ni comería nada después del atardecer, y sólo calmaría la sed con agua que él mismo sacara del aljibe.

Y esa noche, lo quisiera ella o no, consumarían el matrimonio.

En la mesa revolvió la comida quejándose de malestar en el estómago y suponiendo que la adormidera estaba en la infaltable tisana, pidió que se la llevaran al dormitorio. Cuando lo dejaron solo, la volcó en el orinal; después se acostó, cubriéndose hasta los ojos.

Muy tarde oyó llegar a Sebastiana en puntas de pie, detenerse en el vano de la puerta como los gatos —que no entran en una habitación sin estudiarla —, y finalmente acercarse a la cama. Más que verla, oyó cuando levantó la

taza para comprobar que estaba vacía; al parecer tranquilizada, dio la vuelta al lecho, lo desarmó y acomodó las almohadas como si hubiera dormido en él. Con los ojos entreabiertos, la observó levantar la palmatoria que había dejado junto a la imagen de Santa Catalina y salir cerrando la puerta con extremo cuidado.

Él, que conservaba las botas y estaba casi vestido, se levantó y fue detrás de ella.

La palmatoria que Sebastiana llevaba en la mano se había apagado con la brisa, pero su vestido claro y su pelo suelto se movían ante él como si su cuerpo flotara, con una suavidad esfumada por la luna, a unos centímetros del suelo.

Recorrió la galería alta siguiéndola como la sombra al cuerpo, guiado por el brillo plateado que se helaba en su cabellera al salir de los pasajes oscuros, entre arco y arco, concentrado en el atisbo de luz que despedía su ropa en el instante en que abandonaba los círculos influidos por la luna.

El corazón de Soto, atravesado por la ira, sentía el apremio de capturarla, de mirar en sus ojos y comprender por qué le hacía aquello.

Después de ocultarse tras una columna, la siguió por las escaleras. ¿Adónde iba? A la capilla, pensó, y al dejar atrás el reparo de la casa se encontró deslumbrado ante la luz de un espacio abierto entre la antigua bodega derruida y la vivienda, a su espalda.

Pero Sebastiana no se detuvo allí. Retornó a los corredores de la planta baja y una antorcha de pared le dio fuego para encender nuevamente la palmatoria.

Con furia, Lope de Soto reconoció la gran puerta que daba al patio de Aquino, donde habían dormido una vez con Maderos, Iriarte y Guerrero. Enceguecido, pensó que el mayordomo no estaba ausente, como ella le había dicho, sino escondido en su cubil, quizá gozando de su esposa noche tras noche mientras él sufría su enfermizo sopor. ¡Maderos se lo había advertido al decirle que por el cuerpo de Betsabé mató a Urías el rey David!

Frente a él, como una escala de Lucifer, se veía la rudimentaria escalera de mampostería que iba a los techos. Esperó que Sebastiana cerrara la puerta tras de sí, la oyó correr los cerrojos desde el otro lado y entonces

subió tomándose de la pared. Si le quedaban restos de la pócima en el hígado, fueron barridos por los humores a los que, colérico, acudía el cuerpo en los momentos de furia.

Cuando se halló en lo alto, se deslizó en cuatro patas mirando hacia abajo, al patio de Aquino. Tendido sobre las tejas, a medias sosteniéndose de la rama de un árbol enorme, observó que tras las ventanas mal cerradas se marcaba una raya de luz; pudo oír la voz de ella hablando quedamente con alguien en un tono sosegado.

En las paredes pálidas de los muros, la negrura de la noche no encontraba refugio y la claridad que despedían parecía ascender desde la tierra, como si nacieran de un huerto de otro mundo.

Nubes bajas, sin esperanzas de lluvia, quebradas como cántaros vacíos, cubrían el cielo moteando la tierra como a un gran jaguar. Sacudido por un escalofrío, Soto pensó que era noche propicia para ensalmos de sangre.

De pronto, sin poder soportar la espera, se tomó de la rama y se dejó caer sobre la tierra, en el rincón donde se levantaba el árbol.

Sin moverse, captó el silencio y la quietud dentro de las estrechas habitaciones de Aquino. Como una vida, la poca de luz que se escapaba por los resquicios mal ajustados se apagó: lo habían oído.

Un minuto después, la puerta se abrió y se cerró con rapidez.

Sebastiana se movió hasta pisar la claridad lunar, y sus ojos escudriñaron las sombras, aunque miró atrás, dudando en regresar a las habitaciones. El aire nocturno hacía mover su vestido suelto, vestido de casa, con un temblor de agua en la tela.

Levantó ella el rostro, los ojos muy abiertos mirando hacia los techos, a las sombras del árbol; sus labios parecían atraer una especie de efluvio que bajaba del cielo.

Soto se sintió enloquecido ante la visión. Todo fue en él un frenesí de deseo ante aquella mujer divinizada por la noche, por el silencio humano que se palpaba sobre el susurro secreto de los animales.

Dio un paso hacia ella olvidando sus celos, la presencia del otro, posiblemente a unos metros. Sebastiana lanzó un grito contenido cuando lo vio salir, abultado de sombras, caminando hacia ella.

Quiso retroceder hacia el refugio de las habitaciones, donde se oyó el barullo de alguien que tropezaba en la oscuridad con un rezongo colérico e impaciente.

Entonces Soto, recordando a su rival, recibió el puñetazo de la demencia sobre su frente. No podía ver más que una salida, un deseo, una sola necesidad: la de exterminarlos, la de tomar justicia contra la infiel, matar igualmente al otro, arrastrarlos con un caballo, atados boca con boca, como hacían los antiguos incas.

Con dos trancos largos se adelantó, recordando que no llevaba el cuchillo pero diciéndose: «Me bastan las manos para acabar con los dos».

Sebastiana había dado media vuelta y, en el corto trecho que la separaba a ella de la pieza y a él de ella, alcanzó a meterse en la habitación de Aquino, pero no pudo trabar la puerta. Lope de Soto tiró el peso del cuerpo sobre la madera, pero Sebastiana alcanzó a estaquearla. Enfurecido, golpeó con la cabeza sobre el tablero a modo de ariete y rugió insultando al mayordomo, llamándolo cobarde, anunciándole que no tenía la daga, que saliera armado si quería. La joven lloraba y gritaba desesperadamente: «¡Váyase, váyase!», en medio del estruendo de muebles arrastrados, al parecer tratando de impedir que el mayordomo saliera a enfrentarse con su marido.

De a ratos gritaba: «¡Por su bien se lo pido! ¡Le juro que me reuniré con usted en nuestro dormitorio, pero váyase ahora!».

—¿Por mi bien? —vociferó el maestre de campo—. ¿Por tus promesas? ¡Bien sé lo que valen!

Y de a ratos con los puños, con el hombro y a patadas, trató de voltear la madera que lo separaba de Aquino.

De un empujón consiguió abrir un resquicio más grande, y cuando se creía ya adentro, Sebastiana se escurrió bajo su brazo y corrió hacia la entrada de la galería.

Instintivamente la persiguió, pero no llegó lejos. Algo vino tras él, lo agarró por la nuca y lo sacudió con energía. No eran manos, no eran dedos: eran patas y colmillos.

El mastín lo tiró de boca al suelo, pisoteándole la espalda y la cintura con el peso de un hombre mientras sacudía sus fauces una y otra, y otra vez, con atavismo de cazador decidido a vencer el cuello hasta quebrarlo.

Sebastiana se detuvo en mitad del patio principal, llevándose los puños a la boca. Los sonidos habían sido ínfimos: el perro sólo podía soltar gruñidos apagados, el hombre, sorprendido y con la cara enterrada en el suelo, casi no gritó.

Rafaela, al oír los gemidos de la joven, se levantó y espió a través del vidrio de su pieza; vio a Sebastiana de bruces en el patio, tocando el suelo con la frente en una especie de ataque de locura. Sin siquiera vestirse, salió a ver qué sucedía.

—Lo agarró, creo que lo mató —dijo la joven tomándose fuertemente de sus brazos.

—Él te avisó que iba a matarlo.

—No; Brutus lo atacó cuando él entró a patadas en la pieza; pensó que yo estaba con Aquino. ¡Ah, Dios! ¿Qué vamos a hacer?

Rafaela contestó de inmediato:

—Si dices la verdad, te ordenarán sacrificar al perro.

—¡No voy a matarlo! Es un animal manso; si lo enfrentó, fue porque él me atacó. Esta noche quería matarme; no tomó la tisana, me siguió…

Como la joven temblaba inconteniblemente, Rafaela la abrazó, apretándola contra su pecho.

En aquel momento oyeron la gran puerta que daba a lo de Aquino cerrarse con estrépito y unos pasos fuertes, de hombre, acercándose a tientas por el corredor.

—No hables. —Rafaela le cubrió la boca con la mano mientras la sostenía de la cintura y la arrastraba, como un peso muerto, hasta su dormitorio.

Sebastiana, fuera de sí, movía la cabeza repitiendo ahogadamente.

—Está vivo… nos asesinará…

—Shh…

Lo vieron de pie en medio del patio. La luna, tras una nube, no les dio posibilidad de observar cuán herido estaba, y para cuando volvió a iluminar la tierra, su sombra ascendía hacia los corredores superiores, dirigiéndose a los dormitorios.

—Vámonos, vámonos… —forcejeaba Sebastiana.

—Calla, criatura, calla… ¡Ahí vuelve!

La figura miró hacia el patio, en derechura a ellas. Sebastiana perdió el conocimiento y resbaló hasta el suelo, quedando yerta a los pies de la nodriza.

Rafaela, sin poder contenerse, lanzó un grito que contaminó el silencio de la casa.

OceanofPDF.com

41. «De mi amada bebí…».

«A las veces, do cazar pensamos, cazados quedamos».

Roberto Levillier

Estampas virreinales americanas

OceanofPDF.com

Santa Olalla
Tiempo después de Pentecostés
Primavera de 1703

El juez comisionado llegó a caballo, rodeado de amanuenses, servidores y un piquete de gendarmes. Cuando entraba en Santa Olalla, pensó en qué singular destino rodeaba a la quinta, tan llena de historias trágicas, de muertes y misterios.

Lo hicieron pasar a una sala, donde esperaba la señora, pálida, sentada al borde de la silla, las manos entrelazadas con fuerza hasta volverles blancos los nudillos. Detrás de ella, de pie, estaba la india Dolores con un mantón rústico envolviéndole los hombros. Sebastiana tenía una mantilla negra que parecía sostenerse sólo de su pelo encrespado.

Después de saludarla, el juez se sentó sin saber cómo empezar el interrogatorio, pues lo afectaban sus ojos enrojecidos, sus labios temblorosos, la rigidez del cuerpo, dolorosamente envarado.

Con voz paternal, inclinándose atentamente hacia ella, murmuró:

—¿Podría decirme qué pasó, doña Sebastiana?

Ella hizo un esfuerzo para hablar, y recién al tercer intento consiguió que le saliera la voz.

—Él… mi esposo… oímos ruidos afuera… creímos que era un puma que se había metido en los corrales. Tomó su pistola y salió, por más que le dije que no lo hiciera… El mayordomo no estaba para ayudarlo y tampoco Rosendo… los peones duermen lejos. Tuve miedo de que pasara algo y no llegaran a auxiliarlo…

—¿Qué creyó usted que era?

La consternación pasó como un claroscuro por el rostro de la joven. Hizo un gesto con la mano, que semejó un ave herida.

—No sé… tuve miedo… pensé que podían ser cuatreros…

—No he sabido que anduvieran cuatreros por acá.

—No los ha habido, pero ¿cómo se puede estar seguros…? Mi marido dijo que no, que era un puma y que no iba a dejar que nos matara los terneros. Así que a pesar de que se lo rogué, encendió una tea y salió por los fogones…

Como se había callado, llorando en silencio, él insistió con suavidad:

—¿Y después?

—Lo oí gritar, así que fui por Rafaela. Ella también se había despertado; buscamos en las cocinas un machete y un blandón encendido… Yo… yo tomé un cuchillo y salimos gritando fuerte para espantarlo. La tea que llevaba mi esposo estaba caída, apagándose. Vimos una sombra, un animal que salía huyendo, un animal grande…

—Un puma.

—No, no era un puma.

Aquello desconcertó a los escribientes, al jefe de patrulla y al juez, que levantaron los ojos, y el amanuense, los ojos y la pluma.

—¿No era un león?

—No, era negro.

—Negro —se palmeó las rodillas el juez, diciéndose para sus adentros: «Que no me salga ahora con cuentos de aparecidos, por piedad, Señor, que ya tuve bastante con los de doña Ignacia». Era un caso reciente, donde tuvo que intervenir a causa de una estanciera del lugar, una mujer excéntrica, que decía que los ángeles la visitaban dándole instrucciones para que advirtiera a los vecinos de sus pecados.

—¿Y qué animal diría usted que era?

Ella volvió a dudar y luego tartamudeó:

—Sé que no puede ser… aquí no hay lobos… pero me pareció que era un lobo.

Resignado, él enderezó el torso soltando un bufido para contener la impaciencia.

—Doña Sebastiana, ¿me dice usted que un lobizón, un hombre lobo, atacó a su esposo?

Ella, por primera vez con una expresión consciente, miró a los hombres que la rodeaban: en unos se veía la sorna disimulada, en otros, la credulidad y el temor.

—Señor juez, los lobizones no existen. Quise decir que parecía un lobo, que debía de ser un perro grande.

Un aire entre el alivio y la desilusión aclaró la disposición de los funcionarios.

—O sea, que vuesa merced piensa que pudo ser un perro cimarrón…

—Sí; uno de los perros que criaba don Julián para pelea, que huyeron al monte. De vez en cuando nos matan reses. Son animales salvajes, sin temor a nada. Mi primer esposo los hacía luchar con chanchos del monte y con pumas.

Una vez que ella explicó eso, el juez se sintió de nuevo en la comarca del raciocinio, tierra por la que él se movía con comodidad.

—¿Dónde está el cuerpo? —preguntó poniéndose de pie.

—En la capilla… pero no puedo… —y se volvió hacia la india, que tomó la mano que ella le tendía, y dijo con voz firme:

—Si da permiso usía, yo lo acompaño. Oí los gritos y salí detrás de la señora. Duermo casi encima del fogón…

—Está bien, está bien; no quiero traerle más penas a la hija de mi amigo. Y la tal Rafaela ¿dónde está?

La joven, llevándose la mano al pecho, antes de hablar tomó aire como si le faltara el resuello.

—La mandé a Córdoba en cuanto amaneció. Quería que preparara a mi padre y buscara a su médico, por si se descomponía; es muy impresionable. No lo dejé bueno del todo cuando me vine, pero mi esposo insistió tanto en que nos trasladáramos a Santa Olalla…

Luego, pasándose el nudillo bajo los ojos, para limpiar la humedad de una lágrima, dijo con un suspiro entrecortado, de angustia:

—Además, ella ayudará a mi padre a encargarse del entierro de mi señor y esposo. Tuve que pensar en eso… en que descanse como cristiano;

ignoro si pertenecía a alguna cofradía…

Dolores hizo llamar a Carmela para que atendiera a la señora y envolviéndose en su mantón, la mirada diluida en una especie de ensoñación, los guió hasta el oratorio, donde habían armado la capilla ardiente.

El juez observó el cuerpo que descansaba sobre una mesa, cubierto por una sábana blanca y rodeado de infinidad de velas que, ante la luz del día, parecían débiles y espectrales. Hizo una seña con la barbilla a uno de sus ayudantes, que retiró la tela.

«Lindo hombre», pensó, recordando su juventud ya ida, el señorón. Y luego: «Pobre mujer. Cuando le toca un varón como la gente de esposo, se lo mata el perro del difunto marido. Ella ni lo ha pensado, pero… cosas vederes, Sancho…».

Estaba observando al muerto, mientras tomaba un mate que les cebaba uno de los indiecitos, que los seguía con una pava en la mano, cuando oyeron los cascos de una mula en el patio. Era el hermano Eladio, el asistente del padre Thomas, al que había hecho venir desde la estancia de Alta Gracia.

El joven parecía complacido por la responsabilidad que implicaba su dictamen, pero cuando se encontró con el cadáver, parte de su seguridad se tambaleó.

Observó el cuerpo, desconcertado, igual que el juez, al no encontrar herida exterior que justificara la muerte de aquel hombre maduro, pero fuerte y sano, sin signos de deterioro.

Por darle fundamento, el juez se balanceó sobre la punta de los pies y le aclaró:

—Según la esposa y la criada, lo atacó un animal.

—¿Y dónde están las lastimaduras?

—No sé. Dígamelo usted, que es el que sabe.

El joven, con la delicadeza de maneras de una doncella, puso los pulgares paralelos bajo la barbilla, abarcando con las palmas el cuello: la cabeza cayó a un costado, sin sostén.

—Le quebraron el cuello. Que alguien me ayude; es un hombre pesado.

Dos soldados, mientras el hermano Eladio sostenía la cabeza, lo volvieron de espaldas. Recién entonces se pudo ver la extensión y magnitud del ataque.

—¿Dijo doña Sebastiana qué animal?

—Cree que era un perro.

—¿Un perro de esta altura? —señaló la herida en las cervicales.

—Don Julián, el primer esposo de la señora, criaba mastines de pelea. Dos o tres se le escaparon al monte y se volvieron cimarrones.

—Así tendría sentido. Mire, primero lo capturó por la espalda; la víctima estaba de pie, la tiró al suelo y no la soltó hasta descogotarla…

—¿Cómo sabe eso?

—Por la posición de los colmillos; justo detrás de él, como en un cuerpo a cuerpo, apenas inclinados. Si lo hubiera atacado en el suelo, tendría que haberlo mordido de costado, la cabeza perpendicular a la de él. Una vez que cayó —señaló las marcas cárdenas sobre las laceradas paletillas—, lo pisó para sostenerlo contra el suelo y en eso —volvió a señalar— se nota la maña del perro enseñado para matar. Se puede decir que se paró sobre él y no aflojó las fauces hasta sentirlo inerte.

—Sabe mucho de perros de lucha —lo sondeó el juez.

El joven, sin darle importancia, reconoció que en Huelva su tío se dedicaba a criarlos. Después tomó las manos grandes, curtidas de cicatrices, del muerto, y observó las uñas atascadas con una costra negra y espesa.

—Ya ve, en la desesperación clavó los dedos en la tierra.

—¿No pudo defenderse? Tenía una pistola en la mano —señaló el arma que descansaba, cubierta de estiércol, sobre un banquito.

—No debe de haber tenido oportunidad de usarla; más le valdría haber dispuesto de un cuchillo. De cualquier modo, en la forma en que supongo sucedió, no tenía salvación.

—¿No gritó? —preguntó el juez, suspicaz.

—Una o dos veces, cuanto más.

—¿Qué tiempo le llevó al perro hacer la faena?

—Muy poco. Unos escasos minutos. —Pensativo, aclaró—: Si a la señora le sirve de consuelo, casi no sufrió.

Todo concordaba, por suerte, y el funcionario se relajó. No lo creía de esta joven, delicada y religiosa como pocas que conocía, hija de su amigo Gualterio, pero «Cosas vederes, Sancho» repitió, recordando varios casos en que, si bien no pudo probar la culpabilidad de la mujer, se quedó con dudas sobre lo sucedido.

—¿Y tú, qué puedes decir? —preguntó, volviéndose a Dolores.

—Cuando yo llegué, la señora y Rafaela gritaban para espantar al perro.

—¿Alcanzó a verlo?

—Talmente. —Con la palma, Dolores hizo un ademán de marcar altura, y era mucha—. Me asusté porque en un momento me pareció que el bicho dudaba entre irse o atacarnos. Pero se fue al fin. Era una bestia malévola, ni siquiera se apuró a escapar. Yo pude verlo por un rato; volvía la cabeza, los ojos colorados como tizones. El ama no lo vio, y mejor fue; estaba arrodillada junto al señor, tratando de ayudarlo.

Fueron después a los corrales, donde revisaron el lugar. Había poca sangre, pero se notaba el ajetreo de pezuñas y pies entre el guano y los bebederos.

—Nos dimos cuenta en seguida de que estaba difunto —dijo Dolores— porque cuando lo alzamos, la cabeza se nos quedó colgando.

—¿Y ese Aquino y tu hijo dónde andaban?

—En el Yacanto de Traslasierra. Hace ya por diez días o más. El señor don Gualterio lo mandó por sus cuestiones.

Aquello era tranquilizador. No lo creía probable, pero el hombre, joven y bien plantado, podría haber despertado suspicacias en mentes más inquisitivas que la suya.

Todo parecía muy claro. Volvieron a la capilla y en el atrio, después que dos ayudantes trajeron una silla y el pupitre del escribiente, dio su dictamen: muerte por ataque de animal, posiblemente can, y mandó advertencia a los vecinos sobre el peligro de salir de noche de sus casas. Ordenó también que se batiera el campo y se exterminase a todo perro cimarrón que se encontrara.

Mientras se escribía el informe y él conversaba sobre sus órdenes con el jefe del piquete, se oyó llegar a alguien. Era el mayordomo a caballo,

además de Rosendo y una mujer embozada cabalgando en mulas.

Ante la curiosidad de todos, Rosendo ayudó a bajar a la mujer de la montura. Era alta, grandota, no parecía joven. Las manos y los tobillos mostraban una piel oscura, curtida. Aceptó la ayuda del muchacho y al quedar en tierra, el embozo se corrió y todos los que la conocían se quedaron mudos: era Eleuteria, la barragana de don Julián, que había desaparecido junto con sus hijos poco antes del incendio. Muchos la daban por muerta.

Previendo más disgustos para la señora de Santa Olalla, el juez salió de su mutismo preguntando secamente a Aquino:

—¿Qué hace esta mujer aquí?

Aquino, lleno de polvo, se encogió de hombros, al parecer no muy contento ni del encargo ni de la situación.

—Doña Sebastiana y don Gualterio me pidieron que la buscara y la trajera.

Y sin quitarse el sombrero, el mayordomo miró de reojo al juez, gozando de su desconcierto.

Eleuteria no parecía incómoda, aunque se mantenía impertérrita. Ni una expresión, ni un gesto traslucieron sus facciones severas. Murmuró algo a Rosendo y se retiraron, llevando las mulas a tiro, por la parte exterior de la casa, hacia las barracas.

—¿Y qué ha pasado acá? —preguntó Aquino, como si recién comprendiera la singularidad de la presencia de todos en la quinta.

—El marido de doña Sebastiana; lo mató un perro —dijo el jefe de gendarmes.

—Habrá sido un puma —acotó el mayordomo, incrédulo.

—No, al parecer fue uno de los perros que criaba su amo… su hermano de usted… —se corrigió el hombre, gozando en ofenderlo. Pero Aquino no dio señales de molestarse.

—Es posible. Yo le advertí a Julián que esos animales terminarían trayendo problemas.

Tiró las riendas al indiecito de la pava, que las cazó en el aire, y se retiraba hacia la casa, cuando el juez le dijo:

—El muerto está en la capilla.

—¿Y qué? —se volvió Aquino, indiferente.

—¿No lo verá?

—No es mi muerto. Y ante el ministerio de vuesa merced, ¿qué podría aportar yo? Estaba ausente.

—Pero Soto era su patrón —protestó el juez.

—No, señor; mis patrones son doña Sebastiana y don Gualterio. El maestre de campo, igual que mi hermano Julián, sólo han sido para la Ley y para mí los maridos de la dueña de Santa Olalla. Yo ni siquiera lo vi poner un pie en estas tierras; ya estaba de viaje.

Dejándolo bastante consternado, hizo una corta inclinación y ya se retiraba cuando el juez volvió a hablar.

—No parece usted sorprendido de su muerte.

—Pues lo estoy; nunca creí que el capitán durara mucho, peleando en las fronteras y arrebatado como era. No parecía que fuera a llegar a viejo. Lo que sí me sorprende es que un animal le haya quitado la vida.

Como pensando que se había mostrado demasiado indiferente, agregó:

—Lo lamento por la señora. Hacía poco que estaban casados.

Nadie se sintió con ganas de hacerle otra pregunta.

El padre Pío apareció esa siesta, en una carretilla, acompañado de dos negritos; dejó a las criaturas juguetear con los niños de Santa Olalla mientras las mujeres los llenaban de dulces, y secándose la frente pecosa dijo a modo de consuelo —aunque muy realistamente— a doña Sebastiana:

—En fin, hija, me sinceraré: respeto su dolor, si es que lo sufre, pero creo que ha tenido suerte de librarse de ese hombre. No tenía la pasta para ser un buen marido, ni siquiera era un buen hombre.

Luego sacó la conversación de los ritos mortuorios. La joven le dijo que pensaba trasladar los restos del maestre de campo a la ciudad, pero él hizo un gesto de espantar moscas.

—No, no, no. No estoy de acuerdo. Debe enterrarlo en Alta Gracia. —Y adujo con maneras de labriego—: Eso de andar acarreando muertos por

toda la provincia no me parece sano. Una vez que Dios se llevó el alma, el cuerpo puede ir a un estercolero, como pidió Jesús de Aguerre en testamento: que sus fámulos lo arrojaran al muladar envuelto sólo en un lienzo. En el cementerio de la estancia tenemos lugar… Un entierro digno, sin muchos gastos… ¿para qué más? He traído un ataúd en la carreta. Yo podría ayudaros en la tarea.

Sebastiana cedió y esa tarde, temprano, partieron con Rosendo dirigiendo la carreta en que iba el cuerpo de Lope de Soto en el cajón abierto, vestido con su traje de gala. Sebastiana, que no quiso asistir a la preparación del muerto, contando con la tolerancia del jesuita, mandó que le pusieran todas sus joyas.

—No, no —reaccionó el padre Pío, saliendo de su sopor de siesta. Y enderezándose, le aconsejó—: Guardadlas para el obispo. Algo va a querer sacaros, especialmente porque es la segunda vez que parientes vuestros le prometen grandes cosas y mueren antes de lo imaginado.

Sebastiana dejó escapar una sonrisa medida y dio órdenes para que todas las cosas del maestre de campo fueran acomodadas en un cofre.

En la capilla vieja de Alta Gracia —la iglesia estaba todavía en construcción— lo velaron por dos días. Sebastiana distribuyó dinero entre los negros para que no dejaran de rezar un solo minuto, y ella misma se hizo presente, el rostro velado, para cumplir con los gestos de una viuda.

Al otro día, muy temprano, se lo enterró. La ceremonia fue breve, sin ningún boato, sólo piadosa.

Ya terminaba, cuando vieron llegar el coche de los Becerra. En él venían doña Saturnina, don Esteban y Rosario. Se abrazaron con ella, que tuvo que levantarse el velo para que la besaran; apenas si los miró, manteniéndose a distancia de su tío, quien lucía pálido y muy delgado, casi frágil. Poco fue también lo que Sebastiana habló con las dos mujeres.

Sin detenerse demasiado con ellos, subió a la carroza y tomó el camino de la ciudad. En la mañana tibia, Becerra sintió que el sol se había enfriado.

Cuando regresaban a Anisacate, él pensando desesperadamente en volver a Córdoba, sintiéndose culpable por la alegría que había experimentado al enterarse del fin del maestre de campo —no por

venganza, sino porque dejaba libre a Sebastiana—, su tía dijo, sorprendiendo a los dos hermanos:

—Creo que es hora de que sepas, Esteban, que Sebastiana se casó obligada por las circunstancias: ese loco le había jurado matarte si no lo hacía.

—¿Ella no lo amaba? —preguntó Rosario sin prestar demasiada atención. No le hubiera disgustado, en su temprana viudez, haber encontrado un marido como Lope de Soto. Sólo le había llegado a desagradar después del incidente con su hermano, aunque consideraba que esas reyertas, entre hombres, eran irremediables.

—¡Ella, amar a ese hombre! Poco la conoces. Se sacrificó por su padre y por Esteban, para evitarles peligros y disgustos. Así, Esteban, que no quiero verte de nuevo con mala cara, como cuando te enteraste de su matrimonio. ¿Me oyes, sobrino? Ella me pidió que cuidara de ti.

Pareció que Becerra iba a decir algo, pero la señora continuó sin darle ocasión.

—Ahora debes proceder con prudencia. No tienes que dar que hablar. Te vendrás con nosotras a Córdoba, pero no pisarás su casa. Si Gualterio quiere verte, que vaya a la nuestra. Tus hermanas y yo te daremos noticias.

Sacudió con fuerza la pantalla de palma.

—Mal no te vendrá el retiro, que estás muy desmedrado. Más bien te guardas hasta que estés de nuevo fuerte y galán, no sea que ella se escape al verte tan canijo…

Esteban se recostó contra el asiento. Aún le hacía sudar la herida, pero las palabras de su tía le habían devuelto con fuerza el deseo de vivir. Sebastiana no le había mentido aquella noche en que fue a escondidas a su casa, escabulléndose por callejas oscuras, embozada y sola, a darle el beso que le devolvió la vida.

OceanofPDF.com

De las confesiones

OceanofPDF.com

… Después de que el maestre de campo hirió a don Esteban, la noche en que no hubo ofensa o dolor que no me infligiera, en que pensé matarme para terminar con mis sufrimientos, entendí que era necesario vivir por mi padre.

Tuve que jurar a Lope de Soto que me casaría con él, pero al calmarse todo, en el silencio de la casa, me pregunté: «¿Por qué otra vez; por qué padecer de nuevo lo que padecí con don Julián, la injuria a la que me sometió Maderos?». ¿Por qué debía entregarme contra mi voluntad a hombres de pasiones que me degradaban?

Terminé aceptando lo irremediable cuando me dije que, si tenía que defenderme de él, iba a hacerlo. Y sabiendo que mi padre sufría al ver que, sin remedio, me entregaba al amante de mi madre, me prometí no ceder a las pretensiones del hombre que debí aceptar por violencia como marido.

Busqué y encontré en el libro de Kratevas una fórmula que, uniendo la adormidera al beleño negro, podía atontarlo, descomponerlo y evitar que me tocara, pues el vigor, los sesos y la voluntad no responderían a su mando. Y no producía dolor.

No estaba segura aún del destino que reservaba a este hombre; podría explicarlo con las palabras de San Agustín: «Ni del todo quería, ni del todo no quería. Por eso estaba en pugna conmigo mismo y me disociaba de mí mismo». Y éste sería el caso que él llamó «dos voluntades, malas una y otra».

Así debía ser, pero yo sólo sentía en mi corazón, en mis entrañas, en mi sangre, que me descomponía el pensar que me tocara. Tampoco quería que hiciera daño a mi perro, ni que se aprovechara de lo nuestro, pues bien

sabía que había prometido al obispo el oro, el moro y la plata también, si de alguna manera éste conseguía presionarme para que lo desposara.

Mucho dudé en tomar determinaciones irreversibles, pero él comenzó a hablar de que me mataría. Pensé que el padre Thomas iba a llegar en cualquier momento de Jesús María, así que me pareció prudente trasladarme con Soto a Santa Olalla, lejos de los ojos de quienes podían saber o sospechar.

Y temiendo que me matara antes de que pudiera defenderme, escribí una carta donde denunciaba su relación con mi madre, que entrambos planeaban asesinar a mi padre para poder casarse, que más adelante él me amenazó con matar a don Esteban si no cedía a sus pretensiones, y que estaba dispuesto a matarme también a mí, pues codiciaba mis bienes y a más, había concebido una pasión malsana por mi persona.

Luego la guardé en mi pequeño arcón, junto con la daga de mi madre y su crucifijo de oro: muerta yo, lo primero que irían a abrir sería ese cofre.

¿Por qué llevé a Brutus? No lo sé. Creo que fue para que me defendiera de Soto si sucedía algo; o quizá para dejarlo en la quinta, protegido, hasta que se resolviese lo que hubiera de ser del maestre de campo.

Las cosas se complicaron; él sospechó, no bebió la tisana y me siguió hasta la vivienda de Aquino, donde yo tenía encerrado al mastín y donde a veces me retiraba a dormir, en la misma cama del mayordomo, que estaba ausente. Soto enloqueció de celos y su furia, sus gritos y sus golpes, y el mal recuerdo que el animal tenía de él, hicieron lo demás.

¿Lo maté yo? No. ¿Lo hubiera matado? Tal vez, pero fue Brutus quien acabó con él, librándome para siempre de ese hombre detestable.

No diré por quién conseguí el beleño, pero hay en la ciudad un tráfico secreto de hierbas peligrosas, de esas que miraría el Santo Oficio con mal ojo y la justicia con recelo. Sólo hay que saber a quién pedirlas.

OceanofPDF.com

42. De los bordes sutiles

«Deseando fabricar el obispo Mercadillo las casas episcopales y el seminario, dedujo esta cantidad con consentimiento de las monjas. De todo ello había pagado los réditos del cinco por ciento desde el día que percibió esta cantidad. Dos cláusulas de la Memoria que dejó el Obispo convencían de su recto obrar y limpia conciencia».

Padre Cayetano Bruno

Historia de la Iglesia en la Argentina

OceanofPDF.com

Córdoba del Tucumán
Tiempo de Adviento
Primavera de 1703 - Verano de 1704

Lo primero que dijo don Gualterio cuando salió a recibir a Sebastiana fue:

—Se lo merecía. ¡Ojalá hubiera yo tenido bríos suficientes para matarlo cuando lo… lo de Esteban! El Diablo mandó a ese perro para que se lo lleve con él a los Infiernos, que es donde debía estar. Dios ha dejado actuar sin que nosotros intervengamos para librarnos de él. En fin, haré decir unas misas por su alma, que seguro las necesitará —y cambiando de voz—: Me hace feliz que estés de nuevo en casa.

Brutus, que había salido al oír la carroza, volvió de la calle al trote, manso y cariñoso, buscando la mano de ella para que le acariciara las orejas, apoyando la cabezota sobre su falda. Sebastiana le hizo cosquillas, luego se inclinó y arrimó su cara al cogote del animal.

—Creo que hubiera terminado matándolo yo misma. Ya bastantes cosas he tenido que soportar —murmuró para su padre, aunque sin mirarlo.

—Bueno, que nadie te oiga decirlo. Hay gente sin entendederas que podría tomarlo literalmente.

Pidió luego que le contara la indagatoria de su amigo el juez.

El resto del día Sebastiana lo pasó en enterarse de la marcha de la casa, en cuidar a su padre y darle el gusto con algunos caprichos.

—¿Quién lo está atendiendo ahora? —preguntó ella mientras le acomodaba las mantas flojamente, como a él le gustaba.

—El hermano Montenegro me ve dos veces por semana; pero le he pedido a Isaías que venga todos los días. Me entretiene. Creo que sus tisanas son las mejores. Además tiene algo en la voz… Cuando no puedo dormir, él comienza a contarme algo y es como un arrullo.

—¿Y el padre Thomas?

—En la Candelaria; hay por allá un indio que sabe mucho de hierbas y es buen curandero, así que ha ido a examinarlo para ver si puede ayudar en las necesidades de la estancia.

—¿Quiere que le lea algo?

—Ya terminé con Santa Teresa. Mira, compré en la Compañía las Confesiones de San Agustín. ¿Sabes que en la Edad Media, antes de que apareciera el Imitatio Christi, fue el libro de meditación universal?

—No; pero compraré uno para mí. ¿No es que fue un gran pecador, y por la fuerza de su arrepentimiento, llegó a santo?

El marcador estaba en el Capítulo VI y comenzaba: «Permíteme, empero, que hable en presencia de tu misericordia, yo, tierra y ceniza. Permíteme que hable, que es a tu misericordia, y no a un hombre que se burlaría de mí… Quizá tú también te burles de mí, pero, volviendo a mirarme, me compadecerás…».

—¿Me compadecerás…? —murmuró Sebastiana, levantando la vista hasta el Cristo iluminado del retablo de su padre.

Al otro día, don Marcio y Cupertina fueron a visitarla, el primero preocupado por las cuestiones legales.

—¿Sabes si tu esposo dejó testamento?

—En los cofres que llevó a Santa Olalla no había ningún papel. Quizás en la casa que compartía con Iriarte y Guerrero…

—Ya mandaré por sus cosas. No es de urgencia; que sepamos, mucho no tenía, salvo alguna plata que había dejado en custodia al obispo.

—Lo ignoraba.

—Pues sí; don Dalmacio de Baracaldo, el correveidile de Su Ilustrísima, me lo confió. Parece que un día hacía él antesala mientras Soto hablaba con

fray Manuel, y así se enteró. No recuerdo bien la cifra.

—Aunque fuera el tesoro de Constantinopla, no me interesa.

—Pero la Ley es la Ley. Tú le heredas, sean andrajos o armiños reales.

—Lo donaré al hospital de Santa Olalla para que sirva de alivio a los soldados.

—Mejor paga sus deudas de juego —intervino Cupertina palmeando la mano de la joven—. Que su nombre quede limpio —aclaró—; era tu esposo.

Don Marcio reconoció la sabiduría del consejo.

En algún momento se oyó que llamaban a la puerta, pero no le prestaron atención hasta que una de las criadas hizo pasar a doña Mariquena Núñez del Prado, que al cruzar el umbral y encontrarse con su hermano y su detestada cuñada, hizo ver que se retiraba.

Sebastiana la alcanzó en el corredor.

—¿No me dará usted el pésame? Mírese en el espejo de lo que me pasó, y dígame si la vida tiene avales: recién casada, y ya viuda. Y véase usted, disgustada con su hermano que tanto la quiere, y con Cupertina, que es una buena mujer y lo cuida con afecto. Si él muriese mañana…

—¡Dios no lo quiera! —exclamó la señora, juntando las manos sobre el pecho—. ¡Aunque distanciados, antes yo!

—O usted, si quiere. ¿Cómo se sentiría él?, ¿cómo se sentiría usted?, ¿cuántas culpas padecerían hasta que les tocara comparecer ante Dios?

Doña Mariquena comenzó a lagrimear. Sebastiana le pasó el brazo por la dilatada cintura y la llevó hacia la sala. Don Marcio las esperaba de pie. Después de ver que los hermanos se abrazaban, tratando de contener la emoción, Cupertina se les acercó.

—Buenas tardes, Mariquena. Mucho que no te veíamos.

La visita terminó en paz y con aquellos tres reconciliados. Antes de irse, don Marcio aseguró a Sebastiana que él se encargaría de llevar adelante la convocatoria de deudores y la recuperación del dinero que guardaba el obispo al maestre de campo.

Mientras las mujeres salían conversando una al lado de otra, Sebastiana se retrasó y su tío se vio obligado a acortar el paso.

—Tengo que consultarle algo muy serio, tío. ¿Podría ir mañana a su casa?

—¿Prefieres que no esté Cupertina?

—No, no es eso. Su esposa es tan práctica, que es posible que nos dé una salida a lo que me aflige.

—¿Se trata de tu marido?

—De mi primer marido, de don Julián, y de su concubina, la india Eleuteria.

—¿Te ha hecho esa mujer algún reclamo? Porque no creo que pueda…

—Oh, no. No me ha hecho reclamos. Es… prefiero hablar mañana con usted, cuando podamos discutir el asunto con más largueza.

Llegaron a la puerta, donde sus tías conversaban, Mariquena con aturdimiento, Cupertina echada para atrás, como en guardia. Sebastiana las besó y les comentó que se iba a retirar unos días en las Catalinas pues necesitaba de los ejercicios espirituales.

Don Marcio, caminando detrás de las señoras, iba preocupado. No había querido decírselo a Sebastiana, pero Novillo Mercadillo, el sobrino del obispo, le había hecho ciertos reclamos sobre unas tierras que doña Alda le había cedido y unos dineros y otras tierras que Soto le había prometido.

—Si no hay testamento… —había contestado él.

—Pero si hay documentos firmados… —respondió el otro.

Tendría que ver de qué se trataba, no preocuparía a Sebastiana antes de tiempo. Una idea perturbadora le cruzó el pensamiento: ¿habría verdad en lo que murmuraban de fray Manuel, que demasiados comunicatos secretos, a viva voz o por letra, aparecían en su poder mágicamente, en especial cuando el testador no podía dejar constancia de su caligrafía, puesto que era poco ducho con la pluma? «Un garabato lo hace cualquiera», pensó, preocupado, y le vinieron a la memoria las veces en que, llegando a visitar al obispo, su sobrino, que estaba transcribiendo algo, guardaba delicada pero prestamente los papeles bajo la tapa de su pupitre.

Era un mal pensamiento. Si sólo fuesen infundios, estaba pecando gravemente.

En el momento en que Sebastiana se disponía a salir para las Catalinas, le llegó un mensaje del obispo pidiéndole que se presentara a verlo, aduciendo ciertas deudas de su marido.

Sebastiana, que ya estaba alertada por el padre Pío, cerró el arcón del maestre de campo. Iban allí sus cosas y las copias de partes de guerra y otros escritos que estremecieron a Sebastiana cuando Iriarte se los entregó: había reconocido la letra prolija, que tantos malestares le había provocado en el pasado, de Maderos. Apiló varios enseres de plata, puso como coronamiento las joyas, de las cuales había un resumen completo también hecho por el estudiante, y cerró el cofre.

A su lado —hediendo a cuero y sudor equino, al betún con que se resguardaba el acero—, amontonó cuantos arreos de caballería y armas pertenecían al maestre de campo. Hizo decir al mensajero que obedecería aquello, pues su marido le había dado instrucciones de cumplir con ciertos legados.

Luego se internó en el monasterio, en la tranquilidad de que esa tarde se llevaría todo a lo del obispo, bajo la supervisión de su tío abuelo don Marcio Núñez del Prado.

Había adquirido las Confesiones de San Agustín, de las cuales ya no podía prescindir, pareciéndole que la voz del santo le llegaba abriéndole, de una manera todavía confusa, una puerta hacia la comprensión de sus actos.

Mientras Sebastiana se refugiaba en la meditación y la soledad, enclaustrada en esa especie de gota suspendida del tiempo que abarcaba al monasterio y a sus reclusas, don Marcio tenía entre manos el problema que le había planteado la joven sobre los bienes de don Julián.

Era un desgraciado asunto, sólo comprensible por la personalidad malvada del difunto, por la venalidad de un sacerdote, por la indiferencia de otros a hacer las averiguaciones pertinentes. Se devanaba los sesos pensando en cómo podía despejar la situación de su sobrina nieta,

guardándola del mal mayor, revelando lo menos posible, conciliando alianzas para sellar silencios, viendo en qué juez confiar, cómo elegir gente que fuera amigable con su familia o estuviera emparentada con ella.

Le ofuscaba la determinación de Sebastiana, queriendo llevar adelante lo que a él le parecía una especie de suicidio social. Se lo había dicho, y ella contestó:

—¿Me doy yo con alguien? ¿Acaso acudo a saraos? Si mi conciencia me exige este sacrificio, estoy dispuesta a seguir adelante: de esa manera quizás encuentre alivio a mis muchas culpas. Sólo necesito de mi familia, el resto de los ciudadanos hablarán o no según les venga en gana. Y si a mi familia le molesta, pues tendrá que resignarse: es parte del pecado común. Yo era una criatura y no recibí la protección debida. Así que es llegada la hora de hacer justicia y de sufrir consecuencias. Además —citó—, «¿para qué afanarse en el sigilo, si toda honra está a merced de cualquier lengua malvada?».

—Pero te lastimas tú, lastimarás tu honra.

—Mi honra no. La de mis padres, la de la Iglesia, la del obispo, la de algunos de mis familiares. Yo considero más deshonroso que me hayan casado con esa fiera de don Julián, que se haya permitido que matase a mi hijo y que nadie haya levantado un dedo para ponerlo en evidencia. Incluyéndome a mí.

Y haciendo una pausa, Sebastiana le volvió la espalda.

—Me absuelvo en parte porque era muy joven, estaba aturdida y tenía miedo… aunque reconozco que no me quedé propiamente cruzada de brazos después.

Don Marcio se estremeció y, como procurador ducho, prefirió no preguntar, no saber más de lo que sabía.

Sentándose frente al escritorio, la joven levantó la mirada hacia él, que se paseaba con parsimonia, rascándose la barba.

—Así que, tío, sigamos adelante; la luz debe limpiar las habitaciones en tinieblas. Es la única forma de volver a habitarlas.

—Tu padre sufrirá.

—Ya lo consolaré yo.

—Y Esteban… todos tenemos la ilusión…

—Esteban es quien menos debe reprocharme.

No hubo forma de disuadirla. Con enormes dudas, don Marcio decidió consultarlo con Cupertina.

—Haz lo que te pide. Toda la situación es una úlcera podrida que hay que sanear. Lo demás, ¿qué puede importarnos? El que esté exento de culpa que arroje la primera piedra, y el que tenga tejado de vidrio mejor se abstenga, porque se le devolverán las pedradas.

Quedó fijado entonces el curso de las cosas.

A la mañana siguiente, don Marcio presentó ante la Ley un recurso en favor de Eleuteria y los hijos de don Julián por la parte que podía tocarles de sus bienes, a unísono con lo que heredaba Aquino Ordóñez, hijo bastardo, reconocido como medio hermano del muerto, con derecho a usar aquel apellido por manda testamentaria de su padre natural.

Estaba Sebastiana internada en su retiro, cuando le llegaron los rumores de que el obispo, a pesar de la complejidad de sus relaciones con ambos conventos de monjas, había obtenido, solicitado —o expoliado, según sus enemigos— del capital de ambas órdenes religiosas la cantidad de 30.000 pesos, la cual guardaba en sus arcas «a usura pupilar», como hacían notar sus adeptos, clarificando la actitud de Su Ilustrísima.

Las murmuraciones corrían como con alas en los pies, y era prácticamente imposible, para los ciudadanos que no eran ni adeptos ni enemigos del obispo, reconocer la verdad. Entre otras dudosas virtudes, el cordobés tenía la habilidad de hablar con tal convencimiento, en tono mesurado y doctoral, que había que ser muy agudo para distinguir la paja del trigo en sus intenciones.

Sebastiana pensó que al menos por un tiempo, mientras se defendía a mandobles verbales de sus detractores, fray Manuel se olvidaría de acorralarla por las promesas hechas por otros sobre los bienes de ella.

Su tío le había mandado una nota comunicándole que el dinero con el que pensaban pagar las deudas de Lope de Soto era prácticamente irrecuperable: entre otros papeles —que no especificó— existía un acuerdo del maestre de campo con el obispo de donar, en caso de que lo

sorprendiera la muerte antes de que él retirara los efectivos, aquel capital para las obras del seminario, que el doctor Mercadillo estaba empeñado en sacar adelante.

Sebastiana ordenó entonces que de su propio dinero se pagaran los famosos compromisos de maese Lope «ya que este marido fue elegido libremente por mí, a la creencia general, y me adeudo, en esto, el respeto debido a mi fenecido esposo».

El verano y la Natividad la encontraron entrando y saliendo del convento, refugiándose en Santa Olalla, retornando a la ciudad por pocos días, de manera que nadie sabía con seguridad su paradero, y mucho menos el obispo.

En uno de sus regresos, le contó a su padre que Aquino había decidido regresar a la Orden de la Merced, y que había entrado en reclusión para preparar su ánima en aquel tránsito.

—Por el momento, he puesto a Rosendo al frente de Santa Olalla, pero tendré que encontrar quien se haga cargo de la propiedad. Rosendo es bueno, pero no puede suplantar en todo a Aquino.

—Esteban se ocupará de eso —dijo don Gualterio—; ¿quién, si no?

Sebastiana calló; su relación con Becerra era bastante extraña: se veían poco, casi siempre en compañía de la familia, y la joven se mantenía distanciada de él.

A veces, cuando la visitaba en compañía de Eudora y Salvador, ella y su prima se sentaban cerca de la ventana, a bordar y coser el ajuar del niño que pronto llegaría. Esteban, aparte, conversaba con su padre, con Salvador, quien se veía aplomado y satisfecho: trabajaba con don Marcio y, por afecto, seguía haciendo de ayudante de don Gualterio.

Sebastiana miraba a Becerra de reojo, furtivamente, y algo en el pecho le despertaba una congoja enorme, dolorosa. Era como decirse: «Esto podría haber sido, pero no será jamás». Como jamás sería lo de Aquino.

Como otras veces, pensó: «Con él sería más fácil todo». Pero la relación de ambos estaba fuera de toda posibilidad.

A veces, de noche, recordaba a su perrito, el que había matado Soto, que solía dormir a sus pies. Se sentía desesperantemente sola, le parecía que no soportaba ya más los oscuros secretos que guardaba en su conciencia. Quería confesarse y temía hacerlo. Y un presentimiento desazonador le impedía quemar el libro de los venenos, aunque una parte de ella deseaba no verlo más.

Las Confesiones de San Agustín eran su único consuelo, y de alguna manera torcida, confusa, encontraba en él la justificación de sus actos pasados.

A veces, mirando la tierra resquebrajada de la huerta de hierbas, por donde se había paseado, hablado, recibido lecciones y trabajado con la hermana Sofronia, se preguntaba si no estaría loca.

«Si tú piensas que estás loca, es porque tienes discernimiento; quien tiene discernimiento, no está loco», habría sido la respuesta de su maestra.

Pero debía haber un borde muy sutil, quizás abstracto, que separaba la cordura de la demencia. ¿Cómo saber si no se había puesto un pie del otro lado de la línea?

OceanofPDF.com

43. De cómo llevar a cuestas el alma

«Esto motivó la preocupación por parte de las autoridades, tanto civiles como eclesiásticas, sobre el papel que jugaban los sacerdotes en la cabecera de los moribundos y se encargó especialmente que no hicieran inclinar la voluntad del testador hacia sus órdenes o hacia ellos mismos, porque eso constituía una falta grave… De todos modos, muchos cordobeses confiaban en clérigos y religiosos, a quienes dejaban como fideicomisos, además de encargarles que cumplieran su voluntad a través de comunicados secretos».

Ana María Martínez

Vida y «buena muerte» en Córdoba durante la segunda mitad del siglo XVIII

OceanofPDF.com

Santa Olalla y Córdoba del Tucumán
Después de Pentecostés
Invierno de 1704

Por más que, estando en Anisacate, Becerra se preocupaba de atender la finca de su sobrina, comprendió que había que dejar a alguien permanentemente en ella. Nunca había simpatizado con Aquino, aunque le reconocía los méritos, pero escuchó a éste cuando le aconsejó que dejara a Rosendo de mayordomo.

—Sabe tanto como yo, es persona honesta y sin vicios, y en Alta Gracia le han enseñado a leer y a escribir: no puede dirigir un notariado, pero sí llevar cuentas sencillas sin que tenga que traer a otro que embrolle las cosas. Ponga a su madre, a Dolores, a ayudarlo, y no necesitará a nadie más. Rosendo visita a una chica de Pozo de Tala; ayúdelos a casarse, deles, como se acostumbra, un campito. Ella es una buena muchacha y él se aferrará a la tierra. Si usted lo trata con justicia y hace que se lo respete fuera de Santa Olalla, todo irá bien.

Becerra tuvo la fuerte tentación de preguntarle qué había pasado, por qué dejaba la quinta tan de improviso, pero un prurito de señor de campo y hacienda le impidió allanarse a pedir o recibir una confidencia de una persona que estaba un paso debajo de él.

Eso, o el desagrado de pensar que aquel hombre pudiera haber estado enamorado de Sebastiana y al comprender que ella se casaría con cualquiera, menos con él, había optado por resucitar su vocación.

De todas maneras, como estaba encargándose nuevamente de San Esteban, no le costaba nada galopar hasta la quinta de los Zúñiga. Le

llenaba de satisfacción cuidar de las propiedades de ella como si fuera el primer lazo que ayudaría a unirlos.

Un día se enteró de que el padre Thomas estaba en Alta Gracia y fue a saludarlo.

Lo encontró al lado del tajamar, envuelto en un poncho y enfrascado en las páginas de «La vanidad del mundo», de fray Diego de Estella, que había encontrado arrumbado, detrás de los tomos rústicamente encuadernados en que se llevaba la crónica de la estancia.

Caminaron juntos alrededor del lago, al que se mantenía más o menos con agua mediante una red de acequias —ayudadas por los conocimientos de física que tenía el hermano ingeniero—, que se nutrían de algunas fuentes ocultas.

—Sí, me enteré; extraña muerte la del maestre de campo —reconoció el sacerdote a una frase de él.

—No puedo decir que lo lamente —reconoció Becerra—. Hubiera terminado por hacerla casi tan infeliz como don Julián, aunque sé que Soto amaba a mi sobrina.

—Por un tiempo me pregunté si ella también lo amaba.

Captando la consternación de don Esteban, el sacerdote metió las manos, para abrigarlas, dentro de las mangas de su hábito.

—Doña Sebastiana es una mujer de misterios —dijo como si pensara en voz alta—. Todo lo que la rodea es paradójico.

Y como Becerra no encontraba qué responder a eso, el médico preguntó:

—¿Cómo murió exactamente el maestre de campo?

Esteban le contó lo que sabía por sus tías y lo que había averiguado por el juez.

—¿Y se encontró el perro?

—Han cazado a varios, pero ninguno tan grande como el que vieron.

—No hay dudas de que fue un perro, ¿verdad?

—No, no las hay. ¿Por qué lo pregunta?

—No recuerdo otro caso como éste.

—Bueno, el padre Balboa, de la capilla de los Ordóñez, encontró a un paisano muerto varios días atrás; lo habían comenzado a comer las bestias, y no se pudo saber si era un perro o un puma. A lo mejor es un cimarrón que se ha cebado con la carne humana…

—Verdad. No sería común por estos lados, pero tampoco imposible.

—Si están hambrientos, los perros salvajes atacan al hombre.

—Siempre que anden en jaurías. Lo que me extraña es que este animal cazara solo.

—A lo mejor estaba perdido. Quizá vino detrás de una perra en celo…

—Seguramente, seguramente… Vamos a calentarnos al lado del fuego y veré cómo anda esa herida. ¿Le supura aún?

—No, pero a veces me tironea.

Volvieron conversando en voz queda, como propiciaba el crepúsculo.

La estancia de Alta Gracia, con algunas ventanas iluminadas, parecía un navío flotando en un mar de polvo. Las obras de la iglesia perfilaban una airosa construcción.

Terminaba el otoño frío y destemplado cuando Sebastiana, harta de los reclamos del obispo, decidió presentarse a hablar con él.

Fue acompañada con don Marcio y mientras ella permanecía en silencio, sentada frente a don Manuel Mercadillo, el letrado discutió las exigencias, tan apegado a sus razones que fray Manuel enrojecía y empalidecía a un tiempo.

En el momento en que se hizo un silencio, Sebastiana intervino, poniéndose de pie.

—Señor don Marcio, creo que todo está dicho. La Ley se fundamenta en que mi esposo podía heredarme si yo moría primero, pero creo que ni un obispo puede decretar que el difunto herede a la viva, aunque sea para pasar esa herencia a un mitrado.

Mientras hablaba, observaba síntomas alarmantes en el rostro del obispo: con su carácter indomeñable, con su pasión reconcentrada, con su sangre espesa y los humores de su cuerpo en discordia, comprendió que, si

seguía sin aplicar mesura y discreción a sus desbordes, se podía decir que el doctor Mercadillo tenía los días contados.

Se le atragantaron las frases al prelado, don Marcio quiso poner apósitos sobre la ofensa, pero la joven, perdida la tolerancia, aunque no las maneras, aclaró con voz firme y educada:

—Si mi madre prometió algo, no lo dejó asentado en ningún testamento. No seré yo más papista que el Papa. Si mi marido firmó papeles, sólo podía responder con lo que buenamente le tocara o heredara. Murió harto pronto: ni consiguió tener lo suyo, ni heredó de lo mío. Para mí, la cuestión está zanjada. Que Vuestra Ilustrísima quede en su paz, que yo me voy a la mía.

Y con una reverencia cortés, no esperó a ver si su tío la seguía ni si alguna esclava le abría la puerta.

Mientras recorría la galería, la siguieron las exclamaciones de: «¡Excomulgada, estáis excomulgada!». Vio aparecer la cabeza de Novillo Mercadillo por la puerta vecina al salón donde se había llevado a cabo la entrevista y al pasar a su lado, siseó: «Señor don Novillo, ¿siempre de orejero?».

Don Marcio, alegando ofuscaciones de reciente viudez, la siguió abajo, alcanzándola en la vereda.

—No debiste perder la paciencia.

—No puede hacer nada. Incluso gran parte de los administrativos del Cabildo están molestos con él.

—Puede excomulgarte.

—Hay cosas peores. Dios no es necio…

—¡Sebastiana!

—No puedo creer que me mande al Infierno porque un codicioso se haya empeñado en quedarse con mis bienes…

—Parte de tus bienes. En comparación a lo que tienes y heredarás, bien podrías finiquitar el pleito…

—Jamás. Él falló contra las monjas, que me querían amparar…

—Pero a favor de tu padre, que no movió…

Ella se detuvo hecha una furia. Roja y violenta, le levantó la voz:

—¡Deje en paz a mi padre, que bastante tiene con sus tormentos!

Y mientras don Marcio se detenía, turbado, y varias personas miraban con curiosidad, la joven se levantó las faldas y dejándolo atrás sin saber qué hacer, caminó rápidamente hacia su casa.

Al día siguiente comenzó el juicio sucesorio de los bienes de don Julián Ordóñez. El funcionario de turno, que seguía las perennes fórmulas del papeleo de rigor mientras tomaba un jarro de chocolate, se quemó los labios y la boca ante lo que leyó: el alegato al derecho de la india Eleuteria Chancaní y sus hijos a heredar de los bienes de don Julián Ordóñez.

—Pero entonces…

Don Dalmacio de Baracaldo, que husmeaba con sus modales discretos en silencioso ir y venir, pasando como al descuido por las espaldas de los ministriles, echó el ojo sobre el documento y perdiendo la reserva salió a grandes trancos hacia el palacio del obispo.

Unas horas después, don Esteban y doña Saturnina recibían la perturbadora noticia de que Sebastiana había sido, en realidad, la concubina de don Julián: la verdadera esposa era Eleuteria, y sus hijos no eran reconocidos, eran legítimos. La misma Sebastiana presentaba recurso para ayudar a esta mujer: «Porque así me lo demanda la conciencia, que aun ignorante, le traje dolores y ofensas».

El resto de los bienes que había dejado don Jerónimo para Aquino —los cuales nunca habían sido tocados— fueron ahora traspasados, por orden del beneficiario, a Nuestra Señora de la Merced, como dote y cesión.

Una mañana, los que dependían del consejo del padre Cándido quedaron huérfanos y anonadados ante su ausencia: el prior de la Merced lo había despachado al convento de La Quiaca.

En casa de los Zúñiga, don Gualterio continuó ignorando lo que se comentaba en la ciudad sobre su hija porque todos, ante la tenuidad de su salud, callaron lo que pudiera enfermarlo.

El obispo comprendió que al complicarse la situación legal de doña Sebastiana, podrían sus enemigos echarle algunos textos a la cara, así que

decidió salir a recorrer los curatos, siempre acompañado por la bella mulata que se encargaba de su bienestar.

Cuando regresó, todo estaba más tranquilo y al parecer sintió que le escocía el deseo de continuar con sus pleitos.

Arremetió nuevamente contra la Universidad jesuítica, se metió con las limosnas de los mendicantes franciscanos, mandó voltear las nuevas ramadas que había levantado la gente simple a la orilla de los caminos, deseando dar cobijo a Jesús Sacramentado durante la misa de campaña, y volvió, cansado, los ojos hacia Sebastiana. Había tenido una misteriosa visita unos días antes de partir. Ya de regreso, una tarde en que su espíritu halló cierta paz en su pecho, sacó unos papeles de una gaveta guardada bajo tres llaves y releyó con satisfacción lo allí escrito. Si aquel papel no hacía que Sebastiana le entregara lo pedido, él se comería sus zapatos.

Fue la vieja Dídima, la mensajera de los dioses, quien pasó el recado a Rafaela, que lo llevó a Sebastiana: era del obispo y el tal mensaje había andado dando vueltas desde el mediodía, marcado de grasa y la tinta corrida por unas manchas sospechadas de vino.

—¿Qué te dice?

Sebastiana guardó la nota dentro de su pecho.

—Quiere verme.

Los dedos le temblaban, quizá por el nerviosismo de comenzar de nuevo a litigar con él, quizá porque estaba cansada, quizá porque tuvo la sensación de haber vivido ya aquello al recibir las primeras esquelas de Maderos.

Decidió no jugar con su suerte y presentarse en cuanto le fuera posible —sin que pareciera que agachaba la cerviz— en el obispado.

Atenta a su experiencia, se hizo acompañar con Porita, ya que Rafaela llamaría demasiado la atención. No avisó a sus parientes, por no darles cabida en lo que, por presentimiento, imaginaba un motivo secreto de presión.

Estaba haciendo antesala cuando oyó unos gritos destemplados en la sala de respeto, y esta vez no eran de Su Ilustrísima. Poco después salió un joven con las marcas de la ira en el rostro. Iba vestido con dignidad, pero pobremente, y desde la puerta le gritó:

—¡Veremos quién se sale con la suya, que no he de permitir que vuesa merced me robe los dineros de la bolsa ni la comida de la boca, pues un día antes de su fallecimiento, mi tía me aseguró cuánto de su patrimonio pasaría a nuestras manos!

—Recaudos de vieja, para que la cuidaran, pues a la hora de la muerte decidió entregarlos de viva voz a fray Guzmán, para mermar su purgatorio —respondió el doctor Mercadillo y Sebastiana imaginó su sonrisa contenida.

El joven, fuera de sí, pretendió echarse sobre el prelado, pero sus hermanos, que lo esperaban en el corredor, lo tomaron de los brazos y lo arrastraron hacia la salida. Cuando pasaban frente a Sebastiana, el joven había recuperado la calma.

—Dejadme; os seguiré en paz.

Mientras éste se acomodaba la ropa, el menor de los hermanos dijo con convicción: «No te preocupes; el Auto Acordado prohíbe que se hagan mandas al confesor…».

El tercero de los hermanos, más callado e impávido que los otros, les dijo al ponerse en marcha: «Ya pensaré yo en el remedio para contener al tirano».

Pensaba Sebastiana en ello cuando don Dalmacio de Baracaldo entró en la sala con unos documentos enrollados en las manos. Poco después salía y hacía pasar a la joven: ya no quedaba nadie en los corredores, salvo las morenas que bailoteaban alrededor del brocal del pozo entre risas y saltos.

El doctor Mercadillo le ofreció asiento; ella aceptó y se quitó los guantes. Como él la miraba fijamente, Sebastiana dijo con tranquilidad:

—Vuestra señoría es quien ha pedido hablar conmigo. ¿Qué de nuevo tiene que aducir a nuestros desentendimientos?

El obispo lanzó una sonrisa aguda mientras iba y venía por la habitación como si estuviera por impartirle una corrección; finalmente fue hasta una

gaveta y tomó un cofre, de ése otro y finalmente otro. Sacó con gran parsimonia unos papeles que Sebastiana creyó reconocer vagamente. Los desplegó y comenzó a leerlos en voz alta.

A medida que las palabras puntualizaban lo que decía el documento, Sebastiana sufrió una transformación. Primero palideció, resbaló en el alto espaldar de la silla, hasta quedar recogida en el asiento. Sus dedos se aferraron a los brazos del sillón y sus ojos se convirtieron en dos brasas heladas. Cuando fray Manuel terminó la lectura, se cubrió los ojos con la mano y respiró con fuerza para no perder el conocimiento.

Su Ilustrísima se sentó frente a ella, se mordió el labio inferior como quien piensa y luego le preguntó con voz suave:

—¿Qué decís a esto?

Ella se quitó la mano de los párpados y lo miró largamente, como reflexionando.

—¿Tendré yo mis mandas finalmente? —insistió él.

—¿Se me entregarán esos papeles?

—En cuanto llegue a mis arcas lo prometido. Sin embargo, como ofrenda a nuestra futura amistad, no sería mal recibido algún pequeño donativo… El seminario insume mucho dinero.

Ella asintió con un suspiro.

—Iré a mi casa y veré cómo solucionar todo a vuestro gusto, pero es usted iluso si piensa que puede haber una futura amistad entre nosotros. Estos arreglos se han hecho contra mi voluntad —y se puso de pie mientras murmuraba—: Mejor me retiro ahora.

—¿Puedo confiar en que se me contentará pronto?

—¿Qué día es hoy?

—Es 13 de julio, día de San Enrique emperador.

—Mañana tendrá todo lo que desea, y más de lo que supone… Ella caminó hasta la puerta y desde allí se volvió a mirarlo.

—¿Estoy excomulgada? —preguntó con una sonrisa sesgada.

—No; os aprecio demasiado para excomulgaros, especialmente cuando veo que habéis entrado en razón.

—Vendré mañana. Ya avisaré a vuestra merced a qué hora.

Ella hizo una reverencia, abrió por su mano la puerta y, sin detenerse a decir una palabra a Porita, caminó hasta la sala vecina y la abrió. No había nadie, nadie había escuchado lo hablado.

Cuando llegaron a la plaza, se dirigió a la fuente y en el agua terrosa de la pila de piedra blanca, mojó el pañuelo y se lo pasó por la frente y las manos mientras Porita le quitaba la mantilla. Al elevar la cara, dirigió los ojos hacia el oratorio y distinguió la sombra del obispo contemplándola desde allí.

En su casa, se encerró en el dormitorio, pensando desesperadamente en cómo salir de aquello.

Rafaela le acercó una tisana y ella preguntó a borbotones:

—¿Sabes dónde vive Marina? Sé que don Marcio le compró una casa…

—Cerca de la acequia antigua, la que corre a San Francisco.

—Tendré que pagarle al obispo. Creo que ella me sustrajo unos papeles de mi madre.

Rafaela vaciló.

—¿Un testamento?

—Algo así. —Y mientras bebía la tisana, sentada en la cama con los pies colgando, comentó—: Seguramente los robó para usarlos de pabilo; ella no sabe leer, así que no entiendo cómo se dio cuenta del valor que podían tener.

Sopló sobre el líquido oloroso y murmuró, ceñuda:

—Menos entiendo cómo el obispo llegó a saber que ella los conservaba.

—¿Con eso te está molestando?

—Qué importa ya. Cuando venga Dídima, mándala a la tienda de la Compañía. Que me traiga varios pliegos de papel del bueno, que tengo que hacer unos documentos.

Al terminar la bebida, se echó en la cama boca arriba. Con los ojos cerrados, las manos cruzadas sobre el pecho, murmuró:

—Dormiré un rato.

Sin embargo, una vez sola, acercó el candelabro y abrió las Confesiones. Leyó: «Llevaba a cuestas, rota y sangrante, a mi alma, que no soportaba ser llevada por mí, y no hallaba yo dónde ponerla…».

—Yo: tierra y ceniza —le susurró a su corazón.

Rafaela iba a lo de Isaías en la tarde helada y ventosa, que alborotaba el polvo de los guadales, cuando vio venir hacia ella una figura embozada, con la capa fustigando el aire: era uno de los sobrinos de aquella viuda que decían había dejado su fortuna a los dominicos después de habérsela prometido a sus deudos, que estaban en la pobreza. Se rumoreaba que el obispo se había negado a considerar aquello y que los tres jóvenes, funcionarios menores del Cabildo, estaban furiosos y desesperados.

Se cruzaron sin mirarse. Rafaela no pudo contener una sonrisa. ¡Si le habría preparado filtros de amor, para que una de sus primas, mayor y adinerada, aceptara casarse con él! Las cosas habían salido bien, salvo por que el padre de ella, que agonizaba desde hacía años, les había hecho jurar que no presentarían las amonestaciones hasta después que hubiera muerto, y, así, mientras el viejo resistía, la mujer languidecía de amor y el joven de pobreza.

Se encontró con Isaías, pero no bajaron al foso de las hierbas —nunca lo hacían de día—, y después de conversar y tomar unas cañas, el hombre le entregó la tinta y otros encargos.

Al salir de allí, Rafaela dudó en volver al centro de inmediato, porque desde el día anterior le rondaba en la cabeza el nombre de Marina, la esclava favorita de doña Alda. Llevada por una especie de instinto, se dirigió, dando un rodeo para evitar el centro, hacia la vivienda de la felona.

Distraída, recordó unas cuartetas que rodaban por la ciudad y se adjudicaban a los herederos burlados, pues las primeras estrofas motejaban a Mercadillo de «gran amigo de lo ajeno, / comerciante de indulgencias», y a continuación de «cazador de gente honrada, / de viudas adineradas…». Las últimas sonaban casi amenazantes:

«…Pero ha de llegarte el día
en que el Demonio te llame,
por tu maldad te reclame

y te toquen a agonía.
Temo que no ha de ser justa
la pena de tu castigo.
¡Pongo al Cielo de testigo
de esta duda que me asusta!
Y es que jamás será eterno,
el castigo del que te hablo,
pues no ha de aguantar el Diablo
tu presencia en el Infierno…».

Una carcajada le gorgoteó en el pecho. Casi con seguridad, las estrofas ya habrían llegado a manos del obispo.

OceanofPDF.com

De las confesiones

OceanofPDF.com

… Debo explicar lo de Eleuteria, de quien algunos me creyeron verduga.

En alguna medida fui su guardiana, quien la aconsejó, por medio de Dolores, para que se refugiara con su gente por si el obispo ordenaba encarcelar a don Julián. ¡Qué gracia hubiera tenido que fray Manuel mandara los corchetes para que lo prendieran y se hiciera público que era yo la concubina y ella la maridada! Hubiera disfrutado del escándalo, especialmente si mi madre hubiese estado viva para entonces.

Pero no; seguramente don Julián mantendría la boca cerrada, porque era menor el castigo por amistad ilícita que por bigamia.

De todos modos, no había que sumar mucho para comprender que cuando el obispo entrara en actos, Eleuteria quedaría a merced de fuerzas imponderables. Yo ignoraba lo que prescribía la Ley, pero sabía que no es fácil lidiar con la Ley cuando se es pobre y sin instrucción. Temí que una vez en marcha la molienda de la justicia, se tragara a Eleuteria y a sus hijos sin que yo pudiera evitarlo: raro se vería si intentaba auxiliarla, pues se esperaba de mí resentimiento y desprecio hacia ellos, no benevolencia.

Envié a Dolores a lo de la curandera que vive en tierras de don Julián, con la excusa de que se nos había acabado el azufre. Ella la convenció de que vendrían a destituir a varios funcionarios amancebados y a llevarse a don Julián.

La curandera vino a verme contando que Eleuteria estaba como alma que lleva pena, pues había soñado que el ánima de don Julián volaba encendida en llamas y que ella no podía ayudarla, y por eso había preferido irse. «Algo me deberá de por vida esa india —dijo para mi

entendimiento la curandera—, siendo que la aconsejé que obedeciera los agüeros, porque es sabido que el cristiano, asonsado por lo que quiere, no escucha lo que los ángeles le dicen en el sueño».

Me cuidé de recompensarla, pues dar recompensa es como poner pregón a lo que ocultamos.

¿Cómo supe que ella era la verdadera esposa de don Julián? La curandera aquella que iba y venía entre los campos de los Ordóñez y Santa Olalla se lo confió a Dolores, que se lo confió a Rafaela, que me lo confió a mí. Mandé a Aquino engañado, como si quisiera que averiguara si los hijos de don Julián estaban reconocidos, y el padre Balboa dijo a Rosendo y a Aquino que la verdadera esposa era Eleuteria. Aquino no lo terminó de creer, esperó que el pobre durmiera su borrachera, arrancó las hojas del registro que atestiguaban la infamia y las ocultó, negándome los hechos. Al morir don Julián, Rosendo, con quien jugábamos siendo niños, creyó que debía enterarme.

Pasó el tiempo, pero nunca dejé de pensar en la injusticia cometida contra ella; traté de moderar sus sufrimientos y encargué a Rafaela que Isaías encontrara la forma de hacerle llegar algo de dinero y más provisiones, que en medio de la sierra el dinero poco compra. Como temía que alguien pudiera hacerse con la tierra de los Ordóñez, mandé por Eleuteria con la intención de que se le entregara legalmente lo que por derecho les pertenecía a ella y a los hijos que tuvo con don Julián.

Le guste a don Jerónimo o no, esté en el Cielo o en el Infierno, los hijos de su hijo mayor, aunque sean mestizos, heredaron la tierra y de estos Ordóñez será mientras puedan conservarla.

Todavía me pregunto por qué confiamos una en la otra. Aunque sólo nos hemos conocido hace breve tiempo, en algún momento nos encontramos en una región que sólo existe para los que sufren.

Dice San Agustín: «Y somos empujados a hacer el bien una vez que nuestro corazón concibió de tu Espíritu; mientras que anteriormente éramos empujados a hacer el mal…».

OceanofPDF.com

44. De cómo llegará el olvido

«Más claro, más contundente, más amenazante no podía ser el fallo, ante un litigio creado y continuado, en materia tan clara y probada, cual era la existencia legal de la Universidad de la Compañía de Jesús en Córdoba».

Padre Joaquín Gracia S. J.

Los jesuitas en Córdoba

OceanofPDF.com

Córdoba del Tucumán
Después de Pentecostés
Invierno de 1704

El obispo releyó por tercera vez la nota que le había presentado el portero. No supo decirle quién la había dejado; simplemente la habían introducido en el ojo de la cerradura, a la hora de la comida, mientras la entrada permanecía cerrada.

Fray Manuel sacó en conclusión que debía ser de Sebastiana y que el descuido con que se le había hecho llegar indicaba la mano de Dídima.

Le gustaba el misterio. La nota le decía que iría cerca de las diez de la noche, cuando la ciudad estuviera recogida; que dejara la puerta sin guardia ni barra para evitar que se enteraran los criados.

Sí, tenía que ser ella. ¿Quién más, si no? Le satisfacía el misterio, la voluntad que ostentaba la joven, la capacidad de defenderse. ¡Ah, si hubiese sido muchacho, bien que le hubiera gustado tenerlo dentro de la Iglesia, por luchador y atinado en sus razones! ¡Qué diezmo no cobraría, qué manda le sería negada, qué vaho de herejía no captaría su nariz en los sermones, especialmente en los de los teatinos!

Miró sobre la mesa. Alguien le había dejado de obsequio una hermosa caja de oro y plata con la forma de un incensario pequeño. El perfume que exhalaba era lo bastante fuerte como para recordarle que estaba allí. La abrió: adentro, un unto espeso, mezclado con polvo de oro, lo llevó nuevamente a aspirar sobre él. Con la punta de un dedo tocó la pomada; era suave, sedosa.

La extendió por el dorso de su mano. Le gustó el efecto que hacía sobre su piel resquebrajada y tomando otro poco, se lo aplicó a los labios agrietados; los braseros encendidos habían tornado reseco y caliente el aire estancado de la habitación. La sensación fue de inmediato alivio. Tendría que averiguar quién le había mandado aquel obsequio. Para agradecer y para encargar su compra.

Esa tarde había estado uno de los deudos de la anciana que había dejado los bienes a fray Guzmán, pero se había negado a recibirlo. Por suerte era más educado que su hermano: se retiró sin una palabra, aunque le advirtió a don Dalmacio que había presentado recurso ante la justicia ordinaria y la eclesiástica.

Poco le molestaba aquello: las distancias eran tan enormes en estas tierras desmesuradas, que un litigio podía demorar el término de una vida. Bien podía pasarse jugando al escondite con los folios, los autos y los mandamientos del metropolitano. Aun con los del rey, se rió, feliz de haber picoteado la tranquilidad del monarca con sus líos con los jesuitas, los franciscanos, las teresas, con el arcediano Ponce de León y con dos gobernadores. Él nunca había querido venir a las Indias, malsanas comarcas de fiebres desconocidas…

Se miró la mano: en donde se había deslizado el unto de oro la piel se veía tersa, algo tirante, un poco rojiza. Sentía un leve escozor en los labios.

Tocaron a la puerta. Era su sobrino, con el escribano público Tomás de Salas, hombre que le era leal y que estaba molesto de tener que entregar lo que sospechaba daría un disgusto a su pastor. De todos modos, después de algunas cortesías, le extendió el tubo metálico donde se resguardaba un rollo de buen papel y unas cuantas hojas. Quitó una de ellas, la ofreció para la firma a Su Ilustrísima y cuando se retiró, el obispo, sin dar explicaciones, dijo a su sobrino que vería de buen grado que se retirara a sus aposentos y no saliera de allí hasta que fuera requerido.

Fray Manuel quedó solo con los documentos. Miró detenidamente los sellos; eran del arzobispo de La Plata —provincia de las Charcas, en el Perú — y no le vaticinaban nada bueno, pero sí postergable mediante mil argucias.

Comenzó a leer y la cara se le enrojeció. Avanzó rápidamente, salteándose las frases protocolares:

«Por decreto de la Real Audiencia… fue acordado que debíamos mandar dar esta nuestra carta y provisión real… por lo cual rogamos al dicho Rvdo. en Cristo Dr. D. Manuel de Mercadillo, Obispo del Tucumán… que vea la provisión librada, por la dicha nuestra Real Audiencia y cédula librada por nuestra real persona, y el breve de su Santidad que de suso va incorporado, y lo guarde y cumpla y lo ejecute…».

Mientras su respiración se volvía más y más acelerada, comprendió que se le daba el golpe final a su preciada Universidad de Santo Tomás de Aquino; que tendría que hablar con su amigo y prior de Santo Domingo, fray Luján, que los despreciables jesuitas habían ganado la contienda y que se le exigía ¡a él, al obispo! finiquitarlo «… dentro del término de un mes, que en hacerlo así, nos tendremos por bien servidos. Y mandamos a nuestro Gobernador y demás nuestros jueces y justicias de las dichas provincias del Tucumán, que hagan saber el contenido de esta nuestra carta al dicho Sr. Obispo… y nuestros escribanos, cumplirán así, pena de la nuestra merced y de $500 ensayados, para nuestra Real Cámara…». Y seguían las firmas de los oidores.

Tuvo que sentarse, el papel preso entre los dedos agarrotados. Las sienes le latían con fuerza y la vena del cuello respiraba como un animal ahogándose.

Se sirvió agua con pulso inseguro. Quería llamar a la criada pero la campanilla estaba lejos y le costaba alcanzarla. Quería llamar a su sobrino, pero la voz no le respondía. Bebió a grandes sorbos dos vasos completos. Un calor infernal le nublaba la cabeza, le zumbaban los oídos y sentía palpitar los labios con dolorosa tirantez. Las manos se le habían adormecido.

La puerta se abrió sin un sonido —al menos él no escuchó ningún sonido— y entró una mujer embozada, cerró tras ella y se acercó a la mesa bajándose la capucha. Era doña Sebastiana.

La joven lo miró con atención.

—¿Vuestra Señoría se siente bien?

—¿A qué viene esa pregunta? —respondió él ásperamente.

—No parece tan jovial como ayer tarde.

—He recibido malas noticias.

—Quizá las mías le alegren —dijo ella, y sacó un rollo de papeles del bolsillo interior de la capa. Mirándolo de reojo soltó la cinta que los ataba. Hizo como que iba a entregarlo pero cuando él estiró la mano, retiró la suya.

—Desearía ver primero los que me daréis, vuesa merced.

Él sonrió; se sentía mejor. La presencia de la joven, el reto que significaba discutir con ella, el juego de malicia que parecía llevar adelante lo divertían.

Buscó lo que ella deseaba.

—Digo que cambiemos folio por folio —sugirió doña Sebastiana.

Él estuvo de acuerdo, esperó que se entregara una hoja, y él le entregó otra. Ambos leyeron en silencio, la joven rodeando la mesa hasta quedar cerca de él, el brasero mayor entre ellos. Cuando terminó de leer, segura de que era el documento que le pertenecía, lo rompió en pedazos y arrojó éstos sobre las brasas.

Fray Manuel terminó de leer el suyo, asintió, satisfecho y, dejándolo en la esquina de su escritorio, extendió la mano para recibir la continuación del manuscrito. Repitieron la escena, Sebastiana concluyendo por hacer desaparecer el que le correspondía y él acomodando prolijamente los suyos.

Por último, al obispo le quedaba una hoja, y ella no parecía tener ninguna para darle a cambio.

—¿Y ahora? —preguntó Su Ilustrísima.

—Tengo algo más —y del mismo bolsillo Sebastiana hizo aparecer otro rollo, éste de papel más grueso y avejentado—. Esto no lo esperabais, pero creo que siempre tuvisteis vuestras dudas. Dadme lo que me pertenece y este testamento será vuestro.

—¿Testamento?

—Sí; mi madre dejó todo cuanto le fue permitido de sus bienes para continuar con la Catedral.

—Siempre lo supe —dijo él, estirando la mano hacia ella, que lo esquivó con una risita.

—Primero, lo mío.

Él entregó la última hoja y mientras ella la rompía sobre el fuego, comenzó a leer con aturdimiento.

Por un momento olvidó sus males, su descompostura, la reconvención del arzobispo, las órdenes del rey, su Universidad malograda. ¡Terminaría la iglesia metropolitana, le sería concedido dar la primera misa en ella! Imaginó el púlpito, donado por don Enrique de Ceballos Neto y Estrada, caballero de la Orden de Santiago, fabricado con el desborde de los artesanos cuzqueños, con su dorado a la hoja y de madera noble. ¡Allí daría el primer sermón que escucharían las señoriales naves!

Ella se había arrimado al ángulo de la mesa y observaba su emoción.

—¿Sabéis que sé algo de medicina? —le preguntó y él, desentendido, negó con la cabeza—. ¿Sabéis que estáis a un paso de sufrir un ataque de apoplejía? Vuestra sangre es espesa y vuestro corazón está trizado, aunque parezca íntegro. Un disgusto grande podría mataros.

Su voz le llegaba desde muy lejos. ¡Cuántas veces le habían augurado y deseado la muerte, y él, tan en sí mismo! Le dio la espalda para que no lo distrajera y continuó con la lectura.

Tierras en Ongamira, heredades en Álava… Que ella quemara sus papeles, ¡qué le importaba! Ya tenía en sus manos más de lo que había soñado. Cuando levantó los ojos, le dijo:

—Estamos en paz. Hemos terminado nuestro pleito.

—Oh, no —contestó ella—. Yo no lo considero así.

Y arrebatándole el documento de las manos, lo rompió en cuatro pedazos y lo arrojó al fuego.

—¿Qué habéis hecho…?

—Quemarlo. Todo está consumido, lo mío y lo vuestro. Estamos en paz.

Él miró desesperadamente el brasero, donde el papel, más antiguo y reseco que los otros, se encogía en una llama dorada. Al mirar sobre el escritorio, vio que no quedaba nada: todo había sido arrojado al fuego mientras él se embebía en la lectura del testamento de doña Alda.

—Qué… qué… —balbuceó. Le dolía la cabeza de un modo atroz, el corazón le cabalgaba a los golpes en el pecho y sentía los brazos adormecidos.

Ella se apartó hasta quedar lejos de su alcance. Sólo cuando el papel se transformó en una lámina quebradiza, negra, se subió la capucha y se retiró rápida y silenciosamente, como había venido.

El obispo dio un paso titubeante. Las lágrimas, tanto tiempo olvidadas, le anegaron la vista; un instante después se desconcertó al comprender que estaba de rodillas, junto a la mesa. El brazo izquierdo ya no le pertenecía. Con la mano derecha hizo sobre el pecho, torpemente, el signo de la cruz. Se desplomó sobre la silla, que cayó de costado, arrastrándolo. Quiso sostenerse de la mesa, sus dedos tocaron los papeles llegados de Charcas y alcanzó a apretar en un puño, sin que interviniera su voluntad, la carta de la Real Audiencia donde un arzobispo, un rey y un Papa le ordenaban obedecer.

Su sobrino oyó el ruido que hizo su cuerpo al caer. Preocupado porque don Manuel no lo llamaba, se acercó prudentemente por el corredor y escuchó a través de la puerta. Le pareció oír un ronquido y se atrevió a asomar la cabeza. No lo alcanzó a ver, así que entró, deseando saber qué era el golpe que había escuchado: siempre tenía miedo de que entraran ladrones, aunque fray Manuel aseguraba que los ladrones lo amaban. Rodeaba la mesa cubierta con un terciopelo de color morado que llegaba al suelo, cuando vio su mano, lívida, que apretaba un papel, en el espacio que quedaba entre la silla y el escritorio. Había arrastrado parte de la tela y algunas cosas se desparramaban por el suelo; estaba caído de cara a la alfombra. Desesperado, lo volvió boca arriba; el agonizante pidió trabajosamente: «Un confesor, un confesor» y con un último ronquido, expiró en sus brazos.

Eran las once y cuarto de la noche del 17 de julio de 1704.

Sebastiana ya se había acostado cuando las campanas anunciaron que algo grave e inesperado había sucedido. Media hora después, clamaban a

duelo.

Alguien quiso llamar al padre Thomas, pero Novillo Mercadillo se negó: «¿Queréis que se levante de su muerte? —se indignó—. Ya expiró; a Dios le plugo llevarlo como se lleva a los santos». Uno de los funcionarios, que había sido levantado de la cama y era enemigo acérrimo de don Manuel, dijo con ironía: «¿Os referís a que ha muerto sin los auxilios sacramentales?», pues era considerado un castigo de Dios morir sin confesión ni extremaunción.

Las aguas fueron calmadas y se mandó de vuelta al funcionario a su casa, pero éste se negó, diciendo que le correspondía estar allí.

Se decidió por fin llamar al médico que había confirmado la defunción de doña Alda, que igualmente diagnosticó un mal cardíaco sin prestar demasiada atención a las manchas sobre la piel de las manos, a las ampollas de la lengua y de los labios.

Se lo veló esa noche, entre las preces de sus hermanos, los dominicos, y de personajes relevantes. Era creencia general que el papel de la Real Audiencia lo había matado del disgusto.

Al amanecer, un grupo de jóvenes funcionarios sugirió que se lo enterrase esa misma mañana, pero los predicadores, los ancianos cabildantes, los vecinos que eran sus fieles adeptos —además de su sobrino — se negaron de plano, especialmente cuando distinguieron entre aquéllos a los herederos de la anciana cuyo testamento estaba en litigio.

Mientras se hacía el inventario, primero de lo que había en su escritorio, luego en la casa y el resto de sus propiedades, sus criados y algunos pobres que comían en la puerta del oratorio todos los días lloraban al que había sido un buen amo, condescendiente con negros díscolos, blancos pobres, muchachitas huidas y viudas adineradas.

Quedaría para la posteridad el dilucidar cuánto de cierto había en las acusaciones que se le hicieron, especialmente sobre su vida y costumbres privadas, si fueron verídicas o calumniosas.

Por alguna extraña controversia —como si aun en su funeral fray Manuel disfrutara creando discordia— se lo enterró aquella tarde, sin esperar las horas reglamentarias.

Fue sepultado en el templo de Santo Domingo, en la capilla del Santísimo Rosario, con toda la pompa que su cargo merecía.

Becerra, que vio pasar el entierro desde la puerta del Cabildo, le dijo al padre Thomas, que salía de atender a los presos:

—Aunque fallecido, no se crea el señor obispo que hemos dejado de juzgarle en esta ciudad.

Pues las cuartetas urticantes no lo habían olvidado en la muerte: «Y en esta gran ocasión / celebraremos el fasto, / sin excusar ningún gasto, / con una gran procesión…».

—Su Ilustrísima ya ha comparecido ante el más alto de los tribunales —le hizo ver el sacerdote—. En pocos años, en esta misma ciudad, ni se le juzgará siquiera… —Y mirando el palacio, hacía tan poco concluido, y las armoniosas líneas de su balcón volado, lo señaló con una sonrisa—: Pero aunque más no sea por él, no se olvidará su nombre.

Días después, el jesuita tuvo que reconocer que Becerra sabía mucho del carácter de los cordobeses, pues aparecieron nuevas cuartetas que terminaban diciendo: «… agradeciéndole a Dios / el fin de tu tiranía….».

Muerto el obispo, sólo quedaban dos prebendados en el Cabildo eclesiástico de Córdoba; uno era Diego Salguero de Cabrera, anciano juicioso, ilustrado y de gran talento, emparentado además con los Zúñiga. El otro, un joven al que se tildaba de recio y soberbio, dado a atropellos que se dirimían en largas disputas: era el arcediano Gabriel Ponce de León, que había llegado a la ciudad dos años atrás, para el mismo mes de julio.

Como otros hombres con altos cargos en la Iglesia, había entrado con mercancías, que puso a vender por terceros y otro poco en su propia casa.

La ciudad ya había tenido ocasión de sufrir las airadas disputas que mantuvo con el obispo y con el alcalde ordinario de Córdoba, además de intercambiar gritos con el gobernador y con cuanta gente se le había cruzado. Verdad era que tenía rápidos arrepentimientos y estaba siempre dispuesto a entrar en razón, aunque ya la agresión hubiera dejado su marca.

Con la sabiduría que le era propia, Salguero de Cabrera quiso evitar la discordia y menos de una semana después de la muerte de Mercadillo otorgó su voto a Ponce de León, para que quedara como «provisor y vicario general».

Con los restos del obispo, desapareció la Universidad dominicana y la Compañía de Jesús quedó a salvo y libre —al menos de momento— de disgustos serios.

Salvador Villalba pudo, al fin, recibir su título y el hermano campanero dar su famoso concierto de campanas para la graduación de los estudiantes.

Pero los días siguientes a la defunción de don Manuel Mercadillo, la ciudad estaba como en estado de estupor: en poco más de cuatro años, despertaba sin tener que afrontar alguna de las controvertidas acciones de su obispo… aunque algunos pronosticaban que la paz no duraría mucho, pues Ponce de León prometía lo suyo.

Hubo dos hechos que pasaron casi inadvertidos; uno fue la muerte de Marina, la esclava liberta de doña Alda, que apareció ahorcada con un cinturón que había sido de su ama, una prenda llamativa, bordada en oro, que ésta le había regalado.

Como todo estaba en orden, la puerta y la única ventana sin forzar, se supuso que el victimario sería un amante despechado. Pero el único que se le conocía, un portugués empleado del prestamista Sá de Souza, hacía dos meses que estaba con éste en el Brasil.

Mientras el sobrino del obispo ponía en orden sus cosas y se aprestaba a cambiar de residencia, miró las copias firmadas que el alguacil le había mandado del listado de los objetos de fray Manuel. Comenzaba con los que estaban en el escritorio, pero al terminar de leerlo, Novillo recordó el pequeño incensario de oro y plata que había visto sobre la mesa: no estaba incluido. Nervioso —le había gustado aquel objeto de fina orfebrería—, repasó con atención hasta la última página sin encontrarlo.

Se quejó ante el juez y los funcionarios intervinientes, diciéndoles que era una pieza valiosa y que cuando él entró a ver por su tío, pudo observarlo sobre la mesa, destapado.

Molestos, los otros respondieron por la integridad de los administrativos y demás funcionarios que habían intervenido.

—¿Acaso no será que una de las negras o de los mirones haya echado mano sobre él? —le espetaron, y quedó claro que, entre el gentío que se había presentado, así amigos como enemigos, cualquiera pudo haber sido el ladrón.

Por salir airoso del trance, Novillo recordó en voz alta que entre la multitud estaban los jóvenes que litigaban por la herencia de la viuda. Nadie se hizo eco: al parecer, Ponce de León los ampararía en su reclamo.

Era la primera demostración de cómo se iban trenzando y ajustando nuevas alianzas entre el poder eclesiástico y el poder civil, entre los ciudadanos y el nuevo provisor, que prometía horas tan entretenidas y gratas como su antecesor.

Pero siempre se diría: «Como Mercadillo, ninguno».

OceanofPDF.com

De las confesiones

OceanofPDF.com

La noche en que Brutus mató a Lope de Soto, yo huí y me vi con Rafaela, y mientras le contaba lo sucedido, sentimos entrar a un hombre por la puerta de Aquino. Casi enloquecimos de miedo creyendo vivo al que dejé por muerto, pero era el propio Aquino que, estando cerca de Santa Olalla, había galopado hasta llegar. Al entrar por la poterna del tajamar, se encontró a Brutus sacudiendo a un bulto, y después de tranquilizarlo, encendió una candela y encontró el cuerpo del maestre de campo.

Sin saber si los hombres de Lope de Soto andaban por la casa, apagó la lumbre y pasó al patio; no nos distinguió y subió al corredor, temiendo que hubieran intentado llevarme por la fuerza.

Porque no me había atrevido a decirle a Aquino que me casaba con el maestre de campo; antes bien, lo mandé lejos y por muchos días mientras pensaba en cómo hacérselo saber. Él ya había tomado la decisión de entrar en el convento, pero yo sentía que mi casamiento con el maestre de campo ofendería su estima por mí.

Ante el cuerpo yerto de Soto, no tuve más remedio que decirle la verdad, y su furia me anonadó: nunca lo había visto colérico, es un hombre con mucho tino.

Empero, compadecido de mi estado, se hizo cargo de todo y preparó, como si fuera un cuadro de mártires, la escena de la muerte. Luego hizo levantar a Dolores, venir a Rosendo de las barracas y nos explicó lo que teníamos que hacer y decir.

Amanecía cuando quise agradecerle, pero él me rechazó y me advirtió que me buscara otro mayordomo. «Pues el caso es —dijo— que pienso marcharme en cuanto usted encuentre quien se haga cargo de sus cosas».

«¡Marcharse, sí; pero no ahora!», exclamé, y él me dijo que estaba decidido a tomar los hábitos sin posponerlo un año más, como me había prometido.

Le expliqué cuánto necesitaba de quien me había acompañado en mis días tristes y en mis días buenos. «Nos conocemos tanto… es cruel de su parte hacerme esto —le rogué—, precisamente cuando lo necesito más que nunca».

«Señora —me dijo—, una mujer que puede casarse con un hombre como el maestre de campo no es en absoluto desamparada. Ya encontrará otro esposo que se avenga a su conveniencia. Don Esteban seguramente. No, para mí, basta; el afecto y la lealtad que he sentido hacia usted como ama y como mujer están a punto de convertirse en vergonzoso sometimiento. Así que recuerde mañana actuar como la he aleccionado y después de la indagatoria, regrese a Córdoba, pues si usted permanece aquí, tendré que irme yo».

Y salió de la cocina a la oscuridad, privándome de todo intento de persuadirlo, seguido por Dolores que iba a hablar con Eleuteria, pues necesitábamos de su complicidad.

Casi en seguida Rosendo enganchó los caballos al coche, según instrucciones de Aquino, y Rafaela y Brutus subieron. Rafaela debía cuidar de llevar todo el tiempo las cortinillas cerradas; cuando llegara a Córdoba, soltaría al perro por el portón de mulas y luego iría a hablar con mi padre. Brutus, a quien habíamos aseado, quedaría en libertad más tarde, como si nunca hubiese salido de la casa. Mi padre conocería la misma versión que daríamos al juez.

Se hicieron los trámites pertinentes con la justicia y todo salió tan correcto como si fuera verdad.

El padre Pío llegó a consolarme y me dio la excusa para enterrar rápidamente al muerto, que era cuanto yo ansiaba.

Aquino se había mudado a la sacristía del oratorio y me presenté esa noche a hablarle. Me hizo pasar y se justificó por las sillas rústicas e

incómodas. Yo me senté y le aseguré que eran lo bastante cómodas para mí. Había un brasero encendido y una vela corta al lado del libro de oraciones abierto.

«Usted considerará extraño que haya venido a verle… —comencé—, pero me martiriza la idea de haberlo ofendido».

«Usted no puede ofenderme», contestó, y noté que sentía una indiferencia absoluta por mí, así que insistí: «Entonces, ¿cuál es el motivo…?».

«Me molestaron su falta de confianza, sus mentiras para sacarme del medio, su relación con un hombre de la catadura del maestre de campo».

«No puede juzgarme; no sabe por qué tuve que ceder…».

«Imaginemos que él amenazó con matar a don Esteban —y ante mi estupor, se sentó frente a mí, tan fuerte de cuerpo como de espíritu—. No sé por qué motivo, si por conveniencias sociales, de intereses, de familia o de sentimientos, pero usted terminará casada con él. Y como he sabido, en este viaje que tan oportunamente me mandó hacer, que se murmura de nosotros…».

«¿Qué se murmura?», pregunté, sabiendo ya la respuesta.

«Que el infeliz bastardo de don Jerónimo Ordóñez anda por aquí penando, a la espera de que la señora ama decida casarse con él, mientras se hacen apuestas sobre quién será elegido, si el dueño de San Esteban o yo».

Me retiré llorando, no antes de haberle suplicado que me diera más tiempo. Fue inconmovible. Esa fue la última vez que lo vi.

Tuve que regresar a Córdoba y disimular mi desazón. El padre Cándido vino a decirnos que Aquino había solicitado volver al convento: «Pues demasiado —le escribió— he pospuesto los intereses de mi alma por los de otros». Comprendiendo que no iba a cambiar de parecer, me vi en la obligación de hablar con mi padre, que consideró a Esteban como el más perfecto de los administradores.

Rafaela se había enterado de algo que me inquietó: el padre Thomas había andado averiguando dónde y quién compraba las velas para Maderos. El nombre de mi familia había salido a relucir varias veces.

En cuanto al obispo, me mandó mensajes y apremios, así que tomé los cofres de Soto, metí en ellos hasta las medias viejas y la ropa sucia y se lo mandé diciéndole que eso era todo lo que mi marido me había dicho que debía hacer por él.

Antes de que pudiera descargar su ira contra mí, me interné en el convento y así conseguí, con artes y mañas, esquivarlo durante unos meses. Cada vez que pensaba en aquellas ropas hediondas, en los jubones raídos en los sobacos, me venía una risa incontenible.

Internada, recapacité que no era responsable de la muerte de mi esposo, pues él la había provocado con su proceder sin freno: no había muerto por el veneno, sino por los colmillos.

Ya advertí al comienzo de estos desahogos el influjo que tuvo sobre mi vida el libro de las Confesiones. Leía en él ávidamente, deseando hallar una palabra de redención, y siempre daba con alguna frase que me disculpaba teniendo en cuenta las circunstancias que me habían presionado. La frase aquella es la que dice: «Empezaré, mi Dios y Criador mío, declarando que yo ignoro de dónde vine a esta vida miserable, que más que vida es muerte, y dudo qué nombre le cuadre mejor, si el de vida que muere o el de muerte que vive…».

OceanofPDF.com

45. De sótanos y de túneles

«Dos monagos vestidos de rojo atraviesan la calle precediendo a un clérigo, cuya casulla llena de dorados se destaca sobre la uniformidad sombría del conjunto… Y en la ciudad somnolienta, que tiene la palidez de un enfermo, parece que todo prolonga la languidez de una agonía».

Manuel Ugarte

Visiones de España

OceanofPDF.com

Córdoba del Tucumán
De Epifanía a Pentecostés
Verano - Otoño de 1705

El año comenzó malamente: después de la larga sequía, se desató un temporal que asoló cuanto sembrado había por los alrededores de la ciudad e hizo crecer la Cañada. La inundación no llegó a ser tan grande como la de 1622, que había causado perjuicios en Santo Domingo, arruinado la cárcel y hecho huir a las catalinas para cobijarse, con otros ciudadanos, en las varias propiedades del general don Pedro Luis de Cabrera.

Tampoco fue tan devastadora como la de 1671, que llegó a las cuatro de la mañana, se cobró muchas vidas y obligó a la gente a buscar refugio en la Merced.

Esta crecida, sin embargo, fue lo suficientemente importante como para asustar a todos, que acusaron de desidia a los gobernantes, siendo que unos y otros sólo se acordaban de que debía reforzarse el Calicanto cada vez que los nubarrones se acostaban, como una mujer preñada, sobre las cumbres del oeste, las que encauzarían el agua hacia la ciudad.

De todos modos, se anegaron bodegas y se hundieron barracas que guardaban provisiones, y era lamentable la visión de toneles y cestos empantanados, jamones blancuzcos de moho y huevos podridos como ojos de animales acuáticos que aparecían por las acequias desbordadas. Muchas frutas se agriaban en las huertas y aquellas rústicas tunas, que alimentaban en parte al pobrerío con su frescura, su melaza, sus funciones curativas y de combustible liviano, se reclinaban sobre los tapiales como caballos

cansados mientras se pudrían poco a poco con un hedor dulce y penetrante, almibarado, que atraía infinidad de mosquitas.

Las parroquias aumentaron la distribución de sopa de indigentes y leche para los más pequeños, despachadas por los costados de las capillas; los pudientes —si no afloraba en ellos el sentido de la caridad— fueron conminados desde los púlpitos a duplicar las limosnas.

Al final del verano se presentó una leve disentería, que mutó en dolores de cabeza y fuertes calenturas, seguidos por temblores del cuerpo: fueron el preludio de otro mal más temible e impiadoso: el tabardillo pintado, el tifus exantemático que se acompañaba con manchas en la piel parecidas a picaduras de pulgas. Esta enfermedad grave, aguda, continua, solía presentarse caprichosamente, a veces en forma esporádica, a veces a modo de epidemia. Era contagiosa en extremo, atacaba el sistema nervioso y producía alteraciones de la sangre.

El padre Thomas Temple, que observaba con inquietud el desarrollo de la epidemia, consignó en su cuaderno de notas: «Tabardillo pintado: corresponde a las enfermedades infecciosas, graves, con alta fiebre, delirio o postración; aparición de costras negras en la boca y a veces de manchas punteadas en la piel. La gente del pueblo le llama ‘chavalongo’. Suelen producirla los piojos y las pulgas».

El médico sospechaba que había llegado con una gran partida de ropa de Europa, infestada por las alimañas en el largo viaje mercante, donde se paraba en cada puerto, generándose así el fondo de cultivo de las infecciones.

De todos modos, no se sabía llegado desde qué remoto lugar, el temido chavalongo pisó Santiago del Estero, vagabundeó por Catamarca, visitó La Rioja y entró en Córdoba por el noroeste.

Las noticias sobre el curso de su viaje eran tan espaciadas que muchos se esperanzaron en que no avanzaría, que el vigoroso aire azul de las sierras lo detendría, dispersaría sus miasmas, desarmaría su crueldad amasada en tierras más calientes y más bajas.

Porque la peste, errática, como si aún no se hubiera decidido, se cobraba víctimas aisladas, ensañándose en el rostro de una doncella, mostrando su

ferocidad en jóvenes y ancianos, cebándose, por fin, en las razas indígenas.

Al modo de Europa, a través de las manos de clérigos venidos de aquel continente, se anunciaron las primeras víctimas con toque de campanas, porque así como creían que el sonido del metal ahuyentaba los efluvios malignos, el tañido advertía a los viajeros que no hicieran posada en el pueblo.

Finalmente, la «lúe mostró el talante» en la ciudad, cuando uno de los monaguillos de la Catedral, que se había presentado después de ser reprendido por su madre porque se sentía acalorado y con desgano de acudir a sus funciones, volvió el rostro hacia los fieles desde los escalones del altar, la cara arrebolada, la respiración ansiosa. Soltó el chico la patena y cayó de cara al suelo con un horrible lamento. La gente se atropello para salir de la iglesia y en segundos Dios había quedado tan abandonado como la noche en que cantaron los gallos y Su Hijo fue coronado de espinas.

El padre Thomas pensaba —mientras se desvelaba releyendo los textos de medicina atesorados en la Librería Grande de la Universidad— que las pestes, por centurias, mostraban la equidad con que Dios trataba al hombre, equidad que se extendía sin importar el color de la piel, ni las arcas llenas, ni la vivienda precaria. Ni edad ni condición detenían a aquella embajadora del dolor.

A veces, extrañado, recapacitaba en cómo ésta perdonaba graciosamente a alguien en una casa en la que de siete morían seis. ¿Qué tenía el séptimo que había sido respetado? No lo sabía, pero había notado algo que su condición de sacerdote le permitía aceptar, aunque su formación científica miraba con recelo: casi todos aquéllos se habían comportado sin zozobra, habían cuidado de los suyos, manteniendo una especie de serenidad que parecía decirse: «A mí no me tocará».

¿A qué respondía eso? ¿A la fe? ¿A una certeza que les permitía ver en el futuro la continuidad de su vida, una especie de visión a distancia? ¿A cierta condición alquímica de su naturaleza orgánica? ¿A una protección divina que los convertía en el «gorrión elegido», el que, según el Antiguo Testamento, sobreviviría a la bandada para dar testimonio?

Y doliéndole hombros y ojos por el esfuerzo de buscar un paliativo, un «detente» a la amarga dama sin piedad, le exasperaban los sones que doblaban a muerto, una sístole y una diástole melancólicas que cubrían como una cúpula la ciudad de los templos, la más parecida a la Toledo de España.

Yendo de casa en casa, preocupado por lo que pudiera estar pasando en Alta Gracia, pues el hermano Eladio era aún inexperto, el padre Thomas entraba en las moradas sin muchas ceremonias, casi con los modales de un ujier. Se lo veía más flaco, más consumido, los ojos como retraídos en las órbitas. El hermano Hansen lo seguía, aterrado pero sobreponiéndose, cargando el maletín de cirujano. El padre Thomas llevaba la estola de confesar puesta y cargaba, por aliviar al discípulo, las cosas del viático. Respetando una costumbre de trescientos años de uso, había renunciado a cuidar a los enfermos comunes para dedicarse a los apestados. La preocupación le había devuelto el acento de su lengua materna, y nunca, en tantos años que llevaba en la América española, su propia voz le había sobresaltado como ahora. Usaba la mascarilla y los guantes de rigor, que quemaba antes de salir de la casa —exigía al llegar un brasero encendido—, mientras actuaba como médico, pero cuando confesaba o daba la extremaunción, dejaba al descubierto sus manos y su boca, aunque al salir se desinfectara con prolijidad.

A veces, mientras preparaba el legendario «vinagre de los cuatro ladrones», reflexionaba sobre su profesión, esa necesidad obsesiva de conseguir que sobreviviera lo que estaba destinado a fenecer, de estudiar los secretos de Tánatos, el dios de la muerte, para mejor vencerlo; de exprimir ciencia de cada grano de materia inorgánica, o de cada hoja, flor, fruto, rizoma, tallo, de cada líquido que brotaba de las entrañas de la tierra, que fluía de entre las piedras, que derivaba en provecho y se aliaba a las manipulaciones de los hombres, convirtiéndose en vino, vinagre, loción, jarabe, bebedizo, bálsamo o pócima al mezclarse con los opuestos en cientos y cientos de posibilidades…

En este punto, solía tocarlo la desesperación de acertar, por azar, con el específico adecuado. Y no le parecía entonces del todo absurdo, por medio

del círculo de Copérnico, detectar —ante síntomas semejantes— las debilidades que correspondían al zodíaco del paciente, como asimismo usar la astrología para prevenir accidentes morales y físicos. Al fin, como conducido por un hilo, recordaba la carta natal de la joven Sebastiana, las palabras del padre astrónomo y, desasosegado, se obligaba, dejando de lado tal pensamiento, a prestar atención a la receta de los cuatro ladrones.

La fórmula venía con una rara historia: se podía decir que había salido a la luz durante la epidemia que causó más de 50.000 víctimas en la región de Toulouse, entre 1628 y 1631, en cuyo Parlamento quedaron registrados el hecho y la receta. Los cuatro ladrones a los que hacía referencia el nombre del remedio eran salteadores que despojaban a los apestados; al ser detenidos, asombrados los jueces de que no se hubieran contagiado en sus incursiones, confesaron tener un remedio eficacísimo, y pidieron se les conmutara la pena de muerte a cambio de la reseña de los ingredientes. Luego de sonsacárselos, fueron ahorcados.

El preparado constaba de 2,5 litros de vinagre, donde se echaban 40 g de absenta, 40 de romero, 40 de salvia, 40 de menta, 40 de ruda, 40 de lavanda, 5 g de canela, 5 de girasol, 5 de nuez moscada y 5 de ajo. Había que añadir alcanfor disuelto en 4 g de ácido acético cristalizado y dejar reposar por diez días. Era conveniente contra las enfermedades infecciosas y las contagiosas. Su uso, rigurosamente externo: se frotaban las manos y la cara, el cuerpo si uno estaba muy expuesto; se quemaba, además, en las casas y decían que dándolo a oler, resucitaba en caso de síncope.

El padre Thomas no estaba muy seguro del porqué de su virtud, pero ocho de cada diez veces preservaba del contagio. El creía más en el «cuatroladrones» que en las fumigaciones de albahaca y mejorana, que solían usarse en las enfermedades en que el daño surgía de los humores interiores para buscar el desahogo en pústulas exteriores.

Supo días después que doña Sebastiana, que estaba en Santa Olalla, había llegado a la ciudad, advertida por Bernardo Osorio, que estaba preocupado por don Gualterio. El hidalgo se había atrincherado en su biblioteca como si afuera dominaran los diablos; se confesaba a través de la puerta, esquivando cerraduras y grietas de la madera —a las que la negra

Belarmina velaba con paños envinagrados—; por un resquicio de la puerta, un mercedario, cuya mano envolvían en una gasa purificada, le daba la comunión. No bebía el señor otra cosa que vino, y como era temperante y dado al ayuno, aquello no le sentaba.

Ya la noche misma de su llegada, doña Sebastiana había pedido consulta al padre Thomas, y no pudiendo acudir de inmediato, éste mandó al hermano Hansen, para luego encontrarse con él en el zaguán de la casa de los Zúñiga.

—He pedido que se saque a don Gualterio de esa habitación, que se lo bañe, se lo friegue y se le dé de comer —informó el joven, extenuado—. Pero el enfermo se ha negado a estas medidas. Dice que ha hecho promesa de no bañarse hasta Corpus, y como es extremadamente piadoso…

—Es un viejo asceta de espíritu enfermizo —dijo el médico con exasperación. Y arrepentido del sinceramiento, atemperó el tono—: Como sea el caso, hay que actuar con cuidado y rápidamente. ¿Creéis que tiene el tabardillo?

—No. Más bien parece hidropesía, mal del corazón, inoperancia de los riñones, falta de alimentación adecuada… Guarda ayuno y se ha empeñado en no romperlo.

—¡Dios mío! ¿Y desde cuándo está así?

—Desde antes de la peste. Ahora lo cuida su hija.

Al pasar al corredor, se tropezaron con Rafaela, vigilaba la pieza donde padecía el señor de la casa.

—Esperemos que, si es la peste, no la tome —iba diciendo el médico, cuando la mujer, con voz ronca y frases atravesadas, replicó que «no había cuidado de ello».

Curioso, el médico se detuvo a preguntarle por qué estaba tan segura.

—Porque nació en año bisiesto —dijo la mujer, y ante la perplejidad del sacerdote, explicó, retadora—: A los nacidos en bisiesto, sabido es, no los toca viruela ni mal de piel.

Cabeceando, despectivo, el mayor, mirándola de reojo el joven, entraron en la biblioteca después de colocarse mascarillas y guantes, más por

tranquilidad del caballero que por protegerse, que ya veían que los males que aquejaban a don Gualterio eran muchos, pero ninguno contagioso.

El aire estaba denso y la penumbra reinaba en la vasta y alta habitación, aunque doña Sebastiana había mandado prender varios candelabros. El olor a pergamino de los viejos tomos, al cuero de sus encuadernaciones, a la madera carcomida del mueble librero, se mezclaba con varias esencias que se quemaban para beneficio del enfermo.

La joven se acercó a saludarlos. Había estado sentada al lado de su padre, sosteniéndole la mano y limpiando el sudor ceroso que afloraba a su piel. No parecía preocupada por contagiarse, si era la peste lo que don Gualterio padecía, y sobrecogió al médico aquel sentimiento de respeto y hasta de admiración que ella conseguía despertarle, siempre mezclado con la desazón y el recelo.

Habían armado el lecho de Zúñiga a un costado de su mesa escritorio, y estaba acostado de manera que tuviera frente a sus ojos un Cristo de una belleza lastimosa. A la cabecera de su lecho colgaban relicarios adornados con piedras preciosas, muy valiosos y antiguos, seguramente patrimonio de sus antepasados vascos. Un mercedario que había tomado el lugar del padre Cándido ya le había administrado los consuelos de la religión y cedió el lugar al médico, a tiempo que éste preguntaba a doña Sebastiana por la condición del anciano.

—Ya ve usted, no quiere atender consejo ni remediarse. Me tiene desmoralizada —reconoció la joven.

—¿Cree usted que atrapó la peste?

Ella dudó, como si sopesara la conveniencia de contestar con lo que verdaderamente pensaba. Luego, con cautela de mujer —que sabe que puede usar su saber, pero no ostentarlo—, pareció elegir un camino intermedio:

—Me parece que no —y agregó—: He estado asistiendo algunos casos en Alta Gracia, y las manifestaciones son distintas.

Se acercaron a la cama, donde don Gualterio estaba sentado, con la espalda descansando sobre varias almohadas. El padre Thomas vio,

preocupado, que respiraba con mucha dificultad, jadeando como si tuviera un lazo al cuello.

—Estoy en manos de Dios —dijo estranguladamente el hidalgo—. Dios me ha enviado esta enfermedad como castigo a mis muchas faltas. Curaré cuando las haya expiado, o moriré para unirme a las Ánimas del Purgatorio… El Señor siempre ha mandado la peste para hacernos reflexionar.

—No tiene usted la peste, don Gualterio —dijo con calma el médico, aunque la estática luz de las velas (ni un soplo la cruzaba), el penetrante olor a hierbas y tizne de sándalo, la aquiescencia con que el otro sacerdote rubricaba las ideas de Zúñiga lo exasperaban—. Sé que mi ciencia no es nada comparada con una plegaria, pero a veces Dios nos elige a nosotros, los médicos, para hacer cumplir sus designios. Quizás éste sea un caso en que Él permita que mi pequeño saber pueda vencer a la enfermedad. No sería cristiano desdeñar las oportunidades que el Todopoderoso nos concede para salvar la vida que, si se alarga, es en beneficio del alma.

El enfermo lo miró en silencio, y el padre Thomas creyó distinguir el deseo de vivir que aún alentaba muy dentro de su cuerpo. Las manos del caballero dejaron de temblar, pero siguió agarrado con firmeza a las de su hija.

Del otro lado de la cama, el mastín, con la cabeza apoyada sobre las colchas, gemía de vez en cuando muy quedamente.

—Y si he de ayudar a Dios, y a vos —dijo el padre Thomas con autoridad de taumaturgo—, tendré que examinaros.

Como don Gualterio no se opuso, comenzó el interrogatorio:

—Veamos. Cuando estáis acostado no respiráis bien, ¿verdad?; pero os cuesta menos hacerlo si estáis sentado.

El enfermo asintió débilmente.

—Y casi todo el tiempo sentís una dolorosa opresión en el pecho.

Nuevo asentimiento del caballero.

—¿Me dejáis ver vuestras piernas? —preguntó, pues sospechaba que retenía agua, tal como suponía el hermano Hansen.

Doña Sebastiana se apresuró a tranquilizarlo para que le permitiera correr las mantas. El agua le había hinchado el cuerpo hasta el vientre. Hidrops anasarca, comprendió, y muy avanzada. Pero el agua no había llegado a las partes superiores, y la fiebre no había aparecido: la sudoración era por lo encerrado de la habitación y el exceso de mantas con que se abrigaba. «Pero sudar nunca hizo daño», se dijo.

—Tened la bondad de enseñarme vuestra lengua —pidió y con una espátula de madera, mientras la joven acercaba luz, aplastó, removió y levantó la lengua del paciente. Toda la cavidad bucal se veía cubierta de una materia gris-blancuzca, lo que significaba que los humores corporales habían caído en lo frío y húmedo, reforzado el estado por la naturaleza flemática del enfermo, que había producido bilis negra en demasía por la mala alimentación. Esto disminuía el componente húmedo, pero intensificaba el componente frío del cuerpo. La consecuencia: un enfriamiento del corazón y también de los pulmones, que derivaba en una insuficiente combustión del oxígeno respirado y en un suministro escaso de las neumas vitales. También detectó deficiente distribución de las fuerzas a través de la sangre de las arterias, debido al debilitamiento del corazón.

Se enderezó, echando la espátula al fuego mientras pensaba en el diagnóstico, del cual no dudaba: el estómago, el corazón y los pulmones estaban suministrando una cada vez más pobre cantidad de lo caliente, que es el principio vital, y una sobreabundancia de lo frío, que es el principio letal. Se podía hacer algo por él, siempre que encontrara manera de que el tonto dejara de hacer penitencias, tan severas que serían cuestionadas por muchas órdenes.

Mientras se lavaba las manos en la palangana que doña Sebastiana tenía preparada, le dijo en voz baja:

—Está grave, aunque su estado es reversible. Tenéis que convencerlo de que se higienice, de que coma, de que acepte que se le administren remedios. Sólo así podremos salvarlo.

El hermano Hansen había abierto el maletín, desplegándolo sobre el escritorio, y el padre Thomas pasó revista a los medicamentos que en él llevaba. Esperaba que la botica de la Compañía, saqueada por la peste (pues

no alcanzaban a reponer algunas sustancias que debían ser traídas de lejos), tuviera lo necesario.

—¿Quién se encarga de ordenar las comidas?

—Belarmina.

—Hablaré después con ella; hay que administrarle una dieta muy tonificante, aunque gradualmente. Tienen que prepararle una sopa de alas de gallina, hervidas hasta que el líquido se vuelva gelatinoso. Se le deben agregar hojas frescas de lechuga, tallos de apio, trozos de calabaza y cebolla: es necesario que vuestro padre expulse del cuerpo el agua que ha acumulado; trataremos de que los riñones se presten a hacerlo con esa dieta. Sería bueno que lo trasladarais a su dormitorio, pero sin violentar su voluntad, que no quiero trastornarlo. En caso contrario, hay que acercarlo a alguna ventana interior y, si le dan ahogos, abrirla para que tome aire fresco. El hermano Hansen vendrá más tarde con un estimulante, por si se le declara una crisis cardíaca.

Y mientras salían de la habitación, caminando lado a lado, él encorvado por el cansancio, ella con las manos unidas sobre la falda, la cabeza gacha, le fue aconsejando la dieta que se le podía administrar:

—Por ahora, nada de verduras o frutas frescas. Como seguramente tendrá dificultades para tragar, haced que le preparen de inmediato un jarabe con cinco partes de miel y una de vino, disueltas en agua caliente. Si se consigue un borreguito mamón, o un pollo, que se hierva la carne más blanca en vino, y tentarlo a que ensope el jugo con el pan, que mejor si es de varios días. Después de las comidas, que se le den higos o ciruelas desecados, que estimulan la digestión. En los cocidos, usad la nuez moscada y la pimienta blanca. En las tisanas, la miel.

El hermano Hansen y el mercedario quedaron tratando de convencer a don Gualterio de que se dejase bañar por dos esclavos de los mercedarios, a los que mandarían presentarse en el solar, ya que el único criado del señor era bastante viejo.

Luego de conseguir una aproximación al «sí» del caballero, el joven se retiró dejándolo en compañía del confesor, encontrándose con el padre Thomas, que observaba la calle desde la vereda: no lo habían notado al

llegar, pero alguien había mandado tapizar el suelo con una capa de alfalfa para amortiguar el paso de carros y jinetes que podían molestar al doliente.

Silenciosos, cansados, se dirigieron hacia el convento, el joven Hansen un poco atrás del maestro, ni demasiado lejos, puesto que no era sirviente, ni tampoco a su lado, pues las jerarquías y las edades tenían sus reglas.

—Esa mujer huele a hechicera —dijo el joven con la voz tomada; con un escalofrío, el padre Thomas creyó que se refería a doña Sebastiana, hasta que el muchacho aclaró—: El Santo Oficio debería indagar sus actividades. Cada vez que la vemos, sugiere cosas de ocultismo o de ciencias oscuras.

—No invitemos al inquisidor a este banquete —lo contuvo el médico—; es huésped impredecible: se sabe por cuál plato comienza, pero jamás en cuál termina.

Lo tranquilizó comprender que el joven hablaba de Rafaela.

Adentrándose en las sombras, presintieron a la peste que dormía, encogida, sobre la ciudad, y cuando la gramilla que se abría paso entre las piedras de las veredas ahogaba las pisadas de los dos samaritanos, podían escuchar los ayes apagados que se filtraban por alguna ventana, ayes no desesperados, sino resistentes, monocordes como los de los niños que ya no recuerdan por qué lloran. A veces, un grito rompía el vidrio ahumado de la noche, y ellos, con un estremecimiento, con un frío sobre el estómago, se santiguaban, volvían atrás y tocaban a una puerta, conscientes de que el sonido ominoso del llamado sonaba como si el Destino mismo se presentara a recoger al que acababa de expirar.

Sosegadamente, como surgiendo de sótanos y túneles, de criptas donde dormían los sudarios de sus hermanas, respiraban y expiraban las preces de las monjas, que se turnaban para que ni un solo segundo del día dejara de contar con su plegaria.

OceanofPDF.com

46. Del aliento de la peste

«Debemos mencionar como hecho curioso que en la imaginería cordobesa se encuentra en manos de un particular un Cristo tallado en madera blanda, que se presume del siglo XVII, llamado del Chavalongo, cuya región abdominal está cubierta por un postigo de cuero que puede ser abierto y alojándose en su cavidad un intestino delgado confeccionado de una fina cuerda».

M. del Carmen Ferreyra

La mortalidad en Córdoba durante el siglo XVII, II Jornadas Argentinas de Estudios de la Población

OceanofPDF.com

Córdoba del Tucumán
Después de Pentecostés
Invierno de 1705

Una vez en el convento, el padre Thomas se bañaba y aconsejaba al joven belga que hiciera lo mismo. Ya en la celda, tomaba un cordial, comía con hambre lo que le habían dejado cerca del brasero, y como no caía en el sueño de inmediato, bebía una copa de vino mientras repasaba el libro de Sydenham.

Por entonces estaba releyendo el capítulo «Sobre la constitución epidémica de parte del año 1669 y de los años 1670, 71 y 72, en Londres». La descripción de los males, la continuidad que planteaba —cómo el cólera morbo, las fiebres disentéricas, las viruelas, la escarlatina, se desplazaban unas a otras—, la sensatez de los remedios que propiciaba, resultaban notables por la cuidadosa observación del investigador.

Él, por su parte, guardaba en la memoria las normas de higiene, las composiciones de algunos remedios, apuntando mentalmente: «Pedir nuevamente almendras» —porque el tabardillo se trataba con un remedio sobre la base de éstas—; «¿quedará agua de rosas de Damasco?», que se usaba para dar buen sabor a las medicinas de los niños, o: «¿Y el jarabe de meconio? No recuerdo haber visto ni una botella». La duda sobre estos faltantes podía quitarle horas de sueño de las escasas que dormía.

Un día en que estaba especialmente cansado, antes de apagar la vela y estirarse en la cama, su mirada, que recorría el libro más por costumbre que por interés, cayó sobre una frase que indicaba un tratamiento contra el «mal de piedra», los guijarros renales a veces tan difíciles de expulsar. En un

instante, como quien emerge de la niebla de la memoria, recordó haber sido llamado por la esposa de don Marcio Núñez del Prado antes de la epidemia, cuando a veces demoraba ocho horas en volver al convento: fue durante el preludio de la peste, aquellas malas calenturas y la suave disentería que lo llevaban de una casa a otra, de una ranchería a un conventillo, de la cárcel al hospital de Santa Olalla.

Aunque era tarde, al desocuparse se presentó en la casa del procurador y lo encontró mejorado. Se había aliviado, le dijo doña Cupertina, después que su sobrina Sebastiana, ante la ausencia del médico, pasó a interesarse por su salud. Sobre la mesa de arrimo que sostenía un fanal con un Niño Dios dormido entre flores, él alcanzó a ver unas ramas de la yerba «vara dorada». El hermano Adamo, que había pasado por Córdoba antes de partir para las Misiones de Chiquitos, había hecho estudios sobre la planta, la famosa Virga aurea.

En la noche helada, con el brasero ya apagado y el lecho tan frío como el fondo de un pozo, recordó cómo el hermano Adamo había curado varios casos, recomendando aficionarse a ella para evitar las dolorosas formaciones.

¿Cómo conocía la joven tal remedio? ¿Habría conseguido la obra del hermano enfermero? Imposible; no era texto que se vendiera. Cerró el libro y lo apoyó sobre el pecho; muchas veces había sospechado que doña Sebastiana sabía más de lo que su modestia le permitía mostrar. «¿Su modestia o su astucia?», se preguntó, para pensar, en cuanto caía en el primer cabeceo del sueño, que era una pena que fuera mujer.

Sin saber que el obispo Mercadillo había tenido una idea semejante, pensó cuánto hubiera ganado ella si hubiese nacido muchacho: no habría quedado embarazada, no habría tenido que hacer aquel espantoso matrimonio, ni pasar por todo lo que había pasado. Hubiera podido ser su discípulo, su mejor discípulo: intuía que era superior al joven belga, a quien él vivía en el temor de perder, por sus escasos años, por su sentido misional,

porque el hermano Hansen mantenía la actitud de los grandes médicos, una especie de indiferencia ante los peligros que arrostraba en su ministerio.

La hermana Sofronia, erudita hermética y retraída, la había elegido como discípula aunque era ajena a la comunidad. Ella también había visto en doña Sebastiana la capacidad latente, y estaba seguro de que, de alguna manera, la religiosa le había transmitido más sabiduría de la que él tenía noticia: bien conocía esa hermandad cerrada de las mujeres, que mantenían cofradías invisibles, sin libros y sin reglas escritas, pero aun así, precisas: era la antigua asociación de los esclavos, de los menos fuertes, de los disidentes en peligro, de los avasallados. Ningún papel denunciaba, porque todo se manejaba en secreto y en susurros: los susurros, al menos en aquel siglo que comenzaba, no eran prueba ante ningún tribunal.

Comprendió, de todos modos, que parte de la inquietud que le producía ignorar cuánto de pócimas y remedios sabía la joven se afianzaba en el rechazo que le producía Rafaela, que desde la muerte de doña Alda parecía pegarse más a doña Sebastiana.

Una paciente de él, viuda hacía poco tiempo, le entregó, en una de sus visitas, un frasco con orines: quería que le confirmara lo que le había dicho Rafaela, que al parecer también leía meados.

Él no mostró entusiasmo, pues nada en la señora ameritaba aquel análisis, y la mujer se había mostrado furiosa, tanto que, no bien dejó él la habitación, oyó cómo estrellaba el frasco contra el suelo.

Intuyendo algo más que lo aparente, en uno de sus viajes a Alta Gracia contó el hecho al hermano Pío.

—¿Viuda, decís? —preguntó el anciano que recorría las sementeras nuevamente sembradas—. Seguramente será el mal de las viudas —rió.

—¿Qué enfermedad es ésa? —se desconcertó el médico.

La mirada socarrona del otro, llena de campesina malicia, le reveló más que cualquier frase. Y enrojeciendo, recordó las miradas fijas que le dedicaba la dama, que él había tomado por temor por su salud, los suspiros que lanzaba cuando se agachaba a auscultarla, un cierto desorden de la ropa que mostraba, al parecer por descuido, más carne de la conveniente. Y el empeño que había puesto a veces en que salieran la sobrina que le hacía

compañía y el hermano Hansen de la habitación, aduciendo vergüenzas y melindres.

Por suerte, jamás lo había permitido, pues era ley inquebrantable de la orden que el médico no debía estar a solas cuando examinaba a una mujer.

—¿Por qué yo? —preguntó al vasco—. ¿No hay suficientes hombres dispuestos a consolar viudas con menos impedimentos que un sacerdote?

—¿No os habéis mirado al espejo? Galanura no os falta, y todavía se os ve fuerte —se burló el padre Pío—. Además, doy fe de que para ciertas hembras la carne prohibida es su mayor antojo.

Él no sabía si reír o preocuparse, pero aquello le abrió los ojos para futuras experiencias, volviéndolo más cauto en el trato con las mujeres: no quería caer en uno de esos lastimosos escándalos que cada tanto conmocionaban la ciudad.

Sondeando a las viejas curanderas, a las herbolarias que vivían en la costa del río Suquía, se enteró de que Rafaela aseguraba que por el color y el olor de la orina, el médico podía leer las intenciones amatorias de la mujer, sin que fuera necesario a la dama insinuarse más allá de lo discreto.

Repugnado, pidió de inmediato a su superior que traspasase el cuidado de la señora a otro, recomendando al padre Murillo, muy anciano y de probada castidad.

Después de aquel incidente, el rechazo por la vascona se le intensificó, y cuando le volvían las dudas sobre doña Sebastiana, se decía, atinadamente, que aquella aprendiz de maga, hechicera de hierbas, intérprete de orines, era, seguramente, la responsable de lo que él no se atrevía a analizar en profundidad.

La desaparición de los libros del convento todavía lo inquietaba y tenía la impresión de que había estado a un tris de descubrir algo… Algo detrás de la puerta que guardaba la penumbra.

Al día siguiente, un encarnizamiento de la peste en el convento, que atacó desde la gente de servicio hasta los más altos cargos, le hizo olvidar esta preocupación, pues tuvo que comprometer su esfuerzo en hacer un hospital de la Casa, al mismo tiempo que debía correr por la ciudad junto con un hermano coadjutor, un religioso lego —de los que no tenían opción

a las Sagradas Órdenes— llamado Gutiérrez. Era de Castilla la Vieja, experto barbero y excelente cirujano. Tenía una capacidad notable para las hablas africanas, y allí donde los esclavos morían sin poder hacerse entender, él se les acercaba, los lavaba e intentaba una de las lenguas, lo que traía alivio a los infelices, pareciéndole al padre Thomas que algunos sanaban porque, comunicándose con aquel viejo que ya iba por los setenta años, les volvía la esperanza al espíritu y la fuerza al cuerpo. Tanto era su ascendiente, que logró entre ellos buenos enfermeros que lo seguían por los conventillos de los monasterios, donde caían como moscas los africanos.

Una tarde en que el padre Thomas debió regresar a la botica en busca de algunos remedios, se sobresaltó al oír unos secos sollozos en el cuartito de trastos. Al asomarse, descubrió al hermano Hansen arrinconado contra la pared, las piernas contraídas, la cara sobre las rodillas.

Se acercó y le tocó el hombro temiendo lo que vería cuando el joven levantara el rostro, pero éste no mostraba las postemas malignas: era sólo el rostro de un muchacho traspasado por la impotencia.

—Ha muerto el padre Graciano —dijo con voz entrecortada de tal manera, que el sacerdote sintió en su propia garganta el esfuerzo que le costaba hablar.

Se sentó a su lado, mudo de dolor. El padre Graciano, nacido en un pueblo de Nápoles, era poco menor que él —tenía 45 años— y un estudioso aventajado en filosofía, teología y artes. Su mayor deseo había sido el de que se lo destinara a misionero, pero sus superiores opinaron que mejor se aprovecharía su genio instruyendo a los seminaristas. Él siguió postulándose, año a año, para catequizar nativos, siempre rechazado en beneficio de los estudiantes.

Al padre Thomas le gustaba su carácter latino. Los superiores definían su ingenio como «raro y agudo», «liberal y universal». Famoso por la memoria, podía recordar páginas enteras después de leerlas sólo una vez. Por la devoción que sentía a la Virgen María, todos los sábados ayunaba, y echando a los criados de la cocina, se ponía una pañoleta a la cintura y fregaba la vajilla y los pisos, vaciaba los cubos de basura y preparaba la lejía con ceniza de los fogones. En sus horas de descanso, se acomodaba

bajo el mirto del patio, llevando con él algún libro. Sus alumnos se acercaban con cuidado: nunca estaban seguros si dormitaba o leía. Él los recibía con alguna broma y se resignaba a escuchar sus debates. Casi siempre salían a relucir las doctrinas del padre Francisco Suárez, que se estudiaban en Córdoba desde hacía casi un siglo.

«La obra de este hermano nuestro —decía el padre Graciano— engendrará hombres libres, hombres que comprendan que el reino no es servidor del príncipe, sino el príncipe servidor del reino». También sostenía, como Martín de Azpilcueta en la España de Felipe III, que «la misma potestad regia no pertenece al rey por derecho natural, sino a la comunidad».

Aquellas ideas seguían siendo transformadoras y, para algunos, revolucionarias; ellas motivaron en parte la persecución del obispo Mercadillo, que nunca pudo probarles nada.

Cuando arreció la peste, el padre Graciano fue mandado a aliviar cuerpos e impartir los últimos sacramentos.

El padre Thomas recordaba la sonrisa gozosa que cruzó con él cuando se dirigía a la ranchería de las Catalinas: el flagelo le había permitido cumplir, aunque a medias, con su porfiada vocación.

Abatido ante su muerte, se llevó una mano a los ojos y poniéndose de pie tomó al discípulo del brazo.

—Vayamos a orar a Nuestra Señora de Monserrat.

—¿Y los apestados? ¿Quedarán sin auxilio? —se inquietó el muchacho.

—Tendrán que esperar; siento que necesitamos un minuto para orar, y es éste, hermano Hansen.

El joven lo siguió, mientras murmuraba:

—Hemos pedido al padre rector que nos permita a nosotros, sus discípulos, amortajarlo…

Las campanas de Santo Domingo doblaron a duelo: uno de sus frailes, también dedicado al cuidado de los enfermos, acababa de morir. Al rato, las campanas de San Francisco les hicieron coro.

Unos días después, el padre Thomas encontró a doña Sebastiana en la calle, sentada en una silla de paja que alguien le había acercado; una criada

mulata sostenía un parasol de palma sobre su cabeza. A su lado, en el suelo, se veía una cesta, seguramente de comida, o quizá de remedios. Fue el hermano Hansen quien primero la vio, y se dirigieron hacia ella, interesándose el médico por la salud de don Gualterio.

—Está mejor, porque se ha avenido a seguir vuestros consejos.

Por el rabillo del ojo, el médico atisbó a Rafaela; salía de una vivienda modesta y, al verlo, retrocedió con presteza a la oscuridad del zaguán.

La joven no pareció notar nada; se la veía pálida, con el peinado improlijo, y cansada. Tenía sobre la falda un perrito famélico, con poco de nacido, al que había envuelto con la punta de su pañoleta.

—Ha muerto un angelito, y los padres, a más, están graves. Les traje algunos alivios. Ahora espero que vengan a buscar el cuerpo. Prometí a la madre que cuidaré de que sea bien tratado y enterrado cristianamente.

Levantó con desaliento la cabeza y el sacerdote pudo ver un dolor indecible en sus ojos.

—¡Ah, reverendo padre, qué triste es ser mujer! Tengo para mí que ningún hombre puede sentir sobre su carne el dolor que significa para una mujer el perder un niño. Un niño al que esperó durante tantos meses, acunándolo en el propio cuerpo…

Quizá por ese sentimiento, pensó el sacerdote, ella había dado en recoger huérfanos y cuidarlos en su casa. Muchas familias pobres, al sentir los primeros síntomas del mal, le mandaban sus niños, sabiendo que allí estarían cuidados y alimentados.

Por distraerla, preguntó sobre Aquino.

—No está en la ciudad. Sé por el confesor de mi padre que quería quedarse para ayudar con los enfermos, pero lo mandaron a Mendoza.

No la notó contrariada, y pensó que de alguna manera Dios iba librando el camino de la joven de escollos que podían volverse conflictivos.

Como llegaba el carro que trasladaría el cuerpo del pequeño, se despidieron. La escena, que semejaba un raro sueño, perseguiría al jesuita por siempre: doña Sebastiana sentada en la calle desierta y opaca de polvo; la mulata con el parasol de palma, y el carro con un caballo esquelético —

como el corcel del Apocalipsis que sembraba el hambre y la peste—, que se acercaba a paso tardo hacia la vivienda.

Finalmente, el tabardillo decreció, aunque, como sabía cualquier interesado en epidemias, daría vueltas por aquel reino de desolación, murmurando entre dientes y cobrándose algunas víctimas por dos o tres años.

No fueron tocados ni el provisor del obispo, Gabriel Ponce de León, ni el padre provincial, ni el hermano Hansen, ni el padre Thomas. Tampoco don Gualterio.

A pesar de que doña Sebastiana y Rafaela se expusieron, tampoco contrajeron la peste. El resto de la familia se había atrincherado en sus campos, y entre ellos hubo pocos muertos.

Becerra quiso arrastrar a Sebastiana, pero la joven se negó terminantemente a moverse de Córdoba: su padre no soportaría el viaje y ella sentía que debía ayudar con los enfermos. Le pidió que quedara él en Anisacate y la aliviara de aquella preocupación encargándose de la familia y de la gente de Santa Olalla. Don Esteban se resignó a esperar que, en caso de desgracia, un chasqui le llevara noticias de ella y de los que habían quedado en la ciudad, entre otros, Bernardo Osorio, por requerírselo su cargo.

En Alta Gracia murió el hermano Eladio —que suplía su poca ciencia con mucha dedicación y sacrificio—, al mismo tiempo que negros, indios y religiosos, en cantidades tales que el hermano Gartner —maestro tejedor— pidió salir de la estancia «por no tener gente para su obraje». Tampoco pudo juntarla en la de Santa Catalina, donde la mortandad de negros había sido muy grande.

En Santa Olalla, debido a su apartamiento de centros urbanos y a que se abastecían a sí mismos, murieron sólo tres trabajadores y lejos de allí, contagiados seguramente entre sus parientes, a quienes habían ido a auxiliar.

Desde que llegó el rumor, por tras la sierra, de que había tabardillo en La Rioja, Becerra ordenó que nadie entrara ni saliera de San Esteban ni de Santa Olalla, que se consumiera sólo lo que ellos producían y que, hasta que amenguara el mal, se privaran de las cosas que adquirían en la estancia jesuítica y en las poblaciones cercanas.

Un día descubrió que un peón se encontraba con una morena de la ranchería a escondidas de los misioneros, y a punta de arcabuz lo obligó a alejarse de San Esteban. Como tenía familia que quiso seguirlo, marcharon hacia el sur, hacia Los Jagüeles, que de allí eran. La morena tentadora murió poco después; nunca supieron qué fue del enamorado y sus parientes.

Pero en Córdoba, cuando ya prácticamente no había víctimas entre los enfermos, el padre Thomas se sobresaltó al ser llamado en la siesta, mientras se reponía de una jornada de casi veinte horas.

—Es doña Sebastiana —dijo el hermano Hansen—. Isaías dice que muere.

«No era, entonces, el gorrión elegido», pensó el médico con amargura: Dios la había señalado para llevársela cuando ya su misión había terminado, después de ayudar a enfermos, enterrar criaturas y adoptar niños y animales desamparados.

«Pero esos niños aún la necesitan; debe vivir —y se encontró rogando —: Señor, déjala vivir. Demasiado ha sufrido. Que pueda criar a otros niños ya que le fue negado criar el suyo».

Cuando entró en la casa, encontró a don Gualterio arrodillado al lado de la cama de la joven, llorando desconsoladamente. Por los patios, Rafaela gemía al cielo, los brazos levantados, tropezando en una salmodia incomprensible, y por primera vez comprendió que quizá la mujer no estuviera rezando al Diablo, sino simplemente rogando a Dios en su lengua natal.

La pieza había sido ahumada y se mantenían las ventanas y los postigos cerrados. Frente a la cama, en un altar improvisado, vio el famoso Cristo del Chavalongo que pertenecía a los Osorio: don Bernardo, al saber a su sobrina enferma, lo había mandado con uno de los criados, pues él convalecía después de haber estado en las puertas de la muerte. Su

curación, que parecía milagrosa, se le adjudicaba a aquella imagen que solía encabezar las procesiones para rogar por el cese de la epidemia. Se tenía mucha fe en ella, una fe que se asentaba en el hecho irrecusable de que ningún miembro de la familia a la cual pertenecía desde el siglo anterior había muerto de peste.

El padre Thomas ya había visto la imagen, pero lo mismo le impresionó la trampilla de cuero sobre el vientre del Salvador, que al abrirse mostraba los intestinos recogidos.

Don Gualterio se había puesto de pie y balbuceaba algo, y alcanzó a entender que doña Sebastiana quería que se llamase a don Esteban.

Le prometió encargarse de eso, lo sacó del dormitorio y se acercó a la cama. La belleza de la joven parecía haberse desvanecido. Tenía los labios agrietados de fiebre, el pelo enmarañado y la piel estirada sobre los huesos; en el cuello, florecía el punteado rojo que distinguía a la enfermedad.

Era evidente que la peste se había reclinado junto a ella, boca sobre boca, para derramar el veneno del aliento, inficionando al corazón. La juntura de los labios ya presentaba las escaras negras.

OceanofPDF.com

47. De ciertos textos antiguos

«Si se discierne que tal acción es más segura pero se siente inclinado por seguir tal otra, menos segura, aunque menos penosa, se puede escoger ésta, con la condición de que esté permitida. Así, la opinión probable ajenase sustituye lícitamente, en la conciencia del sujeto que actúa, a la propia opinión espontánea».

Alain Guillermou

San Ignacio de Loyola y la Compañía de Jesús

OceanofPDF.com

Córdoba del Tucumán
Después de Pentecostés
Invierno de 1705

El padre Thomas se enderezó después de observar con preocupación los indicios del mal, calculando el tiempo que se necesitaba para la aparición de los síntomas. ¿Cuánto hacía que estaba enferma? Salió al corredor y se dirigió a Isaías, que era el único que conservaba la cabeza.

—Dos o tres días —reconoció él—. Rafaela pensó que podía curarla; por eso demoró en pedir auxilio. Creo… —y vaciló— que teme que la joven pueda decir algo en el delirio… —la justificó.

Y como el padre Thomas, sin entender, había levantado una ceja, explicó:

—Alguna confesión, algún secreto indigno…

—No hay secreto que merezca que por él se sepulte a una mujer joven y valerosa —se exasperó.

—Habría que preguntarse —dijo el otro, con reserva— si la joven mujer querría vivir una vez develado lo que debía seguir oculto.

Inquieto, regresó al dormitorio, pidió a Belarmina que se quedara, a Porita que se encargara de mandar un jinete a Anisacate por Becerra y cerró después la puerta tras de sí.

Se sentó al lado de la enferma, a orar para que el Señor le mandara entendimiento para salvarla. Una vez tranquilizado, la llamó con varias entonaciones: inquisitivas, animosas, imperativas, afectuosas. Ella finalmente parpadeó y volvió el rostro hacia él.

—Esto se acaba… —jadeó—. Es mejor así.

El médico le dijo unas palabras de reconvención y le preguntó por sus síntomas.

Animándose, la joven le rogó:

—Haga que se lleven los niños al campo; temo que se contagien —y pasó a describir someramente las manifestaciones del mal.

—Saldrá adelante —le aseguró él, pensando en cómo revertir el daño que la enfermedad ya había hecho a su sistema nervioso. Detestaba las sangrías, pero necesitaba observar el color y el grosor de la sangre.

Sin pensar en lo que pudiera decirse, hizo lo que había querido hacer desde el día en que la encontró atada como un animal a la cama: apartó los cabellos de la frente que ardía, pidió a Belarmina un paño húmedo y se lo pasó por rostro, cuello y brazos; tomó después sus manos y con delicadeza, pues debía tener doloridos los nervios, se las limpió como lo haría con un niño. Ayudó a enderezarla y el hermano Hansen le dio de beber.

—Hay que mandar por agua de Saldán —dijo a la mujer, que asentía entre sollozos.

La joven se estaba dejando morir; ya la había visto en ese estado de indiferencia hacia su cuerpo y sus males cuando había perdido el hijo. «¡Cuando le mataron a su hijo!», reconoció con un grito interior: alguna vez había que decirlo.

Comprendió que necesitaba encontrar un motivo para que ella deseara vivir. En Santa Olalla, fue la alusión que hizo a la hermana Sofronia y al estudio de las hierbas, pero intuía que ya de hierbas sabía casi cuanto quería saber, y eso no le depararía un pretexto que congregara las fuerzas espirituales y corporales para oponerse a la enfermedad.

Con disgusto, pidió a su ayudante que preparara las cosas para hacerle una pequeña sangría.

Ella dio un gran suspiro. «Me condenaré… —murmuró, y después—: Es muy larga la Eternidad». Y volvió a pedir por don Esteban.

Afuera se oyó un grito lastimoso. Era uno de los huérfanos a quien apartaron con firmeza de la puerta.

Se volvió hacia ella y le echó en cara:

—Un niño ha llorado porque la necesita. Nadie más puede consolarlo, nadie lo criará como usted. Si muere en esta pieza, él sentirá por el resto de su vida la falta de una madre. Perder dos veces a una madre es demasiado para un niño.

Los ojos, bajo los párpados, temblaron. Vio que sus labios se entreabrían como si quisiera decir algo. Vio que su mano se aferraba a la manta como si quisiera amarrarse a la tierra.

Él se acercó a la consola a buscar nuevamente agua, y entonces, en un segundo, todas sus sospechas se confirmaron. Ya no tendría que seguir pensando en la pregunta clave, la que haría hablar a Isaías y desenredaría el enigma.

Temblando, puso la mano sobre unos libros muy antiguos que estaban casi escondidos bajo un manojo de romero. Eran los textos perdidos, el Anazarbeo, el Laguna, el Kratevas…

Con la vista nublada, levantó el de arriba y, a la luz de las velas que iluminaban la patética imagen del Cristo del Chavalongo, vio sobre las tapas de cuero envejecido, de un ocre macilento, unas manchas de cera azul. Sus dedos perdieron fuerza y el libro cayó al suelo. Temblando, se volvió hacia el hermano Hansen.

—Vaya hasta la botica y traiga romaza colorada; tendremos que corregirle la sangre —le ordenó.

Luego arrimó un banco al lecho y tomando el pulso de la enferma, le preguntó en voz baja:

—¿Cuánto hace que no se confiesa?

Ella le volvió la espalda.

—Mucho tiempo.

—Es imperativo hacerlo ahora.

—¡Ah —se burló la joven—; es usted más sacerdote que médico!

—Hablemos en latín —la urgió, desesperado.

Ella siguió mirando la pared y de pronto, trabajosamente, con grandes espacios en blanco, con enormes silencios, comenzó sus confesiones.

Lo primero que dijo lo desconcertó, hasta que reconoció las palabras de San Agustín: «¿Qué tengo, pues, que ver yo con los hombres, para que

oigan mis confesiones, como si hubiesen de curar ellos todas mis dolencias?».

Después de la confesión, el padre Thomas trabajó rápidamente con el hermano Hansen para cortar el paso al mal, si eso aún era posible.

Cuando la hubo sangrado, salió al patio y a pleno sol observó la consistencia y el color de la sangre: demasiado densa, demasiado oscura. Hizo preparar la romaza para modificarla y aplicó en la enferma métodos y remedios que conocía y, en la desesperación, aun otros de los que dudaba.

Todo era inútil. La vida de la joven se sostenía en la agonía, y más de una vez él o su ayudante habían murmurado como para sí: «¿Alienta?».

Dejó al hermano Hansen, a instancias de él, velando lo que parecía el tramo final de una vida y regresó al convento con el corazón encogido, a consultar sus libros.

Tan pronto como se halló en su celda, la angustia reapareció como surgen los ahogados, después de un año, a la superficie de las aguas.

Dejó los libros rescatados —envueltos en un paño que había pedido a Belarmina— sobre la mesa y se arrodilló en el reclinatorio. La frente sobre las manos fuertemente enlazadas, examinó su conciencia preguntándose si no era él responsable de todas las muertes que habían rodeado a doña Sebastiana.

¿Por qué no la dejó morir antes, cuando ella deseaba entregarse al Cielo y compartir la sepultura con su hijo? ¿No fue él, acaso, quien se jactó de haberla arrebatado a la Muerte? ¿Se había vengado la Muerte de él, demostrando que por cada vida que salvara, ella podía cobrarse muchas más, todas derivadas de aquel acto de humana soberbia: el de obligar a vivir a lo que debía morir?

Dentro del juicio arrasado por la fiebre de doña Sebastiana, escuchó las divagaciones que se sostenían, aunque a él no le gustara, en perfectas estructuras.

Reconoció que todo parecía haberla guiado, por manos religiosas, por intervenciones divinas, hacia el mal: fue él quien hizo que la internaran en

el convento; sor Sofronia le enseñó y le dio los libros; el obispo apoyó a los padres cuando las monjas pidieron ampararla, un sacerdote le había buscado por marido a don Julián, ella dejó en manos de Dios el destino de éste… Y podía seguir enumerando las cosas que habían conducido su destino, convirtiéndola primero en víctima y nunca, en principio, en victimaria.

«Pero se confesó. Su arrepentimiento es verdadero. Me entregó los libros. Hizo propósito de enmienda… ¿No era justo que le diera la absolución, que le abriera las puertas del Cielo? Y las estrellas… ¿cuánta culpa puede tener quien nace bajo influencias de astros nefastos, de nefastas conjunciones?».

Miró los libros y sintió que las lágrimas volvían a mojarle los ojos. ¡Cuánto hacía que no lloraba! Una eternidad, el término de una vida: desde que había visto a aquella muchachita sacada del río, cubierta de escarcha, como vestida de diamantes…

Mientras doña Sebastiana se confesaba en lengua sagrada, él, consternado, había sentido primero el calor y luego el frío de las lágrimas que, al llegar a la boca, le recordaban que estaban hechas de sal, y que eran, como el mar, inconmensurables en el dolor.

Si sintió el impulso de juzgarla, horrorizado, ese horror fue suplantado por el del cuerpo amoratado del niño asesinado descansando sobre plumón cubierto de seda, con las blancas galas que su madre había bordado para él sentada en el mismo banco en que después velaría su tumba. Quiso de nuevo encontrar manera de juzgarla, pero nuevamente surgió el horror que había sentido cuando la encontró casi desangrada, quebrantada en cuerpo y alma como mujer. ¡Mujer, una chiquilla de pocos años!

Levantó la vista hacia los libros y casi llegó a aceptar las ideas de los últimos años de San Francisco de Asís: el conocimiento y el saber sólo producían confusión y dolor.

Abrió el libro de Kratevas: «El recuerdo de esta serpiente cae sobre mi corazón como una sombra y su figura pasa por el interior de mis ojos hasta que se enciende en su lugar el rostro amado. Siento en mí la suavidad de un lamento que no me pertenece, la temible dulzura de las palabras pronunciadas en la desesperación. Serpiente y llanto. Toda mi ciencia no es

más que este gemido inútil; todos mis actos, sombras de pájaros en el agua…».

¿Cómo podía un asesino encontrar tal belleza en el dolor humano, en la impunidad de su sapiencia?

A la incierta luz del candil, vislumbró una mancha entre las costuras de hilo grueso y encerado; era amarilla, y quedó prendida en la punta de sus dedos. La acercó a la llama, quemándose casi las cejas, y la observó detenidamente: era una flor seca. La flor de la sardonia.

Se puso de pie y violentamente destrozó el libro con la fuerza de un hombre sano que no acostumbraba usar de ella. Fue echando las hojas al fuego del brasero hasta que la pieza se llenó de humo negruzco, lo ahogó, lo hizo toser. El pecho pareció desgarrársele y tuvo que abrir la ventana al aire gélido de la agonía de la noche.

Bebió desesperadamente y al dejar el jarro sobre la mesa, con el rostro exánime de doña Sebastiana en la retina, recordó como un bálsamo las palabras de San Ignacio: «A las almas caídas y tentadas debemos tratarlas con amor particular. Esto saca el aguijón del corazón y le lleva provecho y consuelo —porque, advertía—… no se debe apagar nunca la mecha que aún humea…».

El pensamiento de Ignacio de Loyola lo consoló de sus propios yerros y sus presuntas culpas. Se enjuagó el rostro con el agua helada del aguamanil, dejó aparte las tapas de cuero que no podría hacer desaparecer sino con el fuego de muchas horas y decidió arrojarlas al horno de ladrillos. Se impuso una amarga meditación sobre lo que debía decir —y cuánto podía decir, pues lo maniataba el secreto del sacramento impartido— a su confesor.

Lo desasosegaba pensar que nadie sabría nunca lo que había hecho doña Sebastiana. Pero ¿qué era lo más importante? ¿Sus pecados o sus obras de bien? ¿Sus crímenes o su arrepentimiento? ¿Es un loco responsable de sus actos si alguien, por guardar un juramento hecho cuando estaba cuerdo, le devuelve su cuchillo?

Se estiró sobre la cama, las espaldas sostenidas por la almohada, con el libro de Sydenham entre las manos.

«¡Ay de mí! Mira mis heridas, no las oculto. Tú eres médico, yo soy enfermo; tú misericordioso, yo miserable. ¿No es una prueba la vida humana sobre la Tierra, sin la menor tregua?», había escrito San Agustín. Y doña Sebastiana había agregado: «Toda mi esperanza estriba únicamente en la inmensa grandeza de tu misericordia». Y había caído, extenuada de fiebre y desesperación, mientras musitaba, volviendo a las palabras del santo: «Dios mío, atiende a mi alma y óyela clamar desde lo profundo. Porque si tus oídos no están también en lo profundo, ¿hacia quién clamaré?».

Se durmió sin poder evitarlo, y entonces llegaron las pesadillas: soñó con perros hambrientos que, hacinados, se alimentaban de cadáveres. Soñó que entre él y doña Sebastiana, alguien, a quien él no veía, levantaba una tapia alta y sombría. Sólo oía el ruido del albañil, veía el reflejo fugaz de la herramienta y se desesperaba porque ratas robustas, de las que medran con la peste, se paseaban chillando amortiguadamente sobre el borde del muro… Y él golpeaba con desesperación la pared sin aberturas tratando de despertar a la que ya no podía ser despertada.

Surgió del légamo del sueño con el cuerpo dolorido, la boca amarga, las manos ateridas, los músculos encogidos, los párpados ásperos en la sequedad del ojo.

No era él quien golpeaba en la tumba circular. Era el hermano Hansen llamándolo con apremio, la voz quebrada de angustia, la voz de un muchacho algo pagado de su ciencia que de pronto comprende que la vida es sólo un soplo efímero, frágil, huidizo, que se escurre, burlón, entre los dedos de los sabios.

OceanofPDF.com

De las confesiones

OceanofPDF.com

¿…Dónde se halla mi pecado? Podría reconocer el primer crimen, pero es razonable pensar que yo estaba entonces trastornada: violada y recién parida, muerto el hijo esperado y amado, medio loca de dolor y oscilando entre dejarme morir o matar para renacer.

Si ella no hubiera elegido a semejante monstruo, para mi degradación, sabiendo que quería matarme para heredar de lo mío; si me hubiera permitido entrar en el convento aunque fuera como la última de las siervas; si hubiera demostrado dolor ante la muerte de mi hijo; si me hubiera escuchado cuando le advertí que la bebida la mataría… entonces, aún estaría viva.

Y de don Julián, que murió por el fuego, ¿qué he de decir? Yo no encendí la vela, ni le alcancé la bebida. Dios pudo salvarlo, y no lo hizo.

Maderos ha sido quien menos me ha costado matar. Pero también le di su oportunidad; al comprender que amaba a Graciana, le procuré la posibilidad de elegir el amor y la vida de bien, pero era como una alimaña ponzoñosa que todo lo envenenaba: su relación con la familia de Salvador, el amor de esa joven, la vida de Eudora, la mía y, además, la de su amo.

¿Acaso alguien puede acusarme de matar a Lope de Soto? ¿De matar a todos ellos?

«¿Y quién me acusará? —pregunto—. ¿Los hombres que matan a filo cuando son insultados? ¿Los que matan para defender el honor de sus mujeres? ¿Los que se defienden de la mano alevosa que sale de las sombras con un cuchillo, con un cordel? ¿Y qué soy yo, sino la insultada, la ofendida, la agredida, la maltratada, la acechada, la herida, la despojada, la casi asesinada?».

¿Por qué podrá el hombre matar por mí y se le dejará en paz, y no podré yo defenderme de tanto mal?

¿Acaso seduje a alguien, acaso atraje con artes a los varones, acaso me quedé con sus herencias? Y por cada vida que tomé, hice mayor bien: liberé esclavas por mi madre, devolví la herencia a la mujer y a los hijos de don Julián, mantengo a la familia de Maderos y conseguí arreglar la vida de Eudora para que no sufriera lo que yo. Y se puede decir que, por el maestre de campo, ayudé a enfermos y asistí moribundos cuando la peste, y fui madre de niños que no nacieron de mí, pues el Destino decidió que sólo pudiera concebir a aquel niño mártir…

Sé cuánto tuvo que luchar el padre Thomas por estas revelaciones, y a pesar de estar agonizando, la discusión aquella fue como una mano que me volvió a la vida. Encontré fuerzas para defenderme y merecer la absolución: cité a San Agustín, cité leyes que amparan a los varones, cité el desamparo de la mujer ante los jueces, cité mis pocas fuerzas, mi escasa edad.

Sobre todo, expuse mi arrepentimiento por haber perdido la Gracia de Dios, que es lo que más me ha hecho sufrir estos años. Mostré mi aflicción y el firme propósito de enmienda. Luego le pregunté: «¿Por qué se justifica más la muerte dada por cuchillo que por tósigo? Ambos matan, que nadie se engañe creyendo que una muerte es más noble o menos alevosa: cuchillo y pócima matan por igual».

San Anselmo lo dice en su tratado sobre la verdad: «Si todas las cosas son lo que en ella son, son, sin duda, lo que deben ser…».

OceanofPDF.com

48. De lo que duerme en la memoria

*«**MAESTRO**: ¿Te atreverás acaso a decir que Dios hace o permite algo sin sabiduría y sin bondad?*

***DISCÍPULO**: Al contrario, sostengo que nada hace sin bondad y sin sabiduría.*

***MAESTRO**: ¿Pensarás acaso que no debe existir lo que tanta bondad y sabiduría hace o permite?*

***DISCÍPULO**: ¿Quién, que lo entienda, se atrevería a pensarlo?».*

San Anselmo

Sobre la verdad

OceanofPDF.com

Córdoba del Tucumán. Valle de Paravachasca
Después de Pentecostés hasta Cuaresma
Primavera de 1705 - Verano de 1706

Descendió hacia los bajos del vado ya centenario, levantado en la época de Johan Nieto. Se lo veía vencido por las crecientes intempestivas de un arroyo que no existía la mayor parte del año para luego, durante las lluvias, aflorar por quebradas y cañadones, surgiendo de bajo las piedras y en medio de las arenas donde espejeaba la mica en el verano.

No únicamente las paredes de la bóveda que encauzaba el torrente habían cedido, sino también el lomo, que soportó por siglos el peso de las carretas que de vez en cuando aún lo atravesaban. Sin embargo, seguía en pie y ella, con sus nueve años cumplidos, se asomó a la bóveda cegada, se tomó de los contrafuertes y espió la oscuridad, temerosa de adentrarse.

Una luz brillante la esperaba en la desembocadura del túnel y sintió el deseo de ir hacia ella, como si otro día más soleado, más luminoso, la esperase a una corta distancia, atravesable a paso rápido.

Le alegró dejar atrás el páramo y la neblina. A medida que caminaba, vacilando al principio, hacia la luz, una música interior cobró fuerzas en su pecho como uno de esos cantos sacros que transportaban a regiones del espíritu. Un absoluto bienestar la envolvió y se sintió llena de felicidad: iba hacia la redención, a una tierra donde no existía el sufrimiento, donde la culpa ya no martirizaba. Su alma estaba en paz. Su corazón se había aquietado dulcemente.

Apuró el paso y entonces vio venir un niño hacia ella, extendiéndole la mano. Pensó: «Mi hijo», pero al acercarse un poco más, vio las sandalitas

de plata de la Virgen Niña calzando los piececitos que ella había reparado con tanto amor. Quiso extender su mano, pero el brazo le pesaba como plomo y una orden imperiosa parecía emanar de esa figura pequeña, delicada, que se acercaba a ella. Cuando estuvo a su lado, perdió la visión a causa de la claridad que despedía, pero sintió la calidez de los dedos que tomaban los suyos y la obligaban a retroceder hacia la oscuridad. Las lágrimas le impedían hablar pero en su corazón imploraba: «No; por favor, no», y sintió una voz secreta que le ordenaba: «Es necesario».

No pudo oponer resistencia y se dejó llevar hacia las sombras, al páramo, a la niebla.

Un tumulto de voces la sobresaltó. Alguien lloraba desesperadamente llamándola por su nombre, hiriendo sus sentimientos con el deseo de consolar. Una segunda voz decía: «El electuario…».

Y una tercera se resistía: «Pero si ya ha perdido…».

—¡El electuario!

—Si hay una esperanza, esto no será…

—¡Ya no hay esperanza, déselo, déselo! —rogaba la primera voz.

Ella no se decidía a avanzar; dudaba a mitad del túnel, sintiendo el calor de la luz en su espalda, el frío del páramo en su pecho. Intentó desprenderse con violencia de la mano que la sostenía y regresar atrás, pero entonces lloró un niño y la voluntad de ella se hizo trizas.

Sintiendo una gran congoja, se preparó para enfrentar de nuevo el peso del cuerpo, la miseria del aliento, el dolor de estar viva…

—¡Salga ahora, don Esteban, déjenos solos!

El que la llamaba se negaba a obedecer, pero oyó ruido de pasos torpes, forcejeos, una puerta. Y atrás de todo, el llanto de un niño que la urgía a vivir.

Alguien golpeó dolorosamente su pecho, sobre el corazón, despertándolo con un gruñido, y su espíritu se levantó como de un largo éxtasis.

La vida renació en ella haciéndola vomitar gran cantidad de humores ya corruptos y gravemente infectos. Sábanas que alcanzaba a distinguir como manchas flotantes los recibieron. Alguien ordenó: «Al fuego, al fuego».

Un sano, vivificante calor la envolvió; eran afectos y mantas, manos que limpiaban su boca, brazos que le sostenían la espalda, dedos que friccionaban detrás de sus oídos.

—Ahora, Joseph, aplique el óleo en los pulsos. En tres o cuatro horas estará mejor.

—El niño —murmuró ella—. Que no llore.

—Le diré que usted sanará. Que en pocos días podrá verla —dijo el padre Thomas.

—Y don Esteban…

—No se irá. Pero antes, la bañarán y la cambiaremos de habitación.

—¿Estoy salva? —preguntó, aún sin saber si se sentía feliz o decepcionada.

—En cuerpo y alma —le respondió el médico.

En dos días se vio que se recuperaría: le cortaron el pelo a rape, curaron las costras de su boca, untaron sus manos y sus pies con óleos perfumados mientras ella conversaba con los niños a través de la puerta y se permitía a sus perros acercarse a su cama, para que los acariciase.

Su padre se sentaba, por orden del médico, en la habitación vecina y rezaban juntos el rosario. A veces él, como solía hacerlo ella antes, le leía libros santos o, una vez que el sacerdote y su ayudante se iban, alguno de los viejos romances de la España del norte.

O le hacía saber lo que había descubierto de sus ancestros: finalmente, uno de los papeles pedidos a su tierra le había confirmado lo que intuía:

—Descendemos de Godofredo de Stúñiga, de la Casa Real de Navarra, que casó con Elvira Gormaz. De él viene Pedro, y de Pedro, Antón, unido por legítimo vínculo a doña Leonor de Horosco y Valenzuela. Al principio del siglo XV, comenzamos a firmar Zúñiga, y fíjate, estamos emparentados desde hace siglos con los Sanabria, los Uriarte y Aguilar, los Cabrera, los Ladrón de Guevara, los de la Cerda, los Ponce de León… ¡Tantos de ellos están acá, en Córdoba, entre nosotros…! Mejor decir, nosotros entre ellos, para ser justos…

Y el anciano se perdía en sus digresiones. La enfermedad de su hija parecía haberlo curado, como descubrió el padre Thomas, de su afición por los cilicios y los ayunos extremos. Hasta había engordado.

«Quizá descubrió que alguna vez en su vida debía asumir el papel de padre», reflexionó el médico mientras observaba que el pelo adquiría un rojo sedoso, y hasta la piel se había desprendido de las máculas de la vejez. No era tan viejo como parecía, se sorprendió.

Doña Sebastiana se iba recuperando, pareciendo, por primera vez desde que la conoció, una mujer de los años que en realidad tenía, y eran como veinte.

No hubo forma de convencerla de que viera a don Esteban, negándose a dar explicaciones.

Becerra, que sabía que pidió por él cuando expiraba, se sintió dolido pero acató su deseo y se volvió a San Esteban del Alto.

No estaba seguro de que volvieran a verse. Así como Sebastiana había renacido de su muerte, pensó que había cortado lazos para dejar atrás todo lo que le recordaba el dolor: él ya no tenía cabida en su nueva existencia.

El padre Thomas le aconsejó obedecerla cuando él, fuera de sí, quiso entrar en la pieza sin su permiso para poder, al menos, despedirse.

En cuanto comenzó la primavera, un territorio extenuado por la mortandad de la peste y la pobreza, que había dejado primero una larga sequía y luego lluvias torrenciales, pareció abandonar la desdicha para reunir nuevamente a una sociedad que trataba de superar la pérdida de vidas y de afectos.

Sebastiana eligió pasar su convalecencia en Santa Olalla, convencida de que el lugar, el aire puro y la cercanía de las sierras obrarían milagro en ella y en los niños.

Eran siete, todos huérfanos de la peste, todos sin familia; el resto había sido reclamado por parientes que, cuando las noticias dieron por atenuada la epidemia, vinieron por ellos desde distintos lugares de la provincia.

A veces se sentaba a leer o a coser para ellos en su jardín cerrado, y dejaba que las criaturas jugaran, seguidas por perros y algún cordero «guachito», alrededor de la sepultura de su hijo, pensando que así le daba gusto y compañía.

Porque a veces creía escuchar un eco, un eco que llegaba después de anochecido. A veces desaparecía misteriosamente y luego reaparecía, siempre a la hora en que el hombre terminaba su jornada y comenzaba la vida de las ánimas, de los duendes, de presencias fantásticas.

Era un sonido inquietante, y aunque ladraran los perros, mugieran las reses, soplara viento del sur o lloviera a cántaros, el eco se oía débil pero definido, anunciando que algo no humano deambulaba por los patios, cerca del oratorio, perdiéndose en el pasto de su jardín, como si regresara a su cuna de tierra.

Ella creía que era Sebastián Mártir, que ya debía contar con los años en que las criaturas caminan llevando el cuerpo velozmente para no rodar, entre risas y esquivando los brazos de la madre, que tiene miedo a que caiga y se lastime. «Pero no —se decía, sin recordar a qué edad solían caminar los niños—. Para ahora sería mayorcito».

Si estaba acostada, se levantaba llena de angustia. Miraba por la ventana la lluvia, como si él estuviera llamándola desde el descampado y ella, mala madre, lo dejara bajo el agua por no salir a mojarse.

Si había viento y creía escuchar una vocecita, un mínimo, quebrado balbuceo que intentaba pronunciar las primeras palabras, se asomaba a la galería y miraba hacia el patio, donde las hojas volaban en remolinos y alguna rama seca, quebrada, caía frente a ella sobresaltándola.

Las noches calmas eran las peores, porque la enloquecía el sonido que no llegaba. Se levantaba entonces con toda cautela, con la ilusión de que, si acechaba, quieta y silenciosa, desde la puerta entreabierta, conteniendo la respiración para que no manchara el fino cristal del otro mundo que los separaba, podría ver a su hijo aunque fuera de lejos, inalcanzable al tacto, con la cara llena de risas, los bracitos levantados como las alas de los polluelos cuando corren hacia la madre.

El miedo a que la fiebre hubiera ensombrecido su razón evitaba que pudiese compartir el secreto con otros, y hasta le parecía que los niños que había adoptado intuían aquella presencia pequeña, viva en la muerte.

El padre Thomas y su nuevo ayudante de la estancia de Alta Gracia solían ir a verla y la interrogaban sobre estas cosas.

—Son secuelas de la enfermedad —la tranquilizaban—. De a poco pasarán.

—No sé si quiero que pasen…

Luego la confesaba, le daba la comunión y caminaban por el terreno hasta el vado de Johan Nieto, de donde había hecho arrancar y quemar la sardonia, por donde ella creyó cruzar a una vida más perfecta…

Un día, enferma de soledad, escribió a Becerra a San Esteban, avisando de un problema inexistente, puesto que desde principios de la primavera ella se negaba a verlo, aunque insegura de si la decisión sería definitiva. Si había un acercamiento, si se tendía un puente, tendría que partir de la voluntad de ella.

Al paso de los días, y como él no llegaba, se sintió casi desesperada por verlo, pero un nudo ciego parecía atar sus sentimientos, evitando que tomara decisiones que, en una mujer de su edad, hubieran sido sencillas.

Pensó entonces que no lo vería más.

Cuando Becerra llegó de las sierras, adonde había ido a juntar una tropilla de mulas, bastante menguada por la sequía, los perros hambrientos y los pumas, encontró la carta fechada muchos días atrás.

Después de bañarse en el río, consiguió que su sobrina Belita le rasurara la barba y con su mejor ropa, esquivando la mirada irónica de sus hermanas, se subió al caballo y se dirigió a Santa Olalla.

Iba lleno de palabras, de gestos, de intenciones, pero en cuanto entró en el patio, Carmela salió a decirle que la señora estaba en el campo, que seguramente la encontraría cerca del río.

Caminó hacia allí, el sombrero en la mano y sintiendo en la frente una brisa agradable. Súbitamente, recordó la primera vez que ella fue a San

Esteban, para el aniversario de la muerte de su hijo, cuando la encontró acostada entre los árboles de un montecito y cubierta de flores.

De pronto, como si la escena estuviera condenada a repetirse en su vida cuando menos lo esperase, la vio venir sin que ella notara su presencia caminando por el prado, entre el pasto verdísimo y crecido. Traía la cabeza ceñida con una corona de hojas de parra, los cabellos enrollados en una guirnalda de campanillas silvestres que caían sobre sus hombros, y llevaba en las manos un ramito de hierbas recogidas en el campo. Con la otra mano sostenía la punta de un delantal abultado de yuyos.

Fue incapaz de acercársele, como si al hacerlo cometiera un sacrilegio. Al reparo de una enorme piedra que dividía el terreno entre el llano y la caída al río, le pareció oír una canción secreta en su garganta, tan joven como cuando la vio en la silla de manos, aferrada a la ventanilla, pálida, ojerosa, con miedo y desesperada, camino al convento de las Catalinas.

Observó el rostro perfeccionado por la serenidad, la mirada de quien ha estado al borde de la muerte y lo que ha visto no le ha desagradado, renovándole la fe.

Se sintió incapaz de romper el ensueño que parecía guardarla y sin pronunciar su nombre la dejó bajar al río esplendoroso de arena y de sombras que anidaban en el reflejo de los árboles de la otra orilla.

Esperó que le diera la espalda para huir, regresar a Santa Olalla, buscar el caballo, montar y darle rienda hasta llegar a San Esteban.

Desde el alto que unía a media distancia el camino real con la huella que se dirigía a la construcción, miró la casa que había levantado para ella, la ventana apenas barroca, el pretil, la acequia, la fuente, su habitación de lectura, el dormitorio que, si lo exigía, sería sólo de ella.

Dio la espalda a tanto sueño sin sustento y recorrió a caballo, como un alucinado, la ribera del Anisacate. Muchas horas después, cuando se sintió de nuevo en sí mismo, soltó al caballo para que regresara a los corrales y se dirigió al bosquecillo donde la había encontrado años atrás. Se sentó en los troncos caídos que no terminaban de deshacerse y lloró por un amor que nunca sería suyo.

Había caído la tarde cuando regresó caminando pausadamente y sintiéndose tan cansado como si hubiera caminado por un país de recuerdos tristísimos.

En el patio donde las mujeres se habían olvidado de encender los faroles, reinaba una especie de sueño estático. El oratorio, al que le faltaba la campana porque no había tenido suficiente dinero para comprarla, dejaba escapar la luz de los candelabros por la puerta y las ventanas. Un sonido adormecedor, casi un arrullo, venía de adentro: las mujeres rezaban con una monotonía que llamaba a la paz entre las gentes.

Quiso unírseles, pero no deseaba entrar en la luz; prefería permanecer en la penumbra, sólo con sus pensamientos, tratando de aceptar que ya no sabía qué hacer y que ella iba a castigarlo por toda su existencia, como esas condenas irremediables que los dioses aplican a los hombres por una falta minúscula; como la ninfa Eco, condenada a no poder expresar con voz propia sus sentimientos.

Pensó que si se tiraba en la cama se sentiría patético, así que se dirigió a la biblioteca; como estaba construida sobre la parte más alta del terreno, todavía tendría algo de luz.

Abriría un libro, leería un poema. Quizás hasta encendiese una lámpara. Quizás hasta buscara aquel poema de Encina…

«Las puertas son mis servicios
la cerradura es olvido,
la llave que s'ha perdido
es perder los beneficios.
Así que fuera de quicios
va mi vida,
y la llave es ya perdida…».

Tropezó con una silla que seguramente Belita había dejado al paso, y mientras adecuaba las pupilas al resplandor del crepúsculo, vio la silueta de una mujer. Estaba de espaldas y miraba hacia el río.

No pudo hablar; sería lastimoso mostrar el deseo desesperado que tenía de ver lo que deseaba ver, pero dio, no obstante, dos pasos, se llevó un escabel por delante y por fin pudo apoyar una mano sobre el parante de un bargueño.

—¿Sebastiana?

Ella se volvió a mirarlo, pero no contestó.

Contempló a un metro de él el rostro que había visto esa mañana iluminado por el sol todavía en ascenso y sintió que el cansancio, la desesperanza y la tristeza desaparecían. En un instante comprendió que si ella había ido tras él, si en vez de reunirse con las mujeres que rezaban había decidido esperarlo entre sus libros, era porque la interdicción había sido levantada, se le había condonado la deuda, se le daría otra oportunidad.

Le pareció que le llevaría una eternidad cruzar la distancia que lo separaba de ella. Pero Sebastiana se había puesto de pie y ya estaba a su lado. Torpemente, como sólo dos amantes separados por mucho tiempo podían abrazarse, se apretaron entre sí, sin besos, con una especie de entendimiento oculto, con la certera convicción de que, pasara lo que pasare en el futuro, ellos estarían juntos.

Rosario, que vio la puerta abierta, temiendo que alguno de los gatos se hubiera metido en el santuario de su hermano, puso la mano en el picaporte y distinguió a Esteban estrechando apretadamente a una mujer.

Pensando que sería una de las criadas, corrió a ver a doña Saturnina.

—¡Dios nos ampare, tía; Esteban está en su despacho con una mujer!

Doña Saturnina salió del sopor de su «cabeceadita» y la miró con enojo.

—No pude verla bien —repitió Rosario—, porque están… ¡Tía, ¿va a permitir que él… que ésa…?!

—Rosario, ¡vete a cuidar de tus cosas y déjalos en paz!

Aquello, dicho por una mujer que era un dechado de decoro, escandalizó a Rosario que, creyéndola medio dormida, insistió hasta recibir otra contestación semejante.

Decidida a que la vergüenza no cayera sobre su familia, tomó uno de los candelabros de varias velas y se fue, hecha una furia, a detener la desgracia en la que su hermano estaba a punto de precipitarlos.

Pero se detuvo al ver aparecer a Esteban con el brazo sobre la cintura de Sebastiana.

Trató de reaccionar como mujer de experiencia que sabe a qué atenerse y no se deja sorprender, así que apartó un poco la luz, para que no se viera la sorpresa en su rostro, y dijo con algo de aspereza:

—¡Bueno, espero que de una vez por todas decidan arreglar sus vidas, que nos tienen pendientes de un hilo!

Pero emocionada por la sonrisa de Esteban, le pasó a éste el candelabro y se abrazó con Sebastiana.

Nadie, ni siquiera Elvira, que nunca había querido mucho a la hija de don Gualterio, se atrevió a poner un pero cuando ellos dos entraron en la habitación que él había armado para Sebastiana.

Aún abrazados, se acodaron en la ventana sintiendo el olor de la hierba húmeda que les llegaba con un perfume agreste y vivo. El agua de la fuente para pájaros fluía con un sonido suave, modesto, más ruidoso cuando rebotaba en la acequia.

Él no se atrevió a besarla, sintiendo que ella no estaba preparada para amarlo de otra forma que no fuera aquélla, casi de hermanos. No importaba; tenía ya la certeza de su afecto.

La noche había cerrado toda luz sobre el horizonte, y el río Anisacate corría, hinchado de agua, con una protesta enérgica que amenazaba el desborde.

Las estrellas comenzaron a mostrarse y creyeron sentir un aliento hecho de luz sobre la tierra.

Sebastiana parecía intranquila y él la interrogó en un murmullo.

«Mi padre…», murmuró ella. Esteban le recordó que lo quería como si fuera el de él.

«¿Y los niños?».

No tuvo que mentir para asegurarle que los amaría como propios. Y al recordar las advertencias del padre Thomas: «Es posible que no pueda concebir nuevamente», le besó la mano.

—Llevarán nuestro nombre. Heredarán como hijos —afirmó.

La oyó llorar; supo que no debía tocarla, así que la besó en la frente, la consoló en silencio. La sencilla estrategia del amor constante, además del tiempo y la convivencia, terminarían haciendo lo suyo para acercarlos. Le agradó aquel pensamiento: «La sencilla estrategia del amor».

En voz baja pero firme, le enumeró los planes que venía concibiendo desde hacía años: no era mala cosa empezar a ser feliz después de tantos dolores.

Volverían a Córdoba para la Cuaresma. Ocuparían sus lugares en el templo, él tomaría posesión de sus nuevos cargos. Vivirían con don Gualterio, se reunirían con Salvador, Eudora y sus niños; discutirían si la vocación religiosa de Belita era verdadera; si convenía o no gastar a cuenta de las vacas gordas en cortinas y alfombras, en libros nuevos y muebles alemanes. Y en una espineta-clavicordia para Sebastiana.

La trayectoria de la existencia, abriéndose cauce en el envés del tiempo, terminaría por convertir lo cotidiano en destino. Y en aquella ciudad que cada tanto se veía sacudida por batallas domésticas, por venganzas políticas, por prelados de mal carácter —Gabriel Ponce de León era apenas un poco más comedido que el obispo Mercadillo— y el enfrentamiento entre sus órdenes religiosas, las familias se empeñarían en la protección de los suyos, en la crianza de los niños y el cuidado de la paja o de la teja que tuvieran sobre sus cabezas.

Pero la sequía y la peste sobrevivirían, agazapadas, en el fondo de la memoria.

OceanofPDF.com

De la última confesión

OceanofPDF.com

… Y escuché a mi madre diciéndole a mi padre: «¿Qué obligación tengo con ella? No es mi hija, y bueno sería que recordara que por ella dejamos las comodidades y riquezas del reino, para escondernos en estas miserables Américas».

Y le echó en cara haberla comprado «como a una becerra», que así, dijo, como llevaba el apellido, así había sido vendida por su familia para tapar lo que pasaba entre él y Rafaela.

Supe entonces que por eso doña Alda y mi padre tenían cuartos separados y aunque ella habíase visto obligada a criarme, jamás le perdonó a él, y después se vio que tampoco a mí, por aquel viaje en barco, donde tuvo que hacer de criada mientras Rafaela tomaba su nombre y su condición para que, al nacer yo, el sacerdote de a bordo me anotara como hija de matrimonio.

«Pero si he de ser sincera, don Gualterio —siguió diciendo doña Alda —, no he de irme de este mundo sin hacerle saber a esa patilla consentida por vos y por todos cuál es su verdadero origen…». Y como mi padre la miró mansamente angustiado, continuó: «Porque no es sólo la semilla espuria habida en la matriz de una sierva. Usted sabe muy bien que Rafaela es su media hermana, hija del padre de usted habida ella también en el vientre de una ramera».

Aterrada, oí a mi padre llorar mientras decía: «¿No he pagado bastante? ¡Ella y yo nos amamos desde que nos vimos; tarde supimos del parentesco, ya nada era posible remediar! ¡Y desde que lo supimos, jamás hemos vuelto a caer en el pecado carnal, jamás hemos vuelto a mirarnos a los ojos, a estar, ni siquiera separados, en la misma habitación!».

¿Qué puedo decir? No encontré razonamientos para desmentir a aquella malvada, porque estaba yo tan trastornada que no entendía la mitad de lo que decían. Continué hecha un ovillo bajo los jazmines y observé a mi padre ponerse de pie, erguido como nunca lo había visto.

«Señora —la interpeló—, demasiadas leyes se han quebrantado en la oscuridad, soy consciente de ello. Pero concededme que, al menos, he purgado por ellas mis penitencias. Vos, señora, habéis pecado igualmente contra la caridad, negándonos el perdón y abusando del rigor. ¿Qué culpa tiene Sebastiana? ¿Es necesario que hagáis pagar a una inocente? ¿No os basta con martirizarme?».

«No —contestó doña Alda—, no me basta, pues a quien yo quiero herir es a la puerca vascona…».

«Pero no obráis contra ella… —se sorprendió mi padre, y de pronto, el rostro abierto por el entendimiento, se sonrió—: ¿Le tenéis miedo; teméis a Rafaela? ¿Os habéis creído todas esas tonterías de su poder sobre las tinieblas? ¡Ah, señora, no os hacía tan ignorante!».

Espié a doña Alda; la vi encogerse y retroceder un paso: fue una de las poquísimas veces que mi padre mostró superioridad sobre ella.

La conversación terminó cuando doña Alda salió fustigando el vestido, como era su costumbre, contra las puertas. Así supe de mi estigma, así comprendí muchas cosas y supe, además, que Rafaela era bruja, y era mi madre.

Desde entonces, mis sentimientos hacia ella, que eran afectuosos, mudaron y oscilaron, ya por siempre, entre un cariño contenido, una ciega confianza y un rechazo indomeñable. Nunca le dije que yo sabía quién era ella. Hasta de aquel afecto me despojó doña Alda.

Pero ese conocimiento me dio sabiduría para comprender por qué me odiaba esa mujer maligna, para entender por qué Rafaela nunca entraba en las habitaciones donde estaba mi padre, por qué doña Alda había prohibido que Rafaela me acompañara por la calle, o que se hiciera presente cuando había invitados. ¡Mi padre, ella y yo, con los mismos cabellos encendidos!

Ya muerta doña Alda, Rafaela no cambió aquella costumbre, y no fue por seguir obedeciendo a la odiosa difunta, sino porque había hecho promesa con mi padre.

Cuando se repartieron las cosas de mi presunta madre, ella me pidió un pequeño incensario de oro y plata, una pieza muy fina que, me dijo, doña Alda le había arrebatado. «Me lo dio el hombre que más he querido en el mundo, y ella me lo quitó, como me quitó tantas cosas, como te las quitó a ti cada vez que pudo», dijo, rencorosa. Se lo di, sabiendo que mi padre, en su biblioteca, tenía otro semejante: allí ponía él unos gramos de incienso y de mirra, sobre carboncillos encendidos, mientras leía romances como los del conde Olinos…

Romances que hablaban de amores que no se pueden nombrar.

Es así que no maté a mi madre, sino a mi verdugo, a la que hizo un suplicio de nuestras vidas, donde mi padre y Rafaela habían caído en el pecado por ignorancia y secretos de familia, porque ni ellos ni yo teníamos culpa, porque es difícil pensar que pecan los que se aman.

Y la matamos entre las dos, como si sacrificáramos cruentamente el pasado para nacer a un futuro más limpio, más puro… Sólo que todo se complicaba, pues parecía que se nos arrastrase a nuevos tormentos, a nuevos crímenes. Había que matar para sobrevivir.

Es así que doña Alda murió por su fiereza y sus vicios, no por mi mano, y aun después de muerta, siguió haciéndome daño: no sé cuándo, ni en qué momento de nuestras vidas, escribió una carta dirigida a nadie y a todos. En ella denunciaba los pecados de mis padres, la mancilla que ostentaba mi nacimiento. Y la mala suerte quiso que Marina, que no sabía leer, la hurtara.

Creo haber descubierto cómo fue que cayó en manos de fray Manuel: ella trabajaba para la portuguesa, y don Dalmacio era amante de ésta. ¿Fue intuición de él, fue sugerencia del obispo de que rastreara lo que aquella ladrona podía haber sacado de mi casa? ¿La esposa de Sá de Souza sospechó algo porque Marina dijo alguna tontería que le hizo pensar en improbables hallazgos? ¿Les habrá dicho don Manuel: «Papeles, busquen papeles», pensando en el testamento desaparecido, o simplemente

dedujeron que cualquier documento de la familia podía convertirse en herramienta de sepulturero que desentierra cadáveres para acelerar su descomposición?

Sólo una cosa entiendo: que don Dalmacio no sabe nada, salvo que esas hojas contenían algo que podía servirle a su señor, y nuestro obispo, que no compartía secretos, debe de haber exigido que la misma Marina se los diera en la mano.

Muchas veces tuve el deseo de matar a Su Ilustrísima, como lo tuve de envenenar al padre Cándido, pero como en realidad sólo he matado para defenderme, y ellos no me hicieron mal mayor después de haberme entregado a don Julián, salvo el de molestarme de vez en cuando, los dejé vivir.

Porque de la muerte del señor obispo soy tan inocente, y tan culpable, como lo es un hijo que a disgustos, pero sin intención, provoca la de su padre. Una vez quemados los documentos aquellos, ¿qué mal podía hacerme?

Después que me mostró el escrito infamante, volví a casa. Mandé por papel a la Librería del Colegio y elegí, de las que me trajeron, dos plumas de distinto grosor, dos tintas de diferente matiz, dos barras de cera, una roja, la otra verde y, por fin, busqué una cinta nueva y una vieja. Porque mientras discurría en cómo apoderarme nuevamente de los documentos que me obligaba a entregarle, se me ocurrió la idea de usar un folio de los relegados por mi padre, que se vuelven amarillentos porque el humo de las esencias que acostumbra quemar marca una línea oscura en los bordes. Parecía lo bastante viejo para ser el testamento de mi madre, y eso, aderezado con ofrecimientos que volverían loca su codicia, es lo que me daría la oportunidad de recuperar los papeles que, a modo de reconocimiento, yo debía entregarle a cambio de los míos.

Así resultó. Lo dejé por demás colérico, pues lo había erizado describiendo sus dolencias y emparejándolas con la apoplejía, aunque sin intención de que muriera. Sólo quise aguijonearlo, porque he llegado a entender que no volveré a ser víctima de nadie.

Dicen que lo mató el decreto aquel de la Real Audiencia. Ha de ser así.

San Agustín dice: «Hay muchos actos, que parecen merecer la desaprobación de los hombres y que han recibido de ti un testimonio de aprobación, y muchos, alabados por los hombres, que son condenados por tu testimonio. Ya que, con frecuencia, una cosa es la apariencia del hecho y otra la intención del que lo hace y la coyuntura secreta de las circunstancias».

Siempre me inquietó pensar en las coyunturas secretas de las circunstancias.

Poco después supe que Marina había sido encontrada ahorcada; no me alegré pero el hecho me procuró cierta tranquilidad: la de saber que no aparecerían, quiero creerlo, otras confesiones de ese tipo.

…Pues yo y mi padre hemos pagado con creces, él, por un pecado cometido en la ignorancia; yo, por uno heredado. Rafaela sabrá cómo purgar el suyo, aunque creo que la elemental malicia de su alma ha encontrado la forma de olvidarlo. De todos modos, nos ha dejado. Vive con Isaías, y cada vez que él viene a aliviar a mi padre, me trae noticias de ella que me tranquilizan.

Hace poco, me envió aquel incensario que tanto quería, quizá resignada a la pérdida de nuestra compañía. Creo que es feliz. Los hados toleran más los pecados de los simples.

Devolví al padre Thomas los libros de los venenos, pero con el paso del tiempo, comencé a recibir de él lecciones que sustentan mi vocación de curar. Hasta me ha permitido acudir a Dioscórides Anazarbeo y Andrés de Laguna.

El recuerdo de mi hijo, como él me lo advirtió, es ahora dulce, lleno de una suave nostalgia que encauza mis sentimientos hacia estos niños que crío como propios, a los que he procurado un padre en Esteban y una familia en la mía.

Continúo leyendo las Confesiones: «¡Oh, Verdad, Luz de mi corazón; no me hablen mis tinieblas! Me deslicé hacia las cosas de acá abajo y me quedé a oscuras; pero desde allí, aun desde allí, te amé profundamente. Anduve errante, y me acordé de ti. Oí tu voz diciéndome que volviese… Y ahora, he aquí que vuelvo, abrasado y anhelante, hasta tu fuente».

Estos escritos, mis confesiones, duermen en el fondo de un arcón con una cruz sobre la tapa. De vez en cuando, estando sola, suelo leerlos para recordar que nadie volverá a atormentarme, pero también para no olvidar mis culpas.

Y aún conservo, en el fondo de ese cofre, los cuadernos que confeccioné con las notas de Kratevas.

Sé que debería desprenderme de ellos para siempre, no sea que nuevamente me hablen mis tinieblas. Pero aún no puedo hacerlo…

OceanofPDF.com



CRISTINA BAJO nació en Córdoba en 1937. Antes de cumplir los nueve años, su familia se trasladó a Cabana, en plena sierra de Córdoba, sitio que recuerda, hasta hoy, como su «Última Thule», un lugar del cual es imposible olvidarse, y aun más difícil regresar. Comenzó a escribir muy pronto, pero no hizo ningún esfuerzo para publicar, pues le parecía algo inalcanzable. Pese a esto, continuó escribiendo a través de los años, recopilando datos históricos y sobre la vida privada que va del siglo XVI al XIX. Mientras tanto, trabajó como maestra rural, se casó, tuvo dos hijos, bordó tapices infantiles, abrió una librería, diseñó ropa artesanal, protegió

animales abandonados y plantó varios árboles, entre ellos, un sauce. En 1995, sus amigos Javier Montoya y Silvina Rivilli deciden publicarle «Como vivido cien veces» a través de la fundación de una editorial, Ediciones del Boulevard. El libro agotó rápidamente cuatro ediciones. Al tiempo, publicó su continuación, «En tiempos de Laura Osorio», y una novela del siglo XVIII: «Sierva de Dios, ama de la muerte» (que ahora relanzamos como El jardín de los venenos). También recopiló un libro de leyendas para adolescentes, La señora de Ansenuza y otras leyendas, y otro para niños, El guardián del último fuego. Sus libros han estado en las listas de los más vendidos en la Argentina y han tenido excelentes reseñas periodísticas, entre ellas en El País, de España.

OceanofPDF.com

Notas

Comentarios de la autora sobre algunas referencias y libros y mencionados

Confesiones, de **San Agustín**: Escritas en el año 397. Se supone que Sebastiana lee la traducción del jesuita Pedro de Ribadeneyra de 1596. Aunque el libro es una obra maestra de la literatura universal, ha originado muchos problemas acerca de su historicidad y de la intención con que fue escrito.

Ejercicios Espirituales, de **San Ignacio de Loyola (1548)**: Muy leídos en Córdoba. Comenzaban con la plegaria franciscana «Anima Christi», probablemente del siglo XIV. Estos Ejercicios marcan las etapas de un itinerario espiritual durante cuatro semanas.

Libro de **San Cipriano y Santa Justina** (*Benedicamvs Domino - Jones Svfvrino,* 1510): La versión que uso es copia de la edición impresa en Roma en la imprenta de la Sociedad de Ciencias Ocultas. Este santo fue un mago que dominaba a los espíritus infernales. Justina era una doncella cristiana que se había consagrado a Jesús. Un joven que la pretendía recurrió a

Cipriano para doblegarla, pero el mago fue vencido por la virtud de ella, y admirado de esto, se convirtió al cristianismo y murió mártir.

Materia Médica Misionera o Tratado acerca de las virtudes de las plantas medicinales de las doctrinas, del hermano **Pedro Montenegro**: Dedicó su obra a la Serenísima Reina de los Siete Dolores, que figuraba en la portada, en un dibujo a pluma hecho por su mano. Contenía ilustraciones detalladas sobre hierbas, plantas y arbustos estudiados por él. Libro excepcional, se consultó hasta finales del siglo XIX. Tiene algunas recetas curiosas, como «Remedio para pasar por virgen en el desposorio». Montenegro nació en Galicia (1663); entró en la Compañía de Jesús en 1691, ejerció de cirujano en Madrid y vino a América en 1697. Coadjutor de la Compañía, residió en el Colegio de Córdoba, donde consiguió curas milagrosas, especialmente la de la tisis. Murió en 1728, en Mártires, Misiones del Paraguay.

Pócimas y filtros de amor: Fue escrito a fines del siglo XV. Tiene un raro *Tratado de Fisionomía*, siendo el fisiónomo «el que sabe juzgar la naturaleza de una persona por sus facciones». En el capítulo *Secretos, recetas y oraciones contra enfermedades*, dice que la lengua del camaleón atada sobre el vientre de la parturienta hará que dé a luz sin dolor; para curar las fiebres periódicas, «se cortan las uñas de manos y pies del enfermo, se meten en un pan que se tostará y se dará a un perro; cuando éste lo haya comido, el hombre sanará». En el capítulo *Secretos mágicos de carácter práctico*, dice que para detener el granizo basta meter tres granos de él en el seno de una virgen.

Libro del Gran Grimorio o de la Magia Negra: Es una recopilación de diversas obras y autores compuesta alrededor del año 1458. Está dividida en dos partes: la primera consta de cuatro capítulos, que instruyen cómo

adquirir el poder para la magia y la verdadera representación del gran círculo cabalístico. La segunda comprende el *Sanctum Regnum de la Clavícula de Salomón,* o la verdadera manera de hacer los pactos. Finalmente, vienen los *Secretos del Gran Grimorio*. Era libro prohibidísimo.

Imitación de Cristo, de **Thomas von Kempen** (o **Kempis**): Místico alemán (1380-1471). Fue superior de la Orden de los Canónigos de Windesheim. Se distinguió por su humildad y su comprensión del corazón humano. Varios de los hombres de don Jerónimo Luis de Cabrera, fundador de Córdoba, lo traían con ellos. Fue obra predilecta en los siglos siguientes y se lee hasta el día de hoy como libro de meditación y consejo.

Historias trágicas, de **Saxo el Gramático**: Escritor dinamarqués de fines del siglo XII. En esta obra habla de Amleth, Hamlet o Hamlode, una historia que transcurre en Jutlandia, dos siglos antes de la era cristiana. Cien de estas narraciones, recogidas por un cuentista francés (Francis Balleforest), fueron muy populares en Europa. Se cree que Shakespeare las tomó de esa versión. Obras de Saxo el Gramático figuran en algunos de los listados de libros embarcados para América en el siglo XVII.

Las plantas mágicas. Diccionario de botánica oculta, de **Paracelso**: Paracelso (1493-1541) es el nombre con que se conoce a Theophrastus Bombastus von Hohenheim, médico y alquimista suizo que revolucionó la ciencia de su tiempo, se internó en la botánica y captó la poderosa influencia que ejercían las plantas en la curación de las enfermedades —físicas y espirituales— del hombre. Inspiró fuertemente a ciertas escuelas, porque destacó los usos medicinales que sobre las plantas enseña la ciencia oficial, y sus virtudes mágicas según las ciencias ocultas. Por ejemplo: «Ajenjo (Artemisia absinthium). Es vermífuga y febrífuga. Produce

insomnios y alucinaciones terroríficas en las personas muy nerviosas. Botánica oculta: Receptáculo astral inferior. Sus flores, secas y quemadas, se emplean como poderoso perfume en las evocaciones infernales. Planeta: Marte. Signo zodiacal: Capricornio».

Libro de los venenos, de **Antonio Gamoneda**: Autor contemporáneo que hizo una selección de los siguientes textos:

—*Tratado de los simples*, de **Kratevas**, médico y botánico de la servidumbre científica de Mitrídates Eupátor, rey del Ponto (132 a 63 A.C.), que se distinguió por su extrema crueldad. Temiendo ser envenenado, tomaba dosis homeopáticas de veneno, administradas por Kratevas, de manera que cuando fue vencido y quiso darse muerte, no consiguió hacerlo por este medio, y tuvo que recurrir a uno de sus soldados para que lo matara a espada. Kratevas es un personaje siniestro, de una sapiencia y diligencia fría hasta en el amor. Tanto uno como el otro tienen una «probada, aunque nebulosa, existencia histórica». Se dice que los libros de Kratevas se encuentran en la Biblioteca del Vaticano y se pone mucha reserva sobre ellos, no pudiendo ser consultados por cualquiera. Gamoneda cita trozos incluidos en otros libros del Medievo.

—*Libro Sexto de Pedacio Dioscórides Anazarbeo, acerca de los venenos mortíferos y de las fieras que arrojan de sí ponzoña, traduzido de la lengua griega en la vulgar castellana, e illustrado con succintas annotaciones, por el Doctor Andrés de Laguna, médico de Iulio III, Pont. Max.*: **Dioscórides** nació en Anazarba (Asia Menor) en el siglo I; fue coetáneo de Plinio, y tomando textos de Kratevas y otros, compuso un manual farmacológico de cinco tomos, según los hermeneutas, con lo cual empieza el misterio del libro VI, que es el de los venenos. Según Gamoneda, el códice de Dioscórides se tradujo del griego al latín y al árabe. Durante el Renacimiento, estas traducciones dieron origen a un nuevo libro de Andrés de Laguna, enriquecido por numerosas anotaciones y por su «cumplida condición de humanista». Andrés de Laguna (1494-1560) era natural de Segovia, España, y su padre era converso, así que podemos

suponerlo de ascendencia judía. Era anatomista y humanista, y fue médico de Carlos V, de los papas Paulo III y Julio II y, por último, de Felipe II. Por ignorancia, o por intereses, un texto del siglo XVII lo presentaba como «médico de sus Majestades Católicas» y otro, de doña Juana la Loca. Fue catedrático de Alcalá de Henares y realizó un importante trabajo, ya de traducciones, ya científico. Fue médico de tanta sabiduría, que los papas a los que atendió dejaron pasar el eramismo que profesaba. Su obra Dioscórides… se imprimió en Amberes, en 1555. Antonio Gamoneda dice que ha entrado en estas obras «con crueldad de enamorado», completando con otros textos referenciales de la época e indicando cuál es el nombre actual de ciertas plantas, materias o palabras que nos son desconocidas como: «…la cerusa, la cual se llama albayalde en Castilla»; «el tragorígano, que en Castilla es orégano»; o «el oximel es miel y vinagre blanco… el opio es la lágrima que la adormidera destila naturalmente mediante cortes oblicuos…»; o «el sieso no es otra cosa que el vergonzoso ano».

El poema que obsesiona a don Esteban se titula *Villancico* y es obra de **Juan del Encina** (o **del Enzina**). La influencia de este docto escritor, nacido hacia 1469, fue muy importante en las letras y el teatro hispanos. Escribió autos sacramentales, églogas, etcétera.

Sor Marcela de San Félix (nombrada en el capítulo de la muerte del presbítero Duarte y Quirós) era hija de Lope de Vega y monja trinitaria. En Antología de Poetas y Prosistas Españoles dice Osear R. Beltrán: *Aun en los tiempos de mayor decadencia para nuestra literatura, se albergó en los claustros, guardada como precioso tesoro y nunca marchita, la delicadísima flor de la poesía erótica a lo divino… en los versos de algunas monjas imitadoras de Santa Teresa. Sólo citaré a una: sor Marcela de San Félix… Así el romance de la «Soledad», como el del «Pecador arrepentido» y el del «Afecto amoroso», son dignos del padre de sor Marcela, teniendo un sentimiento tan íntimo y fervoroso como Lope no le alcanzó nunca*.

En cuanto al *Romance del Conde Olinos*, que don Gualterio recitaba a Sebastiana cuando era niña, lo encontré en una vieja antología, en papel rústico, de principios del siglo XX. Como le faltaban las tapas y las primeras hojas, no sé quién era el recopilador, pero supongo que puede encontrarse en otros romanceros.

Algunos de los datos del obispo Mercadillo fueron extraídos del apéndice de un curioso libro que se titula *Apuntes históricos del origen, aparición y particulares favores de la milagrosa imagen de Nuestra Sra. del Smo. Rosario que se venera en la Iglesia de Predicadores de la ciudad de Córdoba*, del **R. P. Pdo. Fr. Rafael Moyano S.O.P.**, Buenos Aires, Imprenta San Martín, Alsina 459, año 1892.

Etimología de apellidos vascos, de **Isaac López Mendizábal**. De esa obra tomé los datos de parentesco de los Zúñiga con la Casa Real de Navarra y con otras familias, como los Cabrera, los Ladrón de Guevara, etcétera, que residían entonces en Córdoba del Tucumán.

Las grandes familias patricias, de **Ricardo Campos**. El autor reseña en el tomo dedicado a los Zúñiga que vinieron al Río de la Plata el dato sobre López de Zúñiga, duque de Béjar, que fue protector, mecenas y amigo de Miguel de Cervantes.

OceanofPDF.com